

La Compañía Negra

Ella es la Oscuridad



GLEN COOK

Lectulandia

La Compañía se vuelve a enfrentar a la batalla, la miseria y la traición en una guerra entre fuerzas mucho más poderosas.

La historia nos llega una vez más de la mano de Murgén, analista y portaestandarte de la Compañía Negra, cuyos crecientes poderes para viajar en el tiempo y el espacio le aportan una perspectiva inigualable.

Capitaneada por el astuto comandante Matasanos y la Dama, la Compañía trabaja para el Gobierno de Taglios; pero ni la Compañía confía demasiado en los taglianos ni viceversa. Frente a ambos se encuentra una alianza igual de inestable de hechiceros, entre los que se encuentra la diabólica Atrapaalmas, el psicótico Aullador y una niña de cuatro años que podría ser la más poderosa de todos.

Como sus antecesores, Ella es la oscuridad fusiona la magia de Tolkien, Jordan y Moorcock con el realismo de la aventura militar moderna, para contar una historia de brujería, guerra y heroísmo.

Lectulandia

Glen Cook

Ella es la oscuridad

La Compañía Negra 08

ePUB r1.2

epublector 01.08.13

Título original: *She is the Darkness*

Glen Cook, 1997

Traducción: María José Fernández, 2008

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

In memoriam

Tracy Zellich, por seguir al pie del cañón.
Tu sitio en los Anales está asegurado.

Introducción

El viento silba y brama con un hálito cortante. Un relámpago gruñe y crepita. La furia es una fuerza que cobra vida sobre la llanura de piedra reluciente. Hasta las sombras tienen miedo.

Las cicatrices del cataclismo desfiguran una llanura que solo ha conocido una era de oscura perfección. Una brecha dentada perfora la superficie como si un rayo la hubiera acuchillado. En ningún sitio la brecha llega a tener anchura suficiente como para que un niño no pueda saltarla, pero parece no tener fondo. La niebla se desplaza en tropeles. A veces muestra un asomo de color. Cualquier color desentona con los miles de negros y grises.

En el corazón del dilatado terreno se encuentra una inmensa fortaleza gris, desconocida, más antigua que cualquier memoria escrita. Una vieja torre se ha desplomado atravesando la brecha de la planicie. Desde la fortificación llega un gran latir, profundo, pausado, como el del corazón de un mundo inerte, quebrando el silencio de antaño.

La muerte es eternidad.

La eternidad es piedra.

La piedra es silencio.

La piedra no puede hablar, pero sí recuerda.

Capítulo 1

El Viejo levantó los ojos. Su pluma se agitó, dejando ver su irritación por haber sido interrumpido.

—¿Qué pasa, Murgén?

—He ido de paseo con el fantasma. ¿Qué hay de ese temblor de tierra que sentimos hace un rato?

—¿Qué pasa con él? Y no te vayas por las ramas como hace siempre Un Ojo, no tengo tiempo para eso.

—Cuanto más te alejas hacia el sur más destrucción encuentras.

El Viejo abrió la boca, la cerró para pensar un poco antes de decir nada más.

Matasanos, el Viejo, el capitán de la Compañía Negra, el actual dictador militar, elegido por la gracia de Dios, de Taglios y todos sus vasallos, dependencias y protectorados, no viste el cargo.

Tiene cincuenta y tantos años, posiblemente cerca de sesenta. Mide más de un metro ochenta. Se ha puesto un poco grueso durante los cuatro años que pasó en guarnición. Tiene la frente despejada y algo de pelo rapado más atrás. Últimamente le gusta dejarse barba en el mentón. Es grisácea, igual que el pelo que todavía merodea por su cabeza. Sus ojos azul glacial son profundos, dándole un aspecto duro, espeluznante, como una especie de asesino psicópata.

Él no lo sabe. Nadie se lo ha dicho nunca. A veces se ofende cuando la gente se aparta. No entiende por qué.

Son sobre todo sus ojos. Pueden ser realmente fantasmales.

Él se considera uno más. Casi siempre.

Si lo supiera usaría su impacto hasta el límite. Su creencia en el valor de crear ilusiones en la mente de los demás raya en la convicción religiosa.

Se levantó.

—Vayamos a dar una vuelta, Murgén.

En el palacio siempre es mejor moverse si quieres que tus conversaciones sean solo tuyas. El palacio es inmenso, un panal interconectado con laberintos que ocultan innumerables pasadizos secretos. He estado trazando los planos, pero no podría rastrearlos todos en la vida, ni siquiera aunque nunca tuviéramos que dirigirnos hacia el sur.

El caso es que siempre existe la posibilidad de que nuestros amigos estén escuchando todo lo que decimos.

Hemos tenido mucho éxito expulsando a nuestros enemigos lejos del alcance de las armas.

Thai Dei nos recogió en la entrada. El Viejo hizo una mueca. No tiene ningún prejuicio personal contra mi guardaespaldas y cuñado, pero detesta el hecho de que

tantos hermanos de la Compañía hayan adquirido compañeros similares, ninguno de los cuales está sujeto a sus órdenes directas. No se fía de los nyueng bao. Nunca lo ha hecho, nunca lo hará y no puede explicar con claridad por qué.

Considera que no estuvo allí, en la fragua del infierno, cuando se forjaron las alianzas. Para él es una condición. Ha cumplido su condena en otros infiernos. Se encontraba sufriendo uno en aquel entonces.

Le hice un pequeño gesto a Thai Dei. Se rezagó un poco, considerando simbólicamente nuestra necesidad de privacidad más que aceptándolo en realidad. De todos modos iba a escuchar todo lo que dijéramos.

Así que todo lo que dijéramos sería hablando en el dialecto de la Ciudad Joya de Berilo, que se encuentra diez mil kilómetros más allá del límite de cualquier mundo que Thai Dei pueda siquiera imaginar.

Me preguntaba por qué Matasanos se molestaba en caminar si iba a usar una lengua extranjera. Ningún tagliano entendería una palabra.

—Cuéntame —dijo.

—He paseado con el fantasma. Fui al sur. Hice las inspecciones rutinarias. Simplemente seguí el ritual diario. —Comprendí su deseo de caminar. Atrapa Almas. Atrapa Almas entendía los dialectos de las Ciudades Joya. Tendría más problemas para fisgonear si primero tenía que encontrarnos.

—Creí haberte dicho que aflojaras. Estás perdiendo demasiado tiempo ahí fuera. Te va a enganchar. Es muy cómodo para liberarse del dolor. Por eso yo ya no voy. —Oculté mi aflicción.

—No hay problema, jefe. —No me creyó. Sabía lo mucho que significaba Sari para mí, cuánto la echaba de menos, cuánto me dolía.

—Puedo soportarlo. Bueno, lo que quiero que sepas es que cuanto más lejos mires hacia el sur, peor es el daño causado por ese terremoto.

—¿Se supone que me tiene que preocupar? ¡No me digas que al Maestro de las Sombras se le ha caído la casa en la cabeza!

—Puedes desear lo que quieras pero no me lo oirás decir. Ahora no. Sus defectos no incluyen ser un mal arquitecto.

—Presentía que no me ibas a decir lo que quería oír. Así no eres nada gracioso.

Parte de mi trabajo como analista es recordar a mis superiores que no son dioses.

—Eso no es lo que ha pasado. Atalaya sobrevivió casi indemne. Pero Kiaulune ha sido destruida. Miles de personas han muerto. Según funcionan los desastres, miles más morirán de hambre, enfermedad y de abandono. —Lo más crudo del invierno se aproximaba rápidamente.

Kiaulune es la ciudad de hombres más meridional. Su nombre significa Puerta de las Sombras. Cuando salió de la nada hace dos décadas y se convirtió en maestro de la provincia, el Maestro de las Sombras, Sombra Larga, cambió el nombre por

Captura de las Sombras. Solo las gentes del Lugar de las Sombras, que están dispuestas a evitar el desagrado del Maestro de las Sombras emplean, de hecho, nombres que les han sido impuestos por su avasallamiento.

—¿Y esas son buenas noticias?

—Seguro que retrasará la construcción de Atalaya. A Sombra Larga no le gustará, pero va a tener que tomarse un tiempo de descanso para ayudar a sus súbditos. Si no, se quedará sin gente que haga el trabajo por él.

Nuestra marcha continuó lentamente a través de galerías concurridas. Esta parte del palacio había sido cedida por completo al esfuerzo de guerra. Ahora la gente hacía las maletas. Pronto nos dirigiríamos hacia el sur, destinados a un encontronazo mayor y posiblemente definitivo con los ejércitos de los Maestros de las Sombras. La mayoría de nuestras fuerzas ya se encontraban en tránsito, un proceso lento y difícil. Se tarda una eternidad en trasladar grandes batallones a una gran distancia.

Los hombres de estos puestos llevan años sentando las bases.

Matasanos preguntó:

—¿Quieres decir que no necesitamos darnos prisa?

—Ahora no hace falta. El seísmo lo ha dejado lisiado.

—Antes del temblor no había ninguna necesidad acuciante. Podíamos haber llegado allí antes de que terminara su descomunal castillo de arena.

Cierto. Comenzábamos la cruzada ahora principalmente porque el capitán y su mujer estaban sedientos de venganza.

Añade el nombre de Murgen a esa lista. Mi apetito por la venganza era más fresco y más sangriento. Mi mujer era una víctima más reciente.

Sombra Larga y Narayan Singh pagarían por la muerte de Sari. Especialmente Narayan Singh.

Tú, santo viviente de los Estranguladores, tu compañero de la noche ahora te busca a ti también.

—Por mucho que le duela, en realidad, nuestro objetivo no cambia.

Asentí.

—Cierto. Pero nos da más flexibilidad.

—A pesar de todo tiene sentido saltarles encima mientras están aturcidos. ¿Hasta dónde se han extendido los daños? ¿Ha sido solo Kiaulune?

—Hay muchos destrozos en todas partes al sur de Dandha Presh. Y empeora a medida que vas más al sur. Esa gente no tendrá muchas fuerzas para gastarlas intentando detener una invasión.

—Más razón para seguir con el programa. Les pisotaremos mientras estén abatidos.

El Viejo era rencoroso y vengativo. Viene con el cargo, supongo. Y por todas las perversidades que le han hecho.

—¿Preparado para viajar? —preguntó.

—¿Personalmente? Yo y toda mi familia tenemos hechos los preparativos. Di el día y nos pondremos en camino. —Mi propio resentimiento salió a flote.

Seguí diciéndome a mí mismo que no debía dejar que la necesidad de venganza enraizara muy hondo. Me planteé como un reto no dejar que se convirtiera en una obsesión.

Matasanos frunció los labios, amargado por un momento. Mi familia incluye no solo a Thai Dei, sino también a la madre de Sari, Ky Gota, y al tío Doj, que en realidad no es el tío de nadie, sino una amistad de la familia. Matasanos se niega a fiarse de ellos. No se fía de nadie que no haya sido hermano de la Compañía durante años.

La prueba fue inmediata.

—Murgen, quiero que añadas a la radisha a la lista de personas que inspeccionas regularmente. Apuesto a que en cuanto despejemos la muralla de la ciudad se las compondrá para rompernos el corazón.

No discutí. Parecía probable.

En toda su historia la Compañía Negra ha sufrido la ingratitud de sus empleados. Normalmente esos canallas recibían motivos de sobra para lamentar su villanía. Esta vez había muchas probabilidades de que pudiéramos subvertir el intento antes de que la radisha Drah y su hermano, el prahbrindrah Drah, pudieran causarnos una gran traición.

Ahora mismo la radisha y el príncipe tienen que contenerse. Mientras Sombra Larga sobreviva, la Compañía seguirá siendo su menor temor.

Pregunté:

—¿Ya has visto los libros?

—¿Qué libros?

Podía ser exasperante. Contesté bruscamente:

—Los libros que tuve que robarle a Atrapa Almas la otra noche arriesgando mi precioso culo. Los Anales perdidos que se supone que van a decirnos por qué cada puñetero señor y sacerdote en esta punta del mundo se caga de miedo con la Compañía Negra.

—Ah, esos libros.

—Sí, esos... —Me di cuenta de que me estaba vacilando.

—No he tenido tiempo, Murgen. Aunque he descubierto que vamos a necesitar un traductor. No están escritos en tagliano moderno.

—Me lo temía.

—Nos llevaremos al que pasea con los fantasmas al sur con nosotros.

El cambio repentino me sorprendió. Últimamente ha estado tan paranoico que no menciona a Humo, ni por el nombre ni de otro modo, por ninguna razón, ni siquiera

en una lengua no tagliana.

Siempre hay algún cuervo alrededor.

Respondí:

—Supuse que lo haríamos. Es un recurso demasiado valioso para dejarlo aquí.

—No queremos que nadie lo sepa si podemos evitarlo.

—¿Eh?

—La radisha ya se pregunta cómo es que lo encontramos tan interesante que cuidamos de él y lo mantenemos vivo. Ya no cree que haya ninguna posibilidad de que se recupere. Si lo piensa demasiado le van a empezar a cuadrar las cosas. —Se encogió de hombros.

—Hablaré con Un Ojo. Podéis sacarlo a hurtadillas entre los dos cuando nadie mire.

—Algo más que hacer en mi abundante tiempo libre.

—Eh. Disfrútalo mientras puedas. Pronto pasaremos a dormir durante siglos.

No es un hombre religioso.

Capítulo 2

—Tengo que hacerlo yo todo —refunfuñó Un Ojo—. Cualquier cosa que haya que hacer, empaquetasela a Un Ojo. Él se encargará.

Respondí con sorna:

—Eso es solo si no encuentras antes a Murgén.

—Soy demasiado viejo para esta mierda, Cachorro. Debería estar jubilado.

El hombrecillo negro tenía razón. Según los Anales tiene unos doscientos años. Sigue vivo, principalmente, gracias al hábil uso de su propia brujería y a una buena suerte muy superior a la que merece cualquier ser humano.

Entramos los dos en una oscura escalera, acarreado el cuerpo sobre una camilla. Humo no pesaba mucho pero, aun así, Un Ojo hacía que la tarea fuera insoportable.

—¿Listo para equilibrarlo? —pregunté. Yo tenía el extremo en pendiente. Mido más de un metro ochenta. Un Ojo llega a metro y medio si lo pones encima de un libro grueso, pero es un terco que nunca admite que está equivocado.

Por alguna razón Un Ojo se había empeñado en que el extremo en pendiente de una camilla sería el más fácil de maniobrar por una escalera.

—Sí. Creo. Cuando bajemos al siguiente descansillo.

Sonreí en la oscuridad. Con eso ya solo nos quedaría un piso. Entonces rezongué:

—Espero que ese maldito Dormilón llegue a tiempo.

Aunque apenas tiene dieciocho, Dormilón es un veterano que lleva cuatro años en la Compañía. Ha atravesado el fuego de Dejagore con nosotros. Sigue teniendo tendencia a llegar tarde y a ser un poco irresponsable, pero ¡qué demonios!, es muy joven.

Su juventud hizo que fuera el hombre más indicado para conducir un carruaje por Taglios en medio de la noche si no querías llamar la atención. Un vehdna tagliano que podía pasar fácilmente por aprendiz. Nadie esperaría que supiera lo que estaba haciendo. Los aprendices hacen lo que se les manda. Sus maestros rara vez se sienten obligados a darles explicaciones.

El chico no tendría ni la menor idea de lo que se estaba tramando esta noche. Si llegaba a tiempo no sabría cuál había sido su participación durante años. Debería desviarse antes de que el carruaje recogiera la misteriosa carga.

Un Ojo se encargaría de que cargáramos a Humo. Él explicaría, si se encontrara en una situación en que eso fuera necesario, que el cadáver de detrás era Goblin. Nadie notaría la diferencia. Nadie había visto a Humo durante cuatro años y antes se le había visto poco en público. Y Goblin hacía tiempo que no estaba por allí porque el Viejo lo había enviado fuera a una misión hacía semanas.

Cualquiera que se topara con Un Ojo lo reconocería de inmediato. Es el miembro más reconocible de la Compañía. Su viejo y horrible sombrero negro lo delata incluso

en la oscuridad. Está tan mugriento que brilla.

Exagero solo ligeramente.

La gente creería a Un Ojo porque todo el mundo en Taglios sabe que el asqueroso mequetrefe suele ir con un pequeño brujo blanco con cara de sapo llamado Goblin.

El truco sería distraerles del color de piel de Humo. O, si no, Un Ojo podría echarle un conjuro y hacer que se pareciera lo bastante a Goblin como para engañar a los ojos de los taglianos.

Con el tiempo alguien descubriría que Humo ya no estaba en el palacio. Probablemente más tarde. Por accidente. Cuando alguien se tropezara con la maraña de hechizos de confusión que rodeaban la habitación en la que Humo había estado escondido durante años.

«Alguien» sería la radisha Drah. Ella y el tío Doj son las únicas personas, además de Matasanos, Un Ojo y yo, que saben que Humo todavía está vivo, si bien inefablemente perdido en la tierra del coma.

Ahora es más útil de lo que nunca fue cuando estaba consciente y era el mago secreto de la corte.

Humo había sido todo lo sumamente cobarde que puede llegar a ser un humano.

Alcanzamos el descansillo. Un Ojo estuvo a un pelo de que se le cayera la camilla. Tenía prisa por tomarse un descanso.

—Avísame cuando estés listo —le dije.

—No hace falta que vayas de listillo conmigo, Cachorro. —Farfulló unas cuantas palabras en una lengua muerta, cosa que era totalmente innecesaria y únicamente para exhibirse. Podía haber dicho lo mismo en tagliano y habría conseguido el mismo resultado, que era que una bola trémula de gas cenagoso se materializara bajo su horrible sombrero.

—¿Acaso he dicho algo?

—No tienes que hablar, Cachorro. Estás sonriendo como un perro comemierda. —Pero jadeaba demasiado como para seguir el ritmo—. El vejestorio pesa más de lo que aparenta, ¿verdad?

Así era. Tal vez porque era todo manteca después de pasar cuatro años dormido, alimentándose de sopa, caldo y cualquier otro fango de esos que le meto a cucharadas.

Es una asquerosidad cuidar de él. Dejaría que palmara si no fuera tan útil.

La Compañía no desperdicia ningún cariño en este hombre.

Puede que me guste más inconsciente que consciente, aunque entre nosotros nunca nos llevamos tan mal. He oído tantos cuentos de terror sobre su cobardía que no es que pueda decir muchas cosas buenas de él. Bueno, era un jefe de bomberos modestamente eficaz. El fuego es un enemigo que Taglios conoce mucho más estrechamente que ningún Maestro de las Sombras remoto.

Si no hubiera sido tan cobardica y no se hubiera pasado al bando de Sombra Larga, no estaría en el lamentable estado en el que está ahora.

Por razones poco claras hasta para Un Ojo, el espíritu comatoso de Humo está anclado a su carne muy débilmente. Es fácil conectarlo con su *ka*, que es como deben llamarlo por aquí. Sigue bien las instrucciones. Puedo conectar con él, desprenderme de mi carne y viajar con él casi a cualquier parte, para ver casi cualquier cosa. Es por eso que es tan especial para nosotros hoy por hoy. Es por eso que es fundamental mantener oculto todo lo que tenga que ver con él.

Si triunfamos en esta oscura guerra la victoria se deberá en gran parte a que podemos «pasear con el fantasma».

—Estoy listo —dijo Un Ojo.

—Te repones rápido para ser un abuelete.

—Tú sigue de cháchara, Cachorro, nunca tendrás la oportunidad de descubrir lo que es ser lo bastante viejo para merecer respeto, pero no lo bastante como para no recibirlo de crios como tú.

—No la tomes conmigo porque Goblin te haya dejado plantado.

—¿Y dónde demonios está ese zurullo de ratón atrofiado?

Lo sabía. O creía que lo sabía. Yo paseo con el fantasma. Pero como a Un Ojo no le hacía falta saberlo, no le di ninguna pista.

—Levanta la maldita camilla, pichafloja.

—Estoy seguro de que vas a disfrutar de la vida como una mofeta, Cachorro.

Levantamos la camilla. Humo hizo un ruido como un gorgoteo. Un escupitajo espumoso se le escurrió de la comisura de la boca.

—Espabila. Tengo que limpiarle la boca antes de que se ahogue.

Un Ojo evitó discutir. Bajamos las escaleras atropelladamente. Humo empezó a hacer ruidos como si se ahogara. Abrí la puerta de una patada y salí sin mirar antes fuera. Salimos a la calle.

—Pósalo —dije bruscamente—. Cúbrenos mientras me voy ocupando de él. — ¿Quién sabe quién podía estar observando? Las noches taglianas ocultan incontables ojos curiosos. Todo el mundo quiere saber lo que hace la Compañía Negra. Tenemos asumido que algunos de ellos son personas que ni siquiera conocemos aún.

La paranoia es un estilo de vida.

Me arrodillé junto a la camilla, la incliné un poco y giré la cabeza de Humo. Se tambaleó como si no tuviera huesos en el cuello. Humo gorjeó y escupió algo más.

—¡Chsss! —dijo Un Ojo.

Levanté la vista. Un vigilante shadar alto se dirigía hacia nosotros portando un farol. Una de las novedades del Viejo, las patrullas nocturnas a pie, ha entorpecido los intentos de espionaje enemigo. Ahora nuestra creatividad estaba a punto de volverse en nuestra contra.

El soldado con turbante pasó tan cerca que sus pantalones grises llegaron a rozarme. Pero no se dio cuenta.

Un Ojo no es un maestro hechicero, pero hace un trabajo impresionante cuando se concentra.

Humo volvió a hacer ese ruido.

El shadar se detuvo, miró atrás. Abrió los ojos de par en par. Eran todo lo que se podía ver entre el turbante y su espesa barba. No sé lo que vio, pero se tocó la frente y se pasó los dedos rápidamente trazando un medio círculo que acababa sobre el corazón. Se trataba de una protección contra el mal, común a todas las gentes de Taglios.

Se movió apresuradamente.

—¿Qué has hecho? —pregunté.

—No importa —dijo Un Ojo—. Carguémoslo. —El carruaje estaba esperando justo donde debía dejarlo Dormilón—. Va a dar el aviso. En unos minutos toda su familia estará aquí.

Los vigilantes estaban equipados con silbatos. Nuestro hombre recordó el suyo y empezó a pitar mientras Un Ojo levantaba su extremo de la camilla. En cuestión de segundos respondió otro silbato.

—¿Va a seguir soltando esa mierda? —preguntó Un Ojo.

—Le tumbaré sobre un costado, así la flema debería resbalar. Pero tú eres el que sabe de medicina. Si va a enfermar de neumonía más vale que te ocupes de él ahora.

—Vas a enseñar a tu padre a hacer hijos, Cachorro. Tú solo empuja al cabroncete en el carruaje y vuelve a sacar tu culo por la puerta.

—Mierda. Creo que me olvidé de ponerle una cuña para que no se cerrara.

—Te llamaría tonto del culo, pero siempre te cachondeas de mí por decir perogrulladas. ¡Hum! —Volcó su extremo de la camilla en la cama del carruaje. El bueno de Dormilón se ha acordado de dejar bajada la puerta de atrás, justo como se le había ordenado—. Yo me acordé por ti.

—De todos modos fuiste el último en salir. —Maldita sea, anda que no me voy a alegrar cuando vuelva Goblin y Un Ojo pueda volver a reñir con él. Empujé mi extremo de la camilla.

Un Ojo ya estaba revolviendo el asiento del conductor.

—No te olvides de subir esa puerta.

Sacudí los hombros de Humo para que desaguara la boca, levanté la puerta de atrás y metí las clavijas de roble en las ranuras.

—Tú échale un vistazo en cuanto puedas.

—Cierra el pico y lárgate de aquí.

Ahora se oían pitidos de silbato por todas partes. Sonaba como si todos los vigilantes de guardia se estuvieran acercando.

Su interés iba a atraer el de los demás. Corrí hacia el postigo. Las llantas de acero empezaron a traquetear sobre los adoquines detrás de mí.

Un Ojo iba a tener la oportunidad de poner a prueba nuestra tapadera.

Capítulo 3

Hay un buen trecho desde el postigo hasta el aposento que yo llamo hogar. En el trayecto me detuve en la celda de Matasanos para contarle lo que había pasado mientras sacábamos a Humo de la casa. Preguntó:

—¿Viste algo más aparte de los shadar?

—No, pero el alboroto va a llamar la atención. Si se enteran de que Un Ojo estaba implicado, la gente que está interesada en nosotros va a empezar a husmear. Sabrán que ha pasado algo por mucho que Un Ojo les venda su historia a los vigilantes.

Matasanos gruñó. Se quedó mirando fijamente los papeles que había estado intentado leer. Estaba hecho polvo.

—No hay nada que podamos hacer ahora. Vete a dormir un poco. Iremos nosotros mismos en uno o dos días.

—¿Eh? —No estaba ansioso por viajar, especialmente en invierno—. No es que lo esté deseando.

—¡Eh! Yo soy más viejo y más gordo que tú.

—Pero tú tienes motivos para ir. La Dama está allí.

Gruñó sin entusiasmo. No hacía falta preguntarse más por la entrega a su mujer. Desde los problemas con Hoja... No es asunto mío.

—Buenas noches, Murgen.

—Sí. Igualmente, jefe. —No quería ser amable. Por mí estupendo.

Me dirigí a mi aposento, aunque allí no había nada esperándome salvo una cama que no me iba a aportar ningún descanso. Desde que Sari se fue, aquel lugar era un páramo del corazón.

Cerré la puerta a mi espalda. Miré alrededor como si tal vez ella fuera a aparecer riendo para decirme que todo era una broma pesada. Pero la broma todavía no había acabado. Madre Gota aún no había terminado de limpiar el desastre que había dejado la incursión de los Estranguladores. Y, aunque era muy pesada, no había tocado nada en mi zona de trabajo, donde todavía estaba clasificando los restos quemados de varios de estos Anales.

Debí de quedarme absorto en mis pensamientos. De repente, me di cuenta de que no estaba solo. Cogí un cuchillo en lo que dura medio latido.

No corría peligro. A las tres personas que me miraban les pertenecía ese lugar por derecho familiar. Eran mis parientes políticos, Thai Dei, el hermano de Sari, con su brazo en cabestrillo, el tío Doj y madre Gota. De los tres solo la vieja llegó a decir algo. Y nada de lo que decía fue nunca nada que yo quisiera oír. Podía encontrar el lado malo de cualquier cosa y quejarse por ello eternamente.

—¿Qué? —pregunté.

El tío Doj contestó:

—¿Has vuelto a ir flotando? —Parecía preocupado—. ¿A qué momento fuiste? ¿Dejagore?

—No ha sido eso, eso hace tiempo que no sucede. —Los tres continuaron mirándome como si me colgara algo de la nariz—. ¿Qué?

El tío Doj dijo:

—Tienes algo diferente.

—Mierda. Pues claro que lo tengo. Perdí a una esposa que significaba más para mí que... —Contuve mi rabia.

Me volví hacia la puerta.

Era inútil. Humo iba en un carruaje hacia el sur.

Siguieron mirándome fijamente.

Era así cada vez que volvía después de salir sin dejar que Thai Dei se me pegara. No les gustaba perderme de vista.

Eso y sus miradas me dieron un poco de repelús, el tipo de sensación que tenía Matasanos cada vez que miraba a uno de los nyueng bao.

La ausencia de Sari había dejado un vacío mayor que el de mi corazón. Ella había sido el alma que hacía que este extraño grupo funcionara.

El tío Doj preguntó:

—¿Te gustaría seguir el Sendero de la Espada?

El Sendero de la Espada, el conjunto de ejercicios ritualizados asociado a su estilo de lucha con espada larga a dos manos, podía llegar a ser casi tan apacible e indoloro como lo era pasear con el fantasma. Aunque el tío Doj ha estado enseñándome desde que pasé a ser parte de la familia, aún me resulta difícil entrar en la clase de trance que requiere el Sendero.

—Ahora no. Esta noche no, estoy cansado. Me duelen todos los músculos.

Otra manera de echar de menos a Sari. Ese ángel de ojos verdes había sido una artista dando masajes para liberar las tensiones acumuladas en el día.

Hablábamos en nyueng bao, que se me da bastante bien. Entonces madre Gota reclamó:

—¿Qué haciendo tú? ¿Escondes de ti? —En su abominable tagliano. Se niega a creer que no habla la lengua como un nativo.

—Trabajo. —Aun sin la paranoia del Viejo me hubiera quedado a Humo para mí. ¡Maldita sea!, estoy corriendo un gran riesgo solo con mencionarlo en estas páginas aunque las esté garabateando en una lengua que casi nadie por aquí sabe hablar, y ya no digamos leer.

Atrapa Almas está ahí en alguna parte. Nuestras precauciones para que no descubriera a Humo están más elaboradas que las que mantienen a la radisha y al Maestro de las Sombras alejados.

Hacía poco tiempo que Almas estaba en el palacio. Ella robó los Anales que había

escondido Humo antes de su desgracia. Estoy bastante seguro de que no se percató del propio Humo. Se supone que la maraña de hechizos de confusión a su alrededor es tan sutil, que ni una jugadora tan poderosa como Atrapa Almas notaría la información errónea, a menos que estuviera verdaderamente centrada en encontrar algo así.

Les dije:

—Hablé con el capitán. Dijo que el grupo del cuartel general saldrá mañana o pasado. ¿Seguís empeñados en ir?

El tío Doj asintió. No parecía muy emotivo cuando me recordó:

—Nosotros también tenemos una deuda que saldar.

Las pocas posesiones materiales que compartían los tres ya estaban empaquetadas y amontonadas al lado de la puerta de la habitación. Llevaban días preparados para salir. Era yo el que necesitaba concentrarme y finalizar mis preparativos. Había mentido a Matasanos cuando dije que estaba preparado para viajar.

—Ahora me voy a la cama. No me despertéis por nada, a no ser que se acabe el mundo.

Capítulo 4

Dormir no sirve para escapar del dolor. Cuando se duerme se sueña. Cuando duermo voy a sitios más horribles que aquellos a los que voy cuando estoy despierto.

En los sueños vuelvo a ir a Dejagore, a la muerte y la enfermedad, el crimen, el canibalismo y la oscuridad. En sueños, Sari sigue viva sea cual sea el horrible lugar en que se encuentra.

Aquella noche mis sueños no me devolvieron el milagro de la compañía de Sari.

Solo recuerdo uno. Primero llegó como una sombra, una maldad llena de traviesa crueldad que lo envuelve todo, como si me sumiera en el alma de una araña que disfrutara torturando a sus víctimas. La maldad no prestó atención a mi presencia. La atravesé hasta el otro lado. Y allí el sueño se torció, se distorsionó y se enfrentó a la vida, aunque era una vida completamente en blanco, negro y grises.

Estaba en un lugar de muerte y desesperación. El cielo era plomizo. Los cuerpos se pudrían a mi alrededor. El hedor era lo bastante fuerte como para espantar a los buitres. La vegetación podrida estaba cubierta con lo que parecían babas espesas de saltamontes. Solo se movía una cosa, una bandada lejana de cuervos burlones.

Incluso entre mi horror y revulsión sentí que la escena me era familiar. Intenté aferrarme a ese pensamiento, para perseguirlo, para mantener mi locura y lograr al fin saber por qué razón iba a conocer un sitio en el que nunca había estado. Tropecé y fui a caer a una llanura de huesos. Las pirámides de calaveras me servían de referencia.

Mi pie resbaló con una calavera de bebé que rodó y se fue traqueteando hacia un lado. Caí y caí... Y entonces estaba en otro sitio.

Estoy aquí. Yo soy el sueño. Yo soy el camino a la vida.

Sari estaba allí.

Me sonrió, luego desapareció, pero me aferré a su sonrisa como la única cosa capaz de dejarme mantener la cabeza sobre las aguas de un mar de locura.

Estaba en ese otro sitio. Era un sitio de cuevas doradas donde los ancianos se sentaban al borde del camino, congelados en el tiempo, vivos pero incapaces de mover mucho más que una pestaña. Su demencia azotó el aire como un millón de cuchillas batiéndose en duelo. Algunas estaban cubiertas con redes brillantes de hielo, como si un millón de gusanos de seda mágicos las hubieran devanado en capullos de delicadas hebras de agua congelada.

Un bosque encantado de carámbanos colgaba del techo de la cueva. Intenté pasar deprisa por delante de los ancianos para salir de aquel lugar. Corrí como se corre en los sueños, lentamente hacia ninguna parte.

Y entonces el horror empeoró al darme cuenta de que conocía a esos ancianos. Corrí más, resistiéndome a una risa perversa y llena de vida.

Intenté pegar salvajemente a quienquiera que me estuviera tocando, lancé la mano

debajo de la almohada para recuperar el puñal que tenía ahí escondido. Un golpe repentino me sujetó la muñeca con fuerza mientras volvía la luz. Una voz fuerte espetó:

—Murgen.

Enfoqué. El tío Doj me estaba vigilando. Parecía serio, preocupado. Thai Dei estaba de pie junto a los pies de la cama, donde podía cogerme por detrás si saltaba sobre Doj. Madre Gota estaba en la puerta, muy inquieta.

El tío Doj dijo:

—Estabas gritando en una lengua que ninguno de nosotros conoce. Te encontramos luchando con la oscuridad cuando llegamos.

—Tenía una pesadilla.

—Lo sé.

—¿Eh?

—Era obvio.

—Sari estaba allí.

Por un momento la cara de madre Gota se convirtió en una máscara de ira. Farfulló algo bajito y demasiado rápido para entenderlo, pero pillé el nombre de Hong Tray y la palabra «bruja». La abuela de Sahra, Hong, fallecida hacía tiempo, era la única razón por la que su familia había aceptado nuestra relación. Hong Tray había dado su bendición.

Ky Dam, el abuelo de Sahra, que también había muerto, había afirmado que su mujer poseía la segunda visión. Quizá. Había visto sus predicciones funcionar durante el asedio de Dejagore. La mayoría habían sido muy sibilinas, muy vagas.

Había oído también a Sahra describirla como una bruja, en una ocasión.

—¿Qué es ese olor? —pregunté. Los temblores habían cesado. Ya podía recordar detalles de la pesadilla únicamente haciendo cierto esfuerzo—. ¿Hay un ratón muerto aquí?

El tío Doj frunció el ceño.

—¿No habrá sido uno de tus viajes en el tiempo?

—No. Ha sido más bien un viaje al infierno.

—¿Quieres seguir el Sendero de la Espada? —El Sendero era la religión de Doj, su razón principal de vivir, o a veces lo parecía.

—Ahora mismo no. Quiero tomar nota de todo esto mientras todavía lo recuerde. Podría ser importante. Algunas cosas me resultaban familiares. —Giré los pies hasta el suelo, consciente de que aún estaba siendo escudriñado intensamente.

Era mucho peor ahora que Sari no estaba.

Todavía no era el momento de recalcarlo.

Fui a mi zona de escritura, me senté y me puse a trabajar. El tío Doj y Thai Dei encontraron sus espadas de adiestramiento de madera y empezaron a desentumecer

los músculos al otro lado de la sala.

Madre Gota siguió hablando sola mientras se afanaba haciendo limpieza. Mientras le apeteciera la dejaría hasta ayudar con el desorden, ofreciéndole sugerencias desde la comisura de la boca con la frecuencia suficiente para mantenerla tranquila.

Capítulo 5

El gran cuadrado oscuro y andrajoso se posó lentamente en el aire, meciéndose de manera impredecible en la brisa gélida del invierno. Un chillido de angustia se elevó por encima de las quejas del viento. Por dos veces la alfombra harapienta intentó asentarse en la cumbre de la torre donde el Maestro de las Sombras se encontraba esperando. Por dos veces el viento amenazó con el desastre. El maestro de la alfombra aulló otra vez y descendió más de un metro hasta una zona de aterrizaje más grande y más segura sobre la enorme muralla de Atalaya.

El Maestro de las Sombras maldijo el tiempo. Esta penumbra invernal era casi tan mala como la noche. Aquí, allá, las sombras volvían a la vida en rincones imprevisibles. Todo su genio y su esfuerzo no pudieron deshacerse de cada grieta donde podían estar acechando. En su mundo ideal él paralizaría al mismo sol directamente sobre la fortaleza, donde podría abrasar el corazón de la noche y matar los terrores que se agazapaban dentro.

Sombra Larga no bajó a encontrarse con su secuaz el Aullador. Haría que el pequeño tullido viniera a él. En una conversación podía hacer como si fueran iguales, pero no era verdad. Llegaría el día en que tendría que deshacerse de una vez del Aullador. Pero ese día aún estaba muy lejos. Esos detestables moscones de la Compañía Negra tenían que ser enterrados primero. Taglios debía ser castigado con fuego y sombra. Sus sacerdotes y príncipes tenían que ser borrados. Había que capturar a Senjak y chuparle cada oscuro secreto, después debería ser destruida, totalmente y para siempre. Su loca y frívola hermana, Atrapa Almas, debía ser perseguida, asesinada y su carne tirada a los perros salvajes.

Sombra Larga se rió nerviosamente. Muchas de esas cosas las había dicho en alto. Cuando estaba solo no le importaba verbalizar sus pensamientos.

Su lista de gente de la que había que deshacerse crecía casi a diario.

Aquí iban dos más.

Las dos primeras caras en asomar por el hueco de la escalera eran las del Estrangulador Narayan Singh y la niña que sus Impostores llamaban la Hija de la Noche. Sombra Larga la miró a los ojos solo un momento. Pasó a examinar la devastación al norte de Atalaya. Todavía ardían algunas hogueras en las ruinas.

La niña apenas tenía cuatro años, pero sus ojos eran ventanas hasta el mismo corazón de las tinieblas. Casi parecía como si su monstruosa diosa Kina estuviera sentada detrás de esas huecas pupilas.

Era casi tan aterradora como esas briznas vivientes de oscuridad que, puesto que podía dominarlas, le daban el título de Maestro de las Sombras. Solo era una niña en carne. Lo que había dentro era años más viejo y más oscuro que el sucio escuálido hombrecillo que le servía de guardián.

Narayan Singh no tenía nada que decir. Se quedó en el borde del brocal y se estremeció con el viento helado. La niña se unió a él. Ella tampoco habló, pero no mostró interés en la ciudad derruida. Tenía la atención puesta en él.

Por un instante Sombra Larga temió que pudiera leerle la mente.

Meneó su larga y huesuda figura hacia el hueco de la escalera, preocupado porque Aullador lo estaba dejando solo demasiado tiempo con estas extrañas criaturas. Se sobresaltó al encontrar al general nar Mogaba, su comandante destacado, subiendo por las escaleras tras el pequeño hechicero, ocupados en una agitada conversación en una lengua desconocida.

—¿Y bien?

Aullador flotaba en el aire, como solía hacer aunque no estuviera pilotando su alfombra. Giró sobre sí mismo.

—La historia es la misma desde aquí hasta la llanura de Charandaprash. Y al este y al oeste también. El seísmo no perdonó a nadie. Aunque el daño es menor cuanto más te alejas hacia el norte.

Sombra Larga se giró inmediatamente y miró al sur. Incluso en la penumbra del invierno entrante aquella llanura allá a lo lejos parecía relucir. Hasta parecía burlarse de él, y por un momento lamentó el impulso que lo había llevado a desafiarla tantos años atrás. Había conseguido todo el poder con el que había soñado entonces, después de lo cual no había tenido un momento de paz.

Solo con existir, el lugar más allá de la Puerta de las Sombras se mofaba de él. La raíz de su poder era también su azote.

No vio muestras de que el seísmo hubiera alterado nada allí. La puerta, creyó, debía de estar hecha a prueba de todo tipo de desastres. Solamente un instrumento podía abrir el camino para entrar.

Se volvió a girar y vio a la niña sonreír, un diente blanco asomaba como un colmillo diminuto de vampiro. Era una combinación de los efectos más terroríficos de sus dos madres.

Aullador pegó un grito que quedó interrumpido.

—La destrucción no nos deja otra opción que posponer las tareas del imperio hasta que el populacho pueda soportarlas otra vez.

Sombra Larga se llevó a la cara una mano huesuda enfundada en un guante para ajustarse la máscara que llevaba siempre cuando estaba acompañado.

—¿Qué has dicho? —Debía haber entendido mal.

—Considera la ciudad antes que tú, amigo mío. Una ciudad que existe únicamente para construir esta fortaleza aún más alta y más fuerte. Pero los que allí viven deben comer para tener fuerzas para trabajar. Deben tener donde resguardarse de los elementos, de otro modo se debilitarían y morirían. Deben tener algo de calidez y agua que no les lleve a morir de disentería.

—No los mimaré. Su única misión es servirme.

—Cosa que no pueden hacer si están muertos —advirtió el general negro—. Ultimamente no caemos nada bien a los dioses. Este terremoto nos ha causado más daño que todos los ejércitos de Taglios en todos los años de esta guerra.

Sombra Larga sabía que era una gran exageración. Sus tres camaradas Maestros de las Sombras estaban muertos. Sus grandes ejércitos habían perecido con ellos. Pero pilló el mensaje. La situación era grave.

—¿Has venido a decirme eso? —Era presuntuoso por parte del general venir a Atalaya sin haber sido invitado. Pero Sombra Larga lo perdonó. Sentía cierta debilidad por Mogaba, se parecía muchísimo a él mismo de joven. Consentía al nar cosas sobre las que hubiera sido mucho más duro viniendo de sus otros capitanes.

—He venido a pedirte otra vez que reconsideres tus órdenes de obligarme a permanecer inmóvil en Charandaprash. Después de este desastre, más que nunca, necesitareé flexibilidad para ganar tiempo.

Era un argumento viejo, muy viejo. Sombra Larga ya estaba harto de él.

—Si no puedes desempeñar tus órdenes como se te dan, general, sin cuestionar a nadie y sin importunarme continuamente, entonces encontrareé a alguien que lo haga. Me viene a la mente ese compañero, Hoja. Ha hecho grandes cosas por nosotros.

Mogaba inclinó la cabeza, no dijo nada. Precisamente él no advirtió que los éxitos de Hoja habían llegado porque se le permitía exactamente el tipo de libertad de decisión y movimiento que Mogaba llevaba dos años solicitando.

El arranque de cólera de Sombra Larga no era inesperado. Pero Mogaba se sintió obligado a intentarlo, en atención a sus soldados.

El Estrangulador Singh dio un paso hacia el Maestro de las Sombras. Su hedor lo precedió. Sombra Larga se acobardó. El hombrecillo dijo:

—Vienen hacia nosotros. Ya no hay duda alguna.

Sombra Larga no lo creía porque no quería que fuera verdad.

—El invierno no ha hecho más que empezar. —Pero cuando echó una mirada al Aullador, el pequeño hechicero tullido asintió con su cabeza cubierta de harapos.

Contuvo un grito malogrado.

—Es cierto. Dondequiera que mire hay ejércitos de Taglios en movimiento. Ninguno es muy grande, pero están por todas partes, en cada posible carretera. El intento de Singh de matar a sus superiores parece que los ha animado a ponerse en camino.

El intento fallido de Singh. Sombra Larga no lo dijo en alto. Sus propias fuentes de espionaje ahora eran flojas, pero le habían aportado mucho. La alianza con los Estranguladores era muy impopular y por tanto muy precaria. Los Impostores no eran más queridos en Lugar de las Sombras de lo que lo eran en los territorios taglianos.

Mogaba movió los pies, pero contuvo el comentario ansioso por escaparse entre

sus dientes. Sombra Larga sabía exactamente de qué se trataba. El general quería que se le permitiera atacar a las bandas taglianas antes de que pudieran unirse formando un gran ejército en la llanura de Charandaprash.

—Aullador. Encuentra a Hoja. Dile que haga frente a tantos de estos pequeños ejércitos como pueda. General.

—¿Señor? —Mogaba tenía que esforzarse para mantener una voz neutral.

—Puedes enviar algunas de tus caballerías al norte a hostigar al enemigo. Pero solo unos pocos y solo caballería. Si descubro que me interpretas como que te he dado libertad, te liberaré de verdad. Al otro lado de la Puerta de las Sombras. —Hacía mucho tiempo que no enviaba a nadie para verle morir una muerte cruel. Ya no tenía tiempo para sí mismo. Ni tampoco podía abrir el camino estos días, sin la Lanza. La única llave que quedaba había sido robada tiempo atrás por uno de sus camaradas muertos. Él no tenía el poder nigromántico de invocar a sus sombras y obligar al villano a que revelara dónde estaba enterrado el objeto.

—¿Me he explicado con claridad?

—Perfectamente. —A Mogaba se le pusieron los pelos de punta. La concesión no era mucha, pero algo era. Aunque el terreno al norte de Charandaprash no se adaptaba a las maniobras de la caballería, así que tendría que usar a sus jinetes como infantería montada. Aun así era una oportunidad—. Gracias, señor.

Sombra Larga miró de reojo a la niña, que casi nunca hablaba. Le sorprendió ver una mirada de absoluto desprecio que se desvaneció justo cuando miró a otro sitio, desapareciendo tan rápido que no parecía más que un parpadeo de la imaginación.

El Maestro de las Sombras dejó que su mirada viajara hasta la llanura de piedra reluciente. Una vez había estado impelido por una necesidad obsesiva de conocer aquel lugar. Ahora simplemente lo odiaba y deseaba que desapareciera, pero lo necesitaba, también. Sin él estaría débil, inferior a la calaña del Aullador o de la mujer Atrapa Almas, cuya locura y enemistad eran totalmente impredecibles. Parecía una perfecta hija del caos.

—¿Dónde está la que se llama Atrapa Almas? —preguntó—. ¿No ha habido rastro de ella?

Aullador, que había recibido un parte de un tejesombras skrinisa cuyo círculo dirigía una colonia de murciélagos espía, mintió:

—Nada. Aunque había pasado algo extraño en Taglios en el momento en que los hermanos del *jamar* Singh se infiltraron en el palacio. Podría haber sido ella. —Un chillido el doble de largo y punzante de lo normal se desgarró del pequeño hechicero. Empezó a temblar, a vibrar y a escupir.

Hasta la niña dio un paso atrás.

Nadie se ofreció a ayudar.

Capítulo 6

Pasaron cuatro días hasta que Matasanos estuvo listo para abandonar Taglios. La mayor parte de ese tiempo lo pasó discutiendo con la radisha. Sus audiencias eran privadas. A mí no se me permitía estar. Por lo poco que le oí contar después a Fibroso Mather daba la impresión de que habían estado tirándose los trastos a la cabeza. Y eso que Fibroso no había llegado a oír ni la décima parte de lo que se dijo.

Creo que a Fibroso ya no le complace el papel que tiene aquí. La radisha cada vez lo trata más como un hombre poderoso trata a sus concubinas. Se le considera el comandante de las guardias reales y ha hecho un trabajo tremendo allí, pero cuanto más se acuesta con la Mujer, más parece pensar ella que él no es más que un juguete al que no hay que dar crédito en nada que sea de relevancia.

Si eso no lo enojara no habría mencionado el conflicto.

—¿Lo mismo de siempre? —pregunté—. ¿Gastos? —A lo largo de los años Matasanos había hecho que la radisha comprara millones de flechas, cientos de miles de arpones y jabalinas, decenas de miles de lanzas, monturas y sables. Llenó almacenes con espadas y escudos. Adquirió artillería móvil acompañada de arcones de munición. Acumuló caballos de tiro, mulos y partidas de bueyes en docenas de cientos. Tenía elefantes de guerra y de trabajo. Madera suficiente como para construir ciudades nuevas. Mil cometas de caja sin armar lo suficientemente grandes como para levantar a un hombre...

—Lo mismo —admitió Mather. Tiró furiosamente de su pelo castaño enmarañado—. Al parecer espera que esto salga mal.

—¿Esto?

—La ofensiva de invierno. De eso trataba la riña. De empezar a acumular ahora material de repuesto en caso de que esto salga mal.

—Mmm. —Eso era propio del Viejo. Los preparativos nunca eran suficientes. Probablemente era el motivo por el cual, a medida que decaía la cólera en su respuesta a la incursión de los Estranguladores, parecía tan poco deseoso de darlo todo en el combate.

Pero conociendo a Matasanos los argumentos también podían ser una distracción. Puede que estuviera intentando asustar a la radisha para que se mostrara más reacia a montar alguna triquiñuela política mientras él estaba fuera.

—Casi llega al límite.

—¿A qué te refieres?

—Llega un momento en que la Mujer ya no quiere discutir más.

—¡Oh! —Con eso bastó. Lo comprendí. Si el Viejo continuara, tendría que ejercer sus poderes de jefe militar y poner a la princesa bajo arresto. Y eso revolvería un nido de víboras.

—Él lo haría —dije a Mather. Supuse que la voz correría hasta llegar a la Mujer—. Pero no por material militar. No creo. Aunque si el prahbrindrah Drah y la radisha no cumplen su promesa de ayudar a la Compañía a regresar a Khatovar... el capitán podría ponerse desagradable.

Devolvemos a los orígenes de la Compañía en el legendario Khatovar había sido la principal pasión de Matasanos desde hacía ahora casi una década. Si lo presionabas un poco, a veces aparecía una fijación casi fanática brillando tras el conjunto de máscaras que acostumbra a mostrar al mundo.

Esperaba que Fibroso llevara ese mensaje a su amante. Además, era como si estuviera escarbando con un palo en un hormiguero para ver si, con el canguelo, revelaba la opinión de la realeza acerca de nuestra cruzada.

No era algo que discutieran el príncipe y su hermana, principalmente porque el prahbrindrah Drah le había cogido gusto a la vida en el campo de batalla y ya no veía a su hermana. Pasear con el fantasma no me informó de nada.

Pero Humo era una prueba a su manera. Fue su pálida decisión de mantener a la Compañía lejos de Khatovar lo que lo llevó a desertar del Maestro de las Sombras y ponerse así en una situación en la que saldría damnificado. Como Dama apuntó en su contribución a estos Anales, los gobernantes de Taglios, ya sean religiosos o laicos, no nos tienen más cariño que a los Maestros de las Sombras. Pero nosotros hemos sido más amables. Y si desaparecemos de la escena demasiado pronto tendrán muy poco tiempo para lamentar nuestro fallecimiento.

Sombra Larga detesta totalmente a los sacerdotes. Los extermina allá donde se los encuentra. Lo que podría ser una razón más para que Hoja desertara de su causa. El viejo amigo de Mather es el caso más grave de aversión a los sacerdotes con el que me he encontrado.

—¿Qué opinas de Hoja? —pregunté. La pregunta podía desviar a Mather de interesarse por mis asuntos.

—Sigo sin entender. No tiene ningún sentido. ¿Les pilló haciéndolo?

—No creo. —Lo sabía. Había paseado con el fantasma. Humo puede llevarme casi a cualquier sitio. Incluso al pasado, casi hasta el mismo momento en que el demonio estalló sobre él y lo impulsó a esconderse en las sombras más lejanas de su mente. Pero incluso tras haber usado a Humo para observar el furioso encuentro entre Hoja y el Viejo, exaltado alcohólicamente, además del interés más que evidente de Hoja por Dama, seguía sin entenderlo.

—Pero ¿sabes qué?, con el príncipe, Hoja, Sauce Swan y casi todos los tipos de la ciudad cayéndoseles la baba cada vez que ven pasar a Dama, no sé si lo culpo por haber acabado explotando.

—Casi tantos como miraban así a tu mujer. Probablemente fuera la mujer más hermosa que había visto nunca cualquiera de ellos. Tú no estallaste.

—Creo que eso es un cumplido, Fibroso. Gracias. Por mi parte y por la de Sari. Si quieres que te diga la verdad, creo que era por algo más que Dama. Creo que el Viejo piensa que Hoja, de algún modo, se había infiltrado.

—¿Eh?

—Sí. Pero tienes que conocer sus antecedentes. —Fibroso nació en mi extremo del mundo. Sabía cómo eran las cosas—. Pasó años negociando con los Diez que Fueron Tomados. Esos monstruos tramaron planes que llevó décadas desarrollar.

—Y algunos todavía andan sueltos. ¿Por qué Hoja en particular?

—Porque no sabemos nada de él, salvo que lo sacaste a rastras del pozo de un lagarto, o algo así.

—¿Y de Sauce y de mí sí sabes?

—Sí. —No aclaré que mis hermanos de la Compañía, Otto y Lamprea, habían recorrido todo el camino de vuelta al imperio y, de paso, habían hurgado en el pasado de los tráfugas del ejército Fibroso Mather y Sauce Swan.

Eso no hizo que Mather se sintiera muy cómodo.

Peor para él.

Nunca ha hecho daño que nuestra paranoia preocupe a alguien más, tanto como para que se comporten como es debido.

Lancé una mirada a Thai Dei. Siempre estaba ahí. Pero yo nunca lo olvidaba. Podía ser mi guardaespaldas y cuñado y podía estar en deuda conmigo por salvar las vidas de algunos de sus familiares, hasta podía caerme bastante bien, pero nunca hablaba de nada trascendente en tagliano o nyueng bao delante de él, a no ser que no hubiera otra elección.

Quizá la paranoia del Viejo se me estaba pegando. Quizá venía de cómo Thai Dei, el tío Doj y madre Gota a veces se mostraban casi indiferentes ante el asesinato de Sahra. Actuaban como si la muerte del hijo de Thai Dei, To Tan, fuera diez veces más importante... Habían elegido quedarse conmigo, participar en el viaje al sur para vengarse, así que le daba más vueltas al asunto. Para mí el recuerdo de Sari es algo sagrado, merece sus ratos cada día.

Aunque no es bueno que piense en Sari. Cada vez que lo hago quiero salir corriendo hasta Humo. Pero Humo ya no está ahí. Un Ojo lo sacó de la ciudad y, aunque el pequeño mago posiblemente no tuviera prisa, el que pasea con los fantasmas estaba alejándose más y más.

Capítulo 7

Matasanos dio aviso de que quería verme. Fui a su agujero en la pared, empecé a llamar a la puerta, pero oí voces en el interior. Me detuve, miré a Thai Dei. No era grande ni atractivo y siempre estaba tan apático que no podías ni empezar a imaginar lo que estaba pensando. Aunque, por el momento, no parecía que hubiera oído nada que no debiera. Solo estaba allí de pie raspando las tablillas de su brazo roto.

En ese momento hubo un estallido brusco que sonó como cuervos picoteando.

Aporreé la puerta.

El ruido paró al instante.

—Entra.

Lo hice a tiempo de ver a un cuervo enorme salir agitando las alas por la pequeña ventana de la celda de Matasanos. Una pareja se encaramó en lo alto de un perchero que parecía que había sido rescatado de una alcantarilla. A Matasanos no le importaban mucho las cosas materiales.

—¿Me querías?

—Sí. Un par de cosas. —Habló en forsbeger desde el principio. Thai Dei no iba a pillarlo pero Fibroso Mather sí, si estuviera escuchando. Y también los cuervos—. Vamos a partir antes del amanecer. Lo he decidido. Algunos de los sacerdotes jefe están empezando a pensar que no voy a actuar como hizo Dama, así que están intentando hacer un poco de presión aquí y allá, tanteando el terreno. Me imagino que será mejor que nos pongamos en camino antes de que me metan en una situación comprometida.

Aquello no sonaba propio de él. Cuando empleó el lenguaje de signos al acabar, supe que el discurso había sido para otro consumo, aunque estuviera basado en datos reales.

Matasanos empujó un pedazo de papel plegado.

—Cuida de eso hasta que nos vayamos. Asegúrate de que no dejas ninguna prueba que lo vincule con nosotros.

—¿Qué? —Eso no sonó nada bien.

—Estate listo para salir. Si de verdad tienes que arrastrar a tus parientes, que estén también preparados para partir. Te enviaré el aviso.

—¿Tus mascotas te han contado algo que necesite saber? —Como si no supiera que no eran en absoluto sus mascotas, sino espías o mensajeros de Atrapa Almas.

—Últimamente no. No te preocupes por eso. Serás el primero en enterarte.

Este era uno de esos momentos en que la paranoia me apesaba. No podía estar seguro de la relación real entre Matasanos, Atrapa Almas y aquellos cuervos. Tenía que tener fe absoluta en él en un momento en que mi fe en todo se estaba poniendo seriamente a prueba en todos los aspectos.

—¿Eso es todo?

—Es todo. Asegúrate de que tienes todo lo que necesitas. No falta mucho.

Abrí el pedazo de papel a la luz de una de las pocas lámparas que iluminaban el pasillo entre el cuarto de Matasanos y el mío. No hice ningún intento de evitar que Thai Dei lo viera. Es analfabeto. Además la nota estaba escrita en la lengua formal de Juniper, como si fuera para un niño listo de seis años. Lo cual era una suerte para mí pues solo tengo una vaga familiaridad con esa lengua, de documentos que se remontan a los tiempos que la Compañía pasó allí, antes de que yo me uniera.

Atrapa Almas estaba muerta entonces. Supongo que es por eso por lo que Matasanos escogió usar esa lengua. Consideró poco probable que ella la conociera.

El mensaje en sí era simple. Me daba instrucciones de llevar los Anales que había recuperado de Atrapa Almas, quien los había robado de donde Humo los había tenido escondidos de nosotros, y ocultarlos en la habitación donde había mantenido escondido a Humo.

Quise volver y discutirlo. Quería conservarlos con nosotros. Pero comprendí su razonamiento. Atrapa Almas y cualquier otro que estuviera interesado en mantenernos apartados de esos Anales, supondría que los guardaríamos cerca hasta que los descifráramos. Una vez en el campo de batalla no tendríamos tiempo de preocuparnos por protegerlos. Así que también podríamos esconderlos en un lugar que, en estos momentos, solo la radisha supiera que existía.

—Mierda —dije suavemente, en tagliano. No importa cuántas lenguas aprenda, siempre encuentro útil esa palabra. Tiene un significado bastante similar en todos los idiomas.

Thai Dei no preguntó. Thai Dei casi nunca pregunta.

Detrás de mí, más allá de la siguiente lámpara, Matasanos salió de su celda con un bulto negro posado en el hombro. Eso significaba que iba a ver a algún nativo. Creía que los cuervos intimidaban a los taglianos.

Dije a Thai Dei:

—Esto es algo de lo que debo encargarme yo solo. Ve a decirle al tío Doj y a tu madre que saldremos durante la noche. El capitán lo ha decidido.

—Debes acompañarme parte del trayecto. No puedo encontrar el camino en esta tumba gigante. —Parecía decirlo en serio.

Los nyueng bao mantenían sus sentimientos bien escondidos, pero no vi razón por la cual alguien que había crecido en un pantano tropical fuera a sentirse como en casa dentro de un montón inmenso de piedra. Máxime cuando todas sus experiencias con las ciudades y los grandes edificios habían sido negativas en grado sumo.

Me apresuré en llevarlo de vuelta a un territorio que conociera lo suficiente para caminar solo. Tenía que entrar rápido en la celda de Matasanos, antes de que regresaran él y su amigo emplumado. Ahí era donde se encontraban los libros ahora

mismo. No queríamos que nadie supiera que los teníamos, aunque Atrapa Almas seguramente sospechaba, si es que estaba enterada de que habían sido robados de donde ella los había escondido.

¡Qué juego tan enrevesado!

Me palpé la muñeca para asegurarme de que aún llevaba atado el cordel que era en realidad un amuleto que me había dado Un Ojo para hacerme inmune a todos los hechizos de confusión y desorientación que había en torno a la cámara donde reteníamos a Humo.

Aun antes de recoger los libros (tras advertir que Matasanos había ahuyentado a todos los cuervos, había cerrado la ventana y la había tapado con una cortina) estaba pensando cómo ocultarlos mejor una vez los tuviera donde Matasanos quería que los llevara.

En cuanto nos fuéramos, la radisha empezaría a preguntarse quién estaría cuidando ahora del mago. Yo apostaba a que empezaría a buscarlo. Era lo bastante obstinada como para conseguir entrar en la habitación.

Aunque no había mostrado mucho interés en Humo últimamente, nunca había abandonado la esperanza de traerlo de vuelta. Si gozáramos de muchos éxitos contra el Maestro de las Sombras, ella querría su ayuda todavía más.

Todo lo que hacíamos parecía tener consecuencias potencialmente desagradables.

Capítulo 8

Cuando el Viejo decide ponerse en marcha, se pone. Todavía estaba oscuro como una tumba cuando me fui del palacio y lo encontré esperando con dos de los sementales negros gigantes que habían venido del norte con la Compañía Negra. Se habían criado durante el apogeo de la Dama, inculcados con hechicería hasta los mismos huesos. Podían correr eternamente sin cansarse y podían rebasar a cualquier corcel mundano. Y eran casi tan listos como un hombre verdaderamente zopenco.

Matasanos sonrió con burla a mis parientes. Estaban totalmente desconcertados por esta circunstancia. ¿Cómo iban a mantener nuestro paso?

A mí también me tocaba un poco las narices.

—Yo me encargaré —dije en nyueng bao. Pasé mis cosas a Thai Dei y me encaramé al monstruo que me había traído Matasanos. Hacía mucho tiempo que no montaba en uno, pero esto pareció recordármelo. Sacudió la cabeza y resolló un saludo.

—Tú también, grandullón. —Volví a coger las cosas que me sostenía Thai Dei.

—¿Dónde está el estandarte?, —reclamó Matasanos.

—En el carruaje con Un Ojo. Dormilón lo puso allí antes.

—¿Vas a perderlo de vista? Tú nunca lo pierdes de vista.

—Estaba pensando en dejarle el puesto a Dormilón. —Portaestandarte era uno de los cargos que yo ostentaba, y no uno de mis favoritos. Ahora que soy analista debería cederlo. El mismo Matasanos lo ha mencionado en alguna ocasión.

—Ahora dame tus cosas. —Dije a Thai Dei una vez que hube colocado las mías delante de mí.

Los ojos de Thai Dei se abrieron como platos al darse cuenta de lo que pretendía.

Dije a madre Gota y al tío Doj:

—Seguid todo el trayecto por el camino de piedra y alcanzaréis al ejército. Si os paran, enseñad vuestros papeles a los soldados. —Otra novedad del Libertador. Cada vez más gente implicada en el esfuerzo de guerra recibía trozos de papel diciendo quiénes eran y quién se responsabilizaba de ellos. Puesto que casi nadie sabía leer ni escribir el esfuerzo parecía no valer la pena.

Puede ser. Pero el Viejo siempre tiene sus razones. Aunque sean simplemente para confundir.

Matasanos se percató de lo que estaba haciendo en cuanto extendí la mano para ayudar a Thai Dei a subirse. Abrió la boca para armarla. Dije:

—No te molestes. No vale la pena pelear.

Thai Dei parece una calavera cubierta por una fina capa de oscuro pellejo en el mejor de los casos. Entonces miró como si acabara de oír pronunciar una sentencia de muerte.

—Todo irá bien —le dije, dándome cuenta de que nunca había montado a caballo. Los nyueng bao tienen búfalos de agua y algunos elefantes. No montan a caballo, salvo algunas veces de niños, para ayudar con el arado.

No quería hacerlo. De veras no quería. Miró a tío Doj. Doj no dijo nada. Era el deber de Thai Dei.

Matasanos debió de empezar a parecer un engreído o algo así. Thai Dei lo miró por un momento, un escalofrío lo recorrió de arriba abajo, después extendió el brazo sano. Yo tiré. Thai Dei era duro y fuerte como no había igual, pero apenas pesaba nada.

El caballo me lanzó una mirada casi tan fea como la que me había lanzado mi jefe. El hecho de que sean capaces de hacer un trabajo no implica que las bestias tengan ganas de hacerlo.

—Cuando estéis listos —dijo Matasanos.

—Adelante.

Partió. El paso que estableció era salvaje. Cabalgaba como si no sintiera dolor. Refunfuñaba y se quejaba continuamente de que no seguía el ritmo. Refunfuñó todavía más después de recoger una escolta de caballería al sur de la ciudad. Los caballos normales no tenían esperanza de igualar el paso que él quería establecer. Tenía que esperar una y otra vez a que lo alcanzaran. Por lo regular iba bastante adelantado, rodeado de cuervos. Los pájaros iban y venían y cuando intercambiábamos palabras él siempre sabía cosas como dónde estaba Hoja, dónde estaban nuestras tropas, dónde había resistencia al avance tagliano y dónde no. Sabía que Mogaba había enviado caballería al norte para entorpecer nuestro avance.

Era insólito. El tío sabía con claridad cosas que no debía. No sin pasear con el fantasma. Y Un Ojo seguía por delante de nosotros, mucho más aventajado de lo que hubiera creído posible si no hubiéramos estado intentando alcanzarlo.

Matasanos superó su cabreo después del primer día. Volvió a ser sociable otra vez. De camino al vado de Ghoja preguntó:

—¿Recordáis la primera vez que vinimos aquí?

—Recuerdo lluvia, lodo, miseria y cientos de habitantes de Lugar de las Sombras intentando matarnos.

—¡Qué tiempos aquellos, Murgén!

—No quisiera estar tan cerca del infierno como estaban ellos. Y eso dicho desde el punto de vista de un hombre que ha estado mucho más cerca.

Río entre dientes.

—Pues dadme las gracias por esta nueva ruta tan agradable.

—Gracias por esta agradable ruta. —Los taglianos la llamaban el Camino de Roca o el Camino de Piedra. La primera vez que pasamos por él no hicimos otra cosa que arrastrarnos por el barro.

—¿Crees realmente que Dormilón es el indicado para el puesto de portaestandarte?

—He estado pensándolo. Aún no estoy preparado para renunciar.

—¿Es el mismo Murgén que se quejaba de ser siempre el primero en meterse en todos los fregados?

—He dicho que he estado pensando. He descubierto que tengo cierta motivación extra. —Nuestros otros compañeros me dijeron que estaba llevando bastante bien la pérdida de Sari. Yo también lo creía.

Matasanos miró hacia atrás a Thai Dei, que se aferraba desesperadamente a una yegua moteada con el lomo inclinado que habíamos recogido unos cincuenta kilómetros atrás. Estaba manejando bastante bien sus problemas él también, para ser un tipo que solo podía usar una mano.

Matasanos me dijo:

—No dejes que la motivación se interponga al buen juicio. Después de todo seguimos siendo la Compañía Negra. Hacemos que los demás se encarguen de los muertos.

—Lo tengo bajo control. Era hermano de la Compañía Negra mucho antes de ser marido de Sari. Aprendí a controlar mis emociones.

No parecía convencido. Y lo comprendí. No estaba preocupado por cómo lo llevaba en estos momentos, sino por cómo lo llevaría a la hora de la verdad. La supervivencia de toda la Compañía podía depender de la forma en que un hombre saltara cuando estallara la tormenta de mierda.

El capitán se volvió a mirarme. A pesar de sus mejores esfuerzos nuestra escolta había empezado a extenderse. No les prestó atención. Preguntó:

—¿Has descubierto algo de tus parientes?

—¿Otra vez? —Nunca dejaba de presionar. Y yo no tenía una respuesta que darle —. ¿Qué te parece que «el amor es ciego»?

—Murgén, eres un memo si de verdad crees eso. Quizá deberías regresar y releer los Libros de Matasanos.

Ahí me perdí.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Yo también me he buscado una dama. Todavía vive, supuestamente. Estamos bastante enganchados. Tuvimos un niño juntos. Cualquier par de tontos puede hacer eso por accidente, desde luego, pero suele ser un punto de referencia en una relación. Pero lo que tenemos como hombre y mujer, padre y madre, no significa que confíe en Dama ni un poquito en un aspecto que no sea ese. Y ella no puede confiar en mí. Así es ella. Es la vida que ha vivido.

—Sari nunca tuvo ninguna ambición, jefe. Excepto quizá conseguir que me dedicara de verdad a la agricultura de la que siempre estoy hablando para que no me

liquidaran gloriosamente de alguna forma militar típicamente heroica, como podría ser cayéndome del caballo y ahogándome al cruzar un riachuelo durante la temporada de lluvias.

—Sahra nunca me preocupó, Murgén. Lo que me molesta es este tío que no actúa como los demás nyueng bao que he visto.

—Eh, es un tipo mayor al que le gustan las espadas. Es un sacerdote y su escritura es acero afilado. Y guarda rencor. Deja que se centre en el Maestro de las Sombras.

Matasanos asintió hoscamente.

—El tiempo lo dirá. —Gruñía muy bien.

Cruzamos el gran puente de piedra que había ordenado construir Dama en Ghoja. Los cuervos llenaban los árboles en la orilla sur. Picoteaban y murmuraban y parecían encontrarnos sumamente divertidos.

Dije:

—Me preocupan más esas cosas.

Matasanos no respondió. Ordenó una parada para que descansaran los animales. Tantos se habían ido al sur delante de nosotros que no disponíamos de remontas bien descansadas.

En medio de todos los saludos y formaciones apresuradas de una guardia de honor y todo eso, me quedé mirando fijamente hacia el sur y dije:

—Ese pequeño payaso está haciendo un tiempo récord. —Ya había preguntado y había descubierto que Un Ojo seguía a un día de ventaja.

—Lo alcanzaremos antes de llegar a Dejagore. —Matasanos me ojeó como si temiera que el nombre de la ciudad fuera a golpearme con el impacto de algún terrible conjuro. Lo decepcioné. Thai Dei, que pudo entender la conversación porque estábamos hablando en tagliano, tampoco mostró ninguna reacción, aunque el asedio había sido tan terrible para su gente como para la Compañía. Los nyueng bao rara vez dejan traslucir alguna emoción en presencia de extranjeros.

Dije a Tahi Dei:

—Dale tu caballo al mozo de cuadras y veamos si podemos encontrar algo decente para comer. —Vivir a caballo no es un deleite para un sibarita.

Por la misma razón por la que no había remontas frescas, había muy pocos manjares en la fortaleza de Ghoja, pero puesto que pertenecíamos a la banda del Libertador nos dieron un gallo de pelea recién cazado que estaba tan lleno de jugo y sustancia que mi estómago casi se sublevó a tomarlo. Después de comer nos quedamos dentro, lejos del frío, y dormimos un poco. Debí haberme pegado a Matasanos en caso de que sus charlas con los comandantes locales revelaran cualquier cosa que apareciera en los Anales, pero tras un breve debate de naturaleza interna, en lugar de eso elegí dormir. Si oyera algo importante, el Viejo me lo contaría. Si fuera preciso podría regresar con Humo más tarde.

Soñé, pero no recordé los sueños lo suficiente como para anotarlos. Eran desagradables pero no agobiantes o tan terribles como para que Thai Dei tuviera que despertarme.

Estábamos otra vez de camino antes del amanecer.

Alcanzamos a Un Ojo al atravesar las colinas que rodean Dejagore. La primera vez que vislumbré su carruaje y me di cuenta de que tenía que ser él empecé a temblar y luchar contra el impulso de dar patadas a mi montura para acelerar la marcha. Quería llegar hasta Humo.

Puede que tuviera más problemas de los que quería admitir.

Aunque no lo demostré lo suficiente como para que se notara.

Un Ojo nunca redujo la velocidad ni un poquito.

Había habido algunos cambios desde mis tiempos de infierno en Dejagore, o Jaicur, como la llaman sus nativos, o Borrascosa, como se la llamó mientras fue sede de la fallecida Maestra de las Sombras Sombra de Tormenta. Pobre bruja, había sido totalmente incapaz de defender Lugar de las Sombras contra el asalto de la Compañía Negra.

Se había drenado toda el agua de la llanura fuera de la ciudad y estaba despejada de escombros y cadáveres, aunque pensé que aún podía oler la muerte en el aire. Todavía había prisioneros de guerra de Lugar de las Sombras trabajando en las murallas de la ciudad y dentro de la propia ciudad. El motivo parecía problemático. Casi no quedaba ningún jaicuri vivo.

—Interesante idea, sembrar la llanura de cereales —dije, viendo lo que parecía trigo de invierno asomando entre los rastrojos del año anterior.

—Una de las ideas de Dama —respondió Matasanos. Seguía viéndome como si esperara que echara espuma por la boca en cualquier momento—. En cualquier sitio que haya una guarnición militar permanente, una de las responsabilidades de los soldados es cultivar su propia comida.

Cuando se trataba de logística de guerra, Dama era más experta que Matasanos. Hasta que vinimos a Taglios nunca fue parte de nada mayor que la Compañía. Dama había tenido el control del instrumental militar de un inmenso imperio durante décadas.

El Viejo simplemente dejaba la mayoría de esas cosas a Dama. Él prefería descansar tramando sus planes y amontonando las herramientas que Dama podía usar.

La idea del cultivo no era nueva. Dama había hecho lo mismo en la mayoría de sus instalaciones permanentes en el norte.

Hay que conservar las cosas que funcionan.

También ayuda a mantener a los vecinos más dóciles si no les estás robando sus hijas y su siembra.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Matasanos.

Estábamos casi al pie de la rampa de la barbacana. Un Ojo ahora no estaba a más de treinta metros, perfectamente consciente de nuestra presencia, pero sin reducir ni un ápice. Supongo que estaba empezando a adelantarme.

—Lo tengo bajo control, capitán. Ya no descendo al pasado y casi nunca me despierto gritando. Lo reduzco a un poco de temblor y sudores.

—Cualquier cosa que empiece a pasarte, quiero saberla. Espero estar aquí una temporada. Vas a tener que ser capaz de afrontarlo.

—No la joderé —prometí.

Capítulo 9

No esperé mucho después de que Thai Dei y yo nos alojáramos en uno de los mismos edificios que habíamos ocupado durante el asedio. La reconstrucción no había llegado a esa parte de la ciudad todavía. Aún quedaba parte de la antigua basura por allí tirada.

—Al menos se han deshecho de todos los huesos —dije a Thai Dei.

Gruñó y miró alrededor como si esperara ver fantasmas.

—¿Estarás bien aquí? —pregunté. Los nyueng bao creen en fantasmas, espíritus y ancestros que te siguen a todas partes molestando si no los has enterrado como es debido. Muchos peregrinos nyueng bao fallecieron aquí sin poder beneficiarse de las ceremonias adecuadas.

—Debo estarlo. Debo tenerlo todo preparado para cuando llegue Doj.

Eso era un gran discurso para Thai Dei.

El tío Doj era una especie de sacerdote. Es de suponer que aprovecharía esta oportunidad para terminar lo que no tuvo tiempo de hacer cuatro años antes.

—Sigue tú. Tengo cosas que hacer. —Sitios lejanos que ver, dolor del que lograr escaparme... aunque no lo admití directamente, ni siquiera a mí mismo.

Thai Dei empezó a poner sus pocas posesiones a un lado.

—No. Se trata de más asuntos secretos de la Compañía que se espera que haga solo.

Thai Dei gruñó, casi complacido de tener tiempo para él.

Siempre lo tuvo, pero no me oía cuando insistía en que no me debía nada. Si no fuera por mí no habría perdido a su hermana y a su hijo.

Discutir con un nyueng bao es como discutir con un búfalo de agua. No puedes comunicarte con ellos y al cabo de un rato el nyueng bao pierde interés en escuchar. También puedes ahorrarte la energía.

—Me preguntaba cuánto tardarías —dijo Un Ojo cuando lo localicé. Había traído el carruaje hasta nuestra antigua parte de la ciudad, pero no había sacado a Humo. Lo había colocado en una callejuela estrecha donde, supuse, el carruaje desaparecería dentro de hechizos de camuflaje en cuanto terminara con la yunta.

—Desengancha los animales, Cachorro. Llévalos al establo mientras arreglo esto un poco.

Discutir con Un Ojo puede parecerse un poco a discutir con los nyueng bao. Se vuelve completamente sordo. Eso fue lo que hizo en este caso. Se ocupó de sus asuntos exactamente como si yo no estuviera allí. En interés de la eficiencia yo me ocupé de los animales.

Creo que refunfuñé un poco deseando que volviera Goblin.

Ese pequeño mago sapudo, Goblin, es el mejor amigo de Un Ojo y su peor

enemigo. Era tan difícil de encontrar, creí al principio, que estaba teniendo problemas para que Humo entendiera lo que quería hacer. Entonces lo intenté volviendo a donde lo había visto por última vez, en el delta del río a las afueras del país nyueng bao. Mi plan era seguirlo hacia delante en el tiempo hasta donde estaba ahora. Y funcionó bien justo hasta que el barco de Goblin se adentró en un banco de niebla y no volvió a salir.

Humo no pudo encontrarlo.

Me llevó un rato comprender que Humo podría haber recibido instrucciones de rehuir lo que Goblin hacía. Quizá para evitar que Un Ojo lo encontrara y se entrometiera. Era muy posible que el mierdecilla arruinara toda una operación porque no pensó antes de gastar una broma pesada a su amigo.

Hice algunas pruebas. Sin duda Humo había recibido algún tipo de instrucciones especiales. El Viejo no había dejado de visitarlo del todo.

Una vez lo supe, tuve un poco de dificultad para lograr pasar la salvaguardia de Matasanos. Me temo que a Un Ojo le costaría poco más.

Descubrí a Goblin en una playa de arena lejana en la costa inexplorada de Shindai Kus, un terrorífico desierto que cubre un extenso trozo de tierra entre las regiones del norte y del sur de Lugar de las Sombras. Las intransitables montañas llamadas Dandha Presh solo empequeñecen antes de vadear finalmente en el océano.

Goblin estaba mirando al mar. Un barco echó el ancla cerca de la orilla. Los botes se zambulleron en el oleaje. Goblin estaba gimoteando una retahila interminable de quejas. Por las caras de sus compañeros era seguro adivinar que ya lo habían oído antes.

¿Qué narices estaba haciendo Goblin en esa costa desoladora?

Fui hacia atrás en el tiempo para oírlo desde el principio.

El odio estaba atormentando a Goblin. ¿Qué hace entonces el capitán? Envía nada más y nada menos que al propio Goblin a cartografiar la costa desconocida. Goblin odiaba los pantanos. Así que, naturalmente, el primer tramo del viaje lo llevó río abajo por el delta, que era un pantano enorme de más de trescientos kilómetros de ancho, sin un canal decente, a todas luces inapropiado para la residencia de humanos porque solo los nyueng bao vivían allí.

Goblin odiaba navegar casi tanto como Un Ojo. De modo que, ¿qué se encontró después de cruzar el pantano, a puntito de construir un canal para conseguirlo? Un puñetero océano con olas tan altas como cualquier árbol que se precie. Odiaba los desiertos. Por tanto, ¿qué se encontró después de conseguir por fin que su flotilla cruzara el fin de la costa cenagosa? Una tierra tan inhóspita que ni los escorpiones y las pulgas de arena podrían ganarse la vida allí. Te cocías de día y te helabas de noche y nunca te librabas de la arena. El viento la metía por todas partes. Ahora mismo tenía arena en las botas...

—Yo no he nacido para esto —protestó Goblin—. Nadie merece esto. Yo menos que la mayoría. ¿Qué le he hecho yo al Viejo? Vale, puede que Un Ojo y yo bebamos un poco y armemos algo de camorra a veces, pero ¿y qué? Si lo hace Dormilón no es más que efusividad juvenil.

Naturalmente pasó por alto el hecho de que cuando Un Ojo y él se emborrachan, siempre se ponen a pelear y tienden a lanzar por todas partes hechizos maquinados descuidadamente, rompiéndolo todo, mucho peor de lo que podría hacer Dormilón en su vida.

—Un hombre a veces tiene que desmelenarse, ¿sabes a lo que me refiero? ¿Acaso ha salido alguien herido alguna vez? —No es que exagerara, es que era pura ficción—. Maldita sea, en un mundo en el que hubiera una pizca de justicia, yo estaría retirado en algún sitio donde el vino fuera dulce y las chicas supieran apreciar a un hombre con experiencia. He dado a la Compañía los mejores siglos de mi vida.

Goblin odiaba estar al mando. Eso significaba tener que pensar y tomar decisiones. Y suponía tener responsabilidades. Goblin también odiaba todas esas cosas. Solo quería pasar por la vida haciendo solo lo necesario para ir tirando mientras otros pensarán y tomarán las decisiones.

Goblin también odiaba trabajar duro, y en este desierto todo el mundo iba a tener que dejarse el culo para sobrevivir.

Hice que Humo me llevara alto, con las águilas (si hubiera podido sobrevivir alguna allí) para ver qué es lo que tenía a Goblin tan agitado.

No había exagerado en cuanto al desierto.

Cerca de la costa de Shindai Kus todo era arena dorada. El oleaje la traía desde las profundidades. Continuos vendavales llevaban la arena tierra adentro, usándola para erosionar la corteza de las colinas que, a medida que crecían y avanzaban hacia el este, se convertían en las Dandha Presh. En la costa, algunas de las colinas se levantaban más de treinta metros desde la arena. Ninguna de ellas mostraba el menor signo de erosión fluvial. No había llovido allí en mil años.

Empecé a descender. Goblin y otros dos caminaban hacia el interior lentamente, examinando la superficie. Algo salió explotando de la arena delante de ellos. Algo imposible. Un monstruo que no podía existir en este mundo, algo demoníaco del tamaño de un elefante, pero con más patas y más pelo que una tarántula, más una especie de tentáculos de calamar y una cola de escorpión de propina. Se tambaleaba aturdido. Obviamente llevaba allí mucho tiempo, esperando las picadas que lo provocaran.

Los compañeros de Goblin huyeron. El pequeño mago echó pestes y dijo:

—Otra cosa que odio son las cosas que aparecen saltando de la arena. —Mientras el monstruo aún estaba mareado lo golpeó con uno de sus mejores utensilios.

Una estrella *ninja* con tres patas de vidrio de color y de un metro de ancho

apareció en su mano. La usó como estrella *ninja*. El monstruo rugió enfurecido mientras la estrella le trasquilaba un par de tentáculos y varias patas del lado derecho. Intentó arremeter contra Goblin, quien apostó por la mejor parte de su coraje y salió de allí perdiendo el culo.

El monstruo parecía arrastrarse formando un gran círculo, dejando surcos en la arena dorada. Perdió interés por los hombres de la playa. Por un momento trató de recolocar los miembros serruchados. Pero el esfuerzo fue inútil. Por último, solo tembló de forma fatal y empezó a enterrarse otra vez en la arena con los miembros que le quedaban.

—Y otra cosa —protestó Goblin—, odio el concepto íntegro del Camino Sombrío.

El Camino Sombrío era un tipo de proyecto secreto que se me ocultaba porque no tenía necesidad de conocerlo. Había oído casualmente mencionar el nombre una o dos veces.

—Incluso estoy empezando a cuestionarme cuánto me gusta Matasanos. Esta mierda es pura locura. Espero que el hijo de puta llegue a pasar la eternidad en un sitio como este.

No hacía falta inspeccionar más a Goblin. Estaba bien. Como cualquier buen soldado, si estaba rezongando es que estaba estupendamente.

Regresé a Dejagore.

Volví en mí dentro del carruaje de Un Ojo. Me moría de hambre y de sed. Humo olía fatal.

—¡Un Ojo! Necesito comer algo. ¿Dónde está el comedor temporal?

El hombrecillo negro metió su asqueroso sombrero en el carruaje. Apenas pude distinguir su igualmente desagradable cara. Ya debía de estar oscureciendo fuera.

—Nosotros lo tenemos en la ciudadela.

—¿No es genial? Puede que no coma la carne. —Mogaba y sus compinches, aún de nuestro lado por entonces, se habían sentado fuera del sitio en la ciudadela, cenando en la desventurada ciudad de Jaicur.

—Haz como si fuera pollo, no está tan mal. —Dijo Un Ojo para revolverme el estómago. Arrugó la nariz—. Aquí apesta. —Te lo dije. Es mejor que lo limpies.

Puso en práctica su mirada ceñuda. Dije:

—Tienes que vivir con él.

Capítulo 10

Pensé que Matasanos querría alcanzar a Dama. Hacía tiempo que no se veían, pero parecía estar contento de descansar en Dejagore, teniendo cada vez más confianzas con sus oscuros mensajeros.

Los cuervos molestaban a aquellos de la Vieja Guardia cuyos deberes los ataban a Dejagore. Candelas y Resuello vinieron a mí quejándose. Les dije:

—Él es el jefe. Supongo que le pueden gustar los cuervos si él quiere. —Estudí a Resuello con atención, incapaz de creer que su enfermedad no lo hubiera matado aún. Ahora tosía casi continuamente.

—Eso es lo que los nativos piensan de ellos —dijo Candelas—. Son un mal presagio para todos menos para los Estranguladores.

—Tengo la sensación de que serán un presagio realmente malo para todo aquel que empiece a quejarse de ellos. Resuello, ¿tienes una asignación permanente aquí?

El anciano intentó salir al paso con una respuesta afirmativa.

—Bien. No creo que debas estar en el campo de batalla en esta época del año.

—¿Qué bien me va a hacer dejarme aquí para morir solo?

—Vas a sobrevivirme, vejestorio testarudo.

—Ahora soy parte de esto. Vosotros estáis siempre hablándonos de nuestra historia y ahora tenemos una oportunidad de encontrar el lugar de origen... Voy a estar allí.

Asentí, aceptándolo. Estaba en su derecho.

Eso me hizo reflexionar sobre lo distintos que éramos de otras bandas de mercenarios que he visto. Casi no había intimidación o brutalidad entre los hombres. Históricamente no habrías podido entrar si eras el tipo de escoria a la que hacía sentir bien hacer daño a los que te rodean. Y si lo hacías, lo más probable es que no sobrevivieras mucho tiempo.

Eso de la historia, cultura y hermandad se impone pronto y, si sobrevives lo bastante para darle una oportunidad, normalmente te llega a gustar.

Matasanos, por supuesto, era el máximo discípulo de la Compañía. Era capaz de vender a cualquiera salvo a Mogaba, y el principal problema de Mogaba con la hermandad era que Mogaba no estaba al mando.

En realidad no era pertinente, excepto para señalar que no somos una banda de brutos inadaptados. Somos un grupo sensible de inadaptados que intenta cuidar de sus hermanos. La mayor parte del tiempo.

Un Ojo apareció y se invitó a la conversación, ignorando a Resuello, pese a que el viejo tísico era de su misma tierra natal.

—¡Eh!, Cachorro. Acabo de ver al Trol rodando por la Calle que Brilla como las Gotas del Rocío. ¿Estás seguro de que no sabes dónde está Goblin? Tengo que juntar

a esos dos.

El Trol es como lo que su propia gente llama a madre Gota a sus espaldas. Es todavía más repugnante para ellos que para nosotros los forasteros. Tenemos una excusa: no nacimos nyueng bao.

Le dije a Un Ojo:

—Han hecho un tiempo récord teniendo en cuenta cómo camina. —Mi suegra camina como si fuera patizamba terminal y no tuviera articulaciones en las piernas, rodando como un buque mercante en marejada.

El hombrecillo negro deslizó una mirada por el rabillo del ojo a Thai Dei, que estaba a mano, como siempre cuando no se le dice expresamente que se aleje. Thai Dei dio muestras de pura emoción. Un Ojo esperaba que no se ofendiera hasta el punto de ponerse a flagelarse.

Susurré:

—Hasta él la llama Trol a veces. Pero sé más discreto. —Más alto, pregunté:

—¿Qué hay del tío Doj?

—No lo he visto.

—Thai Dei. Será mejor que encuentres a tu madre. —El tío Doj nos encontraría. Cuando le viniera bien.

Todo el mundo vio a Thai Dei irse. Cuando ya no podía oírme murmuré:

—No la he echado en falta ni un instante. —Esperaba que Thai Dei encontrara alguna manera de prolongar mi gozo.

Un Ojo se rió disimuladamente.

Dije:

—Si me preguntas, ella es la mujer perfecta para ti, no para Goblin.

—Muérdete la lengua, Cachorro.

—En serio.

—Tienes un sentido del humor enfermizo.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Por lo que dice, vas un par de días atrasado con tus informes del estandarte.

—Oh, oh. —No era del todo cierto, pero estaba cerca—. Enseguida me pondré con ello.

—¿Todavía llevas la pulsera?

—*Mmm...* —La llevo—. Sí.

—Bien. La necesitarás.

Candelas y Resuello no tenían ni idea de lo que estábamos hablando, pero Candelas me ofreció un buen consejo cuando me iba.

—Cuidado con los cuervos —me dijo.

Los cuervos parecían estar interesados en mí últimamente. Eso no me gustaba, pero tenía sentido desde un punto de vista que no fuera el mío propio. Estaba muy

cerca de Matasanos. Atrapa Almas querría tenerme vigilado a mí también.

Se aplicaba el viejo dicho: hombre prevenido vale por dos.

Necesitaba ponerme al día con los acontecimientos desde la última vez que tuve tiempo de estar con Humo. Debí haber estado examinando el frente en vez de vigilar a Goblin. Matasanos no quería saber de Goblin. Sea lo que fuera que estuviera haciendo ese mierdecilla, era tan secreto que nadie debía saberlo.

El cordel que llevaba en la muñeca me permitía acercarme al carruaje de Un Ojo sin que me desorientaran o distrajeran, como había pasado en el laberinto del palacio. Los cuervos que me seguían, sin embargo, empezaron a atolondrarse cuando todavía estábamos a cuatrocientos metros de distancia. Me perdieron.

Me pregunté si eso era bueno. Una cosa así estaba claro que despertaría la curiosidad de Atrapa Almas (si tenía tiempo libre de sus otros planes).

Me pregunté si la actitud de Humo hacia Atrapa Almas sería diferente aquí, si podría conseguir que la acechara ahora que estaba lejos del palacio. Siempre, mientras estábamos allí, su alma se negaba tercamente a cooperar cada vez que intentaba espiar a la hermana loca de Dama.

Subí dentro del carruaje y me puse cómodo. Parecía como si Un Ojo hubiera estado paseando con el fantasma por su cuenta. Había grandes cantidades de comida y agua. Tengo que comer y beber mucho cuando salgo mucho rato. Pasear con el fantasma te chupa el líquido y la energía rápidamente. Tenía trampa. El mundo por el que pasea Humo es tan reconfortante que podrías olvidar con facilidad que tienes que volver a comer. Podrías terminar como Humo.

Después de un largo trago y un panecillo dulce me acosté sobre la alfombra apestosa y cerré los ojos; me tendí y me apropié del alma de Humo. Parecía vagamente preocupado. Normalmente está vacío y sin gracia. No podía encontrar ninguna causa cercana a su malestar. Quizá Un Ojo no estaba cuidando lo bastante bien de sus necesidades físicas. Sería mejor que lo comprobara. Después de recorrer mi circuito.

Salí y vi el fuego tagliano crepitar a través de las débiles defensas de Lugar de las Sombras. Los sureños parecían estar todavía aturdidos por el terremoto. En muchos sitios el derrumbamiento fue tan repentino que no llegó a ser aniquilación.

Informes desconcertantes empezaron a llegar a Mogaba, a Charandaprash. Él se los transmitía a Sombra Larga. El Maestro de las Sombras seguía convencido de que no podríamos manejar una ofensiva de invierno considerable, que esto no era más que otro de los astutos intentos de Matasanos por distraer la atención de lo que estaba haciendo en realidad.

Sombra Larga estaba consiguiendo sus informes sin ayuda de Aullador. El pequeño hechicero deforme y torturado parecía estar de vacaciones. No podía encontrarlo.

Narayan Singh y la Hija de la Noche se ocultaban en un campamento anexo a los Estranguladores cerca de la fuerza principal de Mogaba en Charandaprash. No sé por qué, pero la niña me llamó la atención. Me puse a deambular atrás y adelante en el tiempo, analizándola. Empecé a inquietarme. Había encontrado algo que el Viejo necesitaba saber.

Su hija tenía una forma de vislumbrar acontecimientos lejanos, aunque no tan íntimamente como lo hacía Humo. Hasta ahora nadie, ni siquiera Singh, la estaba escuchando, pero lo harían cuando Narayan se diera cuenta de que todas sus vagas predicciones daban en el blanco.

Parecía entrar en trance cada vez que las tenía. Quise analizar eso más de cerca, pero Humo se rebeló. Y esta vez no estoy seguro de culparlo.

Esa niña estaba cubierta por un aura que te daba escalofríos y te hacía pensar en tumbas y cosas que era mejor dejar enterradas incluso allí, en el espacio impávido por el que Humo vagaba.

Dama estaba muy al sur de Dejagore, presionándose a sí misma y a sus soldados. Se la veía muy demacrada, aunque apenas aparentaba su edad, ya que hace que Un Ojo parezca un cachorro. Sauce Swan estaba entre su séquito con los guardias reales, así como el prahbrindrah Drah, quien alegaba que tenía que estar allí para unir sus esfuerzos con los de ella. No creo que engañara a nadie más que a sí mismo. A Dama le quedaba tan poca paciencia que no aguantaba ninguna mamarrachada de nadie.

Swan estaba preocupado. El príncipe estaba desconcertado. Escuché varias conversaciones en las que intentaban discurrir qué era lo que incomodaba a Dama. No se les ocurrió ninguna idea y Dama no ofreció ninguna pista. Una vez más estaba satisfecha de mantener la desolación y el dolor de su mundo interior para sí.

Supuse que después de una vida tan larga como la suya, tan sola, tan atormentada cuando era la esposa del Dominador, aparecer y suplicar la ayuda de seres inferiores parecía no tener sentido, aunque, ahora, ella misma era otro gusano como nosotros. Más o menos.

En contra de todo lo sabido, tanto por aficionados como por expertos, sus poderes perdidos hacía años que estaban resurgiendo. No era la Dama que había construido el imperio al norte, tan potente que mantenía a diez como el Aullador atados bien corto, como sabuesos que aúllan ante ella y cumplen sus oscuros mandatos, pero era lo bastante fuerte como para inquietar a Aullador y a Sombra Larga y, estoy seguro, a su hermana Atrapa Almas. Esa era otra hostilidad que había surgido entre Matasanos y Dama.

El Viejo no se fía de ese lado suyo que adora la oscuridad, con la que había intimado durante demasiado tiempo.

Tiene miedo de perderla. Me temo que la está alejando porque no está haciendo frente a sus problemas muy bien.

Dama se estaba conviniendo en el terror de todos los que oponían resistencia a su avance, de eso no había duda. Ese avance era más cruel que el terremoto allí donde alguien contraatacaba.

Por todas partes encontraba a mis hermanos de la Compañía en medio de la batalla, dirigiendo esta o aquella banda. Sus guardaespaldas nyueng bao se mantenían ocupados. Aunque estaban débiles después de años siendo perseguidos por Matasanos y Dama, los Impostores seguían haciendo honor a su nombre. Los que seguían vivos eran los más cualificados de su categoría y no rehuían ninguna oportunidad de atacar a la Compañía en honor a su diosa.

Aunque Mogaba tenía varios miles de jinetes desplazándose hacia el norte aún no se habían implicado en el combate. De las fuerzas de Lugar de las Sombras que se encontraban en las regiones que se estaban empantanando, el grupo de Hoja era el único al que no había pillado desprevenido. Y Hoja, tras un par de confrontaciones enérgicas —para él muy satisfactorias— con los regimientos levantados por líderes religiosos de Taglios, no estaba haciendo muchos esfuerzos por retener ningún territorio. Se estaba replegando hacia Charandaprash, a un paso lo suficientemente rápido para asegurarse de que nuestras fuerzas no lo seguían.

Toda su área de maniobras se estaba plagando de bandas religiosas. Desde que rompieron filas, Matasanos había permitido a los sacerdotes que siguieran a Hoja prácticamente independientes del resto de las tropas. Hoja odiaba a los sacerdotes y nunca ocultó ese hecho. Trabajar con el Maestro de las Sombras le daba una oportunidad para manifestar abiertamente su animadversión. A su vez, el clero estaba decidido a silenciarlo para siempre.

El Viejo parecía totalmente feliz de permitir que los sacerdotes, que tenían una sólida tradición de intriga e intromisión en acontecimientos seculares, consumieran su propia fortuna, energía y seguidores más devotos en intentar librarle de alguien a quien aborrecía. En cuanto emprendió la retirada, Hoja siguió atrayendo y destruyendo a esos tipos. Para ser un general sin adiestramiento formal hizo un trabajo colosal, sacando partido de los puntos débiles de sus enemigos.

Por todo el sur, fuerzas de ambas partes se amontonaban hacia la llanura de Charandaprash. El gran espectáculo tendría lugar allí más bien pronto que tarde. Con seguridad antes de que llegara el invierno.

Yo iba y venía con Humo. El tiempo transcurría, casi sin sentido. El Viejo hizo que nos pusiéramos otra vez en camino. Casi ni me enteré. Estaba demasiado ocupado con Humo. A Matasanos no le gustaba que estuviera todo el tiempo en el carruaje, pero estaban pasando tantas cosas en tantos sitios que tuvo que aguantarlo con el fin de conseguir la información que quería. Aunque su actitud podía cambiar con la brisa.

Durante un tiempo fingí estar enfermo, para justificar ante los cuervos y mis

parientes por qué estaba en el carruaje todo el tiempo. Los cuervos son estúpidos, no cayeron en la cuenta. Pero creo que el tío Doj tuvo la impresión de que pasaba algo casi antes de que pasáramos la puerta del sur de Dejagore.

Capítulo 11

Nunca fui un bebedor o un drogadicto. A este lado del mundo todas las religiones mayoritarias desaprueban el alcohol, así que no hay mucho disponible (aunque Un Ojo nunca tiene problemas para encontrar el poco que queda). Si no hay nada por ahí, él mismo hace un poco. Toda mi vida me han acojonado las adicciones. Cuando veo a un tipo cuyo dolor le ha empujado tras el velo del alcohol o cualquier droga, quiero evitar que la misma debilidad que temo se pueda encontrar dentro de mí.

Me estaba haciendo adicto a la ausencia de dolor que se encuentra entremedias. Cuando estaba ahí fuera con Humo los horrores de Dejagore y la agonía del asesinato de Sari pasaban a ser poco más que dolores distantes, molestos. Esa débil parte de mí seguía asegurándome que hasta los dolores remotos desaparecerían si Humo y yo seguíamos trabajando.

Me sentía a la vez feliz y completamente desgraciado. Mis parientes no eran de mucha ayuda. Thai Dei, como siempre, casi no decía nada. Tío Doj simplemente me instaba a ser fuerte.

—La muerte y la desesperación es lo que padecemos toda nuestra vida. Este mundo es un mundo de dolor y pérdida, iluminado solo brevemente por momentos de felicidad y admiración. Debemos vivir para esos tiempos, no lamentarnos de que pasen.

—Debemos vivir para la venganza —espetó madre Gota—. Viejo estúpido. —Me miró con menosprecio. Tampoco tenía piedad de mis sentimientos—. Mi madre fue una lunática en sus últimos días. Será mejor que nos libremos de este blandengue.

Siendo un blandengue y sin preocuparme ya mucho este mundo, no sentía obligación de mantener la fiesta en paz.

—Estoy convencido de que allá en la ciénaga cada noche dan gracias al cielo por que hayas decidido no volver a casa.

Thai Dei se quedó petrificado al ver que le ponía en una situación difícil en la que sus obligaciones estaban confrontadas.

Tío Doj ríe entre dientes. Posó una mano sobre el hombro de Thai Dei.

—Un dardo bien lanzado, jovencito. Gota, debo recordarte que estamos aquí por tolerancia. El soldado de piedra nos acepta por Sahra. Su capitán no.

A pesar de que tengo bastante buen manejo del nyueng bao estos días, supe que me había perdido una parte importante. Entendí que le estaba diciendo que no cabrear a Matasanos porque podía echarlos de allí. Y eso era algo que él podía hacer perfectamente. Los considera poco más que seguidores de campo. Y Matasanos odia a los seguidores de campo. Los considera peor que sanguijuelas.

Tuve que preguntarme si tío Doj no estaría interesado en algo más que simplemente venganza por el asesinato de Sahra y To Tan, el hijo de Thai Dei.

No estoy seguro de dónde estábamos. Creo que a unos ciento treinta kilómetros al sur de De jagore y pasando por alto territorios que acabábamos de ocupar, donde nuestra presencia se soportaba con el mismo estoicismo que el terremoto. No se había hecho mucha limpieza porque los esbirros del Maestro de las Sombras habían empleado a los residentes en un vano intento de entorpecer nuestro avance. Valientes idiotas. Ahora no había nadie para darles sepultura.

Una paranoia total me invadió.

Ignoraba el hecho porque yo estaba en el carruaje, pero estábamos acampando. Estaba fuera explorando las maniobras de la caballería de Mogaba y asistiendo a su sesión de planificación para hacer nuestras vidas mucho más desagradables en Charandaprash. En mi corazón tenía una sonrisa sarcástica. No nos daría ni una sola sorpresa más. Gracias a haber observado a Dama y a todas las fuerzas especiales que ella y Matasanos habían reunido, supe que tendríamos más que suficiente para Mogaba.

Un tipo listo, se lo esperaba. Llegó a conocer a Matasanos bastante bien antes de desertar para irse con el Maestro de las Sombras.

Entonces me invadió la paranoia. El aire de satisfacción se evaporó. De haber estado en mi carne habría empezado a temblar como si me hubieran tirado de pronto a un río helado. Supe que no estaba solo.

Me hubiera entrado el pánico de no ser por el embotamiento de emociones que había fuera. Hice una especie de giro repentino en el nivel espiritual.

Por un segundo creí ver una cara, no enfocada hacia mí.

Era una cara sacada de una pesadilla colectiva, grande como una vaca, del color de una berenjena madura. Su sonrisa era todo colmillos. Y estaba sonriendo a lo que fuera que estuviera viendo.

Sus ojos eran platos de fuego que, a su vez, parecían ser estanques de oscuridad capaces de ahogar almas.

Retrocedí, con mucho cuidado al principio, luego en estampida, hacia la seguridad que da la realidad, cuando la cara pareció sobresaltada de repente y empezó a girar. Resurgí demasiado aterrado para tener hambre o sed. Estaba temblando y balbuceando sin ningún sentido. El Viejo estaba cerca. Un Ojo lo trajo al carruaje en el momento en que ya me había controlado.

—¿Qué leches ha pasado, Murgén? ¿Tienes algún espasmo? ¿Vas a empezar a marcharte otra vez? —Me tocó, sintió los temblores que todavía me recorrían hasta el mismo corazón—. Un Ojo...

Dije con voz ronca:

—He visto a Kina. No sé si ella me vio a mí.

La muerte es eternidad. La eternidad es piedra. La piedra es silencio.

La piedra no habla, pero recuerda.

En la profundidad del oscuro corazón de la fortaleza gris se encuentra un trono macizo de madera carcomida. Este trono se ha movido de lado a lado y ha basculado violentamente. Una forma oscura se arrellana sobre el trono, encerrada en un letargo encantado, sujeta por dagas de plata ensartadas a través de sus extremidades. Su cara antiguamente vacía está demacrada por la agonía.

La figura respira profundamente. El silencio sucumbe a un gran latir retumbante, lento.

Esto es en cierto modo inmortalidad, pero su precio se paga en diamantes de dolor, en tesoros de amargura.

De noche, cuando el viento ya no sopla y las pequeñas sombras ya no se arrastran, la fortaleza reclama su silencio.

El silencio es piedra. La piedra es eternidad. La eternidad es muerte.

Capítulo 12

Al sur de Luz de las Sombras, que no ofrecía resistencia, la tierra se alzaba y se volvía árida, pedregosa, y tan arrugada como la cara de mi suegra. La nieve se agazapaba allá donde caía la luz del sol. Los árboles estaban desperdigados, pero eran de una variedad cuyos frutos se aferraban tenazmente durante el invierno. Aquella fruta era dura y seca, pero se volvía más sabrosa a medida que avanzábamos lejos de la civilización e íbamos a cualquier sitio donde pudiéramos conseguir alimentos más apetitosos. La ruta que el capitán insistió en que siguiéramos era una que había recibido muy poca preparación. Y no había vías navegables por las que las barcas pudieran llevar provisiones.

Llevábamos ganado. Los animales podían alimentarse, humildemente, de la vegetación. Aquellos de nosotros que desearan comer carne podían roer su chicha enjuta. No estábamos más que empezando aquí y yo ya estaba convencido de que Matasanos había tomado la decisión equivocada atacando ahora.

Los soldados que eran vegetarianos sufrían terriblemente.

El viento de la mañana cortaba de verdad. Definitivamente esta no era una temporada para viajar. Podíamos acabar teniendo serios problemas si Mogaba nos retenía mucho tiempo.

Podía ser una buena estrategia a seguir. Retenernos en Charandaprash, hasta que se juntaran todas nuestras fuerzas, con todos sus seguidores de campo. Luego seguir reteniéndonos allí hasta que agotáramos nuestros recursos. Después podría masacrar a los supervivientes hambrientos mientras intentaban escapar.

Aunque nunca lo mencionó con tantas palabras, parte del plan de Matasanos era reabastecer nuestro ejército incautando provisiones que Mogaba había acumulado para él. El capitán contaba mucho con la victoria ahora, pronto, por muy cauteloso que fuera al hablar.

Nos había puesto en una situación en que no había otra alternativa.

La región que rodeaba Luz de las Sombras se conservaba próspera incluso después del terremoto, pero eso ya quedaba a cuatro duros días de caminata a nuestra espalda. Nuestros forrajeros se estaban comiendo la mitad de lo que recogían mientras lo traían.

Sombra Larga seguía sin estar convencido de que nuestro avance fuera en serio. Tenía un claro problema para imaginar que las mentes pudieran funcionar de distinta forma que la suya. Mogaba consideraba sus propias dudas pese a que los Impostores y sus propios agentes lo mantenían informado de todos los desastres por causa del Maestro de las Sombras. Algunos de los pueblos y ciudades sacudidos por el seísmo hacían algo más que intentos simbólicos por resistir. El capitán había escogido bien sus movimientos, pero con vehemencia.

Montañas de color azul grisáceo oscuro se extendían a lo largo del horizonte sur. Charandaprash solo estaba a unos días de distancia. El capitán redujo nuestro avance a un paso muy lento para que los soldados tuvieran más tiempo de cazar y saquear. Nuestra parte del ejército empezó a juntarse en fuerzas cada vez más grandes. La caballería de Mogaba todavía no parecía muy dispuesta a una escaramuza. Por delante de nosotros, a veces, se elevaban serpentinas de humo, cuando las caravanas enemigas que intentaban huir no conseguían correr lo bastante rápido como para dejar atrás a nuestros jinetes.

La partida de nuestro cuartel general se aferraba a la carretera. Ahora siempre parecía haber cadáveres a la orilla. Los había de todas clases, pocos eran nuestra propia gente.

Matasanos me había obligado a salir del carruaje de Un Ojo. Ya no se me permitía estar dentro mientras estábamos avanzando. Así que encabecé el camino, montado sobre aquel semental negro gigante, mostrando siempre el estandarte de la Compañía Negra. Los cuervos estaban constantemente alrededor. Espero que Atrapa Almas, dondequiera que recibiera sus informes, estuviera absolutamente entretenida. El estandarte lo habíamos adaptado de uno que ella nos había asignado hacía décadas, inspirado en su propio cráneo de foca escupefuego.

El tío Doj caminaba a mi lado. Portaba una lanza y a Varita de Fresno, su espada sagrada. Había asumido el puesto de guardaespaldas mientras Thai Dei estaba en otro sitio con su madre. Los dos nos encontramos con todos los cadáveres primero.

—Hay otro que parece un Impostor. —Dije, señalando un cuerpo terriblemente trillado que no llevaba puesto más que un taparrabos andrajoso, a pesar del tiempo.

—Eso es bueno —me dijo el tío Doj. Dio la vuelta al cadáver. El hombre había sido atropellado por alguien con una aversión especial por su culto. Había sido brutalmente mutilado, sobre todo mientras todavía estaba vivo.

No sentí ni una pizca de piedad. Hombres iguales a él asesinaron a mi Sari.

No nos topamos con nada más que con signos de un éxito excepcional, pero no me inspiraban confianza en el futuro.

Los caminos convergían. Las fuerzas se concentraban en masa. Cada hora nos acercábamos más a Charandaprash, a Mogaba y a sus cuatro miserables divisiones de veteranos bien entrenados y motivados. Nos acercábamos a soldados que se habían estado preparando para nosotros durante años. Nos acercábamos a soldados que no eran las milicias chapuceras y mediocres que habían constituido la mayor parte de nuestra oposición hasta ahora. El Viejo habló lleno de confianza delante de los taglianos, que tampoco estaban mucho más preparados, pero yo sabía que tenía sus dudas.

Les superaríamos en número, pero nuestros hombres no habían sido instruidos

hasta convertirse en autómatas. Nuestros hombres no temían a sus oficiales más de lo que temían a la propia muerte. Nuestros hombres no conocían el precio que pagabas si despertabas la ira de un Maestro de las Sombras. No del modo profundo en que lo conocían los defensores de Charandaprash.

Nuestros hombres no habían ensayado una y otra vez hasta memorizar cada pedrusco del suelo en el que se esperaba que lucharan.

Capítulo 13

Una brisa agitó bruscamente el humo y el hedor de la muerte hacia mi cara. Un soldado gritó. Miré hacia atrás. El capitán, vistiendo la espantosa armadura negra de Creaviudas que Dama había creado para él, se estaba acercando. Los cuervos lo rodeaban. Me pregunté por milésima vez acerca de su conexión con Atrapa Almas.

—¿Me mandaste a buscar?

—Hay algo que deberías ver, creo. —Yo no lo había visto aún, pero sabía qué esperar.

Gesticuló.

—Vayamos.

Subimos por una pequeña cuesta. Nos detuvimos a mirar los cuerpos de seis hombrecillos morenos demasiado viejos para haber sido soldados. Estaban tirados dentro de una cuenca que había sido excavada en el duro terreno, alrededor de un fuego que aún despedía un insignificante hilillo de humo.

—¿Dónde están los hombres que los mataron?

—No merodeando por aquí. Con esta gente es mejor no tentar a la suerte.

Matasanos gruñó, no satisfecho, pero entendiendo el razonamiento del soldado raso. Se quitó el horrible casco alado. Los cuervos aprovecharon la ocasión para posarse en sus hombros. Pareció no darse cuenta.

—Yo diría que hemos llamado la atención de alguien.

Me había topado con hombrecillos morenos como estos antes, hace años, la primera vez que habíamos venido al sur y más recientemente en la sagrada Arboleda de la Condena de los Impostores, donde había tendido una emboscada a muchos de sus hombres más capacitados. Un grupo de estos tejesombras skrinosa había tenido la desgracia de estar allí en nombre del Maestro de las Sombras.

Estos hombres habrían estado haciendo lo mismo que aquellos otros, usando una recua de sombras pequeñas para espiar y dar avisos. Matasanos señaló. A varios de los ancianos los habían desgarrado a trozos. Observó:

—Dama decía que no debías interponerte en el camino de sus juguetes de bambú.

Él había superado a Dama, más o menos. Ella estaba siguiendo una línea de avance varias millas hacia nuestra izquierda. Si Matasanos y ella se hubieran llegado a dar un beso se las habrían arreglado por arte de magia. Matasanos tenía demasiada prisa como para asumir control absoluto de su centro de reunión de dos divisiones.

Llevaba una caña de bambú colgada a la espalda. Yo también. Y ahora también todos y cada uno de los hombres en el ejército. Algunos llevaban un fajo.

—¿Qué?

—Le va a dar un ataque si esto se convierte en un hábito. —A Matasanos le resultaba divertido.

—Nunca fue una pisaterrones.

A tu soldado de infantería medio se la suda la función intencionada de un arma. Le preocupa seguir vivo y hacer su trabajo corriendo el menor riesgo. ¿Qué los chismes de bambú tenían el fin de luchar contra las sombras asesinas? ¿Y qué cojones importa? Si usarlos permitía eliminar más fácilmente a pequeños magos asquerosos, ¿adivina que es lo que iba a pasar?

¡Pum!

Capítulo 14

Avistamos el lago Tanji antes de que cayera la noche. La inesperada visión era tan impresionante que paré en seco. El lago tenía una anchura de kilómetros y era de un gris helado. Iba disminuyendo a mi derecha, la dirección que seguía nuestro camino. A nuestra izquierda el terreno era muy escabroso. Brazos de colinas cada vez más imponentes se hundían en el agua. Las mismas Dandha Presh parecían ascender directamente desde la lejana orilla, todo grises con la luz de la mañana, oscuros hacia abajo y más claros en las cumbres, donde centelleaban los campos de nieve. Un dios jugueteón había garabateado una línea de nubes atravesando el panorama, a mitad de altura de las montañas, de manera que las cumbres montaban en una alfombra mágica.

Gris, gris, gris. En ese momento el mundo entero parecía gris.

—Impresionante —dijo el capitán.

—No se parece en nada a cuando se ve a través de los ojos de Humo.

Me frunció el ceño aunque no había ni un cuervo lo bastante cerca para oírlo.

—Mira allí.

Un pueblo ardía a lo largo de la orilla varios kilómetros adelante. Una bola de luz azul salió como un rayo del gran incendio, por encima del agua, por poco falla y da a un bote pequeño. Los hombres a bordo del bote intentaron remar con más fuerza pero empezaron a fallar con el remo y chocar unos con otros. Un enjambre de puntos de luz se precipitaba hacia ellos no solo con luces azules, sino también verdes, amarillas, rosas y de un precioso tono violeta. Un hombre dio un salto y empezó a sacudirse sin sentido después de que una bola le diera en la garganta. Cayó por la borda.

Sus cabriolas balancearon el bote peligrosamente. Este hizo agua y alzó la popa en el aire un instante.

Una bola de luz atravesó silbando el fondo, dejando un agujero brillante.

La mayoría de las bolas fallaron el tiro y continuaron a lo largo del lago, aminorando gradualmente. Por último, se alejaron lentamente con la brisa y desaparecieron.

El nerviosismo enseguida atrajo a una bandada de cuervos. Dieron vueltas sobre nuestras cabezas. Dos grandes se posaron sobre los hombros de Matasanos. Los otros se dispersaron en parejas.

El bote se hundió.

Se dirigía a una isla que era poco más que una roca que emergía del mar haciendo alarde de una docena de pinos desaliñados y algún arbusto indiferente. Un cuervo que se acercó de repente se plegó y enloqueció, chocó con el agua y flotó sin aletear.

Matasanos echaba fuego por los ojos.

—Murgen. Baja por la ladera frontal, por donde no dé el viento. Busca un sitio en

el que atrincherarse por la noche. Ordena las tropas solo a este lado de las colinas. Quiero mantener el doble de centinelas. Quiero que suban dos carros de batería, alineados sobre esa isla.

Los adornos que llevaba en el hombro ahora se agitaban. No los mencioné. Estaba empezando a ponerse espeluznante (y de todos modos no respondía las preguntas).

Uno de los cuervos graznó. Matasanos le devolvió un gruñido. Desmontó, agarró una caña de bambú extra de un soldado cercano y se dirigió colina abajo. Su caballo siguió el sendero que él abrió.

Los soldados que habían empezado a reunirse siguieron el ejemplo de Matasanos. Formaron una línea de escaramuza a medida que avanzaban. No pude soltar mi propia caña de bambú porque estaba montado y cargado con el estandarte. Seguí a los hombres a pie. Tío Doj formó una retaguardia de un hombre.

Dos militares de Lugar de las Sombras salieron de repente de su escondrijo. Tropezaron con la orilla del agua. Aquello se abarrotó de flechas.

Las órdenes permanentes eran no tomar prisioneros. Los nativos de Lugar de las Sombras habían sido advertidos. Se les había dado cuatro años de gracia. Habían elegido.

Más adelante, los soldados empezaron a establecerse en grupos, encontrando el refugio que pudieron, y comenzaron a hacer sus hogueras para cocinar.

Cada vez se acercaban más a la línea. Nuestro estado mayor se reunió al socaire de un pedrusco destrozado, todo el mundo refunfuñaba y tiritaba. Los pesimistas empezaron a hablar de la posibilidad de que nevara.

Planté el estandarte. Tío Doj y yo nos preparamos para hacer la cena. En este ejército no había sirvientes. Los sirvientes comían comida que los soldados podían preparar para ellos mismos.

La cena sería arroz y fruta deshidratada. Matasanos y yo le añadimos unas tiras de cecina. El tío Doj añadió algo de harina de pescado a su arroz. Muchos de los soldados no comían carne debido a proscripciones religiosas.

Dije:

—Tal vez podamos averiguar si hay algún pez en este lago.

El Viejo miró por encima.

—Parece que podría haber truchas. —Pero no dijo nada sobre pescarlas.

Los carros de batería subieron. Cada uno tenía una cama de un metro y veinte centímetros de ancho por tres metros de largo, llenas de tubos de bambú. Eran el principal producto de los arsenales de Dama. El capitán supervisó su ubicación. Quería que estuvieran bien colocadas.

Bajo este cielo cubierto no tardaría en oscurecer lo necesario para que las sombras empezaran a merodear.

Al este del lago, donde la división del ala izquierda de Dama avanzaba a través de

un campo muy abrupto, un único punto de luz salió disparado hacia el aire, se movió rápidamente hacia el sur, perdió velocidad y empezó a perder altitud lentamente. Enseguida lo siguieron bolas de diversos colores.

Los soldados se agitaron con nerviosismo.

Un sonido como un soplido llegó desde el carro contiguo. Una bola de fuego verde pasó vertiginosamente sobre el lago, su luz se reflejaba en el agua. La brisa había cesado. La superficie del lago se estaba quedando en calma.

Y yo estaba más nervioso que ninguno de los soldados. Había visto lo que esos pequeños apestosos tejesombras podían hacer. Había visto a hombres agonizar gritando al ser carcomidos por algo invisible.

Los soldados habían oído las historias. Los centinelas se quedarían despiertos esta noche.

La bola verde no bajó hacia aquella isla. Suspiré. Quizá no hubiera peligro después de todo.

El personal de los carros dejó pasar otra bola a intervalos regulares. Ni una sola iba disparada en dirección a aquella isla. Recobré la confianza. Los hombres empezaron a relajarse. Finalmente me enrollé en mis mantas y me tumbé allí a ver cómo las bolas de fuego atravesaban velozmente el cielo.

Era un alivio saber que ningún ataque de sombras pasaría inadvertido.

Oí al personal de los carros hacer apuestas sobre el color que tendría la siguiente bola de fuego que apareciera. No había un patrón conocido. Se estaban aburriendo. Pronto estarían quejándose por tener que cargar con las guardias mientras todos los demás se iban a dormir.

Capítulo 15

Estaba teniendo un sueño rarísimo sobre Fibroso Mather y la radisha cuando alguien me empujó. Gemí, levanté un párpado. Sabía que no tenía que hacer guardia. Había ayudado a cocinar. Maldije, pasé las mantas por encima de la cabeza e intenté volver al palacio, donde Mather estaba discutiendo con la radisha sobre los planes de ésta de timar a la Compañía Negra después de que cayera el Maestro de las Sombras. Parecía como si estuviera realmente allí en vez de soñando.

—Despierta. —El tío Doj me pinchó otra vez.

Intenté aferrarme al sueño. Todavía había más. Algo confuso y peligroso sobre la radisha. Algo que tenía a Mather disgustado de manera considerable.

Pensé que podía estar resolviendo algo importante en mis sueños.

—Despierta, Guerrero de Hueso.

Eso funcionó. Odiaba cuando un nyueng bao me llamaba así, sin explicar nunca lo que quería decir. Gruñí:

—¿Qué?

—Vienen problemas.

Thai Dei salió de la oscuridad. ¡Habló!:

—Un Ojo me dijo que te advirtiera.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba? —Su brazo todavía no había curado completamente.

Miré al capitán. Estaba despierto. Tenía un pájaro posado sobre un hombro, moviendo el pico en su oreja. Observó a Thai Dei y tío Doj pero no dijo nada. Se alzó sobre sus pies fatigadamente, recogió un par de cañas de bambú y caminó con pesadez hasta donde pudiera ver el lago. Lo seguí. Tío Doj siguió detrás de mí. Me asombraba que un hombre tan rechoncho se pudiera mover tan silenciosamente y con tanto garbo.

No vi nada nuevo allá fuera en la oscuridad. Motas de luz esporádicas continuaron cruzando a toda velocidad el tapiz de la noche.

—Como luciérnagas. —Había un millón de estrellas. Los tipos que esperaban que nevara iban a llevarse una decepción.

—Chsss —dijo Matasanos. Estaba escuchando algo. ¿Al dichoso pájaro que llevaba al hombro?

¿Dónde estaba el otro?

Una bola carmesí salió silbando de un carro marcando rayas delante de él. Pero cuando esta se acercó a la isla se cayó violentamente y dio un viraje brusco a la derecha, salpicando el agua ondulante con diez mil rubíes. A la altura del agua, la bola se convirtió en una salpicadura de sangre que desapareció inmediatamente.

No hubo ningún reflejo fuera del agua en ningún sitio cercano.

—Sombras.

Media docena de bolas pasaron velozmente. Definieron un río de oscuridad serpenteando de un extremo al otro del lago. Entonces las bolas empezaron a revolotear sobre los vestigios del pueblo que había estado ardiendo mientras aquel bote se hundía.

Las descargas allí alcanzaron rápidamente el nivel de pánico. El capitán ordenó:

—Gira uno de los, carros. Dale algo de apoyo ahí abajo. Y veamos si podemos conseguir un par de carros más aquí arriba enseguida.

Algunos individuos ya estaban disparando al pueblo, por si eso pudiera proporcionar alguna ayuda. Matasanos dijo al personal del segundo carro:

—Descargad sobre aquella isla. Todo lo que tengáis. Murgen. Quiero a todo el mundo despierto y aquí arriba. La tormenta de mierda está a punto de estallar.

Me escapé corriendo a bailar claqué sobre un par de roncadores famosos por sus toques de corneta.

Ambos carros dispararon más o menos a la vez. Las manivelas de sus gatillos chirriaron y traquetearon al girar. Los tubos de bambú soltaron colores en violentas sucesiones. ¿Cuántas bolas podía lanzar un carro? A mansalva.

Los tubos de las caballerías llevaban quince cargas. La infantería estándar y la infantería larga llevaba treinta y cuarenta cargas respectivamente. Los cientos de tubos en cada carro eran más largos aún.

Las luciérnagas se volvieron locas. Cada bola lanzada revoloteaba detrás de una sombra. Cada una se hundía más cerca de la orilla.

—Muchas sombras —observó Matasanos lacónicamente.

Esto era algo nuevo, pero algo nuevo que llevábamos años temiendo. Sombras que atacan en oleadas y en avalancha, en vez de escabullirse por ahí como espías y asesinos.

El Viejo parecía estar tranquilo. Yo casi me meo patas abajo. Corrí, pero solo lo bastante lejos para agarrar el estandarte y un fajo de bambú. Coloqué el primero al lado del Viejo, apunté con la punta de la caña hacia el sur, encontré el mecanismo de empuñadura del gatillo y empecé a dar vueltas. Cada cuarto de vuelta soltaba otra bola de fuego a toda velocidad. Dije a Thai Dei:

—Coge tú algún bambú, hermano. Tú también, tío. Esto no va a ser algo que puedas parar con una espada.

Ahora las bolas formaban un arco desde la vertiente lejana. Había las suficientes en movimiento como para delimitar la ola de oscuridad que se dirigía hacia nosotros. Las bolas de fuego se sumieron en esa oscuridad como granizo brillante, destellaron, se desvanecieron. Esta era la marea de pesadillas que llevábamos tanto tiempo temiendo, el poder infernal del Maestro de las Sombras desatado.

Las bolas consumieron las sombras por miles. La avalancha continuó. A

diferencia de los soldados mortales esas cosas no podían hacer mas que obedecer órdenes. La hechicería las obligaba.

Mi caña se secó. Agarré otra. Tío Doj y Thai Dei empezaron a comprender la situación. Encontraron cañas y entraron en acción, aunque Thai Dei no era muy rápido con una sola mano.

La oscura marea salió del agua y se dirigió ladera arriba. A medida que se acercaba empecé a distinguir sombras individuales.

Vi estas cosas por primera vez recién llegados a Taglios, en los días en que había cuatro Maestros de las Sombras y juntos podían conseguir mucho más de lo que podía ahora Sombra Larga. Los tejesombras skrinisa vinieron al norte a matarnos. Fallaron. Pero entonces usaban sombras pequeñas, poco mayores que mi puño. Nunca vi ninguna más grande que un gato.

Algunas en esta avalancha hacían que un castillo pareciera pequeño. Absorbían bolas de fuego sin efecto aparente. Vi docenas sobrevivir a múltiples golpes.

Mascullé:

—Puede que Dama no fuese tan inteligente como ella pensaba.

Matasanos respondió:

—Piensa cómo sería sin su inteligencia.

Ya estaríamos muertos.

—Lo pillo.

Más cerca. Más cerca. El oscuro muro ahora estaba solo a noventa metros de distancia, las sombras eran bastantes menos en número y se movían más despacio, pero, no obstante, eran implacables.

Ahora los carros no podían bajar su objetivo lo suficiente como para alcanzar a las sombras. Cambiaron su atención hacia aquella isla.

Tío Doj gritó, sacó a Varita de Fresno. No tengo ni idea de qué pensó que podía hacer eso al enorme coágulo de oscuridad que se aceleraba directo hacia nosotros mientras un enjambre de pequeñas sombras corrían a toda prisa a su alrededor como criaturas asustadas. Ninguna espada tenía ningún poder contra esta oscuridad.

Intenté quemar un agujero a través del corazón del coágulo, sereno al borde del pánico.

La muerte se acercaba cada vez más.

Las bolas de la retaguardia empezaron a caer a nuestro alrededor mientras pequeñas sombras se deslizaban por entre las rocas.

Empezaron los gritos.

La masa oscura se convirtió en una hoguera cuando las bolas de fuego la martillaron. Deceleró, deceleró un poco más, pero nunca dejó de avanzar. Me levanté como un verraco pardo promulgando su desafío. Giré fuertemente la manivela y grité algún disparate. Aquella porción asesina de aliento del infierno se esforzó por

alcanzarme, pero no pudo. Era como si la cosa, en el último momento, se hubiera topado con alguna barrera invisible e irrompible.

La oscuridad irradió un horror psíquico húmedo y malsano que yo imaginé que armonizaba con la tumba, un hambre solo conocida por cosas sobrenaturales y el hedor del alma que recordaba de demasiadas pesadillas sobre páramos sembrados de huesos y ancianos atados en capullos de hielo hilado. Mi terror aumentó. Tiré de mi empuñadura un rato después de que mi caña se secara, un rato después de que no hubiera más razones para arrancar la manivela.

La sombra seguía intentando alcanzarme hasta que el aluvión de bolas de fuego agotó sus últimos susurros de oscuridad.

La agitación desapareció rápidamente. Solo las bolas lanzadas hacia la isla encontraron muchos blancos.

El afloramiento de roca estaba siendo machacado también por la división de Dama. Las tropas de allí habían entendido lo que estaba pasando. Pensé que el volumen de fuego era tan grande que podría realmente consumir la isla.

Entonces Matasanos ordenó reducir el fuego a niveles preventivos. No tenía sentido desperdiciar nuestras herramientas. Vamos a volver a toparnos con este tipo de cosas. Me miró fijamente durante medio minuto. Entonces preguntó:

—¿Cómo nos sorprendieron así? —Usó esa lengua de Juniper.

Me encogí de hombros.

—A mí no me preguntes. —Yo escogí el forsberger porque la otra no la conocía lo bastante bien—. Estaba ocupado llevando el estandarte. —Queriendo decir que se me había restringido estar con Humo la mayor parte del tiempo estos días por algo que él consideraba razón suficiente. Iba a tener que contar con Un Ojo para que le proporcionara los avisos.

—Mierda —dijo, sin mucho veneno—. Mierda puñetera. No te hagas el listo con...

Un gran chillido retumbó de un lado a otro del lago. Las tropas de Dama soltaron una violenta descarga de artillería sobre algo que subió velozmente desde la isla y aceleró hacia el sur. Matasanos gruñó:

—¡El Aullador!

—Ahora los hemos asustado, jefe. El Maestro de las Sombras está sacando a los niños grandes a jugar.

Matasanos me mostró cierto movimiento del labio. No mucho. Últimamente su sentido del humor se había ido al infierno. Puede que lo perdiera cuando fue el prisionero de Atrapa Almas. O puede que cuando regresó para descubrir que era padre, pero lo más probable era que nunca viera a su niña.

Aullador escapó.

Finalmente nos retiramos, pero casi ninguno pudo volver a dormir.

Capítulo 16

Llegó el amanecer. Se encontró con nuestros muertos ya quemados o enterrados por soldados que habían sido incapaces de dormir. No tuve que ver ninguna cara de martirio.

El paisaje de martirio era lo que abundaba. Parecía como si hubiera habido una revuelta de pequeños relámpagos que hubiera durado un año alrededor del lago. Algunos de los soldados de caballería más osados ya habían bajado a la orilla del agua a recoger peces muertos.

De las cosas que nos habían atacado no quedaba ni rastro.

Matasanos sugirió:

—Tal vez podrías pasar algo más de tiempo con Humo.

Lo cual, por supuesto, era más que una sugerencia, aunque dada a regañadientes.

Había dejado de contar con Un Ojo para otra cosa que no fuera el sufrimiento.

Eché un vistazo alrededor. Mis parientes no estaban a la vista. Le dije:

—Un Ojo ha dado el aviso.

—No es lo que yo llamaría oportuno. Debe haber llevado días a Aullador y Sombra Larga organizar lo de anoche. Deberíamos haber estado preparados.

—Aunque puede que no estar preparados al final salga bien.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—Si hubiéramos tendido una emboscada a su emboscada habrían empezado a preguntarse cómo lo supimos. Del modo en que resultó simplemente se quedarán sentados maldiciendo a Dama por no haberlo previsto.

—Tienes razón. Pero aun así quiero un poco más de preaviso. Tú no te demores con lo de pasear con el fantasma.

—¿Qué hay del estandarte? No sé dónde está Dormilón estos días y no hay otro hermano bajo juramento a mano. —Nadie que no fuera de la Compañía iba a tocar nuestra reliquia más sagrada. El estandarte (en realidad, la lanza de la que cuelga el estandarte) es el único artilugio que tenemos que ha permanecido con la Compañía desde sus inicios. Los Anales más antiguos han sido todos duplicados una y otra vez, sometidos a traducción tras traducción.

Matasanos me dijo:

—Yo me encargaré. Tú te pones enfermo y tienes que ir un rato montado. —Él lo hizo y yo lo hice. Llevando su armadura de Creaviudas al completo resultaba terrible contemplarlo una vez que levantaba el estandarte. Un aura oscura parecía envolverlo.

Gran parte se debía a los hechizos que Dama había construido dentro y fuera de la armadura, capa tras capa, durante años. Aunque el Creaviudas era pura invención sin poderes, la visión se supone que sugería algo más allá de lo común, se suponía que despertaba las supersticiones del observador. Al igual que el personaje de Tomavidas

que Dama había creado para ella misma. Pero el suyo se había convertido en su leyenda. O había sido algo más que invención para asustar.

Cuando Dama vestía esa armadura se parecía a una de las representaciones de la diosa Kina. Algún que otro soldado y algunos enemigos más creían a medias que cuando se ponía la vestimenta de Tomavidas la oscura diosa la poseía. A mí no me gustaba esa idea y no la aceptaba, pero Dama nunca la desestimó.

Se acercaba bastante a una sospecha que he contemplado desde la primera vez que leí el volumen de Dama en los Anales.

¿Sería posible que todavía fuese una herramienta de esa Madre de la Noche?
¿Quizá sin darse cuenta?

Tío Doj y Thai Dei fruncieron el ceño recelosamente cuando les dije que estaba enfermo otra vez y que iba a ir montado en el carruaje de Un Ojo durante un rato. Estoy seguro de que tío Doj ahora sabía que Humo iba a bordo y quería averiguar por qué el mago comatoso era tan importante como para llevárnoslo a la guerra. A pesar de todo, no me presionó. Seguía estando susceptible al escrutinio de Matasanos.

—¿Qué tal marchas, Cachorro? —preguntó Un Ojo cuando me encaramé a bordo. Sonaba deprimido. A lo mejor le había caído un buen paquete del Viejo. Otra vez.

—Te perdiste una buena noche.

—Por los pelos. Y puedo decirte que soy demasiado viejo para esta mierda. Si Matasanos no nos lleva a Khatovar pero ya, voy a retirarme y dedicarme a cultivar puerros.

—Yo tengo algunas semillas de nabo muy buenas. Y nabicoles. No me vendría mal un mayoral...

—¿Trabajar para ti? Chorradas. De todos modos, sé dónde puedo conseguir grano bueno y barato. En lo alto del Dhojar Prine. Podría llevarme a Goblin y hacerlo jornalero.

No era más que cháchara y los dos lo sabíamos. Sugerí:

—Si quieres dirigir una gran operación vas a necesitar una buena mujer que te ayude. A mi suegra le encantaría volverse a casar.

En tono áspero, me dijo:

—Ya lo he estudiado todo para arreglar a Goblin con ella. Esa sería mi obra maestra sin precedentes. Pero él tendría que desaparecer.

—Los dioses no admiten ni una puta broma, ¿verdad?

—Ya te digo. Deberías dormir un poco más. Parece que llevas levantado toda la noche. Y te estás volviendo un poco irascible.

Como un demonio al que se convoca pronunciando su nombre, madre Gota se acercó zaqueando al borde de la carreta de Un Ojo. Un Ojo dio un chillido de sorpresa. Tragué saliva. Se suponía que estaba mucho más atrás en el camino.

Pero, entonces, se suponía que Thai Dei también estaría allá atrás recuperándose.

La vieja arrastraba tanto armamento que parecía un traficante de armas enano. Miró hacia arriba. Le faltaba su típico ceño huraño. Sonrió a Un Ojo, mostrándonos su falta de dientes.

Un Ojo me dirigió una mirada de súplica desesperada.

—No admiten una broma. Ni siquiera una pequeña, ni siquiera una vez. No lo estreses, Cachorro. He arreglado lo de la tos pero ahora ya no toma tan bien la sopa. —Ignorando a la mujer nyueng bao, se aposentó en el asiento del conductor y chasqueó un látigo.

No perdí tiempo. Me puse cómodo y fui a pasear con el fantasma.

Me gusta la palabra «consternación». Suena igual que lo que significa.

Mogaba estaba rodeado por una consternación de la leche cuando llegué. Él y su cuadrilla habían recibido un informe incoherente de Aullador, que no estaba exactamente en condiciones impolutas cuando llegó a Charandaprash. Tanto él como su alfombra habían sido alcanzados por los francotiradores de Dama.

Un dato importante era que Aullador y el Maestro de las Sombras habían tramado los festejos nocturnos sin haber consultado siquiera a Mogaba. Mogaba estaba cabreado, como se ponen los generales cada vez que se menosprecia su pericia.

La fuerza de Hoja se había unido a la de Mogaba. Matasanos había hablado de intentar cercarlos, pero no se había elaborado nada. No había habido tiempo de planear y lanzar una fuerza lo bastante potente.

Normalmente el jefe se las arregla para separar lo ilusorio de lo posible, sean cuales sean sus propios sentimientos.

Al llegar, Hoja se hizo cargo de la división formando el flanco izquierdo de Mogaba, lo cual suponía estar frente a frente con el prahbrindrah Drah cuando colisionaran los ejércitos de campo. Era interesante observar que todos los comandantes de división del ejército principal de Lugar de las Sombras, así como el propio general en jefe, eran renegados que habían cruzado de nuestro lado.

Todos eran soldados competentes, pero dudaba que a Sombra Larga le interesara. Lo que tenía importancia para él era principalmente que estuvieran fuertemente motivados para evitar la derrota y la captura.

Me dirigí a toda prisa a Atalaya para estar allí cuando Aullador diera el informe sobre el frente. Tenía que resultar entretenido. Sombra Larga se convertía en un loco de atar que echaba espumarajos por la boca cuando las cosas iban realmente mal.

Tuve que ajustar mi posición en el tiempo solo ligeramente para observar al hechicero chillón llegar sobre una alfombra que era un rebaño de agujeros sujetos por un puñado de hilos. Era un milagro que no se desbaratara debajo de él.

Sombra Larga escuchó el parte de Aullador. Estaba enfadado, pero no criticó a su

aliado. Lo cual era curioso. Él mismo no era de los que asumen mucha culpa. Aullador comentó:

—Esta vez Dama estuvo un paso por delante.

—¿Sobrevivió alguno de nuestros activos a la escaramuza?

¿Escaramuza?

—No.

—Es hora de mantener a los skildirsha detrás de las Dandha Presh, entonces. De momento los usaremos solo para comunicaciones y reconocimiento. ¿Qué hay de los skrinsa? ¿Queda alguno ahí fuera?

—Vivo no. No que yo haya transportado.

—Excelente.

Esto era espeluznante. Sombra Larga siempre hacía frente a las malas noticias poniéndose como un auténtico lunático.

El Aullador dijo:

—Conserva a los que aún viven. Ordénales que empiecen a enseñar su oficio a cualquiera con capacidad para aprenderlo. Si tu poderoso general fracasa y la Compañía se abre paso hasta Charandaprash, los tejesombras no tendrán precio.

Sombra Larga gruñó, jugueteó con su máscara.

—Tú conociste a esa mujer, Senjak. ¿Tiene el poder de acabar con nuestros ejércitos?

—Podría haberlo hecho antiguamente. Es posible que sea lo bastante fuerte ahora. A no ser que subamos allí a incordiarla mientras nuestras tropas exterminan a las suyas.

Me resultó interesante que creyeran que Dama estaba al mando, independientemente de cómo nos manifestáramos. Posiblemente era porque Aullador había estado bajo su pulgar durante muchísimo tiempo, había sido prácticamente su esclavo. A lo mejor le costaba creer que ella no fuera el mismísimo maestro. También parecían incapaces de reconocer el hecho de que nuestras tropas mejor motivadas habían machacado a las suyas con regularidad sin ninguna asistencia sobrenatural, mística o divina.

Sombra Larga preguntó:

—¿Se están acercando muchos de ellos?

—Sí. Aunque han roto con las costumbres del pasado. Muchos son seguidores de campo debilitados por intentar alimentarse de una tierra ya rastreada por forrajeros militares.

Cierto. E incluso los soldados eran menos de un uno por ciento. Por mucho trabajo preliminar que hubiéramos hecho, el último tramo del viaje atravesaba terreno baldío.

—Pero su fuerza es mayor.

—La fuerza de combate lo es, sí, ligeramente. Pero consta de menos tropas disciplinadas. Todas las pruebas indican que ella ha hecho este movimiento por conveniencia política. El clero tagliano se ha recuperado del golpe que les asestó hace cuatro años. Han empezado a analizarla. Solo está desviándolos. Los espías de Singh dicen que los taglianos más antiguos esperan que esta campaña acabe en derrota.

—Descansa un poco. Prepara la otra alfombra. Si tengo que subir hasta allí, entonces debo aceptar el riesgo al completo. Querré llegar allí antes de que Mogaba sucumba a la tentación de enfrentarse a sus enemigos.

Incluso ahora, después de que los desastres naturales hubieran paralizado la construcción en Atalaya indefinidamente, Sombra Larga estaba decidido a quedar estancado por un tiempo en vez de tomar la ofensiva.

No soy ningún genio militar, pero he leído los Anales disponibles varias veces. En ninguna parte he encontrado nunca que se mencionara a nadie que ganara una guerra sentado sobre su culo.

Con lo que odio a ese hombre personalmente, profesionalmente puedo sentir lástima por Mogaba. Durante aproximadamente quince segundos. Antes de que le cortemos la garganta.

Capítulo 17

Humo parecía tranquilo y relajado después de mi visita a Atalaya así que abandoné el mundo de los fantasmas durante el tiempo suficiente para llenar nuestros estómagos con comida y agua. Se había ensuciado. Un Ojo no estaba por la labor de parar y limpiarlo así que hice yo los honores mientras el vehículo chirriaba, botaba y me sacudía de un lado a otro. Una vez hecha tan ingrata faena, decidí soltar lastre yo mismo antes de sufrir una vergüenza semejante mientras estaba fuera.

Había ocurrido antes.

Me encontré a toda la cuadrilla Ky avanzando con pesadez hasta quedar a tiro de piedra del carruaje. Un Ojo me puso mala cara. No le gustaba que se dejaran caer tan cerca. Especialmente madre Gota, que seguía intentando entablar una conversación. Sonreí burlonamente y me escaqué del encontronazo.

Alguien estuvo a punto de confundirme con un rezagado de Lugar de las Sombras, pero la suerte me acompañó y volví al carruaje de una pieza. Un Ojo rezongó:

—Me gustaría echarle la zarpa al capullo que decidió que esto era una carretera. Este maldito asiento me está haciendo el culo papilla.

—Podías casarte, retirarte, dejar todo esto y criar nabos.

—Tienes un grave problema de actitud, Cachorro. ¿Has descubierto alguna cosa interesante?

—No mucho. Pero voy a volver a salir. En cuanto dejes el palique.

—Dichosos chavales. Procura ser más agradable. —La rueda trasera de la izquierda entró en un agujero, sacudiendo todo el carruaje y cerrándole la boca un rato, el que tardó en reunir una retahila de reniegos que dirigir a su tiro de caballos. Yo me puse cómodo con Humo.

Ya que el brujo inconsciente parecía especialmente dócil hoy, decidí que podía ser el momento de poner a prueba sus límites, de ver si podía empujarle más cerca de cosas a las que se había negado a acercarse en el pasado.

Empecé por lo que queda al sur de Atalaya, después de echar solo un vistazo dentro y comprobar que no estaba pasando nada nuevo con Aullador y Sombra Larga.

Kiaulune, en las condiciones en que quedó tras el desastre, no tenía ningún atractivo. Atalaya, mientras estuviera brillante, era una máscara para la locura y la desesperación. Más allá descansan las grises laderas rocosas casi tan abruptas como para ser llamadas escarpas. Un camino salía desde Kiaulune, pasaba Atalaya y subía la ladera sembrada de peñascos. Era una carretera que nunca había visto mucho tráfico, pero aun así se conservaba claramente definida. Solo algún que otro hierbajo testarudo y resistente había enraizado allí. Salvo por un pequeño despeñadero en lo alto de la colina, ninguna roca parecía dispuesta a permanecer sobre la superficie del

camino.

Intenté llevar a Humo en esa dirección.

No gocé de más éxito del que solía tener, lo cual significa que conseguí cruzar la mitad de la distancia desde Atalaya hasta el despeñadero antes de que Humo se negara a continuar.

Algún día la Compañía Negra subiría por ese camino. Nadie más había ido nunca, pero nosotros iríamos. Era el camino a Khatovar. Ese era el camino que nos llevaría a nuestros orígenes.

Desde Kiaulune dirigí a Humo al norte en una búsqueda profunda de Atrapa Almas, la hermana loca y perversa de Dama. No encontré ningún signo evidente de inmediato, pero es que ella era especialista en no ser vista. Cerqué al propio Viejo, empecé a usar la habilidad de Humo de moverse tanto a través del tiempo como del espacio para seguir la pista de los cuervos que siguen al ejército y están siempre rondándolo.

Engañé al cobarde solo un instante. Lo bastante para presentarme ante la Némesis de Dama. Estaba ahí en las inmensidades, completamente sola, excepto por sus mascotas. Estaba comiendo, algo que nunca había visto u oído que Atrapa Almas hiciera. Estaba preciosa. Preciosa como solo puede estarlo la maldad. Por un instante sentí esa misma punzada que había notado la primera vez que vi a Sahra.

Pensar en Sahra me sobrecogió. Aquí fuera era mi momento de estar libre de ese dolor...

Ese instante en que perdí mi enfoque, el alma cobarde de Humo pareció sentir lo cerca que estaba Atrapa Almas. Se apartó como si hubiera sido repelida. No me resistí. Yo también necesitaba alejarme de allí.

Atrapa Almas era una tarada, temeraria irracional, capaz de hacer casi cualquier cosa solo por diversión. Debe de estar pasándose en grande últimamente.

Si las visiones de Humo eran de fiar, se encontraba a menos de un kilómetro y medio de distancia ahora mismo, aquí, en medio del ejército, oculta, tan cerca que podría atacar a cualquiera en cualquier sitio al instante, en cuanto sintiera el impulso. Y solía sentirlo.

El Viejo tenía que saberlo...

¿O lo sabía?

Es posible, teniendo en cuenta que esos cuervos tenían un aguante limitado.

Me fui de allí y llevé a Humo de vuelta al palacio de Taglios. Parecía sentirse a gusto con eso. Fuimos a la habitación donde había estado escondido tanto tiempo. El polvo se estaba acumulando allí. Los Anales perdidos no estaban a la vista, seguían donde los había ocultado.

En otra parte del palacio la radisha se estaba ocupando de los asuntos diarios propios de gobernar un imperio, ella y todos los poderosos sacerdotes, señores y

funcionarios que sostenían la ficción de que ella solo estaba supliendo momentáneamente a su hermano, el prahbrindrah Drah. Mientras todo el mundo estuviera de acuerdo en no reparar en la prolongada ausencia del príncipe, la maquinaria del Estado seguiría funcionando razonablemente bien.

En verdad, aunque nadie lo declaraba públicamente, el Estado marchaba con mucha más eficacia sin la presencia del príncipe filtrando y suavizando la voluntad de su hermana.

Encontré a la Mujer y fui zumbando a su alrededor como un mosquito invisible, adelante y atrás en el tiempo, metiendo mi larga nariz en cada conversación suya (excepto las que tenía con Fibroso Mather cuando no había nadie más alrededor). Mucho.

Oí lo suficiente como para saber que Mather estaba siendo utilizado. Pero era un uso que la mayoría de los hombres están dispuestos a tolerar, al menos durante un rato.

Sus conversaciones con varios sacerdotes jefe eran interesantes, aunque nunca tan explícitas como me hubiera gustado. La radisha había madurado en el ambiente rara vez amistoso del palacio, donde mil conspiraciones, grandes y pequeñas, se tramaban cada día, en el mejor de los casos, y siempre había oídos impacientes por captar cualquier cosa que dijeras.

No tenía intención de mantener su palabra con el capitán y la Compañía. Sorpresa, sorpresa. Pero todavía no obraba de acuerdo con ningún rotundo proceder de traición. Como todos los demás, estaba segura de que la campaña invernal de Matasanos era o una táctica que no iba dirigida al Maestro de las Sombras en absoluto o, si realmente se llevaba a cabo, acarrearía una debacle para las fuerzas taglianas. Esto, a pesar de habernos hecho con la victoria ante ciertas derrotas en diversas ocasiones anteriores.

Puede que fuéramos capaces de hacer que se lamentara por no haber sido una pérfida más ambiciosa.

¿Qué otros casos necesitaban exploración? ¿Goblin? Podía arreglárselas sin que yo esté custodiándolo.

Por pura curiosidad y porque aún no estaba preparado para regresar al mundo, rastree a cada uno de mis parientes durante las últimas semanas. No descubrí nada que respaldara la paranoia del Viejo. Pero eran la comidilla, solo eran tres aquí rodeados de gente en la que ningún nyueng bao tenía razones para confiar o amar. Thai Dei y tío Doj no decían mucho de ninguna cosa, igual que hacían cuando yo estaba cerca. En madre Gota también había poca diferencia. Simplemente se quejaba de cosas distintas.

Su opinión sobre mí no era simple cháchara. Pasó casi una hora hasta que dejó de ensañarse maldiciendo a su madre por haber deseado que yo entrara en la familia Ky.

A veces el cariño que tenía a Hong Tray desaparecía por haberme deseado a toda su familia.

¿Qué debería ver ahora? Todavía no estaba listo para volver.

¿Narayan Singh y la Hija de la Noche? Estaban en Charandaprash con Mogaba, recogiendo los restos costosos del culto impostor bajo el estandarte del Maestro de las Sombras. No había muchas diabluras que pudieran hacer allí.

Dama, entonces. Luego informaría al capitán.

No había estado siguiéndole la pista, pero dondequiera que estuviera es posible que encontrara a alguien que la Compañía necesitaba vigilar, como el prahbrindrah Drah o Sauce Swan.

El príncipe no estaba en el campamento de Dama. Fue capaz de dejar que el deber predominara sobre sus vanas ilusiones. Él estaba con su propia división, centrado en sus responsabilidades.

Charandaprash ya no quedaba tan lejos. Rodeando el lago, pasando algunas colinas y valles, allí estaríamos, clavando la mirada a través de la llanura pedregosa a la entrada del único desfiladero que atraviesa las Dandha Presh.

Swan estaba cerca de Dama, por supuesto. Parecía preocupado, ya me remontara en el tiempo a través de los días o me quedara suspendido ahora mismo. Dama estaba teniendo problemas que no compartiría con él o con cualquier otro. Parecía como si no hubiera podido dormir. Sabía que dormía muy poco, en el mejor de los casos. Para ella renunciar al sueño ahora de esa manera, cuando nos acercábamos a nuestra lucha más importante en años —una que podría llegar a ser un acontecimiento crucial en la historia de la Compañía— parecía indicar que no tenía ninguna fe en el futuro.

Pero ojeando un poco a través del tiempo encontré uno o dos indicios. Efectivamente estaba prescindiendo del sueño. Y cuando se echaba una siesta no descansaba bien. Parecía estar teniendo sueños tan espantosos como algunos de los míos.

Por alguna razón los cuervos nunca se arrimaban a ella. Pero siempre estaban alrededor, en algún sitio a lo lejos, vigilando.

Dama no era interesante. No hacía otra cosa que trabajar. Ya no se molestaba por parecer asombrosamente hermosa, a diferencia de su hermana. ¿A caso estaba volviéndose desaliñada, como hacen otras mujeres, porque ya tenía un hombre?

Estaba bien en lo que respecta a Sauce Swan. Incluso tras cuatro años sin haber tenido ninguna suerte él estaba contento de seguir pegado a ella, haciendo uso de su asignación como comandante de las guardias reales como excusa para permanecer cerca del frente.

Así que, ¿qué había aquí digno de notificar? ¿Que Dama necesitaba descansar un poco?

Tal vez. El agotamiento podía afectar a su juicio en un momento crítico.

Empecé a retirarme, dejándome llevar sobre el lago Tanji, que era tremendamente impresionante aun desde el punto de vista de Humo.

Temblé en el frío viento...

No había viento ahí fuera con Humo. No había calor, ni frío, ni hambre, ni dolor. Solo había existencia y visión.

Y miedo.

Pues allí en la creciente oscuridad sobre la orilla sur del lago había un fantasma oscuro que presentaba muchos brazos y tetas, y perversos labios negros que revelaban una sonrisa vampírica.

Se puede ser presa del pánico ahí fuera. Yo lo fui.

Capítulo 18

—¿Estás bien? —preguntó Un Ojo cuando pasé a la parte delantera del carruaje. Estaba oscuro fuera. Había soltado el tiro para forrajear por allí cerca, había encendido una hoguera y había vuelto a su asiento de conductor a sacar brillo a una lanza que parecía tallada en ébano, con incrustaciones de plata que realzaban un centenar de figuras grotescas—. Estabas ahí atrás retorciéndote y gritando.

—Gracias por venir a ver qué me pasaba.

—El Viejo dijo que siempre haces eso. No valía la pena preocuparse.

—Probablemente no. Acabo de rodar sobre tu alijo clandestino de alcohol. —No era cierto, pero tenía la sensación de que guardaba algo por ahí en alguna parte. Incluso en lo peor del asedio de Dejagore, él y Goblin se las habían apañado para producir algo que ellos llamaban cerveza.

Se tragó el anzuelo el tiempo suficiente como para delatarse. Si este maldito carruaje se quedara en un sitio mucho tiempo, algo que mejor sería usar como comida o pienso para los caballos se convertiría en otra cosa apestosa, pero líquida y alcohólica.

—¿Para qué es la lanza? —pregunté—. Hacía tiempo que no la había visto. —La había creado con el propósito específico de matar Maestros de las Sombras.

—He hablado con algunos hermanos que han estado con la división de Dama. Se pasaron por aquí mientras roncabas. Cangilón y Rubro. Dijeron que habían visto un gran gato negro unas cuantas veces últimamente. Me imaginé que debía estar preparado con lo mejor que tengo.

No parecía preocupado, pero lo estaba. Esa lanza era una obra maestra de su arte.

El gato probablemente fuera una cambiaformas llamada Lisa Deale Bowalk que no pudo despojarse de su forma animal porque Un Ojo había matado a su maestro antes de que aprendiera cómo hacerlo. Había intentado cargárselo anteriormente. Él estaba seguro de que volvería a intentarlo.

—Atrápala si puedes —le dije. Se me ha ocurrido que podríamos usarla si dejamos que Dama trabaje con ella durante un rato.

—Justo. No tengo otra cosa en que pensar.

—Voy a ver al Viejo.

—Dile que quiero irme a casa. Aquí fuera hace un frío de la leche para un viejo como yo.

Reí entre dientes, ¡cómo no! Bajé a la calle a pesar de mi rigidez y seguí la dirección habitual que supuse que habría seguido Matasanos, basándome en el tamaño de las hogueras.

Menos mal que Un Ojo y yo nos acostumbramos a usar lenguas antiguas. Thai Dei salió de las sombras antes de que yo hubiera dado veinte pasos. No dijo nada,

pero se quedó allí, guardando mis espaldas, lo quisiera o no.

Capítulo 19

El viaje continuó. Los carruajes se averiaron. Los animales se quedaron cojos. Los hombres se lesionaron. Los elefantes se quejaron del tiempo. Yo también. Nevó un par de veces, no mantas de grandes copos suaves y húmedos, sino de las bolitas que azota el viento y se te clavan en la piel y nunca llegan a formar más que algún montoncito.

Mirándolo por el lado positivo, la caballería de Mogaba nunca llegó a estorbarnos. No eran un problema mientras nuestros forrajeros y exploradores no tuvieran que alejarse mucho. Supongo que Mogaba estaba más interesado en saber dónde estábamos que en desperdiciar soldados intentando pararnos antes de que alcanzáramos su punto fuerte.

Hasta que una tarde nadie recibió la orden rutinaria de parar y acampar. Los soldados avanzaban trastabillando con tesón, maldiciendo el viento cortante mientras se recordaban unos a otros que si los generales rara vez están en su sano juicio, que si pocas veces son de linaje honroso... No serían generales si así fuera.

Fui a buscar al capitán.

Ahí estaba, con sus grandes cuervos sobre los hombros. Más lo rodeaban, cuchicheando. Estaba sonriendo, el único idiota feliz del ejército. El general de los generales.

—¡Eh, jefe! ¿Vamos a seguir deslomándonos toda la noche?

—Estamos a menos de dieciséis kilómetros de Charankynoséqué. Creo que sería estupendo estar allí acampados cuando Mogaba se levante por la mañana.

Vivía en su propia realidad, de eso no había duda. General tenía que ser.

De hecho creía que podía jugar con la mente de Mogaba.

No había visto a Mogaba en Dejagore. No lo suficiente.

Dije:

—Estaremos tan derrengados que puede venir por aquí y bailar sobre nuestras cabezas.

—Pero no lo hará. Sombra Larga tiene una bola con una cadena atada a su culo.

—Así que va jodiendo al personal y después miente a su jefe.

—¿Es eso lo que harías tú?

—Mmm... —Posiblemente.

—Sombra Larga estará aquí vigilándolo. Vete a dormir un poco. Cuando salga el sol quiero verte colgado del hombro de Mogaba. —Tío Doj estaba solo a unos pasos de distancia, asimilándolo todo. Estábamos hablando forsberger pero me preguntaba si eso sería medida de seguridad suficiente.

Esos cuervos nunca se alejaban.

Lo que saqué del intercambio de información fue que Matasanos tenía un plan. A

veces costaba creerlo.

—Ahora mismo no estoy cansado. —Pero sí tenía hambre y sed. Cualquier período prolongado que paso con Humo me deja así. Me aproveché del rancho de los oficiales del Estado Mayor.

Los mensajeros empezaron a ir y venir. Matasanos gruñó:

—Supongo que es hora de empezar a decir a la gente lo que tienen que hacer.

—Por fin una idea original, después de todos estos años.

—¿De verdad necesitamos otro analista sabelotodo, Murgen? Vete a descansar.

Empezó a juntar a los oficiales superiores para una reunión. Yo no estaba invitado.

Regresé a la carreta de Un Ojo, donde comí un poco más, bebí un montón de agua y luego volví a pasear con el fantasma otra vez.

El jefe de bomberos y yo escuchamos a hurtadillas a Matasanos y sus comandantes, pero no debería haber malgastado ese tiempo. No descubrí gran cosa. Matasanos era quien lo decía todo, refiriéndose a un mapa detallado y mostrándole a todos dónde quería que atacara cada unidad delante de Mogaba. La única auténtica sorpresa es que quería que la división del prahbrindrah Drah estuviera apostada en el centro mientras sus propias dos divisiones se apostarían en el flanco derecho (a excepción de un equipo de combate entrenado especialmente que quería en la extrema izquierda, más allá del flanco izquierdo de Dama).

Interesante. Resulta que nuestra ala derecha iba a hacer frente y a cercar a la división de los hombres de Lugar de las Sombras comandada por Hoja.

Sí que quería a Hoja Matasanos, sí.

Con los ojos entrecerrados, Dama preguntó:

—¿Por qué decidiste organizar así el ejército? Llevamos tres años hablando de esto...

Matasanos le dijo:

—Porque así es donde os quiero a todos.

A Dama le costaba contenerse. En su larga vida nunca había tenido que hacerlo tanto.

Matasanos olió el humo.

—Si no te lo explico a ti, tampoco descubrirá nadie más lo que estoy planeando. —Ofreció alguna chuchería a uno de sus cuervos.

Aquello ayudó. Un poco. Pero el prahbrindrah Drah y la mayoría de los demás no tenían ni idea del significado de los cuervos de Matasanos.

Dejé a Humo, bebí otra vez, tomé un tentempié, me aseguré de que el dormilón tomara algo de sopa. No necesitaba alimentarse tanto como yo. Quizá me estaba absorbiendo allá fuera, como una especie de araña psíquica.

Dormí. Tuve pesadillas que recordé solo en fragmentos cuando me desperté. La radisha estaba allí. Atrapa Almas estaba allí. Supongo que los ancianos de las cavernas estarían allí, también, aunque nada de eso se me quedó grabado. Una fortaleza inhóspita en algún lugar.

Dejé de intentar recordar, salí con Humo para probar a ver nuestro acercamiento como lo vería el enemigo.

Las bolas de colores esparcieron perlas que cruzaron la noche. Las antorchas salpicaron las lejanas laderas con islas y serpientes de luz. Los comandantes de Lugar de las Sombras observaban sin hacer comentarios salvo cuando Hoja sugirió que el capitán estaba haciendo que su fuerza pareciera más imponente quemando montones de antorchas.

No estaban inquietos. Muchos de los subalternos esperaban que Sombra Larga los liberara después de habernos pisoteado. Se vieron a sí mismos dirigiéndose al norte a principios de primavera, con todo el verano para saquear y castigar.

Pero algunos eran veteranos de ejércitos que habíamos avergonzado en el pasado. Esos hombres nos mostraban más respeto y revelaban un deseo más intenso de causarnos dolor. No creían que fuera fácil, pero creían que nos derrotarían.

El mismo Mogaba parecía más ocupado en sus planes de contrainvasión de lo que lo estaba en seguir preparándose para oponernos resistencia aquí.

No me gustó, pero no vi razón real para creer que estaban demasiado confiados.

Aún así, todas aquellas bolas de fuego y antorchas eran alentadoras.

Aquella masa enorme en movimiento allá fuera había sido inspirada por la Compañía Negra. Y yo recordaba sin problemas cuando no éramos más que siete, el puñado de matones menos atractivo que haya pisado jamás la tierra. Eso fue unos cinco años atrás. Ya fuese un triunfo o un fracaso, esta campaña sobreviviría en los Anales como un poderoso redoble de tambor.

Regresé a mi carne y dormí otra vez. Cuando me desperté nuestra vanguardia ya estaba alcanzando la llanura de Charandaprash. La bruma se había establecido en todos los barrancos y zonas bajas.

Capítulo 20

Nos detuvimos en medio de una gran barahúnda. Me asomé fuera del carruaje.

Las brumas se habían convertido en una niebla que lo envolvía todo. La gente con antorchas se movía a empujones de acá para allá, sus antorchas resplandecían como luces hechiceras. Ninguno se me acercó. Todas las fuerzas se habían juntado y ahora el mundo estaba abarrotado.

Matasanos apareció. Le dije:

—Pareces totalmente hecho polvo.

—El culo me choca con los talones. —Subió a bordo, inspeccionó a Humo, se acomodó y cerró los ojos.

—¿Y bien?

—¿Mmm?

—¿Cómo es que estás aquí? ¿Y dónde andan tus puñeteras mascotas? ¿Están vigilando?

Por un momento pensé que se había dormido así de rápido. No respondió de inmediato.

—Me estoy escondiendo. De los pájaros también. Un Ojo los ahuyentó. —Aproximadamente dos minutos más tarde, añadió—: No me gusta, Murgén.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Ser capitán. Ojalá hubiera podido seguir siendo analista y médico. Hay menos presión.

—Te las estás arreglando bien.

—Eso no es lo que oigo. Si no fuera capitán tampoco tendría preocupaciones a largo plazo.

—¡Mierda! Y yo que pensaba que te lo estabas pasando en grande reventando las pelotas a todo el mundo.

—Lo único que quería era llevarnos a casa. Pero no me dejan.

—Está claro que nadie va a abrirnos nunca las puertas. Especialmente no la radisha. Parece que últimamente piensa mucho qué hacer con nosotros.

—Debería. —Sonrio—. Y no la he olvidado. —Se detuvo un momento, luego dijo—: Tú estás al tanto de los Anales. ¿Cuál ha sido el desastre más cruento en que nos hayamos metido?

—Pues me imagino que al principio, hace cuatrocientos años. Pero eso es solo por lo que deduzco de los Anales que han sobrevivido.

—La historia puede repetirse. —No parecía emocionado. En absoluto. No era un hombre sanguinario.

Yo tampoco lo soy, a pesar de los odios que me obsesionan aquí. Pero mis escrúpulos tienen puntos ciegos. Quiero ver a varios miles de villanos sufrir por lo

que le pasó a Sahra.

Matasanos respondió:

—¿Conoces algún modo de autenticar los Anales perdidos que recuperaste de Atrapa Almas?

—¿Qué? —Qué pregunta tan horrible. Nunca me había pasado antes—. ¿Estás diciendo que piensas que pueden no ser auténticos?

—No pude leerlos pero pude ver que no eran originales. Eran copias.

—¿Es posible que no hayan contado la historia real?

—Humo creía cada palabra de los que él tenía. Y la historia oral respalda su visión de la Compañía como el terror de los tiempos, aunque no hay ningún detalle específico. Pero tengo que preguntármelo porque no hay ni un relato contemporáneo de observadores independientes.

—Algo ha pasado. Aunque estos libros que tenemos ahora sean mentira. ¿En qué estás pensando?

Por un momento Matasanos parecía estar cansado de luchar.

—Murgen, está pasando algo más importante que tú, yo, Dama, los taglianos y los Maestros de las Sombras y todo eso. Están pasando cosas extrañas y no hay otra forma de que tengan sentido. Empecé a preguntármelo cuando no dejabas de caerte en el pasado.

—Creo que Atrapa Almas tenía algo que ver con eso.

—Es fácil que lo tenga. Está metida en todo lo demás. Pero no creo que acabe en ella la cosa. Creo que todos (incluida Atrapa Almas) estamos siendo manipulados. Incluso estoy empezando a pensar que lleva años sucediendo. Que si tuviéramos los verdaderos comienzos de los Anales perdidos y pudiéramos leerlos nos veríamos a nosotros mismos y lo que está pasando de una manera totalmente diferente.

—¿Te refieres a la cosa de la que trata Dama en su libro? ¿Kina? Porque yo la he visto, un par de veces, cuando estaba fuera paseando con el fantasma. O lo que yo creía que era ella basándome en el mito y en lo que Dama escribió.

—Kina, sí. O algo que quiere que pensemos que es Kina.

—¿No podría tratarse de lo mismo, por lo que sabemos?

—Mmm. Creo que Dama está teniendo esos sueños otra vez.

Yo también lo creía.

—A mí también me lo parecía. Está bastante demacrada.

—He pensado mucho sobre esto durante el viaje hasta aquí. No hay mucho que hacer aparte de pensar cuando estás todo el día cabalgando. Lo que yo me imagino es que las cosas han empezado a ir demasiado rápido para Kina. Es un mal bicho que está acostumbrada a crear juegos de sombras largos, lentos, manipulaciones que pueden llevar décadas desentrañar. Puede que hasta generaciones en nuestro caso. Su gran proyecto puede haber empezado mucho antes de que nuestros anteriores

hermanos se dirigieran al norte. Pero ahora estamos sufriendo las consecuencias y todo está sucediendo demasiado rápido para ella. Cuanto más intenta dirigir los acontecimientos, más chapucera se vuelve.

—¿Por ejemplo?

—Como lo que hizo con Humo.

—La verdad es que yo pensaba que lo había hecho Atrapa Almas. —Aunque tampoco había habido pruebas para cargarle a ella el muerto.

—Supongo que eso también es posible. Incluso es posible que ambos fueran detrás de él y se estorbaran mutuamente.

Recordé lo que pude del incidente del libro de Dama. Decidí quedarme con mi teoría de Atrapa Almas. La mitología impostora no atribuye a Kina tanta habilidad para meter mano en el mundo banal. La finalidad total del culto era provocar una era de tal horror dramático que los muros que impiden que Kina toque nuestro mundo pudieran rasgarse desde nuestro lado.

Me expliqué.

Matasanos simplemente se encogió de hombros.

—Escucha esto. Estoy casi seguro de que se suponía que no debía quedar ninguna Compañía Negra después de Dejagore. Excepto Dama. Ella era la única que debía sobrevivir. Y se suponía que todo acababa para ella cuando los Estranguladores se llevaron a nuestro bebé.

Lo consideré.

—Si ese tipo, Ram, no se hubiera dejado engañar por Dama...

—Eso habría sido el fin de todo. Kina habría tenido a su Hija de la Noche a este lado y el Año de los Cráneos empezaría a desatarse sin nadie que interfiriera.

Me mostré interesado. Era fácil. Lo estaba. Quería que siguiera. Antes de que acabara yo tendría alguna idea de por qué hizo todo lo que hizo.

Dijo:

—Los comodines echaron a perder la partida de Kina.

—¿Comodines? ¿Te refieres a Atrapa Almas?

—Ella es el mayor de todos. Pero también está Aullador, y estaba Formas, y todavía está la aprendiz de Formas por ahí en alguna parte. Ninguno de ellos forma parte del plan.

Era una hipótesis. Era bastante más de lo que yo había pensado. O en una dirección diferente.

—Tú ten cuidado, Murgén. Mantente conectado estrechamente con tus sentimientos. No dejes que pasear con el fantasma te seduzca. Esto nos manipula por medio de nuestras emociones.

—¿Por qué debería preocuparme? Yo lo único que hago es escribir cosas.

Su respuesta fue críptica.

—El portaestandarte podría ser más importante que la Hija de la Noche antes de que todo esto haya acabado.

—¿Cómo es eso?

Cambió de tema.

—¿Has buscado a la forvalaka últimamente? —se refería a la cambiaformas atrapada en forma animal, la aprendiz que había mencionado un momento antes.

Lo pensé, le dije:

—He mirado varias veces, pero no la he visto desde que volví a la masacre de Vehdna-Bota.

—Entiendo. No hay prisa, pero, cuando tengas ocasión, averigua dónde está ahora. Ya quisiéramos nosotros tener la suerte de que la hubieran matado.

—No, qué va. Un Ojo dice que está ahí en alguna parte, siguiéndonos. Estuvimos hablando de ella la otra noche. Está convencido de que su única razón de vivir es ajustar cuentas con él por haber matado a Formas antes de enseñarle cómo volver a su forma natural.

Matasanos rio entre dientes.

—Sí, ¡pobrecito! Un día de estos descubrirá que no es el centro del universo. Que todas nuestras sorpresas sean agradables. Y todas las sorpresas de Mogaba le desgarran las tripas. —Rio entre dientes otra vez, perversamente. Al desmontar del carruaje dijo:

—El espectáculo está a punto de empezar.

Veía el conflicto bélico más en términos de teatralidad que de juegos mortíferos.

Capítulo 21

Volví a revolotear alrededor de la cabeza de Mogaba. Yo, Murgen, ángel del espionaje.

Aullador y Sombra Larga habían llegado mucho antes del alba. Creían que haría falta coordinar los esfuerzos de ambos para evitar que Dama le desgarrara a Mogaba una nueva escotilla para la caca. Los poderes de Dama parecían aumentar cuanto más avanzaba hacia el sur.

Una idea se me apareció como una epifanía religiosa. Conocía el miedo que atormentaba al capitán. Sospechaba que Dama había recobrado sus poderes haciendo un pacto con Kina.

Yo también había sospechado eso, alguna que otra vez.

Teniendo en cuenta cómo funciona la hechicería, según la entendía yo, su pérdida de poderes durante la batalla del Túmulo debió haber sido irreversible. Estaba relacionada con algún galimatías místico indescifrable sobre nombres reales.

La mitología gunni contenía numerosas historias acerca de cómo los dioses, demonios y diablos fueron por ahí escondiendo sus nombres reales en rocas, árboles o granos de arena en la playa para que sus enemigos no pudieran confiscárselos y llegar a dominarlos. La situación entera no tenía sentido, pero eso no impidió que funcionara.

El auténtico nombre de Dama se había designado durante el enfrentamiento decisivo con su marido. Ella sobrevivió, pero, de acuerdo con las normas místicas, ahora era una común mortal. Con una belleza por la que se podría matar. Lo que la hacía interesante para la gente en su oficio anterior era que ella era un almacén viviente de erudición perversa. No había perdido ningún conocimiento, solo la habilidad de usarlo.

Me sorprendía que no hubiera sido un objetivo mayor del que había sido hasta ahora. Su nombre ya no tenía ningún poder sobre ella. Sin tener poderes, aparentemente, no podía sacar partido a esos nombres reales que conocía. Si no, habría hecho frente al Aullador y a su hermana hacía mucho tiempo. Y no revelaría esos nombres ni siquiera a Un Ojo y Goblin. Antes moriría.

Hace falta una ralea extraña para llegar a ser una bruja o hechicera.

Todavía tenía sus propios planes, eso estaba claro. Un Ojo y Goblin no eran gran cosa, pero algunas de sus obras eran tan útiles como tirar una roca a un pozo.

Por conversaciones que escuché a escondidas, supe que Sombra Larga se desprendería de tres o cuatro pulgares por conseguir lo que sabía Dama.

Tenía gracia. Dondequiera que enviara a Aullador a capturarla, la maquinaria de los planes nunca tenía éxito. Casi creerías que Aullador no quería que su compañero superior llegara a ser más.

Algún día, Dama tendrá que explicarme todo eso de los nombres reales de un modo en que hasta un tonto como yo pueda entenderlo. Tal vez pueda explicarme todo el tema de la hechicería para que los que estudiamos estos Anales tengamos al menos una vaga idea de lo que está ocurriendo.

Saberlo no va a impedir que nos caguemos en los calzones cuando nos topemos con hechicería, pero, aún así, estaría bien tener alguna noción de lo que hay detrás de todas las luces mortales.

Todos los soldados de Lugar de las Sombras estaban en su sitio. Roían los suministros del campo con somnolencia, trabajando con ahínco en lo que mejor se les da a los soldados. Mientras todos esperábamos merodeé alrededor de los que hablaban lenguas que yo podía entender. Los filósofos entre ellos analizaban el intelecto y la personalidad de los generales que pusieron sus tropas en formación y les hicieron mantenerse preparados cuando no iba a pasar nada. Nada. Los malditos tais estaban cansados de narices para hacer nada. Habían pasado toda la maldita noche sin parar.

«Tal» era como un juego de palabras. Aunque era el apócope de «tagliano» también significaba «zurullo» en los dialectos sangel comunes al sur de las Dandha Presh.

Me pareció que había servido como soldado con aquellos tipos. Hablaban mi idioma.

Mogaba se había construido una torreta de observación gigante a una distancia segura detrás de las filas. Era de madera. Pensé que le iba a resultar incómoda bastante pronto. Sombra Larga y Aullador se habían unido a él allí arriba.

El ambiente no era festivo, pero distaba mucho de ser fúnebre. Nadie estaba preocupado por nosotros.

Sombra Larga amenazó con ponerse alegre. Esta batalla era la culminación de todos sus planes. Cuando hubiera acabado nada podría impedirle convertirse en maestro del mundo. Salvo quizá por unos pocos aliados que no compartían del todo sus ambiciones.

Me ofendió. A un tío le gusta que le tomen en serio. Mogaba había conseguido que esta gente, de arriba abajo, creyera que era invencible.

En el mundo militar a menudo eres lo que crees que eres.

La confianza genera victoria.

Aullador no chilló ni una sola vez mientras yo vigilaba. Sombra Larga no montó ni una pataleta.

Con la que armaron con lo de Dama, uno pensaría que estarían más tensos.

Capítulo 22

El sol naciente empezaba a disipar la niebla, excepto alrededor de nuestro campamento. El viento era una brisa sutil que venía del flanco de Dama. Las hogueras ardían sin llama, allí, manteniendo el campamento a oscuras. La gente de Lugar de las Sombras solo podía ver a los seguidores de campo, a los que habían mangoneado para que avivaran el fuego (y cuatro torres de madera que ahora se alzaban por encima del humo y la niebla). Eran torres de asedio básicas, montadas a partir de partes precortadas que se habían subido desde las barcazas en el río Naghir a base de mucho esfuerzo y muchas más maldiciones pasadas de moda.

No lo comprendí. ¿De qué servía eso aquí? No íbamos a trepar por las murallas de ningún castillo.

Conociendo a Matasanos, el proyecto avanzaba solo para hacer que Mogaba se preguntara por qué.

Sumergí a Humo en el humo. La actividad que encontré dentro no era lo que yo esperaba. Los soldados estaban dormidos. Los que estaban levantados eran principalmente seguidores de campo. Avivaban los fuegos, armaban las torres, allanaban el terreno en caminos que llevaban hacia las filas de Mogaba, maldecían la hora en que nació Matasanos. No habían seguido al ejército para así poder hacer su trabajo.

Lo soldados que los forzaban a trabajar no eran amables. El Viejo era lo bastante listo como para haber juntado las cuadrillas según su religión, dirigidas por soldados que no apreciaran sus creencias.

Algunos detalles de los planes de Matasanos habían empezado a dispersarse gota a gota por las filas, pero era imposible que alguien pudiera juntar todas las piezas. Él no dejaría que se divulgara la idea al completo donde un genio pudiera descifrarla a partir de los trozos.

Ahora el reto era mantener vivo al único hombre que sabía de qué iba hasta que... ¡Ah!, yo, Murgen. ¿Dónde está tu confianza en la Compañía Negra?

Nunca existió más que de cara a la galería.

¡Ah! Aquí estaba Sauce Swan, alto, rubio y bello, esforzándose más que yo por comprender. Una intuición le haría ganar puntos con Dama. Pero estaba gruñendo desordenadamente a sus compañeros. Encontré a Dama no muy lejos. No estaba preocupada por lo que estaba pasando. Estaba concentrada en el deber. Tenía su puesto en lo alto de un montículo que la levantaba por encima del humo. Miraba fijamente al desfiladero, preparada por si el otro lado intentaba algo.

Llevé a Humo de vuelta a la carreta de Un Ojo. Hora de desayunar.

—¡Caray, ya era hora, Cachorro! —protestó Un Ojo—. Tienes que empezar a hacer viajes más cortos. Vas a acabar perdiéndote ahí fuera.

Todo el mundo insistía en decirme eso. Pero no parecía que pasara, así que yo estaba dejando de compartir ese temor. Pregunté:

—¿Está pasando algo interesante?

—Estamos en guerra. Venga. Aparta. Necesito al vejete para hacer lo que me toca. Ve a hacer algo de ejercicio. Come algo. Prepárale un poco de sopa y dásela cuando yo termine.

—Dásela tú cuando termines, aliento de murciélago. A ti te pega más ese trabajo.

—Tienes un verdadero problema de actitud, Cachorro.

—¿Vamos a intentar algo?

—No. Nos hemos pegado una caminata de ochocientos putos kilómetros en pleno puñetero invierno porque dicen que la maleza que hay por estos andurriales va de puta madre para hacer barbacoas.

—Todo el mundo actúa como si estuviera drogado.

—Puede deberse a que están drogados. No sé. Solo es mi opinión. Podría estar equivocado. Quítate de en medio. Tengo trabajo que hacer.

El humo era tremendo. Y empeoraba hacia el frente del ejército. En pocos metros la diferencia era enorme. Después de mi primera incursión en esa dirección decidí que la curiosidad podía esperar. Anduve deambulando alrededor del carruaje. Comí, comí y comí. Gasté la mayor parte del agua de Un Ojo. Le está bien empleado, por abusar de mí.

Pensé en Sahra. Sabía que ahora iba a pensar mucho en ella. El peligro te hace meditar sobre las cosas que más te importan.

La proximidad de Narayan Singh me obsesionaba, también. El santo viviente de los Impostores estaba a menos de un kilómetro y medio, atendiendo su propia fogata mientras la Hija de la Noche miraba como si estuviera soñando, bien azamarrada contra el frío y la humedad de la mañana.

Me sobresalté. ¡Maldita sea! Esa pequeña ensoñación era casi real.

Me impacienté esperando volver con Humo. Quería ver si Singh estaba preparando el desayuno. Necesitaba escaparme de todos estos pensamientos sobre Sari.

¿Cuándo cicatrizaría el dolor? ¿Cuándo dejaría de doler tanto que tenía que escapar?

Miré fijamente al fuego e intenté desterrar los pensamientos. Era como hurgar una postilla. Cuanto más intentaba pensar en otra cosa, más me centraba en Sari. Con el tiempo el fuego cubrió todo mi horizonte y me pareció ver a mi esposa al otro lado, arrugada, preciosa y un tanto pálida, mientras se ocupaba de la mundana tarea de cocinar arroz. Era como si estuviera evocando el pasado a través del tiempo hasta un momento que había vivido antes.

Hice un ruido como un perro sofocado y salté sobre mis pies. *¡Otra vez, no!* Ya se habían acabado esas caídas en el pasado..., ¿o no?

Un Ojo se bajó del carruaje.

—Terminé, Cachorro. Puedes tenerlo si lo necesitas, pero en serio que deberías darle un respiro. De todos modos, no va a pasar nada durante un rato.

—¿Qué estamos quemando en estos fuegos? Estoy teniendo visiones o no sé qué aquí.

Un Ojo aspiró unos ocho litros de aire, contuvo la respiración un momento, luego los soltó, negó con la cabeza, decepcionado.

—Te estás imaginando cosas.

—Nunca lo he hecho.

Nunca lo he hecho. Eso merecía consideración. Miré alrededor para ver quién estaba escuchando. Madre Gota estaba en la fogata familiar, pero su forsberger no era lo bastante bueno como para darle alguna pista.

Se había autoproclamado cocinera de la familia a jornada completa. Lo que significaba que, a pesar de lo que requerían mis viajes con Humo, no corría peligro de engordar. Aún cargaba con su arsenal personal. Actuaba como si supiera cómo usarlo las pocas veces que se molestaba en practicar con Thai Dei y tío Doj. Ya no me hablaba mucho. Yo no era la razón por la que ella estaba aquí. Yo era un inconveniente y una vergüenza.

Sabía que nada de esto habría pasado si el amor y Hong Tray no se hubieran interpuesto al sentido común y las costumbres ancestrales.

Estaba encantado de que se mantuviera lejos de mí. Tenía que reprimir mis propios sentimientos. Entre ellos estaba el convencimiento de que la vida habría sido mucho mejor para mí si la madre de Sari nunca hubiera venido a quedarse con nosotros. Hasta puede que Sahra aún viviera. Aunque no tenía modo de poder desarrollar esa idea para que se ajustara a la lógica.

Por mucho que Humo me llamara decidí resistir el dolor. Algún día tenía que acostumbrarme a él. Así que, ¿por qué no probar a dar una vuelta por el campamento otra vez? Podía no acercarme a la zona donde el humo era peor.

Thai Dei se materializó casi en cuanto empecé a moverme.

—Ya no llevas el cabestrillo y las tablillas —dije—. ¿Vuelves al trabajo?

Asintió con la cabeza.

—¿Seguro que no es un poco pronto para eso? Podrías volver a romperte el brazo si no le das tiempo suficiente para que cure.

Thai Dei se encogió de hombros. Estaba cansado de ser un lisiado, y punto. Aunque era muy fuerte; probablemente tuviera razón.

—¿Qué le ha pasado a tío Doj? —Hacía tiempo que no veía al abuelete. Si Thai Dei había vuelto, Doj podría sucumbir ante el impulso de ir a buscar venganza por su

cuenta. Su filosofía del Sendero de la Espada encontraría eso perfectamente razonable.

Thai Dei se encogió de hombros.

Tenía suerte de no tener que ganarse la vida hablando. Todavía abultaría menos de lo que abulta ahora.

—Ayúdame con esto, hermano. Me va a enfadar de verdad si ese viejo hace que lo maten. —Tío Doj no era anciano. Puede que tuviera diez años más que el Viejo y era más ágil que Matasanos.

—Él no haría eso.

—Me alegro de oírlo. El problema es que cualquiera puede hacerlo. Cuando estemos en ello, de paso, recuérdale que intente no ser tan misterioso delante de gente que no nos conoce. El capitán no sobrevivió a Dejagore con nosotros.

De repente, Thai Dei se volvió verdaderamente locuaz:

—Él vivió su propio infierno. —Lo cual era cierto, pero no esperaba que un nyueng bao se diera cuenta de ese hecho.

—Ya lo creo. Y lo ha distorsionado. Igual que Dejagore nos distorsionó a nosotros. Ya no confía en nadie. Es una manera de ser muy solitaria, pero no lo puede evitar. Y especialmente no se fía de gente cuyas creencias, ocupaciones y motivos le resultan completamente opacos.

—¿Tío?

—Tienes que admitir que tío Doj es raro hasta para los criterios nyueng bao.

Thai Dei gruñó, reconociendo este aspecto en privado.

—Pone muy nervioso al capitán. —Y el capitán era un hombre muy fuerte.

—Entiendo.

—Eso espero. —Normalmente incluso tío Doj tiene que husmear para sacarle las palabras a Thai Dei así que me sentí gratificado. Siguió hablador. Me enteré de un montón de cosas sobre su infancia y la de Sahra, que no tenía mucho de especial. Él creía que su familia tenía una maldición. Su padre había muerto cuando él y Sahra eran niños. Su esposa, My, se había ahogado cuando su hijo To Tan no tenía más que unos meses, al principio del peregrinaje que había traído a los nyueng bao a Dejagore justo a tiempo para el asedio. Sahra se había casado con Sam Danh Qu, quien la había sometido a varios años de infierno antes de morir de aquella fiebre en los primeros días del asedio. Luego habían muerto todos los niños, los de Sahra bajo las espadas de los hombres de Mogaba en Dejagore, To Tan durante el asalto de los Estranguladores que había terminado con mi esposa muerta y el brazo de Thai Dei roto.

Por lo visto nadie en esta familia había muerto nunca de viejo. Esta familia en vías de extinción. Madre Gota no tendría más hijos. Thai Dei tenía la capacidad de ser padre de nuevo, pero no me imaginaba que eso pasara. Yo me figuraba que Thai

Dei sería asesinado vengando la muerte de su hermana y su hijo.

Thai Dei dejó de ser comunicativo cuando se mencionó el nombre de To Tan.

El ejército se alineó así: la división de Dama a la izquierda, la del príncipe en el centro, las dos del capitán a la derecha, amontonada una detrás de la otra. Toda nuestra caballería reunida en el hueco entre la división frontal y la posterior.

¿Por qué? A la división de reserva le corresponde detrás del centro. Esa ha sido la costumbre desde el amanecer de los tiempos.

¿Y por qué emplazó Matasanos todas sus unidades entrenadas especialmente detrás o más allá de la división de Dama?

O el viejo pensó que podría volver tarumba a Mogaba intentando sonsacar las respuestas, o estaba dejando que su odio por Hoja y su paranoia definieran sus tácticas.

¿Y por qué estaban los seguidores de campo, voluntariamente o no, reunidos en primera fila? Matasanos odiaba a los seguidores de campo. Era asombroso para todos los que lo conocían que no los hubiera desterrado hacía semanas.

Seguía sin poder encontrar a tío Doj.

Capítulo 23

Sentí que empezaba antes de oír ningún rugido de tambor o gruñido de trompeta. Fui corriendo al carruaje, saltando por encima de rocas y hogueras entre la niebla.

Hice que Humo me subiera a donde Mogaba vigilaba desde su alta torre, enseguida percibí la incertidumbre. Él conocía a Matasanos. Sabía que la mitad de lo que hacía Matasanos sería para perturbarlo. ¿Pero qué mitad?

El hecho mismo de saberlo le haría vacilar en cada decisión a tomar.

Yo detestaba a Mogaba el traidor, pero admiraba a Mogaba el hombre. Era alto, guapo, inteligente. Igual que yo. Pero él además era el guerrero perfecto.

No tenía más compañía que los mensajeros y los dos grandes fanfarrones.

Y estaban haciendo una gran imitación de dos tíos durmiendo. Su estrategia era esperar a que Dama hiciera algún movimiento para que uno pudiera cogerla mientras el otro la golpeaba por sorpresa.

La plataforma de Mogaba proporcionaba una vista algo menos que perfecta, aunque probablemente la mejor alcanzable. Una parte de su flanco izquierdo estaba escondida tras un revoltijo de pedruscos mientras, a su derecha, un montículo empinado ocultaba su flanco junto con una porción del ala izquierda de los taglianos.

Subí a Humo entre los cuervos para poder observar a vista de buitre. El humo se estaba diluyendo. La gente subía cuesta arriba dando traspiés, incapaces de hacer un avance ordenado sobre el suelo rocoso.

Ahora entendía por qué se habían distribuido abrojos entre las tropas.

Los abrojos son como las tabas con que juegan los niños pero más grandes, solo que la punta es afilada y a veces lleva veneno. El abrojo es una herramienta práctica si tienes que salir por pies, sobre todo si los tipos que te persiguen van a caballo. Esparces abrojos cuando los caballos tengan que ir por caminos estrechos y te garantizas una ventaja (o en terrenos lisos para una vil emboscada).

¡Ajá! Espié a mi galante pariente desaparecido.

Tío Doj iba vestido con su mejor traje, su sagrado atuendo de esgrima, como si tal vez no quisiera que tuviéramos muchos problemas cuando lo amortajáramos. ¡Dios! Tendría que consultar a Thai Dei las costumbres de los funerales nyueng bao. Habían muerto muchos nyueng bao a mi alrededor, pero nunca participé en lo que sucedía después.

Todavía me ofende que me dejaran fuera cuando se encargaron de To Tan y Sahra sin mí.

Tío Doj garbeó cuesta arriba hasta que estuvo a solo quince metros de la primera línea del ejército de Lugar de las Sombras. Se detuvo y vociferó un desafío a Narayan Singh.

¿Adivina quién no salió a pelear? Ni siquiera respondió nadie. Ni siquiera alguien

se molestó en hacer llegar el mensaje al campamento impostor.

Tío Doj empezó a emitir una serie de insultos formales, despreciando a los Impostores y a todos sus aliados. El problema fue que eran insultos formales de una escuela estilizada de desafío y respuesta. No sabía cómo hacer su presentación de una manera accesible para las personas que no hablaban nyueng bao.

¡Pobre tío! Cuarenta años de intensa preparación lo habían conducido al momento definitivo, y lo único que aquellos tipos de allí veían era a un viejo loco.

Doj empezó a entenderlo.

Empezó a enfadarse de veras. Comenzó a gritar sus desafíos en tagliano. Algunos hombres de Lugar de las Sombras lo entendieron. Su mensaje pronto llegó a los Impostores. No fue bien recibido.

El espectáculo no podía ser más entretenido en esas circunstancias.

Nada de esto formaba parte del plan del capitán.

Tío siguió voceando.

En el campamento impostor el Mesías en miniatura de los Estranguladores dijo a sus compinches:

—No responderemos. Esperaremos. La oscuridad es nuestra hora. Y la oscuridad siempre llega. —Después de una pausa preguntó—: ¿Quién es ese hombre?

Un tipo corpulento, con una pinta horripilante le dijo:

—Estuvo en Dejagore. Es uno de los peregrinos nyueng bao. —El hombre que hablaba se llamaba Sindhu. Había entrado en Dejagore durante el asedio, a espiar para Dama y los Impostores. Era un auténtico canalla. Yo había creído que estaba muerto.

Las Sahras mueren, pero los Sindhus y los Narayan Singhs siguen vivos. Es por lo que no puedo ser un hombre religioso. A menos que los gunni estén en lo cierto y haya una rueda de la vida y al final todo el mundo reciba lo que se merece.

Sindhu continuó:

—Era una suerte de sacerdote y su portavoz. Un miembro de su familia en su día se casó con el portaestandarte de la Compañía Negra.

—Parece claro. La diosa está garabateando uno de sus sutiles juegos mortales —Miró a la Hija de la Noche. La niña se sentó tan quieta que era escalofriante. Más escalofriante que de costumbre. Ningún niño de cuatro años podía hacer eso.

Narayan Singh parecía estar vagamente agitado. Su diosa disfrutaba con una broma mortal de vez en cuando a costa de sus seguidores más devotos. No quería convertirse en una de sus travesuras.

—La oscuridad es nuestra hora —dijo otra vez—. La oscuridad siempre llega.

La oscuridad siempre llega. Sonaba como el lema de Kina. Eché otro vistazo a la mocosa de Dama y Matasanos. Me tenía muy inquieto. Cada vez que la miraba era más escalofriante. Si no costara tanto preocuparse ahí fuera habría llorado por Dama

y el Viejo.

De hecho, casi pude. Tal vez estaba haciéndome capaz de sentir mientras trabajaba.

Me alejé flotando, descubrí que Mogaba estaba ofendiéndose mucho más por el numerito del tío que Singh. Pero recordaba a tío Doj de los malos tiempo pasados.

—Quiero que hagan callar a ese hombre —dijo—. Los soldados lo están mirando a él en vez de a sus enemigos.

Como no recibía respuesta de los Impostores, el tío Doj empezó a insultar a los hombres de Lugar de las Sombras y a sus maestros. Una jabalina salió como un rayo hacia él. En un movimiento demasiado veloz para seguirlo sacó a Varita de Fresno y esquivó el misil.

—¡Cobardes! —gritó—. ¡Renegados! ¿Alguno de vosotros los nar es lo bastante hombre para salir? —Expuso su espalda con desprecio y se dirigió a las líneas amigas antes de que una tormenta de misiles pudiera devorarlo. Un movimiento magistral, no pareció una retirada en absoluto.

Capítulo 24

El infierno se desató.

Las trompas chillaron. Los tambores retumbaron. Una marabunta de ineptos, mezquinos y mal armados se dirigían cuesta arriba tropezando, arrastrando los pies, gimiendo. Seis mil seguidores de campo hambrientos y pobres atacando a los sirvientes de la sombra. Nuestros soldados los dirigían a punta de espada.

Yo estaba atónito. Estaba consternado. El capitán tenía momentos de crueldad, pero nunca me lo imaginé tan cruel como para dejar que los seguidores de campo se acumularan y nos siguieran para poder utilizarlos como avalancha humana. Pero pensándolo bien, sí, llevaba semanas advirtiéndolo a los soldados que no dejaran que nadie que les importara se uniera a la marcha. Quienes llegaron a discutirlo pensaban que significaba que el Viejo no esperaba tener éxito.

Esa gente iba a ser sacrificada. Pero dañarían a algunos hombres de Lugar de las Sombras y agobiarían al resto, lo cual nos daría algo de ventaja.

Los soldados eran despiadados. Provocaban un pánico aterrador entre los seguidores de campo. Cuando chocaron con el centro y la derecha de Mogaba, ya se habían adentrado en las primeras filas.

La división de Hoja quedó indemne.

Mientras todo el mundo se concentraba en nuestro ataque, las fuerzas especiales de Matasanos dejaron la sombra de Dama y se apresuraron en tierra baldía, flanqueando el desfiladero. Mogaba, por supuesto, tenía centinelas ocultos entre aquellas rocas. El combate estalló inmediatamente.

Nuestros elefantes avanzaron detrás de las tropas empujando a los seguidores de campo. Los hombres de Lugar de las Sombras estaban demasiado ocupados para preocuparse por ellos. Los elefantes usaron unos mazos enormes para insertar grandes clavos de hierro en la tierra.

Se oyó un chillido estridente de trompetas de metal del ejército de Lugar de las Sombras. Sin un motivo que yo pudiera discernir, la división de Hoja, de repente, se retiró, en diagonal izquierda, cuesta abajo en un ángulo que los llevaría a rodear nuestro flanco derecho. Me maravillé al ver lo bien que sus hombres mantenían la formación atravesando ese terreno tan escabroso.

Ahora seré testigo de una de las cóleras épicas de Sombra Larga.

—¡Esta vez has ido demasiado lejos! —vociferó a Mogaba, una vez que ya se había controlado lo suficiente para poder formar una frase coherente—. ¿Qué demonios crees que haces, haciendo maniobras como si nada, sin consultarme? ¡Por lo menos explica tu razonamiento! —Mientras gritaba, iba dando zapatazos por la intrincada plataforma, temblando, arañando su máscara hasta que pensé que mostraría al mundo la cara que mantenía escondida, excepto cuando estaba solo.

—No tengo ni idea de lo que está haciendo. —Mogaba ignoró la cólera del Maestro de las Sombras. Se apoyó en la barandilla de la plataforma, contempló la división de Hoja y se mostró más confuso de lo que lo había visto nunca—. Cállate.

Aullador interrumpió el jaleo con una serie de chillidos.

Sombra Larga se volvió ininteligible otra vez.

Las trompetas taglianas retumbaron. Los soldados de caballería shadar salieron galopando del espacio entre las dos divisiones del Viejo y se lanzaron al que había entre las divisiones de Hoja y el resto del ejército de Lugar de las Sombras. Su movimiento fue mucho menos impresionante que el de Hoja. Ni siquiera pretendieron mantener la formación una vez que se estaban desplazando.

Hoja los ignoró. Continuó su marcha.

Mogaba se puso tan entusiasmado como siempre que lo he visto. No tenía ni idea de lo que tramaba Hoja.

Sombra Larga y Aullador casi llegan a las manos.

¿Qué demonios estaba pasando?

Tambores repentinos anunciaron el avance de la división principal de Matasanos. Iba directa al espacio que había desocupado la fuerza de Hoja. La caballería avanzó lentamente hacia delante, protegiendo el flanco exterior de la división. Luego la división de reserva giró a la derecha y empezó a seguir a Hoja.

Yo me quedé pasmado.

Los acontecimientos se fueron desencadenando como si estuvieran coreografiados cuidadosamente, aunque nadie sabía lo que estaba pasando. La confusión era universal. En algunas áreas más remotas, como el puesto de mando de Dama, la gente no tenía ni la más mínima idea.

El capitán debía tener alguna idea, pero parecía estar corriendo en tres direcciones a la vez, intentando tomar el control, mantener el control, estar al tanto. Era incapaz de dominar todo el panorama.

Yo no podía ofrecerle ninguna ayuda. Para cuando pudiera volver a encarnarme, recobrar el movimiento y encontrarlo en el frente que estaba a un kilómetro y medio del carruaje de Un Ojo, toda la situación habría cambiado radicalmente.

A nuestra izquierda y nuestro centro nuestros soldados seguían empujando a los seguidores de campo delante de ellos. Estaba convirtiéndose en un espectáculo de terror de unas proporciones que con seguridad se recordarían durante generaciones.

La división principal de Matasanos entró en conflicto directamente con los hombres de Tierra de las Sombras, tratando de hacerse con la posición que había abandonado Hoja. Los hombres de retén de Mogaba entraron de repente. Lucharon muy bien. Hicieron retroceder a Matasanos. Ligeramente. Tuve la sensación de que el Viejo no estaba preparado para hacer todo lo posible por conseguir la posición.

Una compañía de shadar, que destacaba entre sus enemigos, quedó a tiro de flecha del campamento estrangulador. Durante varios minutos un puñado de arqueros lanzó una andanada desorganizada que no causó ningún daño aparente.

Al mismo tiempo Aullador se las arreglaba para hacerse entender con Sombra Larga.

—¡No podemos permitirnos el lujo de perder tiempo peleándonos entre nosotros! La mujer podría atacar en cualquier momento. ¡Si no prestas atención...!

Varios arrebatos fuertes del mismo estilo hicieron que el Maestro de las Sombras entendiera que darse el gusto de una pataleta lo dejaba vulnerable al ataque de la hechicería. Y sus compinches no podían protegerlo continuamente. Estaba teniendo un brote de sus propios accesos de alaridos.

Todavía temblando, incapaz de articular con claridad, Sombra Larga centró su atención en Dama.

Dama simplemente estaba allí, esperando.

Mogaba intentó captar la atención de Sombra Larga. El Maestro de las Sombras seguía centrado en Dama. Mogaba insistió. Consiguió que Sombra Larga se girara solo después de que pareciera que la crisis había pasado. El terror que habían sembrado nuestras tropas ya no era suficiente para mantener a los seguidores de campo avanzando por la ladera. La división del capitán se había retirado a su posición de partida. La fuerza de Hoja se había detenido a unos tres kilómetros al oeste del campo de batalla. Estaba rodeado de nuestra caballería y la división de reserva. Los hombres de la unidad de Lugar de las Sombras estaban tan desconcertados como el resto. Pero eran buenos soldados. Cumplían sus órdenes.

Mogaba dijo a Sombra Larga:

—Nos han engañado, no como preveíamos. Con un astuto golpe Matasanos nos ha diezmado. Ahora es poco probable que puedas mantener esa posición si no modificas las órdenes generales.

Sombra Larga gruñó enojado, inquisitivo.

Mogaba le dijo:

—Nuestra mejor esperanza ahora es atacar mientras los taglianos están desorganizados y dispersos, antes de que nuestros propios soldados se den cuenta de lo desesperada que se ha vuelto nuestra situación.

Sombra Larga no lo veía de ese modo:

—Una vez más te olvidas de que tu misión es llevar a cabo mis deseos, no cuestionarlos. ¿Por qué tienes que ser tan negativo? —Miró fijamente a la fuerza de Hoja, de la cual solo una parte era visible desde donde él se encontraba. Estaba claramente preocupado por sus propios pensamientos negativos—. Rechazaste su ataque con facilidad.

A Mogaba le costó contener su rabia. Ojalá alguien, cualquiera, tuviera una idea

de los antecedentes de Sombra Larga. A veces el hombre era tan ingenuo como poderoso.

Mogaba levantó un brazo como señalando a Hoja.

—Nos engatusaron. Acabamos de perder una legión entera porque te empeñaste en reclutar a otro tráfuga sublime.

Tonto de mí, no comprendí lo que estaba diciendo. No lo había considerado con intuición.

Sombra Larga aún no entendía que había algo que considerar. Sólo veía un triunfo en el combate inicial de la contienda.

—¿A cuántos hemos matado? ¡Mira! Los muertos cayeron a montones. Ahí yacen en auténticas montañas. Se cuentan por miles. Estos cuervos van a estar dándose un festín durante una buena temporada.

Pero el hombre dentro de él estaba inquieto. Seguían mirando a la fuerza de Hoja. Mogaba vociferó:

—Puede que uno de cada cien de esos muertos fuera un soldado. Eran todos seguidores de campo; los ladrones, putas y bocas hambrientas que se convierten en parásitos de cualquier ejército que lo permite. Eran escoria indeseada e inútil. Matasanos los utilizó para mantenernos ocupados mientras robaba un cuarto de nuestra fuerza y toda nuestra esperanza. Ahora sus veteranos son significativamente más numerosos que los nuestros. Y la mayoría de ellos son nuevos. —Señaló las cimas a su derecha, donde las fuerzas especiales de Matasanos seguían ganando terreno—. Pronto tomarán la cumbre. Han venido preparados para tomarla.

—¿Es que tú no estás preparado para defenderla?

—He previsto la tentativa de Matasanos. Solo un idiota ignoraría esas cimas. Pero no preví las bombas incendiarias que está usando.

Eran el mejor producto de las armerías de Un Ojo en Taglios, que se habían transportado hasta aquí pagando un precio muy alto en capital y mano de obra, lo que ahora parecía merecer la pena. Era difícil mantenerse firme ante esas bombas.

El capitán y su Estado Mayor iban rumbo a la división de Hoja. Algo pasaba. Me dirigí rápidamente hacia allí.

Hoja salió del muro que formaban sus soldados, miró hacia el capitán a través de noventa metros de terreno rocoso. Nuestros hombres estaban situados fuera del alcance de las flechas, relajados pero alerta, esperando ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Solo estaban ligeramente menos desconcertados que los soldados del traidor, que ahora estaban formados más como para pasar revista que para el combate.

Hoja y Matasanos se encontraron a medio camino. Intercambiaron algunas palabras. Bobo de mí, esperaba que el Viejo zanjara la enemistad que llevaba tanto tiempo demandando tan enérgicamente. En vez de eso, rodeó a Hoja con sus brazos y

empezó a reír.

Hacía mucho tiempo para el capitán. Su risa tenía un claro filo de demencia.

Empezaron a saltar arriba y abajo, agarrándose el uno al otro.

Entonces Hoja se giró. Gritó a sus soldados:

—Amontonad las armas y rendios. O seréis exterminados.

Si seré duro de mollera que solo en ese momento, al ver que los soldados de Hoja empezaron a obedecer las órdenes, como se les había enseñado, reconocí la estafa.

La deserción de Hoja había sido una pantomima. La loca persecución de Hoja por parte de Matasanos durante años había sido pura apariencia (salvo cuando había usado a Hoja para librarse de detestables fanáticos religiosos).

No hay nada como que los enemigos hagan el trabajo sucio por ti.

Más, Hoja había trabajado mucho para hacer que el Maestro de las Sombras fuera impopular entre sus súbditos. Territorios enteros se habían rendido sin tan siquiera resistencia simbólica.

Y ahora Hoja había hecho rendirse a una cuarta parte de las mejores tropas del Maestro de las Sombras.

En ningún sitio en los Anales había habido un camelo comparable a este. Y este lo había creado Matasanos para sí mismo. Iba a estar regocijándose mucho tiempo sabiendo que Mogaba no podía haber imaginado que fuera capaz de una maniobra tal, sin precedentes. Mogaba no creía que Matasanos fuera capaz de respirar hondo sin consultar los Anales.

Capítulo 25

Dejé a Humo. No había nadie cerca del carruaje excepto madre Gota y Thai Dei. Me uní a ellos. No dijeron nada. Comí en silencio yo también, bebí mucha agua, volví a subir al carruaje y eché una buena siesta. Soñé. Los sueños no eran agradables. Atrapa Almas estaba allí y parecía estar pasándoselo de maravilla. Metiéndose con nosotros, desde luego, porque ahí era donde ella encontraba la diversión.

Me levanté y comí otra vez, sin darme apenas cuenta de que estaba devorando una de las peores cosas cocinadas por madre Gota. Tragué agua como si fuera la primera vez que tenía ocasión en semanas. Casi ni me daba cuenta de que Thai Dei parecía preocupado cuando me miraba. Traté de entender qué sería, pero no pude concentrarme.

Era tarde. El campamento estaba en calma. Los soldados todavía estaban adelantados. Los centinelas nocturnos rondaban vigilantes, conscientes de que había Estranguladores en el campamento enemigo. Musitaban silenciosamente cuando paraban a calentarse las manos en las hogueras. Más atrás, algunos supervivientes de entre los seguidores de campo reunían sus lamentables pertenencias y se escabullían antes de ser acorralados y empujados en tropel otra vez.

El cruel combate continuaba en las cimas. Mogaba se proponía defender cada metro de terreno.

No todos los seguidores de campo habían sido capaces de huir. Las hogueras del flanco de Dama una vez más empezaron a ocultar con humo nuestro campamento. ¿Acaso al capitán se le había ocurrido alguna nueva diablura?

Le pregunté cuando apareció un rato más tarde.

—Espero que piensen eso ahí arriba —dijo. No podía dejar de sonreír—. Durante el resto de su vida quiero que Mogaba esté vigilando sus espaldas, saltando a las sombras, pensando que hay otra trampa a punto de abrirse bajo sus pies. Puede que alguna vez haya una. —Rio otra vez.

Todos los oficiales superiores empezaron a reunirse en un fuego preparado como una fogata de fiesta gunni. Sacerdotes políticamente neutrales de todas las fes interpretaron rituales de agradecimiento. Incluso Dama apareció, acompañada por sus oficiales y admiradores. Parecía una semidiosa, más real que ninguna deidad tagliana excepto la temida Kina. En la era moderna solo Kina parecía estar interesada en los asuntos mundanos.

Pero tenía un interés personal.

Costaba decir quién entre la multitud estaba más atónito. Hoja se colocó al lado del Viejo. No podía dejar de reír burlonamente. No podía dejar de parlotear con su viejo compadre Swan. Lástima que Fibroso Mather estuviera en casa con la Mujer. Él también hubiera disfrutado de esto.

Hacía años que no veía a Hoja. Por aquel entonces era un cínico taciturno. Nada que ver con esto. Y Un Ojo aún no había tenido tiempo de conseguir un alambique.

Hoja gritó a Matasanos. Matasanos le devolvió el grito. Swan me dijo:

—No hagas caso a esos dos. Todavía no han superado la etapa de ir cogidos de la mano.

—Supongo que habrá habido mucha tensión mientras se ejecutaba la estafa.

El Viejo oyó a Swan, pero lo ignoró.

—Mañana será un buen día para cantar el viejo dicho: te has tragado el anzuelo con plomada y todo. La última cosa que Mogaba espera de mí. Príncipe, te toca a ti primero. Que tus hombres nos muestren lo buenos que son.

Tomé un largo trago de agua, deseando que Un Ojo se las hubiera ingeniado para conseguir algo para esta noche. Pero no habría sido bien recibido. Ninguna de las religiones taglianas toleraba la cerveza, ni tampoco Dama o el príncipe, que no querían soldados borrachos fastidiándolo todo. Pero no podían censurar lo que no podían ver. Así que debería sugerir a Un Ojo que se diera prisa.

Pregunté:

—¿Vas a contarnos de verdad lo que está pasando?

Un humor relajado entró en los ojos del capitán.

—No. —Se inclinó hacia mí, susurró—: no dejes que se filtre. No quiero que se relajen. Pero no van a enviar sombras a espiar. —Señaló mientras una bola de fuego se dirigía al desfiladero. Todavía no hemos visto mucho de la gran magia de Dama aquí.

—¿Cómo es eso?

—Se las están guardando. —Sonrió abiertamente de nuevo. Esa sonrisa abarcó a todos los que nos rodeaban. Habló dirigiéndose a la concurrencia:

—Creo que todos sabéis lo que se espera que hagáis después. Descansad un poco.

¿Cómo es que todos sabían lo que se esperaba que hicieran después? Lo poco que había contado había sido extremadamente impreciso.

Matasanos miró a Dama. Parecía al borde del colapso. Este era un trabajo muy cansado, pero su agotamiento iba más allá de lo que cabría esperar.

Un tipo duro, mi capitán. A veces sus sentimientos eran evidentes. Sufría por la mujer que amaba.

—Swan. Quédate por aquí. Quiero hablar contigo.

A mí se me invitó educadamente a hacer circular mi inoportuno trasero e irme a descansar.

Capítulo 26

Quería dormir. Estaba cansado a pesar de haber hecho tan poco ejercicio físico. Pero cuando me retiré al carruaje de Un Ojo me tumbé allí a dar vueltas en la cama. Fuera, madre Gota estaba ocupada con una ristra interminable de quejas. Por lo visto yo era un personaje menor en su reparto de problemas. Tío Doj era una estrella. Tray era una estrella. Sahra era una estrella por haber estado de acuerdo con Hong Tray. O por haber tenido a Hong Tray de su parte. Brujas las dos. Thai Dei no decía mucho más de lo habitual. Hubiera querido señalar algún hecho pero su madre no le dio la oportunidad.

Lo mismo de siempre en lo que respecta a madre Gota. La mayor parte del tiempo ya no la oía. Me preguntaba si se la podía ofender con el silencio.

No me dejaba pensar en la mujer que amaba.

Daba vueltas y más vueltas y luchaba con el dolor. Pensé que podía estar volviéndose un poco menos potente. Y, por supuesto, tenía que preocuparme por eso. ¿Estaba bien? ¿Era una traición hacia Sari?

Me recordé a mí mismo que era un hombre hecho y derecho, acostumbrado a una vida dura y que no debería estar afectado por este tipo de obsesión, por muy preciado tesoro que hubiera sido Sahra.

Me quedé medio amodorrado, en ese estado donde no estás enteramente dormido, pero tampoco estás despierto. Donde puedes rescribir los sueños a medida que suceden.

De pronto, estaba otra vez en el pasado, trasladado rápidamente a través del tiempo por una ráfaga de risa y una voz burlona que me preguntaba dónde había estado. No esperaba esto después de todo este tiempo, pero tampoco me pilló desprevenido. Ahora tenía experiencia en este tipo de cosas.

No me sorprendía, no estaba perdido ni desorientado. Había paseado con el fantasma lo suficiente para haber desarrollado cierta capacidad de adaptación. Intenté tomar el control igual que habría hecho si estuviera fuera con Humo.

El halo de diversión que me rodeaba dio paso al sobrecogimiento. Hice una suerte de giro rápido transdimensional, y allí mismo alcancé a ver al principal sospechoso, Atrapa Almas, arrodillada sobre una selección de objetos de hechicería junto a un fuego, en algún lugar en las ensangrentadas cercanías de Charandaprash. Ahora me tocaba divertirme a mí. Aunque no estuviera al mando, ahora sabía quién me estaba manipulando.

Ahora, ¿cómo podía camelarla y averiguar por qué?

La risa de cuervos me envolvió. Como si no importara que supiera quién estaba haciendo aquello.

Parecía Atrapa Almas, como se la describía en los Anales de Matasanos. Un

poder caótico, a quien rara vez le importaba un cuerno qué pasara mientras algo pasara.

Intenté recordar dónde estaban esos Anales en este momento. Puede que mereciera la pena echar otro vistazo a Atrapa Almas. O quizá incluso una charla íntima con el Viejo. Conocía a Atrapa Almas mejor que ningún otro ser viviente, incluida su hermana. No creo que Dama tuviera ya ni idea de los pensamientos de su hermana. Tal vez no le importaba.

Tal vez estaba viendo cosas que no estaban ahí. ¿Qué sabía yo de lo que pensaba Dama en realidad? No había intercambiado ni cien palabras con ella en los últimos tres años. Y antes de eso nuestras conversaciones se limitaban a información destinada para los Anales.

La risa de cuervos se convirtió en la risa de Atrapa Almas. Una voz dijo:

—Creo que no quiero jugar hoy, después de todo.

Una gran mano invisible me agarró y me lanzó hacia una oscuridad ventosa. Di vueltas como una nuez que hubieran arrojado, pese a que no era más que un sueño.

Traté de controlarlo igual que habría hecho si estuviera paseando con el fantasma. Una vez más fui capaz de tomar una medida de control. La sensación de dar vueltas desapareció. A medida que se desvanecía, volvía a aparecer la sensación de lugar y tiempo, junto con la capacidad para ver.

La visión no era buena, era borrosa y de corto alcance, como dijo Lamprea sobre cómo se volvía su vista a medida que se hacía mayor. Pero estaba en una jungla. ¿Era familiar? Era una jungla. He visto varias y todas son muy parecidas si no puedes ver a más de seis metros con claridad. Bichos a porrillo. Enmudecieron, el chirriar de mil pájaros. Un par de ellos estaba dentro de mi círculo de visión. Me fijé en que ellos parecían verme bien a mí. Yo era el motivo de toda esa agitación.

Giré rápidamente. Era con seguridad una jungla. Pero no le faltaba agua. Un asqueroso estanque negro se encontraba a escasos centímetros de donde estarían apoyados mis talones si hubiera tenido talones.

Los monos correteaban a lo largo de una rama por encima de mi cabeza, desconcertados por el chirrido de los pájaros, pero, aparentemente, incapaces de verme. Al menos no a esa distancia. Una mona pasó balanceándose cerca de mi pie desde mi punto de vista. Me vio. Se asustó tanto que perdió el control, chilló sorprendida, cayó en el estanque negro, donde empezó a gritar de terror.

El cocodrilo casi la atrapa. Casi. Salió del agua un instante antes de que las mandíbulas chasquearan. No hay nada como unos enormes dientes moviéndose rápido para motivarte.

El conato del cocodrilo, sin embargo, lo delató a los cazadores de cocodrilos que se materializaron un instante después, arrojando lanzas de púas.

La vida es cruel.

Aquellos cazadores de cocodrilos estaban extrañamente nerviosos. Se preguntaban por qué los pájaros se estaban volviendo locos. Se preguntaban por qué los monos se habían desquiciado, por qué uno había caído en el estanque negro. No había problema para entenderlos. Hablaban nyueng bao como si fuese su lengua nativa. Que lo era.

Me encontraba en alguna parte del delta.

Débilmente, débilmente, detrás de los estridentes pájaros pude percibir la diversión de los cuervos.

No tenía sentido de la dirección.

No tenía a Humo para llevarme a casa.

No estaba simplemente soñando. Tenía control, pero no sabía qué hacer con él... Subir. Subir siempre era bueno con Humo. Cuanto más alto subieras más parecía la tierra un increíble mapa detallado. Entonces solo necesitabas encontrar un punto de referencia que conocieras. Subí.

Estaba en la parte más asquerosa, más indómita del delta. El mundo entero era agua negra, bichos y árboles densamente apiñados. Se asemejaba mucho a mi idea del infierno.

Tuve que subir por encima de donde las águilas ratoneras se encumbran para ver algo más. Mientras tanto, escalofríos psíquicos retorcían mi yo imaginario; el miedo roía duro y profundo. Al elevarme tuve una certeza momentánea de que nunca encontraría ningún punto de referencia conocido.

El sol era una referencia. Si tenías ojos para verlo.

Yo no podía ver muy bien. Ni siquiera los pájaros que corrían a resguardarse. Así que no podía encontrar un punto de referencia por el método lógico. Bueno, había un verde diferente en aquella dirección.

El verde diferente resultaron ser arrozales vacíos. Zigzagueé aquí y allá, y encontré un pueblo, encontré el sendero que salía de la aldea y lo seguí. Me movía a velocidad salvaje. A pesar de todo, sabía que iba a llevarme mucho tiempo volver a donde empecé.

¡Maldita Atrapa Almas!

Oí las voces de los cuervos burlones.

Vi un pueblo que me resultó familiar.

Alguien podría decir que todas las aldeas nyueng bao son similares. Lo son bastante, por lo que he visto. Pero sus templos varían radicalmente de acuerdo con la riqueza, estatus y antigüedad de la ciudad. Había visto este templo antes, semanas atrás cuando estaba buscando a Goblin. Había, en efecto, vislumbrado una chica que se parecía tanto a Saha que quise llorar cuando dejé el mundo de Humo.

Me detuve allí, vagué alrededor, observé a los aldeanos en sus faenas matinales. Todo parecía típico de una aldea nyueng bao, por todo lo que había oído. Aunque era

pleno invierno había trabajo que hacer. La gente se disponía a hacerlo.

Era un pueblo muy próspero. Probablemente también muy antiguo. El templo era grande y parecía como si llevara siglos allí. Un par de elefantes imponentes, de dos cabezas, formaban columnas a ambos lados de una puerta, tan altas como tres hombres nyueng bao. El elefante de dos cabezas representaba el dios de la suerte entre los gunni. Recuerdo oír decir a Un Ojo que la suerte tomaba esa forma porque era poderosa y tenía dos caras.

¡Oh! Esa debe de ser la chica que había visto antes. La viva imagen de Sari. Salió del templo pareciendo agotada, triste. ¿Podía ser esta la misma mujer? La primera había parecido una versión ligeramente más joven de Sari. Esta parecía una versión más vieja, después de haber ganado cinco kilos y varios años. Tenía esa increíble cara, pero tanto sus caderas como sus pechos eran ligeramente más robustos de lo que lo habían sido los de Sahra, y estaba desaliñada, algo que Sahra nunca fue, incluso en los peores momentos. Esta mujer estaba sucia, harapienta, desesperada.

Pero se parecía tanto a Sari que quise ir hasta ella y quitarle el dolor, fuese lo que fuese.

Me acerqué flotando lentamente, casi disfrutando de mi propio dolor autocompasivo, preguntándome por qué la mujer vestía de blanco cuando casi todos los nyueng bao excepto los sacerdotes vestían de negro. Salvo en ocasiones especiales.

Podía preguntar a Thai Dei cuando volviera. Si alguna vez encontraba el camino.

Estaba tan cerca de la mujer que podía haberla cogido entre mis brazos y besarla si hubiera estado encarnado. Yo quería hacerlo, ¡su cara se parecía tanto a Sari...!

¿Había tenido primos Sari? Sé que tenía tíos, porque al menos uno murió durante el asedio de Dejagore. También es posible que tuviera tías que se quedaran atrás. El grupo de peregrinos había incluido solo una pequeña parte de la población del delta.

La mujer de blanco miró directamente donde habrían estado mis ojos. Abrió los suyos como platos. Su piel palideció. Dejó salir un chillido, luego se desplomó. Varios ancianos con túnicas coloridas salieron precipitadamente del templo. Empezaron a intentar hacer volver en sí a la mujer, farfullando entre ellos demasiado rápido para entenderlo. Ella recobró la serenidad mientras la ayudaban a ponerse en pie.

—Creí haber visto un fantasma —dijo en respuesta a las insistentes preguntas—. Debe de ser el ayuno.

¿Ayuno? A mí no me parecía que hubiera perdido muchas comidas.

Así que había notado mi presencia, ¿eh? Estaba bien recordar eso. Pero tenía una batalla a la que regresar. Yo no era de ayuda para nadie aquí abajo, casi perdido. Encontré el camino que salía del pueblo, lo seguí en una dirección que yo creía que finalmente me llevaría a Taglios. Desde Taglios sería un trayecto fácil seguir hacia el

SUR.

Capítulo 27

No tuve que hacer el viaje por las malas. Poco después de encontrar el río todo mi universo empezó a zarandearse.

Tras la tercera sacudida antinatural empecé a sentir dolor. Dos veces más y entré en la oscuridad, la atravesé y recobré la consciencia dentro del carruaje de Un Ojo. El pequeño mierdecilla me estaba levantando por la camisa y dándome bofetadas, mientras rugía algo sobre levantar mi culo.

Estaba incorporado junto a Humo cuando abrí los ojos. Estaba empapado en sudor. Estaba temblando.

Un Ojo inquirió:

—¿Qué demonios pasa contigo?

—No estoy seguro. Atrapa Almas, creo. Era casi como cuando me caía a través del tiempo hasta Dejagore. Solo que salí disparado como una pepita de melón, hasta alguna parte del delta. Sabía lo que estaba pasando, pero no podía controlarlo. En cierto modo era como pasear con el fantasma. Pero no podía ver muy lejos... —Me di cuenta de que estaba balbuciendo, pero en tagliano. Hice que mis palabras no sonaran tan alto.

—Habla de eso más tarde. Tengo trabajo que hacer.

Abrí la boca para protestar.

—Si quieres hablar, vete a ver a Matasanos. O haz cualquier otra cosa que te apetezca. Pero quita de delante. Con el trabajo no bromeo.

Enfadado, me bajé del carruaje. Era de día aquí fuera, igual que había sido en el pantano. Había mucho humo. Venía muchísimo ruido desde el frente, donde la situación parecía ser inactiva. Era poco probable que el Viejo pudiera sacar tiempo para oír mi percance. No afectaba a lo que estaba pasando ahora mismo. Me pasé por la hoguera del campamento. Se había apagado. De hecho, se había enfriado. ¿Dónde estaban Thai Dei y su madre? ¿Dónde estaba tío Doj?

Aquí no.

Encontré agua y bebí, preguntándome cuánto tardaría el suministro de agua en ser tan crítico como el de comida. Dormité un poco. Después de un rato Un Ojo terminó sus asuntos. Salió y se sentó a mi lado.

—Cuéntamelo ahora.

Se lo conté.

—Puede que hayas descubierto algo importante esta vez, Cachorro.

—¿Como qué?

—Te lo haré saber después de hablar con Matasanos.

Capítulo 28

Yo era un espíritu diabólico zumbando al lado del hombro de Mogaba. Él y sus capitanes estaban agitados.

Sombra Larga los exhortaba a dejar de avergonzar a su imperio guerrero.

—Que alguien eche barro en la boca de ese idiota —gruñó uno de los pocos nar leales a Mogaba—. ¡Menudo cretino!

Estaba de acuerdo.

Un cretino con una discapacidad auditiva, al parecer. No respondió a la provocación más directa que yo haya oído de cualquiera de los que lo servían.

Mogaba fingió no oír nada tampoco. Observó los precipicios. La pelea rabiosa, incesante continuó aquí. Nuestras tropas atacaban por turnos. Los hombres de Mogaba eran incapaces de hacer eso. Casi no tenía hombres de retén. Había poca esperanza en sus ojos cuando envió a sus comandantes de vuelta a sus unidades. Pero era un soldado de soldados. Lucharía hasta que cayera.

Como había intentado hacer en Dejagore.

Nos tenía a su merced si sus tropas se ponían a comerse unos a otros para sobrevivimos.

Nuestras torres de asedio avanzaban, arrastrándose despacio como barcos altos, lentos. Nuestros elefantes y los seguidores de campo que habían sobrevivido tiraban de ellas, usando cables que pasaban a través de los adoquines acoplados a los clavos de acero que los elefantes habían plantado antes. Cuando las torres se detuvieron por fin, los soldados subieron con escudos para rellenar los huecos de en medio. Protegidos por los escudos, los ingenieros empezaron a erigir un muro de madera.

Los misiles salían de las torres en tropel.

Mogaba no tenía una maquinaria lo bastante potente para atravesar las cubiertas de las torres.

El Maestro de las Sombras le prohibió hacer la única cosa que podía haber ayudado. Sombra Larga era peor que cualquier niño mimado, tozudo como una mula. Las cosas iban a hacerse a su manera y no había más que hablar. Mogaba no iba a dar un paso adelante.

Mogaba estaba muy cerca de su límite, pero todavía no estaba preparado para desafiar a Sombra Larga. Era consciente de que Dama se había pasado a nuestro lado esperando una oportunidad para amargarle la vida. Eso pasaría segundos después de que el Maestro de las Sombras cogiera sus juguetes y se fuera a casa.

Si no podía atacar, decidió Mogaba, se retiraría, dejando sus fortificaciones avanzadas guarnecidas por fuerzas mínimas. Tenían planes de replegarse de tal manera que no nos daríamos cuenta de que estaban evitando el peligro.

Pero yo estaba vigilando.

Mogaba dijo a Aullador:

—Más vale que tengas la alfombra preparada. Estoy haciendo esto con las manos atadas. No tardaré mucho.

Sombra Larga se giró. Si las miradas matasen...

La postura de Aullador también se puso fea. No quería que lo etiquetaran como un cobarde delante de testigos.

Un alboroto repentino explotó en la parte más alejada del desfiladero. Revoloteé hasta el campamento impostor. Y allí estaba tío Doj con Varita de Fresno, masacrando Estranguladores al por mayor. La antipática vieja madre Gota cubría sus espaldas, moviéndose casi tan hábilmente como él.

No estaba mal para una vieja moza que solo practicaba cuando no se podía escaquear.

¿Cómo habían llegado allí?

Entonces se esparció la auténtica mierda.

El prahbrindrah Drah finalmente lanzó el ataque que el Viejo le había dejado a huevo.

Una docena de elefantes de guerra encabezaron el asalto del príncipe.

Las tropas de Lugar de las Sombras se apresuraron a guarnecer sus fortificaciones avanzadas. Las flechas llovían.

Mogaba nos presintió. Formó su defensa. Asesinó a nuestros elefantes. Sus hombres demostraron su disciplina superior. Hicieron volver al príncipe tambaleándose, con pérdidas tan espantosas como las que yo había previsto antes de que viéramos ninguna de las artimañas del capitán.

Mogaba lanzó un contraataque cruel que él declaró no ser más que un feraz ejercicio. Los muros de madera entre nuestras torres de asedio se sostuvieron hasta que Sombra Larga reconoció lo que Mogaba estaba haciendo y le ordenó que se retirara.

Inmediatamente, como si supiera lo que estaba pasando incluso sin mis informes, Matasanos lanzó un ataque sobre su flanco. Unos minutos después Dama atacó por la izquierda.

Combatir en las cimas resultaba aún más brutal. Perdí la pista de mis enérgicos parientes. Narayan Singh y la Hija de la Noche huyeron del campamento impostor y se metieron a esconderse bajo las torretas de vigilancia de Mogaba.

No hubo sorpresas por nuestra parte. Nuestra división atacó por turnos. Los hombres de Mogaba los rechazaban, pero para ello tenían que salir al asalto de misiles. Los obreros empujaron las torres hacia delante otra vez, centímetro a centímetro. Sombra

Larga persistía en su comportamiento irracional. Empezó a parecer no solo un insensato, sino enérgicamente suicida. Seguía teniendo al pobre Mogaba dirigiendo con las manos atadas y los tobillos encadenados, y aun así vertía cubos de culpa sobre él porque parecía que iba a fracasar.

Y las cimas estaban en llamas.

Esa faceta del combate casi había terminado.

Capítulo 29

Dije a Matasanos:

—He averiguado por qué Sombra Larga se niega a dejar libre a Mogaba cuando hasta él tiene que ver que es lo mejor. Tiene miedo de que Mogaba se convierta en otro Hoja.

—El Maestro de las Sombras es un idiota ciego —dijo Hoja—. No sabe cómo mirar a la gente.

Dije:

—¿Qué?

—Mogaba tiene que destruir a Matasanos. No puede hacer otra cosa y vivir con la imagen de sí mismo que él ha creado para sí mismo.

Matasanos hizo un ruido tosco.

Hoja continuó:

—Mogaba tiene sus propios problemas para mantenerse en contacto con la realidad. Esta confrontación ha llegado a ser toda su vida. No hay futuro si no hay victoria.

Matasanos no se sentía halagado.

—Me siento más o menos igual —me dijo—, Sombra Larga tiene razón en una cosa. El mundo entero va tras su culo. ¿Cómo está la moral por ahí fuera?

Hice una mueca. ¿Se supone que debía contárselo delante de gente que no sabía nada sobre Humo?

—Más baja que el culo de una serpiente —dijo Un Ojo.

Le lancé una mirada de ira.

—¿Crees que puedan hundirse?

—Solo si Mogaba huye. Tal vez no les guste mucho, pero creen en él.

Miré fijamente a Dama. Tenía los ojos cerrados. Puede que estuviera aprovechando la ocasión para echar una cabezadita. Pese a que rara vez estaba en escena haciendo cualquier cosa manifiesta, estaba trabajando mucho más que cualquier otro. Tenía que estar totalmente alerta cada segundo.

Me preguntaba si Sombra Larga y Aullador tendrían alguna idea de lo agotada que debía de estar, si intentarían dar un vuelco a la situación aprovechándose de eso. Me estremecí.

El capitán asintió para sí.

—Nos vamos a las tres de la mañana. Mientras tanto, todo el mundo a descansar. —Su máscara de general desaparecía cada vez que miraba a Dama. En esos momentos sus sentimientos eran bastante evidentes.

Me dejé llevar por una ensoñación, recordando las pesadillas que había descrito Dama en su libro, todas tan obsesionadas con la muerte y la destrucción, muy

similares a las que yo seguía teniendo. Estaba seguro de que ella las estaba sufriendo de nuevo. Estaba combatiendo el sueño la mayor parte del tiempo, intentando evitarlo. Visualicé a Kina como Dama la había descrito, negra y alta, desnuda, reluciente, con cuatro brazos y ocho tetas, colmillos de vampiro y joyería maloliente hecha de calaveras de bebés y penes cercenados. No era exactamente una chica como la buena de mi mamá.

Me preguntaba si Dama había estado soñando en alguno de los momentos en que yo había vislumbrado algo que podría ser Kina.

Me sobresalté. Por un instante creí haber percibido un olorcillo como a perfume de Kina, que era el hedor de cadáveres putrefactos.

Enseguida invadiría todo esto. El frío era lo único que impedía que ya fuera realmente horrible.

Chillé, Thai Dei me estaba sacudiendo. ¿De dónde había salido? Parecía preocupado. Matasanos también me estaba mirando. Igual que los demás. Había entrado directo en una pesadilla, sin llegar a darme cuenta nunca de que me había ido. El capitán preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Un mal sueño.

Dama se iba en ese momento con Swan y Hoja. Se detuvo, se volvió a mirarme. Las ventanas de su nariz se movieron inquietamente, como si ella también pudiera oler aquel hedor. Me miró con dureza.

—¿Perdona? —Me había perdido otra pregunta mientras Dama y yo intercambiábamos miradas.

—Tus parientes, Murgén. ¿Dónde están tus parientes?

—No lo sé. Esta mañana aparecieron allí en el campamento impostor y se volvieron locos. —Hablé bajito porque no estaba seguro de que hubiera una lengua que pudiera pasar ante Dama y sus seguidores—. Tío Doj trinchó como a unos cincuenta impostores mientras madre Gota le cubría las espaldas. Había que verlo. No quieras cabrear a esa vieja. —Me pasé al nyueng bao—. Thai Dei. ¿Dónde están Doj y tu madre?

Se encogió de hombros. Eso podía significar que no lo sabía o que no lo iba a decir.

—Thai Dei tampoco lo sabe. —Pero ¿dónde había estado Thai Dei últimamente? No había estado pegado a mi durante casi un día.

Refiriéndose a lo que había opinado sobre tío Doj y madre Gota, Matasanos dijo:

—Te he dicho un millón de veces que no exageres. Los viejos no pueden hacer eso.

—No estoy exagerando. Había sangre y mierda por todas partes. La espada de aquel anciano se movía tan rápido que apenas podías verlo. Lo único que todos

aquellos gilipollas querían hacer era apartarse de su camino. Singh cogió a la niña y salió por pies. Se estaba escondiendo bajo la torre de Mogaba en este momento. Hasta la Hija de la Noche estaba un poco agitada por cómo estaban saliendo las cosas.

—¿Qué hay de tus parientes?

Cabrón testarudo.

—Han desaparecido, ¿vale? No los he buscado. Quizá los soldados los cogieron.

—Aunque yo lo dudaba.

El Viejo asintió. Miró fijamente a Thai Dei.

—Los localizaré. Duerme un poco. Mañana será un día muy largo.

Me daba la impresión de que iba a tener que estar pero que muy bien descansado.

Thai Dei parecía desear realmente entender alguna lengua más.

Capítulo 30

Yo tenía razón.

Las cimas eran la clave hacia el desfiladero. Pero no hacía falta ser un genio para imaginárselo, ¿verdad?

El combate volvió a empezar con una lluvia de bombas incendiarias. Por primera vez todo nuestro frente descargó varas de bambú cuesta arriba. Dama echaba espuma por la boca maldiciendo el desperdicio.

Una vez más se había concedido al prabrindrah Drah el honor de la primera carga.

Era difícil creer que los soldados de Mogaba no hubieran sido destruidos por la descarga preliminar, pero el príncipe se topó con una resistencia implacable y testaruda. Los hombres de Lugar de las Sombras luchaban con fiereza ahora porque no veían otra opción. Su entrenamiento asumió el control, como se supone que debe hacer en situaciones mortales. El príncipe se esforzó todo lo que pudo, pero no llegó a ningún sitio.

Mogaba se las arregló para crear un pequeño retén principalmente con imaginación. Los trasladó de acá para allá, aplicando mente, espíritu y voluntad para su propia salvación. Pero estaba maldito. Y su maldición era su lunático patrón.

No se puede decir que Sombra Larga no era flexible cuando su propio culo estaba en la cuerda floja. Hasta ahora toda su razón de existir había sido cortar el paso a la Compañía Negra. El mundo acabaría si cruzábamos las Dandha Presh. Pero cuando las bolas de fuego empezaron a pasar zumbando alrededor de sus oídos, chisporroteando picaduras negras fuera en el exterior de la torre, desarrolló una nueva idea. Dijo a Aullador:

—Prepara tu alfombra, general. Convoca al Impostor Singh, la niña y tus cinco oficiales más valiosos. —De repente parecía absolutamente calmado, totalmente racional, completamente controlado, aparentemente el tipo de sumo gobernante que cualquier hombre preferiría.

Aullador lo miró fijamente medio minuto hasta que asintió. El pequeño mago llevaba su propia máscara, pero eso no ocultaba su desprecio.

—En este punto la retirada es prematura —dijo Mogaba. Yo estaba a punto de confesar que el hombre era un santo. Un santo diabólico, pero un santo en definitiva. Su paciencia parecía casi infinita. Sombra Larga era peor que un niño malcriado. Me preguntaba cómo había llegado a ser tan poderoso—. La situación puede recuperarse si me dejas hacerlo.

—Harás lo que yo te diga, general.

—Supongo. Como he hecho durante cuatro años. Lo cual nos ha llevado a esto. El mejor ejército era llevado a la desesperación por hombres que no tienen más que hacer que diseñar estrategias que explotan el egotismo, los miedos y las fantasías de

un mago cuyos conocimientos de cosas sustanciales no incluyen qué extremo de una lanza hay que agarrar. Encuentro que están, por cierto, asombrosamente bien informados acerca de tus defectos de carácter.

Mogaba rozó a Aullador con una mirada recelosa. La paranoia y la sospecha no eran exclusivas de nuestro lado. Tampoco lo eran los planes privados.

Sombra Larga balbuceó indignado.

Mogaba no aflojó.

—No convocaré a mis capitanes. No abandonaré mis posiciones o desertaré de mis tropas simplemente porque tu coraje te haya abandonado a ti. Si deseas irte, vete. Déjanos a nosotros combatir. Puede que muramos en fuegos emitidos por la mujer Senjak, pero al menos ninguno de mis hombres será derribado desde atrás.

Sombra Larga balbuceó. Estaba a punto de enloquecer.

—Busca agallas, hombre. Busca el valor para dejar que los profesionales hagan su trabajo. Haz que tus soldados quieran combatir por ti. —Mogaba volvió su espalda al Maestro de las Sombras—. Mensajero. —Mandó aviso a las cimas de que no estaba contento con la manera en que estaban yendo las cosas allí.

Un shadar alto con un arma fuera de lo común estaba lanzando bombas incendiarias terriblemente cerca de la torre de Mogaba. Estaba poniendo nerviosos a Narayan y la Hija de la Noche que se encontraba debajo.

Durante un rato pensé que Mogaba iba a aprovechar la ocasión y escaparse con su rebelión. Esparció mensajes por todas partes, tranquilizando a sus tropas. Y Sombra Larga de hecho se calmó después de unos minutos, en vez de entrar en una furia indescifrable. Se quedó meditabundo durante algún tiempo. Yo temía que Mogaba se hubiera hecho entender y le hubiera convencido de la verdad, de que no había mejor terreno en el que encontrarnos, ni mejores hombres para combatirnos, ni mejor comandante para aniquilarnos. Temía que su bien afilado instinto de supervivencia hubiera aparecido de pronto.

Entonces cierta oscuridad envolvió gradualmente al Maestro de las Sombras. Podía haber jurado que no venía de su interior.

Sombra Larga chilló como un perro herido. Pateó y vociferó en una lengua que nadie entendía y cayó de rodillas. Se estremeció de pies a cabeza, teniendo una especie de ataque. Este no era como sus habituales accesos de cólera. Gimió y lloró, y habló de un modo que me hizo preguntarme si tan siquiera él entendía lo que estaba diciendo. Todos los que estaban en la torre se quedaron boquiabiertos. Aullador miró alrededor como si esperara que surgiera un problema de los peliagudos. Eché un vistazo rápido a Dama, pero me la encontré sin hacer nada. Simplemente estaba más alerta que de costumbre, notando algo pero sin saber lo que podía ser.

Lloriqueando, Sombra Larga se puso en pie. Se giró hacia Mogaba. Empezó a pisar fuerte y vocear mientras hacía algo con sus flacuchos dedos enguantados.

Mogaba de pronto cayó al suelo como si le hubieran golpeado en la cabeza con el mango de un hacha.

Sombra Larga se enfureció con los mensajeros que estaban esperando. Envió uno a llamar a Singh y a la niña, otros tras sus oficiales preferidos. Los emisarios fueron sin ningún entusiasmo, como cabría esperar de unos tipos que acababan de oír que se les iba a permitir quedarse atrás y morir, para que el pirado de su jefe pudiera escaparse.

Solo el hombre que envió a buscar a Narayan Singh llegó a hacer su trabajo. El resto decidió sacar ventaja caminando hacia el sur. No veían ninguna razón para aceptar la traición.

Nuestros hombres en las cimas se las arreglaron para meter algunas bombas incendiarias en la estructura de la torreta de observación. Un francotirador disparó con una vara de bambú. Su puntería dejó mucho que desear. Pero aquellas pequeñas bolas de fuego no volaban tan previsiblemente como una flecha.

Sombra Larga hizo que arrastraran a Mogaba sobre la alfombra de Aullador. Aullador no dijo nada, aunque pensé que era evidente que estaba de acuerdo con Mogaba en que el día aún no estaba perdido.

Maldita sea, me daba la impresión de que estaban mucho más asustados de Dama de lo que necesitaban estar. Pensé que una gran tormenta de mierda mágica cuidaría de ella. Pero quizá los había engañado. Quizá Aullador recordaba los viejos tiempos demasiado bien para enfrentarse ahora a ella.

No importa. No estaban dispuestos a emplear sus fuerzas.

La alfombra que Aullador había traído a Charandaprash era mucho más grande que la que había estropeado antes. Podía transportar a una docena de personas con todos sus bártulos.

Sombra Larga dejó de encolerizarse. Parecía desconcertado por su propio comportamiento, incluso llegando a suspirar en una ocasión:

—¿Qué he hecho ahora? —Sabía que la había fastidiado, pero era la clase de tipo que, después de hablar más de la cuenta no puede recular o admitir ningún defecto. El mundo está lleno de esas personas. Todos nosotros estaríamos mucho mejor si sus padres los estrangulaban en cuanto mostraran síntomas de ser así. Este idiota en particular estaba dispuesto a sacrificar un ejército antes de admitir su error.

Había una docena de hombres en la plataforma cuando llegaron Singh y la niña. La mayoría eran mensajeros no enviados todavía. Unos pocos eran oficiales. Cuando Narayan y la Hija de la Noche montaron en la alfombra incluso los soldados más estúpidos se dieron cuenta de que los peces gordos estaban escapando. Después de que Sombra Larga subiera a bordo y empezara a desvariar otra vez, los que iban a dejar tirados decidieron no quedarse. Les entró la prisa cuando Aullador elevó la alfombra. La alfombra tembló, se hundió hacia un lado, golpeó estrepitosamente el

borde de la plataforma y empezó a deslizarse de lado a lado hacia el precipicio.

Al instante cayeron bombas incendiarias. Los soldados las esquivaron. La alfombra se tambaleaba cada vez más. Una bomba incendiaria acertó. Mientras las llamas se extendían, Aullador recuperó el control. La alfombra se dirigió al sur, haciendo eses como un cometa borracho.

Los hombres de las cimas rompieron el fuego con sus chismes de bambú. Aullador les dio esquinazo frenéticamente a través de la tormenta de mierda. No esquivó todo. Los desesperados hechizos de Sombra Larga apenas impedían que fueran comidos vivos.

¿Qué pasaba con Dama? Esta era su oportunidad. Los villanos estaban preocupados con salvar sus propios culos. Si los abatiera ahora, la cosa estaría hecha. Y Narayan Singh y la niña serían nuestros para la colección.

Surgió un ruido como de diez mil susurros rivalizando, como un millón, como cien millones, aumentando hasta convertirse en el ataque de un ciclón. Me adelantó, invisible, y siguió su persecución desfiladero arriba. Un silencio horrorizado ocupó su estela. Habría sido cien veces más terrorífico fuera del mundo de los fantasmas. Soldados de ambos bandos bajaron sus armas para observar.

Aullador soltó un gemido de desesperación que se oyó por encima del otro estrépito. Eso despertó a los vigilantes de los precipicios, que en realidad no tenían nada mejor que hacer que lanzar bolas incendiarias a brujos voladores. El espectáculo de fuegos artificiales volvió a empezar, intensificado.

Aullador se dirigió a tierra. La ayuda de sus compañeros era insuficiente. No podía volar y luchar a la vez. La alfombra se llevó un buen golpe. Los soldados salieron disparados por las laderas, Mogaba entre ellos. La mayoría echaron a correr. Mogaba, cuando recobró el conocimiento, se dirigió hacia sus tropas dando tumbos, abstraído de la tormenta de mierda a su alrededor. Debía de tener decreto divino porque no le alcanzó ningún daño.

A pesar de la monotonía del mundo de los fantasmas, sentí una oleada de euforia. ¡Los teníamos! Esta batalla estaba ganada. ¡Esta guerra estaba a punto de acabar! La brujería susurrante de Dama atormentaría a Aullador y al Maestro de las Sombras mientras los tipos de los precipicios los inundaban con bolas incendiarias.

La envergadura y profundidad de la emboscada del capitán, elaborada durante años, basada por completo en el carácter del Maestro de las Sombras, ahora no estaba más que surgiendo de entre las sombras. Me abrumó, no solo porque había funcionado, sino porque todas las contingencias habían sido previstas. Solo él y sus dioses sabían para qué más había estado preparado. Había montones de material militar allí abajo todavía sin usar.

Todo había acabado. Se abrió el camino. Me sobrecogí al volver al carruaje de Un Ojo. Tendríamos que movernos rápido para asegurarnos de que la Compañía se

mantenía en posición aventajada. Lo primero sería reunir a todos los hermanos de la Compañía.

¿Cuando aprenderé a no hacer la tortilla antes de cascar los huevos?

El Viejo no estaba tratando de provocar la reacción que obtuvo. Tampoco Dama, aunque ella se lo podía haber temido. No creo que Matasanos tuviera ninguna idea de que fuera posible nada por el estilo.

Casi había llegado al carruaje cuando el reino fantasma se cubrió con un hedor como si alguien acabara de abrir de una patada todas las tumbas del mundo. Antes no me había encontrado allí con gran cosa en cuanto a olores, y entre todos no sumaban nada comparado con esto.

El miedo me invadió. El pánico estaba a un paso escaso detrás. Salí rápido de allí, antes de que el miedo me hiciera imposible recordar cómo escapar.

Arriba, en el cañón, la Hija de la Noche se encontraba en lo alto de un peñasco, ajena a las bolas de fuego que pasaban a toda velocidad. Sus pequeños bracitos se alzaron para saludar a la oscuridad venidera, convocando, sus labios se tensaron en una sonrisa maligna.

Algo se acercaba. Algo que había vislumbrado antes.

Capítulo 31

Salí tropezando del carruaje, como agarrándome al asiento con una mano, colgándome como un mono. Era mucho más tarde de lo que pensaba. No solo estaba oscuro fuera, el alba parecía estar volviendo.

No. Esto no era el alba. Esta luz no venía ni del sol ni de la luna. Venía del desfiladero.

¿Es que las bombas incendiarias habían incendiado algún depósito de suministros del Maestro de las Sombras?

Deseé que fuera eso. Yo ya lo conocía. Aquello no era fuego mundano.

Corrí hacia el cuartel general de Dama, más tropezando que ganando tiempo. Mi cuerpo estaba consumido. Fuera lo que fuera lo que estuviera pasando, Dama estaría involucrada. Y estar cerca de ella sería el sitio más seguro.

Ya no tenía mucho que correr pues el espectáculo casi había acabado antes de que llegara. Rodeada de sus más íntimos, Dama todavía estaba intentando atrapar a Aullador, pero no lo logró por causas ajenas a ella misma.

Un nuevo jugador había entrado en el juego.

Al principio, su forma y color no estaban claros. Entonces colisionó con el poder de Dama. El poder mató al poder en la luz. Esa luz me mostró algo que no quería ver.

Era negro. Tenía una altura de treinta metros. Tenía cuatro brazos. Era la cosa que atormentaba los sueños de Dama y, a veces, fantasmeara en los míos. Era la oscuridad que había reclamado a la hija de Matasanos.

Dama luchó contra aquel coloso ante cien mil ojos y, haciéndolo, desconcertó a mucha gente.

Los Impostores tenían que estar dando gritos de alegría. Las cosas se habían puesto feas para ellos, pero aquí estaba la prueba concreta de que el Año de los Cráneos se podía llevar a cabo. Que podía estar al alcance de la mano. Que su diosa se había vuelto lo bastante fuerte para meter mano en nuestro mundo para proteger a su hija elegida y al santo viviente, Narayan Singh.

Aquella imagen de Kina era muy parecida a las mascotas del Maestro de las Sombras. No era inmune a las bolas de fuego de las varas de bambú de Dama. El pánico que causó su aparición hizo que se lanzaran al aire unas cuantas. Pronto recordó a una criatura mitológica en un tapiz apolillado.

La cosa terminó antes de que recobrar el aliento. Kina se fue consumiendo, desapareció. Solo duró lo bastante para que la niña y sus protectores huyeran. Los cien millones de susurros empezaron a desvanecerse.

Dama se desplomó. La levantaron sobre la camilla. Swan y Hoja guiaron los extremos. Sus soldados más leales la rodearon, hombres que habían estado con ella durante años. Dije a Swan:

—No tienes que preocuparte por ellos mientras estés aquí. Se dirigen a Atalaya con el rabo entre las piernas. Mogaba está inconsciente y probablemente herido. Ya no hay nadie al mando.

Swan me dirigió una mirada de incredulidad.

—¿Para qué demonios me lo cuentas? Encuentra a tu puñetero capitán y cuéntaselo a él.

—Buena idea. —Me fui.

Capítulo 32

La división del prahbrindrah Drah sufrió terriblemente una vez más. Los hombres de Mogaba se negaron a olvidar la primera ley de supervivencia: nunca des la espalda. Es difícil matar a un soldado que se aferra a su entrenamiento cuando cada instinto y emoción le dice que tire las armas y se escape corriendo o que se haga un ovillo para no dejar entrar el terror.

La finalidad general que tiene instruir a soldados hasta que se quejen de lo estúpido que resulta todo es que esos soldados hagan lo correcto automáticamente cuando el terror aparezca. El combate consiste en miedo y control del miedo mucho más que en asesinato organizado. Aquellos que controlen mejor el miedo salvarán el día.

El Viejo observó durante tanto tiempo, sin intervenir en la situación del príncipe, que su propio Estado Mayor empezó a rezongar. Le pregunté por qué no tomaba parte.

—Quiero que le enseñe a Taglios de qué pasta está hecho. Quiero verlo yo mismo. No quiero que haya ninguna duda sobre él cuando asuma el mando.

Tenía un retintín agradable, pero aún así sonaba sospechoso. Estaba desarrollando una actitud muy suspicaz en lo referente a Matasanos.

Más tarde hizo que la división de Dama, apoyada por los guardias de Sauce Swan, reemplazara a la división del príncipe. Dama hizo rápidos progresos hasta que Mogaba consiguió reafirmar su control del otro lado. Estaba tan exhausta que la magia que podía hacer equivalía a poco más que distracciones.

Me pregunté por qué Matasanos no se retiraba hasta que ella se recuperara. Aunque no volví a perder mucho tiempo intentando desenmarañar sus pensamientos. Planes oscuros o, si no, ya no conocía a ese hombre.

Retiró la división de Dama poco antes del mediodía. Subió arqueros a los flancos, formó sus propias dos divisiones para el avance, en el modo continuado: donde una fuerza lucha hasta el agotamiento, luego la siguiente avanza por sus posiciones para atacar al enemigo diezmado en el mejor de los casos. Pero antes de que los tambores empezaran su canto fúnebre, avanzó con una bandera blanca. Lo seguí, llevando el estandarte. Esa maldita cosa necesitaba ponerse a dieta. Parecía que cada vez pesaba más.

Estaba ofendido. Estaba aquí solo porque Matasanos insistió. Yo quería estar viajando con Humo, averiguando lo que Sombra Larga, Aullador, Atrapa Almas y quien fuera estaban tramando. La radisha también necesitaba una inspección. Hacía muchísimo tiempo que no me pasaba a hacerle una visita.

Por lo menos no estaría al tanto de los acontecimientos de aquí durante un tiempo. Mogaba me sorprendió bajando a reunirse con nosotros. Cojeaba. Lucía una

colección de vendajes. Imagino que si no fuese tan oscuro habría mostrado una buena cosecha de moratones. Uno de sus ojos estaba cerrado por la hinchazón. Sus labios estaban comprimidos contra el dolor. Pero no dejaba ver más emoción que una estatua de ébano. Dijo:

—Te las has arreglado muy diestramente para explotar nuestras vulnerabilidades.

Con cautela y en tono de hastío, Matasanos dijo:

—El gilipollas te tenía inmovilizado. ¿Tenemos que malgastar más vidas?

—Puede que esta batalla esté decidida, pero la guerra continúa. Aunque puede que sus resultados se decidan aquí.

Aquello tenía tonillo de certeza. Si no avanzábamos enseguida no íbamos a ser capaces de mantener este ejército reunido.

La sonrisa de Matasanos hacía juego con su armadura de Tomavidas, de la que últimamente parecía no querer despojarse.

—Una y otra vez te he dicho que estudies los Anales. Una y otra vez te he recordado que lo lamentarías si no lo hacías.

Mogaba también sonrió, como si supiera algo.

—No son las sagradas escrituras.

—¿Qué?

—Tus preciosos Anales. No son sagrados. No son más que historias, inventadas a partir de leyendas y auténticas mentiras a partes iguales. —Me miró enfurecido—. Lo pagarás caro si pones tu fe en el pasado, portaestandarte.

Ahora el capitán sonreía cortésmente. ¿Una batalla librada con sonrisas?

Matasanos había mostrado mucha originalidad, pero Mogaba no lo reconoció. No lo hizo porque no había leído los libros. No lo confesaría públicamente, pero no había leído los libros porque no sabía leer. En Gea-Xle, de donde él venía, leer no era una destreza guerrera.

Ahora mismo no había duda de quién llevaba la iniciativa en el frente psicológico. Matasanos dijo:

—¿Así que tengo que matar a otro puñado de los vuestros antes de que afrontes la verdad?

—La verdad es mutable y está sujeta a la interpretación. En este caso su forma definitiva queda por determinar. Quizá seas tú el que muerda el polvo. —Mogaba volvió la cara, una vez dicho esto. Cojeó ladera arriba. La posición de sus hombros decía que su orgullo estaba herido solo de tener que mostrarnos su dolor. Murmuró para sí, algo acerca de que el Maestro de las Sombras ya no estaría allí para manejarlo.

Dije:

—¡Eh!, jefe, ya no tiene a Sombra Larga sobre su espalda.

—Tampoco Sombra Larga lo tiene a él delante. ¡Cuidado!

Thai Dei dio un salto y puso un escudo sobre mi cabeza, justo a tiempo para evitar que me ahogara en una lluvia de flechas.

—¡Vaya! Sí que ha empeorado rápidamente el tiempo.

Los chicos que estaban arriba se rieron a nuestra costa. Dimos un espectáculo retrocediendo, éramos tres los que intentábamos permanecer bajo un escudo de tamaño insuficiente.

Esa astuta escoria de Mogaba había bajado solamente para ganar unos minutos para sus tropas. Atacaron en cuanto los alcanzó. Su sangre fría ya no era lo que había sido, pero su disciplina se conservaba firme.

Flechas desde los flancos y las torres, y bolas de fuego desde todas partes hicieron que su esfuerzo pareciera poco acertado. No obstante, nos hicieron retroceder como si pensarán que este ataque era su última esperanza. La situación empezó a parecer desesperada. Pero entonces Dama decidió que había descansado suficiente.

Charandaprash se volvió bastante colorido.

El combate no duró mucho después de aquello. Pero cuando cayó el silencio, hasta nuestros retenes estaban demasiado exhaustos para perseguir a nadie. Matasanos dejó que los seguidores de campo que quedaban tuvieran ese honor, diciéndoles que podían quedarse con cualquier botín que cogieran.

La mayoría de los que lo intentaron consiguieron que los mataran.

Los planes de Mogaba eran el tema candente alrededor de la gran hoguera. Parecía que todos por encima del rango de teniente estaban allí y cada hombre tenía una teoría, como poco. Y ni una de ellas era acertada.

Yo había ido a pasear con el fantasma y no había sido capaz de encontrar a Mogaba, ni siquiera rastreándolo hacia atrás en el tiempo. Pero solo un ápice de espectro de tufo a muerte me hizo huir, antes de que pudiera echar un buen vistazo alrededor.

¿Es que iba a estar allí fuera cada vez que saliera?

Matasanos no aportó nada a la marea de especulaciones. Simplemente se sentó alrededor con aspecto satisfecho y más relajado de lo que lo había visto en años.

Dama se sentó junto a él y ella también tenía bastante buen aspecto. Como si hubiera podido dormir realmente bien por una vez. Le dije:

—Quiero hablar contigo cuando tengas unos minutos. Casi no tengo nada sobre ti que poner por escrito.

Suspiró, dijo:

—No creo que pueda contarte nada interesante.

Podía utilizar a Humo para estudiar sus antecedentes, pero eso no me diría lo que ella estaba pensando.

Preguntó a Matasanos:

—¿Por qué pareces el gato que robó la nata?

—Porque Sombra Larga y Aullador aún no han vuelto. —Me miró. Quería saber por qué. Pero no ahora mismo. Podía esperar—. Y porque tú sí. —Después de haber descansado no mostraba indicios de deterioro pese a su enfrentamiento con Kina. O lo que fuese aquello—. Porque ahora sencillamente van a esconderse en Atalaya mientras Sombra Larga intenta formar algo a base de remiendos que saque de las guarniciones y las milicias hechas de hombres que preferirían no implicarse en absoluto.

Todavía era el Maestro de las Sombras. No había jugado su baza hasta el límite. Y las murallas de Atalaya tenían treinta metros de altura.

Esperaba que Matasanos no pensara que todo lo que teníamos que hacer ahora era gandulear.

—¿Te has dado cuenta de que en realidad no ha dicho una mierda? —gruñó Swan a Hoja. Él no había tenido ningún problema para aceptar la vuelta de su colega. Algunos de los hombres no podían creer que todo lo de la deserción hubiera sido un timo. Especialmente quienes habían tenido familiares entre las tropas del templo que Hoja había exterminado.

—El soso hijo de puta no va a contarle a nadie lo que trama. Ni siquiera a ti y a mí. Tiene trucos en la manga y tenemos que descubrirlos igual que cualquier pobre zumbado con los que se va a tropezar.

Clavó los ojos en Dama tristemente por un momento, incapaz de ver lo que ella vio en el Viejo. Yo mismo me lo había preguntado algunas veces antes de que Sari y yo nos enamoráramos.

No tiene que tener sentido. Solo reza para que la libertad lo permita.

Hablando de los límites de la libertad, mis parientes seguían desaparecidos. Excepto Thai Dei, por supuesto. Él estaba ahí hasta cuando mi sombra se había ido.

Hoja se rio de la aspereza de Swan. Era un hombre cambiado después de su aventura. Había encontrado una buena posición.

—Si de verdad quieres saberlo, es mejor que tomes prestados esos libros de Murgen. Dicen que todo está ahí si sabes dónde buscar.

Murgen mintió:

—Buen plan. Pero Murgen no se ha traído los libros. Excepto ese en el que no ha estado trabajando lo suficiente últimamente.

El comentario de Swan fue breve y obsceno. Como Mogaba, él tampoco sabía leer.

Hoja sugirió:

—Dile a Murgen Orejas Grandes que te lo cuente. Puede citar capítulo y verso casi tan bien como Matasanos. Es el niño escogido de Matasanos.

El antiguo Hoja no tenía sentido del humor. No estaba seguro de si prefería a este.

No le interesaba ser gracioso.

—Lo haré si el precio está bien —les dije—. Nosotros los sujetos mercenarios no hacemos nada de nada a menos que nos paguen.

Tuve que considerar detenidamente estar lejos de Humo lo suficiente para poder hacer algunas anotaciones sólidas. Charandaprash era una coyuntura crítica en la historia de la Compañía. No le estaba haciendo justicia.

Y cuando fuera a pasear con el fantasma tendría que concentrarme en cosas que realmente necesitara observar.

No podía ir solo para librarme del dolor.

El dolor ya no era tan absorbente. Tal vez un par de roces con Kina eran la cura para el exceso de romanticismo.

—Thai Dei —dije, bajito y en nyueng bao para demostrar que era meramente un tema personal, no trabajo—. ¿Qué significa que una mujer nyueng bao vista de blanco?

—¿Cómo? —parecía sorprendido—. No entiendo, hermano.

—Acabo de recordar un sueño que tuve hace un par de noches. Alguien que se parecía a Sahra aparecía en él. Iba vestida de blanco. Los nyueng bao siempre visten de negro, excepto algunas veces cuando salen al mundo exterior. O si eres un sacerdote. ¿No es así?

—¿Soñaste con Sahra?

—Lo hago todo el tiempo. ¿Tú no sueñas con My?

—No. Se nos enseña a dejar que sus espíritus se vayan.

—¡Ah! —Yo no lo creí. Si eso fuera absolutamente cierto no sentirían la llamada en busca de venganza—. ¿Entonces qué significa, vestir de blanco? O, ¿significa algo?

—Significa que acaba de enviudar recientemente. Un hombre que ha perdido a su mujer también vestiría de blanco. Puede que lo haga hasta durante un año. Mientras esté de blanco nadie puede proponer una oferta de matrimonio (aunque, por supuesto, los hombres de su familia estarán buscando extraoficialmente). En el caso de un hombre su padre y sus hermanos pueden analizar las posibilidades, pero no se les permite hablar en su nombre hasta que deje el blanco.

Esto era una noticia para mí.

—En todo el tiempo que estuvimos en Dejagore nunca vi a ningún nyueng bao de blanco. Y seguro que Sari no esperó un año después de morir Danh para interesarse por mí.

Thai Dei me ofreció una de sus extrañas miradas.

—Sari estaba interesada en ti antes de que Danh muriera. Sari estaba loca por ti la primera vez que viniste a ver al abuelo. No tienes idea de las disputas que hubo. Particularmente después de que la abuela anunciara que estaba predestinado que Sari

tuviera un amante extranjero.

Así que la sonrisa no era de buen humor.

Pude imaginarme la participación de madre Gota.

—Pero Sari nunca vistió de blanco. Ni nadie más.

—Tampoco había ni un centímetro cuadrado de tela blanca en esa ciudad que no se hubieran llevado los soldados taglianos. El abuelo no pensaba que fuera muy político llevarse sus túnicas. —Thai Dei sonrió otra vez. Eso solo hizo que su cara se pareciera más a una calavera. Añadió—: Éramos un grupo pequeño. Después de todo ese tiempo de peregrinaje nos conocíamos unos a otros. Sabíamos quién había perdido a su pareja. Y sabíamos que, de todos modos, no había nada que hacer hasta que regresáramos a nuestros pueblos con nuestros sacerdotes.

Así que la mujer que vi mientras estaba perdido en el delta era una viuda. Supongo que eso explicaba por qué estaba demacrada e infeliz.

—Deberías contarme más cosas sobre los nyueng bao. Me sentiría menos estúpido cuando surge algo como esto.

La sonrisa de Thai Dei se desvaneció.

—Y a no hay ninguna necesidad de que conozcas nuestras costumbres, ¿no?

Yo no era uno de ellos, pese a mi matrimonio. Él estaba aquí porque había asumido una obligación, no porque yo fuera un familiar.

Necesitaba pensar en eso.

Capítulo 33

Matasanos dejó que todo el mundo descansara perfectamente antes de lanzar lo que él esperaba que sería el asalto definitivo sobre las defensas de la Lugar de las Sombras. Yo tenía convulsiones febriles o tal vez algo que cogí por pasar un rato cerca de Kina, sudores calientes alternando con escalofríos. Por lo tanto no salí a explorar a nuestros enemigos.

No importa. El Viejo podía cotillear con sus cuervos.

No había ningún hombre de Lugar de las Sombras vivo en ningún sitio en las fortificaciones defensivas que Sombra Larga hubiera considerado tan crítico. Mientras nosotros estábamos siendo considerados, sentados sobre nuestros traseros, descansando, Mogaba y sus capitanes habían puesto en movimiento a sus soldados. Incluso habían intentado destruir las reservas que no podían llevarse con ellos, pero un destacamento de caballeros shadar que estaba alerta les impidió hacerlo.

La muerte es eternidad. La eternidad es piedra. La piedra es silencio.

La piedra está rota.

De noche, cuando el viento ya no gime y las pequeñas sombras se refugian, la piedra a veces susurra. La piedra a veces habla. La piedra a veces envía a su prole a hundirse en el abismo. A veces un rizo de niebla colorida se eleva para acariciar la figura prendida al trono basculante.

Las sombras corretean juguetonas por la llanura reluciendo en la luz de la luna, devorándose unas a otras y haciéndose más fuertes. Sus recuerdos son tan viejos como la piedra. Recuerdan la libertad.

A veces el trono inclinado se desliza una millonésima parte de un milímetro, inclinándose más allá. Esto sucede ahora cada vez con más frecuencia.

La piedra tiembla. La eternidad se mofa mientras devora su propia cola. Este frío banquete casi ha terminado.

Hasta la muerte está impaciente.

Capítulo 34

Pude oír a Un Ojo maldiciendo al destino en general y a varios taglianos vehdna en particular. Una rueda de la carreta se había quedado encajada entre peñascos y los soldados no conseguían sacarla lo bastante rápido para el gusto del pequeño mago. Llevaba toda la mañana de un humor de perros. Creo que pensó que no seguiríamos yendo hacia el sur después de haber ganado en Charandaprash. Creo que pensó que el Viejo estaría contento de ocupar el desfiladero y luego retirarse a climas más cálidos a esperar el verano.

¿A dónde iba a ir Sombra Larga? A su hogar. Y debido al terremoto su hogar era una casa que no iba a estar acabada pronto. ¿Así que para qué tanta prisa? ¿Qué tipo de fanático estrecho de miras no sacaba tiempo siquiera para una buena borrachera después de haber ganado una batalla tan enorme y evidentemente imposible de ganar atacando?

Un Ojo había estado diciendo todo esto y mucho más desde el momento en que Matasanos le dijo que nos trasladábamos. Un Ojo no era un soldado de caballería feliz.

Era todavía más infeliz porque yo tenía que ir montado. Mi fiebre y mi tiritona iban y venían. El capitán lo vio como una buena excusa para mantenerme cerca de Humo (contra quien continuaba advirtiéndome regularmente). No le conté que pasear con el fantasma se estaba convirtiendo en algo tan poco atractivo unas veces, como atractivo lo era otras, que se estaba poniendo espantoso ahí fuera. Aún no lo había discutido con Un Ojo, tampoco. Sabía que debía hacerlo. Si pasara algo por no haberlo advertido, no me lo perdonaría jamás.

Pero tampoco quería gritar ¡lobo! Un Ojo no había mencionado encontrarse con nada fuera de lo común durante sus ocasionales viajes. Quizá estaba dejando que mi imaginación sacara lo mejor de mí.

Estaba en bastante buena forma por el momento. Un poco agitado del viaje, pero ni febril ni aguantando ningún escalofrío. Podía ser un momento oportuno para echar un vistazo por ahí.

Fuera Un Ojo gruñó algo a Thai Dei.

—No es una buena idea, Un Ojo. —Dije bruscamente en el dialecto de las Ciudades Joya—. Tardaría lo mismo en darte una patada en el culo que en mirarte.

—¡Ja! Eso debe de ser interesante. Iré a ver qué hace Jojo, puede que hasta lo despierte.

Como la mayoría de los miembros de la Compañía, Un Ojo tenía un guardaespaldas nyueng bao. El suyo era Cho Dai Cho, el guardaespaldas más discreto y poco ambicioso que haya existido. Andaba cerca solo porque los ancianos tribales lo habían decretado así. No parecía tener mucho interés en salvar a Un Ojo de sí

mismo ni de nadie más. No había visto a Cho ni cuatro veces en el último mes.

No pude encontrar a Atrapa Almas. Sabía que estaba allí, y Humo no se estaba resistiendo, pero la mujer estaba obrando bajo un hechizo que la ocultaba incluso ante este tipo de visión. Podía adivinar dónde estaba aproximadamente, más o menos, por los cuervos que iban y venían de las montañas al oeste de donde nos encontrábamos.

Busqué por allí a la amiga cambiaformas de Un Ojo, Lisa Bowalk, pero tampoco había rastro de ella. Tampoco pude localizar con precisión a Mogaba y a la pareja de nar que había elegido para respaldarlo cuando desertó de la Compañía para irse al servicio del Maestro de las Sombras.

Era algo que daba qué pensar. Si la gente estaba empezando a sospechar que los vigilábamos... Pero también estaba Sombra Larga en su cúpula de cristal en la cima de la torre más alta de Atalaya, sentado ante una mesa de piedra, dando órdenes con calma a los mensajeros, disponiendo la defensa de su menguante imperio racionalmente y con vigor, y sin hacer esfuerzo alguno por esconderse de mí.

Y más abajo, en un aposento privado, estaba un incómodo y debilitado Narayan Singh llorando en un rincón mientras la Hija de la Noche, más como un enano que como una niña, parecía mantener la mitad de una conversación con su madre espiritual. Olía a Kina en la habitación, pero no era esa terrorífica sensación de presencia con la que me había topado antes.

Observé durante un rato. Hice retroceder las horas. No había duda. Narayan Singh ya no estaba dirigiendo nada. Era un adjunto de la Hija de la Noche, útil principalmente como una voz por medio de la cual se podía comunicar con el Maestro de las Sombras y los Impostores. Pero Singh estaba empezando a sospechar que su utilidad seguía su curso fatal, que no faltaría mucho para que la niña estuviera lista para prescindir de él. Cuando llegara el momento lo haría sin más consideración o emoción con que desearía una costilla de cerdo bien roída.

El trato con su madre divina la estaba reformando rápido. Kina parecía tener prisa, quizá presionada por el tiempo, porque no tenía tiempo para esperar a que la niña madurara hasta su personificación.

Me sentía muy incómodo cerca de la cría, aunque estuviera a ciento sesenta kilómetros. Salí de allí.

Intenté rastrear a Aullador, pero solo pude encontrar atisbos ya que iba zumbando de acá para allá sobre su repugnante alfombra más pequeña remendada mil veces. Él también parecía haber aumentado drásticamente el nivel de precaución.

Pude verle solo en un momento en que tenía una prisa tremenda y, al parecer, dejó atrás olvidado su escudo de invisibilidad.

¿De quién se estaría escondiendo? ¡Si no sabía nada de mí!

Aún quedaba la radisha, a quien hacía muchísimo tiempo que no espiaba.

En este momento se encontraba en medio de una reunión con los sacerdotes jefe de los principales templos de la ciudad. El tema era, como es lógico, la guerra. En particular la postura sacrilega, atea y anticlerical de los hombres que dirigen los esfuerzos de Taglios. La nueva generación de sacerdotes era mucho menos polémica con el tema de las sectas de lo que habían sido sus predecesoras, que habían pagado con sus vidas sus obstinadas actitudes parroquiales.

—No hay duda —admitió la radisha al sacerdote de Rhavi-Lemna, una diosa del amor fraternal—, de que el Libertador ha estado enviando tropas formadas entre los devotos para perseguir sus desavenencias con Hoja. —Las noticias de la zona de guerra todavía estaban lejos—. Es evidente, es cierto, pero ustedes deben seguir estando de acuerdo con eso.

Un sacerdote que vestía de bermellón gruñó:

—Porque a Hoja se le ha prometido protección aquí si triunfa el Maestro de las Sombras. Nos va a exterminar a todos. Si aún vive.

—Lo cual nos lleva otra vez al tema principal, ¿no es así? Aunque mi hermano se ha convertido en un competente comandante y ha elaborado un cuerpo de oficiales experimentados, ni los propios soldados ni la gente creen que podamos vencer al Maestro de las Sombras sin la orientación de la Compañía Negra. Todavía nos encontramos en una situación en que nos vemos obligados a permitir que la oscuridad luche contra la oscuridad, confiando en tener una mano de oscuros triunfos. Podemos controlarlo después de que así sea.

Rhavi-Lemna era una diosa sensata. No sería natural que sus sacerdotes fuesen unos instigadores. Pero los gunni tienen cientos de dioses y diosas, grandes y pequeños, y algunos son bastante menos tolerantes. Alguien gritó:

—¡Debemos matarlos ahora! Son un peligro mayor para nuestro estilo de vida que cualquier hechicero enmascarado que esté a mil trescientos kilómetros.

Todavía quedaban muchos taglianos que no habían servido en los ejércitos ni viajado al sur para ver qué legado habían dejado los Maestros de las Sombras en las tierras retomadas de su autoridad.

Este era un altercado interminable que puede que no se resolviera en toda mi vida. Había una guerra y, mientras no la hayamos ganado aún, la escuela de pensamiento del «¡Matémoslos ahora!» seguirá siendo una clara minoría. Pero la escuela del «¡Matémoslos después!» tenía bastantes miembros.

—No son más que cincuenta o sesenta, —contó la radisha—. ¿Cómo puede ser tan difícil deshacerse de ellos una vez que han sobrevivido a su propia inutilidad?

—Difícilísimo, me imagino. Los Maestros de las Sombras no lo han conseguido. Ni tampoco los Impostores.

—Se están tomando medidas.

Interesante. No había visto ninguna señal de eso.

Es hora de desplazarse hasta los días pasados, entonces.

Allá me fui. Brincando como una niña de siete años, bajando las puntas de los pies cada hora o así, mientras me dirigía hacia la última vez que inspeccioné a la Mujer. No había mucho que ver allí. Mucho de lo mismo. Fibroso Mather rebotaba una idea tras otra en las profundidades de la noche, cada una rechazada por el mismo Mather, y cuanto más rotundamente las rechazaba, más parecían gustarle a la Mujer.

De más interés era el hecho de que había empezado a buscar a Humo. De hecho, se estaba volviendo suspicaz, aunque todavía no en un grado preocupante. Mather seguía diciéndole que nos iba bien y que habríamos hecho planes para buscar a Humo. No íbamos a dejar que el abuelo se muriera de hambre.

—Lo odian, querida. Hizo todo lo posible para menoscabar a la Compañía Negra.

—Ellos encontrarían una forma más cruel de vengarse. Después de despertarlo para que pudiera apreciar el dolor.

Fibroso calcó mis pensamientos perfectamente. Morirse de hambre está bien, pero quería que estuviera consciente mientras se fuera.

Despertar para encontrarse en nuestras manos sería suficiente. Tendría una hemorragia de mierda.

De vuelta a mi última visita no encontré nada especialmente emocionante. La Mujer nunca dijo nada interesante, excepto cuando terminó de utilizar a Mather, y entonces no dijo nada original. Aun así no podía evitar pensar que ocurría algo.

Era la radisha Drah. Había pasado toda su vida siendo consciente de que todo lo que decía o hacía sería observado por alguien que no le deseaba nada bueno.

Brinqué de vuelta hasta hoy, pero no encontré nada por lo que apresurarme en ir a ver al Viejo.

Habría algo de emoción cuando llegaran las noticias de Charandaprash. La gente dejaría de pensar con tanta claridad y tanto cuidado. Volvería.

Me zambullí en el antiguo escondite de Humo antes de irme. Los viejos Anales estaban exactamente donde los había escondido.

Era interesante destacar, no obstante, que había cuervos por todo el distrito del palacio cuando me fui.

Un Ojo seguía echando pestes cuando salí. Echando pestes otra vez, me enteré mientras me bajaba por la parte trasera del carruaje. Se había atascado una rueda diferente.

Habíamos avanzado varios kilómetros. Estaba más seco que una pasa. Levanté la tapa del barril de agua de Un Ojo. No había mucha. La poca que quedaba estaba bastante sucia. La bebí igual.

Me acerqué a donde Un Ojo estaba abusando de una nueva cuadrilla de víctimas.

—Tú, mierdecilla. Deja de ladrar a los ayudantes. Te van a embutir ese maldito

sombrero por la garganta y acabaré teniendo que ir a pie. ¿Dónde está el Viejo?

Capítulo 35

—Cuervos por todas partes, ¿eh? —Meditó Matasanos—. Interesante. Supongo que no me sorprende.

—¿Suyos? —Había cuervos a nuestro alrededor en ese momento. Naturalmente. No permitiría que Dama los dejara escapar.

—Es probable.

—¿Son todos los que hay actualmente?

—Dalo por hecho. No vas a llevarte ninguna sorpresa desagradable. Háblame de Sombra Larga. —La última frase no fue verbal, sino mediante el lenguaje de señas que habíamos aprendido tiempo atrás cuando Darling, la Rosa Blanca, estaba con la Compañía. Lo utilizábamos muy pocas veces y no había pensado en usarlo para eludir a los cuervos. Era bastante obvio si lo considerabas. No habría forma de que esas criaturas pudieran retransmitir las señas.

Nadie creía que los pájaros entendieran lo que retransmitían, simplemente llevaban las palabras.

Mis dedos ya no eran tan ágiles como habían sido una vez. Me llevó un rato contarle que Sombra Larga había dado un cambio radical y ahora estaba centrado en sus asuntos, calmado, cuerdo y decidido.

—Interesante —dijo. Miró arriba hacia el desfiladero. Las tropas del príncipe, en la vanguardia, habían tendido una emboscada a los de Lugar de las Sombras. La batalla se estaba volviendo difícil. La columna de tropas iba machacando detrás. Esto podía ponerse feo.

Miré a las laderas que se elevaban a cada lado. Si Mogaba tenía muchos hombres allí arriba podría avergonzarnos fácilmente.

—No los tiene —dijo Matasanos, como si hubiera dicho en alto mis pensamientos.

—Te estás volviendo espeluznante. —Ahora llevaba casi toda la estrambótica armadura de Creaviudas la mayor parte del tiempo. Casi no había un momento en que no tuviera un cuervo sobre su hombro. Parecía conocer a sus queridos animalitos porque siempre tenía chucherías para ellos.

—Cuando tengo que desempeñar un papel intento vivirlo. —Empezó a hablar por señas otra vez—. Quiero que encuentres a Goblin. Es crucial.

—¿Mmm?

Señaló:

—Lo haría yo mismo, pero no hay tiempo. —En voz alta, añadió—: Estas tácticas críticas le están funcionando muy bien a Mogaba. Este desfiladero es demasiado estrecho. —Se alejó, subió dando zancadas hasta las columnas paralizadas. Estaba a punto de hablar al prahbrindrah Drah como si fuera un nuevo recluta.

De pronto, por encima de su hombro, soltó:

—¿Dónde están tus parientes, Murgen?

—¿Qué?

—¿Dónde están? ¿En qué andan metidos? —Usó el tagliano coloquial, lo que significaba que no le importaba lo que oyera Thai Dei. O quería expresamente que entendiera la pregunta.

—No los he visto. —Miré a Thai Dei. Negó con la cabeza—. A lo mejor se han ido a casa.

—No lo creo. Si ese fuera el caso el resto de estos payasos se habrían ido con ellos. ¿Verdad?

Yo no lo creía, pero no había necesidad de discutir el asunto. Matasanos nunca se sentiría a gusto con los nyueng bao. Le dije que echaría un vistazo y le haría saber si había descubierto algo, luego siguió avanzando.

Me encontré con Dormilón en el camino de vuelta al carruaje de Un Ojo.

—¡Eh, chaval! ¿Cómo te va? —No lo veía desde que le encargué una misión aquella noche en Taglios. Había estado trabajando con Cangilón, ayudando a supervisar los equipos de las fuerzas especiales. Parecía cansado, pero aun así no lo bastante mayor para ser un soldado.

—Estoy cansado y hambriento y empiezo a preguntarme si que mis tíos me dieran por el culo era realmente peor que esto.

Cualquiera que pudiera mantener el sentido del humor después de lo que había sufrido Dormilón me caía bien.

Me preguntaba si alguna vez podría volver y matarlos. Lo dudaba. Ese tipo de cosas eran aceptables en esta extraña cultura sureña.

Dormilón preguntó:

—¿Ya has hablado con el capitán?

—Hablo con él continuamente, soy el analista.

—Quiero decir, sobre el trabajo de portaestandarte. Dijiste que a lo mejor tú...

—Ah, sí. —Su emoción era evidente. Pero hacerse portaestandarte suponía que aquellos por encima de ti pensarían que estabas destinado a hacer grandes cosas en la Compañía. El portaestandarte a menudo se convertía en analista. Con frecuencia llegaba a ser teniente porque siempre estaba cerca del centro de las cosas y sabía todo lo que estaba pasando. El teniente casi siempre se convierte en capitán cuando el puesto queda libre.

Matasanos era una anomalía de proporciones épicas. Fue elegido en un momento en que solo éramos siete, ninguno más cualificado, y nadie quería aceptar el cargo.

—Se lo comenté. No dijo que no. Probablemente me lo dejará decidir a mí. Y eso significa que es algo que queda para otro momento, porque ahora mismo todo el mundo en este ejército está trabajando veinticuatro horas al día. No hay tiempo para

enseñarte nada.

—No estamos haciendo nada. Podría simplemente quedarme cerca de ti y...

La voz de Cangilón se oyó por encima de todo el tumulto de un ejército en movimiento, diciéndole a Dormilón que volviera su trasero entumecido allá arriba. Han decidido que nadie más puede resolver este problema salvo nosotros.

—Buena suerte. Y no tengas prisa, chaval. —Le dije—. Maldita sea. Haz como estoy haciendo yo con los Anales. Espera hasta el asedio de Atalaya. Tendremos mucho tiempo entonces. Incluso para leer y escribir.

—He estado aprendiendo, aunque no lo creas. Ya conozco cincuenta y tres caracteres comunes. Puedo descifrar casi cualquier cosa.

El tagliano escrito es bastante complicado porque hay más de cien caracteres en el alfabeto común y otros cuarenta y dos en el alto tagliano, que solo utilizan los sacerdotes gunni. Muchos de los caracteres duplican su significado, pero distinguen la casta. La casta es muy importante entre los gunni.

—Persevera en ello —le dije a Dormilón—. Lo conseguirás con determinación.

—Gracias, Murgén. —El chaval se marchó enseguida ladera arriba, resbalando por la urgencia, como si estuviera engrasado.

—No me lo agradezcas —mascullé. La mayoría de los portaestandartes no son tan afortunados como he sido yo. No es un oficio con una larga esperanza de vida.

Divisé a Dama al otro lado del desfiladero, rodeada como siempre por sus admiradores y la mayoría de los nar que no habían desertado de la Compañía. Me dirigí hacia allí.

Capítulo 36

Los hombres se movieron para dejarme pasar. Cosas como esas pasan cuando puedes dejar a alguien buen sabor o un olor asqueroso en la boca de la historia. Matasanos convirtió realmente la importancia de los Anales en un artículo de fe para todos los de la Compañía.

Dama miró alrededor. Su habitual expresión de impasibilidad dejó ver un instante de irritación. Dije:

—Parece que nos vamos a quedar estancados aquí hasta que la cuadrilla de Cangilón convenza a la gente de Mogaba de que es mejor que se vayan a casa y se refugien de este tiempo.

Estaba poniéndose un poco deprimente. Se estaba levantando un viento más frío que en los días anteriores. Unas nubes cargadas se amontonaban sobre nuestras cabezas. Parecía como si fuese a caer algo de nieve.

—Sí. Esperemos —dijo Swan—. Necesitamos salir de estas rocas. —En realidad no estaba hablando conmigo—. Odio las montañas.

—A mí tampoco me va mucho el frío ni la nieve —comenté. Pregunté a Dama—. ¿De verdad tienes que seguir evitándome?

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo puedes estar recuperando tus poderes? Pensaba que aquella movida del Túmulo te había despojado de ellos para siempre.

—Soy una ladrona. Por lo demás, no es asunto tuyo.

Su séquito se burló de mí, principalmente porque pensaban que eso les haría ganar puntos.

—¿Has estado soñando otra vez?

Se lo pensó antes de admitir:

—Sí.

—Eso pensaba. Has estado un poco demacrada.

—Si quieres jugar tienes que pagar el precio. ¿Qué hay de ti, analista?

Me encontré reacio a revelar nada, especialmente delante de aquellos tipos. Me forcé a mí mismo.

—Sí. Algo que pudiera ser Kina ha aparecido en mis sueños un par de veces. Casi como una intrusión desde fuera. Me preguntaba si podría haber estado molestándote a ti a la vez.

Eso le interesó. Se podían ver sus pensamientos moviéndose detrás de sus ojos, la especulación, las conjeturas. Me dijo:

—Si vuelve a ocurrir, fíjate en la hora. Si puedes.

—Lo intentaré. ¿Cómo te las arreglaste para enfrentarte a Kina la otra noche y salir de una pieza?

Sin perder el ritmo Dama cambió al groghor, una lengua que está en su último soplo de vida.

—Esa no era Kina. —Lo aprendí de mi abuela, cuyo pueblo había sido totalmente derrotado durante las guerras de consolidación que habían construido el imperio de Dama. Abuelita estaba muerta y mi madre también, y yo no había usado esa lengua, excepto para maldecir a la gente, desde que firmé con la Compañía.

—¿Cómo es que ...? —farfullé—. ¿Cómo has sabido que yo...?

—El capitán ha sido muy amable al duplicar tu trabajo y enviármelo. Mencionaste el groghor en algún sitio. Lo tengo un poco olvidado. Hace más de un siglo que no hablo este idioma. Perdona mis fallos.

—Lo estás haciendo bien. Pero ¿por qué molestarse?

—Mi hermana nunca aprendió ese idioma. Ni tampoco este grupo, la mitad de los cuales probablemente sean espías de alguien.

—¿De qué se trata? Dijiste que no era Kina. Me engañó del todo si no lo era. Encajaba con la descripción.

—Esa era mi querida hermana, haciéndose pasar por Kina. Espero que haya sorprendido a los adoradores de Kina tanto como nos ha sorprendido al resto.

—Pero... —La Hija de la Noche había parecido bastante contenta.

—Puedo tocar a la auténtica Kina, Murgén. Créeme. Por eso no duermo bien. La auténtica Kina todavía está en trance. Solo puede tocar el mundo en sueños. Y yo tengo que seguir siendo parte de esos sueños.

—Así que, entonces, no hay duda de que Kina es real.

—Hay algo que reúne los mismos detalles, Murgén. No estoy segura de que cuando se despierte se identifique a sí misma como Kina o como una diosa. Quiere provocar el Año de los Cráneos. Quiere liberarse de sus cadenas. Pero esto no son más que impresiones que he ido sacando a lo largo de los años. Es demasiado extraña como para poder conocerla bien.

—¿Cómo el Viejo Padre Árbol?

Tuvo que pensar para recordar al dios árbol que había gobernado la llanura del Miedo y la había desafiado cuando todavía era la Dama.

—Nunca toqué a ese espíritu.

—¿Por qué querría tu hermana hacerse pasar por Kina?

—Nunca he sabido por qué mi hermana hace ninguna de las cosas que hace. Nunca ha sido racional. El dos no sigue al uno en su esquema, ni tampoco el tres va antes que el cuatro. Es capaz de gastar unas energías increíbles y enormes fortunas para llevar a cabo una gamberrada. Es capaz de destruir ciudades sin poder explicar por qué. Puedes saber lo que está haciendo, pero no por qué, o puedes saber por qué está haciendo algo, pero no el qué. Ya era así cuando tenía tres años, antes de que nadie supiera que ella también tenía la maldición del poder.

—¿Crees que tú estás maldita?

Sonrió. Al hacerlo destacó su belleza.

—Por una hermana loca, desde luego. Ojalá tuviera la más vaga idea de por qué está ahí fuera, sin hacer otra cosa que vigilar y recordarnos constantemente que está ahí.

—¿Recordarnos?

—¿No estás un poco cansado de esos malditos cuervos?

—Sí, lo estoy, pensaba que lo suyo era por venganza.

—Si fuera eso todo lo que quiere me habría aplastado hace mucho tiempo.

Había revuelo a mi espalda. Decenas de ojos nos miraban fijamente mientras todos los que estaban al alcance de oír algo intentaban imaginarse lo que pasaba. Tenía que ser algo secreto si lo discutíamos en una lengua que nadie conocía.

Sauce Swan miraba como si sus sentimientos estuvieran heridos.

—Disculpe, señor —dijo una voz desde detrás de mí—. Saludos del Libertador y, ¿sería tan amable de poner su culo a hacer el trabajo que él le mandó? Dijo que sugiriera que quiere la respuesta antes del anochecer.

Eso no fue en un idioma que nadie más entendiera. Enseguida levantó el ánimo a Swan. Hasta Dama rio entre dientes.

Creo que me ruboricé.

—Quiero continuar con esto —dije a Dama, quien no parecía emocionada con las perspectivas. Al mensajero, que resultó ser el sobrino de un eminente general tagliano, le dije—: Solo por eso creo que iré a hacer lo que quiere el Viejo.

Capítulo 37

Me llevó un buen rato encontrar a Goblin, pero no había prisa. Los hombres de Lugar de las Sombras de lo alto del desfiladero estaban siendo notablemente tenaces. Cangilón estaba teniendo que usar un montón de bombas incendiarias para erradicarlos.

Me costaba creerlo. Goblin estaba al otro lado de las Dandha Presh. Su Camino Sombrío era una expedición que había empujado a un comando a atravesar el Shindai Kus. Matasanos había hablado de la posibilidad una vez, hace siglos, antes incluso de que fuéramos detrás de Dejagore, pero yo siempre pensé que era muy poco viable. Tanto que no se me había ocurrido la posibilidad, ni siquiera cuando encontré a Goblin en la orilla del Shindai Kus.

Goblin seguía siendo Goblin. El desierto solamente lo había cocido.

—Estoy a un paso y diez segundos de la extenuación —se quejó al hombre que estaba más cerca de él, un hermano de la Compañía llamado Bubba-do, que no era demasiado listo y que, observé, mantenía a Goblin de su lado izquierdo, que era donde tenía el oído malo—. Pero estoy aquí. Donde debo estar. A tiempo. Y nadie sabe que estamos aquí.

Las luces destellaron arriba en las montañas. Diminutas bolas de fuego se elevaron por encima de las Dandha Presh. Bubba-do dijo:

—Parece que el capitán ganó la apuesta.

—Estoy preocupado. Esta maldita cosa ha estado saliendo demasiado bien. Llevo años luchando contra esta gente. Sé cómo piensan. Conozco a Mogaba. —También Bubba-do, pero eso no importaba desde el punto de vista de Goblin—. No va a dejarse apalear por Matasanos. El motivo por el que se pasó al lado del Maestro de las Sombras fue que quería demostrar que era mejor soldado y mejor general.

Goblin siguió y siguió. Sus hombres lo ignoraban la mayor parte del tiempo. Después de haber oído los informes de la exploración sobre el terreno circundante, permitió que sus hombres hicieran varias hogueras pequeñas, escondidas cuidadosamente. Ese lado de las Dandha Presh era más frío que la cara norte. Era imposible arreglárselas sin fuego si no estabas moviéndote.

—Debería haber construido una granja. Tal vez un pequeño pueblo. Algún sitio en el que nos pudiéramos meter.

—Eso supondría matar a un puñado de gente para que no se chivara y, probablemente, eso tampoco serviría de nada porque, probablemente, alguien se escaparía.

Estaba casi oscuro. La agitación en las montañas se estaba llenando de color. Empecé a preguntarme si el propio Mogaba no estaría allí dirigiendo la resistencia.

—Tienes compañía —dijo alguien. Al instante todos los que estaban en la

hoguera de Goblin encontraron alguna tarea que hacer enseguida en algún otro sitio. Todos menos el guardaespaldas nyueng bao de Goblin, que era un hombre tan discreto que todavía no sabía su nombre completo. Era Thane, Trine, algo así. Este hombre simplemente se desplazó a un sitio más cómodo en una roca más alta y posó la espada sobre su regazo, preparado para lo que hubiera que hacer.

La razón por la que los otros hombres querían estar en otro sitio se hizo evidente un momento más tarde.

Había encontrado uno de mis objetivos desaparecidos.

Una enorme pantera negra de aspecto cruel salió de su acecho en la oscuridad y se colocó junto al fuego. Goblin alargó la mano y le rascó detrás de las orejas.

¿Qué demonios? Esta pantera en particular no sentía ningún cariño por él. Aunque su disputa con Un Ojo fue de una magnitud bastante mayor.

—Así que has decidido ayudar después de todo, ¿eh? —dijo Goblin—. Nunca ha costado tanto llevarse bien con alguien. —Allá se fue en una odisea de la imaginación, describiendo en fantástico detalle por qué ella era un aliado natural del resto de nosotros, a pesar de que Un Ojo haya tenido que cargarse a Cambiaformas. ¿Acaso Formas le había dejado otra opción? En cualquier caso, solo era cuestión de tiempo que terminaran su investigación sobre conjuros de liberación. La última vez que vio a Un Ojo solo faltaban tres términos y un postulado para darlo por concluido.

El viento mordía de verdad mientras iba a buscar a Matasanos. Había pedacitos de nieve revoloteando. Nadie se había movido desde la tarde. Las bolas de fuego alborozaban cruzando el cielo delante de mí. Casi no había hogueras. No había nada que quemar. Los hombres se acurrucaban unos con otros para calentarse. Casi nadie levantó la vista cuando pasé. Podía haber sido el mismo Maestro de las Sombras y a nadie le hubiera importado. Si hubiera llevado comida caliente me habrían aclamado como a un mesías.

Matasanos tampoco tenía fuego. Pero él tenía una novia que le mantenía caliente. Algo que nadie más tenía. Cabrón canalla.

—¿Quieres ir a dar un paseo?

Caray, no, no quería. Tú tampoco querrías si estuvieras enfundado en unas mantas con una mujer preciosa en una noche heladora.

—Usa tu imaginación, Murgén. ¿Tengo pinta de querer ser interrumpido?

—De acuerdo. Que así sea. Por fin he localizado al hombre por el que preguntaste. Parece estar donde debe estar. Pero...

—Entonces vete y no lo pierdas de vista.

—Hay una complicación.

—No lo pierdas de vista. Es poco probable que se meta en muchos líos antes de que pueda ir a vigilarlo. Después.

Con él y Dama frunciéndome el ceño decidí darme por aludido y largarme. Negando con la cabeza. Hay cosas que puedes aceptar intelectualmente, pero aun así no te las imaginas. Esos dos en el trance de la pasión entraban en la última categoría.

Si él no tenía prisa, yo tampoco la tenía. Me quedaba un tentempié, una siesta, y un sueño sobre Sari antes de volver al trabajo. No era un sueño que yo quisiera. Era Sari con aspecto envejecido y demacrado, y vestida de blanco. Pero ese sueño era mejor que la visita al infierno de hielo que vino después.

Aquel otro no cambiaba mucho con el tiempo, tampoco se desarrolló ningún detalle más. Pero nunca me sentí cómodo con él.

Goblin tenía dispuestas todas sus ilusiones ópticas, pero no molestó a los primeros fugitivos para que salieran a toda prisa de las Dandha Presh. Esos serían los hombres con menos probabilidades de ser molestados de los últimos tiempos. Tenía cautivos a algunos individuos para poder hacerse una mejor idea de lo que había pasado en el norte. Dijo a la pantera:

—Un imbécil como Sombra Larga no merece seguidores como Mogaba.

La pantera hizo un ruido sordo con la garganta.

—Tienes que preguntarte por Mogaba. ¿Por qué demonios no se escapa y ya está? Mogaba tenía todo bajo control. Su retirada de la lucha le estaba saliendo bien.

Los cien hombres que estaban con Goblin eran todos taglianos jóvenes interesados en formar parte de la Compañía Negra, deduje. El astuto de Goblin les había vendido la idea de que esta operación era un examen de acceso. El asqueroso mierdecilla.

Tenía que sentirse solo ahí fuera. Su guardaespaldas, Thien Due, solo sabía unas pocas palabras en tagliano y no tenía más tendencia a cotillear que Thai Dei. Las aptitudes conversacionales de la pantera eran limitadas. Todos los hombres del comando tenían menos de veinticinco años. Goblin hablaba tagliano bastante bien, pero no hablaba la jerga de los jóvenes.

En el dialecto de las Ciudades Joya murmuró:

—Hecho de menos a Un Ojo. Puede que no merezca ni dos moscas muertas, pero... Nadie lo ha oído, ¿verdad? Los vejestorios tenemos que mantenernos unidos. Somos los únicos que sabemos de qué va todo esto.

»¿No es así?

»Sí. Creo que sí.

—¿Decía algo, señor? —preguntó uno de los sargentos, apresurándose.

—Habla conmigo mismo, muchacho. Para asegurarme una conversación inteligente estaba pensando en alto sobre Mogaba. Cómo todo el mundo al otro lado tiene sus propios planes. Diez minutos después de que acaben con nosotros todo el mundo va a tantear al resto por si le clavan un cuchillo por la espalda.

—¿Señor? —El joven shadar parecía escandalizado por la insinuación de que nuestro lado pudiera perder esta guerra.

—Si la cagan con todo lo que les está pasando, y salimos ganando, va a pasar la misma mierda de nuestro lado.

Goblin empezó a crear sus ilusiones y comandos para comenzar a matar uno por uno a los fugitivos de Lugar de las Sombras, para enseñar las técnicas apropiadas a la faena mientras el trabajo aún fuera fácil, y para impedir que los chicos se aburrieran.

Las fuerzas más grandes de Lugar de las Sombras empezaron a bajar, a toda prisa, desorganizados, cayendo en el montaje de Goblin como si lo hubieran ensayado. Los tiradores se cargaron a los oficiales que estaban más a la vista. El fuego de misiles empapó a los soldados de caballería. Cuando se prepararon para un contraataque se encontraron luchando contra ilusiones ópticas y sombras.

Desde mi posición de ventaja empecé a preguntarme lo que Goblin esperaba llevar a cabo. Estaba causando problemas desproporcionados a su equipo, pero lo que estaba haciendo era poco probable que tuviera un impacto permanente. A no ser que, por supuesto, el que estuviera aquí significara que estaba en algún otro sitio. Que era exactamente el tipo de cosas que podían ocurrirle a Matasanos. Tramar una misión ridícula para que Goblin no ande por aquí emborrachándose y peleándose con Un Ojo y, por lo general, obstaculizando el desarrollo.

Aun así... Los hombres de Lugar de las Sombras no podían encontrarlo. Seguía dándoles fantasmas. La noticia rodó de vuelta a las montañas. El pánico la acompañaba. Aquel efecto también era desproporcionado para la actuación de Goblin.

Había un tema más importante que las emboscadas de Goblin. Estaba dirigiendo sus mayores esfuerzos a eliminar oficiales. Parecía tener un método para identificarlos con bastante tiempo para llevar a sus comandos a la posición.

La forvalaka. La mujer en forma de gato. Estaba explorando para él. ¿Pero cómo se comunicaba?

Pierdo un montón de tiempo rompiéndome la cabeza con las cosas que pasan a mi alrededor.

—Me siento como un champiñón en una granja de champiñones —dije a Matasanos—. En la oscuridad y alimentado a base de patrañas.

Matasanos se encogió de hombros, dijo la famosa frase:

—Necesito saberlo.

—No cogió a Mogaba, si ese era el plan. Ese hijo de puta debe de bañarse en manteca cada mañana para ser tan resbaladizo. Ha cogido a ese nar, Khucho.

Matasanos gruñó.

—No es un gran triunfo. —Estaba de acuerdo—. Ya estaba en una camilla con

una pierda amputada. Pero tenía que decirte que voy a tener que ponerlo en los Anales porque una vez perteneció a la Compañía.

Matasanos se encogió de hombros, gruñó. Así era como lo hacía.

—Entonces no le queda nadie —dije—. Está ahí él solo, sin un amigo.

—No llores por él, Murgen. Está allí porque él eligió estar allí.

—No estoy llorando por él. Tuve que sufrir el asedio de Dejagore con ese tipo al mando. En lo que a mí respecta todo lo que le pase no será dolor suficiente.

—¿Has seguido pensando en ceder el estandarte a otra persona?

—Dormilón ha estado incordiándome. Le dije que lo consideraríamos cuando nos hubiésemos asentado en Atalaya.

—Si tú crees que es el adecuado, adelante, empieza a entrenarlo. Ocúpate también de su nivel de alfabetización, pero quiero que sigas tú con el estandarte por el momento.

—Está aprendiendo tagliano, dice.

—Bien. Tengo trabajo.

El hijo de puta no iba a hacerme partícipe de nada.

Las proezas de Goblin fueron la gota que colmó el vaso de los hombres de Lugar de las Sombras. Enloquecieron. Los supervivientes se dispersaron. Goblin y su pelotón desaparecieron en la inmensidad, hacia el sur.

El miedo se extendió ante ellos, excediendo por mucho su capacidad para causar desesperación.

Me gustaba cómo estaban yendo ahora las cosas por allí. El pequeño mago y sus chicos corrían libremente por una tierra que todavía no estaba preparada para resistir. Una tierra no lo bastante recuperada de los horrores del terremoto como para ser capaz de resistir allí.

Pese a todo, sentía que nos precipitábamos hacia un terrible destino.

Lo habíamos hecho antes. Todo había salido rodado (hasta que nos encontramos diezmados y sitiados en Dejagore).

Capítulo 38

Matasanos nos cogió a la caballería y a mí, y salió corriendo delante del ejército. Los hombres de Lugar de las Sombras que se habían fugado cayeron bajo nuestras lanzas. La resistencia era irregular. Nuestros forrajeros se desplegaron. La idea era hurgar en las reservas de que dispusieran rápidamente, para poder mantener concentrada la fuerza mayor una vez que saliera de las montañas.

Seguí pensando cómo es que habíamos hecho lo mismo después de nuestra inesperada victoria en el vado de Ghoja años atrás. Pero cuando se lo mencioné a Matasanos simplemente se encogió de hombros y dijo:

—Esto es distinto. No hay ningún ejército que puedan poner en marcha. No hay ningún hechicero nuevo que puedan sacarse de la chistera. ¿No?

—No lo necesitan. Entre Sombra Larga y el Aullador pueden comernos vivos. Si deciden hacerlo.

Entramos en una ciudad de un tamaño moderado que estaba absolutamente vacía de gente. Tampoco había habido mucha antes de que apareciéramos en la región. El terremoto no había sido muy benévolo allí.

Encontramos suficiente refugio para resguardarnos del frío. Preparamos hogueras, lo cual tal vez no fuera una idea brillante tácticamente. Nadie que estuviera caliente querría volver a salir.

Ese era un problema que sería universal entre nuestras tropas. El hambre sería la única fuerza capaz de mantener al hombre en movimiento.

Ya había pasado una semana desde que me separé de Humo. Lo extrañaba más de lo que había creído posible hacía una semana. Me había convencido a mí mismo de que ya no lo necesitaba para enfrentarme a mi dolor. Pero eso había sido cuando siempre estaba ahí y yo salía continuamente a vagar por el mundo de los fantasmas.

Cuando viajas por el extremo este del infierno, intentando mantener tu mente alejada del hecho de que se te está congelando el trasero mientras te mueres de hambre, tiendes a pensar en tus otros problemas.

El peor de los míos volvió con una venganza.

Lo único bueno de la aventura, hasta ahora, era el humor que encontraba viendo a Thai Dei intentar mantener el ritmo en aquel ridículo caballo chepudo. El tío era un mierdecilla testarudo.

Al menos una vez cada cuatro horas, Matasanos me preguntaba por mis parientes. Yo no sabía nada. Thai Dei afirmaba que no sabía nada. Me reservé la opinión sobre su veracidad. Matasanos tuvo recelos acerca de la mía.

Nos llegó la voz de que habían pillado a un desertor de Lugar de las Sombras que conocía la ubicación de una cueva de hielo atiborrada de comestibles.

—¿Tú te lo tragas? —pregunté.

—Parece que alguien pensó que le iban a cortar la garganta y se inventó esa historia. Pero lo comprobaremos.

—Justo cuando me estaba acostumbrando a estar caliente.

—¿Te estás acostumbrando también a tener hambre?

Allá cabalgamos, y más y más cabalgamos, día tras día, a través de campos, bosques y colinas estropeadas por los efectos del temblor y abandonados por la población. El capitán y yo montábamos esos sementales negros gigantes, él equipado con su fría armadura de Creaviudas y yo cargando con el maldito estandarte mientras Thai Dei nos seguía detrás como si intentara convertirse en una especie de compinche payaso. Encontramos la cueva de hielo del prisionero. Puedo decir que era un auténtico tesoro oculto. El terremoto había tirado una avalancha por su garganta. La buena gente de la provincia había estado intentando volver a abrirla. Les aliviarnos de todo ese duro trabajo y dejamos una tropa esperando la llegada de refuerzos lo bastante hambrientos como para excavar para conseguir la cena. Continuamos hacia Kiaulune y Atalaya, apañándonoslas para sustentarnos y evitar problemas hasta que estuvimos a solo sesenta kilómetros al norte de la ciudad asolada.

El paisaje allí no estaba deteriorado por el desastre, estaba tranquilo, ordenado, casi bonito (aunque demasiado invernal para mi gusto). De repente, sin avisar, a pesar de los cuervos del Viejo, nos topamos con la caballería de Lugar de las Sombras y entre todos aquellos hombres ni uno solo estaba de buen humor. Su ataque nos disolvió en media docena de grupos, con lo cual una horda de tipos de infantería intentó entrometerse.

Por suerte para nosotros eran milicia regional, campesinos armados pésimamente, completamente inexpertos. Por desgracia, es cierto que un capullo totalmente inexperto puede tener suerte y dejarnos tan muertos como puede hacerlo un sacerdote de artes marciales como tío Doj.

Me las arreglé para poner el estandarte en lo alto de un montículo; el Viejo allí, conmigo, dentro de un círculo de gente amistosa.

—Para un día que no llevas puesto el puñetero disfraz —grité—. No tendrían las pelotas para esta mierda si te hubieras disfrazado. —¿Quién sabe? Podía haber sido verdad.

—Me resultaba pesado. Y hace frío y apesta. —Se encogió de hombros mientras se metía dentro de la atroz y grotesca armadura. En cuanto se puso el asqueroso casco alado en la cabeza, un par de cuervos monstruosos se posaron en sus hombros. Tracerías de fuego escarlata empezaron a arrastrarse por encima de él. Miles de cuervos más empezaron a revolotear encima de nosotros, cada uno de ellos despellejándose a quejidos.

Después de reconocer a los cuervos, a Creaviudas y el estandarte de la Compañía, la mayoría de nuestros atacantes decidió tomarse el resto del día libre.

Las historias deben de ser terribles por esa zona.

Los hombres de la caballería estaban hechos de un material muy duro. Continuaron luchando. Eran veteranos. Y Sombra Larga probablemente los había convencido de que íbamos a asar a sus esposas y a violar a sus niños, y después a convertir al resto de ellos en comida para perros y piel para zapatos.

Pero los dispersamos. Antes de que los soldados pudieran dejarse llevar y perseguirlos, el Viejo se dirigió otra vez hacia el sur, declarando:

—Tenemos puentes que tomar y embotellamientos que despejar.

Algunos hombres no hicieron caso a la revocación. Pregunté:

—¿Qué pasa con ellos?

—Tienen la oportunidad de servir como ejemplo de una valiosa lección. Los que sobrevivan pueden ponerse al día después. —Se sentía duro.

No pensó en organizar cuidado y protección para los heridos. No era algo que hubiera pasado por alto nunca antes.

Podía ser porque no había ningún hermano de la Compañía entre los heridos aunque teníamos a casi una docena con nosotros.

Esa consideración siempre parecía encontrarse en el origen de sus decisiones, aunque nunca tan descaradamente como para que los forasteros fueran conscientes de ello. Esperaba que pasara desapercibido. Ya teníamos bastantes problemas.

Había visto a Atrapa Almas cien veces en los sueños de Humo. Había pasado días acumulativos rondando Atalaya. Creía que conocía la ciudad y la fortaleza casi tan bien como cualquiera de los que vivían allí, pero no estaba preparado para una realidad que no estuviera filtrada por la mente irreflexiva de Humo.

Los restos de Kiaulune eran puro infierno. El hambre y la enfermedad se habían cobrado las vidas de casi todos los que no habían sido asesinados por el terremoto. Sombra Larga, siguiendo los consejos que no había pedido, había intentado ayudar. Demasiado tarde. Pero había permitido que los refugiados se establecieran en la sombra de Atalaya y había estado tomando precauciones para cuidarlos. A cambio, esa gente estaba reemplazando a los trabajadores desaparecidos que habían estado construyendo Atalaya antes del terremoto.

Se había hecho muy poco trabajo desde el desastre. Hasta Sombra Larga se había visto forzado a estipular que las necesidades de los supervivientes sustituyeran su deseo de completar su invulnerable fortaleza.

No había niños. Se había llegado a algún acuerdo para atenderlos en algún otro sitio. Una medida inteligente, poco característica del Maestro de las Sombras. Esa idea tenía que haber surgido de alguien más. De hecho, no podía pensar en nadie en el corrillo de Sombra Larga a quien se le pudiera haber ocurrido una cosa así.

Parecía como si el pequeño logro de construcción producido últimamente hubiera

estado dirigido principalmente a proporcionar viviendas.

Eso no se mantendría una vez que hubiera pasado la presión. Para Sombra Larga toda la gente de Lugar de las Sombras era suya para usar y disponer de ella como viera conveniente. Solamente quería mantenerlos vivos el tiempo suficiente para utilizarlos.

—Ciertamente el infierno se está filtrando en el mundo —observó Matasanos. Clavó la vista en los restos inhóspitos, apestosos y sin amurallar de Kiaulune. No prestó atención a la brillante magnificencia más allá de la ciudad. Yo sí.

—Aquí estamos demasiado cerca, jefe. No tenemos a Dama para que nos cubra.

Eso no parecía preocuparle. La única vez que prestó algo de atención a Atalaya fue cuando se detuvo una vez para mirar enfurecido y decir:

—No conseguiste tenerlo hecho a tiempo, ¿verdad, hijo de puta?

Desde el punto de vista de alguien que ve la fortaleza con ojos mundanos el sitio parecía inconmensurablemente enorme. Las murallas elevadas habían sido construidas en su mayor parte con piedra gris y blanca, pero en algunos sitios se habían insertado bloques de diferentes colores, junto con plata, cobre y oro, garabateando el conjunto con patrones cabalísticos.

¿Qué fuerzas había reunido Sombra Larga para defender esos baluartes desde la última vez que paseé con el fantasma? ¿Acaso importaba? ¿Podía escalar algún ejército esos increíbles muros si el andamiaje de la construcción se había venido abajo? Aunque la mayor parte todavía estaba en su sitio.

Matasanos musitó:

—Puede que tengas razón. No debería insistir en recordarles el hecho de que estoy aquí fuera personalmente. —Se giró un poco más y miró más allá de Atalaya, a la escarpadura a lo lejos—. ¿Has subido alguna vez ahí arriba?

Miré alrededor. Allí no había nadie que pudiera escuchar. Ni siquiera un cuervo.

—No. Puedo llegar casi hasta la mitad de la distancia entre Atalaya y un sitio del camino donde hay un desprendimiento que parece ser lo que por aquí llaman Puerta de las Sombras. No hay mucho que ver. Pero es todo lo lejos que puede ir Humo.

—Yo nunca he llegado más allá. Salgamos de aquí.

Nos retiramos y acampamos al norte de Kiaulune. Los soldados no se sentían cómodos allí. Ninguno quería montar su alojamiento tan cerca del último y más chalado de los Maestros de las Sombras.

Yo tendía a estar de acuerdo.

Matasanos dijo:

—Podrías tener razón. Yo también me sentiría mejor si Humo estuviera aquí y pudieras tantear un poco el terreno. —Entonces sonrió abiertamente—. Pero creo que tenemos un ángel de la guarda mejor que Dama pendiente de nosotros.

—¿Qué? ¿Quién?

—Atrapa Almas. Es tan tontorróna como una ardilla con tres nueces, pero es previsible. ¿Has podido acercarte a ella? —Como si estuviera seguro de que lo intentaría.

—La verdad es que no. Humo no quiere.

—Debes recordar lo resuelta que es para usarme para ajustar cuentas con Dama por haberle impedido vengarse antes. Eso significa que tiene que cuidar de mí.

—Oh. —¡Seré idiota! No había pensado en cómo podía estar usando a Almas—. ¿Estás dispuesto a poner tu vida en manos de Atrapa Almas?

—Y un cuerno. Sigue siendo Atrapa Almas. Podría interesarse por otra cosa y simplemente abandonar todo esto.

—Pero también tiene que marcarse un tanto con Sombra Larga.

—Eso hace. —Sonrió burlescamente. Estaba encantado con cómo estaban saliendo las cosas.

Yo estaba preocupado por Atrapa Almas. No era frecuente que hiciera nada explícitamente militar, pero en su propia cabeza ella era uno de los principales jugadores. Con el tiempo acabaría haciendo algo dramático.

¿Había algo que Matasanos no hubiera previsto y hecho parte de su plan? Estoy seguro de que él no lo creía.

Yo no estaba de acuerdo. Porque tenía evidencias más que firmes de que no estaba preparado para todo. Es imposible que haya presagiado que yo empezaba a tener las mismas pesadillas que Dama (aunque estoy seguro de que espera que ella las siga teniendo).

Aquí, cerca de Kiaulune, mis pesadillas eran poderosas y frecuentes. No podía echar ni una cabezada sin visitar la caverna de los ancianos. Casi siempre iba a la llanura de huesos y cadáveres. De vez en cuando me deslizaba hasta la tierra del mito. O así lo interpretaba yo. Era un sitio gris inmenso donde los dioses y demonios se reunían en batalla divina y la cosa más espantosa del dominio era un monstruo negro relumbrante cuyas pisadas hacían temblar la tierra, cuyas zarpas desgarraban y rasgaban, cuyos colmillos...

Aunque aquel frío y horrible lugar con aquel anciano baboso siempre estaba allí. Todas las veces. Era repulsivo en extremo y aun así resultaba atrayente. Cada vez, cuando caminaba por las frías sombras, me encontraba otro rostro familiar entre los ancianos.

Pensaba que lo tenía controlado. De veras que sí. Pero eso era porque no pensaba que Kina se molestaría en ser sutil con alguien tan corto de luces como yo. Ignoraba el hecho de que ella era la diosa de los Impostores. Y olvidaba que Dama me había dicho que todo lo que parecía ser Kina no tenía por qué ser Kina.

Todo aquel lugar empezó a oler más dulce. Se hizo más relajante, más seguro, más confortable, al igual que pasear con el fantasma había llegado a ser

reconfortante. Tenía la sospecha de que mi disfrute de esa comodidad era una de las razones por las que el Viejo me trajo aquí antes que a los demás. Quería que me desenganchara.

Quise decirle que lo tenía dominado porque creía que lo tenía. Pero mientras nos quedábamos allí en las colinas a esperar a que el resto del ejército recorriera aquel laborioso camino, pasé un montón de días fríos y noches aun más frías acurrucado junto al fuego, asustando a Thai Dei, amañando mis anotaciones y durmiendo. Mucho. Porque cuando dormía podía alejarme del centro, donde permanecía el dolor en un pequeño núcleo duro que no se extinguía. A veces incluso me parecía volar como lo había hecho con Humo, aunque no lejos, ni a ningún sitio interesante. Yo era lo opuesto a Dama, que siempre luchaba contra sus sueños hasta no poder más.

Era una seducción suave. Kina reemplazaba a Humo poco a poco.

Noté que el capitán me observaba de reojo por las mañanas, con recelo, cuando me levantaba de mala gana. Thai Dei no decía nada, pero parecía preocupado.

Capítulo 39

Los hombres estaban cantando alrededor de las hogueras a pesar de que había nevado. La moral estaba alta. Estábamos encontrando bastante para comer. Teníamos un refugio medianamente decente. El enemigo no estaba intentando incomodarnos. Había grupos de avanzadilla de la fuerza principal en la provincia dispersos por un amplio arco alrededor de Kiaulune, asentándose para esperar la fase final de la campaña. Pero incluso cuando el tropel se sienta en corrillo, a jugar al tonk, alguien tiene que hacer algo para que las cosas sigan en marcha. El Viejo metió la mano en su bolsa de los trucos y sacó la pajita que ponía mi nombre.

Creo que amañó el sorteo.

Me tocó la tarea de llevar a la patrulla al norte para encontrarnos con una cuadrilla de oficiales del servicio de intendencia que venían del exterior para empezar a estudiar las mediciones para la distribución del campamento una vez nos hubimos puesto serios sobre asediar Atalaya. Traían algunos prisioneros que Dama pensaba que el capitán encontraría interesantes.

En tres ocasiones que viajamos al exterior tuvimos encontronazos con guerrilleros. De vuelta tuvimos otro. La tensión nos estaba agotando. Yo estaba extenuado. Aunque todavía no en un cien por cien, pese a sus protestas en contra, Thai Dei también estaba consumido.

—Mensaje de tu cariñito —dije al Viejo, arrojándole un paquete de cuero que pesaba como para tener un par de ladrillos dentro—. Cletus y sus hermanos están con este grupo. Ya están hablando de construir una rampa para superar la muralla de Atalaya.

—Ni de coña. ¿Estás bien?

—Estoy muerto de cansancio. Nos topamos con guerrilleros otra vez. Mogaba está cambiando su estilo.

Me miró con dureza, pero me dijo:

—Descansa un poco. Los chicos han encontrado una casa que quiero que inspecciones mañana. Podrías llevarte a Cletus y los demás, y que te digan cuánto trabajo necesita el sitio.

Gruñí. Ahora tenía un sitio agradable, excavado en la ladera de una colina, una auténtica manta colgando delante para no dejar pasar el viento y contener la calidez de mi hoguera. Nuestra hoguera. Mi cuñado se escondía allí conmigo. Estábamos convirtiendo ese sitio en una casa señorial en nuestro tiempo libre, comparado con todo lo que habíamos tenido desde que nos fuimos de Dejagore.

Entre los dos nos quedaba la energía suficiente para gruñimos el uno al otro por algún trozo de pan duro mientras encendíamos el fuego, luego nos desplomábamos en montones de harapos que habíamos recolectado de las ruinas de Kiaulune.

Me quedé dormido preguntándome lo feo que podría ponerse el problema de la guerrilla. En esta época del año podíamos matarlos de hambre para que se doblegaran solo con mantener fuera a un montón de forrajeros. Pero si sobrevivían al invierno, tendríamos un gran problema con ellos en la primavera, cuando deberíamos plantar nuestra propia cosecha, y luego tendríamos que trabajar y protegerla de que la esquilmaran.

No me preocupé mucho tiempo por eso. El sopor apareció y me agarró. Los sueños me estaban esperando.

Esta vez empecé con los desechos de muerte, la extensión de cadáveres y huesos, pero ya no era la tierra nocturna que había sido antes. Faltaba el hedor. Los cadáveres se parecían a los cadáveres de las pinturas, pálidos, mostrando poca sangre. No había asomo de la descomposición que se produce después de haber estado tendidos al sol durante algunos días. No había moscas, ni gusanos, ni hormigas, ni carroñeros rasgando los cuerpos.

Esta vez algunos de los cadáveres abrieron los ojos cuando pasé, algunos se parecían vagamente a gente que conocí hace mucho tiempo. Mi abuela, un tío a quien quería, amigos de la infancia y un par de amigos de los primeros días en la Compañía, que habían muerto hacía poco. La mayoría de ellos parecían sonreírme.

Entonces me encontré con el rostro que debería haber esperado, por el que toda esta serie de sueños deben haber sido coreografiados para desconcertarme. Sí, debería habérmelo esperado, pero me cogió totalmente por sorpresa.

—¿Sahra?

—Murgen. —Su respuesta no sonaba más que el revuelo de una brisa débil. Un susurro de fantasma. Como cabría esperar. Como yo esperaría, en todo caso, por lo ingenuo que soy con estas cosas.

Vi la trampa al instante. Kina iba a volver a ofrecerme mi muerte. Podía pedir rescate por lo que se había llevado. Por supuesto en aquel momento no me importó. Podría recuperar a mi Sari.

Tenía a mi Sari durante el tiempo que le llevara a mis emociones comprometerse totalmente. Entonces aparecí en un lugar oscuro, frío, terrorífico, que se suponía que yo debía creer que era a donde iba Sari cuando yo no estaba allí para arrastrarla hacia la luz.

No era muy sutil.

Supongo que Kina nunca necesitaba sutileza.

El ardid me rompió en pedazos. Pero...

La influencia del exterior aceleró mi razón, así como mis emociones. Me di cuenta de que Kina estaba actuando para un público autóctono, como si yo fuese tagliano o de uno de los estados hermanos de Taglios, donde las religiones están estrechamente relacionadas. Ella no podía comprender el hecho de que no me hubiera

criado empapado en las mitologías sureñas. Ni siquiera este contacto conmigo en mis sueños me convencía de que fuese divina. Su plan era algo que Dama podía haber logrado con lo mejor de sus poderes, algo que su difunto marido podía haber arreglado desde su tumba.

No dejé que lanzara el anzuelo, por muy dulce que fuese la carnada.

Así que agarró el dolor de mi alma y lo arrastró desnudo y gritando por las zarzas. Me desperté con Thai Dei agitándome violentamente. Grité:

—¡Tranquilo, hombre! ¿Qué pasa?

—Estabas gritando mientras soñabas. Estabas hablando con la Madre de la Noche.

Lo recordaba.

—¿Qué dije?

Thai Dei negó con la cabeza. Mintiendo. Lo había entendido. Y lo que había oído le había trastornado.

Puse en orden mi mente y mi cara, y arrastré mi entumecido culo hasta el puesto del capitán.

A ese hombre le pasaba algo. Quiero decir, yo también tengo gustos espartanos pero se me ocurre algún lujo que poder exigir si fuera dictador de un gran imperio, un poderoso caudillo, capitán de la Compañía Negra; y habría gente alrededor que estarían encantados de hacer que yo estuviera más cómodo. Pero él estaba viviendo en media tienda de campaña, una especie de cobertizo, en parte una porquería de barraca, como el mozo de cuadra más humilde. Le protegía del viento. Su única exigencia a su estatus era que no compartía.

No tenía centinelas desmañando a su alrededor a pesar de que nos encontrábamos en territorio enemigo, a pesar de nuestras sospechas de que algunos Estranguladores entregados todavía merodeaban entre nuestras filas.

A lo mejor él creía que no necesitaba guardias porque un viejo árbol seco asomaba amenazador por encima de su refugio. Casi siempre lucía con orgullo un conjunto de cuervos pendencieros.

Me invité a entrar.

—Estás contando demasiado con las obsesiones de Almas, jefe. —Me pareció tener la sensación de que estaba siendo examinado detenidamente mientras me acercaba. Tal vez Matasanos tenía razones para confiar.

Estaba dormido. Había dejado una lámpara prendida. Subí un poco la fuerza, me puse a trabajar con la intención de despertarlo. Volvió en sí, pero no estaba muy contento. Rara vez tenía la ocasión de dormir tanto como quería.

—Más vale que sea algo bueno, Murgén.

—No sé si lo es o no, pero tengo algo de qué hablar —le aseguré—. Intentaré terminar rápido. —Le hablé sobre el sueño. Y sobre los sueños que había tenido antes

que ese.

—Dama me dijo que podías estar vulnerable, sin saber de Humo, aunque ella no vio cómo podías estar.

—Estoy seguro de que hay un motivo —dije—. Creo que sé lo que está intentando hacer. Lo que no puedo imaginarme es por qué.

—Eso me dice que no lo has considerado de verdad.

—¿Qué?

—Sabes exactamente por qué, pero eres demasiado vago para comprenderlo por ti mismo.

—Gilipolleces. —Pero oculté mi genio. Detecté que estaba a punto de disfrutar de una de sus charlas.

—Eres de interés porque eres el portaestandarte, Murgan. Has pasado los últimos años rellenando mis Anales y los de Dama con material nuevo, así que los conocías bastante bien. A estas alturas ya deberías sospechar que el estandarte tiene algo especial.

—¿La Lanza de la Pasión?

—Según los Maestros de las Sombras. No sabemos lo que significa. Tal vez la respuesta esté en esos viejos Anales que agazapaste en el palacio. Sea lo que sea, está claro que a algunos les encantaría echar mano a ese estandarte.

—Incluida Kina. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Evidentemente. Tú estudiaste el mito de Kina mientras estabas atrapado en Dejagore. ¿No se suponía que los estandartes de las Compañías Libres de Khatovar eran los vergajos de demonios o algo así?

Eso llevó a un intercambio de especulaciones obscenas acerca de por qué Kina quería el estandarte, un par de risitas... entonces el capitán dijo:

—Hiciste lo correcto al decírmelo. A todos nos están pasando estas cosas por dentro. Las estamos manteniendo bien guardadas y en secreto y nos estamos acostumbrando. Pienso yo. Mira, ten paciencia. Mantente alerta. Un Ojo estará aquí mañana o pasado mañana. Habla con él, y luego haz exactamente lo que él te diga. ¿Entendido?

—Lo pillo. ¿Pero qué hago al respecto?

—Échale huevos.

—Echarle huevos. Vale.

—De vuelta a tu guarida echa un vistazo a Kiaulune y pregúntate si eres el primer tipo en este mundo que ha perdido alguna vez a alguien a quien quería.

Oh, oh. Se estaba impacientando con mi rechazo a recuperarme.

—Vale. Buenas noches. —Le deseé. Era más bien como «que tengas una noche infernal durante un buen rato». Cada vez que me echaba a dormir iba derecho a la llanura de la muerte. Ni una vez llegué a la caverna de los ancianos. En cuanto la cosa

se ponía fea me despertaba, normalmente por mi cuenta, pero en dos ocasiones con la ayuda de Thai Dei. ¡Pobre hombre! Sin decirme lo que pensaba en realidad sobre mí después de cuatro años viéndome experimentar estos extraños comportamientos.

Al final, al parecer desconcertada por mi falta de receptividad, Kina me abandonó (arrastrando más de un indicio de amenaza exasperada tras ella).

Y cuando se acabó no estuve muy seguro de que todo aquello no hubiera sido algún monstruo fruto únicamente de mi propia imaginación.

Dormí. Desperté. Salí a rastras de mi refugio. Como otro personaje privilegiado podía haberme aprovechado y no compartir, tampoco, si hubiera querido. De hecho, como analista, merecía una carpa de las que se usan para pequeñas reuniones, un auténtico palacio de lona donde podría extenderme y trabajar.

Lo merecía, pero nunca lo vería.

El estandarte se encontraba fuera. No parecía algo que debiera suscitar la envidia de un herrero, y ya no digamos de grandes poderes. No era más que una vara larga de madera con una punta de lanza vieja y oxidada en lo alto. A metro y medio de la punta había una cruceta de metro veinte atada al mástil. De ahí colgaba la bandera negra que llevaba el artefacto que habíamos adoptado en el norte, el cráneo de plata exhalando llamas doradas que se originó como sello personal de Atrapa Almas. El cráneo no era humano porque tenía unos exagerados dientes caninos. No había mandíbula inferior. Una de las cuencas oculares era color escarlata. En algunas representaciones era el ojo derecho, en otras el izquierdo. Tengo la seguridad de que eso tiene algún significado, pero nadie me ha dicho cuál. Puede haber tenido algo que ver con la naturaleza inconstante de Atrapa Almas.

Todos los hermanos de la Compañía llevaban una insignia de plata con un diseño similar. Nos las hacen donde queramos. Algunas las juramos con nuestra propia muerte. Algunos hombres llevan tres o cuatro en honor a la historia de Matasanos de regresar a Khatovar. De hecho, creo que Otto y Lamprea tienen varias docenas de ellas que se trajeron del norte.

El artefacto del cráneo no es tan intimidatorio por sí mismo. Es espantoso por lo que representa.

Toda la gente, por lo menos en este extremo del mundo, finge estar aterrorizada por lo malvada que fue la Compañía la última vez que pasó por aquí. Era difícil creer que nadie pudiera haber sido tan cruel como para que el miedo persistiera durante cuatro siglos. No hay nada tan terrible que no se olvide en unas cuantas generaciones.

De alguna manera Kina tenía que ser la responsable. Lleva un siglo manipulando a esta gente, cumpliendo sus propios sueños. Cuatro siglos era muchísimo tiempo para crear una histeria permanente. De hecho, si suponías que la gran diosa negra estaba detrás de eso, podías explicar muchas cosas que nunca antes habían tenido sentido. Incluso explicaba por qué había implicadas tantas personas desquiciadas,

grandes y pequeñas.

¿Podía ser que el hecho de que Kina desapareciera de escena causara una epidemia de cordura a todos los niveles?

¿Pero cómo te deshaces de un dios? ¿Hay alguna religión en la que te enseñen eso? ¿Cómo quitarte de encima a tu dios si se vuelve aborrecible? No. Lo único que te dan son consejos sobre cómo sobornarlos para que te dejen en paz durante unos minutos.

Capítulo 40

Una vez más Un Ojo amenazó con resultar inútil.

—Me tienes cogido por las pelotas, —fue su respuesta cuando le pregunté qué podía hacer con mis sueños.

—¡Maldita sea! Matasanos dijo que tendrías la respuesta. Pero si vas a ponerte así, que te den. Que te la pique un pez.

—Eh, Cachorro, tranquilo. ¿Con qué pico?

—Eres estúpido a propósito.

—Eres demasiado joven para ser tan cínico, Cachorro. ¿De dónde has sacado la idea de que yo no podría resolver algo tan simple como un invasor de sueños?

—La saqué de algo que este pequeño viejo poltrón me dijo hace unos veinte segundos.

—De eso nada. —Empezó a dar pisotones—. Mierda. ¿Estas seguro de que el Viejo te dijo que me vinieras a mí con esto?

—Estoy seguro.

—¿Y me lo has contado todo? ¿No te has dejado ningún pequeño detalle, por ser demasiado orgulloso para mencionarlo, que vaya a morderme el culo si hago algo?

—Te lo he contado todo. —Me había costado, pero lo había hecho.

—Tengo que dejar esto. Me estoy volviendo loco. —Me mostró su mejor mirada de cólera—. ¿Estás seguro de que el Viejo te envió a mí? ¿No estabas oyendo voces?

—Estoy seguro. —Me quedé mirando a ese estúpido sombrero suyo, preguntándome si yo podría hacer que se quedara quieto el tiempo suficiente para acabar con su sufrimiento.

—A nadie le gustan los listillos, Cachorro.

—Hasta tú tienes amigos, Un Ojo.

Empezó a encabritarse.

—No quiero hacer esto. No creo que Matasanos sepa lo que está haciendo. ¿Por qué iba a hacerlo?

No me di cuenta de que estaba hablando consigo mismo, no conmigo.

—Porque soy un hermano y necesito ayuda.

—De acuerdo. No me digas que tú no pediste esto. Ven, sube al carruaje.

Un escalofrío de expectación me sobrecogió. Fue tan fuerte que tanto Un Ojo como Thai Dei lo notaron. Un Ojo murmuró para sí. Mientras empezaba a darse la vuelta dijo a Thai Dei:

—Tú ven también.

El porqué de aquello resultó ser madre Gota.

—Apareció, ¿eh? —Observé. Probablemente no soné emocionado. El hecho era que no lo estaba. Tener a madre Gota cerca solía hacerme preferir tener forúnculos en

el trasero.

—La encontré sentada junto al camino al bajar la ladera norte del desfiladero, con aspecto totalmente desolado.

Sabía que era una pérdida de tiempo, pero pregunté de todas formas:

—¿Dónde has estado? ¿Dónde está tío Doj?

¿He dicho algo en voz alta? Por lo visto no. No respondió. Empezó a criticar con insistencia a Thai Dei sobre cómo se estaba arreglando. Tal vez tenía el pelo demasiado largo o la barba sin afeitar, lo cual carecía de importancia. Siempre había algo por lo que protestar y algo que criticar.

Un Ojo dijo:

—Mientras ellos se ponen al día quiero que te subas a la carreta y vayas a dar un paseo con el fantasma. ¡So, chaval! No nos pongamos tan ansiosos. Si el Viejo quiere que me veas por lo de tus sueños solo hay una razón posible. —Miró por encima de su hombro. Miró muy fijamente a madre e hijo—. Algo en lo que me dijo que dedicara un poco de tiempo antes de que salierais en vuestra aventura por aquí.

—¿Crees que puedes llegar al origen de esto? —Tenía las dos manos en la puerta de carga del carruaje.

—De acuerdo, listillo. Entra ahí, lleva a Humo hasta la noche en que murió tu esposa. Observa lo que sucede.

—¡Maldita sea!

—Cierra el pico, Cachorro. Ya no aguanto más toda tu autocompasión. Y el Viejo tampoco, supongo. Si quieres ser capaz de enfrentarte a esos sueños vuelve allí y echa un buen vistazo a lo que te hizo estar como estás ahora. Observa cada segundo. Tres veces, si hace falta. Luego vuelve aquí y hablaremos.

Empecé a discutir.

—Cierra la boca y hazlo. O lárgate y pásate el resto de tu vida viviendo en tus propias fantasías.

Me cabreó tanto que quise saltarle a la chepa. Lo cual no sería muy prudente por varias razones. Dejé que la ira me diera un empujón mientras me montaba en la carreta.

Supongo que uno nunca llega a conocerse a sí mismo. Creía de verdad que lo tenía controlado hasta el encuentro con Kina, hasta la tentación de la promesa imposible de devolverme mi muerte. Después de eso el dolor había vuelto a aumentar.

Era asombroso lo poco que quería ir a ver morir a Sari. La fuerza que me hacía seguir adelante, que me convencía de que tenía que hacerlo, era un tufillo a carroña que entendí como algo que podía haber sido Kina que me pasó por delante en el mundo de los fantasmas. ¿Buscándome?

Encontré el palacio. Me entretuve haciendo una visita a la radisha Drah. No había

muchos cambios excepto que había llegado la noticia sobre el triunfo en Charandaprash. El debate ahora era más animado, con la radisha forzada a tomar el punto de vista menos popular y a recordar a sus compañeros conspiradores que esta victoria esperada no significaba que se hubiera vencido a Sombra Larga. Finalmente concluyó el debate ordenando a Fibroso Mather que llevara una facción de investigadores al sur para recopilar información fidedigna. Una solución burocrática que simplemente atrasaba el día de la traición.

Con una reticencia que no llegué a comprender del todo, llevé a Humo a mi antiguo alojamiento. Todavía estaba ocupado. Todo se encontraba donde yo lo había dejado, acumulando polvo.

Hice retroceder a Humo, con mucha cautela, mientras nos aproximábamos al momento en que había sucedido el mal. Por alguna razón sentí que era muy importante no encontrarme con mi propio yo antiguo, que si lo hacía quedaría atrapado allí reviviendo lo mismo una y otra vez como había hecho en numerosas ocasiones en mis caídas en la oscuridad de Dejagore.

A lo mejor podía advertir a Sari. Aquella mujer en el pantano había notado mi presencia por un instante. Tal vez alguien que me conociera tan bien como Sahra y con lo mucho que yo quería cambiar las cosas, podría forzar un aviso a través de la barrera del tiempo.

Parecía que mis viajes de vuelta a Dejagore podían haber cambiado algunas cosas aunque no había modo de estar seguro.

Llegué allí. Guardias y demás se movían precipitadamente por todas partes, algunos perseguían a los Estranguladores, otros se dirigían a mi aposento. Sería después de que yo hubiera llegado, así que necesitaba saltarme por lo menos otra media hora.

Lo hice mientras bajaba hasta la entrada que habían usado los Impostores para entrar en el palacio. Había visto estos asesinatos antes porque había sentido curiosidad por saber cómo se podía pillar por sorpresa a unos hombres tan alerta. El primer par de Impostores vino disfrazado de prostitutas del templo desempeñando sus obligaciones hacia su diosa. Nunca había ocurrido que los guardias rechazaran a las señoritas. Habría sido un sacrilegio.

Esto fue antes de verme implicado. Subí las escaleras dando saltos hasta el aposento, donde mi suegra y Sari estaban haciendo las tareas domésticas, al finalizar el día. Tío Doj y To Tan ya estaban dormidos; Thai Dei no, probablemente porque estaba esperando que yo volviera de un trabajo en el que no había sido bien recibido. Tenía los ojos cerrados y parecía estar intentando bloquear las críticas insistentes de su madre dos cuartos más allá.

Cómo lo lograba Sari no lo sé, especialmente cuando yo era el objeto de su diatriba.

Madre Gota estaba más furiosa que de costumbre. Quería saber cuándo iba Sahra a renunciar a esta idiotez testaruda (echando mil pestes sobre la cabeza de Hong Tray) y a regresar a los pantanos que era el sitio que le correspondía. Todavía había alguna posibilidad de poder casarse, aunque desde luego no bien, viendo que ya habían pasado sus mejores años y que se había dejado profanar por un extranjero.

Sari se lo tomaba con tanta calma que supe que estaba acostumbrada a ello y no permitía que afectara a sus emociones. Se ocupó de sus tareas como si su madre no estuviera hablando en absoluto. Pronto terminaron lo que estaba haciendo. Sahra fue a nuestra habitación sin decir siquiera un «buenas noches», lo que solo sirvió para irritar más a su madre.

Siempre supe que madre Gota no tenía buena opinión sobre mí y sospechaba que hablaba a mis espaldas, pero nunca imaginé que hubiera llegado a ser tan virulento. Al verlo supe que la única razón por la que madre Gota había venido a Taglios era para llevarse a su hija de vuelta a casa.

Era consciente de que había roto ciertos tabúes tribales al venirse conmigo pero había calculado mal la auténtica profundidad del sentimiento de los nyueng bao hacia los extranjeros.

El aposento se quedó muy tranquilo. To Tan y tío Doj estaban roncando. Sari se quedó dormida casi al instante. Madre Gota estaba demasiado ocupada quejándose como para acostarse inmediatamente.

Por lo visto no necesitaba público.

Me encontraba merodeando por allí cuando se abrió la puerta del aposento y el primer Estrangulador se coló dentro. Era un pañoleta negra, un asesino que había matado muchas veces. Una tras otra. Toda una tropa lo seguía. Creían que iban a atacar a Matasanos, el Libertador. La última información fiable que tuvieron de dentro del palacio era que Matasanos vivía en este aposento. Me lo había cedido hacia poco más de una semana.

Los resultados fueron desafortunados para todos menos para el Viejo.

Instantes después de que entraran se dieron cuenta de que había varias personas en el aposento. Susurraban demasiado bajito como para ser oídos. Los dedos señalaban. Se dividieron en cuatro equipos; tres de tres hombres cada uno mientras otra media docena se quedaba en la misma habitación, justo en el vestíbulo.

To Tan, Thai Dei y tío Doj eran los más cercanos a esa habitación. To Tan era el que más cerca quedaba. Luego tío Doj. Después Thai Dei.

To Tan no tuvo ninguna oportunidad. Nunca se despertó. Pero Thai Dei no estaba dormido aún y tío Doj debía de tener un ángel de la guarda. Apareció cuando el equipo de Estranguladores chocó con él. Los que llevaban armas, cuya tarea era impedir que la víctima se defendiese mientras el Estrangulador jefe rodeaba su cuello con el pañuelo y acababa con él, no eran lo bastante fuertes para esa misión. Se los

quitó de encima, luego abatió al maestro Estrangulador de un fuerte golpe con el codo. Antes de que los otros dos pudieran volver hasta él, alcanzó a Varita de Fresno.

Thai Dei se puso en pie cuando la puerta de su habitación se abrió hacia dentro. Los hombres armados lo golpearon mientras se dirigía a coger sus espadas, lanzándolo violentamente a través de la habitación (pero no antes de que agarrara su espada corta).

Thai Dei gritaba advertencias mientras la emprendía a golpes.

Los Estranguladores que esperaban en la habitación principal entraron furiosos a ayudar a sus hermanos. Para cuando llegaron madre Gota estaba levantada sacudiendo sin sentido una espada y Sahra, que no tenía ninguna arma ni forma de salir de la habitación salvo atravesando el tumulto, estaba intentando encontrar alguna manera de bloquear la entrada.

Estudí los dos minutos siguientes una y otra vez. Durante ellos murió una docena de personas, todos ellos Impostores. Thai Dei consiguió romperse un brazo. Tío Doj persiguió a los supervivientes hasta el vestíbulo.

No sucedió como me habían contado, pero se parecía bastante, hasta ese momento. Pero después de eso no entró ningún tipo malo detrás de Doj y asesinó a Sahra. Sahra no estaba en buenas condiciones, pero estaba viva. Cuando Doj volvió de la persecución, madre Gota sugirió darle algo para calmarla. Tío Doj se mostró de acuerdo. En cuestión de minutos Sahra estaba inconsciente, en la cama donde yo la vería poco después.

Tuve que marcharme durante un rato. En cualquier momento llegaría yo. Volví cuando sabía que estaría fuera, frío, emborrachándome con algo que tío Doj me ofreció mientras estaba tumbado con mi amada.

Vi cómo se llevaban a Sari y a To Tan. Tío Doj, Thai Dei y varios familiares, como madre Gota me contaría después de que me despertara, se llevaron sus cuerpos a casa para celebrar los funerales como corresponde.

Logré sacar una cantidad considerable de ira pese a aquel ambiente amortiguador de emociones.

Seguí al grupo hasta la tierra nyueng bao. También había otros cuerpos. La invasión Estranguladora se había cobrado las vidas de varios guardaespaldas nyueng bao.

Sorpresa, sorpresa. Sari volvió a la vida antes de que el grupo saliera de la ciudad. Actuó igual que yo al despertarme y ver que se había ido.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Por qué estamos aquí? —Dirigió sus preguntas a tío Doj, pero Doj no respondió salvo para hacer un gesto a Thai Dei, que estaba distraído con el dolor de su brazo roto.

Thai Dei masculló:

—Te llevamos a casa, Sari. Ya no hay ninguna razón para quedarnos en esta

ciudad malévolas.

—¿Qué? No podéis hacer esto. Llevadme otra vez con Murgén.

Thai Dei bajó la vista hacia los adoquines.

—Murgén está muerto, Sari. Los tooga lo mataron.

—¡No!

—Lo siento, Sahra.

Tío Doj dijo:

—Muchos tooga pagaron con sus vidas, pero era un precio que estaban dispuestos a pagar. También murió mucha de nuestra gente, y donde fracasaron o no se encontraban allí, muchos de los otros también perecieron. —La palabra que usó como «otros» era el término nyueng bao para nombrar a alguien que no era nyueng bao.

—No puede estar muerto —gritó Sari. Ciertamente, ella ya tenía bien ensayado el llanto de dolor. ¡No puede morir sin ver a su hijo!

Tío Doj paró en seco, entumecido como un novillo degollado. Thai Dei miró fijamente a su hermana y empezó gimotear. Como me estaba acostumbrando al estilo nyueng bao, supuse que estaba afligido porque le sería imposible desposar a una hermana que tenía un hijo con un extranjero.

Tío Doj murmuró:

—Estoy empezando a creer que tu madre es más sabia de lo que pensábamos, Thai Dei. Culpaba a Hong Tray de todo esto. Ahora empieza a parecer que tu abuela era demasiado lista. O igual lo malinterpretamos. Su profecía podía haber incluido a Murgén solo indirectamente. Debía de ser sobre el bebé que Sahra está gestando.

Comprendí que la mujer del pantano, que ya había visto dos veces, debía ser la propia Sari.

—No habrá lugar para Sahra, entonces —dijo Thai Dei, con un dolor evidente—. Si lleva dentro el bastardo de un extranjero...

—Llévame de vuelta —dijo Sahra—. Si no vais a dejarme hacer lo que yo quiera no seré nyueng bao nunca más. Iré con la gente de mi marido. Habrá un sitio para mí en la Compañía Negra.

Esto era una herejía social de tal magnitud que tanto Thai Dei como tío Doj se quedaron sin habla.

No creo que yo me hubiera quedado sin habla si hubiera podido coger a esos dos en ese momento. Me alejé. Ya había oído suficiente para saber cuál era mi postura, cuál era la de Sari y cuál la de mi fiel compañero Thai Dei. El Viejo podía no tener razón respecto a los nyueng bao, pero desde luego no estaba equivocado.

Di un salto en el tiempo rápidamente, siguiéndole la pista a Sari. Thai Dei y tío Doj la llevaron a aquel templo donde la había reconocido antes. La dejaron en manos de un tío abuelo que era sacerdote. Sahra ahora era, en esencia, una huérfana, aunque era una mujer hecha y derecha casada dos veces. El templo era a donde iban los

nyueng bao que no tenían familia. El templo se convertía en su hogar. Los sacerdotes y monjas eran su familia. A cambio, se esperaba que los huérfanos dedicaran sus vidas a las buenas obras y a las deidades que veneran los nyueng bao.

Nadie nunca me hizo ninguna aclaración sobre eso, aunque el templo donde escondieron a Sahra presumía de varios ídolos que se parecían mucho a varios dioses gunni.

Los shadar solo tienen un dios de magnitud suficiente para justificar ser un ídolo y la doctrina vehdna proscribía cualquier tipo de imagen.

Me centré en cómo estaba Sari hoy. La seguí en sus deberes durante una hora. Estaba ayudando a tener el templo limpio, llevando agua, ayudando en la cocina, bastante parecido a lo que hubiera hecho si estuviera viviendo en una de las aldeas con un marido nyueng bao. Pero la gente del templo la rechazaba.

Nadie hablaba con ella excepto un sacerdote con el que se la relacionaba. No hacía falta decir nada. Se había mancillado a sí misma. La única persona que la visitaba era un caballero anciano llamado Bahn Do Trang, un agente comercial cuya amistad Sahra se había ganado durante el asedio de Dejagore. Bahn había sido el interlocutor entre nosotros la última vez que la familia de Sahra había intentado separarnos. Él había hecho imposible a Sahra huir y alcanzarme antes de que pudieran pararla.

Banh lo comprendía. Banh había amado a una mujer gunni cuando era joven. Se había pasado la mayor parte de su vida comerciando en el mundo exterior. No pensaba que todo lo «otro» fuese puramente maldad.

Banh era buena gente.

Busqué con ahínco y escogí mi momento cuidadosamente, cuando Sari estaba en su oración vespertina. Bajé mi punto de vista hasta estar frente a ella, justo a la altura de los ojos. Puse toda mi voluntad.

—Sari. Estoy aquí. Te quiero. Te mintieron. No estoy muerto.

Sari emitió un pequeño sonido como el quejido de un cachorro. Por un instante pareció mirarme directamente a los ojos. Pareció verme. Entonces dio un respingo y huyó de la sala, aterrorizada.

Capítulo 41

Un Ojo siguió dándome bofetadas hasta que salí de allí.

—Maldito mierdecilla, ¡para ya! —Me ardía la cara. ¿Cuánto tiempo llevaba aporreándome?—. ¡Estoy aquí! ¿Qué cojones pasa contigo?

—Estabas gritando mucho, Cachorro. Y si hablaras en un idioma que tus parientes pudieran entender, te meterías en un marrón. Venga. Contrólate.

Estaba controlado. Hay que aprender a manejar las emociones si quieres sobrevivir en este tinglado. Pero mi corazón seguía palpitando y mi mente acelerándose. Temblaba como si tuviera convulsiones. Un Ojo me ofreció un vaso grande de agua. Me lo bebí.

Dijo:

—En parte es culpa mía. Me fui a deambular por ahí. No pensé que estarías fuera tanto tiempo. Pensé que te lo imaginarias y traerías tu culo de vuelta para ver qué planeamos hacer al respecto.

Grazné:

—¿Qué planes tienes tú al respecto?

—No tengo ningún plan. Creo que el Viejo iba a dejarlo pasar y mantener los ojos abiertos hasta que decidiera que necesitabas saberlo.

—¿No iba a decírmelo?

Matasanos no estaba más fascinado con mi matrimonio que la gente de Sahra.

El muy cabrón.

—Necesito verlo.

—Él querrá verte. Cuando te controles.

Gruñí.

—Avísame cuando puedas pasar sin tantos gritos y protestas.

—Puedo hacer eso ahora mismo, ¡pedazo de mierda! ¿Qué os proponíais, no contarme...?

—Avísame cuando puedas pasar sin tantos gritos y protestas.

—Pedazo de mierda. —Me estaba quedando sin veneno. Había estado ahí fuera mucho tiempo. Necesitaba comer. Tenía la sensación de que no me iban a dejar comer nada hasta después de mi audiencia con Matasanos.

—¿Estás preparado para hablar? —preguntó Matasanos—. ¿Ya has acabado de gritar y protestar?

—¿Os habéis pasado todo el tiempo que yo paseaba con el fantasma ensayando vuestra actuación?

—¿Qué se traen entre manos tus parientes, Murgen?

—No tengo ni puta idea. Pero estoy pensando que igual quiero poner los pies de tío Doj en el fuego y preguntarle.

Matasanos estaba bebiendo té. Los taglianos son grandes bebedores de té. Los hombres de Lugar de las Sombras de por aquí eran todavía más aficionados al té. Dio un sorbo. ¿Quieres un poco?

—Sí. —Necesitaba líquido.

—Piensa en esto. Lo interrogamos debido a que de repente sabes que te jodieron. ¿No piensas que cualquiera, nyueng bao o lo que sea, podría preguntarse cómo es que lo supiste de repente cuando estás como a mil trescientos kilómetros de las pruebas?

—No me importa...

—Exacto. No estás pensando nada más que en ti. Pero cualquier cosa que hagas va a afectar a todos los miembros de la Compañía. Podría afectar a todos los hombres que vinieron a estas montañas con nosotros. Podría cambiar el curso de esta guerra.

Quise restar importancia a sus alegaciones porque estaba muy dolido y quería con toda el alma causar algún dolor yo mismo. No podía. Había pasado tiempo suficiente para que la razón empezara a asomar su sensata cabeza. Me tragué las palabras que me subían por la garganta. Bebí mi té. Pensé. Dije:

—Tienes razón. ¿Qué hacemos entonces?

Matasanos me sirvió un poco más de té.

—No pienso hacer nada. Pienso que sigamos como hasta ahora. Pienso que hagamos como la araña cavadora. Pienso que solo tres tipos conocen la increíble herramienta que tenemos y nadie más necesita saberlo.

Gruñí. Bebí un poco de té. Dije:

—Ella cree que estoy muerto. Está viviendo toda su vida basada en esa mentira.

Matasanos jugueteó con su fuego. Miró en su bolsa de té. Un Ojo finalmente se dio cuenta.

—Ah, sí. Me imaginé que estabas familiarizado con ese libro de los Anales que escribió la mujer del capitán. —Me mostró una sonrisa sarcástica con un par de dientes desaparecidos.

—Vale. Tú sigue siendo sensato. A ver si me importa. Imbécil.

—Tengo una idea genial, Cachorro. Ven al carruaje conmigo. Podría interesarte una cosa que encontré el otro día.

Matasanos dijo:

—No os vayáis demasiado lejos. Ahora tenemos aquí bastante gente, es hora de empezar a acosar a Sombra Larga.

—Por supuesto —dijo Un Ojo. Se agachó evitando el faldón de la puerta de la tienda, refunfuñando—, no podemos dejar la mierda en paz. —Yo me agaché detrás de él. No paró—. Podríamos sentarnos aquí fuera durante los próximos cien años y no hacer daño a nadie. Levantar nuestro propio maldito reino. Matar de hambre a ese

hijo de puta. Pero no, tenemos que hacer una especie de... —Un Ojo volvió la vista atrás. El Viejo no podía oírnos—. Ya estoy harto de esa mierda. Capullo. Nunca me contaste lo de Goblin.

—¿Qué hay que contar?

—Sabías donde estaba desde el principio, ¿verdad? No estaba muerto ni nada por el estilo. Sorteaste las instrucciones que dio Matasanos a Humo y encontraste al inútil mierdecilla.

No dije nada. Goblin todavía estaba ahí fuera él solo, en algún lugar, se supone que continuando con su misión, que probablemente aún necesitaba mantenerse en secreto.

—Ajá. Yo tenía razón. Nunca has sabido mentir. ¿Dónde está, Cachorro? Tengo derecho a saberlo.

Empecé a alejarme. Podía ser el momento de irme con la música a otra parte.

—Te equivocas. No sé dónde está. Ni siquiera sé si sigue vivo. —Lo cual era cierto.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—¿Es que tengo un defecto del habla? Has tenido a Humo todo el mes, ¿recuerdas? Tú. El pequeño cacho de mierda que andaba ganduleando por ahí arriba en esas colinas mientras yo estaba aquí abajo esquivando las sombras y las emboscadas de los de Lugar de las Sombras.

—Ahora te estás burlando de mí. No se ha visto ninguna sombra desde la noche que acabamos con ellas en... ¡Pamplinas! Me estás contando pamplinas.

—Sí. Supongo que olvidé la primera norma.

—¿Eh? ¿Cuál es?

—Nunca confundir los hechos.

—Listillo. Llevo resistiendo en este mundo doscientos años para poder aguantar esta mierda. —Se subió de un salto en el remolque de su carruaje y se inclinó dentro. Empecé a poner un poco más de distancia entre nosotros. Buscó entre algunos trapos detrás del asiento del conductor. Miró por encima de su hombro, me vio moviéndome—. Espera ahí, gilipollas.

Bajó de un salto, empezó a sacudir los brazos mientras chillaba y rechinaba en una de esas lenguas que usan los magos para que el resto de nosotros pensemos que hay algo terriblemente extraño y místico en lo que hacen, más o menos como los abogados. A Un Ojo a veces también le daban de repente ataques no provocados de abogacía.

Empezaron a crepitar chispas entre las puntas de sus dedos. Sus labios se tensaron en una sonrisa maligna. No iba a entregarle a Goblin así que tendría que ocupar su lugar.

Maldita sea, ojalá pudiera volver Goblin.

—¿Qué es esto?

Me giré. El capitán nos había seguido. Un Ojo tragó aire. Me escabullí un par de pasos rápidamente, dejando al Viejo también dentro del campo de fuego.

Un Ojo empujó las manos en los bolsillos para esconderlas.

—¡Huy! —Dijo con un fervor suave, repentino. Las chispas no habían parado.

Matasanos me preguntó:

—¿Ha estado bebiendo otra vez?

—No sé cuándo. A no ser que fuera antes de despertarme. Pero actúa como si lo hubiera hecho.

—¿Quién? ¿Yo? —chirrió Un Ojo—. Yo no. Ni en broma. Ya no toco la priva.

Observé:

—No ha tenido tiempo de prepararla.

—Eso no significa una mierda. Si hay algo que se pueda robar, lo encontrará. ¿Conoces a alguien más que de repente empiece una pelea sin razón alguna?

—No hay nadie así en esta organización —insistió Un Ojo—. A menos que cuentas a Goblin. A veces él... Ya no está en esta organización, ¿no, capitán?

Matasanos lo ignoró. Me preguntó:

—¿Estás planeando volver a salir ahora con Humo?

—No. —No se me había ocurrido eso, sino comer.

Matasanos gruñó:

—Necesito hablar con mi mago personal, aquí. ¿Un Ojo?

Me marché. ¿Ahora qué?

La comida.

Comí hasta que los cocineros empezaron a quejarse de que algunas personas pensaran que eran especiales.

Después de acabar di un paseo por las laderas nevadas para calmar la tormenta que llevaba dentro. El cielo prometía más nieve. Hasta ahora habíamos tenido suerte, sospeché. Ninguna de las nevadas había sido fuerte y ninguna había durado mucho. Espié a Thai Dei y a su madre, esta última ofreciendo alguna de sus opiniones. Todavía.

Los mantuve a distancia.

Eché un vistazo a Swan y a Hoja, a lo lejos, trotando hacia algún sitio con mucha prisa. Eso significaba que Dama había llegado, o por lo menos que llegaría pronto. Su avanzadilla estaba construyendo un campamento.

Al sur, más allá de Kiaulune, una lanza de luz se abrió paso entre las nubes y alcanzó Atalaya. Toda la enorme fortaleza relumbró como una idea religiosa del paraíso. Tenía que llevar a Humo hasta allí y ponerme al corriente. Pero no inmediatamente. Un Ojo y el Viejo aún estaban compartiendo ideas. Tal vez hablando de mí.

Di un paseo colina abajo hacia donde los soldados de Dama estaban construyendo su campamento. Me pregunté cómo era que Dama y Hoja se llevaban tan bien. Él había sido su principal ayudante antes de su desertión. No le había contado lo que estaba pasando cuando lo hizo. No la veía perdonándole el engaño, por muy fructuoso que fuese el resultado.

Los cuervos revoloteaban por el campamento. A lo mejor Dama estaba allí.

Matasanos tenía razón. Teníamos que estar paranoicos. Todo el tiempo. Si no era el Maestro de las Sombras quien estaba espiando sería Atrapa Almas, o los Impostores, o Aullador. O la propia Kina. O los nyueng bao. O los agentes de la radisha. O espías de los sacerdotes, o...

Capítulo 42

Había llegado Dama sin que nadie me lo dijera. No tuve problemas para entrar a verla. Eso me hacía preguntarme si iba a ser fácil salir.

Ella tenía sus propias preguntas:

—¿Qué estamos haciendo ahora, Murgen? ¿A qué juega esta vez?

Me detuve a un paso de ella, con la boca abierta. Había habido cambios desde la última vez que la vi. Esta no era la Dama con la que había viajado al sur. Esta no era la mujer que había parecido tan atormentada frente a las Dandha Presh. Esta criatura era la Dama de los viejos tiempos resucitada, un ser con un poder tan terrorífico que le costaba inhibirse para tener un aspecto presentable.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Murgen.

—¿Qué? —Chillé. Me recordé a mí mismo que era el analista. El analista no tiene miedo. Se mantiene al margen de disputas dentro de la Compañía. No se siente intimidado por sus hermanos. Toma nota de la verdad.

De todos modos me asustó.

—Quiero saber...

—Lo que quieras saber será mejor que se lo preguntes al Viejo. No podría decírtelo ni aunque fuera tan mentecata como Sauce Swan. A mí tampoco me cuenta nada. Sigue manteniéndolo todo dentro de su cabeza. ¿Has visto ese sitio de allí? Peor que la torre de Hechizo. Pues no le ha prestado ninguna atención desde que llegamos aquí. No le he visto hacer mucho de nada. Aunque Sombra Larga y Aullador tampoco han hecho gran cosa.

—Es frustrante.

—Ya. Y puede que ni siquiera sea muy inteligente teniendo en cuenta en qué condiciones quedaríamos si los Estranguladores lo cogieran.

—Es menos probable de lo que piensas.

—¿Por Atrapa Almas?

—Sí.

—Ella no puede estar en todas partes más que tú. Y los llaman los Impostores por una razón. —Esperaba que mi voz no fuese chillona. Estaba intentando hacerme el valiente.

—No querías verme por nada de eso.

—No. Tengo un problema. Mis sueños están empeorando. Ahora son realmente horribles. Quiero saber cómo impedir que pasen.

—No he encontrado la forma. Tienes que aprender a recordar lo que son. ¿Te ha estado llamando Kina?

—Creo que no. Es más como si ella se abriera paso entre mis sueños y no se diera

cuenta de que estoy si me quedo muy quieto. O a lo mejor estoy escuchando sin querer las pesadillas de otra persona.

—Cuéntamelas.

Se las conté.

—Se parecen mucho a los sueños que he tenido siempre. En la mayoría de los casos estoy en la llanura.

—¿Hay cuervos allí?

—¿Cuervos? No. Allí no hay nada vivo.

Lo consideraré.

—En realidad, lo que dije antes no es exactamente cierto. Parece ser consciente de mi presencia expresamente. La otra noche me llevó a través de una versión del sueño de la llanura donde vi a mi esposa. Hablé con Sari. Me insinuó que podía recuperarla.

—Eso es nuevo. Para mí los horrores no hacen más que empeorar. Pienso que lo hace para acabar agobiándome.

Tuve la sensación de que ella tampoco me estaba contando toda la verdad. Dije:

—Me cuesta creer que pudiera enseñarme nada peor de lo que he visto en la vida real. Sabiendo lo que está intentando hacer...

—Se las arregló para utilizarme, Murgén. Porque yo pensaba que sabía lo que ella estaba haciendo. Pero no lo sabía. Es la reina de los Impostores. Yo no era su Hija de la Noche en absoluto. Yo solo era una yegua de cría que iba a engendrar un mesías Impostor para ella. No cometes el error que yo cometí Si de verdad ha reparado en ti, ten mucho, mucho cuidado. Y mantenme informada.

Gruñí.

—¿Llevaste la cuenta de las horas en que pensabas que notabas a Kina?

—Mmm... —Sí. Pero la mayoría de las veces que se acercaba a mí, yo estaba fuera con Humo—. No muy bien. —Le dije un par de horas que eran inofensivas.

—Eso no es de mucha ayuda. Controla tus emociones. Tu esposa sería una manera obvia de manipularte. ¿Tienes idea de por qué?

—Supongo que por el estandarte.

—Por supuesto. Se amontonan las pistas, pero nunca tenemos la historia. La Lanza de la Pasión. Lo que pasa es que esa cosa nunca ha mostrado ninguna propiedad especial.

Sí lo había hecho, pero en un momento y de una forma que no podría explicar sin descubrir a Humo. Matasanos una vez hirió a Aullador con ella. Solo fue una herida superficial, pero el pequeño mago casi se muere.

—A lo mejor no tenemos realmente la Lanza. Puede que la gente simplemente piense que la tenemos.

Murmuró:

—¿Es esta otra complicada falacia?

Pregunté:

—¿Cómo acabo con los sueños?

—¿Es que no estabas escuchando? No puedes.

—No creo que sea lo bastante fuerte para vivir con ellos.

—Aprende. Los míos desaparecieron después de nacer el bebé. Pero no por mucho tiempo. Creo que Kina olvidó romper la conexión.

—Tal vez era Narayan quien debía hacer eso cuando se llevó a tu hija.

—Por supuesto que era él.

—No pretendía recordarte...

—No necesito que me lo recuerden. Lo recuerdo muy bien. Cada minuto de cada hora. Y algún día, pronto, tengo pensado discutirlo con Narayan, de cerca y en persona. —Cuando dijo eso, pareció tan desagradable como la propia Kina, aunque quizá había que estar ahí y conocer su historia para disfrutar de todo el impacto al completo—. Ahora va a conseguir su Año de los Cráneos. Se ha quedado sin sitios donde esconderse.

—Has visto Atalaya. ¿Crees que necesita esconderse?

Antes de que contestara, Hoja asomó la cabeza en la harapienta tienda.

—Un Estrangulador acaba de intentar atacar a Sauce. Le cuesta un poco respirar, pero se pondrá bien.

—¿Habéis cogido vivo al asesino? —preguntó Dama.

Me acerqué con cuidado a la salida. Su estado de ánimo se estaba volviendo más siniestro. No quería que me presionara.

Hoja sonrió con burla.

—Está perfectamente. Aunque le daría un ataque al corazón si tuviera.

Empecé a moverme alrededor de Hoja. Dama me miró con recelo, queriendo decir que pensaba que teníamos que hablar más tarde. Debería considerar mantenerme alejado de su camino. Quizá ya había sido demasiado abierto con ella.

Me mantuve a distancia, pero observé. Los métodos interrogatorios de Dama eran hábiles, despiadados y eficaces. La lección no pasó inadvertida para ninguno de los testigos.

En cuestión de minutos el Estrangulador reconoció haberse infiltrado entre los seguidores de campo después de nuestra victoria en Charandaprash. La orden había venido del mismo Narayan Singh. Sauce Swan había sido su objetivo principal. A otros hombres pañoleta roja se les habían asignado otros objetivos. Ellos también se habían ocultado entre los seguidores de campo. La propia Hija de la Noche les había ordenado que fuesen muy cuidadosos al cumplir su misión. Quedaba tan poca prole de Kina que parte de sus obligaciones con su diosa ahora era resguardarse por el bien

de Kina.

Dama sabía cómo hechizar a un hombre para que hablara. Una de esas cosas que se aprenden cuando estás siempre vagando por ahí, supongo. Unas de esas cosas que a las personas como Sombra Larga les gustaría extraerte de la cabeza.

Fue tan eficaz que el Estrangulador renunció a la esperanza de su recompensa eterna para decirle los nombres. Di un paseo mientras Hoja empezaba a organizar una expedición para cortar gargantas.

Solo por resaltar su aversión hacia ellos, Dama estranguló a uno de los Impostores ella misma. Usó su propia pañoleta negra, que había tomado de un hombre pañoleta negra hacía años. Todos los Impostores conocían la historia.

Envió su mensaje de esa manera.

Los cuervos echaron a volar en multitudes.

Con objeto de conversar con Narayan Singh, Dama hizo que pusieran las cabezas de los Estranguladores sobre lanzas y las llevaran hasta Atalaya.

Matasanos se unió a mí.

—Ese es mi amorcito —dijo, negando con la cabeza, como si él hubiera sido más amable si hubiera pillado a esos hombres primero.

Sabía lo que yo estaba pensando.

—Una dama no asesina delante de gente educada. —Sonrió con burla.

—¿Qué gente educada? La Compañía no es educada. Y creo que lo que hizo fue muy del estilo de Dama.

—Sí. —Parecía casi alegre por todo ello.

Capítulo 43

Me llevó unas cuantas horas, pero al final localicé a Dormilón con algunos militares de un campamento base del batallón de las fuerzas especiales de Cangilón. La cuadrilla de Cangilón estaba haciendo casi todo el trabajo de cazar a los guerrilleros de Mogaba. Dije al chaval:

—Vamos a dar una vuelta. Tengo que hablar contigo. —Recogí un puñado de piedras planas para lanzarlas a los cuervos en caso de que esas pesadillas chillonas se pusieran demasiado curiosas.

—¿Es acerca de lo que espero que es? —El chico estaba entusiasmado. Yo no recordaba haber estado tan entusiasmado por convertirme en portaestandarte. Pero yo había conseguido el puesto por defecto. No había nadie más capaz de hacerlo. Había tenido que ser capaz.

—En parte. Tengo la última palabra del Viejo. Dice que le pareces bien. Está dejando la decisión en mis manos. Así que, por lo que a mí respecta, el puesto es tuyo. Pero quiere que me encargue yo mismo del estandarte hasta después de que sepamos, de una manera u otra, cómo van a salir las cosas con Sombra Larga. Podemos empezar a enseñarte algunas cosas enseguida, y mira a ver si te libras de algunos de los deberes más desagradables para que tengas tiempo. Sobre todo para seguir trabajando con la lectura y la escritura.

El chico sonrió complacido. Me sentí un poco despreciable.

—Pero hay una tarea especial que necesito que hagas primero. —Vi a Cangilón dirigiéndose hacia nosotros, es posible que para entregar al chaval precisamente uno de los trabajos que acababa de mencionar.

—¿Qué? Puedo hacerlo.

Desde luego. Ese era el motivo por el que Cangilón lo había elegido entre todo el grupo.

—Tengo un mensaje que tiene que llegar a Taglios. Es crucial. Puedes llevarte a algunos tipos contigo, por si acaso. Escoge a tipos que puedan cabalgar rápido. Te daré una autorización para usar las monturas de los emisarios. —Levanté una mano para anticiparme a lo que Cangilón tuviera que decir—. Tiene que efectuarse lo más rápido posible.

Cangilón había oído parte de lo que decíamos.

—¿Me estás quitando a mi mejor hombre para entregar una carta?

—Sí. Porque tiene que llegar.

—¿Es realmente serio? —preguntó Cangilón.

—Por eso lo he traído aquí donde nadie puede oírnos.

—Entonces será mejor que me vaya. —Para ser un ladrón fugitivo, Cangilón era muy buen soldado.

—Probablemente.

—Odio perderte, chaval. —Cangilón se fue arrastrando los pies a descargar lo que fuese sobre otra persona.

Dormilón dijo:

—Si me prestas tu caballo no tendré que llevarme a nadie conmigo. Y llegaré allí y volveré mucho más deprisa.

Tenía razón. Tenía una razón asombrosa (y eso que no se me había ocurrido a mí).

—Déjame pensarlo.

Tenía un lado arriesgado. El Viejo podría querer que hiciera algo antes de que Dormilón estuviera de vuelta. Si no tenía mi caballo haría preguntas.

No estaba planeando compartir mi plan con el capitán. Si lo hiciera lo prohibiría.

—Estaré de vuelta en menos de un mes.

Con mi caballo podría conseguirlo (si tuviera el trasero de hierro). Era joven y robusto, pero no pensaba que nadie fuera tan duro. Aún así... No era probable que pasara algo por aquí por lo menos en ese tiempo. A los Estranguladores les llevaría más de un mes llegar, y a nuestros líderes acordar algún tipo de plan. No era posible que Matasanos ideara un plan para Atalaya como lo había hecho para Charandaprash. Era poco probable que me pillara.

Y una vez que el chaval llevara una semana de ventaja, ni siquiera Atrapa Almas sería capaz de interceptarlo.

—De acuerdo. Lo haremos como tú dices. Pero una cosa. El mensaje debe dejarse en las manos de una persona específica. Puede que no esté disponible de inmediato. Puede que tengas que esperar por él.

—Haré lo que exija el trabajo, Murgén.

—De acuerdo. Ven a mi... —No podía hacer eso. Era seguro que Thai Dei oiría algo—. No, primero, tengo que decirte a quién encontrar. —Eché un vistazo alrededor. Dormilón era uno de los pocos veteranos de Dejagore que no había adquirido un guardaespaldas nyueng bao, pero ninguno de los nyueng bao lo perdía de vista.

—Estoy escuchando. —El chaval estaba ansioso por demostrar su valía.

—Se llama Banh Do Trang. Era amigo de mi esposa. Es un agente comercial que se mueve entre Taglios y el delta. Vende de todo, desde arroz hasta pieles de cocodrilo. Es viejo y lento, pero él es la única forma de introducir un mensaje en el pantano.

—Tienes una familia entera...

—Te habrás dado cuenta de lo poco que confía el capitán en esa gente.

—Sí.

—Hay buenas razones para no fiarse de ellos. De cualquiera de los que están aquí con nosotros. En este caso, de cualquiera menos del propio Banh Do Trang.

—Entiendo. ¿Dónde encuentro a este hombre?

Le di indicaciones.

—Puedes decirle de quién es el mensaje, pero solamente si lo pregunta. Él deberá entregárselo a Ky Sahra en el templo Vinh Gao Ghana de Ghanghesha.

—¿Quieres que espere a una respuesta?

—No será necesario. —Si el mensaje llegaba tendría una respuesta directamente de Sari—. Voy a escribir varias copias del mensaje. Haz lo que pienses que es mejor para asegurarte de que una de ellas sobrevive a todo el viaje.

—Entendido.

Aunque no había reaccionado al nombre formal de Sahra sospeché que entendía más de lo que le estaba diciendo.

Más tarde presenté a Dormilón a mi caballo e hice que el semental comprendiera que era el momento de ganarse la avena. El animal era lo bastante listo para estar tan descontento como cualquier soldado al que le pidieran que se levantara y fuera a partirse el lomo.

El chaval se escabulló sin que nadie más que Cangilón supiera que se iba.

Capítulo 44

El Maestro de las Sombras estaba en su torre de cristal, inmerso en algún experimento arcano. No veía a nadie. El apestoso saco de harapos que componían al Aullador estaba posado en lo alto de uno de los andamios más altos que rodeaban Atalaya. El trabajo se había reanudado, aunque a paso de caracol. Sombra Larga no iba a dejarlo solo porque hubiera un ejército cerca.

El cielo estaba muy nublado. Una brisa fresca pasó silbando a través del andamiaje. Se avecinaba un tiempo desagradable.

—¿Me mandaste a buscar? —Singh parecía ofendido. Estaba helado con toda seguridad.

—No era un llamamiento, amigo Narayan —replicó Aullador. El acercamiento de los Impostores había sido impresionantemente discreto. Era fácil ver cómo se había convertido en un maestro Estrangulador—. Solo una invitación. Quizá mi mensajero no consiguió transmitir mis palabras exactas.

Un cuervo pasó rápidamente. Otro se posó cerca. Picoteó las migajas que quedaban desperdigadas donde los obreros habían parado a comer. Singh los ignoró. Había habido cuervos por todas partes desde el terremoto. Eran buenos tiempos para los pájaros negros. Aullador dijo:

—Se me ha ocurrido que podrías estar interesado en lo que está pasando fuera. Creo que Dama te ha enviado un mensaje personal.

Singh miró fijamente hacia abajo a la fila de cabezas que señalaba Aullador. Sin sentirse intimidados por la presencia obreros, los caballeros taglianos habían colocado sus trofeos lo bastante cerca para que se reconocieran las caras.

Narayan contó las cabezas. Sus hombros huesudos se desplomaron. La postura de Aullador se volvió ligeramente burlona.

—¿Tenía razón? ¿Es un mensaje?

—Una profecía. Está intentando presagiar mi futuro. Ella hace estas.

—Trabajé para ella. Y para su marido antes que para ella. Esto no es nada.

Aullador intentó reprimir un chillido, pero no lo logró.

—Me parece a mí que Kina no ha cuidado bien de su prole últimamente.

Singh no discutió.

—¿Cómo vas a provocar el Año de los Cráneos ahora? ¿Cuántos de tus fanáticos hermanos quedan?

—Te arriesgas más de lo que sabes cuando te mofas de la diosa.

—Lo dudo. —Aullador dominó otro grito emergente. Como un hombre que ahoga una tos persistente, podía controlarlo durante ratos cortos—. En cualquier caso, no creo que me quede cerca para averiguarlo. Sombra Larga está demasiado tarado para hacer lo que tiene que hacer. Me niego a ser arrastrado con él. —Miró a Singh

por el rabillo del ojo, esperando ver una reacción.

Narayan sonrió como si tuviera conocimiento de un enorme y oscuro secreto.

—Temes a Dama. No puedes controlar tus funciones cuando piensas en ella.

Yo, Murgén, espía ectoplásmico, me senté en el hombro del canijo y me pregunté si estos dos serían tan amables de ir un poco más allá y darme algo que yo pudiera usar. Aullador estaba pensando en algo.

Singh empezó a marcharse. Estaba claro que aquellas cabezas de ahí fuera no lo ayudaban a mantener la fe. A diferencia de su espeluznante pupilo, él no disfrutaba de las apariciones de su diosa. Ni ella ni la Hija de la Noche se habían molestado en dar explicaciones sobre los incontables desastres que les ocurrían a sus hermanos.

Aullador pudo descifrar su estado de ánimo perfectamente.

—Hace que uno se pregunte por el orden divino, ¿verdad? —gritó antes de que Singh pudiera responder.

Había perdido el control porque estaba espantado.

Yo también lo estaba.

Enjambres de esas bolas de colores de las varas de bambú se precipitaron hacia Atalaya. Atacaron cruelmente a los obreros y el andamiaje y estallaron contra el muro. Royeron a los hombres y el material, e incluso mancharon los baluartes en las zonas donde los hechizos de Sombra Larga no eran lo bastante densos. Los obreros chillaron y huyeron. Alguno de los andamios se vino abajo.

Una cuadrilla de jinetes taglianos salió de un barranco y persiguió a los obreros hasta sus viviendas provisionales. Elevé mi ángulo de visión a medida que los jinetes se distanciaban por el terreno rocoso. Espié a los hombres de infantería taglianos que se arrastraban por todas partes. Una gran cantidad de ellos se estaban escabullendo en el complejo de viviendas de los trabajadores desde su cara oculta. Muchos de ellos llevaban ropas similares a las de la gente del lugar.

¿Qué narices?

Estas eran las tropas de Dama, estaba seguro. ¿Qué se traía entre manos? ¿Y por qué el Viejo me lo ocultaba?

¿O es que él tampoco estaba enterado?

Los obreros dieron la vuelta, seguidos por los soldados que encontraron en el complejo de viviendas, sus familias huían con ellos en un enredo desenfadado de pánico y confusión.

Entonces vislumbré algo.

Treparon por los andamiajes que habían sobrevivido y se refugiaron dentro de Atalaya. Y toda una horda de hombres de Dama trepaba con ellos.

Las bolas de fuego seguían explotando contra los muros y las torres Baterías enteras parecían estar interesadas en la torre coronada por la cámara de cristal de Sombra Larga. En algunos sitios los pedazos de muro se desbrizaban o se derretían.

En la mayoría de las zonas (y especialmente en todos los sitios a los que Sombra Larga solía ir) los conjuros de protección ya estaban demasiado bien arraigados como para que las bolas de fuego causaran siquiera decoloraciones.

Aullador no entendía exactamente lo que estaba pasando. Desde su ángulo de visión no podía ver la índole del ataque. Solo veía a los súbditos de su socio corriendo para salvar sus vidas.

—No puede ser. —Murmuró entre dientes—. No puede ser, No puede ser, No puede ser. Sombra Larga se va a poner como una fiera. Espero que no se le ocurra hacerme que castigue a esta gente.

—Eres un hechicero tan poderoso —dijo Narayan Singh—. ¿Por qué no les devuelves el golpe?

—Esa es la idea —dijo Aullador, viendo la posibilidad que Dama quería que viera—. Es una trampa. En algún sitio ahí abajo hay batallones enteros con esos artefactos que lanzan bolas de fuego. Están esperando a que yo, o Sombra Larga, contraataquemos.

Hice una rápida redada por la campiña. Aullador tenía razón. Había un tipo detrás de cada arbusto y cada roca con un haz de varas de bambú. Algunos estaban contribuyendo a la descarga continua de bolas. Todavía.

¿Y qué estaba haciendo Dama?

Cuando regresé, Aullador se había agachado para no estar a la vista. Narayan se puso en cuclillas. Tampoco parecía tener ganas de moverse. Aullador dijo:

—No voy a quedarme más tiempo, Singh. Si yo fuera tú, ahora mismo estaría pensando seriamente en cómo podría espabilar a un aliado que ha perdido completamente el control de la realidad. Eso o pensaría en buscar amigos que tuvieran mejores intenciones conmigo.

Agucé mis oídos fantasmales, al tiempo que me giré lentamente, usando mis ojos fantasmales. Ahora teníamos a varios cientos de nuestros hombres dentro de Atalaya y ni Aullador ni Sombra Larga se habían dado cuenta.

Me pregunté si el Viejo lo sabría. Pienso que habría dado a entender algo en lo que yo pudiera observar alguna reacción en particular.

Narayan preguntó:

—¿Tienes alguna sugerencia?

Aullador luchó contra uno de sus chillidos.

—Quizá.

Unas hermosas luces llenaron el aire a mi alrededor. Casi me distraigo. Pero conseguí mantenerme ahí, escuchando.

Singh preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Sombra Larga es listo, pero no tiene una inteligencia superior. Hace tiempo,

cuando los Maestros de las Sombras tomaron el control de las sombras que usaron para conquistar su imperio, antes de que comprendieran la oscuridad que estaban explotando, lo fastidieron a lo grande. Rompieron algunos precintos permanentemente en vez de rasgarlos temporalmente. Cuando vas con prisa, la cagas. Para evitar que las cosas se jorobaran del todo tuvieron que tener a alguien vigilando la Puerta de las Sombras todo el tiempo. Sombra Larga se ofreció voluntario para ese trabajo. Los otros pensaron que eso evitaría que Sombra Larga causara más problemas porque no podría viajar. Ya sabían que era un lunático. Pero era más astuto de lo que pensaban. Urdió un entramado de hechizos que mantienen la Puerta de las Sombras cerrada para todo el mundo menos para él. Su verdadero nombre forma parte del conjunto de hechizos. Es probablemente el riesgo más grande que haya corrido jamás, y que ha lamentado desde el instante en que lo consolidó y descubrió el precio que pagaría por el poder. Las sombras conocen su nombre. Cada una de las que deja colarse por entre esa puerta para poder usarla quiere devorarlo. El precio que paga es la vigilancia eterna. Si comete un error, muere. —Aullador soltó un chillido cargado de pasión y sufrimiento.

Narayan Singh notó la diferencia.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Fue muy estúpido por su parte. Por poder. Si muere, y su nombre se desvanece, los hechizos de fijación se desenmarañan y la Puerta de las Sombras se abre. Y eso supone el fin del mundo.

—¿Saben eso ahí afuera? —Preguntó Singh, señalando al ejército asediador del que algunos soldados seguían subiendo sigilosamente por el andamiaje, desapercibidos porque se consideraba imposible.

—Probablemente no. Aunque puede que Dama lo intuya.

Sonreí con sarcasmo. Ahora lo sabíamos.

Narayan deliberó un momento, luego dijo:

—Si todo eso es cierto, entonces pienso que no puedes irte de Atalaya. Sin tu ayuda, me temo, la Compañía Negra triunfará. Crea lo que crea él. En cuyo caso el destino te encontrará, da igual hacia donde huyas.

Aullador chilló airado, desesperado, viendo la lógica de la observación de Singh.

—No es competente para dirigir esto, pero no podemos arrebatarse el mandato.

—No serviría de nada, ¿no crees? Ahora somos esclavos de su estrategia. Y eso requiere la conclusión de la fortaleza.

Lo que ya no parecía probable. Si entraban muchos más de los soldados de Dama, la guarnición reducida de Sombra Larga no sería capaz de vencerlos.

Narayan continuó:

—Tal vez el general tenga una idea.

Ambos bandos sabían que Mogaba estaba vivo y dirigiendo a los guerrilleros. No

había tenido suerte para encontrarlo. Había tenido la misma suerte rastreando a Goblin. Humo era una herramienta muy útil pero había que tener algunos puntos de referencia cuando te disponías a empezar. Eso o una eternidad para ir y venir a minúsculos saltitos para poder pillar en cada uno de sus engaños a la gente que se esforzaba tanto por no ser encontrada.

—Tendríamos que encontrarlo.

Buena suerte, chicos.

—Hay maneras —dijo Narayan—. La Hija de la Noche tiene ojos que pueden ver a distancia. Y tienes razón al decir que hay que hacer algo.

Aullador estaba de acuerdo.

Yo estaba de acuerdo con todos.

Los soldados taglianos siguieron alcanzando la cima del muro. La mayoría se sorprendía de haberlo hecho. Pocos tenían un objetivo definido una vez que alcanzaban la parte superior.

Otra vez me pregunté si el Viejo sabría lo que estaba pasando.

Empecé a distanciarme lentamente, pensando que tal vez era hora de ver a Matasanos. La Hija de la Noche llegó a la parte superior de la muralla y se precipitó corriendo hacia Aullador y Singh todo lo rápido que le permitían sus cortas piernecitas. Las bolas de fuego marcaron las murallas de Atalaya. Parecía haber una intención en la manera en que caían, pero no pude distinguirla.

Cada vez más soldados trepaban por lo andamios.

La niña chilló a Singh y Aullador. Luego chilló Aullador.

La noticia se hizo patente.

Capítulo 45

Me caí al salir del carruaje. Después de un par de pasos caí de rodillas.

—¡Quietoooo! —dijo Un Ojo—. ¿Qué pasa?

—Puede que haya pasado demasiado tiempo fuera. Estoy débil. —Hambriento y sediento. Cogí el agua que me ofreció. La había endulzado, pero también contenía aditivos asquerosos. Debe de estar elaborando algo que pueda convertirse en alcohol—. ¿Dónde está el Viejo?

—No sé. Pero veo a Thai Dei. —Con el fin de sugerirme cautela. Cambié el idioma—. Dama no está jugando con ellos. Tiene tropas trepando por los andamiajes. Han llegado hasta la cima. Hay un montón de ellos dentro. Acaban de descubrir que están dentro. Y algunos de los hombres del príncipe están en las ruinas de Kiaulune. Estaban acercándose sigilosamente para ayudar a Dama, pero se estancaron. De hecho ahora mismo hay gente ocultándolos. Algunos hombres de la cuadrilla de Mogaba. Están empezando la batalla.

Había pasado por las ruinas al volver y me había sorprendido ver el combate. Había que inspeccionar la presencia de combatientes allí. No hacía mucho que las ruinas estaban ocupadas solo por un puñado de supervivientes incapaces de ayudar a Sombra Larga en su proyecto de construcción.

Mogaba tenía que estar pasando hombres a hurtadillas en grupos pequeños.

—Creo que Matasanos salió con una de las patrullas a buscar a Mogaba. ¿Para qué lo necesitas?

—No creo que sepa lo que está pasando. Pienso que Dama ha hecho esto por su cuenta. —Cosa que había estado bien cuando ella estaba al mando de la frontera, pero no ahora, cuando solo mandaba a un cuarto del ejército—. No tengo ni idea de cuáles son sus planes, pero apostaría que él no quiere que lo ninguneen así.

Un Ojo gruñó. Contempló a Thai Dei y madre Gota, que estaba a unos diez metros más lejos, acercándose, inclinada sobre un montón enorme de leña. Hay que reconocerlo. Ella cargaba con su parte del trabajo. Al guardaespaldas de Un Ojo, Jojo, no se lo veía por ninguna parte, lo que era la situación normal. Casi iguales, vamos.

Un Ojo dijo:

—Me meteré en el carruaje y lo averiguaré. Tú recupera tus fuerzas. —Subió frunciendo el ceño, devolviéndome una mirada de preocupación antes de desaparecer.

Ayudé a madre Gota con la leña. Thai Dei también. La seleccionamos, la partimos y la apartamos de la humedad en cuestión de minutos. Madre Gota me agradeció sinceramente que la hubiera ayudado.

Tenía ratos en que podía mostrar cortesía con un extranjero que no había podido evitar elegir tan mal a sus padres. No eran muy frecuentes. Parecían llegar solo

cuando se sentía especialmente bien.

Yo también seguí siendo cortés. De hecho, ahora que sabía lo que nos habían hecho a Sari y a mí, resulta que estaba siendo más formal y cortés. Esperaba que mis modales no les hicieran sospechar. Sonreía con satisfacción cuando pensaba en Dormilón. Entonces me preocupaba por el muchacho. No me correspondía a mí cargarlo con una misión especial como esa.

Empecé a pasear de un lado a otro, preguntándome si debería confesárselo a Un Ojo o al Viejo.

Un Ojo bajó de su carreta. Parecía como si hubiera visto un fantasma. O algo igual de inesperado y desagradable.

Me dirigí hacia él.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. No tengo tiempo de averiguarlo. Casi suspiraba sus palabras.

—Cuéntame.

—Encontré a Matasanos.

—Muy bien. ¿Dónde está? ¿Cuál es el problema entonces?

—Está ahí fuera hablando con la encargada de los cuervos.

—¿Almas? ¿Salió a reunirse con Atrapa Almas?

—No le seguí la pista de vuelta. No sé si ese era su plan. Pero ahí es donde está. Eso es lo que está haciendo.

—¿Parecía como si fuera un prisionero otra vez? —No esperé a tener respuesta. Me metí en el carruaje.

Tonto de mí, no pregunté a Un Ojo dónde estaba Matasanos así que acabé teniendo que rastrearlo desde su casa cuartel hasta su reunión con la lunática.

Fue expresamente a reunirse con ella. Eso concluí acercándome tanto con Humo que pude oír a los cuervos gemelos de Matasanos graznar instrucciones. El problema que tuve fue después de seguirle la pista por tierras remotas hasta su encuentro dentro del barranco rocoso aislado por la nieve que era casi invisible por debajo de los pinos sobresalientes.

No me acerqué lo suficiente para oír lo que se dijo. Fue un milagro poder llevar a Humo tan cerca como lo hice, para asegurarme de que el Viejo tenía en efecto una cita con Atrapa Almas.

Los cuervos abundaban allí y me sintieron merodear. Llegaron tan agitados que Almas salió a averiguar lo que estaba pasando.

Me fui de allí.

Me pregunté si Matasanos sospecharía algo.

Volví y salí del carruaje. El considerado de Un Ojo tenía un cubo de té caliente preparado junto con algo de pan fresco de una panadería del regimiento cercana que abría ahora. Pregunté:

—¿Te acercaste lo suficiente para poder oír algo?

—No puedo empujar a ese mierdecilla a ningún sitio cerca de ella. Está muerto en tres cuartas partes, pero sigue siendo cuatro quintas partes de cobardica.

—No tengo ganas de perseguirlo. Tendrá que esperar. Mientras tanto...

Mientras tanto estaban pasando cosas en Atalaya. Luces parpadeantes iluminaban toda la región. Una nube oscura estriada con fuego hirvió y se desbarató en los dientes del viento. Las trompas y los tambores retumbaron. Miles y miles de bolas de fuego chocaron contra la muralla de la fortaleza.

—Mientras tanto puede que quieras echar un vistazo a eso para poder contarle al Viejo lo que necesite saber cuando venga aquí. Cosa que va a hacer cuando se dé cuenta de que está pasando algo.

Era un consejo bastante acertado. Si Matasanos iba a tomar decisiones iba a necesitar toda la información que pudiera conseguir.

—Mantén alejada a mi querida familia, ¿vale? —No pude impedir que la amargura apareciera en mi voz. Un Ojo la captó pero no preguntó.

Tragué un último bocado de pan caliente, me coloqué, agarré a Humo y salí con él. El proceso se había hecho tan fácil que prácticamente podía hacerlo dormido. Apenas tenía que pensar a dónde quería ir. Mientras no fuese uno de los sitios que a Humo no le gustaba visitar.

Atalaya era un hormiguero proverbial. La gente corría por todas partes. No parecía que nadie supiera a dónde iba. Casi todos estaban interesados en no seguir donde habían empezado. De vez en cuando los taglianos quedaban cara a cara con los hombres del Maestro de las Sombras y el miedo seguía su curso inevitable.

Algunos de los invasores tenían el suficiente sentido común para quedarse en lo alto de la muralla y usar sus varas de bambú para arruinar la vida de la gente que estaba dentro de Atalaya. Un teniente se desgañitó gritando a los hombres que estaban fuera y debajo, diciéndoles que quería más bambú, ¡aquí y ahora! Sus francotiradores se lo estaban pasando en grande haciendo pedazos el lugar. Los defensores de Atalaya no se atrevieron a aparecer.

Algunos de nuestros hombres tenían a Narayan Singh y a la Hija de la Noche arrinconados en una torre. La revistieron con una ventisca de bolas de fuego. La torre se sostenía solo porque estaba recubierta con veintenas de hechizos protectores. Era uno de los escondrijos preferidos de Sombra Larga.

El Aullador estaba huyendo. Los taglianos voceaban detrás de él, salpicando bolas de fuego a su alrededor tan abundantemente que el pequeño mago no tuvo tiempo de contraatacar. Gritaba mientras corría.

Cada vez entraban más hombres en la fortaleza, todos cargados con haces de bambú.

No podía ser tan fácil. ¿O sí?

¿Dónde estaba Sombra Larga? No estaba participando.

El Maestro de las Sombras permanecía en su alta torre, mirando al sur hacia la meseta gris, aparentemente ignorando que el infierno se había abierto paso. ¿Cómo podía el hombre estar tan preocupado?

No. No estaba tan preocupado. Él lo sabía.

Todo el andamiaje alrededor de Atalaya estalló en llamas. Fue un conjuro de fuego espantoso. Las llamas devoraron todo lo consumible en cuestión de segundos. Decenas de gente cayó muerta.

Antes siquiera de que sucediera eso, los hombres de Dama habían empezado a bajar escaleras de cuerda y de tablillas, creadas claramente para escalar los muros de Atalaya. Eran lo bastante largas para esa altura y cada tres metros y medio disponían de una estructura que las mantenía separadas de la pared para que a los soldados les resultara más fácil trepar.

Sombra Larga no podía verlos desde su ventana. Tardaría poco en darse cuenta de que su apoplejía había mejorado muy poco.

Ahora estaba encerrado dentro, sin la esperanza de concluir su fortaleza, porque la única forma de poder adquirir materiales para los andamios era el exterior.

Aunque no lograra nada más, Dama había conseguido todo eso. Le había quitado el arma que le podía haber dado una victoria indiscutible. No podía desatar una avalancha de sombras para limpiar la tierra de enemigos, porque no podía protegerse a sí mismo de la oscuridad.

Los soldados de Dama seguían entrando en Atalaya, lentamente. Tenían la impresión de que se dirigían a la victoria porque la única resistencia con que se encontraban en principio era la de la gravedad. Sus compañeros ya habían tomado la parte superior de la pared norte de la fortaleza, los doscientos metros entre dos torres coronadas de cristal. Ambas torres estaban ennegrecidas y hechas un asco, y tenían los cristales rotos por el bombardeo de bolas de fuego.

Para mi perplejidad, Dama tenía equipos fuera de las murallas que seguían machacando con las varas de bambú.

No tenía ilusión por intentar entender nada. Dama había provocado este lío avisando menos que el Viejo cuando hacía algo por sorpresa.

¿Es que ahora estaban los dos jugando a esto?

En realidad, supongo, Dama había estado jugando desde el principio. Yo no había prestado atención porque nunca tuvo el papel principal.

Los hombres del príncipe permanecían estancados con la inesperada horda de guerrilleros en Kiaulune. Pero ahora estaba sacando a sus hombres a la fuerza de esa escaramuza. Parecía que iba a haber muchos más soldados a los que seguir.

Los de Dama se amontonaban subiendo por la escalera de cuerda.

El combate dentro de Atalaya era más cruel de lo que pensé que sería. La guarnición estaba formada al completo por veteranos que habían estado con Sombra Larga mucho tiempo. Podían no adorarlo, pero eran entregados, decididos y estaban convencidos de que la Compañía Negra no iba a mostrar ninguna compasión con ellos. Luchaban como si así fuera. En un territorio que conocían bien y que sus enemigos no conocían en absoluto. Con la ayuda de varios puñados de esos viejos hombrecillos morenos llamados tejesombras skrinsa.

Las sombras estaban al acecho en la fortaleza. Los tejesombras sabían dónde estaban escondidas y cómo enviarlas a deslizarse detrás de los invasores.

Las varas de bambú ayudaban, pero no lo suficiente para salvar a todo el mundo. El interior de la fortaleza era todo vestíbulos sinuosos y habitaciones oscuras y no había forma de saber si había una sombra cerca hasta que atacaba.

Pude localizar a los pequeños ancianos, pero ya no pude decirle a nadie dónde estaban para poder borrarlos de la ecuación.

Cuanto más presionaban los soldados, peor se ponía la cosa.

Sombra Larga no estaba haciendo mucho. Había recibido aquel golpe, después nada. Y el Aullador... ¿Qué había sido de él?

Aullador había esquivado a los soldados que intentaban matarlo. Estaba escabullándose por ahí, intentando reunir fuerzas con el Maestro de las Sombras. Sombra Larga pasó a sufrir uno de sus ataques.

Era uno de los gordos, tan malo que cayó redondo, empezó a retorcerse, rasgó sus ropas, perdió la máscara, por poco se traga la lengua. Tanto la cara como el suelo se empaparon de babas. ¿Cómo había sobrevivido este tipo para convertirse en uno de los hechiceros más poderosos del mundo si tenía ataques de apoplejía cada vez que se sometía a estrés?

Pero otra vez no pude decirle a nadie que se había caído y que era el momento perfecto para patearle la cabeza.

Los conjuros protectores que blindaban la torre donde Singh y la Hija de la Noche habían ido a recluirse eran especialmente fuertes. Pero los taglianos que intentaban alcanzarlos sabían quiénes eran y estaban entregados a su comandante. Y a la enorme recompensa que se les había ofrecido por Narayan. Dama dijo que Singh valía su peso en rubíes si se lo llevaban vivo.

El cielo se oscureció de repente. Nunca había visto tantos cuervos. Parecía como si el sol se fuera a apagar.

Capítulo 46

Corrí en busca de Matasanos y Atrapa Almas. Humo estaba tan desequilibrado que conseguí acercarme a la hermana loca de Dama. Estaba bailando enojada, hablando consigo misma con distintas voces, maldiciendo a Dama por ser demasiado intuitiva, maldiciendo a sus cuervos por no haber corrido todo lo rápido que ella quería para ir a la batalla y volver con información.

—¡No es el momento! —bramó—. ¡Aún no hay conjunción! ¡Esto no puede pasar ahora!

Salí rápidamente para buscar a Matasanos cuando Humo empezó a tirar para alejarse de la mujer. Subimos planeando, espantando a los cuervos, dejando una estela perceptible entre el enjambre que formaban. Esperaba que Atrapa Almas no estuviera lo bastante alerta para darse cuenta.

Había habido veces en que parecía consciente de mi presencia. Aunque, en la mayoría de los casos, había sido en ocasiones en que yo estaba desprendido de mi propio espacio en el tiempo.

Fue fácil distinguir a Matasanos. Se dirigía al campamento a galope tendido, a la zaga de una bandada de cuervos. Su gigante semental negro casi parecía volar.

Me elevé todavía más alto, para ver si había avances en algún otro sitio que hubiera que notificar.

Humo parecía disfrutar elevándose hasta donde se alzan las águilas. Subimos más alto que nunca, hasta que la superficie de la tierra quedaba tan lejos por debajo que no podía distinguir detalles tan nimios como hombres y animales, hasta que las obras más grandes del hombre destacaron en el paisaje nevado. Las Dandha Presh relucían como una hilera de dientes en el norte. En el oeste un montón de nubes oscuras prometían más mal tiempo para más tarde. En el sur la llanura de piedra gris centelleaba como si se hubieran esparcido por ella monedas recién acuñadas. La llanura en su totalidad desaparecía en la nada plomiza, aunque forzando la vista se veía algo asomando entre el gris.

Toda la cara norte de Atalaya parecía estar ardiendo.

Bajé en picado para descubrir que Aullador y Sombra Larga se habían juntado y lanzaban un contraataque contra las tropas que habían tomado la cima de la muralla. Entonces había llegado Dama para ayudar a su gente. Todos los hombres que podían manejar una vara de bambú lo estaban haciendo, muchas veces, según parecía, sin apuntar a nada.

En medio de todas las luces el aire rielaba con fragmentos de algo que recordaba a las luces del norte que habíamos visto hacía mucho tiempo cuando la Compañía estaba arriba en el Túmulo. Ninguno de estos pedazos era más grande que un plato. Volaban alrededor como un enjambre de mosquitos. El aire estaba lleno de un sonido

como de acero cortante moviéndose rápidamente. El resplandor lo acuchilló todo menos la piedra más densamente protegida por los conjuros de Sombra Larga.

Dama estaba cerca del borde del albergue para emergencias que se había erigido para los refugiados de Lugar de las Sombras. Su cuadrilla habitual de adoradores la rodeaban, preparados para repeler cualquier ataque físico. Estaba haciendo lo que quiera que fuese que lanzaba esas espadas de luz por todas partes allí arriba, manteniendo a los protectores a cubierto y a Aullador y Sombra Larga demasiado ocupados para preocuparse por ella o por cualquiera de sus soldados.

Las espadas de luz no parecían estar bajo las órdenes directas de Dama, pero giraban alrededor de un punto que ella controlaba (la mayor parte del tiempo).

Una torre se desplomó dentro de la fortaleza. Una columna de polvo, que reflejaba gran variedad de colores, se elevó para que se la llevara el viento que traía la tormenta del oeste.

El exterior de la fortaleza, que una vez fue tan marfileño, era un revoltijo de manchas. Me imaginé que el personal de mantenimiento estaría muy molesto.

La mota negra voladora que era el Viejo casi había regresado a su casa cuartel. Sabía que querría verme primero. A regañadientes dejé el gran espectáculo para volver a la carne.

—¿Qué demonios está pasando? —Preguntó Un Ojo mientras me bajaba del carruaje. El espectáculo debe haberle impresionado porque era todo eficiencia. Tenía comida y bebida esperándome.

—Matasanos casi está aquí. Os lo contaré a los dos.

Justo en el momento preciso el Viejo apareció por encima de la colina más cercana y se precipitó hacia nosotros. Su montura todavía se estaba moviendo cuando dejó la silla. Gruñó mientras sus botas chocaron contra el suelo.

—Cuéntame. —Entendió que estábamos esperando.

Le conté todo lo que sabía. Incluido el hecho de que estaba escabullándose con la hermana de su mujer cuando estalló la tormenta de mierda. Miraba por encima de mi hombro hacia Atalaya todo el tiempo. Su expresión era fría, pétrea. Ofrecí la observación de que Dama no había excedido de ninguna manera su autoridad dentro de las órdenes generales de la organización. Aquella fría mirada se dirigió hacia mí.

No tenía problemas para enfrentarme a ella. Un par de encontronazos con Kina pueden hacer maravillas con los miedos banales del mundo.

—¿Estás pensando en algo, Murgén?

—Si no le cuentas a nadie lo que está pasando, tienes que aceptarlo cuando siguen adelante con su trabajo.

Pensé que iba a salirle humo de las orejas.

Un chucho esmirriado y sarnoso pasó a toda velocidad y, mientras corría, apretó las mandíbulas con fuerza sobre un sorprendido cuervo.

Todos los cuervos del mundo descendieron sobre él antes de que pudiera disfrutar de su cena.

—Una parábola —dijo Un Ojo—. ¡Observa! Cuervos negros. Perro negro. La eterna lucha.

—Filósofo negro —refunfuñó Matasanos.

—Compañía Negra.

Matasanos dijo:

—Vamos a charlar un poco con mi estimada amante. ¿Dónde está, Murgen?

Se lo dije.

—Vayamos. —Pero tuvo que parar y coger su disfraz de Creaviudas. Eso me dejó tiempo para tomar prestada la yegua gris de Thai Dei y sacar algo de ventaja. Matasanos frunció el ceño, pero no preguntó cuando me alcanzó. Thai Dei insistió en venir con nosotros pese a que esta vez tenía que ir corriendo.

No pudo mantener el ritmo.

Yo tampoco, por supuesto.

Si Dama y el Viejo se dieron el gusto de hacer una lucha de cabezazos había acabado antes de que yo llegara. Tal vez pudiera volver con Humo para echar un vistazo a su encuentro. Cuando llegué allí estaban mirando al alto muro blanco y decidiendo cómo explotar mejor la situación.

Dama estaba diciendo:

—Me temo que nuestras existencias de varas de bambú se están quedando demasiado cortas. Seguro que Sombra Larga va a enviar sombras contra nosotros, por lo menos una vez. —Estaba hablando tagliano. No le importaba quién oyera lo que decía. Y había muchos oídos cerca, incluidos los de Hoja, Sauce Swan y los generales nar Ochiba y Sindawe, ninguno de los cuales gozaba de mi plena confianza. Los cuervos, como siempre, también eran abundantes.

Estaban convirtiendo las ruinas de Kiaulune en una gran colonia de grajos. Allí había buena comida, supongo, mientras el frío clima conservara los cadáveres de los súbditos del Maestro de las Sombras.

Casi todos lanzaban piedras a los pájaros. Se habían hecho expertos en esquivar. Sospechaba que al final cundiría la resignación y el único momento en que disfrutaríamos de nuestra privacidad sería cuando Dama usara uno de los hechizos que había elaborado para ahuyentar a las aves.

Un murmullo de alteración estupefacta pasó entre los pájaros que nos rodeaban. Nadie más lo notó. Pero yo estaba alerta porque había estado preguntándome si Un Ojo iba a estar observando.

Si alguien más lo averiguaba... No puedes hacer nada en este mundo sin dejar alguna huella, de alguna manera. Si alguien más sabe el tipo de rastro que vas a dejar...

La cima de una de las torres de cristal recibió tantas bolas de fuego que empezó a tintinear. El sonido comenzó como un zumbido suave y rápidamente aumentó a un fiero chillido. La parte superior de la torre explotó en una nube de humo, polvo y fragmentos que salieron girando y fundieron agujeros en la nieve y la tierra allá donde caían. El acontecimiento sobresaltó tanto a todo el mundo que incluso distrajo a Dama por un instante.

En ese breve intervalo Sombra Larga contraatacó.

Las botas de un gigante invisible de trescientos metros de alto empezaron a pisotear y dar patadas a los hombres que estaban en lo alto de la muralla de Atalaya y a los que intentaban unirse a ellos. En el instante que tardó Dama en recuperarse de la sorpresa y responder, todas las escaleras se desmontaron y las cuadrillas que tenían tomada la parte protegida de la muralla salieron disparadas. Muchos cayeron y murieron.

Dama detuvo los pisotones, pero todos los esfuerzos por reconstruir la sujeción de una escalera para los hombres que estaban en la parte superior fracasaron. Sombra Larga estaba totalmente metido en el juego.

Matasanos se quedó y observó durante el resto del día. Yo me quedé con él. No pasó mucho más.

Volvimos a pie. Matasanos dijo:

—En conjunto, puede que hayamos salido ganando.

—Todavía tenemos gente dentro. Si podemos conservarlos.

—Haremos todo lo posible.

Su mente iba muy deprisa. Algo había pasado fuera, al margen del guión que él había escrito, y estaba intentando admitirlo como algo positivo. No le quedaba atención que poner en pequeñas cuestiones como por qué estaba usando el caballo de Thai Dei mientras mi cuñado iba a pie.

Eso me recordó que necesitaba investigar a Dormilón. El tiempo y la guerra aquí no habían salido como yo esperaba, así que puede que su vida tampoco hubiera sido cómoda últimamente.

El viento arreciaba dramáticamente durante nuestro paseo. Caían pequeñas bolas de hielo como precursoras de la tormenta.

—Tengo la sensación de que esta va a ser una de las gordas.

Matasanos gruñó:

—Es una pena que Dama no lo lograra esta mañana. Podríamos estar dentro y calientes.

—Por lo menos debería ser la última de las gordas de este invierno.

—Eso me recuerda algo. ¿Qué tal llevamos lo de encontrar grano para sembrar?

Capítulo 47

La tormenta tardó mucho tiempo en desaparecer. Por un par de veces casi me pierdo yendo simplemente desde mi refugio hasta el carruaje de Un Ojo o el refugio de Matasanos. La ventisca trajo aire tan frío que tuvimos que trasladar a Humo a la tienda de Matasanos para que no se congelara. Los soldados lo pasaron muy mal, aunque en gran parte era debido a su propio fracaso al buscarse el cobijo adecuado. Los prisioneros les habían advertido que el invierno aquí sería mucho más duro que ninguno de los que hubieran conocido.

Una vez más tuve que conocer las delicias de compartir alojamiento con madre Gota.

Thai Dei insistió en que ella tenía que resguardarse del tiempo y yo estaba desarrollando una vena blanda al hacerme mayor. Lo permití.

Se comportó de una forma poco corriente para Ky Gota. Guardó silencio ¿asi todo el tiempo? Se mantuvo apartada. Ayudó a Thai Dei a excavar la tierra fría y a sacarla para que tuviéramos más espacio. No dijo ninguna palabra despectiva acerca del tiempo que pasé escribiendo. Trabajó mucho, aunque nunca había podido criticarla a ese respecto, nunca.

Me ponía nervioso. Era casi humana. Aunque se esforzaba muy poco por ser agradable o amistosa.

El capitán, por otra parte, compartía espacio con Un Ojo y Humo durante este tiempo. Estaba mucho menos contento que yo. Y yo no estaba contento porque casi no tenía ocasión de viajar con Humo. Cuando pasaba por allí no me dejaban salir con el fantasma el tiempo suficiente para hacer algo más que comprobar algo concreto, que siempre era algo de una lista que habían preparado, pero que afirmaban no haber tenido tiempo de comprobar ellos mismos.

Matasanos no paseaba mucho con el fantasma, pero no dejaba que la ventisca y sus consecuencias le impidieran trabajar en otros asuntos.

Allí arriba en Atalaya Sombra Larga y el Aullador estaban pasando horas tan largas como las nuestras. Y cuando no estaba con su aliado Aullador, el Maestro de las Sombras compartía sus opiniones con Narayan.

Singh parecía haberse animado ahora que tenía un medio amigo. La Hija de la Noche parecía satisfecha de ignorar a todo el mundo y vivir completamente para sí misma.

El combate continuaba dentro de la fortaleza. Casi tenía que envidiar a nuestros hombres que estaban atrapados allí dentro. Estaban asustados continuamente, pero estaban calientes y la mayor parte del tiempo tenían bastante para comer.

Cada tres días caía nieve fresca. El crudo viento nunca dejaba de soplar. Empezaba a preocuparme por la leña que necesitábamos para continuar. La capa de

nieve era tan alta que era casi imposible desplazarse. Nadie sabía cómo hacer raquetas para la nieve. Probablemente solo tres o cuatro tipos de la Vieja Guardia, aparte de mí, sabían lo que eran las raquetas para la nieve.

Pensé que era un momento estupendo para que Sombra Larga enviara alguna de sus sombras mascotas, pero no aprovechó la ventaja. No estaba seguro de que Aullador pudiera resistir a Dama por sí solo ni tampoco, sospecho, quería dar la espalda a su compañero mucho tiempo.

Los sueños aumentaron. También variaron. Fui a la llanura de la muerte y a las cuevas de hielo, y fui a los pantanos del delta nyueng bao a ver a Sahra, y también dentro de las colinas y montañas a nuestra espalda donde vislumbré a Goblin y a Mogaba acurrucados en sus escondrijos, esperando a que pasara el temporal.

Todos esos sueños parecían muy reales.

Todavía más reales parecieron mis sueños con Atrapa Almas, cuya solitaria desdicha era épica. El sitio que había elegido para esconderse parecía atraer tanto a la nieve como al viento, hasta que la primera llegó a ser más alta que ella.

Las dos primeras veces que sufrí estos sueños me los tomé con paciencia. La tercera noche mi propia presencia allí parecía tan real que intenté jugar con la realidad.

El sueño no cambió, pero sí mi lugar en él.

Experimenté mucho más la noche siguiente.

Por la mañana, tras un desayuno no del todo incomedible preparado por madre Gota, fui caminando con dificultad por la nieve para visitar al capitán.

—¿Necesitabas escaparte?

—No se están portando mal. La vieja hasta ha preparado comida apetitosa. Si no eres muy quisquilloso.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está tu sombra?

—Supongo que no quería enfrentarse a la nieve. —La nieve era la primera cosa que veía que hacía que Thai Dei quisiera echarse atrás. Este invierno era su primera gran experiencia con la sustancia blanca.

—Ninguno queremos. ¿Hay algo del viejo?

—¿Con este tiempo? Bromeas. —Aún estaba seguro de que tío Doj tramaba algo. Tal vez debería soñar con él—. Lo que quería que supieras es que mis sueños se están volviendo realmente extraños. —Me expliqué.

—¿Es tu imaginación o estás saliendo de verdad?

—Es como estar ahí fuera con Humo. Casi. No tengo ninguna sensación de control. Por el momento.

Matasanos gruñó. Parecía pensativo, viendo algunas posibilidades. Yo mismo veía unas pocas.

—Lo que pensaba es que podía hacer un recorrido rápido con Humo para ver si la realidad se ajustaba a lo que yo soñé. —Me costaba poco aceptar la posibilidad porque llevaba mucho tiempo experimentando esos sueños tan insólitos.

—Hazlo. Sin perder más tiempo.

—¿Qué prisa tienes? Esta nieve no se va a ir a ningún sitio en una temporadita. Matasanos gruñó otra vez.

Se estaba convirtiendo en un auténtico cascarrabias.

El vuelo con Humo no me mostró nada que no hubiera visto en mis sueños. No me mostró a Atrapa Almas. Humo todavía se negaba a acercarse. Pero pasé muy alto por encima de ella y vi que estaba atrapada de verdad en una garganta donde la nieve era sumamente espesa.

Capítulo 48

Finalmente el tiempo cambió. La nieve se derritió. Salimos de nuestros refugios como una panda de marmotas. Lo mismo hizo el resto del mundo, pero la mayoría estaban interesados en recuperarse, no en entrar en combates.

La lucha continuaba dentro de Atalaya, aunque en general los soldados de Sombra Larga estaban satisfechos de mantener a las tropas de Dama aprisionados. Esos hombres no tenían ninguna prisa de que los mataran ahora que estaban incomunicados con el exterior. Tenían el control de provisiones suficientes para mucho tiempo y plena confianza en que Dama haría todo lo posible por liberarlos.

Y lo haría. Usé a Humo para observar alguno de sus planes. Había contado con que cualquier hombre que entrara quedaría aislado durante un tiempo. Había seleccionado unidades de asalto y comandantes que ella creía que podrían manejar tan difícil situación.

La división del príncipe estaba luchando en las ruinas de Kiaulune y en las colinas al norte, donde Mogaba insistía en hostigarnos. La división de Dama mantenía la posición entre la ciudad y Atalaya. Una de las divisiones del capitán estaba por el otro lado, en el camino que iba a la Puerta de las Sombras. Los demás permanecían de retén.

La primavera era una amenaza real en el horizonte.

Pregunté a Matasanos:

—¿Crees que el prahbrindrah Drah puede cansarse de hacer los honores en todos estos combates?

Me miró sorprendido.

—¿Tanto se nota?

—¿El qué? —Miré alrededor. Solo Thai Dei estaba lo bastante cerca para oír algo.

—Tú... Puede que sea que su división es la más incompetente.

—¿Y la menos fiable?

—Este ejército sufrirá muchas bajas antes de que lleguemos a Khatovar, Murgén. Corrígeme si me equivoco. A mí me parece que sería en beneficio de la Compañía si la mayoría sucedieran fuera de nuestras propias filas.

—¿Mmm?

—Me fío de mi vieja división. Muchos de esos hombres quieren unirse a la Compañía. La mayoría de ellos se enfrentaría al príncipe si yo se lo ordenara.

Ultimamente muchos taglianos querían unirse a la Compañía. Creo que muchas de las solicitudes eran reales. Los tipos que prestan juramento siempre son leales.

Nunca se toman el juramento a la ligera.

El juramento siempre se imparte en secreto. A los reclutas recientes se les ha pedido que mantengan sus nuevas lealtades para con ellos mismos. Nadie fuera de la Compañía tenía idea de lo fuertes que éramos de verdad. También a alguna gente dentro se le estaba aplicando política de desinformación, si sus nombres eran algo así como Dama.

El Viejo estaba convirtiendo la paranoia en un arte.

—Eso lo entiendo. Lo que me pregunto es, ¿cómo es que Dama también está saliendo mal parada? —Si algo no recaía sobre el príncipe, normalmente pasaba a ella.

El encogimiento de hombros de Matasanos me dijo que no estaba muy seguro.

—Supongo que no quiero ponerla en ninguna situación en que tenga que enfrentarse a demasiadas tentaciones.

—¿Y la nueva división?

—Les pediría que se enfrentaran al príncipe. Probablemente nunca estén preparados para ponerse de nuestro lado en una refriega civil. —Me miró directamente a los ojos. Esta campaña lo había elevado a un nuevo nivel de dureza. Era como intercambiar miradas con Kina.

No aparté la mirada.

Matasanos explicó:

—Cumpliré mis promesas.

Quería decir que nuestros patrones no las cumplirían. La radisha, especialmente, estaba decidida a jodernos. El príncipe había estado aquí fuera el tiempo suficiente para ser uno más de la cuadrilla.

Nunca tuvimos la oportunidad de obrar nuestra magia con su hermana.

Dije:

—Paso mucho tiempo deseando haberme quedado como granjero.

—¿Sigues teniendo problemas con las pesadillas?

—Cada noche. Pero no es como si fuera un ataque directo. Siempre consigo abrirme paso y aprovechar la ocasión para explorar por ahí. Aunque te aseguro que no es agradable. Puedes creerme —Kina, o alguien o algo que quería que pensara que era Kina, estaba en mis sueños todo el tiempo. Yo estaba convencido de que era Kina, no Almas. Todavía estaba intentando prometerme que me devolvería a Sahra.

Lo que yo deseaba es que hiciera algo con esa peste.

—¿Está intentando manipular a Dama también?

—Es probable. —Casi seguro—. O a lo mejor Dama la está manipulando a ella.

—Mmm. —No estaba escuchando. Ahora estaba concentrado en Atalaya. Habían empezado a volar bolas de fuego por todas partes.

Varias bolas de fuego destellaron también en las ruinas de Kiaulune. La gente que

tenía allí Mogaba era muy tenaz. El hombre realmente sabía cómo encontrar buenos soldados y cómo motivarlos. El prahbrindrah Drah había empezado a arrasarse partes de la ciudad en ruinas, edificio por edificio, salvando los materiales combustibles donde podía.

Todavía hacía frío. Actualmente había veinte centímetros de nieve en el suelo, encima de cinco centímetros de aguanieve compacta. ¿Esto era la primavera? ¿Cuántas tormentas tendríamos que soportar antes de que el tiempo dejara de repartir sorpresas tan desagradables? Los torreones de cristal de Sombra Larga que habían sobrevivido sí que parecían acogedores. Me preguntaba por qué no nos había molestado mucho últimamente.

Inspeccioné el humo que se elevaba desde Kiaulune. Esperaba que el príncipe reservara algunos sitios agradables donde las personas especiales pudiéramos escondernos cómodos después de que erradicara a los últimos guerrilleros.

Ya estaba cansado de vivir como un tejón.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó Matasanos, señalando Atalaya.

—No ha cambiado nada. No entiendo a Sombra Larga. Ni siquiera un poco. Es como si hubiera decidido destruirse a sí mismo. Se encuentra en algún tipo de atolladero emocional en el que no puede tomar ninguna iniciativa. Ya has pasado por eso, supongo. Yo sí, lo sé. Sabes lo que hay que hacer, pero no puedes moverte. No parece que el esfuerzo valga la pena. Es la misma clase de parálisis que aquejó a Humo las últimas semanas antes de que entrara en coma.

Matasanos parecía pensativo.

—¿Y tú qué tal? ¿Sientes que estás descansando lo suficiente, con esos sueños?

—Todavía no me está molestando. —Mentí. Aunque no necesitaba dormir. Necesitaba un respiro emocional. Necesitaba estar unas semanas solo en algún lugar con mi esposa.

—¿Dónde están tus parientes? —La eterna pregunta. Tío Doj seguía desaparecido.

—Buena pregunta. Y antes de que me preguntes, aún no sé lo que traman. Si es que traman algo.

—Me preocupa que haya tantos nyueng bao tan cerca de nosotros.

—No puede pasar nada malo, capitán. Ya no. Están con nosotros por una deuda de honor.

—Como me dices siempre, tenías que haber estado allí.

—Eso fijo que te ayudaría a entenderlo.

Miró enfurecido a la gran fortaleza blanca.

—¿Crees que podríamos dejar pasar a los refugiados?

—¿Eh?

—Cargar a Sombra Larga con más responsabilidad. Más bocas que alimentar.

—No los dejaría entrar. —Aún estaba asombrado de que Sombra Larga se hubiera provisto de una guarnición tan pequeña, Nunca había más de cien personas dentro de Atalaya, incluyendo a los criados, las familias y a esos refugiados que habían entrado antes de que se destruyera el andamiaje. No hay forma humana de poder defender la fortaleza de ataques múltiples.

Pero Sombra Larga no había planeado enfrentarse a lo humano. Él esperaba estar a salvo detrás de innumerables hechizos inquebrantables durante el tiempo que él quisiera.

—No creo que dure mucho más tiempo, Murgen. No mucho más.

Las bolas de fuego volaban por todas partes allí. Una brisa ascendente levantó esas cometas de caja con las que habían cargado los oficiales de intendencia desde Taglios. Con un viento como este podían levantar once kilos hasta lo alto del muro.

No era para eso para lo que las había traído Matasanos, dijo. Pero no dio detalles.

—Admiro tu confianza, jefe. Sí. El año que viene en Khatovar.

«El año que viene en Khatovar» se había convertido en el lema sarcástico de la vieja guardia estos últimos años. La mayoría habrían desaparecido enseguida y habrían vuelto al norte. La tensión constante de estar al servicio de Taglios no le venía bien a nadie más que a Dama. Pese a sus ataques de agotamiento parecía prosperar emocionalmente donde la paranoia enfervorizada era la única manera cuerda de afrontar la realidad.

A Matasanos no le hizo ninguna gracia. Sus objetivos para la Compañía no eran blancos de bromas aceptables.

Su sentido del humor había sido asesinado por esta campaña. O, por lo menos, estaba tan comatoso como Humo.

—Thai Dei. ¿Qué tal si vamos a dar un paseo? —Cuando el Viejo no estaba de humor nunca hacía daño irse a otro sitio.

Capítulo 49

Se supone que Un Ojo es mi sustituto como analista, por lo menos hasta que vuelva Dormilón y aprenda lo básico. Las pocas veces que le he pasado el trabajo, o que lo hizo Matasanos cuando se encargaba él de los Anales, demostró sin lugar a dudas que necesitamos a Dormilón desesperadamente. El carcamal es incapaz de recordar las cosas más de diez minutos la mayoría de las veces. No es que lo culpe a su edad.

Así que me sorprendió cuando se molestó en decirme, bastante después del suceso, que había sido testigo de algo interesante mientras estaba fuera explorando con Humo. No, nunca anotó nada y ahora no podía recordar todos los detalles, pero, mejor tarde que nunca, ¿no?

Puede ser. El viejo Humo no estaba anclado en el tiempo.

Él y yo viajamos hacia atrás hasta un momento no muchas horas después de que Narayan visitara a Aullador en la muralla y de que su pequeña conversación fuese interrumpida por la cuadrilla de brutos insensibles de Dama.

Singh y la Hija de la Noche se habían resguardado en el cuarto de ella. La niña no hablaba mucho. Era evidente que Narayan ahora estaba tremendamente incómodo en su presencia, aunque ella era una cosita diminuta hasta para su edad. Lo ignoró, se acomodó en una pequeña mesa de trabajo y subió la mecha de una pequeña lámpara de aceite. Lo espectacular, para mí, era verla ponerse a hacer el mismo tipo de trabajo que hacía yo casi cada día.

Estupefacto, observé mientras su pequeña manita apuntaba lentamente, con dificultad, palabras en un idioma que no reconocí y que, por lo que descubrí, ella no sabía leer. En cuanto vi lo que estaba haciendo revoloteé rápidamente en el tiempo buscando una explicación.

La escritura había empezado hacía una semana.

Era en mitad de la noche. Narayan se había quedado levantado hasta tarde, rezando, tranquilizando su alma, intentando alcanzar el estado que lograba la Hija de la Noche cuando tocaba a la diosa. Lo había intentado cien veces. Esta vez también fracasó.

El fracaso ya no le hacía daño. Se había resignado. Solo deseaba que le Permitieran comprender. Apenas había caído en sus oscuros sueños cuando la Hija de la Noche empezó a tirarle del hombro.

—Despierta, Narayan. Despierta.

Levantó un párpado. La niña estaba más animada de lo que él había visto desde antes de que descubriera que iba a ser el instrumento de Kina, las manos de la diosa

en este mundo.

Él refunfuñó. Quiso apartarla, decirle que volviera a su jergón, pero siguió completamente entregado a su diosa, preparado para cumplir su voluntad. La voluntad de la Hija tenía que considerarse una extensión de la voluntad de la Madre, por muy difícil que eso pudiera hacerle la vida.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —Se frotó la cara y gimió.

—Necesito material para escribir. Plumas. Tinta. Pinceles. Moletas. Cortaplumas. Lo que haga falta. Y un gran libro encuadernado de hojas en blanco. Rápido.

—Pero si no sabes leer ni escribir. Eres demasiado pequeña.

—Mi madre guiará mi mano. Pero debo empezar mi tarea enseguida. Ella teme que no nos quede mucho tiempo aquí, en lugar seguro.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó Narayan, que ahora estaba espabilado y completamente perplejo.

—Quiere que haga copias de los Libros de los Muertos.

—¿Hacer copias? Llevan perdidos miles de años. Hasta los sacerdotes de Kina dudan que sigan existiendo. Si alguna vez lo hicieron.

—Existen. En otro lugar. Yo los he visto. Existirán otra vez. Ella me dirá lo que debo escribir.

Narayan consideró la idea por un momento.

—¿Por qué?

—Hay que devolver los Libros a este mundo para que nos ayuden a provocar el Año de los Cráneos. El primer Libro es el más importante. No conozco su título. Pero para cuando acabe de escribirlo seré capaz de leerlo y usarlo para traer a la luz los otros Libros. Podré usarlos para abrir el paso a mi madre.

Narayan tragó aire. Él era analfabeto. La mayoría de los taglianos lo eran. Como muchos de los analfabetos sentían un gran temor reverencial hacia aquellos que sabían leer y escribir. Había visto grandes hechicerías desde que se asoció con Sombra Larga, aun así consideraba la capacidad de leer y escribir la mayor brujería de todas.

—Ella es la Madre de Todas las Noches —murmuró él—. No hay Ninguna Más Grande.

—Quiero esos materiales, Narayan. —Esa no era la manera de hablar de una niña de cuatro años.

—Los encontraré.

En las horas que siguieron a su huida de los soldados de Dama, mientras el combate seguía a muy poca distancia, la niña escribió lentamente y Narayan paseó de un lado a otro temblando. Por último, ella miró arriba y lo contempló con sus inquietantes ojos.

—¿Qué ha pasado, Narayan? —Parecía ver a través de él.

—Los acontecimientos han superado mi entendimiento. El pequeño apestoso me llamó para que fuera a la muralla para enseñarme las cabezas de mis hermanos expuestas sobre lanzas. Un regalo de tu madre biológica. —Se rascó reacio a continuar. Pensé que quizá la peor tortura con la que podríamos castigarlo cuando lo cogiéramos sería un baño—. No puedo descifrar qué propósito movió a la diosa cuando permitió que todas esas almas fieles cayeran en manos de la mujer. Casi no queda vivo ninguno de los nuestros.

La niña chasqueó los dedos. Singh cerró la boca al instante.

—¿Los mató ella? ¿La mujer que dio vida a mi carne?

—Por lo visto. Cometí un gran error al no asegurarme de si podía contar con ella cuando te traje con tu verdadera madre.

Ni una vez llamó la niña a Dama su madre. Nunca mencionó siquiera a su padre.

—Estoy segura de que mi madre tuvo una razón aplastante para permitir que eso pasara, Narayan. Llévate a las esclavas de aquí. Lo consultaré con ella. —Varias mujeres de Lugar de las Sombras cuidaban de la niña casi todo el tiempo. Las trataba como a muebles. De hecho, no eran esclavas.

Singh ahuyentó a las mujeres sin perder de vista a la niña. Ella parecía realmente desconcertada con sus quejas.

Singh cerró la puerta detrás de la última criada. La mujer no había hecho ningún esfuerzo para disimular su alivio por alejarse del pequeño monstruo, A la gente de Atalaya no le gustaba la Hija de la Noche. Narayan se puso en cuclillas. La niña ya estaba en trance.

Adonde quiera que se marchara no se quedaba mucho tiempo. Pero se ponía pálida mientras estaba allí, y cuando regresaba estaba más atormentada que cuando se iba.

El hedor a muerte invadió el mundo del fantasma mientras ella estaba fuera. Le eché agallas. Kina no vino.

La niña dijo a Singh:

—No lo entiendo, Narayan. Dice que ella no hizo nada de eso. Ni causó sus muertes ni permitió que pasaran —La niña sonaba como si estuviera citando textualmente, aunque cuando hablaba siempre parecía más mayor de lo que era—. No sabía ni que había pasado.

Ahora los dos se enfrentaban a una crisis de fe.

—¿Qué? —Narayan estaba asustado, espantado. El miedo era una constante en su vida estos días.

—Le pregunté, Narayan. Y no lo sabía. Era la primera vez que oía lo de las muertes.

—¿Cómo pudo ser eso? —Se podía ver al miedo empujando sus frías garras más

profundo en las tripas del Impostor. ¿Es que ahora los enemigos de los Impostores podían asesinarlos en masa sin que la diosa se enterara siquiera? ¿Entonces qué protección recibía la prole de Kina?

—¿Qué despiadados poderes poseen esos asesinos del norte? —preguntó la niña—. ¿Es que Creaviudas y Tomavidas son algo más que imágenes creadas? ¿Pueden ser auténticos semidioses que caminan por la tierra con apariencia de mortales, lo bastante poderosos para tejer telarañas de espejismos ante los ojos de mi madre?

Se podían ver las dudas royéndolos a los dos. Si se pudiera capturar a esos hombres de pañoleta roja y amarilla de ahí fuera tan fácilmente y matarlos sin alertar a su protectora, ¿qué podía salvar a un santo viviente o incluso al mesías de los Impostores?

—Si ese es el caso —dijo Singh—, más vale que esperemos que este sitio sea tan inexpugnable como el loco de Sombra Larga quiere creer. Más vale que esperemos que pueda exterminar a todos los taglianos que ya están dentro.

—No creo que él haya acabado, Narayan. Aún no. —Pero no explicó a qué se refería.

Capítulo 50

Tú que vienes tras de mí, y que lees estos Anales cuando yo me he ido, te va a costar creer esto, pero a veces hago idioteces. Como el día que decidí dar un paseo hasta el puesto de mando adelantado de Dama para ver la lucha con mis propios ojos en vez de verlo desde el confort y la seguridad del mundo fantasma o de mis sueños.

Sospechaba que había hecho una estupidez antes incluso de llegar allí. Fui tropezando con los cadáveres, la mayoría solo eran bultos en la nieve, ligeramente sobresalientes. Habría otro festín para los cuervos, otra celebración de la degradación, después de que cambiara el tiempo.

Y estaba cambiando.

Estaba lloviendo, a ritmo constante pero no muy fuerte. La lluvia estaba derritiendo la nieve. En algunos sitios una bruma casi tan densa como la niebla colgaba en el aire. No podía ver a treinta metros. Esta era una experiencia nueva para mí, caminar bajo la lluvia con nieve espesa a través de la niebla.

En realidad era un viaje a través de una belleza silenciosa.

No podía apreciarlo porque estaba abatido.

Thai Dei estaba más abatido todavía. El delta era cálido incluso durante el invierno.

Dormilón estaba allí arriba disfrutando de los primeros días de la primavera que inundaba Taglios y sus alrededores. Ahora odiaba y envidiaba al muchacho. Debería haber ido yo mismo.

Había entregado mi mensaje a Banh Do Trang. Yo era un mirón mientras eso pasaba. El anciano tomó la carta tranquilamente, sin reacción o comentario (excepto cuando pidió a Dormilón que esperara en caso de que hubiera una respuesta). Mi mensaje empezó su recorrido hasta el templo de Ghanghesha. Banh Do Trang llevó el mensaje él mismo.

Entretanto, yo estaba tan lejos que estaba en otro mundo. Helándome el culo.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunté de repente. No estoy seguro de por qué. Parecía una buena pregunta en ese momento.

Thai Dei se la tomó literalmente. El hombre no podía evitar ser así. No tenía imaginación. Se encogió de hombros y siguió estando tan alerta como era humanamente posible mientras intentaba impedir que le resbalara agua fría por la nuca.

Nunca he visto a nadie tan capaz de trincar su vida en rodajas exclusivas y de dar a cada rodaja toda la atención que merecía.

Estaba alerta porque el idiota de mí había decidido tomar un atajo a través de las ruinas de Kiaulune. El prahbrindrah Drah había erradicado a todos los enemigos, ¿no?

Quizá. Pero si eso era cierto, ¿quiénes eran los francotiradores con los que nos habíamos topado ya dos veces, lanzadores que actuaban desde los restos de lo que habían sido viviendas antes del terremoto? Me dolía el muslo derecho donde me había alcanzado un rebote afortunado. No estaba ansioso por vengarme, solo por salir de allí.

Dije:

—No me refiero a por qué estamos aquí helándonos el culo. Quiero decir por qué estamos aquí en este extremo del mundo congelándonos las pelotas mientras los lunáticos sin el suficiente juicio para rendirse nos tiran rocas a nosotros, y Matasanos y Dama creen que es pan comido expugnar una fortaleza inexpugnable.

Thai Dei se permitió el capricho de decir:

—A veces no se tiene ni idea de lo que se está haciendo, ¿verdad? —Recuperó su autocontrol y volvió a su carácter—. Tú sigues el camino del honor, Murgen. Te esfuerzas por pagar la deuda de Sahra. Igual que hacemos todos. Mi madre y yo te seguimos porque tu deuda es nuestra deuda.

Soplapollas mentiroso.

—Claro. Gracias. Y la cobraremos, ¿no es así? Pero es que este tiempo me consume. ¿Y qué hay de ti? —Como la mayoría de los hombres jóvenes sueñas con pasar el verano en Kiaulune.

—La niebla es desalentadora —admitió.

Una flecha se tambaleó entre nosotros, lanzada por alguien que no sabía lo que hacía apuntando a objetivos que no podía ver bien.

—Estos son unos cabroncetes bastante tenaces —dije—. Mogaba debe de haberlos convencido de que nos los vamos a comer vivos.

—Quizá no han visto pruebas de lo contrario.

Recogí la flecha.

—¿Vas a volverte de repente hablador y filosófico conmigo?

Thai Dei se encogió de hombros. Últimamente nos habíamos vuelto más locuaces. Era como si no quisiera que olvidara que estaba más cerca que mi sombra.

Entramos en un área que había sido una plaza antes del terremoto. La niebla hacía imposible distinguir ningún punto de referencia.

—¡Mierda! —Fue mi participación filosófica sobre la situación.

—Ahí. —Thai Dei señaló un resplandor a nuestra izquierda.

Distinguí ruidos que sonaban como unas maldiciones calladas en tagliano. Como soldados renegando mientras jugaban al tonk, un pasatiempo que los sureños habían adoptado con entusiasmo.

Me dirigí hacia allí, chapoteando en la nieve medio derretida. Esa porquería llegaba ahora por los tobillos, excepto donde era más profunda, como cuando metí el pie y siguió bajando hasta que me hundí hasta la rodilla.

El traspí fue un golpe de buena suerte. Me hizo empezar a maldecir en tagliano. Algunos soldados que había cerca vinieron a ayudarme. Habían estado a punto de tendernos una emboscada, al habernos oído trastabillar por allí antes. Me reconocieron. Yo no los conocía.

Resultó que pertenecían al grupo que estaba jugando a las cartas. Habían perdido a su oficial, su sargento había sido asesinado y no tenían ni idea de qué hacer, así que simplemente estaban intentando mantenerse apartados y calientes. Uno de nuestros fracasos como educadores militares. No habíamos fomentado el pensamiento innovador a nivel de pelotón. O a cualquier otro, de hecho.

—No puedo decirles qué hacer porque no conozco vuestra situación. Intentad subir en la cadena de mando, supongo. Buscad al comandante de vuestra compañía.

Explicaron que habían enviado a toda su compañía para despejar el área de tiradores. En la niebla a esos francotiradores no les costaba decidir quiénes eran sus enemigos: todos los que no eran ellos, un lujo del que los taglianos no disfrutaban. El resto de la compañía estaba ahí fuera en alguna parte, entre la niebla.

—¿Se abrió el fuego a propósito?

—No, señor. Algunos tipos se entusiasmaron y usaron sus varas de bambú. Y nosotros luego no hicimos más que continuarlo.

—¿Por qué no incendiasteis los edificios y asasteis a los francotiradores?

—Órdenes. Todos estos edificios de aquí están en buenas condiciones. El príncipe quería montar un cuartel general aquí.

—Entiendo. —Quizá más de lo que se daban cuenta los taglianos.

El prahbrindrah Drah ya tenía un cuartel general. Estaba en un vecindario mejor que disponía de condiciones de vida mucho mejores.

—Nadie me informó —dije—. Os daré un consejo. Que no os maten intentando salvar un montón de piedras y vigas. Si los mierdecillas os disparan, quemadlos. — En cualquier sitio de los Anales donde se mencionan los combates en ciudad destaca una lección. Esa lección estaba cruelmente reforzada por mi propia experiencia en Dejagore. Si te preocupas aunque sea un poco por conservar las construcciones, los tipos del otro bando te comerán vivo. Cuando estás en un combate no te preocupas por nada más que por atrapar a tu enemigo antes de que él te atrape a ti.

Los misiles seguían llegando de entre la niebla. No causaban daños, pero nos advertían de que los tiradores tenían buen conocimiento de dónde estábamos.

Una vez dado mi apoyo a las tropas del príncipe se marcharon a provocar incendios en masa. Reí entre dientes.

—Estoy orgulloso de mí, sí, sí.

—Hay que hacer lo que hay que hacer —dijo Thai Dei, malinterpretando la situación.

No había necesidad de contarle que acababa de barrenar algún plan del

prahbrindrah Drah.

—Silbarás una melodía diferente si acabamos congelándonos el culo porque estos gilipollas echen a perder toda la maldita ciudad.

Los restos de Kiaulune eran una rica fuente de leña, y ya no digamos de piedra para reforzar las fortificaciones. Los incendios empezaron a extenderse La cabeza me daba vueltas. ¿Es esto lo que te hace el poder?

Me quedé por allí cerca, dirigiendo a esos hombres y a otros tipos sin líder que se arremolinaron. Los francotiradores estaban empeñados en que no los cogieran. Los incendios eran cada vez más numerosos.

El tiempo se puso frío al llegar la tarde. Vino la lluvia. Pasó a ser aguanieve y lluvia congelada que lo cubrió todo con cristales. La niebla espesó. Al mejorar la visibilidad descubrí que los incendios estaban más extendidos de lo que pensaba. Sin control y propagándose, pronto produjeron calor suficiente para convertir el aguanieve en lluvia.

El humo empezó a reemplazar a la niebla. Dije a Thai Dei:

—Vamos a tener que empezar a acarrear leña desde las montañas. —Di orden de no provocar más fuegos. No sirvió de mucho.

Los soldados estaban tan nerviosos que siguieron disparándose con las varas de bambú.

Mogaba se partiría de risa por esto.

Llegó la noche cerrada. Había estado pasándomelo en grande. No quería bajar a Kiaulune después de anochecer. Las luces titilantes de las hogueras solo me ponían más nervioso. ¡Menudo momento para que el Maestro de las Sombras soltara sus mascotas!

—¿Viste eso? —Clamé.

—¿Qué? —Thai Dei sonaba justamente horrorizado.

—No puedo jurarlo. Mis ojos no son lo que eran. Pero... —Pero no hacía falta que le dijera a Thai Dei que pensaba que había visto a tío Doj como un parpadeo en la truculenta luz, como si él mismo fuese una sombra. Una figura con forma de trol había estado justo detrás de él. Madre Gota.

Interesante. Muy interesante.

—Vamos a dar una vuelta. —Me dirigí hacia donde iban mis parientes.

Thai Dei venía detrás. Por supuesto.

—Thai Dei. ¿Qué sabes en realidad sobre Doj? ¿Qué le mueve? ¿A dónde se dirige?

Thai Dei respondió con uno de sus gruñidos multiusos neutrales.

—¡Háblame, maldita sea! Soy de la familia.

—Eres de la Compañía Negra.

—Exacto. ¿Y qué?

Otro gruñido.

—Admito que no soy lo bastante moreno, lo bastante bajito, lo bastante flacucho, lo bastante feo o lo bastante idiota para ser un auténtico nyueng bao de duang, de raza superior amante de los pantanos, pero fui un buen marido para Sari. —Vencí el impulso de lanzarlo contra una ruina que había a mano y sacarle las trolas de dentro a cachetazos hasta que explicara lo que pensaban que estaban haciendo, robándome a mi esposa y fingiendo que estaba muerta.

Hacía pocos días había descubierto que no podía evitar restregarle a Thai Dei por la cara el racismo nyueng bao.

—Es un sacerdote —confesó Thai Dei, después de una reflexión considerable.

—¡Oh! Vaya sorpresa, hermano. Haz como si no fuera estúpido. No *jengal*. — Que es una palabra nyueng bao que significa algo así como «extranjero con deformación congénita y cerebro tarado».

—Es un depositario de cosas antiguas, hermano. De los pensamientos y estilos antiguos. Una vez fuimos una gente diferente de una tierra diferente. Hoy en día vivimos donde y como debemos, pero entre nosotros los hay que conservan las habilidades, costumbres y conocimientos. Como analista de la Compañía Negra deberías poder entender esa misión.

Puede ser.

Las precipitaciones acumuladas habían llenado las calles de nieve medio derretida. Solo medía unos centímetros, pero me recordó a las calles llenas de agua de otra ciudad en otro tiempo. Esto es una pesadilla, me dije a mí mismo. Esto es un tormento de Kina, quizá. El olor está aquí, pero esto no es Dejagore. Aquí no vamos a comer ratas, palomas y cuervos. Aquí nadie se permitirá hacer oscuros rituales que requieran sacrificios humanos.

Analiqué a Thai Dei. Él también parecía estar recordando aquel tiempo. Dije:

—Por lo menos hacía más calor que aquí.

—Lo recuerdo, hermano. Lo recuerdo todo. —Refiriéndose a que recordaba por qué tantos hombres de una raza tan orgullosa se habían unido a la Compañía Negra en puestos casi serviles.

—Quiero que siempre recuerdes esos días, Thai Dei. Estábamos atrapados en el infierno, pero sobrevivimos. Allí aprendí. El infierno ya no guarda ninguna sorpresa para mí, ni retiene ningún secreto de mí. —Un poco de crítica velada y una muestra de la filosofía básica que sigue consumiéndome.

He estado en el infierno. He cumplido mi condena. Esta oscura diosa Kina no podía mostrarme nada peor que las cosas que ya había visto con mis propios ojos.

Corrí a toda prisa, pero no volví a ver atisbo de tío Doj. Si es que era él lo que había visto. Thai Dei y yo nos quedamos en las calles, difundiendo ánimo mientras intentábamos olvidar nuestras vacaciones en el infierno.

El mierdecilla no soltó ni una sola palabra más sobre tío Doj.

Capítulo 51

A Matasanos no le había gustado nada.

—No quiero que vuelvas a hacer una insensatez como esa, Murgén. No había razón para ponerte en peligro de esa manera.

—He descubierto que el príncipe trama algo.

—Vaya novedad tan impresionante. Lo sabíamos. Tenía que ser así.

—También vi a tío Doj escabullándose por allí abajo.

—¿Y?

—Siempre estás preocupado por mis parientes.

—Ya no lo voy a estar más.

Su tono me alertó de que, una vez más, sabía algo que no iba a compartir. O tenía un plan que tenía intención de mantener completamente en secreto.

—¿Qué pasó?

—Logramos un hecho memorable. Y nadie se dio cuenta, lo cual nos da una tremenda ventaja.

—¿Y no me lo vas a decir?

—Ni una palabra. Algún pajarillo podría escuchar.

—¿Por qué estabas visitando a la señora de los pájaros? —Me acostumbré a preguntar (como solía preguntarme él por tío Doj). No le hizo gracia.

No me dio ninguna respuesta.

—Tienes un trabajo que hacer. Dos trabajos, de hecho. Cíñete a ellos. Si te pierdo no me queda nada más que Un Ojo. —Me miró con dureza.

—No sería tan horrible.

Pilló mi sarcasmo.

—¿Cuándo estará preparado Dormilón? No lo he visto por aquí.

—Yo tampoco. —No mentía, ¿verdad?—. He estado trazando los planos del interior de Atalaya. —Y lo había hecho, siempre que no había otras necesidades que hacer con mi tiempo. No me había esforzado mucho en investigar a la gente que se suponía que debía vigilar—. ¿Sabes si los sótanos son muy profundos?

—No. Y los cuervos tampoco.

Probablemente estaba equivocado en cuanto a eso. Atrapa Almas había estado una vez prisionera en las profundidades de Atalaya. Pero el tema de siempre se abrió paso. Nuestros días de paranoia distaban mucho de haber terminado.

—Ya lo pilló. Creo que iré a dar un paseo.

Encontré a Un Ojo al otro lado de la hoguera de madre Gota. No estaban hablando, pero solo que se toleraran el uno al otro era una sorpresa épica.

¿Estaría el pequeño mago intentando entusiasmarla con Goblin? Tenía ese aspecto furtivo, como si se trajera entre manos algo realmente malvado.

Seguí hasta la cueva de Un Ojo. Mi pegote se sentó al lado de su madre. Ella le sirvió alguna asquerosa imitación de viandas versión nyueng bao. Comió en silencio.

Me deslicé entre las mantas harapientas hasta el cubil de Un Ojo. Apestaba allí dentro. No sé a quién pensaba que estaba engañando. El olor del salvado era inconfundible. Los resultados sabrían tan mal como olía esa porquería. Había metido cualquier cosa que pensaba que fermentaría.

Humo estaba despatarrado sobre un catre. Un Ojo se lo había mandado hacer a Loftus y sus hermanos. El mago comatoso tenía la mejor cama de la provincia. Me acomodé en la silla a su lado, preguntándome si sería posible arreglárnoslas completamente sin él.

Decidí que experimentaría más tarde. Por el momento la fiabilidad era importante.

Pero tenía que sacarlo de ese agujero, en cuanto pudiera llevarlo a hurtadillas hasta donde estaba Matasanos. Quien iba a subirse por las paredes.

Primero intenté localizar a Dormilón. Lo encontré esperando todavía en la ciudad de Banh Do Trang. Seguí a Trang hasta el pantano. El anciano parecía preocupado. No podría decir por qué. Actualmente aún estaba lejos del templo donde Sahra se estaba poniendo más grande cada minuto.

Hacía apenas una semana que la había visto, pero parecía haberse hinchado de manera alarmante. Recordé los chistes que contaban los mayores sobre las mujeres embarazadas cuando yo era niño. Ahora no parecían tan graciosos.

Quería estar allí aunque sabía que mi presencia sería inútil. Nacen bebés todos los días sin la ayuda de sus padres, y en todos los sitios en los que he estado nunca se ha necesitado ayuda. En el momento del parto las mujeres se mantenían unidas y no querían a ningún hombre cerca.

Otra vez encontré un momento en que Sahra estaba sola, entonces intenté materializarme delante de ella. Mi suerte se resistió. Salió mal otra vez. Solo conseguí aterrorizarla.

—Pronto lo sabrás —intenté decir, pero solo conseguí asustar a las golondrinas del techo de paja.

Podía tener paciencia. Este juego ahora estaba enteramente en mis manos. Tío Doj y madre Gota no tenían ni idea de que lo sabía. Fui a investigar a la radisha Drah.

De un vistazo pude ver que lamentaba haber enviado a Fibroso Mather a vigilarnos a los chicos malos. Era una vieja bruja gruñona sin su juguete.

La gente también se daba cuenta. Eso no era bueno, con los sacerdotes siempre buscando artimañas.

Más trabajo para mí, tenerlos vigilados. Tendría que comentárselo a Matasanos,

ver si quería incluirlo en sus planes.

No vi nada más de interés en Taglios. La victoria de Charandaprash ahora era vox pópuli. Personas de todas las castas y religiones, ricos y pobres, partidarios de la Compañía Negra o sus enemigos, parecían dar por supuesto que Atalaya sería lo siguiente, sin duda. No encontré miedo hacia el Maestro de las Sombras en ningún sitio al que miré.

Parecía que Taglios se dirigía a los tiempos de paz y a su antiguo estilo de apuñalar por la espalda (quizá antes de tiempo).

Me desplazé hacia el sur, siguiendo a Fibroso Mather.

Mather debía de estar disgustado. No se había tomado a pecho su misión. Él y sus camaradas todavía no habían alcanzado Charandaprash. No dediqué tiempo a explorar, pero parecían estar esperando al buen tiempo. Y nadie estaba más ansioso que Mather por llegar al combate.

Pensaban que la guerra estaba ganada, también. ¿Por qué ir hasta donde las personas todavía se estaban matando unas a otras? ¡Alguien podía salir herido! Sin mencionar el frío, las condiciones de vida primitivas, la falta de diversión y la gastronomía...

Regresé otra vez al lado frío y sangriento de las Dandha Presh, volé alrededor buscando señales de Mogaba, Goblin, la forvalaka, Atrapa Almas. Humo no podía, o no quería, encontrar a ninguno de ellos, aunque se podía determinar la ubicación general de Almas por la densidad de cuervos.

No se había movido de donde había espiado su encuentro con el Viejo.

Humo no se acercó a la Puerta de las Sombras más que antes.

¡Maldita sea! Casi todo el personal de lo que Matasanos llamaba su vieja división estaba ahora establecido en los barrancos y laderas pedregosas del terreno entre Atalaya y la Puerta de las Sombras, en el camino al sur de Khatovar. Algunos de aquellos idiotas, destinados cerca de la Puerta de las Sombras, seguían disparando a lo que creían ver al otro lado. Siempre había algunas bolas de fuego zumbando por el frío aire.

Me pregunté si el Viejo sabía que estaban haciendo eso. Me pregunté si era una brillante idea. Podía bastar con una sola bola de fuego mal diparada para provocar el derrumbamiento de la puerta.

Volví a meterme en Atalaya. Siempre era una aventura deambular por los oscuros pasillos de esa fortaleza. Con el miedo que tenía Sombra Larga por las sombras cabría pensar que mantendría todo el interior bien iluminado. Supongo que se dio cuenta de que era imposible y estaba satisfecho de vivir en su cámara de cristal y de rodearse de luz intensa solo cuando tenía que moverse por allí. Había elegido no salir muy a menudo.

El Aullador, Narayan y la Hija de la Noche se movían libremente por el lugar. No

tenían miedo de sus oscuros rincones. Nunca se toparon con nada espeluznante. La niña se burlaba de los miedos de Sombra Larga.

Ni ella ni Narayan habían sido testigos de todo lo que podían hacer las mascotas del Maestro de las Sombras.

Ni yo tampoco, me temía.

Dama había establecido una fábrica para recargar las varas de bambú agotadas. Estaba segura de que las necesitaríamos.

Yo me temía que estaba en lo cierto.

La piedra tiembla. La eternidad se mofa mientras devora su propia cola. Este frío banquete casi ha terminado.

Hasta la muerte está impaciente.

Las paredes están sangrando.

En la oscuridad de la fortaleza gris cuesta distinguirlo, pero hilos de sangre venosa purpúrea han empezado a gotear de las grietas entre las piedras. Brilla en la luz que se eleva del abismo. Pequeñas sombras se pelean con avidez a su alrededor.

Un cuervo observa...

La neblina del abismo ha empezado a invadir la fortaleza. La mitad del trono basculante está cubierta. El trono ahora está inclinándose peligrosamente. Parece como si la figura que hay en él se fuera a resbalar en la niebla si no estuviera clavada en el sitio.

El trono se desliza otra millonésima parte de un milímetro. Un gemido se eleva desde la figura torturada. Sus ojos ciegos palpitan.

Un cuervo grazna.

No hay silencio. La piedra está rota.

Donde haya tan solo una grieta la vida echará raíces.

La luz encontrará una forma de entrar.

Capítulo 52

Le conté al Viejo lo de las tropas que estaban disparando por encima de la Puerta de las Sombras. Frunció el ceño, perversamente.

—No creo que sea una buena idea —gritó a un emisario. Envió una firme sugerencia a nuestros hermanos que estaban con la división en el sur.

—No hay ningún cuervo por aquí —apunté.

—Un Ojo me hizo un conjuro por encargo que puedo usar para hacer que tengan hambre y se vayan un rato. Pero no para siempre.

Cogí la indirecta.

—No creo que estemos haciendo lo suficiente para apoyar a los hombres de Dama que están dentro de Atalaya.

Matasanos se encogió de hombros.

—Ya no me preocupa mucho Atalaya.

—¿Qué? ¿No te preocupa Sombra Larga? ¿Aullador? ¿Narayan Singh y tu... la Hija de la Noche?

—No me entiendas mal. No soy indiferente. Solo es que no importan tanto como importaban.

—Debo haberme perdido algo. ¿Qué estás diciendo?

—Solo lo estoy sugiriendo, Murgén. Pero ahora podríamos ir al sur, si quisiéramos. Si estoy en lo cierto en cuanto al estandarte.

—Esto... —Dije. No me chupo el dedo.

—El estandarte tiene que ser la llave de la Puerta de las Sombras. Creo que podríamos atravesarla y seguir avanzando, sin peligro, mientras llevemos el estandarte.

—Esto... —Dije, otra vez, pero esta vez tenía algunos pensamientos más—. ¿Quieres decir que podríamos juntar a todo el mundo, decir «que os den» al resto de esta mafia, y largarnos al trote cantando alegres marchas militares?

—Exacto. Tal vez.

Así que no estaba totalmente seguro.

—¿Eso no dejaría muchas cosas pendientes? Sin mencionar el riesgo de abrir la Puerta de las Sombras de la forma equivocada.

—Sombra Larga es el maestro de la Puerta de las Sombras. Puede mantenerla sellada.

—¿Qué pasa si no puede?

Matasanos se encogió de hombros.

—No debemos nada... Tú acabas de decirme que la radisha todavía está amañando las cosas para jodernos. El prahbrindrah Drah estaba tramando algo aquí abajo. Aullador no es amigo nuestro y Almas solo ha estado ayudándome porque

piensa que eso la ayudará con sus planes con Dama.

—Tengo una esposa ahí fuera, jefe. Y tiene un bollo en el horno. Sin mencionar a Goblin y su pelotón, a quienes no puedo encontrar, pero estoy seguro de que están ahí fuera en algún sitio, en alguna misteriosa misión tuya.

—¿Mmm? No lo había pensado. No hay misterio. La tarea de Goblin es ser olvidado. Así que se supone que está en el lugar correcto si el príncipe nos deja. O decide hacer otra de las tuyas en una situación en que podríamos ayudarnos atacando por la espalda.

Gruñí. Puede que fuese verdad. O puede que solo fuese lo que quería que yo pensara. Lo ignoré. Podría responder la pregunta utilizando a Humo si me decidía y era listo, y sentía alguna necesidad real. Pregunté:

—¿Qué pasa con Singh? ¿Vas a escapar de él?

No creía que Dama aceptara eso. Era difícil saber lo que estaba pasando dentro de su cabeza, pero pensaba que nada ni nadie la haría alejarse mientras Narayan Singh siguiera sano y salvo.

—He estado dejando que las cosas se resuelvan solas. Seguiré haciéndolo durante un tiempo, pero cuando llegue el momento no dudaré en llevar a la Compañía por el camino hacia Khatovar. —Su voz se volvió fría, dura y confiadamente formal.

Me estaba enfadando. Eso no era bueno. Le dije:

—Creo que será mejor que me excuse ahora.

—Justo a tiempo. —Proyectó una sonrisa triste.

Uno de sus enormes cuervos había metido el pico en la habitación. Si era posible que un pájaro pareciese perplejo este lo parecía. También olía. Había almorzado en las ruinas.

Pregunté a Un Ojo:

—¿Cuánta importancia deberíamos dar a nuestro contrato con los taglianos?

—¿Eh? —No me ofreció más que el gruñido de confusión. Quería que me fuera para poder jugar con su alambique.

—Quiero decir que si estamos obligados a mantener nuestra parte del trato hasta que intenten jodernos.

—¿Qué problema tienes? —Gesticuló. No había ningún pico fisgoneando por allí.

—El Viejo está hablando de pasar de Atalaya. Olvidarnos de Sombra Larga y de todo lo demás. Dejar que disfruten el uno del otro mientras nosotros nos dirigimos al sur.

La idea asustó al pequeño mago. Dejó de intentar librarse de mí.

—¿Ha resuelto cómo podríamos hacerlo?

—Cree que tal vez. Pienso que no lo sabe con seguridad. Pero creo que está deseando comprobarlo por las malas.

—Eso no está bien. Eso podría provocar una tormenta de mierda del tipo de... como nada que nos podamos imaginar, probablemente. Como algo sacado de las leyendas.

—Eso pensaba yo también. Puede que solo esté hablando por hablar. Pero podría ser una buena idea recordarle que aún no hemos leído esos tres volúmenes perdidos de los Anales. Tengo la sensación de que no deberíamos pasar eso por alto.

Un Ojo no tiene ni un cuarto de la fe que yo tengo en los Anales, ni una décima parte de la que tiene Matasanos, pero hizo una mueca.

—Eso es interesante. Se lo recordaré.

—¿Sutilmente? Ya me conoces, Cachorro. Soy más escurridizo que la mierda de lechuga engrasada.

—Te conozco. Eso es lo que me asusta.

—No sé de qué va tu generación. No tenéis confianza. No tenéis respeto.

—Ni mucha paciencia con los fanfarrones, tampoco —admití—. Tengo informes que escribir. Además de preocupaciones que atender. —Y comida que comer. Tenía hambre otra vez. Con lo que comía cuando salía con el fantasma debería haber engordado tanto que no podría ni menearme.

Me uní a mis parientes junto al fuego. Madre Gota me sirvió un cuenco de lo que fuera aquello que tenía hirviendo en la olla. Nadie dijo nada. No había hablado mucho con ellos últimamente. Habían empezado a sospechar que ya no era sociable.

Me preguntaba por qué la vieja no cocinaba dentro. Thai Dei y yo le habíamos preparado toda una habitación privada en nuestra cueva en constante expansión, pero solo entraba cuando hacía un tiempo de perros o era la hora de dormir.

Thai Dei se había llevado casi todo el trabajo de nuestro refugio. No había mucho más que pudiera hacer. No estaba implicado en los planes de su madre y tío Doj.

—Gracias —dije a madre Gota cuando acabé—. Lo necesitaba. —No pude felicitarla por la comida. Si alguna vez metiera la pata y preparara algo apetecible por error no se creería los cumplidos. Nunca alardeó de ninguna destreza culinaria.

—Tú —dijo, empezando una conversación, cosa que hacía muy pocas veces—, Guerrero de Hueso, ¿tienes cuidada con cuervos? ¿Son importantes? —Su tagliano era terrible. Yo hablaba nyueng bao mucho mejor, pero ella nunca tenía esa cortesía. Supongo que eso le daría, de algún modo, cierta legitimidad a mi relación con Sahra.

Dejé de intentar darle sentido a los pensamientos de madre Gota hace años.

Respondí en nyueng bao.

—A veces llevan mensajes. Espían, eso lo sabemos. Los ratones y murciélagos hacen lo mismo. Los que usan los animales no son amigos nuestros.

Me excedí contándole tanto. A Matasanos no le haría gracia, pero yo estaba sonsacando. Estaría bien descubrir lo que sabía o sospechaba. A veces, la señora no podía evitar farolear.

—He visto búhos de noche también, soldado de piedra. No se comportan como deberían comportarse los búhos.

Gruñí. Eso era nuevo. Y me decía que si estaban utilizando búhos y nadie se había dado cuenta, entonces la vieja era mucho más astuta de lo que yo había sospechado.

—Anoche muchos cuervos fueron y vinieron de la fortaleza brillante.

La miré más detenidamente. Anoche. Mientras Thai Dei y yo estábamos en la ciudad con los muchachos perdidos. Mientras ella zangoloteaba de noche con tío Doj. Ella había visto algo que a mí se me había escapado. Quizá.

Los cuervos habían escaseado cerca de Atalaya últimamente. Sombra Larga había cogido aversión a los heraldos oscuros. Sus torreones de cristal estaban rodeados de pequeños hechizos horribles que funcionaban como arañas cavadoras, atacando cuando los pájaros se acercaban demasiado.

—Eso es interesante —dije—. Eso podría ser algo nuevo.

—Ha habido cuervos antes. Pero nunca tantos.

—Mmm. —¿Qué pasó allí anoche que a Atrapa Almas le resultó tan interesante? Hoy no había visto nada anómalo. Valdría la pena comprobarlo.

Tal vez me estaban manejando. Tal vez tío Doj y madre Gota empezaban a verificar las rarezas que habían notado en mi comportamiento en los últimos meses. A lo mejor se estaban preparando para hacer lo que fuera que Matasanos sospechaba que iban a hacer. Si es que hacía algo más que sospechar.

Él sospechaba algo de todo el mundo.

—El que vuela salió ayer por la noche, soldado de la oscuridad.

—¡Ah! —Estaba intentando manipularme. Sabía que yo odiaba esos títulos enigmáticos que antes empleaba su padre, Ky Dam. El antiguo portavoz nunca los explicó y madre Gota no iba a zaquear por donde su padre se había negado a pisar—. Eso es interesante. —Hacía tiempo que no había avistamientos aéreos del Aullador. Aunque le gustaba usar hechizos de ocultación cuando estaba en vuelo.

Ella quería que hiciera preguntas para poder jugar conmigo y frustrarme. La información que había dado era todo lo que iba a conseguir. En este momento.

Me negué a jugar a su juego. Me dirigí a Thai Dei.

—¿Acaban de ascenderme a miembro honorario de la tribu?

Se encogió de hombros. Parecía ligeramente sorprendido de que su madre me hubiera dicho algo.

No me precipité en visitar a Humo. Si era eso lo que la vieja quería, tenía intención de decepcionarla sobremanera. Me ocupé de las faenas, ayudé a Thai Dei a trabajar en nuestra cueva, comí otra vez, bebí bastante, trabajé en los Anales durante un rato. No pude cambiar nada de lo que había sucedido durante la noche. Y fuera lo que fuese, no había sido tan trascendental como para ser una amenaza inmediata.

Un Ojo me lo puso realmente fácil. Poco después de ponerse el sol se pasó por allí con una olla de barro.

—La sopa está lista —dijo. Vertió el contenido de la olla. La peste de una bebida espantosa llenó rápidamente mi cueva.

—¡Está bien! —Me levanté y lo seguí en la oscuridad.

Capítulo 53

—Eso fue un golpe de suerte. Que aparecieras justo en ese momento —dije a Un Ojo—. Necesitaba escapar. —Le transmití lo que madre Gota me había contado.

—¿Cómo lo supo?

Le conté lo de que los había reconocido a ella y a tío Doj por la noche.

—A lo mejor ellos también me reconocieron a mí.

—Thai Dei pudo habérselo dicho.

—Supongo.

—¿Crees que es importante?

—Se han asegurado de que lo sepa de una manera muy especial, será mejor que lo verifique. No noté nada cuando hice el fisgoneo rutinario.

Un Ojo gruñó. Parecía pensativo.

—Eso lo demuestra. No importa lo bien que nos lo montemos, se nos van a escapar cosas porque no sabemos qué buscar.

Lo cual era cierto. Las cosas podían estar allí mismo, en público, incluso con la ventaja que me daba Humo, se me podían escapar si no sabía mirar.

No había tiempo suficiente para mirar en todas partes, todo el tiempo.

Sugerí:

—¿Por qué no les llevas un poco de tu poción mágica a mis parientes? Jóddeles los planes un rato.

—Pensaba que ellos no tocaban la priva.

—Se supone que no deben. Pero yo he visto a Thai Dei beber algo para calentar la tripita una vez o tres, para ser sociable, y su madre se habría aficionado si tío Doj no hubiera estado allí la mayoría del tiempo que pasamos en Taglios. Tomaba a escondidas algunas pintas siempre que él no estaba. No ha tenido ocasión desde que nos pusimos en camino.

—Muy interesante. —El hombrecillo negro empezó a apresurarse de un lado a otro.

—¿Sabes qué? Voy a ir allí y voy a hacerles compañía mientras tú estás fuera. Les diré que estás trabajando.

Se fue antes de que terminara de hacer mis preparativos. Llevó un viejo cubo de madera pringoso con él. Murmuré:

—Tengo que hacer que hable con Swan. —Sauce Swan hacía cerveza mala, también, pero sabía un poco sobre el arte cervecero. Comparado con el producto de Un Ojo el de Sauce era ambrosía.

Había casi una cordialidad hacia Humo cuando lo sujeté, como si alguna parte de él sintiera que ya no estaba solo y estuviera contento por ello. Lo llevé directamente a Atalaya, deslizándome hacia atrás en el tiempo, evitando las ruinas donde ardían los

fuegos para no verme a mí mismo. Tuve que moverme hacia delante y hacia atrás para encontrar a los cuervos de madre Gota. Solo eran visibles brevemente y no eran muy obvios. Pasaron como un rayo desde el norte, volando muy alto por encima de la fortaleza, luego bajaron en picado dentro de Atalaya como piedras que caen. No eran más de una docena así que cualquier mensaje que llevaran, en cualquier dirección, sería muy limitado. Esperaba cantidades mayores para lo que mi suegra había dicho.

Seguí al último hasta abajo. La bandada no se acercó a la cima relumbrante de la torre de Sombra Larga, donde el Maestro de las Sombras trabajaba tarde en algún conjuro esotérico. Se sumergieron en la oscuridad de un patio y entraron en la fortaleza a través de una puerta que solo tenía una rendija entreabierta. Murmuraron entre ellos, incómodos en el sitio donde estaban. Un grito agudo, entrecortado, casi los asustó.

Una voz susurró. No podía ver más que la más mínima sombra en la oscuridad, pero reconocí el grito malogrado de Aullador. No entendí ni una palabra de lo que dijo. No entendí a los cuervos, que se turnaban haciendo unos sonidos que podían haber constituido un mensaje.

Atrapa Almas y el Aullador se estaban comunicando.

Corrí atrás en el tiempo otra hora. Aullador no hacía nada más que estar allí sentado esperando. Salté hacia delante, planeando seguir con él hasta que encontrara algo interesante.

Tuve que avanzar unos pocos minutos después de la llegada de los cuervos.

Solo se quedaron brevemente. Luego Aullador se precipitó de vuelta a la oscuridad. Me dejé llevar a su lado, siguiendo su rastro por el oído y el olfato. Hasta en el mundo de los fantasmas Aullador llevaba un hálito con él.

Permaneció en la oscuridad, lejos de las rutas que Sombra Larga pudiera utilizar, hasta que alcanzó una puerta en particular. Llamó, lo cual me sorprendió. Aullador era la clase de tipo que entraba sin llamar.

Narayan Singh abrió la puerta una rendija. Aullador contuvo un chillido. Estaba desarrollando un talento para el silencio. Singh dio un paso atrás y lo dejó pasar. Aullador se deslizó dentro como un Impostor diminuto que se esconde como si le fuera la vida en ello.

—Es la hora —susurró.

¿La hora de qué?

Singh lo sabía. Fue hasta la Hija de la Noche inmediatamente. La cría estaba encorvada delante de una pequeña hoguera, transcribiendo con fanatismo ese primer Libro de los Muertos. Me pareció que casi había acabado, pero ¿quién sabe cómo era de largo ese libro?

Singh parecía no estar muy seguro de cómo acercarse a la niña. Últimamente parecía no estar muy seguro de muchas cosas. Era casi prescindible y lo sabía.

Aunque Dama siempre iba a tener un uso que darle.

Llamó la atención de la niña. ¡Dios, se estaba volviendo fantasmagórica! Había un aura sobre ella, algo que podría llamarse un resplandor de oscuridad. En esa luz sus ojos parecían brillar como los de un gato grande rateando hacia tu fogata extinta. Tú estabas dormitando y ella estaba hambrienta.

—Es la hora —le dijo Narayan, con un susurro apenas lo bastante fuerte para agitar el aire.

La niña asintió bruscamente. Hizo un gesto minúsculo. Narayan hizo una reverencia y se retiró.

No había duda de quién estaba al mando aquí, de quién mandaba y de quién obedecía. Ni tampoco ninguna duda de que ella misma estaba siendo controlada por un poder determinado. Extendió la mano con la que escribía hacia Narayan para que la ayudara a levantarse. Era una garra que no podía relajar, sus piernas estaban demasiado rígidas para desdoblarse por sí solas. Por un momento sentí lástima por ella, olvidando que no era una niña de verdad.

Aullador regresó al pasillo. Se desplazó lentamente delante de Singh y de la niña, tanteando el terreno. Los dos insistieron en llevar una lámpara, lo cual molestó profundamente al Aullador. Mascullaba y se quejaba todo el tiempo mientras se escabullían por una ruta tortuosa que evitaba a Sombra Larga, a la guarnición y el enclave todavía tomado por los soldados de Dama, Aullador los llevó hasta un trozo de muralla sin protección, con vistas a Kiaulune. Los fuegos ardían allí abajo. Yo estaba allí abajo con Thai Dei, frío y decepcionado conmigo mismo por haber sido lo bastante idiota para insistir en ser un testigo presencial de los hechos.

No los seguí en tiempo real. Salté hacia delante, condensando los acontecimientos. El destino de Aullador era una pequeña alfombra oculta en lo alto de una torre sin cúpula que nadie usaba para otra cosa. Era una alfombra nueva, más pequeña que las que habíamos visto antes, tan negra como la noche que nos rodeaba. Una prueba más de que no se puede saber todo lo que está pasando a no ser que quieras pasarte cada minuto vigilando. No había visto a Aullador trabajando en esa alfombra.

Sin intercambiar ni una palabra los tres la levantaron, caminaron hasta el borde del parapeto y, al unísono, salieron al vacío. Se encaramaron a bordo mientras caían. Narayan gimió suavemente, con los ojos cerrados. La Hija de la Noche no estaba impresionada.

Aullador tomó el control a tiempo de no restregarlos por las rocas y los escombros que había debajo. Empezó a deslizarse suavemente a escasos metros del suelo, intentando mantener los objetivos firmes entre él y Atalaya.

Eché un vistazo rápidamente a Sombra Larga.

El Maestro de las Sombras estaba inquieto. Había dejado sus estudios para

contemplar vagamente Kiaulune. Notaba que algo estaba pasando, pero no podía determinar qué.

Aullador estaba jugueteando a espaldas de su aliado.

Casi pierdo al mierdecilla. Tuve que volver al momento en que lo dejé para cogerlo otra vez. Poco después pasó lentamente por delante de una cuadrilla de guerrilleros de Mogaba que estaban en las ruinas. Los guerrilleros no lo vieron, pero lo notaron y les entró el pánico, pensando que una de las mascotas del Maestro de las Sombras estaba al acecho. El jaleo que armaron llamó la atención de los taglianos que había cerca. Los soldados vieron algo misterioso desplazándose en la oscuridad. No perdieron tiempo en soltar una descarga de bolas de fuego.

Aullador cambió la táctica.

Salió pitando a toda velocidad y empleó un conjuro de ocultación (no quería haber hecho ninguna de las dos cosas cerca de Atalaya). Lo habría perdido ahí si el azar no me hubiese favorecido.

Una bola de fuego desenfrenada cortó la esquina de la alfombra invisible que empezó a arder lentamente. El conjuro de ocultación no incluía el brillo mientras me mantuviera cerca.

Aullador reaccionó perdiendo el culo, pero se quedó tan bajo que la maleza arañó la parte de debajo de su alfombra. En un determinado momento chocó con unas tiendas y tendedores en uno de los campamentos de la división del prahbrindrah Dra. Estaba menos preocupado por que los descubrieran los de nuestro bando que los del suyo propio.

La carrera provocó una leve sensación de regocijo. No lo noté inmediatamente. Entonces caí en la cuenta de que estaba sintiendo más emoción de la habitual. Finalmente me di cuenta de que lo que estaba sintiendo era algún débil efecto de Humo.

En algún momento durante el vuelo pasamos lo bastante cerca de tío Doj y madre Gota como para darse cuenta pero no vi ninguna señal en ellos. También rastreamos mi propio cuartel; estuvimos tan próximos que asustamos a los centinelas y a los caballos.

No me sentí totalmente sorprendido cuando Aullador se dirigió a cierto cañón obstruido por la nieve. Humo no se percató hasta que estuvimos lo bastante cerca como para observar a Aullador aterrizar delante de una Atrapa Almas expectante en medio de una explosión de cuervos aterrorizados.

Al distraerme con los pájaros me relajé un poquito y Humo se rebeló.

Ella es la oscuridad.

¿Qué?

Ese no fui yo. Pero no volvió a ocurrir. Salí afuera, arriba, lejos, contento de volver a mi carne con el conocimiento de que Aullador y Atrapa Almas tramaban

alguna traición que incluía a Narayan Singh y la Hija de la Noche.

El estado de ánimo que Humo rezumaba ahora, si es que algo tan débil podía llamarse ánimo, era terror.

Y el terror estaba ahí fuera vagando en la noche, aunque no era el terror lo que atormentaba a mi corcel espiritual.

Sentí un tufillo a corrupción mientras volvía a mi carne. No vi nada. Me detuve, experimenté, me moví en dirección opuesta al origen invisible.

A lo mejor me olía a mí mismo. El hedor se hizo más fuerte de pronto. Sentí una sensación de algo arrebatado. La luz parpadeó en el mundo del fantasma. Vi la espantosa cara de Kina por un instante, mirándome directamente. Pero sus ojos estaban ciegos. Las ventanas de su nariz se expandieron como si intentara agarrar mi aliento.

El terror de Humo debió de ser lo que olió. Huyó presa de un pánico total.

Ella es la oscuridad.

Esta vez fue más leve, pero allí estaba. No era mi imaginación.

Capítulo 54

El Viejo no pareció sorprendido de oír que Atrapa Almas podía estar tramando algo con Aullador.

—No es que contara con ello, pero parecía una posibilidad —dijo—. Han trabajado juntos durante siglos. Puede que tengamos a Sombra Larga cogido por las pelotas.

—Más vale que alguien lo tenga cogido por algún sitio si él controla la Puerta de las Sombras. La otra cosa es... —¿Cómo podía exponerlo?

—¿Otra cosa?

—Humo está mostrando síntomas de personalidad. Creo. —Le conté lo que había pasado.

—¡Maldita sea! No queremos que se despierte ahora. —Pensó durante un ratt—. No veo cómo podemos impedirlo si está pasando.

—Será mejor que le consultemos a Un Ojo sobre eso.

—Dile que venga. ¡Espera! No te vayas. Háblame de la parte de la fortaleza donde se esconden Singh y la niña.

Resultó que esto era más que un interés pasajero. Quería mapas.

Ya había trazado esa parte del lugar. Todo lo que tenía que hacer era coger los dibujos de la cueva de Un Ojo. Me traje al pequeño mago. Seguía refunfuñando por haberle despertado en mitad de la noche. Una vez que el Viejo tuvo lo que necesitaba cerré la cortina que separaba a Humo y me fui a la cama, dejándolos con sus estratagemas.

No escapé de Kina solo con volver a encarnarme. Estaba esperando en mis sueños. En cuanto me tumbé me encontré en el lugar de los huesos. Sahra estaba esperando.

No me costó recordar que era una ilusión. No se parecía en nada a la Sahra que vivía tan miserablemente en el templo Vinh Gao Ghang. Esta era demasiado joven, demasiado poco ajada, pese a su palidez y la marca del cuello característica de una víctima de un Impostor.

Había empezado a sospechar que Kina era torpe y poco imaginativa, aunque tremendamente poderosa. ¿Cómo había conseguido engatusar a Dama?

Era cierto que Dama no había sabido a qué se enfrentaba. Y la ignorancia es una grieta en la armadura que un enemigo experto puede explotar a voluntad. Y, por supuesto, Kina era la reina de los Impostores.

Ya no importaba cómo había engañado Kina a Dama. Lo que importaba ahora era que no me engañó a mí.

Ese pensamiento me dejó incapaz de fingir que estaba siendo embaucado. No fui

amable con la falsa Sahra.

Su carne se descomponía y derretía justo delante de mí. El perfume de Kina, que era la peste de cuerpos muertos, me asaltó. Una sombra en la distancia gris se cuajó en una bailarina negra, con cuatro brazos de tres metros de alto, cuyos machacantes pies levantaban nubes de polvo de huesos al pisotear y dar vueltas. Sus colmillos goteaban veneno. Sus ojos ardían como carbones oscuros. Sus alhajas de hueso estrepitaban y traqueteaban. Su aliento era el aliento de la enfermedad.

La Hija de la Noche iba montada en su hombro como una segunda cabeza pequeña. Estaba entusiasmada como un niño que hace su primer viaje a la feria del condado.

Kina no estaba contenta con Murgén.

Unos huesos de brazo se levantaron de entre los desperdicios, agarrando con dedos sin carne. El esqueleto de Sahra trastabilló hacia mí. Meforcé a alejarme de allí y ¡mira!, me desplazé lentamente hacia arriba y hacia atrás unos metros. Meforcé otra vez y volví a moverme, no lejos, asombrado de tener control y desconcertado porque no había intentado ponerlo en práctica antes.

Kina dejó de bailar y vino hacia mí pisoteando. Sus colmillos se alargaron. Sus seis pechos goteaban veneno. Se puso otro par de brazos. La Hija de la Noche daba brincos con emoción sobre su hombro, inmune a la atracción de la gravedad.

Meforcé a alejarme de allí.

Tenía control, pero aquel no era mi mundo. No podía escapar más rápido que el creador del mundo. Una enorme mano negra brillante, en garra descendió en picado. La esquivé. Una uña me rozó. Caí patas arriba y fui rodando hacia la oscuridad.

Aparecí en la caverna llena de ancianos atrapados en telas de araña de hielo. Avancé despacio, pasando delante de caras que no solo sabía que conocía, recordaba los nombres que iban con ellas.

Sentí un pánico como el que se sentiría si se estuviera encerrado en un sitio pequeño a oscuras. Enterré vivo el pánico. No dejé que me controlara. Intenté, otra vez, dirigirme a mí mismo y descubrí que podía moverme por la caverna si lo deseaba, como hacía cuando estaba paseando con Humo. Aunque aquí me movía muchísimo más despacio.

Intenté salir atravesando las paredes. Como en el mundo real, y a diferencia de cuando paseaba con Humo, estaba muy limitado por las normas físicas. La única forma de salir de la caverna sería hacia delante o hacia atrás. Lo cual no tenía mucho sentido si estaba soñando y había entrado allí sin seguir ningún itinerario complicado.

¿Era posible que las leyes físicas actuaran solo cuando yo tenía el control? ¿Podía ser que yo fuese incapaz de atravesar las paredes porque nunca aprendí ese truco en la vida diaria?

Decidí ir hacia delante, subiendo la pendiente del suelo de la caverna, porque eso

era lo que hacía siempre en los fragmentos de sueño que recordaba. Mientras lo hacía percibí una cólera incipiente que crecía a mi lado, como algo que cazaba y que estaba frustrado. Hice todo lo que pude para acelerar.

En aquellas cuevas de hielo había más que ancianos. Había más ancianos, ninguno de ellos que yo conociera. Había tesoros. Había basura, como si todo lo que hubiera caído por una grieta hubiera ido a parar allí. Había libros.

Tres tomos enormes encuadernados en piel oscura, agrietada, estaban apoyados en un atril de piedra largo, grande. Como si esperaran que tres oradores se acercaran y leyeran a la vez. El primer libro estaba abierto por una página a tres cuartos del principio. Sólo eché un vistazo a la página antes de que alguna fuerza irresistible me empujara fuera. Era idéntica a la página que había estado transcribiendo la Hija de la Noche cuando Narayan Singh la interrumpió para poder ir a visitar a Atrapa Almas. La caligrafía era de gran calidad, más colorida y vistosa, pero a la niña no se le había escapado nada importante, estaba seguro.

La cólera que iba a mi lado se hizo más fuerte. Parecía buscar algo en que centrar su ira. Aprendí pronto a no ofrecerme nunca voluntario. Seguí avanzando tan rápido como mi voluntad podía llevarme, preguntándome qué tipo de pesadilla era esta. Sus elementos más extraños y fantásticos eran de lo más real. Tal vez fuera un espejo del mundo de la vigilia.

La ira siguió aumentando aunque no veía nada cuando miraba atrás. No me alcanzó. No creo. Pero sin atravesar de hecho nada, de repente estuve en otro sitio. Había todo un cuenco de estrellas encima de mí pero ni un pedacito de luna. Yo flotaba en el aire, alto. No podía distinguir rasgos en el suelo debajo de mí.

Era como pasear con el fantasma sin el fantasma. Solo que no podía decir a Humo a dónde ir y llegar allí casi al instante. Podía moverme, al parecer, aunque era difícil decirlo... Me di cuenta de que tenía que tener puntos de referencia. Ahuyenté mi pánico.

Pensé. Tenía información. Conocía lo de arriba y lo de abajo. Tenía todo un campo de estrellas encima de mí, tan numerosas que casi inundaban a las constelaciones que destacan más y suelen usarse normalmente para la navegación. El problema era que no había estudiado los cielos del sur detenidamente. Toda la navegación astronómica que hiciera sería solo ligeramente mejor que una suposición.

Me llegó un leve tufo a carne podrida. Ese azote me hizo moverme hacia una agrupación de estrellas que recordaba vagamente haber visto colgando cerca del horizonte norte durante la primavera. Eran tres en un triángulo plano, todas brillantes. La estrella de la punta del triángulo crecía y menguaba. Muchas leyendas hacían referencia a ellas, la mayoría desagradables. No las conocía muy bien.

Desde aquella altitud pude ver una cuarta estrella en la constelación, igual de brillante, debajo de las otras tres. Recordé haber visto aquella información cuando la

Compañía todavía estaba lejos, al norte de Taglios.

¿A qué altura me encontraba? ¿O, estaba en algún lugar lejos, al norte de Kiaulune?

Dejé de avanzar y me incliné hacia la tierra. Me encontraba sobre una región en la que la agricultura era sumamente metódica y comunitaria y hacía el uso más eficiente del hombre, el animal y el material. Se había distribuido el terreno en un círculo alrededor de una finca central con villorrios, y las viviendas individuales estaban alineadas a lo largo de los radios. Habían empezado los preparativos para la siembra de primavera aunque no había trabajadores en los campos de noche.

Pasé por encima de un círculo tras otro. El terreno entre ellos se había dejado salvaje. Supongo que favorecía la caza y proporcionaba madera, carbón vegetal y leña.

Había oído hablar de esa región. Estaba en la Lugar de las Sombras al oeste de Kiaulune. Sombra Larga había estado experimentando con el rendimiento de la agricultura en un intento por producir más con menos trabajadores para poder liberar mano de obra para trabajar en la construcción en Atalaya y servir en sus ejércitos.

No estaba tan lejos de mi propia brigada.

Me abrí camino hacia el este. Después de lo que parecieron horas espí el brillo de fuegos ardiendo en las ruinas de Kiaulune. Encontré mi propia parte del campamento, luego mi propio refugio, ahora estaba lo bastante cómodo con mi estado como para experimentar un poco.

Solo me llevó unos instantes darme cuenta de que, aunque no podía forzarme a atravesar una pared, o incluso las mantas que Un Ojo había colgado como entrada, o el lateral de una tienda, podía deslizar mi punto de vista a través de una grieta o agujero demasiado pequeño para un ratón o una serpiente.

No podía ir atrás o adelante en el tiempo. Estaba limitado al ahora de mi carne dormida.

Tenía el control del sueño. Parecía real. Lo que veía del campamento era exactamente como el campamento debía de estar mientras yo dormía. Mi imaginación no era lo suficientemente buena para inventar todo un mundo de sueños que imitara exactamente el mundo real. Se me ocurrió una gran pregunta.

¿Sería capaz de hacer esto otra vez? ¿Estaría siempre fuera de mi control el llegar aquí, como había sido cuando no dejaba de caerme por el muro del presente hasta los horrores de Dejagore?

Si esto iba a ser único sería mejor que lo usara para algo que valiera la pena.

Serpenteé para salir hacia un frío que no sentía. Por un segundo pensé en dirigirme a la llanura, pero solo el pensamiento provocó una repulsión poderosa, instantánea. Quizá más tarde.

En vez de eso fui hacia las montañas.

Espiar a Atrapa Almas estaría bien. De cerca. Sin molestar a los cuervos, según descubrí. Permanecieron dormidos. Igual que su dueña.

Su compañía se había ido. No iba a descubrir ni una maldita cosa.

Podía cruzar hasta Atalaya y ver lo que estaba haciendo todo el mundo... Vi el más leve indicio de luz en el este. El alba estaba de camino. Y yo empecé a sentirme forzado a dirigirme a la seguridad de mi carne. Ese empuje se hacía más fuerte a medida que la luz también lo hacía.

Me dirigí a mi cuerpo preguntándome si ahora era un vampiro soñador.

Madre Gota ya estaba levantada. Aunque Atrapa Almas no había podido, Ky Gota parecía sentirme de alguna forma. Se giró cuando me escabullí dentro, me miró casi directamente, frunció el ceño al no ver nada, entonces se encogió de hombros como se hace cuando un escalofrío te recorre el espinazo.

Volvió a ponerse a cocinar. Me fijé en que estaba preparando más comida de la que ella, Thai Dei y yo podríamos comer en todo el día. Supuse que planeaba llevarle un poco a tío Doj.

Capítulo 55

—Estás hecho una mierda —me dijo Un Ojo en el desayuno.

—Gracias por tus ánimos.

—¿Qué pasa?

—Tuve pesadillas anoche. —No sabía por lo que había pasado. Decidí no compartirlo todo ahora, pero practiqué mi forsberger lo bastante para contarle—: Parece que nuestra amiga, la mujer de los cuervos, se trae algo entre manos con su viejo colega Aullador, nuestro Impostor favorito, y la cría.

Tanto Thai Dei como madre Gota me miraron con aspereza. Había utilizado el término tagliano para decir «Impostor», tooga. Era igual en nyueng bao.

—Y el viejo Sombra Larga piensa que no tiene nada de lo que preocuparse.

—Ya. El Viejo siempre dice que hasta los paranoicos a veces tienen a alguien que intenta apuñalarlos por la espalda. —Normalmente cuando le contaba cosas pensaba que él mismo estaba excediéndose con la paranoia.

—Está bien saber ese tipo de cosas, pero ¿cómo podemos utilizarlas?

—No es mi problema. Yo solo trabajo aquí. El capitán es quien toma las decisiones. Por eso es el capitán. —Solo por divertirme dejé caer la palabra tagliana para «capitán», *Jamadar*. Thai Dei y madre Gota me examinaron con la mirada otra vez. En el contexto de los Impostores *jamadar* significa algo más que simplemente «capitán». Indica el líder de una banda, que es como una pequeña nación de Impostores. El único *jamadar* Impostor que se sepa ahora que está vivo era Narayan Singh, que se había convertido en *jamadar* de los *jamadares*, antes de la destrucción de su culto.

Pensarían que estábamos hablando de la leyenda viviente, el santo que todavía caminaba por la tierra en nombre de su diosa.

Engullí lo que me quedaba del desayuno, di las gracias a madre Gota, me levanté y salí de la cueva. Thai Dei me siguió. Le dije:

—Solo voy a ver al capitán. Si quieres puedes quedarte y trabajar en la casa. — Ahora llamábamos «casa» a nuestro agujero en la tierra.

Thai Dei negó con la cabeza. Se había vuelto un poco descuidado guardándome las espaldas últimamente. Yo no me sentía desatendido.

El tiempo tiene su propia forma de suavizar el borde más afilado de la determinación.

Esperé un momento a que se nos uniera Un Ojo pero no salió. Cada vez parecía más que el mierdecilla estaba perfectamente dispuesto a invitarse a las comidas de mi familia y muy poco a tomarse él ninguna molestia.

¿Debía estar sorprendido después de todos estos años?

Matasanos parecía casi tan feliz como me sentía yo. Su noche tampoco había sido un lecho de rosas. Gruñó:

—¿Qué pasa esta vez?

—Tuve algunos sueños anoche. Fui al infierno y volví, y luego salí a husmear sin usar a Humo para nada. —Le di los detalles desafortunados.

—¿Podrías hacerlo otra vez?

—He estado cayéndome por conejeras en el espacio y grietas en el tiempo durante más de un año. A lo mejor le estoy cogiendo el tranquillo.

—No necesitaríamos a Humo.

—Especialmente desde que está amenazando con despertarse. —Mi cara debía de tener un aspecto desagradable, porque levantó una ceja. Dije—: Sería divertido ver cómo intentas acostumbrarse al nuevo mundo en el que te despertarás.

Matasanos sonrió con satisfacción.

—No querrías estar delante. Cagaría las tripas cuando viera a dónde hemos llegado. A propósito, ya que estás aquí, estaría bien que fueras a ver a Dama. Le envié tus mapas. Va a cargarse a Narayan y coger a la niña. Si alguien te pregunta por los mapas lo único que sabes es que capturamos a un par de oficiales de Mogaba que pertenecieron a la guarnición de Atalaya.

Gruñí, no estaba del todo emocionado. No podría mentir a Dama de forma convincente.

—Experimenta con esto. Tengo que saber si nos podemos apañar sin Humo.

—Yo ya conozco un impedimento grave.

—¿Mmm?

—No puedo viajar hacia atrás en el tiempo por mí mismo.

Aspiró un montón de aire, lo soltó.

—¿Qué te parece? Tenía que haber una pega. Humo tiene estabilidad laboral.

—Dijiste que hablarías con Un Ojo para que impidiera que se despertara.

—No fue de mucha ayuda.

—¿Lo es alguna vez?

—Si lo ves, dile que venga.

—De acuerdo. —Salí de allí, me detuve fuera a mirar fijamente el campamento debajo del muro de Atalaya. Dije—: el jefe quiere que vaya allí y enseñe a Dama cómo hacer su trabajo.

Era un día luminoso, soleado. Había brisa suficiente como para llevarse el humo y el hedor. Thai Dei hizo una observación:

—A lo mejor se seca parte del terreno.

Casi toda la nieve se había derretido. Era primavera. Alrededor de Kiaulune eso significaba que era la temporada de barro. Barro significaría bichos a la larga.

Me preguntaba si las nieves fundidas causarían inundaciones capaces de sacar a

Atrapa Almas de su escondite.

Era hora de que llegara la primavera a Kiaulune. Ya había llegado al resto de los sitios.

Capítulo 56

—Me imaginaba que pronto saldrías de tu madriguera —refunfuñó Sauce Swan cuando me uní al tropel alrededor de Dama. Su estado mayor estaba ronizando panecillos que llevaban en la mano mientras ella les decía lo que quería que se hiciera para poder atrapar a Narayan—. Apareces siempre que las cosas se ponen feas.

Hoja me mostró una sonrisa.

—El tío necesita una novia.

—Aunque él tenía una, solo que ella ya tiene un novio.

—Allí es donde estuvo anoche, ¿no?

—Puede ser. —Eso explicaría por qué Matasanos estaba tan aturdido esta mañana.

Ese hombre tenía una aventura tras otra.

Dama estaba diciendo:

—Había sombras ahí dentro antes, pero Jarwaral dice que no han sido un problema últimamente. Estos gráficos supuestamente nos muestran dónde podemos encontrar a los tejesombras, si queremos. Yo quiero. Los sacaremos antes de perseguir al Impostor. ¡Ah!, Murgen.

—Tenía que verme —murmuré a Hoja. Busqué a los inevitables cuervos. Destacaban por su escasez. El par de ellos que vi actuaba como si estuvieran más borrachos que una cuba.

Dama había empleado algún conjuro para reducir el flujo de información a su hermana.

—Destacas entre la multitud —me dijo Swan—. Las mujeres siempre se fijan en ti.

Dama continuó:

—Ven aquí. El capitán envió estos gráficos. ¿Qué sabes de ellos?

—Se supone que son fiables. —Un cien por cien (a menos que hubieran hecho grandes reformas en las últimas horas).

—No son muy extensos.

Quejas y protestas, quejas y protestas. Nunca está nadie satisfecho.

—¿Quieres que vaya a desenterrar al tipo ese y te deje utilizar alguna especie de nigromancia con él?

Me lanzó una mirada tan fea que por un momento tuve miedo de que descubriera mi farol. Pero no dudó de mí, simplemente no estaba consiguiendo el tipo de temor y respeto que esperaba. Se relajó, me dijo:

—Excepto por las ubicaciones de los escondites de los tejesombras y donde se está escondiendo Singh, aquí no hay mucho que no supiéramos ya.

¿En qué leches consistía todo el ejercicio si no, mujer?

—Hay un poco más. Sombra Larga está casi siempre encerrado en su torre aquí, haciendo lo que sea que hace en vez de darnos caña. Aullador tiene un aposento en algún sitio por aquí. Guarda dos alfombras en un sitio plano y una nueva pequeñita enrollada junto a su cama.

Dama me perforó con la mirada. ¿Cómo podía saber yo eso?

Le dije:

—El día que llegó aquí, Aullador empezó a cubrirse el culo por si acaso su socio algún día se volvía contra él.

—¿Mmm? —gruñó—. Aullador lo haría. Especialmente en vista de lo que Sombra Larga intentó hacer a sus anteriores socios. —Centró su atención en los planos. Pero yo sabía que no estaba satisfecha. No podía estar satisfecha cuando otra persona sabía cosas que ella no sabía.

Hizo un gesto para que se acercaran Isi, Ochiba y Sindawe. Los generales nar se llevaban bien con ella, pero no con el Viejo. Matasanos no podía fiarse de ellos a pesar de que se metieron en la Compañía contra Mogaba.

—¿Deberíamos hacerlo de día o de noche?

Ochiba, un hombre al que había oído hablar tal vez cinco veces en tantos años, dijo:

—Allí dentro eso no importará.

—Cierto. Pero prefiero de día. Por el impacto en la moral.

—Ahora es de día —observó Swan.

Dije a Hoja:

—A este tío no se le escapa una.

Dama miró a Sauce.

—¿Quieres ver lo bien que hacen su trabajo tus guardias ahí dentro?

—Me encantaría. Pero ese no es su trabajo.

Su trabajo era cuidar del príncipe y la princesa, ninguno de los cuales, ni él ni ellos, se habían acercado al otro en los últimos tiempos.

Todos los que estaban allí tuvieron el mismo pensamiento que yo. Todo el mundo miró a Swan detenidamente. Se puso colorado.

—Sindawe, tú eres mi segunda elección. —Dama se hizo a un lado para que el nar alto pudiera acercarse a los planos. Yo había estado retorciéndome hacia delante. Ahora podía ver que tenía extendido más de un plano. Solamente uno era el que yo había preparado. El otro, estructurado de forma diferente, debía de haberlo montado la gente de Dama basándose en lo que sus soldados habían encontrado dentro de Atalaya.

El oficial nar se quedó mirando un rato.

—Deberíamos alternar tropas nuevas con las de dentro antes de hacer nada más.

Isi se mostró de acuerdo.

—Los hombres de dentro llevan mucho tiempo allí, bajo mucha presión.

Dama dijo:

—Daré el visto bueno.

Sindawe dijo:

—Deberíamos aumentar el número para hacer esto. Una vez que nos pongamos en marcha no servirá de nada fingir. ¿Verdad?

—Probablemente no. Ya tengamos éxito o fracasemos, seguir adelante atraerá un análisis minucioso. Y el capitán no nos ha dado la opción de no seguir adelante. ¿No es así, Murgen?

Me encogí de hombros.

—Siempre lo hará en deferencia al comandante en la situación concreta. Ya lo sabes. Mientras puedas defender bien tu postura.

—Entonces no tenemos otra opción. Hemos estado entreteniéndonos con esperanzas, otra persona podría proponer una solución factible al dilema de Sombra Larga.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—El hecho de que no podemos matarlo. Ya lo sabes, ¿no?

Lo sabía. Lo que no sabía era cómo planeaban enviar tropas nuevas a Atalaya.

Sindawe dijo:

—Deberíamos realizar cada fase de la operación de inmediato. Aquí, aquí, hacia estos escondites de tejesombras. Aquí, hacia el escondrijo del Impostor.

Y también un asalto general contra el personal de la guarnición y la servidumbre. Para que no interfieran en nuestras otras operaciones.

—Ve a por Sombra Larga también —sugirió Dama—. Puede que tengas suerte.

Me estaba perdiendo algo. Allí había un muro de treinta metros de altura, no tan brillante como solía ser, y le faltaban algunas de sus preciosas torres, pero ni un metro más bajo de lo que era. ¿Por qué esta gente no estaba impresionada?

—¿Es que todos atravesáis las paredes o algo así?

—Si es lo que hace falta —respondió Dama.

—Reptaremos —me dijo Sindawe.

En su momento descubrí algo más que se me había escapado mientras practicaba la omnivigencia en el mundo de los fantasmas (porque no había estado mirando).

Capítulo 57

Tenían un túnel debajo del muro. A través de los cimientos, en realidad. Pero no era más que un agujero de gusano. Un tipo de mi tamaño tenía que deslizarse sobre la barriga como una culebra. Lo sé porque yo lo hice.

Idiota.

¿Por qué tuve que hacerlo en carne? Podía haber vuelto y viajado con Humo. Podía haber visto todo sin claustrofobia, sin magullarme los codos ni las rodillas, sin que el payaso que llevaba delante me fuese reventando la caja de los mocos con los talones. Sin arrastrarme como una comadreja entre el olor a pedos y pánico de los cien pequeños vegetarianos que reptaban delante de mí, levantando a los muertos con el traqueteo de su armamento.

¿Dónde estaban los chicos del Maestro de las Sombras? Con todo este jaleo tenían que estar riendo entre dientes mientras afilaban sus espadas. Iban a tener tals como aperitivo vespertino.

El túnel se había creado, en parte, gracias a una aplicación libre de las herramientas de bolas de fuego de Dama. En algunos sitios las paredes todavía estaban calientes. Era completamente nuevo. Todo lo que vi cuando llegué al extremo inferior fue una cuadrilla de taglianos harapientos que llevaban demasiado tiempo en el interior. Parecía como si hubieran avistado el cielo, pero una panda de gilipollas como yo estaban bloqueando el camino.

Yo era el último tipo de mi fila. Número ciento uno. Cuando me aparté gateando de su camino, el número uno de los tipos a los que íbamos a relevar se lanzó dentro del agujero y se fue, deslizándose.

Solo veinte lograron salir de cada cien que entraron. Los veinte estaban muy entusiasmados, pero arriba nadie oyó el estrépito.

Ochiba, Isi y Sindawe empezaron a elegir equipos para ir a aporrear a los tipos de Sombra Larga. Sindawe siempre fue honrado conmigo, incluso cuando trabajaba para Mogaba. Pero estaba dispuesto a cambiar sus formas.

—¿Te gustaría encabezar un grupo de ataque, portaestandarte?

—Es evidente que me has confundido con alguien que cree que es un héroe.

—Podrías ganarte muchos puntos atrapando a Narayan Singh.

—No necesito muchos puntos. Díselo a Hoja o a Swan.

Sindawe rio entre dientes.

—No los verás aquí dentro.

—¿Por qué no?

—No son de la Compañía. Dama no se fiaría de ellos en un sitio tan estrecho.

Interesante. Y sí se fiaría de estos nar.

Matasanos no. Ni en un uno por ciento. Nunca.

Sindawe me leyó el pensamiento. Sonrió.

—Este sitio es bastante estrecho.

—Ya. Aún así no voy a ser un héroe. Simplemente iré detrás y observaré para poder ponerlo por escrito correctamente.

—Sin —llamó Isi—. Hay que moverse. La guarnición sabe que pasa algo.

Los hombres de Lugar de las Sombras eran más lentos de lo que yo esperaba. Sindawe y sus colegas eran más rápidos. Casi en el tiempo que lleva pensarlo, salieron con tres grupos al ataque, moviéndose como si estuvieran en su casa, aunque ninguno de ellos había estado dentro de Atalaya antes.

El interior de Atalaya no era una maravilla blanca brillante. Donde estábamos, era un sitio bastante profundo bajo tierra, sucio y húmedo, donde criaturas desagradables con dos, cuatro o seis patas más que yo acechaban en cada sombra. A Thai Dei no le gustaba ni un pelo.

Había tenido que cambiarse con varios cientos de hombres hasta encontrar el coraje suficiente para entrar.

—Retroceded —rugí a las tropas que esperaban para salir—. Por ahora este túnel solo va en un sentido. Thai Dei, da una bofetada a ese imbécil. Luego sacúdele otra al idiota que está sentado en la boca del túnel, embobado. Vamos, gente. Se está librando una guerra aquí dentro. No tenemos tiempo para andar holgazaneando. —Me estaba convirtiendo en un auténtico mandamás de primera. Ahora solo me faltaba hacer que el vocabulario funcionara.

«Holgazanear» no existe en tagliano. La palabra hizo que recibiera un montón de miradas aturcidas. Los nombres, verbos y adjetivos más concisos existen, en su mayoría, conservando casi todo el impacto normal. Los insultos religiosos también funcionan bastante bien.

—Tú —dije a una cabeza que nacía del túnel—, corre la voz de que estamos apurados. Necesitamos gente aquí todo lo rápido que podamos conseguirla.

Sindawe reapareció. Él era el oficial al mando en este baile mortal. Le divertían mis ladridos, pero era diplomático. Solo era un gran general cuando afectaba a las tropas taglianas. Llegará el día en que yo sea su jefe dentro de la Compañía. Me dijo:

—Todavía hay que lanzar el ataque a Sombra Larga. Podrías encabezar ese.

Recordé la lanza negra que hizo Un Ojo especialmente para clavársela a los Maestros de las Sombras. Sería una herramienta útil si fuese a hacer alguna estupidez como ir tras Sombra Larga.

—Dejaré que otra persona tenga ese honor. No quiero acapararlo todo.

A decir verdad, el sitio me tenía espantado. El olor de la piedra húmeda, los bichos y el miedo, junto con el frío y la mala iluminación, me recordaron con demasiada fuerza todas mis pesadillas sobre ancianos atrapados para siempre en cavernas donde arañas nunca vistas tejían redes y capullos de hielo.

Entrar en Atalaya había sido una idea estúpida. Lo sospechaba cuando tomé la decisión de ir a hacer una visita, pero no escuché a la pequeña vocecita de miedo porque todos esos tipos como Hoja y Swan andaban por ahí renegando de cómo los chicos del cuartel general nunca arriesgan su lindo y precioso trasero cuando la sangre y la mierda empiezan a volar.

Lo de siempre. Empecé a gritar más o menos lo mismo una hora después de prestar juramento. No quería ser el tipo que las tropas pensaban que había pasado los últimos treinta años sin coscarse de nada.

Mi mensaje llegó al otro extremo del túnel. La gente empezó a llegar a doble velocidad.

No tenía ni idea de si Sombra Larga y Aullador se habían dado cuenta de que teníamos un modo de entrar en Atalaya. No actuaban como si estuvieran desesperados por tapar una brecha inesperada en la pared. Su respuesta fue airada y rotunda, pero solo con el poder que se esperaba si pensaran que el grupo que ya estaba dentro se estaba poniendo juguetón.

Nuestra gente no alcanzó a Sombra Larga. Lo cual no era una sorpresa. La sorpresa del siglo habría sido si el loco hijo de puta hubiera venido flotando panza arriba.

Lo mismo que el pequeño compinche chillón de Atrapa Almas, el Aullador. Salvo que Isi, que estaba operando en esa tentativa, fuese lo bastante listo para saber que no tendría éxito en un cien por cien en aplastar al mierdecilla. Así que mientras mantenía a Aullador bailando para salvar su culo de cincuenta tipos con varas de bambú, otros cinco tipos quemaban sus alfombras voladoras. Todas menos la pequeña que guardaba junto a él. Isi habría cogido esa también si Aullador hubiese tenido las pelotas de perseguir a los hombres de Isi como quería Isi. Lo que Isi no supo reconocer era que muy pocos hombres los tenían tan bien puestos como él.

Comoquiera que se las arreglara, Dama estaba bien enterada de los acontecimientos dentro de la fortaleza. Reconoció los fallos en lo que atañía a Sombra Larga y su antiguo empleado. También sabía, de alguna manera, que Narayan Singh y la Hija de la Noche, por coincidencia o por la gracia de su deidad, resultaron estar lejos de su alojamiento cuando nuestra cuadrilla se presentó a recogerlos.

Sus sirvientes no tuvieron tanta suerte.

La mayoría de los que habían elegido entrar en Atalaya, ya sea para servir al Maestro de las Sombras o simplemente para estar a salvo de la peste, el hambre u otros horrores del mundo, no fueron tan afortunados como su maestro. Ochiba pilló a la guarnición totalmente desprevenida. Él y sus hombres debieron haber tenido problemas para oír a sus padres cuando estaban creciendo. Nunca entendieron bien los conceptos de «misericordia» o «no combatientes».

A quienes no eché un buen vistazo hasta mucho más tarde. Después de salir de

aquel matadero. Después de que los heridos empezaran a entrar en la boca del túnel, para evacuar si se diera la oportunidad. Después de que Dama dejara de enviar hombres dentro porque pensaba que sería un despilfarro. Después de haber conseguido salir de allí, de una pieza, sin trinchar, arrastrando un extremo de un tagliano herido mientras Thai Dei empujaba el otro, con el tagliano quejándose todo el camino y el túnel que era como un kilómetro y medio más largo para salir de lo que había sido para entrar. Después de salir al aire libre para encontrarme a Sauce Swan y a Hoja allí, preguntándose en voz alta por qué no estaba de vuelta dentro recogiendo las orejas de Sombra Larga.

—No quería robarte la oportunidad de hacer recuento de proezas. Sindawe te lo ha dejado todo listo. Lo único que tenéis que hacer es coger un par de cuchillos afilados y deslizaros ahí dentro. Puedes coger la cabellera de Aullador de paso. Te los encontrarás juntos esperándote, creo. Arriba, en la torre del Maestro de las Sombras.

—¿Estás preparado? —preguntó Hoja a Swan—. Tengo mi cuchillo. —Hoja sonreía abiertamente. Estaba perfectamente dispuesto a cargar a Swan con tanta mierda como me había cargado a mí.

Dama vino dando zancadas hacia nosotros. Estaba ataviada con la armadura completa de Tomavidas. Hilos de fuego rojo se deslizaban sobre su espantosa superficie negra más deprisa de lo que el ojo podía seguirlos. Los taglianos pensaban que la imagen de Tomavidas coincidía con uno de los avatares destructores de Kina. A pesar de lo que le habían hecho a ella y a su hija, mucha gente aún pensaba que era una criatura de la oscura diosa. A veces yo estaba entre esa gente.

Pero yo no le conté nada de mí y de Humo, así que estábamos empatados.

—¿Algún éxito del que informar? —Su voz era un estruendo grave que retumbaba a través de un largo y frío túnel—. ¿Nada de nada?

—Mucha gente muerta. De ambos bandos. Muchos de ellos no son personas que quisiéramos muertas especialmente. Pero yo diría que solo les queda una forma de aferrarse a ese lugar.

—¿Cuál es?

—Liberar a las sombras. —Casi lo dije graznando. No quería ser un adivino, pero ese era un futuro que no requería mucha adivinación—. A no ser que estos dos alcancen a Sombra Larga antes. —Señalé a Swan y a Hoja.

Dama no estaba de humor para guasas.

Nunca lo estaba. Esta mujer tenía casi tanto sentido del humor como mi suegra.

Aunque sí le divertía un buen empalamiento.

Hizo eso de crear un ciclón de espadas de luz y lo soltó entre las torres más altas. Voló libremente, causando bastantes daños y manteniendo a Sombra Larga y a Aullador demasiado ocupados para acabar con las tropas de Dama.

Capítulo 58

—Es la segunda vez —gruñó el Viejo—. Pensaba que me habías entendido después de la aventura en Kiaulune. —Estaba cabreado porque había entrado en Atalaya—. Llévate a Humo hasta allí abajo y averigua lo que están haciendo el Maestro de las Sombras y Aullador.

Cuando Thai Dei y yo volvimos nos encontramos a Matasanos ladrando y gruñendo a un grupo de emisarios. Obviamente pensaba que Dama había empezado algo que el resto de nosotros íbamos a lamentar.

Tuve la sensación de que Atrapa Almas se había puesto al tanto demasiado tarde y estaba casi tan encantada como el capitán. Aparecieron cuervos por todas partes. Eran desagradables hasta para ser agentes de Almas. Descendían alrededor disparando mierda de cuervo por todas partes.

—Cuando acabes de inspeccionar a Sombra Larga y Aullador quiero que empieces a identificar el paradero de cada uno de nuestros hombres.

—¿De los nuestros?

—La Compañía. La vieja guardia. Losnar. Quiero juntarlos a todos. Cuanto antes.

—Lo haré.

—Desde luego. Pero ponle un toque de sentido común, Murgen. Para llegar a Khatovar, la Compañía necesita un portaestandarte, probablemente más de lo que necesita un capitán o un teniente.

—Lo he dicho antes y lo diré otra vez. Si alguien tuviera alguna idea de lo que te propones, es posible que pudieran hacer las cosas que quieres que hagan cuando quieres que se hagan. —Me fui antes de pelearnos delante de las tropas.

Sombra Larga estaba tomándola con Aullador. Y Aullador estaba cabreándolo aún más no prestando mucha atención. Estaba creando con brujería de la nada una especie de pequeña construcción colorida. Tuve que estudiarlo un rato antes de reconocer que era una representación de las áreas de Atalaya que estaban en manos de nuestro bando. Era un lío complicado de color cian y magenta (con una cola que bajaba por los cimientos del muro hasta la posición de Dama en el exterior).

No hacía nada por contener sus gritos. Vinieron varios en rápida sucesión, aullidos que parecían tener algo de emoción extra tras ellos.

El tercer aullido desencadenó algo dentro de la cabeza de Sombra Larga. Cerró el pico. Se ajustó la máscara, se inclinó hacia delante para contemplar la construcción de Aullador. Estiró sus dedos flacuchos como patas de araña, a pesar de estar dentro de un guante, y tocó con la punta del dedo la cola que llevaba al exterior.

—¿Cómo logró hacer eso? Eso no tenía que haber sido posible. —Su demencia,

su rabieta, se desvanecieron como la neblina con el sol de la mañana Era casi como si se le hubiera despejado la razón—. No se puede trabajar esa piedra.

—Esa Senjak está ahí fuera, si recuerdas. Trabajaría la piedra igual que lo hiciste tú.

Sombra Larga hizo un ruido como el rugido de un gato. Pensé que este momento de lucidez había pasado.

—Encuentra al Impostor y a su mocosa. Tienen que estar aquí, dentro de la torre, antes de medianoche. Si quieren sobrevivir.

Aullador respondió con un gruñido interrogativo.

—Ya no los necesito. No les debo nada. No han hecho nada por mí. Pero les daré esta oportunidad de sobrevivir.

No esperé cerca a ver qué pasaba después.

—¿Qué haces ya de vuelta? —demandó Matasanos cuando me incorporé—. No has estado fuera el tiempo suficiente.

—Disculpe, jefe. Ya tengo una suegra. Sí, estuve fuera el tiempo suficiente para oír decir a Sombra Larga que va a liberar a las sombras esta noche.

Matasanos cerró la boca. Le di rápidamente toda la información. Dijo:

—Tienes razón. No dijo sombras con todas sus letras pero no puede ser otra cosa. Ponte con ello otra vez. Yo reuniré a Un Ojo y difundiré la noticia.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé. No estoy seguro de qué hora es ahora. Tú ponte en marcha.

—Necesitaré que me traigan agua y comida. El agua debería estar dulce.

»Ve.

Fui.

Capítulo 59

Volvía a la carne cada pocos minutos para informar del paradero de aquellos hermanos de la Compañía que podía localizar. El Viejo mandó avisos a los que pudo, diciéndoles que vinieran a la división de la Puerta de las Sombras.

Las carretas se pusieron en marcha enseguida, saliendo de las fábricas de crudo de Dama con reservas de varas de bambú que sus trabajadores habían podido recargar. El suministro me pareció lamentable.

Revoloteé por todas partes. Cuando me pareció que no haría daño volé hacia el norte. Enjambres de cuervos iban y venían del barranco donde se escondía Atrapa Almas. Salté hacia atrás en el tiempo, observé al Viejo y, como esperaba, encontré un momento en que susurró a esos dos enormes cuervos suyos y sin demora salieron aleteando a cotillear con la hermana loca. No pude hacer que Humo se acercara a ella, por supuesto, y cada vez que lo forzaba, aunque solo fuera un poco, notaba esa sensación de cosquilleo de «ella es la oscuridad».

Tuve un espectro de lo mismo cuando pululé para ver qué estaba haciendo la Hija de la Noche, aunque Humo no mostró reticencia a acercarse un poquito más. La niña estaba escribiendo con frenesí, con la carita retorcida de dolor. Estaba trabajando en un volumen distinto. Este lo acababa de empezar.

—¡Oh, mierda! —¿Ya había acabado el primero? Matasanos tenía que saberlo. Puede que estuviéramos metidos en mierda más profunda de lo que yo había pensado.

¿Dónde estaba el libro? No lo veía por ninguna parte. Sería mejor que lo averiguara.

Me zambullí en el pasado.

Encontré a la Hija de la Noche llorando y a Narayan Singh aturdido por ello. No lo había visto antes y no sabía cómo consolarla, aunque había tenido sus propios hijos en otro tiempo, en otro mundo, antes de que la Compañía Negra viniera a Taglios.

Empujé un poco más hacia atrás para descubrir la causa de su extraña circunstancia. Se me ocurrían un centenar de candidatos insólitos que esperaba ver llorar antes de que esa enana macabra se descompusiera.

Empecé cuando ella y Singh volvieron a su aposento después de haber escapado solo un paso por delante de los invasores de Dama. Aunque prevenida, la niña había estado demasiado ocupada escribiendo para prestar mucha atención y había esperado casi demasiado tiempo.

Su salida había sido tan precipitada que habían tenido que dejar el libro atrás.

Así que, pensé, algún muchacho de la cuadrilla de Dama se fijó en que era importante y decidió llevárselo a la jefa. Habría sospechado de Swan o de Hoja si hubieran estado dentro de Atalaya.

Me sorprendí otra vez cuando identifiqué al culpable.

Aullador. La pequeña sabandija se las arregló para deslizarse en el alojamiento mientras supuestamente hacía retroceder a nuestros hombres, mientras Narayan y la niña estaban sufriendo los efectos de un suave hechizo de desorientación desde menos de quince metros. Hizo que el Libro se desvaneciera.

El mago chillón debió haber temido que podía ser visto a distancia porque lanzó un manojo de trucos y usó un puñado de hechizos, que duraron varias horas, para asegurarse de que el Libro se perdía para todo el mundo menos para él.

Dejó atrás un libro en blanco. Era una copia exacta del que se llevó.

Curioso. ¿Cómo supo Aullador lo del Libro? Repasé mis recuerdos contrastando con todo lo que Humo pudiera encontrar rápidamente. Sí. Ni la cría ni Singh se lo mencionaron a nadie. La gente de Sombra Larga le contó que habían pedido material para escribir, pero el Maestro de las Sombras no se lo había transmitido a Aullador.

Yo sabía lo del Libro. Le había hablado de él a Matasanos. Aullador había visitado a Atrapa Almas. El Viejo se comunicó con Almas.

¿Podía ser?

Si tenía la oportunidad de moverme por allí en mis sueños otra vez puede que intentara averiguarlo... ¡Mierda! Solamente podía ver lo que estaba sucediendo en ese momento.

Me saqué de allí, volví a mi carne. Me estaba muriendo de hambre y de sed cuando salí.

—Ya era hora —me dijo Un Ojo.

Tragué agua.

—¿Dónde está Matasanos?

—Salió a asegurarse de que todo el mundo sabe que tienen que tener los refugios bien cerrados esta noche. Y a intentar colocar esas velas repelentes de sombras en las zonas en que andamos más cortos de varas de bambú.

—¡Ah! —Comí durante unos minutos. Mis modales no eran de clase alta. Luego pregunté—: ¿Tienes idea de qué es lo que está pasando entre el capitán y Atrapa Almas?

—No sabía que estuviera pasando algo.

Refunfuñé, bebí un poco más de agua.

—¿Estás ciego?

Se encogió de hombros.

—¿Qué me he perdido?

—Esos dos han estado intercambiando información todo este tiempo. Eso no me suena tan inteligente.

—¿Supones que el Viejo no es lo bastante listo para tratar con ella?

Eso era exactamente lo que suponía. Atrapa Almas ya era un viejo pez escurridizo cuando el abuelo de Matasanos aún mojaba sus pañales.

—¿Yo? ¿Que si dudo del capitán en algún sentido? ¿Cómo iba a hacer algo así?

—Tú no. Tú eres un auténtico adorador de las boñigas por las que pisas. ¿Hay razones para que cunda el pánico? En cuanto resolvamos lo de aquí fuera quiero volver a mi agujero. Van a venir algunos pardillos a jugar al tonk.

Ese era Un Ojo. El mundo estaba llegando a su fin y su principal interés era hacer trampas jugando con alguien a las cartas.

—Dile al jefe que Aullador afaná la copia del libro que estaba escribiendo su cría. Le dejó uno en blanco para que pudiera volver a empezar. —Di un largo trago mientras Un Ojo me miraba sin decir nada, esperando a que explicara a qué me refería. Le dije—: Él lo entenderá.

—Todos tienen que guardar secretos ante todos los demás. Así que las únicas personas que saben lo que está pasando son sus enemigos.

Gruñí al tiempo que me volvía con Humo. Un Ojo tenía razón.

Al acercarnos a Dama sentí la emoción de «*ella es la oscuridad*» en Humo, no muy fuerte. Debe de tener manía a las hembras en general pues parece reaccionar igual a todas ellas.

Dama había recibido el aviso, pero no parecía preocupada. Que Sombra Larga soltara sus mascotas había sido motivo de preocupación para ella durante años. Sus hombres estaban entrenados. Lo que todavía necesitaba preparación se mantenía continuamente en estado de casi disposición. Su división podía sucumbir, pero no por sus propios fracasos.

Ese había sido el estilo de Dama desde el amanecer de los tiempos.

Me rendí a la tentación y salí a toda prisa hacia el norte. Me dije a mí mismo que quería ver si podía encontrar a Goblin o a Mogaba. Estaría bien saber lo expuestos que podían estar ante el follón venidero. Pero quise continuar, pasar de largo, muy lejos. Hasta los manantiales de mi corazón.

Puede que no llegara a verla otra vez, nunca. Esta podía ser la última noche de mi vida.

Capítulo 60

Goblin era casi imposible de encontrar pese a haber cuervos moviéndose por toda la cara sur de las Dandha Presh. No obstante, sus maniobras eran evidentes. Allí donde los nativos estaban lo bastante tarados para cooperar con Mogaba, la cuadrilla de Goblin había saqueado, quemado y dado ejemplo. Las tropas de Mogaba habían hecho lo mismo a todos los que eran lo bastante cortos de luces para cooperar con Goblin o cualquiera de nuestros aliados. Desde una especie de punto de vista consecuente, estrictamente práctico, era imposible saber quién había proporcionado qué despliegue instructivo.

A los nativos no parecía importarles quién luchaba contra quién, o por qué. Sabían que no veían tipos buenos ni tipos malos por ninguna parte. Durante los pocos minutos que me llevó sumergirme en el tiempo vi varios pueblos y fincas que habían sido atacados. Cuanto más cerca del presente tenía lugar la violencia, más probable parecía que se resistieran las víctimas (sin importar quién fuera el que hacía la visita).

La forvalaka participó en alguna de las incursiones nocturnas de Goblin. Los cuervos iban y venían cuando lo hacía, pero unos pocos lo hacían incluso cuando el gran gato estaba en otra parte.

Visitaban a Mogaba, también, al parecer. Sombra Larga había proporcionado a Mogaba un arsenal de objetos místicos capaces de distraer a un explorador como yo mismo, de desviar cualquier otro ojo que estuviera vigilando.

Pero esto no me estaba llevando a lo que yo quería ver.

Paré un momento para inspeccionar la partida de Fibroso Mather. El viejo Fibroso ahora estaba en el lado sur de las Dandha Presh, avanzando lentamente y avanzando sólo porque las montañas seguían siendo increíblemente inhóspitas.

Fibroso no tenía el problema de los cuervos. Que yo viese.

De todos modos me asustó descubrir que una bandada de los pequeños monstruos había anidado entre los peñascos y los escombros del exterior del palacio de Trogo Taglios. Aunque eso no tenía que haberme asombrado tanto, pensándolo bien. Los acontecimientos del palacio serían de especial interés para Atrapa Almas, a quien le gustaba meter las narices en los asuntos de todo el mundo.

Estaba ansioso por visitar el pantano para perder el tiempo profundizando en los secretos de la radisha. Ella es la oscuridad. Aún mantenía muchas reuniones con sacerdotes y los dirigía. Nuestros libros permanecían escondidos donde los habíamos dejado.

Me sorprendió ver que la radisha ya no estaba haciendo un gran esfuerzo para encontrar a Humo. No creía que se hubiera olvidado de él.

Pero quise seguir viajando. Banh Do Trang ya debería haber tenido tiempo de alcanzar a Sagra.

¡Oh, sí, sí! Por el mero poder del autotortormento me uní a él en su recorrido y lo seguí mientras se acercaba al templo de Ghanghesha. Poco antes de llegar al lugar se apeó del camino, que era simplemente un sendero elevado que serpenteaba a través del pantano convertido en arrozal, y se tomó un tiempo para adoptar un disfraz usando materiales que se había traído. Con un poco más de suciedad, cambiando el adorno del pelo, y adoptando rápidamente una toga naranja andrajosa, se convirtió en un mendigo errante de uno de los cultos gunni. Sus misioneros de voto de pobreza iban a todas partes, incluso los nyueng bao los toleraban. Su santidad estaba por encima de cualquier duda, por muy locos que fuesen como individuos.

Siempre me ha resultado asombrosa y desconcertante la tolerancia religiosa de los sureños, aunque en realidad solo era una costumbre antigua basada en el hecho de que ninguna comunidad religiosa era lo bastante fuerte para enseñar al resto los errores de su manera de pensar a punta de espada.

Trang continuó su camino. Hacía muy bien el papel de mendigo. Pienso que es posible que ya lo hubiera hecho antes, tal vez cuando visitó Taglios por primera vez. Allí no se recibía calurosamente a los nyueng bao. Eran una minoría demasiado arrogante.

No importa. Trang fue admitido en el templo. Los sacerdotes más viejos parecían conocer al personaje que fingía ser.

Trang no se acercó a Sahra inmediatamente. De hecho, esperó hasta la tarde para ingeniárselas para tropezar con ella. Se habían cruzado varias veces durante el día, pero Sahra no lo había reconocido.

Él se disculpó susurrando muy suavemente en tagliano mientras Sahra aún estaba demasiado desconcertada por el choque para delatarse poniéndose a saltar.

No oí lo que dijo Trang. Vi los ojos de Sahra enfocar y llenarse de vida sorprendida. Ella aceptó sus profusas disculpas y siguió su camino.

Esa noche dejó la puerta de su cubículo sin cerrar. Se permitió la extravagancia de dejar encendida la vela.

Trang llegó muy tarde, cuando los únicos sacerdotes que todavía estaban despiertos eran los tres que hacían la ofrenda habitual de medianoche a Ghanghesha con la esperanza de inspirar al dios para que conceda al mundo otro ciclo diario completo libre de calamidades y desesperación.

Trang arañó la puerta de la celda de Sahra. Era una cosa de mimbre natural que no habría frustrado la entrada ni a una marmota un poco resuelta. En realidad era más un símbolo de una puerta que una puerta en sí. Una cortina de harapos colgaba detrás, conteniendo la luz. Sahra dejó pasar a Trang, le hizo un gesto para que se sentara sobre su alfombra. El anciano se sentó, como perecía. Levantó la vista y miró a Sahra con ojos llorosos. Supe que entendía la importancia del mensaje que llevaba, aunque era un hombre demasiado honorable para haberlo leído.

En ese instante casi me entra el pánico. Había intentado alguna vez enseñar a Sahra a leer pero no había aprendido mucho. ¿Cómo iba a poder...? Se lo pediría a Trang, por supuesto. Y entonces yo descubriría lo buen amigo que era el anciano. Si su identidad secreta se ponía de lado de tío Doj...

Los modales de Sahra eran la perfección, lo cual me desquició. Aunque no podía servir té, o permitirse ninguna de las otras dilaciones ceremoniales que usan los nyueng bao para eludir ir al grano, se las arregló para retrasar la crisis de la visita durante quince minutos.

—Tengo un mensaje —dijo Trang finalmente, en un susurro que no podía haber oído nadie que estuviera escuchando detrás de la puerta, ni aunque el fisgón hablara tagliano—. Me lo entregó en mano un soldado de piedra que lo llevó hasta el norte desde la última fortificación de los Maestros de las Sombras. Insistió en que se te entregara a ti. Aquí lo tienes.

Sahra se arrodilló ante él. Le resultaba difícil. Se estaba poniendo bastante grande. Le miró a los ojos, frunciendo ligeramente el ceño. No habló. Creo que no se fiaba de lo que pudiera decir.

—El soldado de la oscuridad sabía dónde estabas. Sabía el nombre que estabas usando. Todo esto mientras yo mismo no sospechaba que hubieras sobrevivido a los tooga. Tu familia usa su crueldad con mucha astucia.

Sahra asintió con la cabeza. Todavía no confiaba en sus propias palabras.

¡Dios, estaba preciosa!

—Lo supieron desde la otra mitad del mundo, hija. Esto me asusta. Estos son tiempos terribles y hay gente terrible caminando entre nosotros. A algunos de ellos no podemos reconocerlos. Aún así los Guerreros de Hueso no parecen más aterradores que otros.

—¿Un mensaje, tío? —Usaba esa palabra como tratamiento honorífico. Trang no estaba emparentado con ella de ninguna forma.

—Sí. Lo siento. Me asusto mucho siempre que me paso demasiado tiempo pensando.

Sahra tomó mi carta, la miró fijamente un momento, reacia a descubrir lo que había dentro. Pero también estaba contenta, pude verlo. La hermandad de su marido lo sabía y se preocupaba.

—¿Quién trajo esto?

—No dio ningún nombre. Es muy joven. Es jaicuri. Vehdna. De baja casta.

—¿Tiene una cicatriz que hace que le caiga el párpado izquierdo de modo que al verle de ese lado parece que le cuesta mantenerse despierto?

—Efectivamente. ¿Lo conoces?

—Lo recuerdo. —Dio la vuelta a la carta otra vez.

—Hazlo, hija.

—Tengo miedo.

—El miedo es el asesino de la mente.

¡Maldita sea! De repente sonaba como tío Doj cuando me daba clases de esgrima y lucha. ¿Sería el viejo Trang otro de esos sacerdotes secretos?

Sahra abrió el mensaje. Miró fijamente lo que yo había escrito, Con caracteres grandes, cuidadosos y claros. Finalmente dijo:

—Léemelo, por favor, tío.

Trang se metió el dedo meñique en la oreja izquierda y escarbó entre los mechones. Aquel anciano tenía más pelo allí que encima de la cabeza. Ojeó mi mensaje, que sostenía con la otra mano. Se tomó un momento para digerirlo y pensar. Luego levantó la vista y miró a Sahra. Abrió la boca para hablar, aguantó un pensamiento, miró alrededor como si estuviera asustado.

Se le había ocurrido que era, aparentemente, de algún modo, posible para nosotros ver lo que estaba pasando dentro del templo de Ghanghesha. Se le había ocurrido que este era un momento que nos interesaría mucho. En particular a un soldado de la oscuridad llamado Murgén.

—Da a entender que es una carta de tu marido. —Dudó solo una fracción de latido al decidir omitir el adjetivo «extranjero».

—Lo es. Conozco su letra. ¿Qué dice?

—Dice que no está muerto. Que le dijeron que tú estabas muerta. Que sabe dónde estás y cuáles son tus circunstancias porque ha podido disponer de una gran magia. Que él vendrá a ti en cuanto hayan machacado al Maestro de las Sombras.

Eso se parecía bastante a lo que yo había escrito.

Sahra empezó a llorar.

¿Sahra? Quería abrazarla. Ella siempre era la fuerte. Los desastres que le acaecieron no pudieron acabar con ella. Ella siempre seguía adelante. Nunca había lágrimas para Sahra, nunca.

No me gustaba verla angustiada emocionalmente.

Me acerqué a Trang. Se encogió de hombros, miró alrededor.

—Eso no es todo lo que dijo. Dijo que te quiere y que espera que le perdones por el fallo que permitió que esto pasara.

Sahra sofocó sus lágrimas. Asintió.

—Sé que me quiere. La cuestión es, ¿por qué los dioses me odian? No he hecho nada para perjudicarles.

—Los dioses no piensan como nosotros. Traman estratagemas en las que la vida no es más que un parpadeo, solo un segundo en un siglo. No nos preguntan si queremos participar, quizá como una alternativa a la felicidad. Nos utilizan como nosotros utilizamos a las bestias del bosque, el pantano y el campo. Somos la arcilla que ellos esculpen.

—Tío Trang, no necesito una homilía. Necesito a mi marido. Y necesito librarme de las maquinaciones de los ancianos... —Sahra se sobresaltó. Hizo un gesto, indicando que había alguien fuera, que Trang debía estar en silencio.

Salí fuera de la celda de Sahra.

Había un sacerdote de pie a un paso de su puerta, suspendido en la incertidumbre. Debió haber oído algo al pasar. Miró a ambos lados del vestíbulo sin iluminar, miró hacia abajo a su propia lamparilla, luego se acercó a la puerta de Sahra y ladeó la cabeza para acercar la oreja.

Bajé en picado cerca de él, vertí toda mi ira en mi voluntad e intenté darle un cabezazo.

Se giró. Empezó a temblar. Salió corriendo. Podía asustar más que los pájaros si me enojaba lo suficiente.

Volví adentro.

Sahra quería que Trang enviara una contestación. Oírle decir las palabras era toda la contestación que podía esperar a la nota como confirmación física de nuestra conexión eterna, un icono que llevar conmigo hasta que nos volviéramos a ver. Trang estaba de acuerdo, pero escogió sus palabras cuidadosamente. Seguía mirando alrededor como si pensara que el sitio estaba embrujado.

Preguntó:

—¿Cómo va tu embarazo?

—Es algo que hago muy bien, sin mucho esfuerzo o problemas, tío. He tenido otros bebés.

—Este será mayor que los dos primeros. Tu marido es un hombre grande.

—¿Esperas que el niño sea también un demonio?

Trang sonrió ligeramente.

—No en el sentido que podrían decirlo otros. Pero en el sentido de la profecía de Hong Tray, probablemente. Tu abuela era una mujer sabia. Todas sus profecías acaban cumpliéndose (aunque no siempre en la manera que nos imaginábamos cuando las ofreció).

—No dijo nada sobre ningún monstruo.

—Lo que ella dijo y lo que tu madre y Doj oyeron no eran necesariamente lo mismo. Hay cosas que las personas simplemente no quieren oír.

Había captado mi interés en varios aspectos. Podía descubrir algo más sobre tío Doj. Podía descubrir algo sobre esta profecía de Hong Tray que, hasta ahora, era casi tan misteriosa como el empeño convenido de todos los taglianos de que la Compañía Negra tenía que ser una especie de catástrofe en bruto, peor que ninguna inundación o terremoto. Trang me decepcionó. No dijo nada más. De hecho, adoptó una actitud de escucha.

Me pasé al vestíbulo.

El hombre al que había asustado antes estaba volviendo. Y traía amigos.

Bajé en picado hasta él otra vez, más enfadado que antes. No era ningún héroe. Chilló y salió disparado. Sus compañeros gritaron entre ellos. Decidieron que su amigo debía de tener problemas mentales. Fueron detrás de él en vez de entrar en la celda de Saha. Los seguí para asegurarme.

Cuando volví, Trang se había ido. Un rápido movimiento por el tiempo no me aportó ninguna información útil.

Capítulo 61

Sahra se había puesto en el jergón. Estaba allí arrodillada, con las palmas sobre los muslos, mirando directamente al frente, esperando.

Me coloqué frente a ella.

—Estás aquí, ¿no es así, Mur? Puedo sentirlo. Tú eres lo que he sentido antes, ¿verdad?

Intenté contestarla. Sentí un *¡ella es la oscuridad!* de Humo y un tirón hacia atrás. ¿Por qué no? Sahra no le había molestado antes. ¿No?

Estos días no le gustaba ninguna hembra. Incluso se ponía tenso cerca de la radisha cuando estábamos allí.

Empujé hacia delante. Humo empujó hacia atrás. Sahra percibió algo. Dijo:

—Ahora estoy demasiado gorda para viajar. Iré en cuanto nuestro hijo pueda viajar.

¿Un hijo? ¿Yo?

En ese momento me convertí en un hombre distinto. Pero solo duró unos segundos. Solo hasta que me pregunté, ¿cómo podía saberlo?

Algunas personas la llamaban bruja. Bueno, espeluznante. Yo nunca lo vi.

Pero a lo mejor ella podía saberlo.

Mi mundo empezó a temblar y a sacudirse. Tenía la experiencia suficiente en el mundo de los fantasmas para saber que algo en el cuarto quería que me despertase. Respondí, de mala gana. Deseaba que hubiera alguna forma, cualquier forma, de hacer saber a Sahra que había recibido su mensaje. «Te quiero, Sahra», pensé.

—Te quiero, Murgén —dijo Sahra, como si me hubiera oído.

El temblor se hizo más insistente. Me fui del templo de Ghanghesha pero me negué a que me controlara completamente. Intenté dejarme caer donde la radisha para ver más de cerca sus planes, pero Humo dio un respingo con una aversión casi tan fuerte como la que mostraba hacia *Atrapa Almas*. *Ella es la oscuridad*.

El mundo se volvió borroso desde mi perspectiva visual. Estaba volando bajo y muy deprisa. Tal vez eso ayudara a vencer algunos de los hechizos que hacían que fuese tan difícil encontrar a Goblin y a Mogaba. Los vi clara, aunque brevemente, al pasar deprisa.

Estaban en movimiento. Mogaba parecía estar reuniendo fuerzas. La forvalaka estaba con Goblin. Ambos grupos se movían dentro de un envoltorio de cuervos.

Probablemente *Atrapa Almas* tuviera mejor idea del panorama que yo.

—¿Es que no aprendes nunca? —bufó Matasanos.

Apenas tenía las fuerzas suficientes para mantenerme sentado y estirarme a coger

algo para beber. Había estado fuera mucho más tiempo del que me daba cuenta mientras pasaba. Sari siempre me hacía perder la noción del tiempo.

—Mierda —murmuré—, eso me ha dejado seco. Podría comerme una vaca.

—Se suponía que no tenías que estar tratando asuntos familiares. Sigue haciéndolo y comerás cuervo, no vaca.

De todos modos era imposible encontrar una vaca comestible en este extremo del mundo.

Gruñí. Tenía una jarra de algo dulce en una mano y una rebanada de pan caliente en la otra. En ese momento no se me ocurrió preguntar por qué me acusaba de ocuparme de asuntos familiares.

—Ya ha oscurecido. Toda nuestra gente se está encaramando en sus agujeros. Te necesito descansado y preparado porque te quiero allí arriba vigilando la Puerta de las Sombras. Y no de excursión. Necesitamos una señal en el instante en que Sombra Larga rompa la puerta.

Levanté una mano. En cuanto tuve la boca vacía pregunté:

—¿Por qué no vigilo a Sombra Larga? Humo no quiere acercarse ahí fuera. Puede que no vea moverse a las sombras hasta que sea demasiado tarde. Puedo ver a Sombra Larga mientras hace sus llamamientos. —Engullí un poco de agua azucarada después del último mordisco de pan.

Humo gruñó.

—Mierda. —De repente, el Viejo parecía como si quisiera llorar.

—¿Dónde está Un Ojo? —pregunté—. Será mejor que venga.

Humo no había hecho ni un ruido durante años.

—Ve tú a buscarlo. Yo soy el médico aquí. —Fue hacia la camilla de Humo.

—Buena idea. —Me levanté y fui dando traspiés hasta la puerta con las piernas todavía débiles.

Capítulo 62

Era una gran noche para que todo el infierno se desatara. No me había fijado realmente en la oscuridad que se estaba acumulando mientras paseaba con el fantasma, estaba demasiado perdido en mis pensamientos. Pero se estaban acercando nubes para intensificar la oscuridad.

—¡Un Ojo! —grité—. ¡Trae tu culo tieso aquí ahora mismo!

Consideré lo de las nubes. Ahora mis sugerencias parecían muy buenas.

¿Dónde demonios estaba ese mierdecilla? Salí de la cueva de Matasanos.

—¡Un Ojo! —Me dirigí a su agujero. ¿Seguro que no tenía intención de pasar la noche allí? No había trabajado en él lo suficiente para convertirlo en un buen sitio donde pasar una noche en que las sombras se anduvieran deslizándose, fuera mago o no.

Ya estaba casi allí cuando el pequeño mago llegó corriendo a pasos cortos desde donde estaba mi refugio.

—¿Qué quieres, Cachorro?

—¿Dónde demonios estabas? Da igual. Tenemos problemas con el fantasma.

—¿Mmm?

—Está haciendo ruido —susurré. Luego miré alrededor. Había olvidado vigilar mi lengua.

Era mi noche de suerte. No había cuervos por ninguna parte.

Un Ojo miró por encima de su hombro.

—¿Haciendo ruido? —No me creía.

—¿Acaso tartamudeo? Mete tu culo ahí dentro. Matasanos ya está comprobando que no tiene problemas físicos. —Seguí buscando oyentes. Los ratones, los murciélagos y las sombras también tienen pequeñas orejas.

Una luz boreal onduló entre Atalaya y las ruinas dentadas de Kiaulune reflejando el brillo del metal en el muro de la fortaleza. Pero no fue más que un chisporroteo, mientras Dama se ponía a punto. Un instante después la única luz que era visible en todas partes venía de las cámaras de cristal supervivientes en lo alto de las torres de Atalaya. La favorita de Sombra Larga era especialmente brillante.

—¿Vas a quedarte ahí parado embobado o vas a ponerte con lo tuyo?

Ese era Un Ojo. Dándole vueltas a todo para que cualquier retraso pareciera culpa mía.

Eché un último vistazo alrededor antes de entrar. Todavía nada. Quité los trapos que cubrían la entrada, moví una vela repelente de sombras sobre un candelero y la puse entre la entrada y el resto de nosotros. La encendí desde la lámpara más cercana. No deberíamos contar con Sombra Larga para mantener nuestro programa.

—Me pregunto si el Maestro de las Sombras no siente curiosidad por saber por

qué no mostramos ninguna luz ni hacemos ningún ruido.

—¡Chitón! —me dijo Un Ojo. Susurró—: Creí que habías dicho que Matasanos le estaba haciendo un reconocimiento médico.

Matasanos estaba sentado en mi silla, desplomado.

—Lo estaba haciendo cuando me fui. —Cogí una jarra y me di un atracón de agua dulce.

—A mí no me parece muy activo —dijo Un Ojo. Pinchó a Humo con un dedo.

—Yo no dije que se hubiera levantado a bailar al son de una chirimía. Solo gruñó. En todo el tiempo que he estado cerca de él los únicos ruidos que ha hecho fue cuando pensábamos que estaba cogiendo una neumonía. Un gruñido me pareció algo grande. Matasanos estaba de acuerdo.

El Viejo hizo un ruido. Volvió a la carne. En cuanto se despejó su cabeza nos dijo:

—Va a ser interesante. Sombra Larga ha mandado a buscar a Aullador, a Singh y a la niña. Está listo para empezar.

Un Ojo refunfuñó.

—Una emoción por minuto por aquí, sombras otra vez... Sabía que tenía que haber cogido aquella granja y haberme ido. Aquí el gilipueñas dice que el canijo se ha estado poniendo impertinente. Replicando y todo.

—Hizo un ruido —dijo Matasanos bruscamente—. Llámalo gruñido. Y cuando intenté echar un ojo a la niña la rehuyó y emitió como una sensación que tenía que ver con sombras.

—«Ella es la oscuridad» —citó textualmente—. Últimamente lo ha hecho cada vez que lo acerco a cualquier hembra. Es más fuerte cerca de Atrapa Almas. Sari y la radisha empatan en el segundo puesto.

—Ah —dijo Un Ojo—. Casi había olvidado a esa vieja bruja. ¿Qué tal le va, Murgén?

—¿Te importa?

—He oído que Fibroso está en camino. Puede que quiera saberlo.

—¿Vas a contarle que podemos espiar a su nenita?

—¡Gr...! Supongo que no. Pero le debo dos o tres chanzas de las grandes.

Personalmente dudo de que nadie haya superado nunca a Un Ojo en ninguna parte. Excepto tal vez Goblin. Un Ojo es la clase de tipo que se venga de ti primero.

Un Ojo es también la clase de tipo que todavía puede darte una sorpresa de vez en cuando después de doscientos años.

—Si no logro pasar de esta noche, hay un testamento en mi petate. Casi todo es para Goblin, aunque un par de cosas quiero que las tenga Gota. —Estaba despegando los párpados de Humo a la vez, así que no se dio cuenta de que Matasanos y yo intercambiábamos miradas de asombro.

Matasanos dijo:

—Si no lo haces, no hay muchas probabilidades de que aún estemos aquí mañana, tampoco.

—El Cachorro sí. Su suegra afirma que está predestinado. ¿Para qué, quién lo sabe? El único que alguna vez lo supo está muerto.

Antes de que el Viejo pudiera preguntar, dije:

—Se refiere a algo que propuso Hong Tray cuando estábamos en Dejagore. No estoy seguro de qué era. Sari y yo lo hablamos, pero a ella tampoco se lo aclararon nunca. Algo sobre el futuro de los nyueng bao. Sé que a tío Doj y a madre Gota les reventaba. Thai Dei es más neutral, pero tampoco le entusiasma. Creo que se alegra de no saber realmente lo que está pasando.

—Creo que ya has determinado bastante bien el futuro de esas personas.

Matasanos me dijo:

—Todavía tenemos a la mitad de la tribu vagando por ahí detrás de nosotros. ¿Dónde está tu mascota, Un Ojo? No lo he visto en una semana.

—¿Jojo? Que me aspen si lo sé. Mientras se quite de en medio... Mira, yo no veo nada distinto en este tío. No desde aquí. Déjame salir con él afuera, a ver si hay algún cambio en el sitio donde está.

Dije:

—Ya te lo dije...

—Sí, sí. Cierra el pico. Tengo que concentrarme. —Pero no mucho. Humo estaba tan acostumbrado a que lo usaran de esta manera que llevarlo afuera no requería ningún esfuerzo.

Matasanos dijo:

—Parecía un poco diferente. Pero para mí hace mucho tiempo.

—Se me acaba de ocurrir que no me he topado con Kina ahí fuera últimamente.

—¿Y en tus sueños?

No podía recordarlo.

—Es extraño. No lo recuerdo. Pero tiene que ser. Tengo los mismos sueños todo el tiempo. Ahora me siento casi cómodo con ellos.

—A lo mejor ahí esta el quid. Ten cuidado.

—Como dice Un Ojo, cuidado es mi segundo nombre.

—Lo he oído. Te convertiré en un sapo. —El pequeño mago ya estaba de vuelta.

—Lo he dicho antes y lo diré otra vez. Ni siquiera se te da bien convertir la comida en mierda. ¿Y bien? —pregunté.

—Puede que tengamos que esperar a un día en que tengamos más tiempo pero tú y yo vamos a tener que sentarnos a ver lo que podemos aclarar sobre lo que has estado haciendo.

—¿Qué?

—Me da la sensación de que un par de los muros tras los que se está escondiendo

han empezado a derrumbarse.

Matasanos preguntó:

—¿Se nos va a despertar esta noche, en medio de todo?

—Lo dudo. Aún está enterrado bastante profundo. —Miró cómo engullía algo más de agua, y seguía con un muslo de pollo asado. No se come mal si eres el Libertador—. ¿Vas a engullir todo lo que hay a la vista, Cachorro?

—Va a ser una noche muy larga.

—Quédate aquí y cíñete a tu trabajo —me dijo Matasanos—. Sal solo a hacer viajes cortos. Hazme saber lo que pasa cuando esté pasando.

—Vale, lo haré, jefe.

—Un Ojo, necesitamos más conjuros alrededor de este lugar. Algo que mantenga apartadas a las sombras, pero que nos permita entrar y salir cuando queramos.

Un Ojo puso una amplia sonrisa desdentada y ladeó ese horrible sombrero suyo hasta un ángulo aún más feo.

—He dado con el amuleto perfecto, capí. Me imaginaba que íbamos a necesitar tener mensajeros desplazándose durante los tiempos difíciles.

—¿Cuántos tienes?

—Ahora mismo, la docena del fraile.

—¿Eso es todo?

—Eh. Son difíciles de hacer.

Y, sin duda, andar haciendo el tonto con ellos le quitó tiempo de sus proyectos de destilería y mercado negro.

Habíamos estado en el mismo sitio el tiempo suficiente para que se enredara en algún tipo de comercio negro, por muy débiles que fuesen sus proyectos. Lo que le quitaría tiempo de distracciones menos interesantes, como hacer amuletos que pudieran salvarnos la vida.

Apostaría a que tenía más de los trece que estaba dispuesto a entregar al Viejo. Tendría al menos uno para cada una de sus muñecas y tobillos, más unos pocos que se escondía en la manga para vender al mejor postor una vez que viéramos lo bien que funcionaban y lo mucho que hacían falta.

El mierdecilla es verdaderamente un maleante.

Pero estaba de nuestra parte, era nuestro maleante, el mejor que teníamos. A no ser que contemos a Dama, cosa que yo no hacía aunque fuese la teniente. Nunca he sido capaz de considerar su contribución a la Compañía. Venía con demasiado equipaje.

—Se está haciendo tarde —comentó Matasanos—. Puedes darte una vuelta rápida por Atalaya, a ver qué están haciendo. Un Ojo. Quiero esconder mis mensajeros en tu cueva.

—¿Qué? De eso nada, capí. Acabo de hacer limpieza.

Di otro trago, luego me senté junto a Humo.

Capítulo 63

La luz de la cámara de cristal de Sombra Larga parecía lo bastante brillante para dañar los ojos corpóreos. Se había creado mágicamente, venía de todas partes a la vez y no dejaba ningún sitio en absoluto donde una sombra salvaje pudiera acechar. El poco mobiliario que había allí arriba era liso, redondeado y no dejaba pequeños huecos, grietas o rincones donde ni siquiera una cabeza de alfiler de oscuridad indómita pudiera cobrar vida.

Ninguna sombra asilvestrada iba a aparecer de repente.

Sombra Larga parecía haberse cambiado de ropa y bañado como preparación para los acontecimientos de la noche. Ciertamente llevaba una máscara nueva, negra y plateada con incrustaciones en cian, escarlata y un verde oscuro especialmente intenso. Los dibujos de la máscara cambiaban cada vez que miraba. Me dije a mí mismo que cuando tuviera un minuto debía ir atrás y echar un vistazo a Sombra Larga mientras se transformaba. Nunca antes había hecho algo así.

Narayan Singh y la niña llegaron un instante antes que yo. Lo comprobé con una ojeada rápida al pasado. Sombra Larga preguntó:

—¿Dónde está Aullador?

Singh se encogió de hombros. La niña reaccionó como si Sombra Larga no hubiera abierto la boca. Singh dijo:

—Hace días que no lo vemos. —Lo que era una mentira descarada.

—Debería estar aquí. Le advertí que estuviera aquí. Por su propia seguridad.

La niña se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas. No hizo ningún caso al Maestro de las Sombras. Singh probablemente había tenido que molestarla para que dejara de escribir.

Curioso. Hice una carrera hacia atrás en el tiempo y me llevé una sorpresa. Encontré a la niña metiendo prisa a Singh.

—Debemos estar allí a tiempo.

Fui un poco más atrás. Encontré a la niña en ese estado como de trance en que afirmaba entrar en contacto con Kina. Sin duda el hedor a Kina era fuerte. Salí de allí antes de atraer su atención. No me había hecho mucho caso últimamente y yo estaba encantado con eso.

Eché un par de ojeadas rápidas alrededor de ese momento y llegué a la conclusión de que Narayan y su pupila habían respondido al llamamiento de Sombra Larga porque Kina les había dicho que respondieran.

Interesante. Pero ¿qué significaba?

Cuando volví al tiempo presente encontré al Aullador resoplando mientras subía la última espiral de escaleras hasta la cámara de Sombra Larga. El Maestro de las Sombras había notado que se acercaba y se había vuelto hacia la entrada. El pequeño

mago apestoso apareció, dejó salir un chillido antes de que el Maestro de las Sombras pudiera empezar a mortificarlo. Parecía hasta divertido.

Sombra Larga se apartó, aunque últimamente había estado padeciendo un caso grave de chinchosos. Parecía estar de tan buen humor que estaba dispuesto a pasar por alto infracciones insignificantes. Dijo:

—Bien. Estamos todos aquí. Ahora continuemos con el juego como debería haberlo jugado desde el principio. —Sonaba ligeramente confuso, como si de pronto (como cada hombre y cada mujer del ejército que lo asediaba) se preguntara por qué había estado tanto tiempo sin hacer nada. Actuaba como si un viento psíquico poderoso hubiera apartado una densa niebla que había absorbido su mente durante siglos.

Sospechaba que eso se asemejaba a la verdad. No pude identificar al canalla, pero estaba seguro de que una de nuestras jugadoras femeninas más perversas, muy probablemente Kina, había llegado hasta él de alguna forma hacía tiempo y había estado desafilando su espada desde entonces. Si estaba en lo cierto tenía que admirar su sutileza. Sombra Larga no lo había calculado. Podría ser porque la manipulación había estado limitada a entontecerlo y exagerar sus prejuicios y obstinación naturales.

Recordé que había tenido algunos hechizos astutos. Las cosas no nos habían ido bien durante esos intervalos.

—Cierra la puerta, Impostor. —La voz del Maestro de las Sombras era fuerte—. No debe haber ninguna interrupción.

Aullador se sentó en un taburete alto. Deduje que lo habían traído especialmente para él, la primera vez que se unió al Maestro de las Sombras. No lo utilizaba a menudo, pero nunca lo utilizaba nadie más. Él y Sombra Larga no eran el tipo de colegas que guardaban las espaldas del otro y compartían sugerencias y experiencia.

El Maestro de las Sombras había estado haciendo algunas faenas domésticas. Normalmente su cámara contenía un arsenal de fruslerías mágicas, todas dispuestas estratégicamente. Esta noche faltaban la mayoría de ellas. Tal vez Sombra Larga no quería poner a prueba la honestidad de sus invitados.

Tras un poco de revuelo nervioso, Narayan Singh adoptó una postura protectora junto a la Hija de la Noche. Advertí un triángulo de seda negra que asomaba por encima de su taparrabos. Así que esta noche estaba vestido formalmente. Ese sería su trazo de estrangular, su pañuelo.

—En tiempos más normales —dijo Sombra Larga—, saldría hasta la Puerta de las Sombras personalmente y emplearía las trampas que hay allí para recoger las sombras que quiero usar. Para obtener el mejor efecto tienen que estar entrenadas. Una vez que están adecuadamente entrenadas dejarán solas a sus amigas. Los skrinza pueden emplearlas sin molestarme. Pero estos no son tiempos normales.

No, no lo eran. Y cuando mencionó a los tejesombras empecé a preguntarme si

sabía la mala suerte que tenía con sus seguidores. En ningún tiempo había tenido mucho contacto con quienes dirigían los asuntos diarios de su fortaleza. Él daba órdenes. Se ejecutaban. Solo un puñado de su gente había sobrevivido al último ataque de Dama. Seguían preocupándose por él. Aullador se encargaba de ello.

Ya no le quedaba ningún tejesombras para dirigir a ninguna sombra entrenada que pudiera tener.

Por otro lado...

En un tiempo había habido una cámara de cristal en lo alto de una torre cada veinte metros a lo largo de la muralla sur de Atalaya. Dentro de cada una había un espejo que se podía usar para proyectar rayos de luz sobre el terreno que rodeaba el camino que bajaba de la Puerta de las Sombras. Había hecho falta un par de hombres para enfocar cada espejo.

Sombra Larga hacía algo moviendo figuritas pequeñas en una colección sobre un tablero, como si hiciera múltiples movimientos de un juego de mesa. Dijo una sola palabra.

Las luces de las cimas de las torres supervivientes aumentaron de intensidad. Salieron rayos de luz que atravesaron la noche. Como dedos acusadores, se inclinaron para apuntar al área general de la vieja división de Matasanos. No iluminaron la ladera con tanta fuerza como lo habían hecho en otros tiempos, pero me impresionó. Hicieron su trabajo sin la ayuda de la mano humana.

Los otros que estaban allí también estaban impresionados. Narayan parecía un poco preocupado, el Aullador repentinamente inquieto. Sombra Larga no lo notó. Se centró en dar su siguiente paso. Dijo:

—Las luces son innecesarias para los acontecimientos venideros. Simplemente pensé que sería divertido que nuestros enemigos se vieran unos a otros morir chillando.

Rio tontamente.

Aullador se sentó más recto que una lanza, repentinamente alerta. No le gustaba cómo estaban yendo las cosas.

Quizá Sombra Larga no era un idiota tan grande como todo el mundo pensaba.

Dediqué un momento demasiado largo a ver si la niña mostraba alguna reacción. Humo tuvo su reacción de *ella es la oscuridad* y empezó a recular. Lo contuve. Estábamos a punto de presenciar alguna emoción.

Sombra Larga se acercó a la gran esfera de cristal que estaba posada en un pedestal en el centro de la cámara. Su público observaba con atención, con nervios. No era algo que hubiera hecho antes delante de testigos. Dudaba que supieran lo que era la esfera.

El globo tenía un diámetro de más de un metro. Lo que parecían pequeños túneles seguían rastros de gusano hasta un hueco en el centro. Al acercarse Sombra Larga, la

luz trémula onduló por la superficie, como el aceite sobre el agua, pero mucho más intenso. Culebras de fuego frío serpenteaban por los canales del interior. Era un espectáculo impresionante.

Sombra Larga levantó sus manos de araña. Con cuidado se quitó los guantes y se remangó las mangas. La piel que dejó ver parecía a la vez translúcida y de color pus, con motas azules debajo, como el queso. Tenía un buen cultivo de manchas de la edad y casi no había carne que le cubriera.

El Maestro de las Sombras posó las manos sobre la superficie de la esfera. Las luces de dentro se excitaron. El resplandor de la superficie trepó por sus dedos, cubrió sus manos. Sus dedos se hundieron en el globo como aerolitos que se funden lentamente hasta convertirse en hielo. Agarró los gusanos de luz y empezó a retorcerlos.

Empezó a hablar en una especie de voz coloquial, por supuesto usando un idioma que nadie reconoció (aunque la Hija de la Noche frunció el ceño y se inclinó hacia delante como si pudiera descifrar el significado de una palabra aquí y otra allá).

El Maestro de las Sombras convocó a una sombra. Yo no pude verla. Estaba dentro del pedestal que sujetaba el globo. Pero la sentí. No era una gran sensación, pero hacía mucho mucho frío.

El Aullador bajó al suelo y se inclinó más cerca para observar. Narayan y la Hija de la Noche miraban fijamente, perplejos. La cría dio algunos pasos hacia delante. Singh se acercó a la puerta, para tener mejor ángulo de visión.

Sombra Larga habló durante varios minutos, con los ojos muy cerrados. Al terminar, el brillo dentro del globo empezó a desvanecerse. Abrió los ojos y miró afuera, hacia el sur, como había hecho diez mil veces antes, contemplando el área iluminada por los espejos.

¡Ella es la oscuridad!

Yo no estaba mirando a la mocosa...

No esa oscuridad.

Una oscuridad muy especial. Una oscuridad inesperada que no debería haberme cogido tan por sorpresa, pensándolo bien.

Atrapa Almas.

Cruzó la puerta que había abierto Narayan Singh como si ella estuviera a punto de llamar.

Sombra Larga no estaba preparado para esto. En absoluto, estaba rodeado, totalmente traicionado, antes de darse cuenta de que Almas había llegado.

Me aferré allí con todas las fuerzas que tenía para no ceder ante el terror de Humo. El mierdecilla lloriqueó y repitió *¡ella es la oscuridad!* Como si eso fuese un mantra contra los colmillos de la noche.

—El juego llega a su fin —dijo Atrapa Almas con la voz profunda y resonante de

un pregonero en un anfiteatro. Luego rio nerviosamente como una niña adolescente —. Ha sido un duro trabajo, pero ha merecido la pena. Me encanta mi nueva casa. — Esas dos frases llegaron con la voz de un pequeño anciano que guarda libros de cuentas.

Sombra Larga estaba cogido, atrapado, inmovilizado como una mariposa en el expositor de un coleccionista. Lo rodeaban, lo superaban en número, y no tenía ninguna posibilidad ni aunque fuese el mayor mago que haya vivido. Cosa que no era. Aun así, no se rindió.

Conocía su valor. Su mente estaba despejada. Ella no se atrevería a matarlo porque la Puerta de las Sombras se derrumbaría.

Tuve que sucumbir ante Humo. Tenía que volver y entregar esta noticia rápidamente.

En realidad necesitaba llegar a Dama más rápido aún, pero no era posible.

Sombra Larga se movió despacio para recoger sus guantes. Cuando empezó a ponerse uno, Atrapa Almas dijo:

—Creo que no. —Su voz tenía el talante aterciopelado de un vendedor de lápidas—. De hecho, esta vez...

El meñique derecho de Sombra Larga estaba torcido, como si se hubiera roto y lo hubieran colocado mal hacía mucho tiempo. La uña parecía un pedazo de hoja de espinaca ennegrecida, podrida, reseca.

El Maestro de las Sombras movió rápidamente ese pequeño dedo.

La uña salió disparada al tiempo que Almas decía: «vez».

Negué con mi cabeza fantasmal. Nunca lo has visto todo.

En un abrir y cerrar de ojos la uña se convirtió en una sombra que la luz llenó de odio.

El nerviosismo de Humo se hizo irresistible.

Capítulo 64

Me estiré a coger una jarra de agua mientras me incorporaba. Aturdido, caí en la cuenta de que había sido empujado hacia el estrecho receso donde el Viejo había estado guardando a Humo desde que lo sacamos a hurtadillas del criadero de enfermedades de Un Ojo. Había voces detrás de los trapos colgantes que me ocultaban.

Di un largo trago, removí las mantas de Humo para que quedara escondido, me pasé los dedos por el pelo y salí del escondite.

Las voces cesaron al instante. Matasanos parecía no poder estar más enfadado. Le dije:

—Es muy importante. —Lo que dejó a Swan y a Hoja con cara de desconcierto—. Menos mal que están a mano. ¿Podéis salir un minuto, chicos? Llevaos la vela.

—¿Qué cojones estás haciendo? —clamó Matasanos. Tuvo que hacer un esfuerzo superior para mantener la voz baja.

—Atrapa Almas acaba de apoderarse de Atalaya.

—¿Eh?

—Apareció mientras Sombra Larga estaba liberando las sombras. Y lo hizo, por cierto. Y ella, Singh, la cría y Aullador se echaron encima de él. Tenías que saberlo de inmediato. Esto lo cambia todo. Dama debería oírlo también lo antes posible.

—¡Uh! —Matasanos todavía estaba enfadado, pero pude ver los cambios que tenían lugar detrás de sus ojos, pude ver que el centro de su rabia cambiaba como un barco que cambia de rumbo.

—Por como hablaba, está planeando mudarse a Atalaya y hacerlo su hogar.

—¡La muy zorra!

—Ojalá pudiera contarte más. Humo se negó a quedarse cerca de donde ella estaba. ¿No crees que es mejor que se lo digas a Dama?

—Por supuesto que es mejor que se lo diga. Cierra el pico. Déjame pensar.

—¡Eh, ahí! —Swan gritó desde el otro lado de las cortinas que impedían que entrara el viento—. Será mejor que salgáis a ver esto.

—¿Qué pasa ahora? —gruñó Matasanos.

—Iré a comprobarlo. Escribe un mensaje para que se lo lleven a Dama.

—Maldita sea. Puede que sea demasiado tarde. Iba a intentar saltar sigilosamente sobre Sombra Larga ella misma.

Mierda. Estábamos metidos en un buen marrón. Quizá.

Eché una carrera con las piernas tambaleantes hacia el aire libre. Resbalé en los escalones que subían hasta el nivel de la calle. La tierra todavía estaba empapada, incluso aquí arriba en la ladera.

No tuve que preguntar a Sauce qué le preocupaba.

El mayor espectáculo de fuegos artificiales de todos los tiempos estaba teniendo lugar encima de la Puerta de las Sombras. Tal vez la bronca en el lago Tanji igualaba a esta, pero aquella tuve que verla desde el interior.

—¡Me cago en todo! —maldije. Había tantas bolas de fuego volando por todas partes que ningún improprio podía hacer justicia al acontecimiento.

Me lancé de vuelta por los escalones embarrados.

Matasanos se estaba retorciendo dentro de su disfraz de Creaviudas. Le dije:

—Ha empezado en la Puerta de las Sombras. Hay que verlo para creerlo. Espero que esos tipos tengan bambú suficiente.

—Dama les dio todo lo que pudo. Será cuestión de números. Lo que hemos sabido desde el principio. Si tenemos más bolas de fuego que las sombras que ellos lanzan, ganamos. Si no, acabamos lamentándolo. Pero no por mucho tiempo.

—Sombra Larga no parecía hacer gran cosa, si eso te dice algo positivo.

—Pues no. No tengo ni idea de qué tendría o no tendría que hacer para soltar una o todas las sombras. Y no hay forma de poder suponer lo que él pensaría. Salvo que él no querría dejar sueltas tantas como para que fuesen también detrás de él. Querría poder controlar las sombras que sobrevivieran después de librarse de nosotros.

—No sabe que ya no tiene más tejesombras. Singh y Aulladorle han estado dando información muy selectiva últimamente. El verdadero alcance de lo que Dama llevó a cabo el otro día es un completo misterio para él.

—Más traición de nuestra amiga Atrapa Almas, no hay duda.

—Puedes estar seguro.

—Tienes que volver a salir ahí fuera. Ella no haría solamente eso. La dejaría demasiado vulnerable.

—¿Eh? —Era mi turno de hacer ruidos graciosos.

—Tiene que saber que podemos entrar y salir de allí siempre que queremos. Tiene que cubrir su dulce culito. Vete a ver lo que está tramando antes de que se ponga manos a la obra de verdad.

—Estoy en ello, jefe.

Bebí un poco de agua azucarada y salí.

Humo no quería volver a Atalaya. Me salí con la mía. Lo engañé, más o menos, zambulléndome hasta antes de que se percatara de que Almas había aparecido. Luego me moví rápidamente hacia delante y vi cómo la sombra salía explotando del meñique de Sombra Larga.

Fue a atacar a Aullador. Lo golpeó. Este aulló y la rechazó de alguna manera. Salió lanzada hacia Narayan Singh, que chilló cuando lo alcanzó. Aullador y Almas juntos consiguieron por la fuerza apartar del Impostor la oscuridad animada. Singh perdió el conocimiento de inmediato.

La sombra aún no se había abatido. Golpeó a la Hija de la Noche.

En cuanto empezó a llorar todo el mundo fantasma se llenó del hedor de Kina. Un ciclón de ira fue rugiendo hacia Atalaya. Humo chilló «*ella es la oscuridad*» y allá nos fuimos, salimos de allí como un rayo, como la flecha de una ballesta. Fuimos hacia arriba, fuimos hacia el norte y fuimos rápido. Los fuegos artificiales de Puerta de las Sombras se desvanecieron detrás de las Dandha Presh. Estábamos al norte de Dejagore antes de que yo pudiera tomar ningún control.

El mundo fantasma se había convertido en un quejido prolongado de mi corcel. Estaba huyendo hacia algún lugar donde esperaba estar a salvo. Algún lugar que la parte más profunda de él recordaba de días en que todavía era un común mortal.

No había más que empezado a responder a las direcciones cuando nos movimos hacia el palacio.

El sitio era una colmena. Sacerdotes, guardias y funcionarios corrían por todas partes. También había agitación en las calles de la ciudad. Los vigilantes shadar se desplazaban en pelotones, haciendo arrestos a diestro y siniestro. Esto merecía ser examinado más detenidamente.

Inspeccioné a los prisioneros. Algunos me resultaban vagamente familiares. Eché una ojeada por el tiempo alrededor de ese momento y descubrí que los estaban acumulando en los barracones vacíos de la Compañía Negra. Allí encontré algunas caras definitivamente familiares.

Eran todas personas que habían sido amables con la Compañía. Me moví rápidamente por allí para echar un vistazo a la radisha, corrí hacia atrás en el tiempo hasta el principio... Por lo que pude ver su aventura hacía poco tiempo que había empezado, aunque se había pasado horas antes colocando sus bienes. Los arrestos comenzaron justo cuando Atrapa Almas apareció en la cámara de Sombra Larga en Atalaya.

¡Dormilón!

¡Mierda! Me lancé al almacén de Banh Do Trang.

Dormilón no había sido arrestado. Todavía no. Había varios shadar en el vecindario. Estaban buscando a Dormilón. Sus reniegos no dejaban duda de que iban tras él específicamente. Pero no podían encontrar su escondite.

Intenté encontrar al chaval. Puse todo mi empeño. Si funcionó en el pantano debería funcionar en la ciudad. Bajé directo a su cara y grité. Intenté alborotarle el pelo y tirarle de las orejas.

Se espantó.

Así que dio la casualidad de que no estaba por allí cuando llegaron los vigilantes, aunque seguía estando lo bastante cerca para oír y comprender.

No me quedé a esperar. Dormilón tenía el juicio suficiente para montar en su silla, salir de la ciudad y no volver a preocuparse de esperar por una respuesta de Sari.

Agarré a Humo por los pelos ectoplásmicos y me dirigí al sur. No estaba ni un poquito entusiasmado por ir allí.

Volví a mi carne. El Viejo me estaba esperando.

—¿Y bien?

—Kina se estaba acercando. Humo se espantó, se dirigió al norte. Acabo de volver. Allí arriba también está volando la mierda.

—¿Sí? ¿Cómo es eso?

—La radisha está acorralando a cualquiera que nos haya sonreído alguna vez a uno de nosotros. Empezó casi exactamente en el mismo minuto en que Atrapa Almas se echó encima de Sombra Larga.

No reflexionó sobre eso.

—Entonces tenemos un problema. Vuelve ahí fuera. Quiero saber si hay algo más que esté saliendo mal.

Sorbí un poco de agua azucarada y fui.

¿Qué más estaba saliendo mal? Aquí mismo, en Kiaulune, el prahbrindrah Drah estaba intentado desarmar a las tropas de Dama. Ella estaba dentro de Atalaya. No lo sabía aún. Yo no sabía cómo hacerle llegar el mensaje rápidamente. Decidí intentar la misma táctica que había usado con Dormilón. A lo mejor la podía asustar para que no hiciera algo.

La encontré ya en el hueco de la escalera que lleva a la cámara de cristal de Sombra Larga. Varios de nuestros mejores hermanos de la Compañía estaban con ella.

Bajé delante de ella y chillé:

—¡Bu! ¡Bu! ¡Bu! ¡Saca tu culo de aquí!

Saltó. Echó una mirada a la oscuridad justo donde estaban flotando los ojos desde mi punto de vista.

—¿Murgen?

—Saca tu trasero de aquí, mujer. Es una trampa. Y las tropas del príncipe están intentando desarmar a tus hombres.

Se volvió y ladró órdenes.

¡Maldición! Era mucho más sensible que los otros.

Salí de allí pitando. La peste de Kina había empezado a llenar el hueco de la escalera. Un halo oscuro trató de agarrarse a la torre de cristal de Sombra Larga. Kina tenía poca fuerza que proyectar sobre este mundo, pero ahora la había concentrado toda. Hice que Humo subiera más alto para poder ver la cámara desde arriba.

La Hija de la Noche se había recuperado del ataque de la sombra. Usó la fuerza prestada por su diosa para lanzar la cosa de vuelta al Maestro de las Sombras.

Sombra Larga, por supuesto, había estado completamente enojado desde el principio, tan paranoico como el que más. Nunca se fio de Aullador. Lo único que él

y el pequeño apestoso tenían en común era su odio por la Compañía. El odio mutuo hacia otra persona nunca ha sido una base sólida para un matrimonio.

El Maestro de las Sombras había pensado en un momento así, aunque no había previsto que Atrapa Almas estuviera allí para ayudar al chaquetero, ni tampoco se había esperado que el Estrangulador y su mocosa aportaran sus propias distracciones. No obstante, había sido minucioso. Había sobremaquinado la situación. Puede que fuese suficiente, si lo habían subestimado.

La cámara de lo alto de la torre se convirtió en una olla extraña llena de gruñidos y chillidos, trozos de humo que iban y venían demasiado rápido para que el ojo les siguiera la pista, cambiando de color, cuchillos de pura energía que rajaban la piedra y el cristal, rebotaban persistentes conjuros de protección y nunca consideraban la lealtad de nadie que encontraran a su paso.

Atrapa Almas gritó como una niña que se hace una herida de repente. Se cayó sobre una rodilla, se quejó, pero no abandonó la lucha. Aullador aulló. La Hija de la Noche balbuceó pasajes del primer Libro de la Muerte. El hedor a Kina era horrible en el mundo fantasma, pero la niña no había terminado de copiar el libro antes de que Aullador lo robara. No podía traer a Kina a casa sin tenerlo entero.

Sombra Larga se acercó lentamente a la entrada. Parecía como si pudiera salir de verdad. Se supone que una vez que lo hiciera la cámara se derrumbaría o de algún otro modo destruiría a todos los que siguieran dentro. Ese era el tipo de trampa que yo hubiera tendido.

Llamaban a Singh un santo viviente. Era, supuestamente, el mejor en su especie de su generación. Una distinción dudosa ante los ojos de la mayoría de nosotros, pero todos los hombres deberían ser lo bastante afortunados para descubrir lo que pueden hacer mejor que ningún otro ser viviente.

El Maestro de las Sombras no tenía mejor opinión de Narayan que de un ratón. El Impostor estaba justo allí.

Estaba allí un instante y aquí al siguiente. Su trapo de estrangular rodeó la garganta del Maestro de las Sombras como un rayo negro.

Un hombre pañuelo negro se convierte en un maestro Estrangulador en parte llegando a dominar su propio miedo y agitación en momentos de estrés. Narayan Singh tenía esa habilidad, aunque había tenido pocas oportunidades de ponerla en práctica recientemente. Ahora lo había hecho. Se mantuvo lo bastante calmado para no romper el cuello del Maestro de las Sombras. Comprendía el precio.

La estrangulación es un proceso lento. La víctima rara vez coopera. Singh gritó:

—¡Necesito a alguien que le sujete los brazos! —Al principio lo dijo en el canto impostor. Solo la niña lo entendió. Ella no tenía fuerza para dominar al Maestro de las Sombras.

Dijo a Atrapa Almas:

—¡Tú! Cógele por el brazo izquierdo y tira. Tú. El que huele mal. Sujétale el brazo izquierdo. Ahora. En nombre de mi madre.

Almas dijo bruscamente:

—En nombre de tu madre real, que resulta ser mi hermana y que es como un grano en el culo para mí, te vas a ganar unos azotes en cuantos acabemos con este pedazo de mierda.

La voz que empleó esta vez era clavada a la de alguien que yo conocí que había sido un devoto partidario de no escatimar en palos.

Sombra Larga era un pez testarudo. Se revolvía mucho más de lo que yo pensaba que podría hacer un humano sin aire. La cría dijo a los demás:

—Aseguraos de que no lo matáis.

—Vas a enseñar a tu padre a hacer hijos, mocosa. —Esta vez la voz de Almas era idéntica a la de Goblin. Sentí un miedo súbito por el pequeño mago.

Sombra Larga se desplomó.

—Átalo, amordázalo y ponlo en su silla. —Dijo Almas a Aullador—. Sujétalo bien. Después busca por aquí a ver si hay alguna sorpresa más. —La sombra había desaparecido, ya fuera porque había salido por la puerta agrietada, porque se había escondido o porque había sido destruida.

Aullador, resollando, preguntó:

—¿Y qué harás tú, oh, ser poderoso?

—Dejar claro el orden jerárquico. —Agarró a la Hija de la Noche, se apoyó sobre una rodilla, inclinó a la niña, que no dejaba de patalear, sobre la otra y pronunció un conjuro que arrojó a Narayan Singh por la habitación lo bastante fuerte para dejarlo sin sentido. Luego le bajó los pantalones a la cría de un tirón y procedió a aplicarle un curtido bien merecido.

La niña nunca lloró, pero las lágrimas llenaban sus ojos cuando Almas terminó. Se sentía a la vez humillada y abandonada. Una vez más afrontó una crisis de fe. El hedor de Kina se desvaneció en cuanto la cría estuvo demasiado ocupada para enredarse en su invocación incompleta.

Almas dijo:

—Vuelve a ser insolente conmigo, cariño, y la próxima vez conocerás íntimamente una vara de sauce. ¿Lo has inmovilizado bien?

—Estoy en ello. Si has esperado todo este tiempo ahora no me vengas con prisas.

—Quiero controlar sus sombras. No van a quedarse quietas.

—Conozco el plan. Ayudé a escribirlo —chilló Aullador. Había mucha irritación en su grito.

Tenía que ver al Viejo.

Capítulo 65

—Ya están peleándose entre ellos —dije a Matasanos después de que ahuyentara a todo el mundo—. Pero definitivamente tienen a Sombra Larga bien acorralado. Almas pretende obligarlo a hacer todo lo que ella quiera.

—¿Va a hacer una Toma?

No había pensado en ello. Ese tipo de cosas solo habían pasado hace mucho mucho tiempo.

—¿Sabría cómo hacerlo?

—Puede que sí. Pero puede que no tenga lo bastante con lo que trabajar en lo que respecta a Sombra Larga. Puede que necesite saber su verdadero nombre. Sabemos que lo tiene oculto en el conjuro de la Puerta de las Sombras.

—¿Qué está pasando aquí?

—He ordenado a la Nueva División que se desplacen hasta la Puerta de las Sombras y liberen a la Vieja División. Si se enredan con las sombras antes de que entiendan lo que está haciendo el prahbrindrah Drah, no podrán participar. Lo único para lo que tendrán tiempo será para luchar contra las sombras.

—¿Qué excusa les diste?

—Que la Vieja División no tiene bambú suficiente.

En una noche como la de hoy ningún general iba a dejar que sus hombres entregaran su bambú para otra empresa.

—También que quiero que la Vieja División ataque Atalaya desde el sur. Esas son las órdenes que envié para empezar. No recibirán las verdaderas órdenes hasta después de separarse.

Habíamos ensayado una maniobra desde la Puerta de las Sombras hasta la pared sur varias veces. Tal vez el Viejo seguía teniendo un pensamiento muy adelantado a todos los demás.

—Creo que pude advertir a Dama. —Le conté lo que había hecho—. Parecía la llamada ideal dadas las circunstancias. Sé que luego hará preguntas.

—Oh, ya lo ereo. Y se va a cagar en todo cuando obtenga las respuestas.

—No parece estar especialmente aterrado.

—Fui su prisionero en la Torre de Hechizo antes de darse cuenta de que me quería. Gasté todo el pánico entonces.

Yo que él no contaría mucho con su amor. No habían sido una pareja muy cariñosa últimamente. Los tipos como yo nunca dejan de amar a sus Saris, pero otras personas se desenamorán cuando hay mucha tensión durante mucho tiempo. Dije:

—Tengo que inspeccionar a Goblin. Tuve una idea horrible mientras observaba cómo luchaban por allí. Si Almas fue tan meticulosa como pienso, puede que el viejo Un Ojo se quede huérfano.

—Mierda —dijo Matasanos suavemente—. Pasé totalmente por alto es planteamiento. Mira, mientras buscas a ese mierdecilla dile a Humo «boj blanca» y «caballero blanco» a cada poco. Altérnalos. Eso hará que Goblin sea más fácil de localizar.

—Me figuraba que había algo.

—Y siempre que veas cuervos, en cualquier sitio, aterrorízate. Necesitamos ofuscar a Almas todo lo que podamos.

—Te engañó, ¿eh?

—Digamos que subestimé sus ambiciones. Obviamente, ahora trama algo más que simplemente ajustar cuentas con Dama. Continúa.

El mantra de «boda blanca, caballero blanco» hizo maravillas. Humo y yo encontramos a Goblin casi inmediatamente. Estaba metido en un buen marrón, como me temía, solo que no era tan profundo como algunos probablemente esperaban. Cuando Humo y yo llegamos allí lo encontramos a él y a sus chicos tendidos muy quietos entre unas toscas rocas; no pintaba bien. En pocos minutos alguien iba a resultar herido. Grave.

Tuve que bucear en el estanque del tiempo para averiguar por qué.

Goblin no es más que un mago menor, pero es un mago. Viene equipado también con un complemento de desconfianza normal de la Compañía. No podía controlar a las sombras ni a los cuervos, murciélagos o ratones, ni a ninguna otra criatura, lo suficiente como para utilizarla para recoger información, pero podía manipular a algunas criaturas de algunas formas. Su elección fue un búho de miniatura común en la cara sur de las Dandha Presh. No llegaba a hacerse mucho más grande que un puño.

Mantecía a los bichos posados en los arbustos alrededor de su campamento siempre que iba a la base. Y siempre revoloteaban delante de él cuando estaba sobre la marcha. Solo se movía de noche, excepto cuando elegía atacar a algunos de los partidarios de Sombra Larga.

Goblin no estaba sufriendo ninguna sorpresa.

No se sorprendió cuando la forvalaka llegó pisando suavemente en la oscuridad y saltó sobre él con un rugido ensordecedor. Unos búhos que usaban una llamada única para avisar de ese peligro en particular habían gritado al ver pasar a la mujer bestia.

No había planes oficiales para que ella estuviera en ningún sitio cercano esta noche.

También había habido mucha actividad cuervil innecesaria e inexplicable en el vecindario últimamente.

Goblin se ha vuelto suspicaz. Se había preparado, por si acaso. Después de un tiempo hasta un hombre de la Compañía tan vago como Un Ojo reaccionaría ante las

señales y los augurios.

La forvalaka atacó, pero donde clavó las garras y los colmillos no era Goblin. Solo tenía una forma vagamente humana, era tela de saco rellena de hojas y paja. Le había echado un conjuro para que la forvalaka no pudiera soltarlo una vez que lo hubiera agarrado.

Eso sucedió prácticamente en el mismo momento en que Atrapa Almas entró en el estudio de Sombra Larga, cuando el infierno se desató en todas partes.

Algo pequeño, que no se parecía en nada a Goblin y probablemente olía aún menos como él, salió de un brinco de la oscuridad. Atizó a la pantera una patada en las costillas con mucho entusiasmo.

—Sabía que eras demasiado bueno para ser cierto. Y después de haber pasado todas esas dificultades para intentar arreglar las cosas por ti.

¡Zas! Le dio otra patada. Ella rugió y se retorció.

Una voz desde la oscuridad dijo:

—Si la enojas más va a soltarse y desgarrarte un nuevo agujero en el culo.

—Si el conjuro que hice no es lo bastante fuerte para sujetar a cuatro más como ella, entonces merezco que me redireccionen la trampilla de la mierda. —La forvalaka rugió otra vez—. Pero tengo que hacer algo con todo este jaleo. —Se podía oír a kilómetros de distancia.

Los búhos ulularon. Esta vez no transmitían ningún sentido de alarma. Sin embargo, solo la forvalaka estaba fuera al descubierto cuando un tagliano solitario entró en el claro donde la bestia todavía luchaba por soltar su presa. El recién llegado dijo a la oscuridad:

—Boda blanca, caballero blanco.

Me habría reído si Humo me hubiera permitido esa opción.

Goblin apareció.

—¿Y bien, Mowfat?

—Se acerca alguien, furtivamente. Y saben a dónde van.

—Sorpresa, sorpresa. —Goblin dio a Lisa Bowalk otra patada que hubiera roto unas costillas normales—. Cuando te traicionan, te traicionan a más no poder. ¿Te he contado alguna vez lo que estaba haciendo esta puta cuando la conocimos? Apenas era lo bastante mayor para sangrar por la entrepierna, pero estaba matando gente para vender sus cuerpos.

—Ya lo hemos oído antes, jefe —gritó una voz desde la oscuridad—. Si vamos a tener compañía preparémonos para la fiesta.

—Odio esta mierda —dijo Goblin a Mowfat—. Odio esta región, odio a esta gente, odio...

—Odio decirte esto pero están a menos de un kilómetro.

—¿Está Mogaba con ellos?

—No lo sé. No me quedé esperando hasta que estuvieran tan cerca.

Goblin se puso a trabajar como mago. Cocinó algunos de sus platos favoritos de mago. Unos que, como se hizo evidente enseguida, incluían espejismos.

A Un Ojo y a Goblin les encanta hacer que las personas vean cosas que no están ahí.

Me escabullí para echar un vistazo a la gente que se estaba acercando.

Estos acontecimientos estaban teniendo lugar en una región de montañas rocosas, arboladas, cubiertas de maleza. La visión era mala hasta para mí. No pude encontrar a Mogaba aunque confirmé que las personas que querían cazar a Goblin eran los partisanos de Mogaba. Ellos también estaban hechos una escoria muy dura después de haber pasado un invierno en estas condiciones. Eran cautelosos y silenciosos.

Seguí su rastro hacia atrás en el tiempo. Tuve que remontarme hasta antes de la puesta de sol para vislumbrar a Mogaba. Lo pillé sentado en círculo con sus chicos a menos de ocho kilómetros del campamento de Goblin. Estaba compartiendo su asado de carne de venado con un gran gatito negro.

Eso me llevó otra vez hacia atrás en vez de forzarme a ir a comprobar a dónde iba todo el mundo. El mantra que despejaba la niebla alrededor de Goblin también ayudaba a dispersar la que había alrededor de Mogaba. Pero solo durante unos segundos cada vez.

Descubrí lo que quería saber, luego me reuní con el grupo de Goblin a tiempo de ver cómo tendía una emboscada a los chicos malos que se supone que iban limpiando detrás de Lisa Bowalk.

Algo que parecía un fantasma trémulo se materializó en la ladera opuesta a donde esperaba Goblin y la mayoría de su brigada. Aunque el espectro llamó la atención de los hombres de Lugar de las Sombras esa no era su misión. Era una señal que tenía la finalidad de avisar a la brigada de Goblin para que protegieran su visión nocturna. Cuatro, tres, dos, uno. ¡Flash!

Yo no tenía ojos que cerrar. Por un momento me quedé tan ciego como los asaltantes de Mogaba. Entonces me pregunté por qué iba a estar yo ciego, y decidí que estaba ciego solo porque esperaba estar ciego. Pude ver otra vez en cuanto decidí que debía hacerlo. Lo cual era una prueba más de que muchas cosas son en realidad una cuestión de punto de vista y expectativa.

El flash no solo cegó a los de Lugar de las Sombras durante un rato, les salpicó con algo que los dejó brillando en la oscuridad. Se convirtieron en blancos fáciles.

Superaban en número a los hombres de Goblin. Aprovecharon la ocasión de rectificar eso. La vida se volvió muy desagradable para los sureños, y también corta para algunos de ellos.

Goblin hizo que su situación fuera más desagradable al evocar un simulacro de numerosos hermanos del presente y del pasado. Era un viejo ardid, y uno de sus

favoritos, pero no lo usaba con tanta frecuencia como para que cualquiera encontrara la forma de abordarlo. Los sureños lucharon con espectros y sombras mientras los soldados de Goblin se los iban cargando. No se les ocurrió la opción de emplear tácticas antiemboscada porque les llevó demasiado tiempo comprender el verdadero alcance de lo que les había ocurrido.

Mogaba nunca apareció. No pude encontrarlo por mucho que me esforcé. Al final sus tenientes cayeron en la cuenta de que habían dado un mordisco a algo que superaba su capacidad de tragar.

Empezaron a retirarse. Se sacudían unos a otros y a sí mismos, intentando despojarse de la luminiscencia que los convertía en blancos fáciles. Algunos intentaron desnudarse, pero eso suponía tener que quedarse en un sitio por un período de tiempo que definitivamente no era propicio para una buena salud duradera.

Los espectros y los hombres de Goblin no dejaban de perseguirlos. La retirada organizada se fue a pique cuando cundió el pánico. Goblin mantuvo el contacto. Había pescado a la Fortuna por la oreja y había echado una buena zancadilla a sus enemigos. Ahora quería aprovechar su buena suerte mientras durara. Quería atrapar a Mogaba mientras el nar siguiera ignorando el alcance del desastre.

Le deseé suerte.

Una vez hube comprobado que mis temores sobre Goblin eran injustificados me dirigí de vuelta para informar de lo que parecía la única cosa buena que había pasado en toda la noche.

Capítulo 66

—No es tan malo como parece —me dijo Matasanos—. A pesar de todo. —Me miró mientras engullía un litro de agua azucarada—. Parece que la Vieja y la Nueva División están intercambiando el puesto sin problemas. Y no hemos visto ninguna prueba de que se estén abriendo paso muchas sombras. Y creo que Dama puede controlar su situación. Así que sea lo que sea lo que se trae entre manos Atrapa Almas, no le va a salir del todo como ella quería.

Había algunos peros tácitos ahí que eran bastante grandes.

Matasanos preguntó:

—¿Qué tal te tienes en pie? ¿Quieres que le diga a Un Ojo que venga a sustituirte?

—Probablemente sea de más ayuda donde esté ahora.

—No lo sé. Es Un Ojo. Hace unos minutos estaba correteando por ahí agitando una estrambótica lanza negra y farfullando cosas incoherentes. Creo que estaba un poco achispado.

—Mierda. —Un Ojo borracho y con ganas de hacer alarde de sus habilidades no suele ser un buen presagio para nadie—. Esa es la lanza que hizo mientras estábamos atrapados en Dejagore. Estaba borracho la última vez que intentó usarla.

—¿La que hizo para matar a Sombra de Tormenta?

—Para matar a Maestros de las Sombras en general, pero sí.

—No queremos que mate a este Maestro de las Sombras. Aún no.

—Probablemente esté preocupado por la cambiaformas. Puedes decirle que no es una amenaza. Goblin la tiene bajo control.

—¿Seguro que no necesitas tomarte un descanso?

—Estoy bien. —Volví al receso con Humo.

Matasanos gritó:

—¿Tus parientes entienden lo de las sombras?

—Thai Dei las vio en el lago Tanji. Agacharán la cabeza.

Humo y yo subimos directamente ochocientos metros para poder tener alguna idea de quién estaba haciendo qué a quién, dónde y cuándo.

Todos estaban haciendo algo a alguien. La noche estaba viva con estelas de fuego que bajaban alrededor de la Puerta de las Sombras. Parecía como si algunos hombres de la Vieja División estuvieran todavía allí echando una mano a sus reemplazos.

Había algunas bolas de fuego volando por Kiaulune y en la tierra baldía que había entre las ruinas de Atalaya, aunque no tantas como esperaba. Tal vez había avisado a Dama demasiado tarde.

Me dirigí hacia abajo. Debajo de mí las ruinas y la zona circundante empezaban a desarrollar un caso de sarampión a medida que aparecían puntos color rubí. En

cuestión de minutos dieron origen a hilos rojos que se deslizaron por la noche en busca de otros sarampiones.

Fuera lo que fuese, Dama estaba detrás. Fomentó muchos gritos y prisas. Resultó que toda la gente que se alborotaba pertenecía a la división del príncipe.

Los hombres de Dama los estaban rodeando y desarmando. Los que eligieron seguir siéndole fieles, por supuesto.

Se habían rebelado realmente rápido.

El propio príncipe hizo uso de todo su valor, acompañado por su estado mayor, sus guardaespaldas y cualquiera que pudiera correr lo bastante rápido para mantener el ritmo. Dama los había impresionado de forma contundente, y los supervivientes entendieron perfectamente que su futuro podía ser mucho más agradable si los acogieran en alguna otra parte.

Había mucha gente muerta aquí y allí. La mayoría parecían ser taglianos leales y tenaces.

Los rubíes se iban haciendo más grandes y más brillantes. Las estelas se conectaban, luego se contraían en líneas rectas, rígidas. Vistas desde cerca zumbaban, crepitaban y estallaban ferozmente cuando algún idiota las tocaba. Dicho idiota siempre caía más muerto que una piedra. La luz roja olía mal. Me llevó un momento reconocer el hedor porque no me lo esperaba.

La luz rubí emanaba olor a Kina. Dama estaba atrayendo a la diosa para que obrara su hechicería.

Los límites de poder que estableció labraron la zona en triángulos de aislamiento de los que se podía escapar, pero solamente con mucha prudencia. Los límites evitaban que los fieles al príncipe se apoyaran unos a otros. Por lo tanto, Dama estaba saliendo triunfante, aunque la superaban claramente en número.

Era una vieja zorra asquerosa.

La rodeé. Había alcanzado un estado en que estaba contenta con cómo estaban saliendo las cosas. Supuse. Era difícil conocer su estado emocional cuando estaba enfundada dentro del disfraz de Tomavidas. Dijo a Isi y a Ochiba:

—Eso debería acabar con esto. Por una temporada.

Isi dijo:

—Supongo que esto significa no más barracones calientes y no más paga de combate.

No había habido paga para nadie desde la batalla de Charandaprash. Tampoco es que hubiera algo en que gastar la pagaa. A menos que el proyecto de elaboración de cerveza de Un Ojo tuviera más éxito de lo que yo creía.

—Sí, supongo que ha rescindido nuestro contrato. Y es posible que el capitán se ofenda porque todavía no se han cumplido todos sus términos.

Eso era cierto, aunque se había advertido repetidamente al príncipe y a su

hermana que se cuidaran de no cumplir el trato. Y ahora mismo esas advertencias tenían que estar pesando mucho en la mente del príncipe. Había repartido su fortuna con Atrapa Almas, por alguna razón, y la serpiente le había mordido la mano. ¿Cuántas veces le había oído decir a Matasanos lo que les había pasado a anteriores empleados que se habían vuelto contra la Compañía?

Unas cuantas. Almas debe de haber hecho alguna apuesta fuerte para que se volviera contra nosotros. Debía de estar convencida de que podía manejar a Dama.

Puede que mereciera la pena dedicar unos minutos a intentar averiguar qué tipo de trato hicieron.

El grupo de Dama tenía una cuadrilla de prisioneros sentados en filas ordenadas, con las piernas cruzadas. Ninguno parecía estar dispuesto a protestar de su situación. Sauce Swan y Hoja estaban entre los cautivos. Parecían deprimidos.

Supongo que Sindawe tenía razón cuando dijo que ella no se fiaba de ellos.

Casi deseé estar allí en persona.

—He oído que se supone que Fibroso llega mañana —murmuró Swan a Hoja—. No hay nada como el don de la oportunidad.

Hoja gruñó.

—¿Por qué narices tuvo que hacer algo así el muy idiota?

Me costó un poco darme cuenta de que Swan se refería al prahbrindrah Drah, no a Fibroso Mather.

Hoja gruñó otra vez. Swan parecía entenderlo.

—¿Por qué narices no me lo dijo? Se supone que soy el puñetero comandante de su puñetero guardaespaldas.

—Porque en vez de eso, siempre estás aquí vigilando el cuerpo de ella.

—Pues lo siento. Él no me atrae. ¿Supones que esta mierda está pasando en todas partes? ¿O es que el príncipe se ha vuelto majara?

—A callar por ahí —dijo Dama, no sin amabilidad. Preguntó—: ¿Alguien tiene alguna idea de qué podemos hacer por nuestros amigos de ahí dentro?

—¿Apartarnos de su camino? —preguntó Isi. Se estaba convirtiendo en un verdadero cómico.

—Creo que necesitamos instrucciones del capitán. —Dama se dio la vuelta lentamente, analizando el aire casi como si percibiera una presencia adicional.

Era, sospeché, un experimento directo para aclarar sus sospechas.

Sin embargo, Matasanos no conocía su situación.

Capítulo 67

—¿Oliste el olor de Kina? ¿Estás seguro?

El Viejo no parecía estar interesado en detalles sobre cómo Dama había hecho que el desastre cayera sobre el prahbrindrah Drah. El hecho de su éxito era suficiente.

—Sí, pero la diosa no estaba allí. La he sentido cerca las veces suficientes como para saber cuándo ha estado cerca. Especialmente esta noche.

—¿Quiere instrucciones?

—Puede que sí. Pero en realidad estaba intentado captar una reacción. Sospecha algo.

—Probablemente sabe algo. ¿Has vuelto a la Puerta de las Sombras? ¿Estamos resistiendo?

—No, no he vuelto. Supongo que lo están haciendo bien. No hay tantas bolas de fuego volando por el aire como había hace un rato. Parece deberse a una falta de objetivos, no a una falta de bambú. Aunque de vez en cuando todavía hay una gran descarga.

—¿Necesitas que te sustituya Un Ojo?

—De momento estoy bien.

—Ten cuidado. Y estate atento al volver. Voy mandar a buscar a Dama, así que puede que esté aquí.

Intenté llevar a Humo al sur. No quiso ir. Intenté volver a entrar en Atalaya a espiar a Almas, a Aullador y a Sombra Larga pero Humo también se negó a acercarse a ellos. *¡Ella es la oscuridad!* No podía engañarlo y no se sentía amedrentado. Estaba ganando sustancia otra vez, y esa sustancia se notaba en que seguía teniendo un carácter cobardica, como ya sabía. Lo cual sugería que puede que no sacáramos mucho uso del anciano en días venideros. Sí quiso ir hacia arriba, así que aproveché la oportunidad para inspeccionar la situación desde arriba otra vez.

La dispersión de fuegos de artificio sugería que ahora nuestra situación no era mala. La Puerta de las Sombras se había mantenido. El prahbrindrah Drah se dirigía al norte. Mostraba bastante apremio y también una cantidad bastante grande de reflexión. Dejó mensajes para sus tropas dispersas, seguro de que estaríamos demasiado ocupados para perseguirlos. Todavía no tenía ningún plan, aparte de liberar y volver a reunir a su división. No estaba nada contento con la forma en que se habían vuelto las tornas tan de repente. Le habían prometido que podrían con Dama. Había dado un importante paso aristocrático al dejar a un lado su reticencia emocional para tragárselo.

Si hubiera pensado que tenía alguna oportunidad con Dama no habría llevado a

cabo su traición.

No es que este hecho fuese una gran sorpresa, excepto en su sincronización.

La mascota de la uña del meñique de Sombra Larga había arruinado toda la sincronización de la conspiración.

Ahora Humo parecía no estar dispuesto a acercarse tampoco a Dama, aunque se dejó intimidar.

Necesitábamos encontrar un modo de alentar a Humo para que cooperara más. A lo mejor marcándolo con hierros al rojo vivo.

Definitivamente las sombras se estaban filtrando. Llegué casi al mismo tiempo en que alcanzaban las inmediaciones del ejército de Dama. Aunque esta no era una avalancha como la del lago Tanji. La única evidencia era algún grito esporádico.

El humor de Dama se había vuelto más maléfico desde mi última visita. Se movía dando pisotones muy enojada. De su armadura de Tomavidas saltaban fuegos rosas. Volaban alrededor como chispas en una forja. Estaba muy descontenta, pero no pude descifrar por qué. Parecía como si quisiera tomarla con Sauce Swan y con Hoja. Recibían algunas palabras delicadas cada vez que pasaba. Pero el comportamiento de ellos seguía siendo impecable. No le ofrecieron ninguna excusa para atacar.

De todos modos no pude ver por qué Hoja era un prisionero.

El olor a Kina era fuerte alrededor de Dama, pero no tuve ninguna sensación de que la diosa en persona estuviera por allí cerca. Había esperado encontrarme grandes horrores salpicados por toda la región después de su violenta respuesta al ataque de Sombra Larga a la Hija de la Noche.

Dama detuvo el paso. Escuchó. Maldijo.

Se acercaban horrores, pero estas pesadillas no las escupía la frente de Kina.

Los gritos de hombres atacados por sombras se hacían cada vez más frecuentes.

—¡Idiotas! —rugió Dama—. No escuchan y luego no se protegen.

Entonces el olor a Kina también empezó a hacerse más fuerte.

Intenté agarrar a Humo retorciéndole el brazo espectral, para obligarlo a volver a la cámara de cristal de Sombra Larga.

Desde el primer momento en que la vi con ojos fantasmales, aquella cámara había resplandecido con la intensa y fría luz de una estrella brillante. Eso hacía que fuese un punto de referencia más fácil de ver que ninguna almenara o ningún faro. Pero esta noche, ahora, la luz parpadeaba.

Humo gimoteó *¡Ella es la oscuridad, ella es la oscuridad, ella es la oscuridad!*, como un mantra protector, y luchó con fuerza contra mí, pero esta vez impuse mi voluntad sobre él. Al parecer podía hacerlo si creaba una situación de emoción lo bastante fuerte y la mantenía. Humo nunca dejó de resistirse.

No parecía necesitar toneladas de energía, del modo en que lo hice. Tal vez él me nutría como un espíritu vampírico.

La cámara de cristal era un caos. En un rincón, todavía atado a su silla, el Maestro de las Sombras se encontraba atrapado dentro de un capullo de fuerza destellante, inconsciente y en unas condiciones terribles. Supuse que tenía varios huesos rotos. Sus ropas estaban destrozadas, a jirones. La sangre coagulada había salpicado la cara interna de su coraza defensiva. Debió de armarse un gran revuelo en mi ausencia. Debió de haber intentado hacer uno o dos trucos más, y había pagado el precio por intentarlo. A lo mejor estaba cerca de la muerte. A lo mejor esa era la razón por la que había tantos gritos fuera de Atalaya.

Pensé que la Hija de la Noche se había ido definitivamente, pero entonces vi cómo se escondía dentro de su propio huevo de protección. El suyo era de color negro o berenjena y era apenas translúcido. Se había enroscado en un ovillo como un feto, aunque no parecía que estuviera herida.

Aullador parecía como si hubiera intentado violar a un tigre. Hacía un ruido continuamente, pero no era como el de siempre. Este era más como un aullido continuo interrumpido por un traqueteo de aire ocasional en un pulmón perforado. Atrapa Almas estaba intentando asistirlo, pero ella también estaba en malas condiciones. Parecía que había luchado con el mismo tigre, solo que con resultados ligeramente más positivos. Ahora mismo no tenía tiempo para nada de lo que estuviera pasando fuera de la cámara.

El olor a Kina seguía siendo fuerte allí dentro.

Disloqué los nudillos fantasmales de Humo y apliqué presión hasta que retrocedió hasta el momento en que me había arrastrado fuera. Nunca llegamos allí. Kina llegó primero, haciendo una segunda visita sorpresa que pilló a todo el mundo desprevenido. Cuando me acerqué lo suficiente para sentir la presencia de Kina, para echar un vistazo, me desconcentré. Humo salió pitando. Recuperé el control y bucéé de vuelta.

Sombra Larga aprovechó la ocasión para emplear un catecismo protector dispuesto para crear el huevo que ahora lo envolvía a él. La mayoría de los daños que sufrió fueron accidentales y colaterales, y ocurrieron durante la refriega entre Kina y los otros.

Narayan Singh parecía estar esparcido por todo el suelo. No podía decir si estaba vivo.

Dejé que Humo se alejara y lo dirigí hacia Dama, que ahora debía de estar al nivel de un corderito en la escala de miedo de Humo.

Me situé justo delante de ella, a la altura de los ojos, como había hecho antes. Me costó un poco hacerlo, no se quedaba quieta. Seguía farfullando maldiciones acerca de los gritos que se habían vuelto más frecuentes.

Sombra Larga tenía que estar tambaleándose al borde de la eternidad.

Chillé.

Dama se quedó inmóvil.

Miré enfurecido dentro de los huecos de los ojos de su horrible casco negro. Sus ojos resplandecían con una intensidad poco natural. Susurró:

—Ahí estás otra vez.

Intenté gritar.

—Tu amiga Kina les ha dado una buena paliza ahí arriba. Ahora mismo están todos abatidos. No va a haber un momento mejor para cogerlos.

Dama se giró ligeramente. Clavó los ojos en la torre personal de Sombra Larga. La luz de la cámara de cristal era tenue, parpadeaba como una lámpara consumida.

El destino que tanto temía Sombra Larga puede que lo alcanzara ya.

Dama gritó a Isi y Sindawe.

No recibió mi mensaje exactamente, pero sí dio con la idea de que ahora mismo sería un buen momento para asestar un último golpe al Maestro de las Sombras.

Capítulo 68

Esta vez cuando regresé a la carne estaba totalmente aniquilado. Solo tuve fuerza suficiente para coger un poco de agua azucarada. Mis recursos se consumían mucho más rápido, por lo que parece, cuando tenía que luchar con Humo continuamente.

Matasanos estaba hablando con alguien al otro lado de la cortina. No reconocí la voz, así que no me incluí en la discusión.

El tema parecía ser un rápido deterioro de nuestra fortuna debido a un aumento repentino del número de sombras que lograban pasar entre las tropas que se encontraban debajo de la Puerta de las Sombras. Ahora las sombras estaban apareciendo por todas partes, aunque todavía no en cantidades desastrosas.

El hombre que daba el parte a Matasanos era un emisario que había venido hasta aquí rodeando Atalaya desde la vieja división. Una vez completada la misión no quería volver a salir a la noche aunque Matasanos le ofreció uno de los amuletos de Un Ojo.

—Ahora estarás perfectamente a salvo —le dijo Matasanos—. Las sombras no sabrán que estás ahí.

—No me fío.

—No pongas a prueba mi paciencia, soldado. Llamaré a los guardias.

Humo gimió. Era como un gemido real, de viva voz, a pleno pulmón.

Matasanos empezó a gruñir otra vez al mensajero.

El suelo tembló como si alguien hubiera tirado un pedrusco de siete toneladas al lado. Empezó a llover porquería. Alguna cayó en mi comida. Otra me cayó por la nuca. Estaba demasiado cansado para darle mucha importancia, o incluso para preguntarme qué estaba pasando.

Matasanos apartó las cortinas.

—¿Qué fue eso?

—El vejestorio hizo un ruido.

—No hizo que temblara la tierra, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—Eso no lo sé. Sé que Dama quiere volver a probar suerte en Atalaya. —Le expliqué cuál era la situación allí—. ¿No estaría bien si pudiéramos acorralarlos a todos? ¿Si acabáramos consiguiendo vencerlos a todos porque no podían dejar de pelearse entre ellos?

—Hemos estado haciendo eso durante los últimos cinco años. Más o menos No me gusta la idea de que entre allí otra vez. Debería buscar refugio y esperar hasta la mañana. Un sitio como Atalaya puede convertirse en una trampa mortal si las sombras lo infestan.

Dije:

—En realidad será mejor que nos preocupemos por la salud de Sombra Larga. Si es que el bienestar de la Puerta de las Sombras depende de su bienestar.

—¿Mmm?

—Muchos de los disparates que hizo en los últimos años los hizo porque Atrapa Almas y Kina lo estaban manipulando. Pero ya estaba paranoico con las sombras veinte años antes de que ninguno de nosotros apareciéramos por estas tierras. Está convencido de que han salido a atraparlo. ¿Qué pasa si tiene razón? ¿Qué pasa si lo atrapan? No sé qué le pasa a un hombre cuando llegan las sombras, salvo que tiene una muerte horrible. Si una de ellas mata a Sombra Larga, ¿se abrirá de repente la Puerta de las Sombras? ¿Será por eso por lo que lo quieren con tanto anhelo?

—No lo sé. Tendría que preguntárselo a Un Ojo.

—¿Dónde está ese mierdecilla? Debería estar por aquí en vez de jugando al tonk.

—¿Tonk?

—Hace un rato andaba rezongando porque quería volver a su madriguera. Había embaucado a alguien para que se pasara a jugar.

—Entonces te estaba contando gilipolleces, Murgén. No hay nadie en este ejército lo bastante estúpido como para volver a jugar a las cartas con él. Tal vez iba a emborracharse. ¿Por qué no das un repaso por ahí y...?

—Estoy hecho polvo. Esa es una de las razones por las que quería ver a Un Ojo. Ya no me queda más que dar.

Matasanos suspiró. Empezó a colocarse el casco alado de Creaviudas en la cabeza.

—¿Qué deberíamos buscar?

—Él querrá seguir la pista de Dama y lo que está pasando en la cámara de Sombra Larga. Pero tendrá que luchar con Humo a cada paso para hacerlo. El mierdecilla está realmente transformándose en su propio antiguo yo cobardica. No quiere acercarse a esto o a aquello o... No importa. Dile que si ve algo que Dama debería saber, puede avisarla, en cierto modo, si sitúa la altura de sus ojos justo enfrente de los de ella y grita. No lo captará todo palabra por palabra, pero entenderá que hay algo que necesita saber, así que captará lo más esencial.

Matasanos frunció el ceño. Le preocupaba de verdad que Dama entrara en Atalaya. Preguntó:

—¿Podrás volver a tu sitio?

El agua azucarada me había dado la fuerza suficiente para asaltar algunos panecillos duros y unos trozos de un pollo esquelético que no había podido correr más que los cocineros del cuartel.

—Sí. Ahora. Ojalá hubiéramos traído más ganado. Le rajaría a alguien la garganta por un buen pedazo de ternera poco hecho.

—Se supone que Un Ojo ha tejido una red de hechizos alrededor de todo esto

para hacer que la zona sea a prueba de sombras. Pero quiero que te lleves también este amuleto. Por si acaso.

Nunca es prudente contar con Un Ojo al cien por cien. A veces es un chapucero, a veces se olvida de cosas, a veces es demasiado vago.

Matasanos dijo:

—Tráete el estandarte cuando vuelvas. Así podré darle el amuleto a otra persona.

—¿Todavía quieres que me pase por el cuchitril de Un Ojo? Ahora estoy mejor.

—Yo me encargo. Descansa un poco. Si te has convertido en religioso mientras yo no estaba mirando, ruega a tus dioses que nos asistan el resto de la noche. —Por suerte, ya no quedaba mucha noche. Las sombras no tardarían en ir a esconderse. Se volverían las tornas. Los soldados se pasarían las horas de día persiguiéndolas a ellas.

Durante nuestra conversación habíamos oído varios gritos lejanos.

—Claro. —Cuando estaba a punto de irme comenté—: ¿No deberían casi todos los estúpidos, los que no quisieron hacer el trabajo o tomarse la molestia, estar muertos a estas alturas?

—Eso espero. Aunque me imagino que las sombras están aprendiendo de sus éxitos. Y de sus fracasos.

Temblando, salí y me adentré en la noche.

Las nubes tapaban las estrellas, no podía ver nada más que el vuelo ocasional de una bola de fuego y el brillo en lo alto de las torres que seguían encendidas en Atalaya.

Escuché con atención por si había cuervos, búhos o murciélagos, ratas o ratones. No oí a ninguno. No había ruido en ningún sitio que no fuera de origen humano. Las sombras encontraban la vida no humana casi tan sabrosa como la humana, y mucho menos difícil de cazar.

Una brisa había empezado a soplar. Olfateé el aire, consideré las nubes. Parecía que íbamos a tener algo de lluvia.

Bajé a mi propia cueva. Dentro encontré a Thai Dei acurrucado junto al fuego, pálido para ser nyueng bao, evidentemente asustado. Era raro, me costaba imaginarlo atemorizado por algo.

Le dije:

—Aquí estaremos bien. Esta vela mantendrá alejada cualquier sombra que atravesase los conjuros que esparció Un Ojo ahí fuera. —No mencioné el estandarte. No tenía por qué saberlo. Le lancé el amuleto que me había dado Matasanos—. Por seguridad. Si te lo pones puedes ir a cualquier sitio sin problemas.

—No iré a ninguna parte hasta que el sol esté alto en el cielo.

—Me gusta tu actitud. Demuestra buen juicio. Estoy exhausto, necesito descansar un poco antes de que me desplome. —Miré alrededor—. ¿Dónde está tu madre? —Thai Dei negó con la cabeza—. No lo sé. No sabría por dónde empezar a mirar, si

podiera reunir el coraje para librarme del agua helada que ha sustituido a mis huesos.

—No está ahí fuera con tío Doj, ¿verdad? —Estaba preocupado y cansado y hablé sin pensar.

Thai Dei no estaba tan asustado y preocupado como para que se le escapara mi desliz.

—¿Tío Doj?

¿Por qué fingir?

—Venga, sé que anda merodeando por ahí. Lo vi la otra noche. Él y madre Gota andaban haciendo cabriolas por las ruinas de Kiaulune. Haciendo quién sabe qué y por qué demonios. O a lo mejor el demonio sabe quién hace qué ¿Qué es lo que trama? Estoy seguro de que no estaba buscando el botín que se les escapó a los hombres de Mogaba y del príncipe.

Thai Dei simplemente me miró. Puede que un asomo de sonrisa intentara abrirse paso. No duró mucho.

—¿Durará toda la noche esa vela? —Era evidente que podía volverse medianamente hablador si estaba asustado y preocupado.

—Durará muchas noches. Me voy a sobar. Si te hace sentir más cómodo ponte el amuleto y siéntate junto a la vela. No la muevas. Tiene que bloquear la puerta.

Thai Dei gruñó. Ya tenía el amuleto en la muñeca y volvía a estar muy preocupado.

Dije:

—Lo primero será buscar a tu madre. —Ahora que existía la posibilidad de que estuviera muerta me preocupaba. Era el resultado de un montón de enseñanzas de mi niñez que insistían en que hasta el miembro más odiado de tu familia era enormementepreciado. Y había algo de verdad en eso. ¿Quién va a cubrirte las espaldas si no es tu familia?

Sucede lo mismo aquí en la Compañía. El más repugnante, el más despreciable de mis hermanos tiene que tener más valor para mí que ningún forastero. En cierto sentido somos una gran y horrible familia.

Hay, por supuesto, raras excepciones, matones y gilipollas tan grandes que habría que fusilarlos. Hacía mucho tiempo que no pasaba eso.

Buscaría a mi suegra aunque hubiera deseado tenerla lejos cien mil veces por lo menos.

Todavía no estaba en horizontal del todo cuando el sueño me venció.

Capítulo 69

Soñé. Por supuesto. Despierto o dormido me pasaba gran parte de mi vida en el mundo de los sueños.

Estaba en el lugar de los huesos. Alguna gran fuerza inquietaba la llanura. Los propios huesos fluían en mareas y corrientes. Los esqueletos desperdigados se unían ellos solos, se levantaban y vagaban sin rumbo durante segundos o minutos antes de desbaratarse otra vez. Las calaveras se volvían a mirar por donde yo flotaba. Los cuervos graznaban como si estuvieran borrachos desde las perchas de los pocos árboles invernales, con miedo a volar porque habían perdido por completo el equilibrio, y cada vuelo en línea recta se combaba inevitablemente hacia abajo y el pájaro angustiado caía a plomo y luchaba entre los huesos como una polilla atrapada en una tela de araña. Unas nubes oscuras atravesaban deprisa lo que siempre habían sido cielos grises como el hierro. El viento era gélido. Las ráfagas hacían traquetear los huesos.

El olor a Kina era fuerte, pero no la vi.

Aunque había algo detrás de mí. No pude girarme lo bastante rápido para reconocer qué era.

Al girarme descubrí que tenía algún control, que puse en práctica inmediatamente deseando salir de aquel lugar. Naturalmente, el movimiento no llegó a ser un avance.

Fui a las cavernas de hielo de los ancianos. Esos viejos no hacían ruido, pero estaban riñendo. Había algo en el viento. El olor a Kina también era fuerte allí, pero no se la veía por ninguna parte.

Algunos de aquellos ancianos tenían los ojos abiertos. Me miraron mientras pasaba.

Otra vez tuve la sensación de que había algo detrás de mí, pero no vi nada cuando volví la vista atrás.

Tenía el control. Seguí el túnel, al final llegué al sitio donde los Libros de los Muertos descansaban sobre sus atriles. El primero, el que la Hija de la Noche había estado transcribiendo, estaba ahora abierto por una página cerca del principio.

La peste a Kina era especialmente fuerte allí.

Yo no pintaba nada allí. No había nada allí que yo quisiera.

Excepto salir.

Intenté recordar cómo había salido la última vez. Deseando hacerlo con todas mis fuerzas, supongo.

Llegó la oscuridad.

Me recordó algo que Narayan Singh dijo una vez: «La oscuridad siempre llega».

Parecía que llevaba mucho tiempo en la oscuridad. El miedo empezó a acumularse. Reflexioné sobre cuánta razón debía de tener Narayan.

Aunque tenga mil nombres diferentes en mil tiempos diferentes, y llegue desde mil direcciones diferentes, la oscuridad siempre llega.

Cuando volvió la luz me encontraba otra vez muy alto por encima de todo. Tan alto que estaba encima de las nubes que se habían estado moviendo cuando me dirigía a la cama, dejándome a merced de esas estrellas desconocidas.

Reconocí la macabra constelación de la daga en el norte, intenté adivinar la dirección que había seguido antes, puse toda la velocidad que pude y bucéé entre las nubes. En un momento bajé hasta donde las copas de los árboles se meneaban justo debajo de donde habrían colgado mis michelines si hubiera tenido algo de panza. Pensé que podría aprender a disfrutar de esto, si pudiera librarme de la sensación de que había algo cerca detrás de mí que se acercaba cada vez más.

Esta vez no había luces abajo. El mundo entero olía a miedo, como si cada roca, animal o árbol sintieran que algo grave estaba a punto de pasar. Localicé un pueblo. Toda la población estaba despierta a pesar de la hora. Se acurrucaban en montones asustados, los bebés se agarraban con fuerza, el ganado estaba recogido dentro de las casas con ellos. No hablaban mucho. Los niños se quejaban.

¿Cómo podían saber lo que estaba pasando en Atalaya? ¿Había alguna profecía o algo que dijera que esta noche era la noche en que la Puerta de las Sombras se derrumbaría? ¿Había habido señales y presagios que yo no había advertido? ¿Acaso sabían algo? A lo mejor su terror no tenía nada que ver con Maestros de las Sombras o la Compañía Negra.

Seguí como un rayo, lejos, lejos delante de las chispas que saltaban por el aire de vez en cuando. Tenían que ser nuestras hogueras que ardían.

La pelea con las sombras no había acabado.

Era una noche larga.

La Puerta de las Sombras no se había venido abajo. Todavía no. Sombra Larga aún estaba vivo.

Recordé que no había tenido problemas para acercarme a ninguna *ella es la oscuridad* cuando no iba con Humo. Me dirigí al vestigio parpadeante de la cámara de cristal de Sombra Larga.

Atrapa Almas estaba de pie, en un estado lamentable, y criticaba constantemente a Aullador. El mago chillón apenas sabía dónde estaba.

—¡Venga, inútil bola de harapos! —Almas rugía con voz de pescadera—. ¡Tenemos que salir de aquí antes de que mi adorada hermana se dé cuenta de la valiosa oportunidad que está perdiendo!

Su querida hermana ya estaba en camino, gracias a mí. Me sorprendía que estuviera tardando tanto. Parecía haberse vuelto cautelosa en la última hora. Por supuesto tenía que deslizarse por un largo túnel, luego deambular por una fortaleza oscura, después hacer una larga escalada, todo esto mientras se aseguraba de que no

le saltaba ninguna pequeña sombra por la espalda.

Aullador dejó escapar un grito aturcido, interrogativo. Aún no tenía claro dónde estaba o cómo había llegado allí. Se concentraba en mantenerse en pie.

Almas también tenía que cubrirse las espaldas. Lanzó un pequeño conjuro que envió un gusano de luz deslizándose por todos los rincones oscuros de aquella cámara que parecía una ensalada revuelta. Eliminó varias sombras diminutas, pero estas eludían la luz con facilidad. Atrapa Almas maldijo:

—¡Esa maldita cosa no es lo bastante rápida! —Las sombras se lanzaron rápidamente a por Sombra Larga, que estaba en condiciones mucho peores que Aullador. No obstante, era más consciente de lo que estaba pasando a su alrededor. Susurró un hechizo mágico antes de que las oscuridades alcanzaran su coraza. Las pequeñas sombras se giraron y fueron tras los invasores.

Por lo visto esta batalla no iba a terminar mientras él estuviera vivo. Era un mierda muy tozudo.

Atrapa Almas dio una colleja a Aullador. El chillido de pescadera insistió:

—Venga. Este sitio va a ser tu muerte si no nos... —Sintió un peligro inminente. Ahora Dama no estaba lejos—. Es ella. —Era una voz nueva, desconcertada, asustada, infantil—. ¿Cómo se atreve? Ya no puede tener ningún poder real. No funciona así.

Dama estaba ahora en el hueco de la escalera. No parecía tener ningún miedo a la confrontación con su hermana pequeña.

Llevaba un fajo de varas de bambú.

Igual que los doce hombres que estaban detrás de ella. Podrían lanzar una pequeña ventisca de bolas de fuego. Los que estaban en la retaguardia del grupo cubrían los escalones. Tenían las varas listas para descargar sobre cualquier cosa que subiera detrás de ellos. El olor a miedo se hizo más fuerte que el persistente perfume de Kina.

Atrapa Almas dio a Aullador unos cuantos golpes más, intentando espabilarlo. Seguía estando demasiado aturcido como para ser de mucha utilidad.

Ella se giró hacia la puerta. Con algún hechizo pequeño, pero bien escogido, la precintó, luego volvió a intentar espolear a Aullador para escapar volando.

Las pequeñas sombras habían vuelto a esconderse. La puerta empezó a brillar. Su superficie se onduló con un gran colorido, según el matiz de las bolas de fuego que golpeaban la cara externa.

Atrapa Almas creó un cuchillo y rajó las ropas de Aullador. No lo comprendí hasta que encontró lo que estaba buscando. Resultó ser un trozo de seda de metro veinte por metro ochenta cuando lo extendió, y un pequeño fajo de ramitas. El rectángulo de seda se puso casi rígido cuando ella pronunció cierta palabra. Se elevó flotando por encima del suelo como si flotara sobre la superficie de una piscina

suavemente ondulada. Atrapa Almas rompió el fajo de ramitas y las juntó formando un almacén sobre el que estiró la seda. Farfullaba mientras trabajaba. Una vez armada parecía mucho más frágil, pero en un minuto agarró a la Hija de la Noche y se encaramó encima. La alfombra se hundió, pero sostuvo el peso de las dos.

Chisporroteando, sacudiéndose como si le estuviera dando un ataque, Aullador se tambaleó hasta su transporte de emergencia robado. Me preguntaba si este era su último secreto o si todavía tendría más trucos voladores en la manga. Apuesto a que era algo como aquel trozo de seda que le salvó de la muerte, hace tiempo, cuando pensaban que había chocado a gran velocidad contra el costado de la torre de Hechizo.

Atrapa Almas hizo algo increíblemente violento. Casi toda la parte superior de la torre se desvaneció dentro de un globo de luz blanca. El destello era tan brillante que delató a cada sombra que se deslizaba por la noche, pero cegó temporalmente a la mitad de los hombres que intentaban exterminarlas.

Cuando la luz se atenuó, un tercio del tejado de la torre de cristal ya no existía. Atrapa Almas enganchó a Aullador por los pelos, lo arrastró a la alfombra y dijo alguna palabra que hizo que la cosa diminuta empezara a moverse.

Empezó a hundirse casi al instante. Por poco no esquivó el torreón. Entonces bajó, bajó, bajó hacia las personas poco amistosas y las sombras menos amistosas aun que estaban persiguiéndose unas a otras entre las rocas de debajo. Almas no quería bajar allí, pero la alfombra estaba sobrecargada. Estaba diseñada para ayudar al canijo a salir de un apuro, no a él y a todos sus amigos y vecinos.

El olor a Kina volvió a hacerse más fuerte. El torbellino de furia estaba volviendo para un nuevo intento.

La diosa no quería que se llevaran a su hija.

Los ojos de la mocosa estaban cerrados dentro de su huevo. Había demostrado ser flexible y resbaladizo cuando Atrapa Almas intentó tirar de él. La cara de la cría llevaba esa expresión serena que tenía cuando conversaba con Kina.

Dama y su cohorte irrumpieron en la cámara donde Sombra Larga y Narayan Singh todavía gemían y se retorcían. Las bolas de fuego aniquilaron a las pequeñas sombras al instante. Segundos después una riada de bolas de fuego salió a alcanzar a Almas y sus compañeros. Ninguna dio en nuestro territorio, pero alertaron a nuestras tropas de que había algo volando. Cualquier cosa que volara no era amistosa.

El interés y la furia de Kina aumentaron rápidamente. Un huracán gritó en el mundo fantasma. Su hedor se filtró hasta el mundo real. Los hombres vomitaron sus últimas comidas. El cielo se oscureció más que la noche, y las nubes persistieron.

La tierra tembló.

El trono tiembla y se desliza una milésima parte de un milímetro. La figura torturada

gime. Sus ojos ciegos palpitan.

Un cuervo grazna.

El pájaro no logra recordar que no se atreve a descansar. Sus garras aterrizan sobre la cabeza del durmiente. Antes de que sus alas acaben de plegarse empieza a chillar. Unas pequeñas sombras lo han encontrado. Se pelean alegremente por su fuerza vital.

La tierra se estremece. Ya no hay silencio. La piedra está rota. Sigue rompiéndose. La luz del abismo es más brillante. Una delicada bruma color pastel se eleva como los tentáculos con los que busca una anémona de mar.

Hay color. Hay vida, de algún tipo. Hay luz.

Hay muerte. El cuervo deja salir un chillido de reproche e indignación. Y muere.

La muerte encontrará un modo. La oscuridad encontrará un modo de entrar.

La oscuridad siempre llega.

Capítulo 70

Tardé un rato en darme cuenta de que el temblor no era imaginario ni metafórico. La tierra estaba temblando. Era un auténtico terremoto de la hostia, tan terrible como el que había destruido Kiaulune y gran parte de la Lugar de las Sombras antes de que nos dirigiéramos al sur. El pánico llenó el aire del mundo fantasma, aparentemente era un pánico divino que provenía de Kina. Su peste adoptó un aire totalmente nuevo.

¿Quién ha oído que un dios se asuste?

Las bolas de fuego seguían marcando la noche.

Vi a Dama y a su gente tambalearse mientras recogían a Singh y a Sombra Larga. Tuvieron un cuidado extremo con ambos. Dama sabía lo peligrosos que podían ser cada uno de ellos. Ella había sido como los dos en su tiempo.

Quiso lanzar una despedida especial tras su hermana, pero antes de que pudiera tejer un hechizo, una réplica hizo vibrar la fortaleza. Empezaron a caer trozos de la desbaratada torre. Dama decidió que podría ser un momento oportuno de bajar las escaleras y salir a la tierra donde parecía menos probable que las cosas le cayeran encima.

Yo decidí que sería un buen momento para volver y hablar con Matasanos. Entonces recordé que ahora no estaba dirigiendo a Humo, así que no tenía ese tipo de control. No podía forzarme para despertar.

Decidí permanecer con Atrapa Almas y sus compañeros. Sería útil saber dónde se establecía para recuperar el control suficiente y volver a rodearse de brumas y repulsas otra vez.

Durante un segundo, mientras cruzaba el pico de la torre hacia el abismo de la noche, creí sentir a Humo lloriquear mientras intentaba rehuir la torre. Puede que me estuviera acostumbrando demasiado a estar cerca de ese pequeño cobardica.

El olor a Kina se hacía más fuerte, se atenuaba, se hacía más fuerte, como si la diosa estuviera cazando a ciegas. Su furia nunca amainaba. Atrapa Almas consiguió, a base de exhortaciones, que Aullador se espabilara lo suficiente para echarle una mano manteniendo la alfombra en vuelo. En cuanto él hubo recuperado la mitad de sus facultades mentales, empezaron a reñir. Debieron de haber subido más alto porque las bolas de fuego empezaron a pasar mucho más cerca.

Esas cosas tenían un poder que se extendía más allá del plano mortal, eso estaba claro. Lo descubrí por las malas, cuando sucumbí a una tentación infantil. Permití que una atravesara a toda mecha lo que, a grandes rasgos, era el espacio de mi cuerpo.

El dolor fue terrible. Sentí lo que debe de sentirse cuando te golpea una sombra. Pero la bola de fuego no se pegó a mí del modo que lo hacían las sombras, aunque su

velocidad descendió tan drásticamente que lo noté incluso en mi agonía.

No iba a volver a hacer otra gilipollez igual.

Almas y Aullador casi se me escapan cuando empecé a tener las bolas de fuego demasiado cerca, pero las que revolotearon tras el cachivache de Aullador dejaron una estela caliente.

Se dirigía a aquella garganta donde se había escondido todo el invierno. Aunque era poco probable que se quedara allí mucho tiempo. Sabíamos dónde estaba.

Los alcancé. Podía apresurarme bastante ahí fuera cuando me concentraba.

Quizá me acerqué demasiado. Atrapa Almas pareció darse cuenta, de repente, de que la observaban. Detuvo la alfombra y dio la vuelta. Incluso en la oscuridad pude sentir la intensidad de su mirada.

—¡Aullador! —dijo bruscamente—. ¿Notas algo extraño?

Una mala maniobra, esa. Animó al pequeño mago apestoso a abrir la boca. Al hacerlo salió un gran aullido. Almas se había detenido justo encima de algunos de los fugitivos del prahbrindrah Drah. Eran hombres muy nerviosos.

Las primeras bolas de fuego iluminaron la alfombra lo bastante como para que otros tiradores tuvieran mejor puntería. Chilló otra vez y perdió la concentración.

La alfombra empezó a deslizarse hacia el suelo. Atrapa Almas maldijo con voz de viejo gruñón, se contuvo. Una bola de fuego estuvo a punto de arrancarle el pelo negro azabache. Enfurecida, abrió la boca para pronunciar algún castigo mortífero.

La alfombra empezó a caer.

Almas chilló con frustración, estiró un pie enfundado en una bota y empujó a Aullador fuera de la alfombra. Él gritó enojado. Almas masculló un adiós poco amistoso. La alfombra dejó de caer. Murmurando conjuros de control, Almas logró ponerla otra vez en movimiento. Los chicos que estaban en tierra nunca dejaron de disparar.

Una bola de fuego atravesó la alfombra entre Atrapa Almas y la Hija de la Noche.

Kina, aunque incapaz de alcanzar a Almas y machacarla, parecía estar enterada de los acontecimientos. Un torbellino de furia llenó el mundo de las sombras. Un destello del ídolo multibrazos empezó a asomar en nuestro lado. Nunca se fusionó completamente, pero se materializó lo bastante para hacer que los leales taglianos salieran corriendo en cualquier dirección en la que estuvieran mirando.

Aullador aulló. Cayó en picado hacia la tierra. Siempre fue un mierdecilla afortunado, pero su suerte ahora se resistió. Primero se desplomó entre las ramas de unos robustos árboles perennes. Le sacaron los menudillos de cuajo, pero atenuaron la caída. Luego se estrelló contra una ladera que todavía estaba cubierta de nieve sin derretir. Era tan espesa que desapareció dentro.

No tenía ninguna duda de que estaría en pie y bailando como un derviche antes de la hora de comer. Y es posible que con ánimo de demostrar a Atrapa Almas lo mucho

que la quería.

Olisqueé por allí durante algunos minutos, centrando mi atención en el sitio donde había caído. Aullador no hizo nada. Supuse que lo mejor sería que intentara despertarme. Esto parecía una oportunidad de las que se presentan una vez en la vida, ya sea para reclutar aun mago de primera línea o para poner fin a nuestro sufrimiento para siempre.

Sospeché que Matasanos preferiría la segunda opción. Ya habíamos tenido demasiados encuentros desagradables con el Aullador durante años.

¿He mencionado la suerte de Aullador? No pude despertarme. Era evidente que mi espíritu no tenía poder sobre mi cuerpo cuando este quería dormir. Parecía que tenía que seguir deambulando, quisiera o no.

Recordé el año pasado cuando había salido sin estar dormido siquiera. Cuando Atrapa Almas, por alguna razón, me sacó a la fuerza por medios desconocidos y con un propósito que nunca adiviné. Cosa que podía volver a hacerme. Especialmente si algo de lo que había hecho últimamente había llamado su atención.

Era bastante posible que todo hubiera sido simplemente un juego para ella, algo con lo que pasar el rato hasta que las piezas de su plan empezaran a encajar. O tal vez había estado experimentando. O ambas cosas, o tal vez más. Lo que sabemos con seguridad de Almas es que se mueve en el caos y que sus motivos son variables.

Deben de estar manipulándome. Me imaginaba que mientras tuviera que quedarme ahí fuera debería seguir explorando. Trabajando mientras duermo. Debería hacer que el Viejo me doblara el sueldo. ¿Cuánto es dos veces una puñalada por la espalda?

El príncipe estaba consiguiendo un buen tiempo. Iba directo por el camino del norte, por esa razón lo encontré. Toda una turba de sus hombres corría con él y mantenían un paso ligero.

Las sombras jugueteaban alrededor de ellos como lobos a la caza de una presa peligrosa. Era una lucha a la carrera. Los hombres del príncipe no tenían muchas varas de bambú pero cada vez que uno del tropel empezaba a gritar, moría de *boladefueguitis* antes de que las sombras atacantes pudieran terminar su cruel trabajo.

No perdí tiempo buscando a Mogaba o a Goblin. Costaba demasiado trabajo encontrarlos. Tal vez después de que clareara, lo cual debería estar empezando a ocurrir en ese momento, lo que pasaba era que las nubes eran muy densas.

Di la vuelta en dirección a Atalaya.

En todos los sitios a los que iba veía evidencias del último terremoto: desprendimientos de tierra, árboles tumbados y un puente derrumbado que los sureños habían reconstruido después del último temblor y que luego habían derribado para que no pudiéramos usarlo, así que Cletus y sus hermanos habían tenido que levantarlo otra vez. Y muchos refugios volcados o hundidos. Y grietas en el suelo, e

incluso algunos daños en Atalaya, arriba, donde Sombra Larga había discutido con sus colegas y después todos se habían peleado con Kina.

Mientras me acercaba, un gran bloque de piedra blanca se deslizó de la torre de Sombra Larga y cayó hacia la base del muro. Enseguida lo siguieron varios más. La torre parecía tambalearse ligeramente, como si estuviera hecha de gelatina en vez de piedra. Entonces me di cuenta de que estaba viendo una réplica en acción. O tal vez un temblor todavía más grande que el último.

¡Mierda! ¿Es que toda la maldita fortaleza iba a venirse abajo? Dama y su hueste aún estaban dentro. No. No era posible. Ningún terremoto iba a echar abajo Atalaya. Era demasiado inmensa. Como quien dice, casi no había ningún sitio en el que pudiera caer ya que había más piedra que espacio libre.

Las mesas de trabajo y máquinas misteriosas de Sombra Larga empezaron a moverse.

Capítulo 71

Un chorro de fuego blanco salió disparado hacia el cielo y hendió la panza de las nubes que colgaban más bajas. Hasta en el mundo fantasma pude oír el rugido de la energía liberada. El cristal cerca del chorro se disipó en vaharadas azules. Más allá se derritió y corrió como la cera de vela. Goteó. Vi una gota caer en picado en un cubo de agua, crepitó. En ese momento decidí que si sobrevivía escalaría esa torre (si sobrevivía) y reclamaría ese mármol como suvenir.

El chorro se desvaneció de blanco a amarillo y a rojo, luego se volvió negro, pero el calor siguió ahí, saliendo a chorro con menos violencia, durante un rato. El Maestro de las Sombras había tenido mucho poder atesorado en lo alto de esa torre.

Todos los materiales inflamables de los restos de la cámara ahora estaban ardiendo. Varias sombras pequeñas se escabullían aquí y allá. Parecían no querer irse a pesar del desastre. Tal vez estuvieran domesticadas.

Cayeron las primeras gotas de lluvia. Las que atravesaban la energía invisible del chorro chisporroteaban y se convertían en vapor.

Estaba pensando en entrar en la fortaleza para echar un vistazo a Dama y no estaba teniendo suerte en convencerme a mí mismo, cuando una de las sombras decidió que sería más feliz si chocara contra la ruta. La ruta que escogió fue la que Dama tenía que haber seguido con sus prisioneros.

Toda una sección de mi mente se dedicó a especular sobre el futuro de Sombra Larga y Narayan Singh. Las perspectivas de Narayan, me temía, eran especialmente sombrías.

Seguí a la sombra.

No quería hacerlo, pero me sentí obligado. Podría acercarse a atacar a Dama y a los chicos. Puede que estuviera entregada a su maestro. Puede que quisiera ayudarlo a escapar.

Casi reí entre dientes ante la idea de Sombra Larga intentando correr, con lo destrozado que estaba.

No sentía ninguna compasión por ese tipo.

Intenté sentir la presencia de Dama, no pude. Y no pude ir a ninguna parte en línea recta, por supuesto. Seguía sin poder atravesar las paredes, lo que quería decir que sufría las mismas restricciones que las sombras. ¿Significaba eso que podía ir a todos los sitios a los que podían ir las sombras? ¿Significaba que las sombras podían ir a los sitios a los que podía ir yo?

Eso era inquietante.

No había luz dentro de Atalaya, ni ningún sonido ni punto de referencia. Cambié de idea en cuanto a encontrar a Dama enseguida.

Puedo tener pesadillas sobre oscuridad y sitios estrechos hasta cuando estoy

despierto.

Di la vuelta. Por lo que yo sabía, no había habido bifurcaciones por las que pudiera perderme.

Me topé de frente con una sombra.

No había ninguna fuente de luz más que la fragua donde el torturador calentaba sus instrumentos. Parpadeó, iluminó la cara color bronce, arrugada y desgastada del hombrecillo asustado que no se había convertido en soldado porque, quería hacerlo, pero creía que debía a sus dioses un servicio cuando lo requerían. Al igual que toda su gente (y como hacían también sus enemigos) esperaba que sus propios dioses fueran los más fuertes y prevalecieran.

Era una porción de pesadilla de dos segundos de duración, llena de información tan extraña que la mayor parte nunca tendría sentido para mí. No estaba seguro de si debería asumir que la sombra con la que me había encontrado estaba realmente conectada con un hombre que había sido torturado hasta la muerte después de haber sido capturado en alguna guerra religiosa. Ninguna religión por estos pagos funcionaba así. Ni siquiera lo hacían los Impostores (aunque habían torturado a algunas víctimas, en épocas pasadas, en la Arboleda de la Condena, durante su Festival de las Luces).

Mi encontronazo con la sombra no había estado tan mal, en realidad. No creía que los choques fueran un problema mientras estuviera paseando en el mundo fantasma, pero probablemente habría sido un encuentro letal si hubiera sucedido mientras estaba en mi propio cuerpo.

El incidente me dejó atontado y desorientado. Floté de vuelta a los vestigios de la cámara de cristal. El sitio se había calmado, la luz se había extinguido. Pero ahora había otra luz en el mundo, a pesar de las nubes. La luz del día estaba llegando por fin.

Justo cuando me di cuenta de que el asedio nocturno estaba acabando, una última descarga de bolas de fuego estalló cerca de la Puerta de las Sombras. Entonces el mundo se quedó inmóvil y durante unos minutos nadie ni nada estaba matando a nadie o a nada en ningún sitio a la vista.

Miré al sur y consideré que no había ningún Humo que me impidiera ir allí y echar una ojeada, además las sombras no me molestaban en este estado. Y si lo intentaban, ¡vaya!, se comportaban como roedores. Por muy grandes y feroces que fueran, se mantenían cerca de la superficie. Querían poder ir a esconderse rápidamente. Y yo podía volar.

Empecé yendo hacia el sur. Lo hice de verdad, pero algo pasó.

La tierra tembló otra vez.

Un relámpago alcanzó Atalaya a cuatro metros escasos.

Thai Dei me despertó.

El efecto fue que yo me dirigía al sur, pero algo me agarró por el pescuezo y giré hacia el norte como una hoja alzada de repente por un remolino de polvo.

—No quiero levantarme —dije a la mano que maltrataba mi reposo—. Estoy cansado. Trabajé toda la noche. —Estaba cansado, había trabajado toda la noche, y mucho. Quería darme la vuelta y dormitar otras ocho horas. Thai Dei me pinchó otra vez. Aparte de eso estaba el otro problema. Puede que un problema mayor: mis pies estaban húmedos.

Me apoyé sobre un codo para levantarme mientras Thai Dei me decía:

—¡Debes levantarte!

—Odio admitirlo. Tienes razón, tengo que levantarme. —Tuve que levantarme porque estaba entrando una riada de agua de lluvia, convirtiendo el suelo en barro.

Me golpeé la cabeza contra un tronco.

—¿Qué narices...? —El techo se había caído a media altura. La pared más alejada se había derrumbado. La única razón por la que podía ver algo era que Thai Dei había traído una vela (la repelente de sombras) cuando vino a hacerme la visita —. ¿Qué ha pasado?

—Un terremoto.

Ah. Sí. No se me había ocurrido que yo podía convertirme también en una víctima del desastre.

Al arrodillarme vi que Thai Dei debía de haber hecho un gran esfuerzo para llegar hasta mí. Me encontraba metido en un hueco. Casi toda nuestra cueva debía de haberse derrumbado.

—¿Madre Gota? —pregunté. Había pasado al nyueng bao sin pensarlo.

—No lo sé —respondió en la misma lengua—. Nunca llegó a casa. —Su voz tenía un tonillo atípico. La tensión le estaba afectando. Cada pocos años estallaba y dejaba de ser el hombre de hielo durante unos minutos seguidos.

—¿Por dónde entraste?

—Por donde cayó el tejado.

Tuve que agacharme para mirar el agujero. Sí. Pude ver por dónde se había estrujado para entrar. Había un cielo gris horroroso ahí fuera. Lloviznaba aún. Pero Thai Dei era como la mitad que yo.

—Voy a tener que quedarme aquí abajo durante un par de meses hasta que pueda salir por ahí. No debería haber engordado tanto al salir de Dejagore. —De aquella casi todos nosotros habíamos acabado con muy mal aspecto.

Me preguntaba si aquello tendría algo que ver con mis sueños.

—Coge la vela. Yo saldré y haré el agujero más grande.

Mi guardaespaldas. Esta era la primera vez que tenía una verdadera oportunidad de salvarme el culo y era para que no me asfixiara un rudo tejado de tierra.

Se impulsó hacia la abertura. Se contorsionó. Se retorció. Volvió a caer dentro.

—Tienes que empujarme.

—Demasiados aperitivos mientras nos sentábamos por aquí a decir gilipolleces. Vamos. —Posé la vela a un lado con mucho cuidado. Se había vuelto muy importante para mí. No quería estar ahí abajo en aquel sitio tan estrecho, frío y húmedo, sin luz.

Lo agarré por las piernas y empujé. Debía de haber el agua suficiente en el agujero para lubricarlo. Consiguió atravesarlo. Me reí entre dientes de la imagen mental de la tierra pariendo a ese hombrecillo tan feo. Como un demonio de arcilla en los mitos gunni.

Oí voces. Algo bloqueó la luz inmundada, Matasanos gritó:

—Eh, derrengado, ¿aún respiras ahí abajo?

—Estoy bien. Estaba pensando en echarme una siestecita.

—Será mejor que lo hagas. Nos va a llevar un rato sacarte.

—De acuerdo. Estaré bien. —Mientras durara la vela.

La miré. Le quedaba mucha luz. Esas cosas estaban diseñadas para durar.

Empecé a pensar en lo que había tenido que hacer Thai Dei para bajar a un sitio donde podía haber sombras escondidas solo para ver cómo estaba. Y eso me hizo preguntarme mucho más por el paisaje de su mundo interior. A lo mejor yo era un pensador desmañado. O a lo mejor simplemente no tenía la experiencia suficiente siendo un nyueng bao. Ni siquiera podía imaginar cómo tratar a Thai Dei como si fuera varios personajes distintos.

Él y los nyueng bao creían que me debían una deuda tan grande que habían dedicado su vida a protegerme. Daría eso, y tal vez hasta su alma, por mí. Pero a la vez, de buena gana mentía y traicionaba al extranjero que era causa de vergüenza para su familia. Y, desde luego, no contaba a un soldado de la oscuridad nada que pudiera arrojar ninguna luz sobre la actitud nyueng bao hacia la Compañía Negra.

Ahora que lo pienso, ni siquiera mi querida y adorada Sari había llegado muy lejos. Siempre podía cambiar de tema sin que pareciera que lo había hecho.

Dije algo por el agujero, pero nadie respondió. Bueno, que les jodan. Estaba cansado.

Me senté en el barro cada vez más profundo y volví a dormir.

No fui a ninguna parte. No hice otra cosa que dormir.

Capítulo 72

Estaba totalmente hecho un asco cuando los prisioneros de la división del príncipe tiraron de mí y me sacaron de la tierra. Otto y Lamprea, que pertenecían a la Vieja División y a los que no había visto desde Charandaprash, vinieron a mirarme.

—Parece que se les ha colado aquí abajo una rata topo.

—Sólo que más mugrosa. Si no estuviera lloviendo, Ott, diría que trajeran un cubo de agua y se lo tiraran encima.

—Cómicos —farfullé—. Acabáis de revelar por qué os enrolasteis. La única forma que teníais de salir del pueblo ante un público que se volvió desagradable.

—Ha mejorado su carácter desde la última vez que lo vimos —comentó Lamprea—. Ya no permite que le molesten estos percances.

—¿Qué tal lo lleváis? No nos llegan muchas noticias personales por aquí.

Lamprea frunció el ceño. Otto dijo:

—Un rasguño aquí, una abolladura allá. Nada grave. —Prácticamente desde que los conocí, uno o ambos habían estado recuperándose de algún tipo de herida. Eso era lo que los hacía famosos. Eran casi iconos. A Otto y a Lamprea no se los podía matar, solo herir, y mientras ellos siguieran vivos la Compañía Negra sobreviviría.

Lamprea dijo:

—Nos han enviado con un puñado de cosas para el Viejo y algunas cosas para que las pongas en los Anales. Nombres.

—¡Ah! —Matasanos y yo siempre intentábamos apuntar los nombres de nuestros hermanos caídos lo mejor que podíamos. Muchos tipos contaban con ello. Una vez que se fueran sería la única prueba de que habían vivido. En cierto modo era inmortalidad.

—Muchos nombres —insistió Lamprea—. Cientos. La pasada noche no fue una buena noche para la Vieja División.

—¿Crees que podrás? —preguntó Otto—. ¿Está todo enterrado ahí en el barro?

—Sí. Pero tuve más cuidado con los Anales que conmigo. Los guardé en un cuarto con paredes de troncos, con suelo, techo y con drenaje y todo. Por si acaso. Aunque supuse que el problema sería el Maestro de las Sombras. ¿Cientos de nombres? ¿En serio? ¿Alguno que yo conozca?

—Están todos en una lista.

—Tendré que incorporarlos al final del volumen que estoy haciendo ahora. —Si había cientos serían reclutados recientes, probablemente sus nombres me resultaran desconocidos. Se registrarían en una nómina en algún sitio, pero eso no tenía nada que ver conmigo.

Thai Dei apareció. No había notado su ausencia hasta entonces. Dijo:

—Mi madre estaba bien. —Pero no parecía muy seguro de ello.

—¿Mmm?

—La encontraron en el agujero del mago cuando lo desenterraron, por eso tardaron tanto en venir a por ti. Tu capitán sabía que estabas bien, pero no sabía si el mago estaba vivo o muerto.

Comprendí que se refería a Un Ojo. Bueno, por supuesto, si el temblor había sido lo bastante grave como para batir el trabajo artesanal que hicimos Thai Dei y yo en nuestro cobijo, entonces el cobijo de Un Ojo puede que ahora no fuese más que un estanque de agua de lluvia.

—¿Estaba en la cueva de Un Ojo?

Avergonzado y susurrando, porque había otros nyueng bao cerca, Thai Dei admitió:

—Estaban los dos borrachos como cubas. Desmayados sobre sus propios vómitos, ni siquiera se habían enterado de que el tejado se había derrumbado hasta que los sacaron los rescatadores.

—Lo siento —le dije—. Pero voy a tener que reírme. —No pude contenerle.

Era más que simplemente imaginarme a esos dos mamándose juntos, era la liberación de toda la tensión de la noche anterior.

Otto y Lamprea clavaron la mirada en las laderas al sur, conteniendo su propia carcajada.

Sufrí otro ataque de risa. Me di cuenta de que, antes de comer, la noticia se habría extendido por todo lo que quedaba del ejército. Indudablemente sufriría graves exageraciones y evolucionaría en alguna epopeya lasciva antes de llegar a nuestro puesto avanzado más remoto.

La ladera que había sido domicilio del grupo del cuartel general se había convertido en doce hectáreas de hoyos de viruela. Casi no había sobrevivido ninguna cueva. Los prisioneros excavaban en una docena de sitios diferentes.

Distinguí una cara familiar, luego otra, entre los que dirigían los equipos de rescate.

—Así que, no sigue enojada con ellos.

—¿Qué? —preguntó Thai Dei.

—Nada. Solo pensaba en alto. —Hablando del demonio. Por ahí venía desde el búnker del Viejo, que había sobrevivido indemne.

Matasanos estaba justo detrás de ella. Ninguno de los dos parecía descansado, pero estaba claro que parecían estar encantados consigo mismos.

Refunfuñé sin articular palabra, desde lo profundo de mi garganta. Mi mujer estaba al otro lado del mundo.

Matasanos caminaba sin prisa.

—Es hora de tu baño anual, Murgen.

—Si me quedo aquí, bajo la lluvia, el tiempo suficiente...

Dama me atravesó con la mirada. Quería interrogarme, pero no ahora, no aquí, no delante de tantas personas que no tenían por qué oír mis respuestas, porque la mitad de ellos no sabían ni a quién eran leales.

Pregunté:

—¿Salimos muy mal parados anoche?

Matasanos se encogió de hombros. A lo mejor le había entrado agua de lluvia helada por el cuello.

—Todavía no lo sé. Dama tiene casi dos mil personas de las que aún no puede responder.

—Pero siguen apareciendo —dijo ella, uniéndose a nosotros—. Me imagino que con el tiempo los encontraremos a casi todos. —Probablemente muertos.

Dije:

—Otto y Lamprea dicen que perdimos buena parte de la Vieja División.

Matasanos asintió.

—Trajeron una lista. Es mucho más larga de lo que esperaba. Todavía no tenemos nada útil de las otras divisiones. La Nueva División sigue desorganizada y la del príncipe se ha desintegrado por completo. ¿Querías decirme algo en privado?, es lo que parece.

—Sí. —Salía humo de la primitiva chimenea del refugio de Matasanos. Lo del calor sonaba bien. Me inventaría algo que contarle si hacía falta.

Me uní a él en la calidez sin ningún remordimiento y con poca compasión por los tipos que había dejado fuera bajo la lluvia.

Dama nos siguió adentro. Tenía un aspecto orgulloso pero hambriento.

Dama tenía uno de los borradores de los mapas de Matasanos extendido delante del fuego.

—¿Puedes indicar por dónde cayó? —Se refería al Aullador—. Tal vez aún podamos cogerlo si estaba muy herido.

—¿Qué dices? —preguntó el Viejo cuando mascullé.

—Eh... dije: tú nunca dejas de tentar a los problemas, ¿verdad?

Dama no me convirtió en sapo. Ni siquiera en una de las pequeñas y feas ratas topo de Otto. Estaba de buen humor esa mañana, a diferencia de la noche anterior.

Humo gimió. Me asustó, aunque era su segundo gemido desde que entré en el refugio de Matasanos. Miré hacia allí. La cortina estaba abierta. Habían amontonado a Sombra Larga y a Narayan Singh en la alcoba junto con el mago afligido. No podía imaginarme a Dama y al Viejo retozando con esa cuadrilla apilada a pocos metros de distancia, pero era evidente que habían sabido aprovechar muy bien la oportunidad.

Me sorprendía un poco que Dama cediera a sus prisioneros (aunque fuera a su maromo). Sombra Larga representaba una gran oportunidad para ganar poder. Y

Singh... Dama tenía una gran deuda con Singh. Pero también el capitán.

Tal vez convirtieran a Narayan en un proyecto familiar.

Hizo menos preguntas de las que me esperaba, principalmente sobre las limitaciones de Humo. No mencioné que yo estaba desarrollando una habilidad para viajar sin el mago comatoso. No preguntó. Matasanos, sin embargo, notó que yo sabía algo de Aullador aunque había estado en mi propio búnker durante la racha de mala suerte del Tomador.

—Enviaré a Hoja —decidió ella—. Es sensato. Puede hacer el trabajo sin que mueran ni él ni Aullador.

Quise preguntar cómo es que Hoja y Swan habían vuelto arrastrándose a pedir su aprobación, pero las decisiones de gestión no eran asunto mío. Dama ya me lo había explicado, tajantemente, respecto a otro asunto.

Se fue a ofrecerle la oportunidad a Hoja.

Mientras estaba fuera Matasanos preguntó:

—¿Dónde está el estandarte?

—Enterrado en mi cueva.

—Mmm. ¿Y qué hay de los Anales y esas cosas?

—También están ahí dentro. Pero deberían estar bien por ahora. Aunque si tenemos otro terremoto, o mucha más lluvia... no sé.

—Iremos a buscarlo en cuanto desenterremos a nuestra gente.

—¿Cómo es que trajo a Singh y al Maestro de las Sombras aquí?

Lo entendió.

—Porque yo soy el médico. Y están los dos a puntito de palmar. A lo mejor si hubiera tenido a mano a uno de los suyos, alguien en quien confiara... —Dejó que la frase se desvaneciera. Nunca se fiaría completamente de su mujer, mientras la ambición pudiera entrar en la ecuación.

—Probablemente ella sea menos peligro de lo que piensas. Creo que lo comprendí la otra noche.

—¿Qué?

—Su relación con Kina. Cómo funciona y por qué existe. Creo que lo tengo.

—¿Tienes tiempo para pensar mientras estás fuera jugando a los fisgones?

—Un poco.

—Pues háblame de mi cariñito y de Kina.

—Empiezo con la premisa de que la tía es lista de narices.

—Oh, sí. —Sonrió ante algún pensamiento privado.

—Por no mencionar que tiene mucha fuerza de voluntad.

—¿Vas a hacerme perder el tiempo con subestimaciones? ¿O vas a ir al tema?

—A eso voy. Creo que hace mucho tiempo, antes de que llegáramos a Gea-Xle, la primera vez que mostró síntomas inesperados de estar recobrando algún poder,

comprendió que alguna fuerza aquí abajo tenía intención de utilizarla. Y dejó que pasara. Eso hizo creer a esa fuerza que había conseguido una esclava, cuando en realidad lo que tenía era un parásito.

Detrás de los ojos de Matasanos se removían varias respuestas posibles. Pero solo dijo:

—Continúa.

—Viene a ser eso. Mientras la diosa la estaba utilizando, Dama estaba agarrándose a Kina como una lapa para poder chuparle poderes que poder usar ella misma. Creo que ha hurgado tan hondo que Kina no puede librarse de ella sin mutilarse a sí misma. Creo que Dama incluso puede tener algún control sobre lo que hace la diosa. Kina estaba realmente ofendida la otra noche. La Hija de la Noche estaba siendo amenazada directamente. Pero cuando intentó ayudar a la cría, a pesar de que consiguió volverse realmente destructiva, sus esfuerzos no tuvieron éxito.

—¿Y tú piensas que Dama...?

—Sí, tiene razón. —Dama apareció entre la débil luz. No dijo cuánto tiempo había estado detrás de nosotros escuchando. Ella era la oscuridad a la hora de moverse silenciosamente—. Que eso no salga de aquí. Mientras piensen que yo soy la auténtica, los resultados finales serán los mismos que si lo fuera.

Descubrí unas interesantes formaciones de moho que se estaban creando en la pared que tenía enfrente. Les presté mi atención más devota.

Matasanos dijo:

—Si eres como una especie de sanguijuela o algo así, ¿cómo es que Kina no ha intentado deshacerse de ti?

—La mayor parte de Kina está dormida. La parte que no lo está, solamente está interesada en provocar el Año de los Cráneos. Y además es bastante estúpida. No entendió lo que había hecho hasta hace poco. Puede que lo considere durante años hasta que decida hacer algo al respecto.

Dije:

—Parece ver el tiempo de una manera diferente.

Dama continuó.

—Me preocupa que mi adorada hermana también haya resuelto el rompecabezas. O que lo haga ahora que tiene a la niña. La niña lo sabe.

Dije:

—Almas se está escondiendo en el mismo sitio en el que ha estado desde que llegó aquí. —El Viejo sabía dónde quedaba eso.

Matasanos dijo:

—Me encantaría intentarlo, pero solo tenemos diez horas para prepararnos para otra noche.

Lo entendí. Pero oye, anda que no hubiera estado bien dejar a Almas almacenada

en el pasado sin correr peligro.

Veinte minutos de especulación no consiguieron desenmarañar los motivos finales de Almas. Ni siquiera Dama pudo suponer lo que quería Almas en realidad o lo que podría hacer después.

—Ya era así cuando tenía cuatro años —dijo Dama—. Dios. Ya nació imprevisible.

Debí parecer demasiado interesado. La historia paró ahí.

No pasé por alto el hecho de que ni Matasanos ni Dama se refirieron nunca a la niña de forma que pudiera sugerir que era algo más que un monstruo antinatural sin ninguna relación con ellos.

Capítulo 73

Vi a Resuello pelearse para sacar una sombra pequeña que había conseguido colarse cerca del perímetro de la zona segura de Un Ojo antes de que se escondiera de la luz. Dama había modificado los amuletos de Un Ojo para que se pudieran utilizar para detectar sombras. Nuestros hombres las estaban erradicando con gran entusiasmo, especialmente teniendo en cuenta que la mayoría de esos hombres estaban exhaustos. Dije:

—No me puedo creer que ese anciano no se haya muerto aún.

Justo en aquel momento, Resuello intentó regurgitar un pulmón. Era viejo cuando se unió a la Compañía hace años e incluso entonces ya se estaba muriendo de tuberculosis. La única cosa buena que podía decirse de su situación era que de alguna forma se las arreglaba para seguir vivo.

Thai Dei gruñó. No le importaba Resuello. Aunque supuestamente estaba ayudando a excavar nuestro búnker, prestaba más atención a su madre, que roncaba como una fiera refugiada en una tienda que había pertenecido a alguien que no había sobrevivido a esa noche. Su cara era de palo. Sus ojos eran de hielo. Si otro nyueng bao se le acercaba se ponía hecho una furia. Estaba esperando a que alguien dijera algo, cualquier cosa, que poder interpretar como un insulto para poder consumir su vergüenza en una buena pelea.

Cuando desenterraron a Gota y a Un Ojo no solo habían perdido el conocimiento por la borrachera, estaban en el mismo jergón y llevaban puestos menos atavíos de lo normal.

Así que esa era su partida de tonk, ¿eh?

Me esforcé mucho por contener una sonrisa. Puede que Thai Dei decidiera que era verdaderamente de la familia después de todo, y la tomara conmigo.

Esperaba que no se enfrentara a Un Ojo. Un Ojo tendría una resaca asesina cuando se despertara, y Un Ojo con resaca no es alguien a quien se deba molestar.

Matasanos estaba profundamente disgustado, lo sabía. El pequeño mago había demostrado ser inútil en un momento en que se necesitaba su talento desesperadamente.

A cualquier sitio que miraras la gente corría apresurada reconstruyendo y preparándose para pasar otra noche con una Puerta de las Sombras con fugas. Dama y el Viejo esperaban que Sombra Larga ayudara a mejorar esa situación, pero todavía no había buenas noticias. Les estaba costando sacarlo de su coraza.

No tenían tiempo para concentrarse. Los mensajeros iban y venían continuamente, e interrumpían constantemente.

—Otra docena de paladas colmadas y creo que podremos abrirlo —dije a Thai Dei. Había conseguido una puerta que alguien había robado de las ruinas y la había

usado para cerrar la pequeña sala de trabajo que había conseguido completar justo a tiempo para el terremoto.

Apareció uno de los guardias de Matasanos.

—El capitán desea verte, portaestandarte.

—Estupendo. Iré enseguida. Thai Dei. —Trepé para salir del agujero embarrado y me dirigí a la cueva de Matasanos. Me agaché y entré. La muchedumbre ya se había dispersado. Asombroso.

—¿Qué necesitas, jefe? —Él y Dama habían extendido a Sombra Larga sobre una mesa hecha con otra puerta robada. El Maestro de las Sombras era demasiado largo para esa mesa. Le colgaban los pies por fuera.

Dama se las había arreglado para eliminar la coraza protectora del hechicero.

—Acaba de llegar un compañero del grupo de Hoja, Murgén. Han encontrado a Aullador. Todavía está enterrado en la nieve. No saben si está inconsciente o muerto.

—Lleva allí el tiempo suficiente para haber muerto congelado. —Pero era uno de los Tomados. No mueren fácilmente, en especial Aullador. Lancé una mirada a Dama.

Ella me dijo:

—No sabría decirlo desde aquí.

Matasanos dijo:

—También cogieron a Fibroso Mather y a su banda. Preguntaron qué debían hacer con ellos. —Estaba pinchando y retorciendo las extremidades de Sombra Larga, buscando huesos rotos, supongo. Dijo a Dama—: Este hombre no ha comido bien desde hace mucho tiempo.

—Tal vez estaba preocupado por el veneno. —Ella bajó la vista hacia la máscara del Maestro de las Sombras y empezó a estirar la mano.

—¿Estás segura de que has anulado todos sus hechizos? —preguntó el Viejo.

—Nunca se puede estar seguro con alguien a quien no conoces. Murgén, ¿no viste alguna vez sin esto?

El mensajero de Hoja aguzó el oído. Estaba recogiendo historias para compartir con los chicos.

—No. ¿Cómo iba a hacerlo? Nunca lo había visto antes de ahora.

Pilló la indirecta.

Matasanos dijo:

—Lo que quiero, Murgén, es que reúnas a algunos hombres, incluido Un Ojo (aunque tengas que cargar con él) y vayáis a ayudar a Hoja.

Y tal vez echarle un vistazo a él Je paso, ¿eh, jefe? ¿Hoja y Mather siendo tan buenos amigos?

—Ten cuidado con Aullador, pero tráelo si puedes.

Gruñí con descontento. Dama agarró la máscara de Sombra Larga.

El Viejo me preguntó:

—¿Has descubierto algo más de la época de siembra por esta zona?

Lo miré desconcertado. Ese era un cambio de tema muy raro, pero él hacía esas cosas. A veces su mente corre en una docena de direcciones a la vez.

Continuó:

—Tenemos que sembrar el grano si tenemos intención de quedarnos aquí. Eso, o hacer salir a Mogaba y empezar a comernos unos a otros.

Dama arrancó la máscara del Maestro de las Sombras.

Sombra Larga se arqueó como si le hubieran dado una puñalada. Abrió los ojos, pero no pudo hacer nada más. Había sido constreñido y silenciado por una maestra.

Pregunté:

—¿Por qué no nos mudamos a su casa? Allí hay provisiones. Algunas. Y seguro que dentro de Atalaya se está muchísimo más seco que aquí. No lo reconozco. —La cara del Maestro de las Sombras era achinada y estaba demacrada, pero también era pálida como la manteca. En su boca abierta se veían pocos dientes, lo que respaldaba la afirmación de Matasanos sobre su dieta. Parecía un tipo que había sufrido repetidos ataques de raquitismo, o escorbuto o algo así.

—Yo tampoco —dijo Dama. Parecía muy decepcionada. Creo que realmente esperaba que fuese uno de los Tomados, o por lo menos alguien con quien se había encontrado en el pasado.

Pregunté:

—¿Es eso un problema?

—Esperaba tener un descanso. Algo que hiciera la vida más fácil.

—Escogiste al marido equivocado. Jefe, ¿podré salir y estar de vuelta antes de que oscurezca?

El mensajero asintió.

—Es fácil. Está solo a unos kilómetros. La mayor parte del trayecto es por camino y aún está en buenas condiciones.

Humo volvió a gemir. Esta vez había una sombra de miedo. Dama lo miró frunciendo el ceño. Era un problema para el que ella deseaba tener más tiempo de explorar.

—Ponte en marcha —me dijo Matasanos—. Tarde o temprano oscurecerá.

La oscuridad siempre llega.

—Me encanta pasear bajo la lluvia. —Hice un gesto al mensajero y salí otra vez. Un paseo bajo la lluvia no sería tan horrible. Ya no podía empaparme más.

Dije a Thai Dei:

—El capitán quiere que vayamos a recoger a unos prisioneros.

Capítulo 74

Viajar empapado tiene sus desventajas. Te salen muchas rozaduras, por ejemplo. Para cuando alcancé a Hoja tenía ampollas en los pies y una herida en carne viva en la cara interna del muslo derecho que me escocía terriblemente.

Y todavía tenía que hacer el camino de vuelta.

Thai Dei no estaba más contento que yo. Ninguno de los hombres que se nos unieron estaba alegre. Tenían que turnarse para llevar a Un Ojo. El esfuerzo más ambicioso del canijo hasta el momento había sido revolcarse sobre su costado para echar la pota por el borde de la camilla.

Se me había ocurrido la idea de escabullirme para echar un vistazo al barranco de Atrapa Almas, pero fue una idea que murió sin haber llegado a nacer, casi en el mismo momento en que dejamos el camino para meternos en el bosque. Pasar cientos de metros resbalándome y deslizándome por el barro, las agujas de pino, y la nieve en los sitios más sombríos, en laderas que cada vez se hacían más empinadas, enseguida me convenció de que este no era un día para demostrar iniciativa individual.

Hay una cosa de la que podía estar seguro. Atrapa Almas estaría por ahí más tarde. Me dejé caer junto a Hoja.

—¿Has tenido un buen viaje bajando hasta aquí? —pregunté a Mather—. Siento que no hayamos podido reservarte mejor tiempo.

Hoja rio entre dientes. Igual que Sauce Swan, que comentó:

—Esto no puede ponerse mejor, Fibroso. Tenemos guardado lo mejor para ti.

—Sabía que erais mis colegas.

Pregunté:

—¿Dónde está nuestro chico, Aullador? —Nada en este paisaje parecía igual que durante la noche, visto desde el aire.

Swan señaló a lo alto de la colina, hacia el sur. Hacia donde algunos árboles perennes se agarraban a un coágulo denso de sombra.

—Enterrado en la nieve ahí arriba.

Los tipos que venían conmigo dejaron caer la camilla de Un Ojo. El pequeño mago se quejó, pero aún no tenía la energía suficiente para maldecir o amenazar a nadie.

Pregunté:

—¿Qué hicisteis para convencer a Dama de que podía dejaros corretear sueltos por aquí?

Hoja rio entre dientes.

—Ella lo convenció a él. Indicando que cualquiera que no se quedara cerca y fuera amistoso no recibirá ninguna protección de las sombras.

Gruñí.

—Es un hecho que se está extendiendo a medida que la gente empieza a examinar sus conciencias. —Era la clase de pregunta que ha llevado a muchos hombres a elegir opciones por las que podrían ser vilipendiados más tarde, por personas que tenían la barriga bien llena y se sentaban calentitos frente a un fuego—. ¿Alguien tiene algo de grasa? ¿Ni siquiera algo que pueda pasar por grasa?

Mi viejo amigo Thai Dei llevaba un pegote de manteca. Por si tuviéramos que cocinar algo. Los nyueng bao nunca dejaban de asombrarme. Aunque su religión tenía que ser una rama de los gunni, en cierto modo comían carne y, a diferencia de los vehdna, eso incluía el cerdo. El pantano no les permitía volverse muy quisquillosos. Thai Dei debía haber llevado esa manteca durante años, usándola una y otra vez... Daba igual. La manteca era exactamente lo que necesitaba.

Me bajé los pantalones y me unté una capa generosa en el interior de los muslos.

—Esto hará que aguante un rato más.

Un Ojo empezó a revolverse en su camilla, peleándose con la manta y protestando porque estaba húmedo. Su problema era trivial. Ya no estaba lloviendo.

Devolvió por el lado de la camilla otra vez, carraspeando y regurgitando, luego se acomodó a dormir.

—Esa herida parece estar bastante abierta ya —me dijo Swan.

—Es mejor un beso —sugirió Mather.

—Un reencuentro. Nuestro viejo amigo Fibroso se ha vuelto un engreído desde que alterna con la Mujer...

Dije:

—Vayamos a hacer la excavación de nuestro mago.

Hoja dijo:

—De verdad que no quiero hacer esto.

—¿No jodas? Yo tampoco. ¿Sabes qué? ¿Por qué no dejamos que lo cojan Swan y Mather? Nosotros nos quedaremos aquí para que alguien pueda llevar el aviso al campamento en caso de que algo salga mal.

Mather dijo:

—Sin duda este tipo empieza a sonar como un oficial. ¿Has ascendido un par de puestos durante la campaña?

—Soy un dios. —Dejé que Thai Dei me ayudara a levantarme. Él no se había tumbado en el suelo. Sus músculos todavía estaban sueltos. Empezó a moverse en la dirección que Swan había indicado antes.

Hoja preguntó:

—¿Qué hay de tu mascota? —Tiró una piña a Un Ojo. Un Ojo apenas dio un respingo.

—Tiene bastantes impedimentos. —Mejor no molestar a los hechiceros mientras duermen.

Un Ojo se incorporó. Barboteó:

—Lo he oído, Cachorro. —Luego se desplomó otra vez.

Dije:

—Creo que lo dejaré aquí y llevaré al otro de vuelta en la camilla. —Una idea que inmediatamente resultó ser muy popular. Ni siquiera Un Ojo declaró estar en contra. Estaba ocupado roncando otra vez.

No había pruebas de que Aullador se hubiera movido un centímetro desde su caída. Solo estaba el hoyo por el que había entrado en la nieve y en el fondo, a unos dos metros y medio, un fardo de harapos oscuros. El viento había espolvoreado sobre él algo de nieve suelta.

—¡Eh! ¡Mirad esto! —Un soldado llamó desde quizá unos nueve metros de distancia, más arriba de donde estaba Aullador.

—¿Qué tienes? —pregunté. No iba a andar ni tres metros si no tenía que hacerlo.

—Parece un lobo muerto.

Me abrí camino hasta allí arriba.

—¡Me cago en la puta, tíos! Ha encontrado un lobo muerto. —Me arrodillé—. Parece que lo ha atrapado una sombra. —Las pruebas en la ladera sugerían que se estaba acercando a hurtadillas al Aullador cuando la mala suerte se cruzó en su camino. Entonces había intentado correr. No había estado solo, desde luego, pero las huellas indicaban una manada muy pequeña.

—No sabía que por aquí abajo había lobos —dijo alguien.

—Ahora ya lo sabes. —La muerte del lobo no parecía algo crucial. Excepto para decirnos que una sombra había estado por aquí anoche y puede que aún estuviera escondiéndose en algún sitio cercano—. Ten cuidado si vas a algún sitio que esté oscuro.

Volví a bajar para examinar a Aullador, no se había movido. Por supuesto.

—¿Está vivo? —preguntó Swan.

Hoja sugirió:

—Coge un palo largo y pínchalo.

Dije:

—Saquémoslo.

—¿Eso te parece inteligente?

—No hará nada hasta que lo saquemos del hoyo. —Yo no lo haría en su situación. Deja siempre que otro idiota haga el trabajo, si insiste.

La nieve era vieja. La superficie se había derretido y congelado unas cuantas veces. Era dura y pesada. Por suerte Aullador no estaba realmente a dos metros y medio de profundidad. Había atravesado dos metros y medio de nieve, pero esa nieve se hallaba en una ladera empinada y solo tenía algo más de un metro de espesor bajando en ángulo recto.

Tuve una idea.

—No esparzáis la nieve demasiado lejos. Puede que queramos usar una poca.

—No es que haya escasez precisamente —refunfuñó Swan.

Me fijé en que Thai Dei nunca se ofreció a ayudar. Se quedó atrás con las manos en la espada, alerta, mirando de reojo a Un Ojo. Tal vez sus impulsos fuesen malvados.

Su vigilancia resultó ser innecesaria. Mientras los hombres más osados quitaban nieve del Aullador, uno de ellos anunció:

—Está totalmente congelado.

Un enorme suspiro de alivio surcó la multitud.

—¡Excelente! —comenté—. Esto es lo que haremos, entonces.

Una hora más tarde teníamos al pequeño mago atado a un poste de transporte, empaquetado dentro de una capa de nieve de quince centímetros de grosor.

—Solo para evitar que se eche a perder por el camino —dije a los chicos, algunos de los cuales habían tenido que ceder pedazos andrajosos de tela para ayudar a sujetar la nieve alrededor de Aullador. Todos se quejaron, refunfuñaron y protestaron y quisieron saber por qué no podíamos simplemente empaquetarlo junto al otro.

A Un Ojo se le iba a romper el corazón. Ya no lo querían.

Capítulo 75

—Utiliza este unguento —me dijo Matasanos—. E intenta mantenerlo todo lo limpio y seco que puedas.

—Ya caminaba con las piernas arqueadas antes de volver. —Fruñí el ceño a Un Ojo, que estaba sentado en el suelo cerca de la hoguera de Matasanos, sin decir una palabra. Parecía como si deseara que le dejara quedarse dormido durante un año, para que el dolor desapareciera. Todavía estaba en tan mal estado que no tenía energía suficiente para protestar.

Madre Gota era más resistente. Por su juventud, supongo. Ella y tío Doj habían estado trabajando en la cueva familiar cuando Thai Dei y yo regresamos de nuestra aventura. Nadie, incluido tío Doj, tenía nada que decir. Ignoré su larga ausencia. No tenía tiempo para misteriosos juegos nyueng bao. Les dejé revolviendo el barro con el fin de levantar un refugio antes de que cayera la noche.

Dama tenía a Aullador sobre la mesa que habían hecho con una puerta, lo estaba examinando. Concluyó:

—Debería recuperarse.

Pregunté:

—¿Te dan siete vidas cuando eres Tomado? Ese mierdecilla está empezando a parecer más testarudo que el Renco. —Matamos a ese gilipollas media docena Je veces. Eso creíamos. Y él no dejaba de volver.

Dama dijo:

—No, pero cualquiera que tenga el empuje de convertirse en un mago de su nivel es de los que no desperdicia ninguna oportunidad de prepararse aún más para cualquier posibilidad imaginable.

Pregunté al Viejo:

—¿Cómo pinta la cosa ahí fuera? —Había habido cambios drásticos en las pocas horas que estuve fuera. Además de que había pasado la lluvia. La mayoría de los supervivientes se habían reunido en los alrededores del grupo del cuartel general o directamente debajo de la Puerta de las Sombras. Se habían invertido muchas horas de trabajo en localizar cada trozo superviviente de bambú que pudiera ser utilizable.

En la fábrica de recarga de Dama también se estaba trabajando mucho, pero el esfuerzo allí era poco más que un símbolo de la entrega que tenían los dirigentes por continuar la lucha.

—Tiene mejor pinta de lo que yo pensaba. Dama ha estabilizado a Sombra Larga. Eso debería significar que volvemos a la pequeña fuga que teníamos antes de que se lastimara. Si se cura bien haremos que la cierre en un par de días.

—¿Vamos a ser capaces de controlarlo?

—Oh, claro. Has visto estatuas de generales muertos que tenían más libertad de

acción de la que le queda a él.

Dama levantó la vista de su trabajo. Mostraba la más mínima de las sonrisas pero dejaba ver el regocijo confiado de una maldad muy, muy antigua. *Ella es la oscuridad*. Estaba claro que Humo tenía razón en eso.

Dije:

—¿No estaríamos mejor si nos mudáramos a Atalaya?

—Tal vez. Y puede que lo hagamos. Una vez hayamos resuelto todo esto y sepamos dónde está todo el mundo. Y averigüemos a quién son leales en este momento.

—Hablando del tema. Tío Doj ha vuelto. Está ahí fuera ayudando a mi suegra y actuando como si nunca se hubiera ido.

—Ya lo he oído.

—Me pregunto cómo se las arregló para sobrevivir. Especialmente anoche.

Dama me miró como si hubiera desencadenado un pensamiento sorprendido.

Dijo:

—Vigila a Aullador. Avísame si se mueve. Estaré fuera. —Salió por la puerta a toda prisa.

Miré a Matasanos. Él se encogió de hombros.

—Ya no pregunto.

—Está hecha unos zorros.

—¿No lo estamos todos? Pero quizá consigamos descansar ahora. Si tenemos la Puerta de las Sombras bajo control no habrá nadie que nos fastidie por una buena temporada. O para siempre.

Mogaba estaba ahí fuera. Pero ya no tenía patrón, eso significaba que nadie podía cubrirle el culo mágicamente. Tendría que desistir. Y el prahbrindrah Drah puede que no viviera lo bastante para llegar a ser un problema. Tenía que eludir tanto a las sombras como a Goblin para alcanzar el territorio amigo. Y hasta el supuesto territorio amigo no sería muy amistoso si él no podía reunir una cuadrilla lo bastante grande para cuidar de sí misma. Los campesinos son especialmente crueles con los soldados fugitivos cuando los pillan en desventaja. Posiblemente eso es debido a que los soldados son muy crueles con los campesinos cuando son estos los que están en desventaja, aunque muchos soldados de la clase de guerreros superrefinados han insistido en que eso brota de la naturaleza animal del campesinado.

—¿Puedes cruzar hasta la Puerta de las Sombras?

—¿Yo? ¿Ahora?

—Tú. Ahora. Antes de que anochezca. Para poner a prueba mi teoría sobre lo que es. Y para ayudar a cubrir a las tropas si estoy en lo cierto.

—Puedo intentarlo, pero estoy en condiciones pésimas.

—Podrías ir a caballo.

Eso era como pedir otra colección entera de rozaduras, pero era justo.

Con una sonrisa ligeramente desagradable comentó:

—Podrías hacer que tu suplente lo hiciera por ti, si tuvieras uno.

Así que sabía que Dormilón estaba desaparecido. Tenía que inspeccionar al chaval en cuanto tuviera ocasión.

Dama volvió a entrar de golpe. No era una mujer grande, pero tenía una gran presencia. Siempre me sorprendía cuando la veía después de una separación porque siempre la recordaba como treinta centímetros más alta. Me dijo:

—Tu amigo Doj no es simplemente un sacerdote de un culto oscuro. Es un hechicero. De poca monta. Inferior a Un Ojo en talento. Pero lleva algo (un amuleto, un artefacto, no pude determinarlo con exactitud) que lo protege de las sombras.

Matasanos me miró como si yo debiera haber sabido todo eso desde hacía años.

—No lo sé, jefe. Es la primera vez que lo oigo. —Aunque siempre había sospechado que tío Doj podía ser capaz de hacer algo aparte de ganchillo con una espada. De hecho, sus habilidades con la hoja siempre parecían casi aumentadas mágicamente. ¿Cómo podía un tipo lograr algo como aquel ataque a los Impostores en Charandaprash sin que lo aplastaran solo con el peso de toda esa gente?

No sé por qué, pero le dije a Dama:

—Mi esposa no está muerta. Los Impostores nunca la tocaron cuando asaltaron nuestro aposento. Thai Dei, tío Doj y algunos primos se la llevaron y luego me dijeron que estaba muerta. También la convencieron de que yo estaba muerto mientras se la llevaban de vuelta al pantano. Ahora la tienen allí recluida en un templo, donde no pueda avergonzarlos por estar embarazada. Doj y Gota no nos quieren a los dos juntos. Lo único por lo que lo aguantaron fue porque los padres de Gota insistieron. —Sari, su familia y los nyueng bao no eran algo que hubiera comentado con Dama antes.

Nunca hablaba con ella mucho de nada salvo de cosas que tuvieran que constar en los Anales o de cosas que ella había escrito allí y que necesitaban aclaración.

Comprobó a Aullador otra vez mientras escuchaba mi cháchara. Sugirió: Habíame de eso. Siempre he tenido la sensación de que pasaba algo.

¿Sí? Claro, ella y cualquier otra persona lo bastante lista como para no comer mugre.

Matasanos fue hacia la entrada y asomó la cabeza. Volvió a meterla dentro.

—Eh. ¿Por qué no dijiste que había dejado de llover? A lo mejor ahora puedo hacer que estos gilipollas se muevan un poco más rápido. —Salió afuera. Me compadecí de él. Parecía todavía más hecho polvo de lo que yo me sentía.

Dije:

—Se lo dije.

—No siempre escucha. Háblame de los nyueng bao.

Hablé. Dama escuchó. Hizo preguntas agudas. Yo le devolvía el favor a veces, cuando mencionábamos cualquier cosa que yo quería saber.

Dijo:

—Quiero que conozcas tus sueños también.

—Son diferentes a los tuyos, creo.

—Lo sé. Las diferencias pueden significar mucho.

Hablamos mucho rato. Pero no el tiempo suficiente como para librarme de hacer una caminata hasta la Puerta de las Sombras con el puñetero estandarte.

Capítulo 76

Los caballos escaseaban. La mayoría de los que no habían sido comidos habían sido asesinados por sombras la noche anterior y estaban siendo comidos ahora. Acabé tomando prestada la montura de Dama. Matasanos no dijo ni una palabra. No hacía falta. En el futuro, en algún momento, lo iba a pagar. Thai Dei se subió detrás de mí. El garañón de Dama, que estaba acostumbrado a cargar solo con sus cuarenta y pico kilos, más alguna vez la armadura, volvió la cabeza. Dije al animal:

—Solo es para un recorrido pequeño. Lo prometo.

La Vieja División y algunas de las tropas de Dama se habían mudado a un campamento debajo de la Puerta de las Sombras. La tensión era evidente cuando entramos cabalgando. Muchas caras eran menos que amistosas. Había hombres que se habían quedado con la Compañía principalmente porque tenían más oportunidades de sobrevivir con nosotros que lejos de nosotros. Pero el crepúsculo no estaba lejos, así que nadie estaba dispuesto a plantar batalla.

Decidí no contar a nadie por qué había traído el estandarte.

La voz corrió rápidamente. Los hermanos de la Compañía salieron a ver si había algo especial en el viento. Me encontré con gente que no había visto en meses. Algunos, incluso, a quienes no había visto desde que dejamos Taglios.

Sindawe e Isi aparecieron. Pensaron que tenía que estar pasando algo grande ya que había salido de mi agujero. Pude ver de dónde podían haber sacado esa idea. Mi trabajo me había mantenido cerca de Humo durante mucho tiempo.

Ochiba se materializó. Él y los otros dos nar eran los oficiales superiores fuera de la Puerta de las Sombras. Todos los taglianos superiores a ellos habían desertado. Habían respetado su compromiso con su príncipe. Sospeché que lamentarían haber escogido mantener su honor. Si no lo habían hecho ya la noche anterior.

Sindawe tomó las riendas del garañón, Thai Dei y yo desmontamos. Todo el mundo esperaba que yo dijera algo. Simplemente me encogí de hombros. Aparté los pantalones del muslo que me ardía. Cabalgar no había causado ninguna mejoría, justo como había pronosticado.

—No me preguntéis por qué estoy aquí. El Viejo me dijo que viniera, así que vine. Lo que se trae entre manos es su secreto.

—¿Alguna otra novedad? —preguntó Cangilón—. Si no dice nunca qué es qué, nadie lo creerá.

Eché un vistazo alrededor. El terreno allí era más duro que en el camino. También estaba más seco. La mayoría de los refugios, por tanto, estaban por encima del nivel del suelo. El campamento daba mala fama a la pobreza y la suciedad. Vi las insignias y pendones de batallones que habían sido, un año atrás, famosos por su limpieza. Pregunté:

—¿De verdad la moral está así de baja?

—Por aquí lo está.

—Por lo que oigo la nueva división sufrió menos bajas que nadie la pasada noche. Sindawe comentó:

—Has estado en este negocio la mayor parte de tu vida, portaestandarte. Sabes que la moral tiene poco que ver con los hechos de la situación. La percepción es más crítica.

Desde luego. La gente quiere creer lo que quiere creer, lo bueno, lo malo, o lo indiferente, y no se complican con hechos.

Dije:

—Quizá no deberíamos mencionárselo a estos tipos, pero creo que espera dirigirse ahí arriba pronto.

Cangilón levantó la vista hacia la inhóspita ladera.

—Me estás vacilando.

—¿No lo creiste cuando dijo que es ahí adonde vamos? Nunca ha convertido en un secreto el hecho de que nos dirigimos a Khatovar. Es lo que hemos estado haciendo desde que dejamos el Túmulo. —Hace media vida, parecía. Antes de que él se uniera.

En tono grave, Isi comentó:

—No creo que encuentres a nadie aquí que creyera de verdad que llegaríamos tan lejos. —Y él no había estado con la Compañía tanto tiempo como Cangilón.

Isi no estaba exagerando. No creo que nadie más que el Viejo creyera realmente en Khatovar. El resto de nosotros aceptamos porque no teníamos otro sitio adonde ir, ni otra cosa que hacer salvo seguir al estandarte. Cada día era un regalo, más o menos, y no importaba mucho dónde nos alcanzara la larga noche. Dije:

—El último obstáculo humano cayó ayer por la noche. Dama tiene a Sombra Larga envuelto como un regalo de cumpleaños.

Miré otra vez alrededor. Mirara a donde mirara los hombres estaban trabajando con ahínco. No era algo especial, simulado de repente para mí, pero coseché muchas miradas resentidas solo por ser un tipo del cuartel general. El hecho de que yo apareciera solamente podía significar más exigencias, más trabajo, más privaciones.

La luz se estaba volviendo extraña. No quedaba mucha luz del día.

—¿Qué están haciendo ahí? —pregunté, señalando a un grupo de trabajadores que aparentemente cavaban una trinchera defensiva. Contra las sombras eso sería tan útil como las tetas en un toro.

—Enterrando a los muertos de anoche —me dijo Cangilón.

—Ah. Mira, tú quédate conmigo, a no ser que tengas algo muy importante que hacer. Los demás seguid con lo que estabais haciendo.

Sindawe me dijo:

—Isi o yo seríamos mejores guías, portaestandarte. Nosotros estamos al mando así que no hacemos mucho. —Lo dijo con una cara tan seria que casi pensé que lo decía de verdad.

Caminé hasta la fosa común.

Estaban cavando una zanja porque ese era el método más eficaz de poner los cuerpos bajo esa dura tierra. Me arrodillé y pasé los dedos por la tierra que habían sacado. A pesar de la lluvia anterior, el terreno estaba seco a solo unos centímetros por debajo de la superficie.

—¿No llovió mucho por aquí? —pregunté.

—La mayoría de las veces solo hace frío —dijo Isi.

Miré a las laderas, más allá de la Puerta de las Sombras. El terreno se hacía más árido en cuestión de metros. Había alguna vida vegetal allí arriba, pero tenía un crecimiento muy poco desarrollado, como en el desierto.

Los cadáveres que estaban enterrando los soldados llevaban la impronta de la muerte causada por sombras, estaban todos arrugados, con la piel oscurecida en distintos tonos. La boca de cada hombre muerto estaba abierta con un rictus de alarido. Los cuerpos estaban enroscados, no se podían estirar.

Los cuervos daban vueltas, pero los soldados los apartaban.

Toqué el suelo duro otra vez, miré a la ladera, la propia roca parecía barro endurecido, colocado en cientos de capas finas roídas lentamente por el tiempo.

—Supongo que ahí arriba tampoco llovería mucho, entonces, si no habría más barrancos y arrastres más evidentes. —Me preguntaba si la erosión crearía formas por las que las sombras pudieran escapar desde más allá de la Puerta de las Sombras. Evidentemente no. Si no, el mundo habría sido invadido hacía mucho tiempo.

Nunca había encontrado ninguna constancia de un tiempo en que la Puerta de las Sombras no hubiera estado allí. Era antigua más allá del cálculo, pero, aun así, no había encontrado la manera de entrar en la religión nativa de ninguna forma que yo reconociera. Excepto, posiblemente, en la expresión, usada con muy poca frecuencia, común a muchas de las lenguas sureñas «piedra reluciente», que parecía querer referirse a una posesión inexplicable de demencia oscura, una clase de locura salvaje demoníaca intrincada con estupidez congénita. Una de esas cosas que los taglianos nunca comentarán con forasteros, por mucho que se los presione.

Hasta el ascenso del Maestro de las Sombras había habido muy poca mención histórica de la tierra más allá de Kiaulune, excepto que estaba asociada de alguna manera con el surgimiento de las Compañías Libres de Khatovar hacía más de cuatrocientos años.

Aunque no soy religioso me incliné respetuosamente y ofrecí una breve oración gunni por los muertos antes de aventurarme a subir la ladera para ver más de cerca el origen de nuestros problemas. Thai Dei me sonrió satisfecho. Presumo que hice bien.

Capítulo 77

—Ayúdame a plantar esta cosa —dije a Thai Dei mientras colocaba el estandarte unos metros por debajo de una partida de soldados que estaba trabajando. Thai Dei amontonó piedras alrededor del pie de la lanza hasta que se sostuviera por sí sola. Luego subimos un poco más arriba.

Tiempo atrás aquí había habido una verdadera fortaleza con cobertizos y una auténtica puerta. Nunca había podido verla en mis aventuras por el mundo fantasma. Ahora quedaba poco más que cimientos cubiertos de hierba. Todo había caído hacía siglos. Pero no se habían llevado las piedras hasta hacía poco, cuando algunos de nuestros osados soldados habían cogido algunas de las caras más seguras para usarlas en la construcción de sus refugios. Lo cual sugería que, con lo gallinas que eran con los terrores que acechaban en el pasado, eran héroes intrépidos comparados con la gente que solía vivir cerca del lugar.

Me hizo preguntarme otra vez sobre cómo cualquier miedo podía persistir con tanta fuerza durante tanto tiempo. Y luego preguntarme si tal vez Kina no estaría conectada de algún modo con ese efecto. A lo mejor sus pesadillas se colaban en los sueños de todos los que oían el nombre de Khatovar.

Entonces, ¿por qué no me estaba yendo por la pata abajo?

Tal vez soy demasiado estúpido para asustarme de las cosas de las que me tengo que asustar.

La piedra que se había utilizado para construir la fortaleza no era piedra autóctona. Era una arenisca grisácea no solo foránea de esa ladera, era distinta a cualquier piedra que había visto en la dirección en que habíamos venido. Tampoco era como la piedra que Sombra Larga había importado para construir Atalaya.

Volví la vista atrás hacia Atalaya. El sol poniente se estaba escondiendo bajo las montañas, encendiendo la cara sur de la fortaleza. Esa era una pared que Sombra Larga había completado. Los símbolos de metal y los sellos de su superficie resplandecían y tronaban con bastante poder, a pesar de la caída de su creador.

—Eso ahora impresiona —dije.

—Pero aquí arriba no nos hace ningún bien —comentó Isi. Abatido, Cangilón asintió. Noté que Sindawe había desaparecido, había vuelto a lo que estuviera haciendo antes de que yo llegara.

—¿Qué están haciendo estos tipos? —Los grupos de trabajo estaban marcando la ladera y las ruinas con polvo de tiza de colores, intensificando marcas similares que se habían borrado con la lluvia.

—Definiendo los límites de la puerta. Colores distintos significan cosas distintas. Yo no los he aprendido todos. Entiendo que los distintos polvos brillarán con sus colores particulares en la oscuridad si se activan con la proximidad de bolas de fuego.

Aparentemente definen zonas de amenaza y el nivel de peligro que se espera en cada una.

—¿Es eso lo que están haciendo? —pregunté a Cangilón.

Se encogió de hombros.

—Se parece bastante.

Gruñí, me acerqué más a los trabajadores. A medida que lo hacía empecé a sentir una vibración o un zumbido que empezó muy abajo dentro de mí. Rápidamente se hizo más fuerte. Pregunté:

—¿Quién es el experto aquí?

Un hombrecillo mugriento, irritado por haber sido interrumpido, enderezó la espalda. Contuve una sonrisa. Era shadar a pesar de ser pequeño y estar al mando de un grupo de trabajo gunni. Tenía una barba bastante grande comparada con el típico metro ochenta o más de sus compañeros de religión. No era un hombre de la Compañía. Me había fijado en que por aquí todos los hermanos comprometidos llevaban algo que los identificaba, generalmente alguna versión tosca del cráneo escupecfuego que habíamos adoptado de Atrapa Almas hacía veinte años. Tal vez pensaban que eso les ayudaría a protegerse de lo que atravesara la Puerta de las Sombras.

—¿En qué puedo instruirte, portaestandarte?

Oh, ese hombre tenía talento. Sin aventurarse ni un ápice, desde el decoro más absoluto, me hizo saber exactamente en qué le gustaría instruirme, justo después de que me inclinara y me agarrara los tobillos.

—Me gustaría saber cómo habéis determinado esta distribución. Especialmente dónde solía estar la propia puerta, si lo sabes, y dónde están los puntos más débiles.

—¿Quieres saber por dónde se están colando las sombras?

—¿Acaso tartamudea, bola de pelo? —inquirió Cangilón.

Hice un gesto tranquilizador.

—Es simple, sí. Por dónde se están colando.

—Por todas partes entre esas dos marcas amarillas. —El pequeño shadar frunció el ceño a Cangilón—. La zona roja es lo que debió de haber sido la verdadera entrada original.

—Gracias. Intentaré no molestarte más.

El shadar murmuró:

—¿Es que nunca van a cesar los milagros?, —mientras yo me iba pisoteando el terreno. Cangilón pensó en ajustar la actitud del hombre pero decidió que no merecía la pena molestarte, ahora no. Pero sí más tarde, cuando yo no anduviera por allí.

A unos metros por debajo de la Puerta de las Sombras había colgadores de antorchas y restos de hogueras que se habían usado para producir luz la noche anterior. Había búnkeres de petróleo donde los soldados se habían echado a esperar a

las sombras, con la única protección de unas velas repelentes y de su suerte con las varas de bambú. Había dos torres destartadas de tres metros que alguien había levantado para poder disparar desde arriba.

Avancé entre el zumbido hasta que ya no me sentí cómodo, que fue justo al borde del polvo de tiza rojo. Desde allí pude distinguir los restos de la puerta caída. Debía de haber sido verdaderamente grande en su tiempo. Parecía que había sido lo bastante amplia para permitir el paso de cuatro hombres marchando uno al lado del otro. Pero no había ningún signo de que hubiera habido nunca un foso o una zanja ni nada semejante. Y una zanja es la forma más antigua de construcción defensiva que existe. Perdura hoy en día debajo de cada muro que no sea una monstruosidad de la ingeniería como los murallones que rodean Atalaya y Dejagore.

Eso implicaba que los constructores olvidados no habían sido conscientes de la amenaza desde abajo.

Todavía había algunos conjuros fuertes en la Puerta de las Sombras. Se podía sentir cómo rugían si los presionabas con la fuerza suficiente.

No forcé mi suerte.

Musité:

—¿Por qué el camino está en condiciones casi decentes mientras todo lo demás aquí casi ha desaparecido por completo? —Cuanto más lejos miraras cuesta arriba mejor conservado estaba el camino.

Nadie ofreció una opinión. Lo más probable era que a nadie le importara un carajo. Ya era bastante malo que tuvieran que estar allí.

Bajé dando un paseo de vuelta hasta el estandarte. De alguna forma, vagamente, parecía haber cobrado vida. Sentí una vibración que venía de él también. Parecía estar centrada en la punta de la lanza, lo cual encajaría con las teorías de Matasanos sobre la Lanza de la Pasión.

Thai Dei, Cangilón e Isi sintieron lo que yo sentí, pero no sabían lo que era. Le dije a Thai Dei:

—Quiero llevar el estandarte hasta donde sea la primera cosa con la que se encuentre una sombra cuando atraviese la puerta. Que se enteren de que los chicos han vuelto. —Luego le dije a Isi—: Esta noche no debería ser tan peligrosa. Dama cree que tiene a Sombra Larga bajo control. Puede que incluso consiga cerrar completamente la Puerta de las Sombras antes de que anochezca. —Cosa que yo dudaba porque eso ya no quedaba muy lejos.

El alivio en la cara de Isi era casi cómico.

Un par de soldados pillaron parte de lo que dije y se desperdigaron a desencadenar rumores que, sin duda, se harían cada vez más gordos al pasar de boca en boca. Cangilón refunfuñó:

—Estoy impaciente por ver el giro que ha dado eso para cuando vuelva.

¡Uf! No queríamos que ningún tagliano que aún fuera leal al prahbrindrah Drah confiara demasiado en su seguridad.

—Solo puede que lo consiga —dije.

—Aunque la deje más cerrada que el coño de una virgen, aún hay un huevo de sombras que salieron de allí anoche y todavía se están escondiendo debajo de las rocas y de todo lo demás esperando a la puesta de sol. —La oscuridad siempre llega—. Todavía no nos hemos librado de los problemas. Ni de lejos.

Yo también me aseguré de que me oyeran decir eso.

«Yo te enseñaré a temer a la oscuridad». ¿Quién dijo eso? El primer marido de Dama, tal vez, antes de que yo naciera. Desde luego era alguien que aprendió su propia lección tiempo atrás en uno de los viejos Anales.

Añadí:

—Vamos a tener que enfrentarnos a ello cada noche durante mucho tiempo.

—¿De verdad vamos a subir ahí? —preguntó Cangilón, señalando, cuando nadie más que Thai Dei podía oírlo. Aunque no consideraba que la pregunta fuera un secreto importante, si no, lo habría preguntado en un idioma que Thai Dei no conociera.

—Puede ser. Pero no sé cuándo. El Viejo sigue hablando de cosechar para no tener que matarnos unos a otros para conseguir comida. —Mientras hablaba intenté imaginarme de qué tamaño podría ser el círculo de influencia que proyectara el estandarte. Con la ayuda de Thai Dei lo coloqué otra vez a medio radio aproximadamente desde la Puerta de las Sombras y a media línea sobre el viejo camino. Después volvía bajar y convencí a un par de vehdna para que nos dejaran tomar el mando de su búnker de primera línea. Fue divertido. Apenas discutieron.

El caballo de Dama me había seguido todo el tiempo, manteniéndose apartado, pero sin perderse nada. Le dije:

—Muchísimas gracias. Ahora puedes volver con tu jefa. —Yo siempre hablo con el mío como si fuera un igual. Si tratas bien a los animales, ellos harán cualquier cosa. Incluso llevar a alguien hasta Taglios. O de vuelta.

El caballo protestó menos que los vehdna. Se fue al trote.

Me pregunté qué tal le irían las cosas a Dormilón.

Todavía no había podido alejarse mucho. No había pasado tanto tiempo desde que todo se convirtió en mierda.

Capítulo 78

Las rayas de polvo de tiza definían campos de fuego para los soldados, para que pudieran cargarse a las sombras con más eficacia. Pero, aunque brillaban, la tiza no delataba a las sombras completamente.

Dama me había dado algunas herramientas e instrucciones sobre cómo usarlas. Se supone que yo resistiría cualquier tentación de tomar atajos.

Muchos soldados vinieron a mirar. Los taglianos se sentían intimidados porque un hombre que no era ni sacerdote ni hechicero sabía leer. Me hicieron sentir como un bicho raro.

Básicamente, las indicaciones de Dama eran que colocara tiras de cuerda de cuero en semicírculos alrededor de los pasajes más peligrosos, que era donde se había encontrado la puerta original. Luego se colocaban más cuerdas como radios de una circunferencia.

Todo tenía que hacerse con mucho cuidado. Ninguno tuvo en cuenta la presencia del estandarte. Si Dama sabía que el estandarte era especial no se lo tomó muy en serio.

Me hundí por la trampilla del búnker que nos habíamos apropiado. Había un metro escaso desde el suelo hasta el techo. Había sitio para cuatro hombres y un montón de bambú. El sitio apestaba. Nadie había salido después de oscurecer, por mucho que acuciara la necesidad. Como refugio era ligeramente mejor que estar sentado fuera bajo la lluvia.

Dije a todos los que estaban mirando:

—Cuando una sombra cruce una de las cuerdas de cuero chispeará, así no solo sabremos que ahí hay una, podremos seguir sus movimientos. Mientras mantengamos la calma podremos cargárnoslas sin malgastar ninguna bola de fuego.

La situación allí era funesta. Una repetición de la noche anterior significaba que no muchos hombres verían otro amanecer.

—No es que esto se parezca mucho a un colchón —dije a Thai Dei, mientras palmeaba el suelo—. ¿Por qué no descansas un poco? —Pasara lo que pasara, yo tendría que dormir más tarde para poder merodear, si es que eso me funcionaba otra vez.

Salí gateando y me coloqué en un cómodo bloque de la antigua muralla. Estudié el tejado de mi nueva casa. Se había creado con una tienda de campaña tomada de los hombres de Lugar de las Sombras. Por todas partes a mi alrededor vi riquezas de saqueos arrebatados a nuestros enemigos. Tanto que en un mes más estaríamos tan demacrados y enfermos como estábamos cuando rompimos el asedio de Dejagore.

La gran ventaja con que amenazábamos a nuestros enemigos ahora era que todavía estábamos por allí. Podíamos fingir que todavía éramos un ejército. El grupo

de Mogaba era lo mejor que habían dejado.

¿Qué haría Mogaba cuando se enterara del desastre de Sombra Larga?

Hablando de desastres, noticias terribles se dirigían hacia mí.

Al final de la cuesta, donde el camino hacia el sur renunciaba a su última pretensión y se convertía en un sendero de suciedad erosionada, se encontraba tío Doj mirando hacia la Puerta de las Sombras. Si hubiera llegado un poco más tarde habría estado demasiado oscuro para reconocerlo. Madre Gota estaba a cincuenta metros por detrás de él, todavía moviéndose, despotricando tan alto que pude entender fragmentos desde donde estaba sentado. Los dos llevaban bultos, lo que sugería que planeaban instalarse conmigo otra vez. Se habían convertido en *okupas* profesionales.

Lancé una piedra a un cuervo. No fue un gran esfuerzo y el cuervo mostró poco entusiasmo por quitarse de en medio. Solo se ladeó. No había muchos pájaros alrededor ahora que la penumbra se estaba haciendo más densa, aunque había sido muy rara la poca cantidad que había habido a lo largo de todo el día. Curioso. No había visto nada que explicara la ausencia de las bandadas habituales. Nadie había empezado a asarlos.

Tal vez habían salido todos a cuidar de mamá.

Me senté junto a la entrada del búnker.

—Thai Dei. ¿Cómo es que tu madre y tío Doj están aquí?

Thai Dei echó un vistazo afuera, miró abajo a la larga ladera, masculló algo en nyueng bao grosero, volvió a entrar y se tumbó. Cualquiera habría pensado que no tenía respeto por sus mayores.

No respondió a mi pregunta.

Examiné el amuleto que no había devuelto a Matasanos. Consideré la altura de mi vela repelente de sombras. Deberíamos estar bien.

Eso esperaba.

Alguien mucho más listo que yo dijo una vez: «No te fíes de los magos».

Cerré los ojos y esperé.

—Murgen, ¿conoces a un par de tipos llamados Bamboleo y Leadbeater?

Abrí los ojos.

—Rubro, feo hijo de puta. ¿De dónde has salido? Hace medio año que no te veo. Joder, ¿cómo estás?

—¿Qué es eso? Hace tanto tiempo que he olvidado cómo se hacía. Pero todavía tengo todas mis extremidades y todavía respiro.

—Eso te convierte en un ganador en el juego soldadesco. Sí. Recuerdo a Bamboleo. Era jaicuri. Todas las personas que conoció en su vida murieron durante el asedio de Dejagore. Se quedó con nosotros después de salir de la ciudad. Era picapedrero de profesión. Estaba con nosotros cuando atrapamos a los Impostores en

la Arboleda de la Condena.

—El mismo. Hizo una buena actuación también en Charandaprash.

—¿Y el otro? ¿Leadbeater? No lo conocí.

—Era una especie de hombre de Lugar de las Sombras. Un prisionero de guerra que empezó haciendo el trabajo sucio y poco a poco se convirtió en uno de nosotros. Tomó el juramento hace solo cosa de un mes.

Lo sabía, pero tenía que preguntar.

—¿Qué pasa con ellos?

—No lo lograron anoche. Tenía que decírtelo, ya que tú siempre quieres anotar todas esas cosas en los Anales.

—Gracias. Aunque no sé si me gusta esto o no.

—¿El qué?

—El único momento en que la mitad de vosotros me habláis es cuando le han volado el culo a alguien. Entonces venís porque queréis que me acuerde de ellos.

—Escápate del cuartel general, Murgén. Vente aquí al campamento de avanzada. Deja de ser uno de ellos y vuelve a ser uno de los nuestros.

¡Maldita sea! Al parecer había pasado de mano de obra a dirección sin saberlo.

—Puede que tengas razón. Se acercan algunos cambios ahora que los Maestros de las Sombras están aniquilados. Lo tendré en cuenta.

Rubro gruñó. No estaba convencido, pero se dirigió de vuelta a su comando satisfecho por haber cumplido con su deber.

Me enrosqué sobre mí mismo bien apretado, temblando. Corría un viento frío desde la meseta. Probablemente fuese mi imaginación, pero pensé que había un tufillo a Kina en él. Recordé el viento persistente que acecha el lugar de los huesos. Hacía que el estandarte se balanceara. Pensé en amontonar más rocas en la base, pero no pude encontrar las fuerzas.

También pensé en una hoguera calentita, pero a este lado de Atalaya, después de la noche, la leña escaseaba. Las reservas ahora se estaban utilizando solo para cocinar. No es que hubiera mucho ya para cocinar aparte de raíz de genciana.

«Aprenderás a vivir sin la luz». Eso también estaba en alguna parte de los Anales más viejos.

Un par de botas se colocaron frente a mí. Tío Doj. Lo supe porque madre Gota estaba justo al final de la cuesta, resoplando y quejándose. Tambaleándose como ella lo hacía nunca lo alcanzaría, a menos que él esperara.

—Tío —dije sin levantar la vista—. ¿A qué debo este dudoso placer, después de todos estos meses?

—Deberías plantar el estandarte más cerca, soldado de la oscuridad. Deberías poder echar mano de él en cualquier momento. Si no, es probable que lo pierdas.

—No lo creo. Pero alguno de los fieles al prahbrindrah Drah, un Impostor, caray,

puede que incluso alguna variedad de mago de poca monta que cree que su talento es un secreto, cualquiera, pueda intentarlo. Y acabar en esa zanja de ahí antes de saber qué le mordió. —Estaba diciendo gilipolleces, pero él no lo reconocería. No había hecho algo así en el pasado—. Sabe quiénes son los tipos buenos.

Madre Gota subió renqueando. Llevaba una carga tan grande como ella, todas las cosas útiles que pudieron salvarse de nuestra antigua casa y de las ruinas de Kiaulune. Eso incluía un montón de leña.

Decidí no ser totalmente mordaz, mientras durara la leña. En este mundo hay cocineros peores que madre Gota. Entre ellos se encuentran su hijo favorito y su yerno.

Tío Doj, como era a la vez varón y lo que pasa por casta elevada entre los nyueng bao, llevaba a Varita de Fresno y un bulto bastante poco atractivo.

Madre Gota se deshizo de su carga, se apoyó sobre las manos y las rodillas y empezó a gatear dentro del búnker. Cuando alcanzó mi mirada no pude evitar sonreír. Empezó a murmurar maldiciones que, sin duda, iban dirigidas al tipo de destino malvado que desencadenó un terremoto en un momento tan inoportuno.

La tierra se movió. Un Ojo oiría hablar de eso durante no importa cuántos siglos más él anduviera por aquí.

Dije:

—Deja descansar a Thai Dei. Va a ser otra larga noche. —Al inclinarme, tío Doj reparó en el pequeño tubo de bambú que me había metido en el cinturón a mi espalda.

El frío viento se estaba haciendo más fuerte. La tela del estandarte reventó y se rajó.

Tío Doj entornó los ojos hacia la ladera oscurecida, ojeó el búnker y me miró como si estuviera fraguando serias reservas sobre haber tenido que dejar el pantano. Dije:

—A veces hay que vivir así cuando se hace lo que yo hago. —Madre Gota salió arrastrándose, todavía farfullando, verbalizando lo que tío Doj estaba pensando. Les recordé—: Os invitasteis vosotros solos.

Tío Doj abrió la boca, pero venció el impulso de discutir. Se colocó al otro lado de la entrada del búnker, con Varita de Fresno sobre su regazo. Gota procedió a explorar el vecindario, recogiendo piedras. Nuestros vecinos no pusieron objeciones pese a que las rocas empezaban a parecer la única medida de riqueza en este extremo del mundo.

Cerré los ojos. Suavemente, solo por ser mosca cojonera, silbé una melodía que a Sari le gustaba canturrear cuando estaba contenta.

Como hace siempre, la oscuridad llegó.

Capítulo 79

Me dejaron dormir. Y dormí a pesar del frío y el viento, el olor a comida y mis propios ronquidos. Cuando anocheció del todo me solté de lo que me amarraba a la carne, lentamente. Durante un rato me sentí como unos jirones agitándose en una brisa fantasmal. No me esforcé mucho por ir, ni tampoco por quedarme. El regreso de tío Doj, con todos sus desventurados avisos, había motivado un gran sopor.

La voluntad de mi corazón fue la brisa que me llevó al norte. Ganduleé por montañas y atravesé campo abierto, más allá de todas las ciudades conquistadas. Encontré a Dormilón en el camino de Taglios a Dejagore. Comprendió que no correría ningún peligro si seguía avanzando. Ningún agente de la radisha podía correr más que el corcel que él montaba.

La radisha seguía consternada por su escapada. Era crucial para la conspiración que todos los hermanos de la Compañía fueran atrapados o asesinados. Si uno solo escapaba la plaga volvería. Al igual que Narayan Singh, ella lo sabía. La oscuridad siempre vuelve. Ya lo había visto tras el desastre de Dejagore.

Estaba aterrada. Estaba convencida de que el Año de los Cráneos comenzaría en breve si cualquier parte del gran plan fallaba. Tenía mucho que decir sobre Atrapa Almas y no eran cumplidos. Para conseguir librarse de un temido aliado, puede que hubiera contratado a otro que era mucho peor.

Recordó los trucos y tratos de Almas de hacía algunos años. Sabía perfectamente que Atrapa Almas era menos predecible que cualquier desastre natural.

Los últimos temblores se habían sentido en Taglios aunque allí no habían causado ningún daño. Algunas personas temían que eso significara que los dioses (algún gran poder) estaban molestos por lo que les habían hecho a la Compañía Negra.

Matasanos había mencionado tantas veces la costumbre de la Compañía de devolver las traiciones que algunas personas ya se estaban preparando para la tormenta de venganza. De nuevo eso estaba relacionado con el terror al nombre de la Compañía que nadie quería, o posiblemente no podía, explicar.

¿Podía eso simplemente haberse colado en cada corazón desde algún misterioso origen, que nunca haya tenido ningún fundamento? ¿Era una vieja engañifa de Kina?

Ciertamente tenía que meter la nariz en esos viejos Anales que estaban escondidos en esa habitación donde... ¡Oy, uy!

La radisha tenía guardias y soldados buscando a Humo sistemáticamente. Los conjuros de confusión de Un Ojo no podrían resistir un empeño tan ambicioso. No podrían confundir todos los sentidos de tantos hombres continuamente.

Ella no podía esperar encontrar a Humo vivo. Solo querría saber qué había sido de él. De todos modos, no quería que ella mirara. Podría encontrar mis libros.

Estúpido, estúpido. Podía haber dicho a Dormilón que los recogiera cuando

estuvo allí. Si hubiera invertido un poco de previsión y hubiera hecho algunos planes, podía haber hecho que matara varios pájaros de un tiro. Tenía que empezar a pensar así. Ya no teníamos opciones que despilfarrar.

La radisha estaba encerrada con los sacerdotes más poderosos. Cada vez que visitaba Taglios, aunque no hubiera pasado más de un día, daba la impresión de que los sacerdotes habían ganado influencia mientras los comerciantes y fabricantes acaudalados, muchos de los cuales debían su fortuna a la existencia y las proezas de la Compañía, cada vez estaban menos favorecidos. A no ser que fuesen sacerdotes lo bastante listos para haber utilizado su posición para sacar provecho durante el auge de los ejércitos taglianos. Sería interesante ver lo bien que la nueva burguesía se las había arreglado para despojarse de las antiguas formas de pensar a medida que aumentaba el riesgo eclesiástico. ¿Había algún tagliano nativo con las pelotas lo bastante grandes para reaccionar?

El empeño de la radisha por jodernos la había llevado a la cama con hombres detestables y a estar en desacuerdo con personas que pensaban como ella.

La reunión parecía otra sesión de persuasión por las malas. Los sacerdotes querían más concesiones del Estado a cambio de apoyo eclesiástico.

Se podía ver a la radisha pensando que Dama había tenido una buena idea cuando aniquiló a tantos de sus predecesores.

Me encontraba de un humor perverso. Bajé hasta quedar junto a la oreja de la Mujer.

—¡Bu!

Saltó. Se apartó y miró al vacío, su casa había perdido el color. La habitación se quedó en silencio. Los sacerdotes parecían agitados. Ellos también habían notado algo. Encendí oscuras chispas de terror dentro de ellos. Intenté probar con una risa maléfica. También les llegó un poco. Sentí cómo el oscuro temor llenaba la estancia.

La radisha temblaba como si la temperatura hubiera descendido hasta pleno invierno.

Ya era la época de siembra en la zona de Taglios.

Susurré al oído de la radisha:

—El agua duerme. —Eso no lo oyó, pero no le hacía falta para asustarse más. Es un refrán de mi gente: «Incluso el agua duerme. Pero el enemigo nunca descansa».

Sari estaba dormida cuando llegué al templo de Ghanghesha. En su habitación se filtraba la luz suficiente para poder ver que estaba allí. Floté durante un rato, disfrutando de estar cerca de ella. No la molesté. Necesitaba dormir.

En cuanto a mí, yo era inmune a esas cosas.

¿Por qué había luz?

Los sacerdotes habían colocado un par de farolillos fuera de la celda de Saha.

Los acontecimientos de la otra noche debieron haberlos inquietado.

Tenía que estar ganando poder para comunicarme fuera del mundo fantasma.

¿Era una buena idea intentarlo? ¿Quería que la gente por todas partes supiera que estaba pasando algo? No haría daño asustarlos, claro que no. Pero, por otro lado, tomarían medidas para ocultar todas sus diabluras.

Di una vuelta por el templo, en busca de evidencias de cambios de actitud manifiestos en los sacerdotes. No encontré nada fuera de lo normal, aunque los acólitos que se encargaban de las ceremonias nocturnas estaban más nerviosos que de costumbre. Volví a planear sobre mi cariñito.

¡Maldita sea, estaba preciosa! Maldita sea, cada vez iba a resultar más y más difícil no mencionar mi desengaño a tío Doj y madre Gota. ¡Qué demonios! Puede que estuviéramos llegando a un momento en que plantear preguntas fuera apropiado. Estaban muy lejos de casa. No tenían a dónde huir.

Sari abrió los ojos. Mi rabia se esfumó. Un instante después me miró casi directamente y sonrió con su maravillosa sonrisa. El pescado y el arroz debían de ser buenos para los dientes porque ella tenía la dentadura más blanca y más perfecta que había visto en mi vida.

—¿Estás aquí, Mur? Te siento muy cerca de mí en este momento.

—Estoy aquí —le dije al oído, sin una pizca de la crueldad que había mostrado con la radisha. Sari probablemente no logró oír ninguna palabra, pero entendió que había tenido una respuesta.

—Te echo mucho de menos, Mur. Ya no me siento uno de los míos.

Porque no te van a dejar serlo. La abuela Hong Tray no aguantó para controlar las consecuencias de sus barboteos sibilinos. El abuelo Ky Dam no aclaró si las declaraciones de Hong Tray eran para siempre.

Por supuesto, la situación actual podía ser exactamente lo que la anciana señora había pensado. Tampoco escribió nunca nada para mí.

Los mejores de la casta adivinadora nunca se equivocan porque nunca graban nada en piedra.

El momento con Sari terminó sin mi consentimiento. Parecía inquieta como si sintiera mi retirada. Hice lo que pude, pero no conseguí mantener mi posición.

Algo en el mundo real insistía en reclamar mi atención.

Cuando me marchaba de la celda de Sari varios sacerdotes entraron sin ser llamados. Uno preguntó:

—¿Con quién estás hablando, mujer?

—Con fantasmas —respondió mi amada, mostrando la más dulce de sus sonrisas.

Capítulo 80

Al principió pensé que había sido una esquirra de sílex que me estaba pellizcando el culo lo que me había traído de vuelta. Dolía la muy cabrona. Pero cuando la saqué de debajo noté movimiento en el fondo estrellado que me quedaba al sur. Una voz inquirió:

—¿Estás despierto ahora, portaestandarte?

Sindawe.

—No lo dudes. Estaba teniendo un sueño maravilloso.

—Ya que el Viejo quiere que nos echés un ojo pensé que sería útil que vieras lo que está pasando. —A diferencia de la mayoría de los nar, Sindawe tenía sentido del humor. Incluía una irreverencia considerable hacia la autoridad, aunque él mismo representaba a la autoridad. Debió de haber vuelto loco a Mogaba cuando eran grandes amigos. A menos que Mogaba hubiera empezado igual que él y se le hubiera pasado con el tiempo. Muchos vejestorios amargados empezaron siendo buenos tipos.

Tuve que revolearme sobre las manos y las rodillas para hacer palanca para levantarme.

—Estoy tieso como un tronco —refunfuñé.

—Cómprate un colchón mejor.

—Lo que me hace falta es un cuerpo mejor. Como de unos quince años más joven. De acuerdo, ¿qué está pasando?

—Pensé que querrías ver lo que está pasando en la Puerta de las Sombras.

—Nada malo, por lo visto, si no no andarías por ahí haciéndote el machote en la oscuridad. —Esta noche no había hogueras. Tampoco había más almas intrépidas deambulando por ahí como Sindawe. Pero la ausencia más asombrosa era la de bolas de fuego voladoras. Por aquí. Había alguna pequeña explosión ocasional en la cara más lejana de Atalaya.

Sindawe se dirigió ladera arriba, aunque eso no era necesario. Pude sentir la Lanza. Parecía estar despertándose. Pude ver las chispas mientras las sombras probaban mis cuerdas de cuero. Sentí un movimiento frustrado más allá de las chispas.

No sentí ningún miedo.

Siempre antes de haber sentido miedo había sombras lo bastante cerca para notarlas.

Las sombras se volvieron más enérgicas. También las chispas. Empezaron a rajarse y explotar. Los soldados mostraron una contención extraordinaria. Ni uno de los hombres se volvió majara y roció la ladera con bolas de fuego. Ellos tampoco tenían miedo. O tal vez simplemente eran lo bastante aguerridos para comprender que uno puede engañarse a sí mismo. Especialmente después de una prueba como la de

anoche.

Los estúpidos y los nerviosos estarían más allá en aquella trinchera que los supervivientes habían excavado de tan mala gana.

—El cielo se está despejando —observé, quizá solo por decir algo. Por encima de la pendiente delante de nosotros estaba tan claro como cuando subía por encima de las nubes en el mundo fantasma.

—Mmm. —Sindawe rara vez derrochaba palabras en conversaciones triviales.

—¿Reconoces alguna de esas constelaciones?

—No. Era como si estuviera mirando un cielo completamente desconocido.

—Hay demasiadas estrellas para distinguir alguna forma.

—El Lazo —dijo una voz desde detrás de mí. Me sobresalté. No había oído acercarse a nadie. Y no hubiera esperado que la persona que hablaba se moviera silenciosamente.

—¿Madre? —Las chispas de la Puerta de las Sombras producían la luz suficiente para dejar ver dónde se encontraba. Una forma que podía haber sido Thai Dei se vislumbraba detrás de ella, mirando fijamente a la luz del sur.

—Estaba en el libro de mi madre. Formaba parte de un cuento de hadas que nadie entendía. Que ya nadie sabía de dónde venía. Trece estrellas que forman un lazo.

No veía nada por el estilo. Se lo dije. Madre Gota debía de haberse quedado pasmada en otro siglo, porque hacía cosas que no eran propias de ella. Me agarró por el brazo, tiró de mi cabeza hacia abajo y me hizo mirar siguiendo la línea del brazo con el que señalaba. Finalmente admití:

—Veo algo que parece un cucharón boca abajo justo ahí encima de lo que debe de ser la línea del horizonte.

—Eso es, soldado de piedra idiota. Tres estrellas están escondidas porque las tapa la tierra. —Seguía estando particularmente seria.

—¿La reconociste, a falta de tres estrellas, por una descripción en un cuento infantil?

Un estallido especialmente brillante entre las cuerdas de cuero dejó ver que la mujer me estaba mirando fijamente, embellecida con una expresión de profundo atolondramiento. También dejó ver a Thai Dei a su lado. Tenía una mirada de exasperación que se desvaneció en el instante en que se dio cuenta de que podía verlo.

—Gota, estás ahí. Sobrino, ¿qué es este despliegue?

Desde mucho más cerca de lo que yo hubiera creído que podía estar, Thai Dei dijo:

—Los soldados de la oscuridad han detenido la fuga de la muerte. —Habló deprisa en nyueng bao. Usó varias palabras que no pude distinguir. Dependí del contexto para desenmarañar su significado.

Tío Doj dijo a madre Gota:

—Te he advertido que tengas cuidado con tu lengua...

—Yo te advertiré a ti, charlatán de feria. —Creo que fue «charlatán de feria» lo que dijo. Envuelto entre las palabras que escogió había una raíz que significaba «farsante», con un prefijo superlativo delante.

Sonaba como una palabra de la misma familia que «sacerdote». Hoja se habría divertido. Yo me estaba divirtiéndome.

Gota se había contenido con Doj en el pasado, comparado con cómo había recriminado a todos los demás. Normalmente posponía lo de tío Doj, aunque con poca cortesía. Ahora reñían como niños.

Tuve la impresión de que su riña no tenía nada que ver con lo que querían discutir en realidad. Aún así, la disputa estaba interesante en la medida en que podía entenderla.

La misión especial de Thai Dei en la vida era aguar las fiestas. Hizo callar a esos dos y los abochornó el tiempo suficiente para caer en la cuenta de que estaban discutiendo en medio de todos los Guerreros de Hueso del mundo, por lo menos uno de los cuales entendía sus chorradas.

Doj respondió al instante. Cerró la boca y fue a dar un paseo. Dije:

—Espero que no se lo cargue ningún tipo nervioso en la oscuridad. —Thai Dei fue tras él.

Gota cerró el pico solo porque la salida de Doj la dejó dirigiendo ambos lados de la discusión. Consideró empezar de nuevo conmigo. Pero recordó que, fuera lo que yo fuera de su hija, también era un soldado de la oscuridad. En cualquier caso, no era nyueng bao y solo las lombrices de tierra están por debajo de eso.

Yo también estaba de un humor de perros, después de que me despertaran antes de tiempo. Dije:

—Ha sido divertido.

Gota se alejó airada y chisporroteando.

Pregunté a la oscuridad en general:

—¿Alguien sabe algo de una constelación llamada el Lazo? ¿O alguna historia que hable de ella?

Nadie sabía nada. Naturalmente.

Durante los días siguientes hice la pregunta a cada persona con la que me topaba y siempre recibí una respuesta negativa. Incluso Narayan Singh, un recurso lógico de información sobre lazos, parecía no estar familiarizado con la constelación. No lo dijo con tantas palabras, por supuesto, pero Dama conocía la tradición popular de los Impostores y no sabía nada, ni tampoco fue capaz de sacarle nada al santo viviente.

El pobre hombre parecía estar destinado a ser el mártir viviente Narayan Singh. La línea quiromántica de su existencia consistía en un terror implacable.

Después de asegurarme de que la Puerta de las Sombras estaba resistiendo, deambulé de vuelta a mi búnker. El estandarte parecía casi fulgurante de poder. Algo digno de mención estaba pasando allí. Tendría que ir a ver a Matasanos. Si el interior de mi muslo se curaba lo suficiente. Si conseguía dormir.

Mis parientes no eran ningún problema. Ninguno había vuelto a nuestro pequeño y asqueroso búnker. Tenía el suelo de piedra y la peste para mí solo.

Me dormí en cuanto apoyé la cabeza sobre la almohada de roca.

Capítulo 81

Durante un rato solo dormí. De hecho, estoy convencido de que tuve sueños normales, aunque ahora no puedo recordarlos. Luego, poco a poco, mi espíritu se soltó de sus amarres otra vez, de una forma casi desordenada, confusa, que podría haber indicado dificultad para liberarme. No sentí ninguna resistencia, pero no estaba intentando ir a ningún sitio, solo estaba dejándome llevar.

Floté hacia arriba. Hizo falta un esfuerzo de voluntad, pero me dirigí hacia el sur, mientras intentaba encontrar el lazo de estrellas que había hecho que madre Gota se disgustara. Sí, ahí estaban. Pero tuve que subir trescientos metros para verlas todas e incluso entonces no fue fácil distinguirlas. Habían bajado drásticamente en muy poco tiempo.

De hecho, cuando lo consideré, no pude entender cómo podían haberse elevado lo bastante alto para verlas desde la Puerta de las Sombras.

De todos modos no dejé que me inquietara. Había centrado mi atención en algo que había en la llanura de piedra. Por un instante vi un espectro de pálida luz ahí fuera, donde vislumbré aquel cúmulo de oscuridad hacía algún tiempo. ¿Había algo ahí fuera?

No fui a mirar. Ni se me ocurrió intentarlo. Retrospectivamente, no puedo entender por qué. ¿Cómo podía no surgirme el impulso? ¿Cómo pude no acometer activamente la elección de investigar o no investigar? No lo sé. Simplemente hice como «mmm» y seguí adelante en mi aventura fantasmal.

Rechacé impulsos de buscar a Mogaba y a Goblin. Puedo ser vago hasta cuando el único trabajo que tengo que hacer es pensar. Encontrarlos supondría estar un rato de acá para allá, calculando. Para, probablemente, luego no lograr nada. Así que en vez de eso decidí espiar a Atrapa Almas. A estas alturas debería estar lo bastante recuperada como para estar refunfuñando y maquinando y puede que haciendo algo interesante.

O puede que simplemente se encontrara tumbada, durmiendo.

Atrapa Almas estaba simplemente tumbada, durmiendo. Rodeada de bosques en los que cada rama y cada astilla presentaba toda una caterva de cuervos. Parecía que todos los cuervos del mundo se habían reunido alrededor del escondrijo.

Era poco probable que se murieran de hambre en una temporada.

Habían estado viviendo bien. La tierra debajo de ellos ya estaba enterrada bajo sus excrementos. Las sombras fluían por debajo, lloriqueando porque los cuervos no bajaban a jugar.

Como si yo mismo fuera una sombra me colé en la cueva de Almas. Me topé con

los hechizos que había tejido para mantener a raya a la oscuridad. Por un momento también se opusieron a mí, pero yo era bastante distinto y pude encontrar una forma de atravesarlos.

¿Almas estaba durmiendo? ¿Con cuánta frecuencia ocurría eso?

La Hija de la Noche no estaba dormida. Y era una niña sensible. Sintió mi llegada. Se incorporó en su cama de agujas de pino.

—¿Madre?

Almas tenía un sueño muy ligero. Se irguió de un brinco, alerta, girándose como si buscara el peligro. Llevaba puesta la máscara que había sido uno de sus distintivos en los viejos tiempos. Ultimamente casi siempre había prescindido de ella, pero yo rara vez la había visto en público. Y nunca en carne.

Se parecía a Dama aunque tenía rasgos aun más delicados y un aire más sensual.

Matasanos afirma que se resistió a sus seducciones. Públicamente lo creo, pero no sé cómo se las arregló. A mí me costaría pese a la devoción que siento por Sari.

Tal vez fuese que él ya tiene una edad.

El escondite de Almas estaba iluminado por un farol que colgaba del techo de la cueva. Era similar a nuestras velas repelesombras. No brillaba pero su luz no dejaba ningún sitio en el que ninguna pequeña muerte pudiera esconderse.

—¿Qué dijiste? —La voz que usó Almas era la de un hombre al que le habían hecho pedazos la garganta y solo podía hablar con un susurro carrasposo. Solo que este susurro estaba cargado de malicia, era una voz que estaba a la altura de la espantosa reputación que solían tener los Diez Que Fueron Tomados. Contenía la compasión de una serpiente, la misericordia de una araña.

La Hija de la Noche no reaccionó. Por su respuesta, Atrapa Almas podía no haber estado allí.

Almas rio tontamente, como una niña que comparte susurros sobre chicos.

—La resistencia no tiene sentido. La tenacidad es absurda. No hay nadie que te ayude. —Esa era la voz de la desesperación. También sonaba áspera, pero era como el último discurso de un hombre muriendo de cáncer—. Eres mía y puedo utilizarte como me plazca. Y me place que me digas qué acabas de decir.

La niña levantó los ojos. En ellos no había ningún cariño hacia su tía.

Atrapa Almas se rio.

A veces era de lo más cruel.

Hizo un gesto. La niña chilló y se retorció agonizante. Luchó por contener sus gritos, no quería dar ese placer a su torturadora, pero su voluntad no podía controlar a su cuerpo, por muy poderosa que fuera.

—¿Piensas que tu madre estaba aquí? No tienes madre, ni hermana ni Kina. —Esta voz era la de un contable informando de las ganancias de la semana—. Yo soy ahora tu madre. Soy tu diosa. Soy tu única razón de vivir.

Moví mi punto de vista levemente para poder verlas mejor. Puede que mi movimiento alterara la llama del farol. Puede que un soplido de viento se arrastrara desde afuera. Por lo que fuera, Almas cerró la boca y puso mucha más atención en su entorno.

Después de un minuto durante el cual se giró, lentamente, en silencio, musitó:

—Aquí hay algo. Y tú lo notaste inmediatamente. —Volvió la risita tonta de niña—. Inmediatamente. Y pensaste que podría ser Kina. Pero no lo es, ¿verdad que no?

Atrapa Almas hizo un gesto de repente con la mano izquierda enguantada, sus dedos bailaban demasiado rápido como para seguirlos. La mocosa cayó redonda, inconsciente. Almas se colocó de espaldas a la pared de la cueva y arrastró un par de sacos de cuero andrajosos hacia ella. No pude oler nada, pero apuesto a que atufaba como Aullador. Era lo bastante presumida como para asegurarse de tener una belleza y una sensualidad increíbles, pero no lo bastante presumida como para perder mucho tiempo con la higiene personal.

Tal vez el olor podría ayudarme a alejarla si el recuerdo de Sahra no funcionaba.

Casi me pilló. No parecía que estuviera haciendo nada más que revolver entre su morralla. Y mis pensamientos me distrajeron. Me salvé porque estaba acostumbrada a vivir sola, o con cuervos. Pensó en voz alta:

—Si fuera la diosa monstruosa la olería. Y ella intentaría hacer alguna estupidez. Pero también otra persona ha estado rondando por aquí. Averigüemos quién. A lo mejor es mi querida hermana. —La voz que dijo esas últimas palabras era poderosamente despiadada.

Sacó rápidamente las manos de uno de los sacos de cuero, fue un movimiento tan súbito como el golpe de una culebra, pero yo me estaba moviendo, astutamente no hacia la entrada. Su red de hilo negro, que era de todo menos invisible, pasó como un silbido a medio metro de mí. En cuanto cayó me dirigí a la salida. No sabía si podía atraparme de verdad, pero no tenía prisa por descubrirlo.

Atrapa Almas rio. No era una risita tonta. Esta era una carcajada maliciosa de un adulto completamente desarrollado.

—Seas lo que seas, no puedo engañarte, ¿verdad?

Seguro que sí podía. Por eso estaba escapándome mientras pudiera. Igual que debían de haber sido todos los Diez, ella era mucho más espeluznante de lo que podría parecer a primera vista. La locura se filtró lentamente.

Almas hizo una serie de gestos empleando cada dedo de cada mano. Habló en una de esas lenguas que tango gustan a los hechiceros, esta probablemente era una de su infancia. Sentí que se acercaba una presencia verdaderamente horrible cuando estaba a punto de escabullir mi nariz fantasmal por la grieta que me llevaría afuera.

Una sombra entró culebreando. Se encogió. Tembló. Respondió a la voluntad de Almas. No me quedé por allí para descubrir lo que quería que hiciera.

Ya tenía suficiente con saber que Atrapa Almas había descubierto una forma de manipular a las sombras. Lo que significaba que con el último Maestro de las Sombras dando los últimos coletazos, una nueva reina de la oscuridad estaba a punto de surgir.

«Ella es la oscuridad».

Capítulo 82

—¿Tenía razón? —preguntó Matasanos.

—¿Sobre el estandarte?

—¿Sobre qué si no? —Parecía exasperado, tal vez fuese mucha tensión compartir alojamiento con Dama y la pandilla chalada de Humo, Singh y Sombra Larga.

—Probablemente. Desde luego se podía sentir. Y nada logró pasar. —Estaba hecho polvo. Me dolía otra vez la cara interna del muslo después de haber hecho la larga caminata de vuelta—. Pero no puedo demostrar que no fuera por la quincalla de Dama.

—¿Pero la Lanza hizo algo?

—Oh, sí. Todo el mundo sintió algo. Algunos probablemente incluso decidieran que tenía algo que ver con el estandarte. —Thai Dei se había quedado fuera, como hacía siempre cuando visitaba al Viejo, así que no tuve reparos en describir la escaramuza entre tío Doj y madre Gota.

—¿Y fue por esa constelación del Lazo?

—Eso la empezó. Creo que no fue más que una excusa. Los motivos de su discusión son mucho más profundos.

—¿Y todo esto acaba de empezar? —Sonrió para sí, como yo, probablemente remontándose a los asuntos de Gota con Un Ojo.

—¿Y dónde está el mago que nos protege de las mascotas? —pregunté. No estaba fuera con Humo, que era lo que esperaba que hiciera mientras yo no estaba. Dama tenía bien amarrado al pequeño jefe de bomberos.

Matasanos se encogió de hombros.

—No me está incordiando, que es lo único que quiero en este momento.

Es probable que hubiera salido a atender su destilería, que no se había encontrado en su cueva cuando las patrullas de rescate la revolviaron entera, buscando más eso que al pobre viejo Un Ojo.

Dije:

—Tuve un sueño. O tal vez estaba fuera de mí. Casi se convierte en una pesadilla.

—¿Mmm?

—Almas ha descubierto cómo dirigir a las sombras. Igual que el chico que tenemos en esa jaula de ahí. —Pero Sombra Larga estaba inconsciente. Más que Humo, que insistía en gemir cada pocos minutos.

Matasanos suspiró.

—Me decepciona, pero no me sorprende. Era lógico que diera ese paso. Y ha tenido tiempo para trabajar en ello.

—¿Vas a hacer algo al respecto?

—¿No lo he hecho ya?

—Ahí me pierdo, jefe.

—Ha descubierto cómo controlar unas cuantas sombras. Magia barata. Yo controlo la fuente de las sombras. Y no tengo que acercarme a ella, pero lo voy a hacer.

—Yo no estaría demasiado seguro en lo que respecta a Almas. Con ella nunca se sabe. Recuerda cómo nos colocó a aquel demonio Cara de Sapo.

—No doy nada por hecho, Murgen. —Eché un vistazo a su mujer, que estaba tumbada inmóvil junto a Humo—. Pero intento no dejar que la paranoia me paralice.

Mucha gente discutiría con él sobre eso. Aunque, por otro lado, había derrocado a los Maestros de las Sombras y parecía estar en buena posición para hacer que sobreviviéramos a la perfidia de nuestros aliados.

Pero ¿Atrapa Almas? No dudaba que Humo había tenido razón cada vez que insistía con lo de «¡Ella es la oscuridad!».

Capítulo 83

Un Ojo me pilló fuera de la estancia de Matasanos.

—¿Todavía está con eso su Excelentísima?

—Esto... ¿Te refieres a...? —Los oídos de Thai Dei no eran más que unos oídos bisoños que estaban cerca.

—Sabes a qué me refiero, Cachorro.

—Sí, está.

—¡Maldita sea! No puedo estar más de diez minutos cada vez, ahora que ella ha empezado a jugar. Esa maldita mujer debe de estar preocupada por su peso.

Tardé un minuto en comprenderlo. Luego me reí, recordando el hambre que solía darme.

—Podría valer para eso. Si se engancha completamente.

Un Ojo gruñó algo y se fue dando pisotones. Pero no llegó más allá de su cueva. Empezó a escarbar entre los restos como un perro que intenta sacar un conejo de su madriguera, matando el tiempo mientras esperaba a pasear con el fantasma. Fui a hacer lo que tenía que hacer, más que nada dando rodeos porque no tenía ningún deseo de volver a la Puerta de las Sombras. Después de diez minutos lanzando barro y porquerías, Un Ojo volvió hacia mí dando pisotones.

—Encontré a ese mierdecilla de Goblin ayer. Estaba a punto de saltar sobre el prahbrindrah Drah. Quiero saber qué tal salió.

—*Mmm*. —Sí. Esperaba que hubiera cogido al príncipe como prisionero si se habían metido en un concurso de machacar culos. Preferiría que su hermana tuviera miedo de nosotros a que estuviera enojada con nosotros. Enojada iba a estar si enviáramos a su hermano pequeño a la pira funeraria.

No era de las que saltan al fuego detrás de él.

—Ese cabrón estaba mejorando bastante cuando se volvió contra nosotros —dijo Un Ojo—. No hay garantías de que el canijo pueda cogerlo.

—¿Estás preocupado por Goblin? ¿Tú?

—¿Preocupado? ¿Yo? Caray, no. No me importa lo que le pase al mierdecilla. Pero si se carga al prahbrindrah Drah vamos a estar metidos en mierda tan profunda que vamos a tener que mirar hacia arriba para ver el horizonte.

—No creo que podamos enterrarnos mucho más de lo que ya estamos. Solo pueden matarnos una vez. Y ya nos han hecho saber que tienen intención de intentarlo.

Un Ojo resopló. No iba a admitir de ninguna manera que estaba preocupado por Goblin a pesar de que la ausencia de Goblin obviamente le había vuelto loco. Llevaba muchísimo tiempo sin poder pelearse con nadie. Nadie más querría jugar a eso.

Pregunté:

—¿Por qué no haces algunos trucos con tío Doj si sientes el impulso irresistible de meterte con alguien que pueda devolvértela?

Thai Dei desarrolló un interés repentino por nuestro pitorreo. Un Ojo no se animó. Preguntó:

—¿Supones que Dama tenía razón acerca de él? No da el perfil.

—¿Y tú sí? —tanto como un paria en un callejón de chabolas—. ¿Crees que se ha equivocado alguna vez en algo así?

—Todavía está en forma —Un Ojo gruñó.

Thai Dei quería saber de qué estábamos hablando, pero no encontró ninguna forma de sacarnos nada sin revelar algo él mismo. Si hubiera sido de los que parlotean incesantemente podría haber preguntado cualquier cosa y nadie habría pensado nada.

Reí entre dientes.

Perplejo, Un Ojo preguntó:

—¿Vuelves allí arriba?

—Tengo que ir. Lo dice el jefe.

Un Ojo miró enfurecido a la lejana meseta.

—¡Malditos tais! Tenían que clavárnosla por la espalda. Estaba decidido a retirarme en cuanto finiquitáramos a Sombra Larga. Pero tenían que joderme.

Y ahora tengo que ir ahí arriba, cosa que estoy deseando tanto como que me empujen un atizador caliente por el ojete. ¡Vale! Esta es la mía.

Se fue correteando hacia la cueva de Matasanos.

Dama había salido a la luz. Estaba más demacrada que nunca. Debía de haber estado paseando con el fantasma hasta no poder más. Se apoyó en un poste mientras hablaba en voz baja con uno de los mensajeros que estaba esperando una misión. Salió a toda prisa hacia el campamento. Ella me miró, arrugó la frente como si le costara recordar quién era yo. Tal vez le costara. Se suponía que yo estaba en otro sitio.

Decidí ir allí, aunque no era ningún centro de relax para soldados profesionales agotados.

Capítulo 84

Madre Gota no hablaba a tío Doj. Madre Gota no hablaba a su niño querido, pero hacía décadas que madre Gota desconocía lo que era quedarse callada. Así que madre Gota me hablaba a mí.

No estaba contenta con cómo le estaba yendo la vida, aunque se negaba a concretar delante de un soldado de la oscuridad, fuese de la familia o no.

Al parecer yo me encontraba en un ciclo de desarrollo del karma. Aguanté su despotriqué, asintiendo y gruñendo en los sitios adecuados mientras tomaba nota de los acontecimientos recientes. Dije:

—Siempre podrías irte a casa. Recoge todo y vuelve al pantano. Deja que tío Doj se hierva su propia raíz de genciana. —La raíz era un descubrimiento reciente. Se había pillado a los fugitivos de Lugar de las Sombras comiéndolo. Era una hierba común que no resultaba del todo incomible si hervías las raíces durante seis u ocho horas antes de machacarlas y convertirlas en una comida que sabía a serrín de roble blanco apelmazado. Se estaba comiendo mucho porque había poco más que encontrar por allí cerca. Matasanos todavía no había autorizado a nadie que empezara a explotar Atalaya.

Tío Doj había descubierto la raíz de genciana hacía tiempo. No había comido mucho más desde Charandaprash. ¿Cómo había encontrado tanto tiempo que pasar sentado en un sitio? A lo mejor encurtía un kilo de raíz cada vez.

—Tú, Guerrero de Hueso, ¿harías que abandonara mi deber?

Dios, sí. Cualquier cosa con tal de que dejaras de incordiar. Pero no dije eso en alto.

—¿Qué deber es ese?

Abrió la boca para contármelo, pero la prudencia nyueng bao tomó el mando. Tragó aire como un pez fuera del agua, luego, como siempre que se sentía presionada, me dijo:

—Voy a por algo de leña. —Eso lo dijo en tagliano en vez de en nyueng bao, pero me pareció bien, siempre y cuando no le hiciera preguntas.

—Buena idea.

Thai Dei vino a ponerse a mi lado mientras la veía irse. Dije:

—Pronto la Compañía volverá al camino hacia Khatovar. Tu gente tiene que decidir qué va a hacer cuando eso suceda. —Intenté coger una roca.

Pensé que no había hecho ningún movimiento delator, pero el cuervo estaba preparado. Voló por encima de la piedra silbante y me ofreció un graznido burlón por haberme molestado. Los pájaros negros seguían escaseando, pero siempre había uno junto a mí y una docena alrededor del cuartel de Matasanos. Almas se mantenía oculta, aunque no había dejado de vigilar.

Un tagliano que estaba cerca, tal vez pensando que así podría hacerme la pelota, apuntó a un cuervo con una vara de bambú.

—¡Guárdala para una sombra! —dije bruscamente—. Aún no nos hemos librado de esto. —Interesante. El tirador potencial llevaba una insignia andrajosa de la Compañía con un dibujo muy tosco. No vi a nadie armado con bambú que no luciera alguna versión de nuestra insignia. Los que mandan habían dejado de fingir que eran imparciales.

Rubro se acercó por allí y se quedó de pie apoyado en una lanza. Miró fijamente hacia el norte, observando algo en silencio. Nadie más dijo nada. Aproveché el silencio para garabatear algunas anotaciones más. Finalmente, Rubro murmuró:

—¿Os habéis fijado alguna vez en que, cuando hay la luz adecuada, se puede ver adonde va todo el mundo por allí?

—No. —Alcé la vista.

Tenía razón. Ahora mismo la luz hacía que cada pieza de metal más allá de Atalaya se reflejara justo hacia nosotros. Y un montón de metal subía por el camino que había recorrido con el inútil de Un Ojo...

—Oh, no. ¿De quién fue esta brillante idea?

Alguien quería visitar a Almas.

—Pensé que te interesaría. —Rubro recogió su lanza y se fue dando un paseo. Probablemente a buscar un agujero profundo en el que meterse—. ¿Qué está pasando? —preguntó Thai Dei.

Me encogí de hombros.

—Puede que sea el fin del mundo.

O puede que no. Puede que alguien en el búnker del cuartel general estuviera jugando a juegos mentales con los sentimientos de su hermana.

El sol siguió adelante. La luz ya no relumbraba de la fuerza en movimiento. Nadie excepto Rubro parecía entender lo que estaba pasando, pero todo el mundo sentía que algo pasaba. Mi ladera se quedó muy tranquila.

Durante un rato no pasó nada. Hice anotaciones. Vi a madre Gota hacerse más pequeña en la distancia. Parecía que planeaba rastrojar madera muy, muy lejos.

Las sombras de la tarde reptaban por las lejanas laderas de la montaña.

—Eso está oscuro —dije. Especialmente cerca de donde Atrapa Almas fue vista por última vez. Aquella oscuridad estaba creciendo...

Me quedé boquiabierto. Eso no era ninguna sombra. Era una nube de oscuridad. Borbotaba de los cañones y bosques y cubría los pies de las montañas.

Cuervos.

¡Todos los cuervos que no habíamos visto durante los últimos días!

La oscuridad se elevó como la explosión de un volcán. Empezó a propagarse.

—Esos tienen que ser todos los cuervos del mundo —dije en voz baja. La nube

seguía creciendo. Parte de ella parecía venir hacia mí.

De repente, un rayo la atravesó. El viento empezó a soplar. Empecé a perder la pista de dónde y cuándo estaba y de qué estaba haciendo. Alguien preguntó:

—¿Qué está pasando?

Una segunda voz preguntó:

—¿Qué es ese olor?

Kina. Pero no podía explicarlo.

Más rayos rasgaron el cumulonimbo de cuervos. La mayor parte de esa oscuridad se precipitó hacia mí. El hedor a Kina se hizo asfixiante. Había ruidos a mi alrededor, los oía como si estuvieran a una gran distancia. No incluían el pánico que parecía oportuno.

La oscuridad se inclinó y me atrapó, me agarró como una madre levanta a un hijo asustado. La cara de Kina estaba en la oscuridad pero no era Kina quien se apoderó de mí. Estaba enfadada. Otra vez. Estaba desorientada.

No estaba sola.

Dama estaba allí, tal vez viajando con Humo, tal vez de alguna otra manera. Los relámpagos eran obra suya, evidentemente. Tenía a Kina en una mano mágica mientras intentaba dar una azotaina a su hermana con la otra.

Almas también estaba allí. Y parecía estar entretenida, no preocupada, aunque estaba atrapada entre una diosa diabólica y una hermana que la asaría gustosamente. Atrapa Almas iría a la hoguera riéndose del fuego. La mujer estaba completamente majara.

La oscuridad me envolvió, me devoró. Intentó masticarme, pero me encontró incomible. Me escupió.

Me tambaleé como un borracho. Una voz en mi cabeza dijo: «Ahí estás, querido. Te he echado de menos. Has estado lejos mucho tiempo». La luz de la luna centelleaba en el agua negra diseminada de cadáveres que chapoteaba contra las murallas de Dejagore. Me imaginé que algo se removía en esas aguas, algo que quería agarrarme y tirar de mí hasta hundirme en la oscuridad renegrada, abajo entre los huesos desnudos. Miré a mi izquierda y ahí estaba el fallecido portavoz de los nyueng bao, Ky Dam. Su esposa Hong Tray estaba con él. Sonrieron. La vieja hizo una señal con el dedo que yo sabía que era una bendición.

La oscuridad me tragó.

La oscuridad no tenía estómago para mí. Me vomitó.

Estaba en un árbol. Mis ojos veían de una manera muy rara. Tenía que girar la cabeza así y así para ver por uno o por el otro ojo. Hombres de media docena de razas estaban masacrando a hombres de varias otras debajo de mí. Los árboles estaban asqueados. Les encantaba la muerte, pero odiaban el derramamiento de sangre.

Estaba en la Arboleda de la Condena. ¿En un árbol?

Levanté una mano para tocarme los ojos. Unas plumas blancas bloqueaban mi visión.

Perdí el conocimiento.

Fui a un centenar de sitios. Un centenar de sitios vinieron a mí. Parecía que visitaba todas las épocas y todos los lugares de los últimos años.

Estaba en la llanura de huesos. Había llegado la oscuridad. Un viento malévolo apartó los huesos de un soplido. Caí como una hoja. Los cuervos se burlaban de mí desde los árboles desnudos. Fui dando vueltas hasta una noche más profunda y en un instante estuve de paseo por el suelo inclinado del túnel donde los ancianos descansaban en sus capullos de hielo hilado.

Un gran estruendo tronó en mi cabeza. Era la encarnación del dolor, pero parecía llevar un mensaje. Intenté escuchar.

El tiempo se dilató para abarcar las palpitaciones dentro de mí que pasaron a ser una voz profunda, lenta, que aceleró hasta convertirse en Thai Dei hostigándome con preocupación en nyueng bao.

—¡Portaestandarte! Háblame.

Lo intenté, pero mis mandíbulas no obedecían. No podía hacer nada más que ruidos inarticulados.

—Está bien. —Ese era tío Doj. Abrí los ojos. Doj se arrodilló a mi lado y me puso los dedos a un lado del cuello—. ¿Qué ocurrió, Guerrero de Hueso?

Me incorporé. Mis músculos estaban débiles. Estaba agotado. Pero parecía que no había pasado el tiempo. Lancé la pregunta de vuelta.

—¿Qué pasó ahí? —Los cuervos todavía pululaban a lo lejos, pero no en nubes como había visto.

—¿Dónde? —preguntó Thai Dei.

—Allí. Donde están los pájaros.

Thai Dei dijo:

—No lo sé. Yo no vi nada fuera de lo normal.

—¿Ninguna nube de oscuridad? ¿Ningún rayo?

Tras una pausa.

—No que yo viera.

Tío Doj examinó la distancia pensativamente.

—Necesito comer algo. —Aunque no había estado de paseo con el fantasma, estaba igual de débil.

Aquel suceso era preocupante.

Capítulo 85

Me llegó un llamamiento de Matasanos. Crucé hasta allí. Habían pasado pocos días, pero el mundo ya había empezado a parecer tranquilo. Los soldados parecían menos demacrados.

Las sombras ahora no eran un problema. Para nosotros.

—Aquí estoy —le dije al Viejo. El guardia de fuera me había hecho pasar directamente.

—¿Dónde está tu suegra?

—Buena pregunta. El otro día dijo que iba a buscar leña. No la hemos vuelto a ver desde entonces.

—Un Ojo también ha desaparecido.

Me quedé con la boca abierta. Luego empecé a reír por lo bajo. La risa disimulada pasó a ser una carcajada. Al poco rato estaba doblado y era incapaz de recobrar el control.

—¿Se han fugado en plan amantes? No me digas que se han fugado en plan amantes.

—Yo no pensaría eso. Deja ya de rebuznar. Pareces un asno pariendo. —Era totalmente imposible. Señaló el lugar donde estaban almacenadas las personas importantes—. Usa a Humo. Encuéntralos.

Fui hacia allí, todavía temblaba azogado con una risa floja.

—¿Cómo es que tengo que hacerlo yo? Dama y tú ya estabais aquí.

—Estamos ocupados reestructurando el ejército. No tenemos tiempo.

—¿Ha dejado de estar enganchada a pasear con el fantasma?

—Va a tener que hacerlo. Ponte manos a la obra. Tampoco tengo tiempo para andar de cháchara. —Señaló. No estaba de un humor muy festivo. Debía de estar durmiendo menos de lo habitual.

Humo estaba solo detrás de la cortina.

—¿Qué ha pasado? ¿Has enterrado a los otros dos?

—Los escondí en lo que queda de tu cueva. Necesitábamos la habitación. Vete a trabajar.

Corrí la cortina. Él era el jefe. No tenía por qué ser un tipo majo continuamente.

Humo no parecía el mismo. Dama había hecho algo para someterlo. Parecía más drogado que comatoso.

También olía. Mal. Alguien había estado pasando de hacer sus tareas.

—Tú eres el médico, deberías saber lo que es estar limpio. Este tío está hecho un asco.

—Te traeré un cubo.

No esperé a que me lo dijera. Me puse a trabajar.

Matasanos había hecho los preparativos adecuados. Había agua para beber y pan fresco. Comí un poco de este último inmediatamente. Desde luego los altos mandos vivían la buena vida. Yo no había comido nada más que raíz de genciana durante los últimos días, y ni siquiera de eso tuve bastante. Una observación que tenía que hacerle a Rubro.

—Envía a alguien a por salchichas —murmuré. Tal vez cuando por fin encontráramos Khatovar fuese como un paraíso vehdna. Calientes y ardientes doncellas que corrieran impulsadas por una pasión irrefrenable hacia los tipos viejos, apestosos y sin don de gentes. Doncellas que se pasaran el resto de su vida cocinando montones de comida recién hecha. Buena comida.

—Deja de perder el tiempo —rugió Matasanos un rato después—. Ese pequeño mamón ya está bastante limpio.

No estaba ansioso por salir.

—Alguien debería vigilar lo que come. —Humo parecía estar padeciendo la fase inicial de una enfermedad alimenticia.

Matasanos me lanzó una mirada maléfica. Aparentemente no le importaba mucho.

—¿Te supone algún problema hacer tu trabajo?

—Gruñón, gruñón.

Me suponía un problema salir. Había sido espantoso ir dando golpes entre Almas, Kina y el lugar de los huesos el otro día. Había explotado una reserva de miedo que no sabía que tenía.

En particular no me gustaba ser un pájaro. Esa parte no la había entendido en absoluto.

Ahora Almas sabía que yo podía pasear por el mundo fantasma sin sus manipulaciones. A lo mejor podía porque ella había abierto el camino. Ahora temía que pudiera perseguirme y darme caza, y no dejarme escapar de allí siempre que le viniera en gana. No estaba dispuesto a sufrir ese suplicio voluntariamente.

—Murgen.

Mastiqué el último bocado de pan, y lo seguí con un trago de agua.

Me hinché, hice lo que tenía que hacer.

Goblin debía de haber intuido que alguien lo estaba vigilando desde lejos. O sospechaba que podía hacerlo. No lo hubiera encontrado si no supiera cómo funciona su mente. El hábil mierdecilla. Los hechizos que usó para camuflarse a sí mismo y a sus hombres eran de los más sencillos, casi no se podían detectar. Lo único que hacían era hacer que el ojo se desviara de lo que probablemente no era más que un pedrusco normal y corriente que acechaba entre los arbustos, con cuidado de no pasar inadvertido incluso cuando estabas esperando algo.

Él y sus soldados estaban desperdigados así que no destacaba ninguna concentración. No parecía que Mogaba fuera una preocupación.

Puede que me equivoque, pero supuse que el primer movimiento de Un Ojo, si desertaba, sería encontrar a Goblin. Habían sido los mejores amigos antes de que nadie de la Compañía hubiera nacido. Si no se contaba a Dama.

Una búsqueda rápida y decidida reveló que Un Ojo aún no se había unido a Goblin. Un recorrido arriba y abajo por el camino de Kiaulune tampoco desveló su paradero. Debe de estar escondido durante el día.

No sentí a Kina ni a Atrapa Almas. Más confiado, encontré a Goblin otra vez y llevé a Humo atrás en el tiempo.

Goblin hizo un buen trabajo tendiéndole una emboscada a la cuadrilla del prahbrindrah Drah. Y ningún conjuro ocultó el encuentro. Había estado demasiado ocupado con otro trabajo.

Era una emboscada al estilo tradicional de la Compañía Negra. El príncipe se precipitó hacia ella al atardecer. Iba acompañado de varios cientos de soldados. Superaban con creces a la fuerza de Goblin. Algunas flechas salieron balanceándose desde el arbusto al sur del camino y dieron a varios taglianos. Los aullidos aumentaron. La maleza crujió. Volaron más flechas.

El prahbrindrah Drah no tenía ni idea de quién estaba atacando. Parecía más probable que fueran los partisanos de Lugar de las Sombras que la Compañía. No sabía nada de Goblin.

Había enseñado a los taglianos a responder a una emboscada contraatacando inmediatamente. Eso es lo que hicieron los compañeros del príncipe, aunque no muy de inmediato.

Más de la mitad cargaron contra la maleza, a la caza de los crujidos. Un puñado de esos crujidos los causaban los hombres de Goblin, pero a la mayoría contribuían pequeños búhos que, aturdidos, intentaban escapar de no sabían qué, sin llegar a salir de su cobijo.

El segundo ataque de Goblin, desde la ladera opuesta, fue mucho más enérgico e incluía personas ilusorias que los taglianos sabían que no era posible que estuvieran allí, si lo pensaban. Vi a mi propio doble vadeando por entre la maleza agitando una espada roñosa llena de muescas.

Un par de hombres de Goblin y una cuadrilla de fantasmas se retiraron hacia Kiaulune arrastrando a la mayor parte del grupo del príncipe que quedaba con ellos. Luego lo que quedaba de la fuerza de Goblin entró rápidamente a perseguir al príncipe. Fue una lucha enérgica. Cuando el polvo se disipó nuestro otrora patrón era un prisionero, vivo, pero no en condiciones de causar problemas a nadie. Había acumulado una docena de heridas.

Goblin desapareció. Los soldados y las ilusiones acosaron y desconcertaron a los taglianos hasta que el amanecer hizo evidente que las ilusiones de Goblin eran demasiado ilusorias.

Los taglianos hicieron un valiente esfuerzo por encontrar al príncipe. No tuvieron suerte. Poco después de la siguiente puesta de sol, un encontronazo con una sombra asesina hizo que les entrara el pánico. Huyeron hacia el norte con la noticia de que el príncipe podía estar muerto.

Pude imaginarme el efecto que tendría cuando llegara a Taglios. La capital entraría en el caos si el clero rechazaba el derecho de la radisha a gobernar. Podría suponer la guerra civil. La Mujer tenía partidarios no canónicos y no había ningún heredero natural suplente. La cuestión de la sucesión había estado en el aire durante años, pero siempre se dejaba apartada por crisis más inmediatas.

¡Je je! Empezaría a pagar el precio de su perfidia antes siquiera de que pudiéramos llegar a mirarla.

Un Ojo y Gota todavía debían de estar de camino. En vez de intentar encontrarlos allí parecía más fácil volver hacia atrás y seguirlos al empezar su aventura.

Funcionó. Más o menos. Cuando Gota pilló a Un Ojo a solas, solo mantuvieron una breve discusión antes de que el pequeño mago gruñera, desenterrara un paquete de su búnker en ruinas y se deslizara con ella en el bosque más cercano. Obviamente el asunto ya se había discutido antes. Habían hecho los preparativos.

No hablaban mucho, lo cual era difícil de creer. Un Ojo no era famoso por su reticencia y madre Gota era peor. Él solo gruñía de vez en cuando. Cuando ella decía cualquier cosa era solo para protestar por las injusticias de la vida e general.

El silencio total llegó una vez se adentraron en la sombra de los árboles. La luz y la sombra revoloteaban cuando el viento agitaba las ramas y las hojas. Cada vez se hacía más difícil seguirles la pista... Ah, pero el mierdecilla era un mago, ¿no? Y uno que conocía muy bien lo de Humo.

Hizo que me costara, pero me quedé con él hasta que mi mundo empezó a temblar.

¿Un terremoto? ¿Otra vez?

Por fin caí en la cuenta. Alguien fuera del mundo fantasma me reclamaba A regañadientes, volví a la carne.

—¡Jolín, ya era hora! —espetó el Viejo cuando abrí los ojos—. Esta vez de verdad pensé que te perdíamos.

—¿Uh? —Eso salió de una voz ronca con la garganta seca. Intenté alcanzar una taza, pero descubrí que no tenía fuerzas para extender el brazo. Estaba reventado. El capitán tuvo que verterme el agua en la boca.

—La he cagado de verdad. ¿Cuánto tiempo estuve ahí fuera?

—Once horas. —Así de difícil había hecho Un Ojo que resultara seguirle la pista.

—Apuesto a que no se le puede encontrar una vez que oscurece —dije después de tener dentro un poco de agua azucarada. Estaba confuso sobre en qué momento estaba. Me dirigía al día que huyeron, después de oscurecer. Podía perderse completamente en la oscuridad.

Y la oscuridad siempre llega.

Matasanos malgastó mucha energía echando pestes.

Dije:

—Puedo estar pendiente de los cuervos. Siempre que hay cuervos hay algo que están vigilando. —Excepto alrededor de Goblin, que tenía sus búhos y conjuros de confusión. A no ser que nunca miraran porque Almas no supiera que él estaba ahí fuera—. Casi siempre son tan cortos de luces que se les puede engañar con hechizos de baja calidad. —Lo cual tenía que decir algo tanto de los cuervos como de las personas, pero no soy lo bastante listo para definirlo.

—Contaré con que ha desaparecido. De momento. No quiero que salgas ahí fuera si se te va a ir tanto la cabeza que olvides que tienes que volver.

Era mi propio hábito de sueños lo que me hacía correr peligro. Me había encontrado con menos riesgos vagabundeando por ahí de esa forma.

Otra vez Matasanos dijo:

—Contaré con que ha desaparecido. —Sonrió con tristeza—. Volverá. En cuanto estrangule a esa mujer. Cosa que sucederá en cuanto se pase la novedad. Tú vuelve ahí arriba. Vigila de cerca el estandarte. Y mándame los escritos que tengas listos para revisión.

Glup. Yo no estaba preparado para esto. Nunca antes había mostrado mucho interés.

—¿Cuándo vamos a ponernos en marcha? ¿O no vamos a hacerlo?

—No hasta que tengamos nuestra cosecha. A no ser que estemos bajo una presión realmente fuerte. Cinco meses mínimo. Disfruta de lo que te queda.

Que disfrute de lo que me queda. Como disfruté de andar por ahí holgazaneando cuando estábamos embotellados en Dejagore. Él se perdió todo eso porque no pudo rechazar la oportunidad de marcharse a jugar con Atrapa Almas.

—Cuando fuiste a coger a Almas el otro día... ¿Había un plan? ¿De verdad esperabas cumplir algo? —Me guardé las dudas sobre la intensidad de su antagonismo incluso ahora.

—Háblalo con mi queridísima. El plan era suyo. Es probable que vuelvas a verla. Tiene la idea de que si sigue acosando a Atrapa Almas, Almas no podrá concentrarse en causarnos dolor.

—Es una idea. Pinchar con palos un nido de víboras para que no tengan tiempo de venir a cazarte. ¿Por qué no aporrear nidos de avispones y zurrar a osos hibernantes de paso?

—Encuentra a Un Ojo o vete a trabajar en los Anales. Ya tengo todas las protestas que puedo aguantar aquí en casa.

—Deberías dormir un poco —dije, mientras salía—. Estás demasiado malhumorado.

Hay color. Hay vida de algún tipo. Hay luz. Sin luz no puede haber oscuridad.

Hay muerte. Las cáscaras de cien cuervos rodean el trono vacilante.

La muerte encontrará una forma. La oscuridad encontrará una forma de entrar.

La oscuridad siempre llega.

Lo que está sobre el trono se sienta con los ojos bien abiertos, ciego. Sus globos no muestran pupilas. Son espacios en blanco de clara de huevo medio frita, pero aun así la criatura parece ver. Sin duda está consciente. Con una mueca de agonía, su cara se gira mientras sigue la pista de cada espía arriesgado que viene del mundo. Concentra su voluntad en cada recién llegado, esperando a que aterrice. Una punzada de humor malvado agita sus rasgos cada vez que un pájaro débil no cumple sus instrucciones.

La tierra tiembla.

Al trono se le resbala una pata. Se inclina otro milímetro. La alarma acentúa el dolor renovado en la cara del durmiente. La grieta de la tierra se hace más ancha. El color que flota en el aire se ilumina. Una brisa susurra desde las entrañas de la tierra. Es mas fría que el corazón de una araña hambrienta. Lleva un vapor negro.

El trono se sacude otro milímetro.

La muerte encontrará una forma.

Incluso los dioses deben pasar.

Capítulo 86

Las cosas fueron demasiado bien durante demasiado tiempo. El verano fue idílico. Nunca llegó a hacer demasiado calor. Las lluvias fueron perfectas para la siembra que plantamos. Estuvimos amenazados por el tipo de cosecha por la que rezan los campesinos. Nos aseguramos de que los campesinos con los que nos encontramos entendieran que ese tiempo tan maravilloso era por nuestra culpa. Nuestros forrajeros habían liberado a los animales de carga, quedaba lo suficiente para asistirnos si viajábamos ligeros, dejando el equipo pesado con el que habíamos cargado hasta aquí abajo desde el territorio amigo. Había incluso algunas ovejas para aquellos que no estaban obligados por ninguna restricción gunni a no comer carne.

La vieja máxima es cierta. Un ejército viaja según su estómago. Lo que logramos al predecir la voluntad de los taglianos, la distancia que hicimos, fue un homenaje a la planificación, preparación y dedicación de Matasanos. Y la psicosis. Y, por supuesto, estaba basada en los cuatro años que nos dio Sombra Larga negándose totalmente a no intervenir. Pobrecillo. Debería haber escuchado a Mogaba. No estaría viviendo en una caseta de perro. No es que se le pueda criticar por haber sido engañado por la madre de los Impostores puesto que Kina podía tejer redes de engaño para distorsionar la visión de dioses tan grandes como ella.

Todavía no habíamos engordado desde el invierno, pero ya nos estábamos preparando para dar el siguiente salto.

Ni Atrapa Almas ni Mogaba, ni los fieles a los taglianos desaparecidos, ni la población nativa parecían estar más dispuestos a amargarnos la vida. Ahora nos estábamos llevando bastante bien con estos últimos.

Después (al parecer por la insistencia de Dama) de enviar por fin fuerzas de reconocimiento para sonsacar los secretos de Atalaya, el Viejo había descubierto que la fortaleza guardaba varios tesoros. La mitad se convirtieron en la tesorería de la Compañía, algo que no habíamos tenido durante una generación. Todos los hermanos de juramento recibieron la misma parte de la otra mitad. Finalmente Matasanos ordenó establecer un mercado donde los nativos pudieran llevar cualquier cosa que quisieran vender.

Al principio los resultados fueron decepcionantes. Pero una vez que demostramos que no robaríamos o asesinaríamos a nadie, el comercio repuntó. Los campesinos son fuertes. Son realistas. No veían cómo nuestro yugo podía pesar más que el de Sombra Larga. No tenían problemas con mitos antiguos o imaginados sobre la Compañía Negra a pesar de existir tantos cuanto más cerca se estaba de Khatovar.

Tampoco conocían el nombre de Khatovar como tal. Ni les preocupaba Kina, bajo ningún otro nombre. Su Kina era tanto una creadora como una destructora, violenta pero no una reina de la oscuridad no consagrada. El Año de los Cráneos no les

aterrorizaba. No podían imaginar un futuro más desalentador que su pasado.

Sin embargo nadie nos aclamó como a libertadores. No éramos más que la sombra que desplazó a la oscuridad.

De vez en cuando paseaba por el mercado, acompañado de Thai Dei y de un intérprete. Thai Dei se oponía. Estaba seguro de que mi curiosidad me mataría. No era reservado para advertirme que la curiosidad era una maldición letal.

Tío Doj normalmente se nos pegaba. Pese a simular lo contrario, había surgido mucha tensión entre nosotros. Yo no podía olvidar la ausencia de Sari aunque controlaba mi impulso de sacar a la luz lo que sabía. Lo que hacía para irritarlo era preguntar a cada sureño que entrevistaba por la constelación llamada el Lazo.

Pero nadie la conocía.

Si no fuera porque Kiaulune estaba totalmente devastado habría parecido un buen mundo.

Me lo pasé bien, salvo porque echaba de menos a Sari, y la veía en mis sueños. Últimamente se me reclamaba menos, aunque estaba a cargo de la Puerta de las Sombras. Rubro y Cangilón hacían la mayor parte del trabajo allí, enseñándome continuamente cómo se hacía. Nadie lo dijo, pero me estaban educando por si alguna vez tenía que tomar el mando. No le recordé a nadie que dirigí la Vieja Guardia aceptablemente durante nuestra traumática experiencia en Dejagore. No les recordé que teníamos una teniente, y que tenía mucha más experiencia y era más severa que yo. Cada vez que dices algo solo consigues que aumente el trabajo.

Capítulo 87

Miré colina abajo una mañana y vi un ejército joven que se dirigía hacia mí, veinticinco hombres y otros tantos burros cargados con bultos y bambú. Le dije a Thai Dei:

—No me gusta cómo pinta esto. Esos son Loftus, Longinus y Cletus, todos a la vez. —Sin mencionar a Otto y Lamprea, a quienes hacía tiempo que no veía—. Cuando esos tres se juntan así, puedes apostar que pasa algo.

Thai Dei me miró como si se preguntara si de verdad yo pensaba que él era tan corto como para creer que salían de picnic. Recordaba a los hermanos de Dejagore y probablemente comprendía sus obsesiones mejor que yo.

Pero había algo en el viento.

Bajé a encontrarme con ellos.

—¡Eh! —voceó Clete, agitando las manos—. Es el príncipe ermitaño.

—¿Qué andáis haciendo?

—Hemos oído que habíais establecido aquí vuestro propio reino. Venimos a ver sus maravillas.

—Parece que habéis venido a invadirme. ¿Qué es esta mierda? —Formulé la pregunta en la lengua de las Ciudades Joya.

—Ensayos de campo para un nuevo juguete. Hemos estado jugando con él en los sótanos del castillo.

—¿Qué? —¿Podía haber una razón real para que el Viejo todavía conservara la mayoría de Atalaya como zona prohibida?—. Espero que esté rico.

Longo se rio por lo bajo.

—No sería muy sabroso, Murgén. Pero sería divertido servirlo como plato.

Thai Dei frunció el ceño, había sido excluido otra vez. Qué pena. Estaba con la Compañía pero no era de la Compañía. Igual que yo vivía con los nyueng bao sin ser nyueng bao.

—Por vuestra sonrisa burlona tengo que deducir, sea lo que sea, que tiene un montón de ruedas y palancas y tiene una función únicamente decorativa con un cociente de fiabilidad del diez por ciento.

—Hombre de poca fe. Clete, ¿alguna vez has visto algo tan negativo como este tío?

—No entiende de ingeniería.

—Entiendo muy bien la ingeniería. A quien no entiendo es a los ingenieros. ¿Qué estamos haciendo?

—Pruebas de campo —me recordó Clete—. Hemos aplicado un poco de ingeniería a los lanzabolas de Dama.

—Alcance, precisión, potencia, Murgén —Loftus se entusiasmó—. Velocidad.

Todas las áreas en las que pensamos que se podía hacer una mejora.

Desde luego. Los lanzadores de bolas de fuego harían mucho daño a un hombre, pero prácticamente tenías que clavarle la vara para asegurarte de que le dabas.

Todo este griterío extranjero atrajo a tío Doj a venir a meter las narices. Cosa que no le hizo ningún bien. Pero enseguida se daría cuenta.

Longo dijo:

—Tenéis un buen campo de tiro aquí, Murgen. —Señaló con la mano hacia las montañas. Kilómetros de nada se extendían entre nosotros y el bosque de árboles perennes. Balanceó el brazo alrededor para señalar Atalaya—. Y un gran campo de acción para mediciones ahí abajo. —Ya había hombres allí colocando como unas estacas de medición.

Los tipos que ya estaban cerca empezaron a trabajar a paso ligero, arrastrando cosas de los bultos que llevaban los animales. Cletus agarró una vara de bambú.

—Vuestro bambú básico. Del que producía Dama hasta que nosotros aportamos nuestra idea.

Clete hizo estallar algunas bolas de fuego en dirección a un par de cuervos chismosos. Los cuervos se rieron. Las bolas de fuego se alejaron tambaleándose hacia la lejanía, perdieron velocidad, cayeron lentamente hacia el suelo y se desvanecieron.

—Eso no golpea una mierda. Excepto a las sombras. A no ser que te acerques tú a lo que quieres quemar.

Longo interrumpió:

—Le hicimos creer a Dama que, puesto que los soldados usarían el bambú para alcanzar otros objetivos (le gustara o no), deberían poder atinar a cualquier cosa a la que estén apuntando.

Loftus dijo:

—Ha pasado mucho tiempo entre soldados. Entiende cómo piensan.

Hice un comentario sarcástico:

—Ha estado follándose a uno durante cinco años. Debería tener una idea.

Clete agarró una vara de bambú con rayas negras alrededor.

—Este es un numerito muy mono. —Hizo un gesto con la cabeza a sus hermanos y estos cogieron varas similares. Cada hermano apuntó con la suya a un cuervo. Clete dijo:

—Ahora.

Tiraron de la manivela. Las bolas de fuego volaron. Las plumas negras explotaron y flotaron alrededor mientras ardían. Más bolas de fuego salieron disparadas. Parecía no importar que los tipos apuntaran bien o no. Las bolas de fuego daban caza a sus objetivos por muy desesperadamente que ellos revolotearan y las esquivaran. Igual que habían perseguido y atrapado a las sombras.

Clete se apoyó en su vara.

—Esto debería acabar con el problema de los espías. —Sus hermanos permanecieron alerta. Longo se cargó a un hábil diablillo que intentaba escabullirse a una altitud mínima, moviéndose rápidamente entre los pedruscos por un espacio tan estrecho que iba perdiendo las plumas de las alas en cada movimiento.

Una bola de fuego violeta se aproximó cuadruplicando la velocidad máxima del cuervo.

¡Chas!

—Por fin un artilugio que puedo apreciar —dije.

Lo mismo que Thai Dei, tío Doj y los hombres de la delgada línea desesperada de la Puerta de las Sombras. Se quedaron boquiabiertos. Rubro maldijo:

—¡De puta madre! Yo quiero uno de esos cabrones.

Pregunté:

—¿Tienes algún problema especial con los cuervos?

Rubro preguntó:

—¿Es que solamente mata cuervos?

Cletus afirmó:

—Supongo que podemos ajustarlos para que derriben casi cualquier cosa. Pero cuantos más objetivos quieras precisar, más complicada se va a hacer la logística.

—No es por eso por lo que estás aquí.

—Era simplemente para despejar la zona.

Longo dijo:

—Queríamos algo que los tipos como nosotros pudiéramos apreciar.

Loftus añadió:

—Teniendo en cuenta que es poco probable que recojamos muchos reclutas pronto, mientras Taglios puede aparecer con tantos como quiera.

Había una facción cada vez mayor en el norte estos días, que quería que Taglios creyera que la Compañía había ido en esa dirección. Nos dirigíamos a Khatovar cuando vinimos a Taglios. Ahora no había nada que nos impidiera ir allí. Si todo el mundo estaba realmente quieto y se quedaba realmente callado puede que perdiéramos interés y siguiéramos nuestro camino.

Mientras hablaba con los ingenieros, Otto y Lamprea montaron varias mesas con caballetes. Las completaron con tomos y colecciones de herramientas distribuidas por la mesa. Detrás de las mesas se alzaban unos anaqueles. Sus compañeros empezaron a amontonar tubos de bambú sobre ellos.

—Son unos grandes bastardos —dije. Algunos medían cuatro metros y medio de largo. Algunos tenían diez centímetros de diámetro.

Clete dijo:

—Grandes y crueles. ¡Cuidado a dónde apuntáis con esa maldita cosa! —Un soldado intentaba poner la mira en un cuervo que pasó volando hacia el sur. No le

preocupaba si había alguien tan bobo como para ponerse entre él y su objetivo—. Lo que queríamos principalmente era aumentar la precisión y la velocidad, aunque un poco de brío extra también en el otro extremo no estaría mal. Lamprea.

Lamprea cogió una vara de tres metros y medio de largo con un calibre de siete centímetros y medio, con rayas rojas, y la encajó en una sargenta. Miró a lo largo del tubo. Le dio unos suaves golpecitos con un martillo y cambió ligeramente la dirección.

—A ese pedrusco de ahí que se parece al sombrero de Un Ojo. —Se armó con un complicado mecanismo de resorte de bambú.

A mí no me parecía que esa piedra se pareciera mucho aun sombrero. Estaba a unos buenos cuatrocientos metros de distancia. Tres soldados con bambú estándar lanzaron una docena de bolas de fuego antes de que una tuviera suerte y pintara uno de sus bordes con un brillo color lima.

—El problema habitual. Cuando por fin golpeas algo no le causas mucho daño. A menos que sean personas. Adelante, Lamprea.

Lamprea disparó el gatillo de su vara. Sonó como a panceta frita. Una bola de color naranja intenso cruzó hacia el pedrusco demasiado rápido para seguirla. Le dio justo en el centro. Una lanza de fuego salió de la roca durante quince segundos. Sentí el calor.

El pedrusco cambió ligeramente de posición y quedó con su cola de fuego apuntando hacia abajo.

La bola de fuego salió de pronto por el otro lado de la roca como cuando el relleno de una espinilla sale a chorro.

—¡Mierda! —dije—. ¡Y requetemierda! ¡Esa cabrona debe de tener tres metros de grosor!

Clete dijo:

—Una bola de siete centímetros penetrará por lo menos cuatro metros y medio en el tipo de piedras que tenemos por esta zona. Lamprea, ¿ves el carácter plateado que se parece a la runa de «destino»? —Señaló a Atalaya.

Había miles de caracteres en la pared. No entendí a cuál se refería. Ni Lamprea tampoco.

—En la línea más alta de caracteres. En el medio. Parece un asta de bandera que arrastra dos pendones a la derecha, junto a algo que parece un tridente.

—De acuerdo.

Yo también lo encontré.

—Adelante. Dispara cuando estés listo.

Protesté:

—¡Eso está a más de tres kilómetros! Más bien cuatro. Tendrá suerte si le da a la pared.

—Listo.

—Ahora.

La panceta quedó frita. Una bola naranja salió de la vara de bambú. Tardó menos de tres segundos en alcanzar Atalaya. No habría sido capaz de seguirla si no hubiera estado de pie detrás de Lamprea. Un destello iluminó todo el paisaje cuando la bola de fuego chocó contra los conjuros que protegían la muralla. Golpeó justo donde Lamprea había apuntado. La runa que era el objetivo parecía levemente descolorida cuando se atenuó el resplandor.

—¡Ay Dios! —dije. Thai Dei y tío Doj se chillaron el uno al otro. No hacía falta que entendieran nuestro cotorreo para ver el potencial.

—Calculamos que una bola recorrerá al menos veintidós kilómetros hasta que pierda toda la velocidad —dijo Clete—. Para entonces no tendrá mucha más energía que una bola normal y ya no servirá para mucho más que para matar sombras y para causar destrucción general. —Dio una palmadita al tubo que había utilizado Lamprea—. Este fue nuestro prototipo. Está calibrado. Ahora tenemos que preparar todos estos otros. Por eso hemos venido aquí arriba.

Lamprea y Otto reemplazaron esa vara con otra que aún no estaba marcada. Otto le dio medio giro al extremo posterior y sacó una sección completa, como una bandeja. Dos tipos de la fábrica de Dama rellenaron la bandeja con algo que parecía arcilla de alfarero, luego colocaron una gran pieza de goma negra encima. Lamprea puso la bandeja otra vez en su juguete, jugueteó con el mecanismo del gatillo y preguntó a los hermanos ingenieros:

—¿Estáis satisfechos con cómo está puesta esta cosa?

Los tres se pusieron en cuclillas. Discutieron. Los martillos golpeaban. Ellos discutían. Luego ellos, Otto, Lamprea y la gente de la fábrica adoptaron una postura particular y miraron a Atalaya.

La panceta crujió. Una bola naranja golpeó el aire. A un kilómetro empezó a desplazarse hacia la izquierda, luego hacia abajo. Dio contra el suelo cerca de la muralla. El fuego goteó en el aire durante quince segundos, al igual que los pedazos de piedra y hierba.

Los siete espectadores empezaron a combinar observaciones en un gráfico. Riñendo sin parar. Sacaron la bandeja de la vara e intentaron mirar a través de ella. Hicieron más anotaciones en el gráfico. Finalmente pasó a las manos de un especialista que utilizó algunas de las herramientas arcanas para tornear el interior de la vara.

Los hermanos pasaron a otra vara. Sus cómplices tenían una docena preparada para analizar. Repitieron el proceso una y otra vez. Algunas varas ponían las bolas de fuego en el objetivo al primer intento. Otras fallaban de mala manera. Las peores se descartaban de inmediato. No tenía sentido perder tiempo con ellas. Todavía había

necesidades para los golpeasombras con menos puntería.

Una vez que una vara pasaba por revisión, se analizaba su consistencia. Un alfabeto de marcas arcanas en varios colores contaba a los soldados las particularidades que guardaba el arma.

Otto no suele hablar mucho, pero durante la pausa para comer comentó:

—Ahora Dama ya ha recuperado realmente su poder.

Casi nadie sospechaba la verdad siquiera, y los que sí, no estaban preparados para creerla.

—¿Cuántas cosas de esas vais a preparar? —Mis hombres habían dejado de hacer el trabajo. Estaban por ahí viendo los fuegos artificiales como un puñado de niños grandes.

Clete dijo:

—Trajimos cincuenta en este lote. De ellos esperamos poder sacar veinte fiables. Si todo sale bien, empezaremos a trabajar en algo realmente grande. Chico, que se sorprendan los taglianos.

Pude imaginar lo que estas nuevas bolas de fuego harían en los cuerpos de los hombres. Pero sospeché que guadañar las legiones no era su propósito. Y mis sospechas se confirmaron la tarde siguiente.

Dama en persona vino a inspeccionar las veintiséis piezas que a los hermanos les habían resultado aceptables.

La mujer parecía emocionalmente agotada, pero aún así mostraba una vitalidad que decía que parte de su vida estaba yendo bien. Ella y el Viejo estaban encontrando ratos libres para ser algo más que el capitán y la teniente.

Me alegré por ellos.

—Excelente —dijo, después de haber visto cómo cada tubo aceptado impactaba contra la pared de Atalaya al menos una vez—. ¿Qué hay de las armas ligeras específicas para cuervos?

—¿Ves algún cuervo? —preguntó Longo—. Tenemos una línea de piquetes ahí fuera. Ni siquiera se acercan.

—Bien. Ceba todas esas cosas con cargas completas. Voy a probar mi propio experimento.

Lamprea me dijo:

—Estamos boyantes. Hemos sacado seis más de los que esperábamos. Y la mitad de los otros son lo bastante buenos como para usarlos de cerca, desde un kilómetro y medio o menos. Esta vez nos hemos salido, pero bien. —Todo el grupo estaba tan emocionado como niños con zapatos nuevos. Y Dama era la peor. Daba brincos como si tuviera quince años otra vez.

Las tropas cambiaron las mesas de sitio y empezaron a empaquetar las herramientas y a cargar las carretas.

Loftus, Longinus y Otto no dejaban de reírse de algo entre dientes.

Miré alrededor. No me gustaron los presagios. Hasta Dama tenía ese gesto. El gesto que aparecía siempre en Un Ojo o en Goblin cuando iban a hacer una de las tuyas que el resto de nosotros podríamos lamentar.

—¡Esperad todo el mundo! —grité, intentando ser el responsable—. No sé lo que te propones, pero... —Este era mi feudo.

Un puñado de ellos, incluida Dama, los hermanos y Otto y Lamprea se quedaron detrás de las mesas. Empezaron a hacer cuchufletas mientras miraban el interior de varas pesadas cargadas por completo.

—¡Ni se os ocurra! —rugí.

Mis parientes rondaban detrás de mí, en silencio, no entendían nada de lo que se decía, pero estaban seguros del hecho de que ayer y hoy suponían algo crítico. Algo más allá de lo evidente.

—¡No lo hagas! —supliqué.

Veintidós tubos de bambú descargaron en cuestión de segundos. Todos los canallas observaron las bolas de fuego naranja pasar como un rayo en dirección nornoroeste, directas a la zona donde aquella tormenta de cuervos había explotado en mi imaginación.

Esta vez no era mi imaginación.

El escondite de Almas tenía que estar a más de quince kilómetros. A las bolas de fuego no les llevó ni diez segundos llegar allí. Tal vez ni cinco. Estaba demasiado perplejo para juzgar bien el tiempo.

El fuego, el humo y la mierda volaron a ochocientos metros de altura.

Toda la panda se volvió loca. Cada uno de ellos (Dama también) lanzó al aire bolas de fuego en oleadas de cuatro y cinco. Los lejanos bosques empezaron a hervir. Incluso desde tan lejos pude distinguir árboles gigantes arrojados trescientos metros por el aire.

Recordé que algunos árboles de allí eran el doble de gruesos que yo de alto. Serpentearon por el cielo como guadañas de fuego.

Una tormenta ígnea cobró vida debajo. Lanzó llamas y humo hacia el cielo como un volcán enojado.

Fue un día en que murieron muchos cuervos.

Estoy seguro de que fue un día en que Atrapa Almas no encontró ni una razón para reír.

Capítulo 88

Los asuntos humanos tienen mucho de ritual.

El Viejo me hizo empezar a dar sermones con los Anales, como había hecho él mismo en otros tiempos. Creía firmemente que cada hombre debía conocer su lugar exacto en nuestra larga historia. Luego puso a la mayoría de los más expertos a enseñar tagliano a cualquiera que no lo hablara aún. Matasanos quería que todos los hermanos tuvieran una lengua en común con todos los demás. A veces parecía que teníamos tantas lenguas nativas como hombres que las hablaran. No recordaba ningún caso en los Anales en que la Compañía hubiera llegado a ser tan políglota como lo era ahora.

Otra carga que tenía que soportar era mantenerme en forma yendo a pie hasta el cuartel general cada pocos días.

Un aroma maravilloso me despertó. Asomé la cabeza fuera de nuestro tantas veces mejorado búnker.

—¿Qué estás cocinando? —pregunté a Thai Dei.

—Tío Doj mató un jabalí anoche. Hoy habrá cerdo asado.

—Espero poder retenerlo.

—Todavía no estará listo hasta dentro de unas horas. Me dijiste que te recordara la reunión con el estado mayor esta mañana.

—¡Mierda! —Se suponía que era importante. No me atrevía a llegar tarde—. Será mejor que me guardes un poco. —Arrastré mi culo afuera e hice los preparativos matutinos que pude. Ninguno de nosotros era de los que se pasan horas recortándose la barba, acicalándose el pelo o dándose un baño. Pero a veces hay que echarse un poco de agua a la cara, y hay que sacarse la capa de porquería de los dientes, solo con eso ya te apetece ponerte en marcha.

Me preguntaba qué sería de nuestros dientes si no recuperábamos a Un Ojo. Esos diminutos hechizos que les echaba, para protegerlos, debían ser renovados cada dos años. Y teníamos batallones de hombres que todavía no habían pasado la primera revisión.

Thai Dei no me guardó ni un pellizco. Quitó el cerdo del fuego y me siguió. No hay forma de deshacerse de este tío.

Todavía no iba cabalgando. Dormilón no me había devuelto mi montura. El propio Dormilón no había vuelto aún, aunque había tenido tiempo suficiente. Había desaparecido al cruzar las montañas. Ninguna búsqueda a través del mundo fantasma ni directamente en el sitio había aportado ningún indicio. Me temía lo peor.

Dos cuervos bruñidos me siguieron, planeando de los arbustos a las rocas, de las

rocas a las ruinas. Aparte de eso no había ninguna muestra de que Atrapa Almas siguiera con vida o siguiera interesada en nosotros, a pesar del vandalismo de su hogar. Estaba esperando su momento.

Se podía decir eso de esa mujer. Era una loca, pero nunca impaciente. Su carácter no la controlaba.

Dama solo dijo que había escapado de la descarga de artillería porque había llevado la alfombra de Aullador al norte para poder conspirar con la radisha.

Yo tenía órdenes de no buscar a Atrapa Almas. Tenía órdenes de correr en cuanto notara su presencia. Lo mismo con Kina. Humo ahora estaba casi inutilizado. Me había convertido en un recurso demasiado valioso para arriesgarlo.

Era cierto.

Miré atrás antes de empezar con la cuesta. Tío Doj nos venía a la zaga, como hacía tantas veces. Su paso sugería que estaba preparado para cualquier cosa. Una mano siempre iba posada en Varita de Fresno.

Thai Dei y yo habíamos vuelto a entrenar con él, quisiera o no. No explica lo que estaba pasando dentro de su cabeza. Simplemente seguía dando trastazos, obligándonos a defendernos o a disfrutar de dolorosas magulladuras.

Había perdido la esperanza de que yo alguna vez lograra lo que él consideraba una destreza mínima con la espada. No comprendía la diferencia entre un guerrero que es un lobo solitario y un soldado que es parte de un equipo de luchadores que se apoyan mutuamente. O fingía no comprenderlo.

Esperaba problemas, de eso no había duda. Pero le suponía demasiado esfuerzo explicarlo.

Llevo tanto tiempo con Matasanos que debería estar acostumbrado a eso.

Le recordé a Thai Dei:

—Somos champiñones.

—¿Mmm?

—¿Nos mantienen a oscuras? ¿Nos alimentan con una dieta a base de patrañas? —Cualquiera pensaría que lo recordaría, pero no tenía interés ni en intentarlo. Como la mayoría de los nyueng bao adjuntos a la Compañía—. Da igual.

Tío Doj intentó autoinvitarse a la reunión. Un par de guardias de mirada dura le cortaron el paso. Escogió ir a dar una vuelta con los otros nyueng bao. Nunca antes había hecho eso. Parecía estar buscando a Jojo, el antiguo guardaespaldas de Un Ojo. Jojo nunca fue de los sociables, ni siquiera con otros nyueng bao.

Entré en la cueva del Viejo.

Todo un tropel de personas se había reunido allí. Por lo que parecía, estaban esperando a que llegara.

—Empecemos —dijo Matasanos—. Primero, he recibido información. El rumor es cierto, Mogaba definitivamente ha firmado un contrato con la radisha. Ha

empezado a juntar una fuerza en algún lugar al sur de Dejagore. Los informes no explicaban dónde, pero decían que sus hombres han empezado a desahuciar a los vecinos de las mejores tierras de cultivo para poder mantenerse ellos mismos. Los dirigentes de Taglios aún no han decidido exactamente qué hacer. De hecho hay muchas opiniones a favor de olvidarnos a todos juntos.

El capitán no reveló sus fuentes. Parte de eso venía de mí y de Dama, de nuestros sueños y de pasear con el fantasma cuando Humo no estaba completamente inutilizado. Añadió:

—Parece que Mogaba va a gozar del apoyo de varias pequeñas unidades auxiliares levantadas por sectas religiosas con rencor hacia nosotros o nuestros amigos.

Hoja rio entre dientes.

Capítulo 89

El silencio se dilató. Encontré una taza abollada de sobra de los días de gloria de Kiaulune, me serví un té de un puchero que estaba reposando junto al duro corazón de Matasanos. Ese brebaje estaba más amargo que un medicamento. Eso explicaba por qué aún seguía ahí. Fingí que lo disfrutaba.

—Clete —dijo Matasanos—. ¿Cómo está la situación agrícola? —Solamente en la Compañía Negra podía estar un ingeniero especializado en asedios a cargo de las siembras.

Cletus dijo:

—No hay nada nuevo de lo que informar. Algunos cultivos amenazan con madurar antes de lo que predijeron los nativos. Podría irnos peor para establecernos aquí. —Cletus y sus hermanos formaban una facción interesada en echar raíces allí. Sentían que sus nuevas armas podían desmoralizar a nuestros enemigos más decididos, pero no hacían una protesta muy firme.

La Compañía llevaba siglos cruzando el infierno con mucho esfuerzo, ahora disfrutábamos de una provincia rica y una magnífica fortaleza, y nuestros únicos enemigos serios se encontraban a cientos de kilómetros y probablemente estaban poco dispuestos a venir a por nosotros en cualquier momento.

No escuché las opiniones subjetivas que siguieron a la sugerencia de que los dioses nos querían porque nuestra cosecha estaba yendo muy bien. No puse atención hasta que Longinus empezó a contarnos por qué ya no teníamos que estar asustados de nadie.

—Si de verdad la radisha negoció con la mitad de su poder para poder mantener su posición, eso significa que los sacerdotes están realmente al mando. Por mucho que nos teman a nosotros o que odien a Hoja, yo no lo veo teniendo que cargar con otro ejército real. El precio y la amenaza a su poder...

Ya había oído todo eso antes. Los sacerdotes no dejarían que la radisha viniera a por nosotros.

Yo no lo creía. Longinus estaba intentando mantener la moral alta. Pero yo era un paseante del mundo fantasma. Podía ir a cualquier sitio y ver cualquier cosa. Mucho tenía que esforzarme para engañarme a mí mismo.

—Te equivocas, Longo —dije—. Tarde o temprano tendremos compañía. Probablemente mucho antes de lo que nos gustaría a cualquiera de nosotros. —De repente, hasta capté la atención del Viejo.

»He tenido un sueño. —Casi todos sabían que tenía visiones. La mecánica y la fiabilidad seguían siendo mi secreto. Para evitar inquietar a personas que podrían preocuparse por mí, le eché toda la culpa a ese tipo de ataques que había estado teniendo desde el asedio.

Dama rio quedamente, era un hábito molesto que ella no sabía que había adquirido. Ella y Matasanos se estaban convirtiendo en los abuelos de todos. El círculo de personas más allegadas necesitaba sangre joven desesperadamente. Preguntó:

—¿Podrías contarnos tu sueño, Murgen? ¿O tenemos que esperar al libro? — Estaba enfadada conmigo porque había empezado a hacer revisiones nuevas de su volumen de los Anales. Algunos de la última tanda de enrolados habían estado cerca por aquel entonces. No todos recordaban los acontecimientos igual que ella.

—El punto culminante, como dijo el jefe, es que nuestro antiguo colega Mogaba ya no está desempleado.

Un susurro general. ¿Es que habían pensado que el Viejo bromeaba?

—No saco mucho de mis sueños. Yo no los controlo. A veces me llevan atrás en el tiempo de golpe, pero no puedo ir siempre que quiero averiguar por qué algo pasó, después de descubrir que algo pasó. Tengo que esperar a tener noticias de nuestros amigos desde el lugar de la acción, como todo el mundo. —Tenemos amigos en el norte que nos facilitan información fiable. Siempre que puedo los vigilo.

Ya no utilizábamos mucho a Humo. Quería despertarse. De todos modos ahora no estaba realmente en coma. Dama tuvo que luchar para hacer que fuera útil. Ella misma sacó provecho de las oportunidades resultantes.

Continué:

—Pero Atrapa Almas debe de haberse puesto en contacto con Mogaba en algún momento. Ella se lo recomendó a la radisha. Os apuesto a que la Mujer lo contrató principalmente porque no quería que Almas se cabreara con ella. Mogaba ya está prometiendo a los sacerdotes que atraparé a Hoja y a Dama para ellos. —Había habido enormes recompensas por esos dos desde el momento en que la radisha se volvió en contra de la Compañía.

Mogaba nunca dejaba que el fracaso minara su confianza.

Hoja se ofreció voluntario.

—Yo podría ir a devolverles el golpe primero. Sería divertido matarlos de un tiro y ver retorcerse a los vivos...

—No. —Matasanos no estaba de humor para dejar volar la imaginación—. Sé quién mataría a quién si fuerais a bailar con Mogaba. Sindawe, háblame de esto.

—Es la primera vez que lo oigo. Necesito pensar en ello, capitán.

—Piensa en voz alta.

—Mogaba está solo. —Con eso Sindawe se refería a que Mogaba ya no tenía partidarios nar. Aquellos que se habían ido con él cuando dejó la Compañía estaban muertos—. Su juicio estará más tenso que nunca. Puede que se obsesione con destruirte personalmente, porque tú le quitaste su derecho básico.

Matasanos gruñó, pero no estaba sorprendido.

—Murgen. ¿Cuánto tiempo nos queda hasta que lo tengamos en el cogote? A nosotros nos llevó cuatro años llegar aquí, y en un estado lo bastante bueno como para pasar hambre. Y no estaríamos tan contentos como estamos ahora si la radisha nos hubiera engañado y siguiera siendo leal. No perdimos tantos hombres luchando como esperaba, y muchos menos por enfermedad.

Pasó por alto el hecho de que habíamos venido en temporada baja cuando normalmente, trasladar un ejército es casi imposible.

—Hablando de cantidades —dijo Cangilón—. Ese último grupo que quería irse a casa hace tiempo que se fue.

Dama dio en el clavo.

—Mogaba no tendrá que entrenarlos como solía hacer. Puede reunir a hombres que nosotros ya hemos entrenado por él.

El Viejo me preguntó:

—¿Qué es lo que quiere la radisha de Mogaba?

—Los sacerdotes piensan que debería conservar el control de los territorios que invadimos. Algunos de ellos están verdaderamente ansiosos por sus probabilidades de hacer su agosto por allí abajo. Pero la Mujer solo quiere que nos mantenga al sur de las montañas. —Reí entre dientes—. Su trabajo será el mismo que cuando trabajaba para Sombra Larga, solo que tatará la botella desde el otro extremo.

—Mogaba vendrá algún día —comentó Isi—. Como dijo Sindawe.

Matasanos gruñó otra vez.

Cangilón dijo:

—Si no trae toneladas de madera, cometas de caja y montones de bambú, y viene en verano...

Longo dijo con voz quebrada:

—Podría hacer que los campesinos le transportaran los suministros, y luego comerse a los campesinos.

Sindawe, Ochiba e Isi miraron enfurecidos.

Matasanos dijo:

—Céntrate en lo tuyo. En Taglios están teniendo lugar muchos cambios. Gracias a los conjuros de Murgen conocemos algunos de ellos.

Todos esperaban que dijera algo más. No lo hizo. Finalmente, Dama destacó:

—Atrapa Almas sigue siendo un problema.

Sin duda alguna. No había respondido al ataque de Dama. Todavía. Se suponía que no debía buscarla, pero sabía que aún andaba cerca. Se estaba escudando con espejismos y moviéndose mucho. Estaba plenamente convencido de que no había perdido interés por causarnos sufrimiento.

Nadie mencionó a la niña en ningún momento. Sabía que había sobrevivido y que había sido rescatada, no por Kina a quien ella apelaba llorando, sino por Almas,

acompañada de alegres pullas. A Dama y a Matasanos se les había endurecido el corazón, lo cual era comprensible. Habían tenido apenas más contacto con ella que con cualquier otro niño nacido el mismo día en la otra punta del mundo.

Yo no dije nada. Se suponía que debía evitar a Almas hasta que recibiera órdenes específicas de lo contrario. Al Viejo se le había acabado la tolerancia por mis improvisaciones.

Seguía sin perdonar la pérdida de Dormilón.

Matasanos preguntó:

—¿Qué hay de tu suegra, Murgen? ¿Qué hay de Goblin y de Un Ojo? ¿Qué podría decir?

—Siguen desaparecidos. —De eso no podían culparme a mí. Aún no, pero encontrarían la manera.

Nuestro último contacto con cualquiera de ellos había sido cuando alguno de los soldados de Goblin habían llegado con el prahbrindrah Drah maniatado, Lisa Bowalk gruñendo dentro de una jaula en un carro, y ni una sola palabra sobre lo que estaba haciendo Goblin o por qué lo estaba haciendo. Yo no pensaba que su desertión fuera parte del plan maestro del Viejo. Me negaba a creer que Matasanos pudiera planear eso con tanta antelación. El pequeño mago cara de acelga estaba ahí fuera en alguna parte, llevando a cabo su propio proyecto.

Ya no tenía muchas oportunidades de buscarlo. Ahora los sueños no venían con tanta frecuencia y si lo hacían visitaba a Sari primero. A Sari y a mi hijo, ese terroncito babosote absolutamente precioso al que ella apodó Tobo porque no quiso escoger un nombre real si yo no estaba allí para hablarlo y descubrir cara a cara cuál sería su nombre y por qué.

Estaba decidida a unirse a mí, aunque por ahora hasta la zona más remota del pantano había oído hablar de las diferencias entre la radisha y la Compañía Negra. Eso haría que Sahra corriera un riesgo aun mayor si dejaba el templo. A casi todos los nyueng bao que habían dejado sus pantanos en los últimos tiempos se los había asociado de alguna forma con la Compañía.

Los vigilantes de Sahra estaban alerta. Esperaban que intentara algo ahora que ya no tenía el tamaño de una caseta. Chica lista, estaba utilizando tácticas guerrilleras mientras recuperaba las fuerzas. Cada día, de muchas maneras, hacía que la población sacerdotal fuera más desgraciada. Era fácil. Simplemente imitaba a su madre. Cuando llegara el momento es probable que no tuvieran mucho entusiasmo por volver a recuperarla.

Matasanos miró fijamente a Dama. Estaba esperando a que ella dijera algo más sobre su hermana. Los otros hicieron lo mismo. Almas pesaba en todas nuestras conciencias. Su suerte nunca dejaba de fortalecerse. Su lista de rencillas seguía haciéndose más larga cada día. Aunque ya no había ninguna manera de que

pudiéramos hacer daño a nuestra causa. No podía hacernos nada peor que matarnos, ¿no es así?

Caray, todos asumimos una sentencia de muerte cuando nos unimos a la Compañía.

Dama dijo:

—Han desaparecido varios soldados en el último par de noches. Algunos probablemente desertaron, pero no todos. —Hizo una indicación con las manos. Isi y Ochiba, a quienes ya se les había dado la señal, llevaron un bulto al frente del grupo y lo tiraron en el sucio suelo.

No le recordé al Viejo que podríamos disfrutar de suelos de verdad y muebles de verdad si nos mudáramos a Atalaya.

Dama dijo:

—Puede que esto sea un poco nauseabundo.

Oh oh.

Isi y Ochiba sacaron al hombre muerto fuera de su envoltorio. No apestaba tanto como me esperaba. Estaba arrugado como una vieja momia. Tenía la boca abierta en un grito que nunca llegó a terminar. Parecía haber sufrido muchas magulladuras antes de morir.

Podían haber sido autoinfligidas durante su última lucha.

—La sombra lo alcanzó —dije. Innecesariamente.

Matasanos me miró. Me encogí de hombros.

—No se ha colado ninguna sombra desde que yo he estado de guardia. —Estaba seguro. Se habría armado un escándalo.

—Entonces están siendo controladas —dijo—. Es ella, que está utilizando los remanentes de Sombra Larga.

Almas era el nuevo Maestro de las Sombras. A lo mejor estaba perfeccionando sus aptitudes.

Dama comentó:

—No podemos hacer nada con este tipo de ataque, excepto no ir nunca solos a ningún sitio y nunca sin bambú... ¿A ese qué le pasa?

El «ese» al que se refería era el analista de la Compañía, que había empezado a hacer ruidos extraños. Se movía bruscamente, aparentemente intentando tragarse su propia lengua, por lo que me contaron después. En ese momento había perdido completamente el contacto con mi cuerpo. Era una mosca que nunca vio venir el matamoscas.

Fui al lugar de todos los huesos por un momento y parece que durante toda esa eternidad fui embadurnado por todo aquel sombrío paisaje. Un cuervo negro se burló de mí. Después yo fui el cuervo negro. Luego estaba fuera de allí, pero no seguí mi ruta habitual. No llegué a ver todos esos viejos malhumorados que miraban

furiosamente desde sus capullos de hielo. Decidí salir volando a través de cortinas de oscuridad y volví a esos días demacrados y maravillosos en que conocí a Sari, y luego antes de eso, cuando me encontré con mi propio fantasma y me uní a él para hacer un recorrido por la ciudad asediada. Ninguna de las palabras que salieron de mi pico invisible eran las mías propias, pero la lunática que las fabricaba parecía no estar prestando atención o dirigiendo realmente lo que estaba pasando. Pobre de mí. Era como una polilla atrapada en una ráfaga inesperada. El batir de mis alas desesperadas no sirvió para desalentar a un vendaval indiferente a mi existencia.

Vi mucha muerte y desesperación. No descubrí nada nuevo y no vi nada con lo que no hubiera tenido una relación más íntima en el pasado.

Tal vez Almas me empujara al pasar, porque estaba aburrida, o tal vez no se había enterado de que me había golpeado. No importaba. Yo no podía tomar represalias. Lo único que podía hacer era aletear como un hijo de puta y esperar poder sobrevivir a otra tormenta más.

La oscuridad llegó.

Capítulo 90

Me desperté en el apartado donde solía estar guardado Humo. Estaba oscuro. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado fuera. La reunión había acabado, eso seguro. No se oía ningún ruido.

Empecé a trepar para salir de allí y descubrí que estaba increíblemente débil. Me traicionaron las piernas cuando intenté ponerme en pie. Me caí hacia delante y atravesé la cortina que tapaba la separación.

Noté que algo parecido a un ratón salió correteando de repente. Levanté la cabeza. El pedacito de luz dejó ver al roedor.

Thai Dei estaba volviendo a amontonar los papeles mientras intentaba parecer inocente. No sabía leer.

—Ahí estás. Me había preocupado. —Me ayudó a levantarme—. ¿Qué pasó? Tenía las rodillas muy endebles.

—Tuve uno de esos ataques que solía darme cuando estábamos en Dejagore y en Taglios.

—¿Por qué...? Hace horas que salieron todos en tropel. Hasta los guardias se marcharon.

—¿Qué hora es? —La reunión había empezado por la mañana temprano.

—En una hora se pondrá el sol.

—¡Mierda! Entonces ha sido un golpe que ha durado todo el día. —Thai Dei me ayudaba a mantenerme en pie. No lo aparté. Busqué comida. La comida siempre ayudaba después de un largo paseo fantasmal con Humo.

Esto no era lo mismo. Por lo menos el cordero frío, duro y quemado no ayudó. Y no había nada más disponible.

Lo que quería era algo alcohólico. Algunos aficionados habían aparecido para tomar el puesto de Un Ojo. Los más conocidos eran Sauce Swan y Fibroso Mather, que se habían quedado por aquí a pesar de tener la libertad para poder volver al norte. Fibroso ya no tenía ese fuego en la barriga en lo que a la radisha se refiere. Pero su producto no era bueno. Y, si quería un poco, tenía que adquirirlo a través de intermediarios ya que todos teníamos que fingir que acatábamos las normas.

Pero tenía una sospecha, últimamente, en cuanto a dónde podía haber escondido Un Ojo su equipo de elaboración. Había un pequeño escondite reforzado en mi cueva donde había guardado los Anales y la extraña información privada. Había sobrevivido indemne a los desastres. Madre Gota había ayudado a construirlo.

Trepamos para salir de la cueva de Matasanos. Yo seguí con tembleque en las rodillas y refunfuñando:

—Ojalá se mudara a la puta fortaleza. —El experimento ya había acabado del todo, pero nuestro grupo todavía estaba desperdigado por las colinas, pasando apuros.

Quedaba una hora de luz—. ¿Dónde está todo el mundo? —No veía un alma más cerca que las ruinas de Kiaulune. Eso me asustó un poco. ¿Había vuelto al mismo mundo que dejé cuando el ataque me sobrevino? ¿Estaba atrapado en otra capa del sueño?

—Se fueron todos. Hasta los guardias. —Thai Dei repitió la noticia como si estuviera hablando con alguien a la vez sordo y lerdo—. Si no, no podría haber entrado en el refugio del Libertador.

Hacía tiempo que nadie llamaba así al Viejo.

—Entiendo que tío Doj fue a echarles un vistazo.

Thai Dei no respondió.

Me dirigí a mi antigua casa.

—Comparado con el búnker al que nos mudamos ahí arriba este tugurio era un palacio.

Dama y el Viejo habían convertido mi palacio en una prisión. La entrada del lado en descenso que pusimos para madre Gota y tío Doj ahora se abría hacia una zona de ejercicios vallada con lanzas capturadas. Lisa Bowalk estaba allí en una jaula, con las zarpas en el hocico, expuesta a los elementos, resignada y aburrida. El prahbrindrah Drah paseaba, evitando las puntas de lanza brillantes y manteniéndose fuera del alcance de las garras de la cambiaformas. Parecía paciente, como si considerara que su situación solo era un contratiempo provisional.

Ni Sombra Larga, ni Aullador, ni Narayan Singh estaban fuera. La ausencia de Singh no era sorprendente. Si se aventuraba a salir a la luz sería castigado. Pero el antiguo Maestro de las Sombras no, y él odiaba la oscuridad del interior, tenía miedo de lo que pudiera haber allí escondido.

El pobre anciano había perdido toda la confianza en sí mismo. Se pasaba la mayor parte del tiempo temblando, balanceándose y quejándose para sí. Estaba perdiendo peso, cosa que era difícil de creer.

El hedor era horrible. Esa gente ahora no tenía amigos. Vivían peor que animales en el zoo o en la granja más cruel. A los transeúntes se les animaba a atormentar a Sombra Larga y al santo viviente de los Impostores.

Aullador no se había ganado el último puesto en la lista negra de Dama. Se le trataba con indiferencia, pero se le alimentaba con las mejores migajas de las mesas.

Humo también estaría dentro en alguna parte. A él y al príncipe se les trataba mejor. A Bowalk se le daba de comer y por lo demás se la ignoraba, mientras se comportara.

Una señal que solo podía ser leída por unos pocos, de hecho, insistía en que el prahbrindrah Drah era un invitado de honor. La bromilla de alguien.

—Una buena tormenta ayudaría con este olor —dije. Miré al cielo. Era poco probable que tuviéramos ese alivio pronto.

Thai Dei gruñó. Alzó una mano.

Pasaba algo. Estaba de puntillas con las ventanas de la nariz expandidas. Movía la cabeza como en sacudidas mientras intentaba oír algo.

Me quedé helado. Eso era lo suyo, su habilidad.

Ahora yo también lo oía, algo chirriaba desde dentro de la cueva. Habían pasado meses y todavía no tenía una idea clara de por qué Sombra Larga y Singh permanecían entre los vivos. Si seguían perdiendo el tiempo a lo tonto, Matasanos y Dama lamentarían no haberse deshecho de ellos rápidamente.

Dama pensaba que podrían ser útiles. Algún día. De algún modo. En algún lugar.

—Será mejor averiguar qué es —dije, sin ningún entusiasmo en absoluto. Este tipo de cosas siempre significan problemas—. ¿Qué pasó con tío Doj? —Nos vendría bien tenerlo cerca si algo pasaba. Yo no llevaba nada más que un pequeño palo de bambú con tres bolas.

Thai Dei se acercó hasta la leñera de la compañía del cuartel general (que ahora estaba atendida por campesinos contratistas de Lugar de las Sombras) y escogió un palo de un metro con un nudo gordo en un extremo. Me hizo un gesto hacia delante.

Bajé resbalando y tiré de la puerta de mi antigua casa.

Narayan Singh, el santo viviente de los Impostores, se cayó en la penumbra, llevaba mucho tiempo escondido allí dentro. Tenía la piel oscura por naturaleza, pero había adquirido un tono blancuzco, agusanado. Tal vez Dama estaba haciendo algo más que simplemente tenerlo encerrado en su propia porquería. Podía ser muy sutil cuando quería. Lo que pasa es que no quería con mucha frecuencia.

Thai Dei le sacudió en toda la chola.

Pobre viejo Narayan. Hacía mucho tiempo que su vida no marchaba bien, y el hijo de puta se había ganado cada segundo de dolor. Apuesto a que su diosa se reía por lo bajo cada vez que pensaba en él.

La mitad de su tormento sería esperar, sabiendo que algún día Dama sacaría tiempo para dedicarle alguna atención especial, personalizada y poco cariñosa.

—Tengamos mucho cuidado —le dije a Thai Dei.

Thai Dei gruñó. Llevaba la magnífica cara de piedra de los nyueng bao. No había olvidado a To Tan.

—Ni lo pienses, Thai Dei. Dama te asaría. Además, dentro hay más, y todos son peores que Singh.

Yo tenía intención de causar problemas peores, pero no resultó así. Tanto Sombra Larga como Aullador llevaban grilletes y mordazas de metal. Sombra Larga no había comido bien desde su captura. Un hechicero hambriento es un hechicero manso, spongo. Cubiertos de mugre, Aullador y el Maestro de las Sombras apenas tenían fuerzas para arrastrarse hasta la luz después de que Narayan (pensaban ellos) hubiera abierto el paso.

Ni la hambruna los había domado completamente aún. Era algo que valía la pena tener en cuenta.

Thai Dei observó:

—Se supone que iban a precintar el lado de la caseta del perro.

—No parece que se haya molestado nadie. No los pierdas de vista, y no rompas nada, ni a nadie. Estaré ahí fuera.

Thai Dei gruñó otra vez, con gran descontento.

—Nos llegará el turno —prometí.

Humo aún estaba dentro. Llevaba tanto tiempo con tan mal aspecto que ahora no se le veía mucho peor. Sus ropas se habían descompuesto en harapos podridos. Estaba encadenado. Una cadena se arrastraba por detrás hacia la oscuridad.

Los otros también habían estado encadenados. Los chicos habían mostrado tener esa sensatez antes de salir a donde quiera que fuesen. De algún modo, los canallas se las habían arreglado para soltarse. Me preguntaba si habrían arrastrado a Humo si hubieran tenido las fuerzas y el tiempo para lograr una escapada con éxito.

Podía haber sido divertido verles regresar a un mundo que había cambiado completamente durante sus vacaciones.

Pasé por encima del pequeño mago, encontré un farol pequeño y lo encendí. Salvo por la peste y la porquería todo estaba bastante parecido a como lo habíamos dejado. Un mantón andrajoso que pertenecía a Ky Gota todavía estaba enmarañado en una silla de tres patas que habíamos trincado en Kiaulune hacía años. No había muestras de que los prisioneros hubieran pasado tiempo en esta parte de la cueva.

Siguiendo la cadena de Humo descubrí que ese lado había sido tapiado con un muro, pero los carpinteros habían hecho un trabajo muy pobre usando madera recuperada que no había resistido a los constantes servicios de alguien.

Me agaché para pasar por el agujero.

El hedor era mucho más denso del otro lado. Había visto pocilgas menos asquerosas.

Los prisioneros no habían explorado su prisión concienzudamente. No habían encontrado mi pequeño escondite. Pero otra persona sí, y había decidido sacarle partido.

El equipo de elaboración desaparecido de Un Ojo y el producto acabado estaban apiñados en el agujero, junto con lo que parecían un puñado de tesoros esquilados de la ciudad en ruinas. Madre Gota había disfrutado recogiendo cachivaches durante sus caminatas nocturnas.

Saqué una jarra, hice saltar el corcho. ¡Maldita sea, aquel brebaje olía asqueroso! Algún tipo de licor destilado... Tomé un buen trago que me dejó los ojos llorosos. El brebaje sabía peor que olía.

Después de un segundo trago quemagargantas levanté el farol en lo alto, para

intentar iluminar un poco aquello, más allá del desorden. Había dejado algunos tesoros propios, aunque nada lo bastante importante como para haber cargado con ello hasta la Puerta de las Sombras. No recordaba todo lo que había atesorado.

—¡Ah! ¿Qué es esto? —Hice serpentear un brazo entre los trastos.

Al prender una arpillera andrajosa con los dedos le di un codazo a un montón de botellas de barro que estaban apiladas de lado. Un Ojo evidentemente había tenido la intención de volver a visitarlas hacía tiempo porque hasta un ignorante como yo sabe que no se deja la cerveza embotellada en horizontal para siempre.

Solo hizo falta ese codazo para que las botellas chocaran unas con otras e hicieran que explotara el contenido encima de mí y del interior de la cueva. Enganché una botella que chorreaba con fuerza y me metí dentro parte del contenido. No estaba mal, pero un poco fermentado.

—¡Estoy bien! —Grité en respuesta a la pregunta que me hizo Thai Dei desde fuera—. Encontré el tesoro de Un Ojo. —En más de un sentido, lo descubrí. El objeto envuelto en arpillera era aquella maravillosa lanza asesina de magos que él había tallado mientras estábamos atrapados en Dejagore. Solo las incrustaciones en oro y plata valían una fortuna.

Más pruebas de que el pequeño mago no había planeado mantenerse alejado para siempre. Él no sabía que yo lo sabía, pero había continuado trabajando en aquella lanza en secreto, siempre mejorándola, haciendo que fuera cada vez más su obra de arte.

—¿Y esto qué es? —Había otro objeto dentro de una arpillera, detrás de la lanza. ¿Es que el mierdecilla había estado haciendo imitaciones de sus propios diseños?

No. Esto era un arco, con flechas. No lo reconocí inmediatamente porque no lo había visto en más años de los que quería contar, pero era el arma que Dama había dado a Matasanos tiempo atrás cuando todavía era «La Dama». Pensé que el jefe la había perdido hacía mucho tiempo.

Matasanos siempre tenía otro secreto.

Tenía que preguntarme si no había tenido algo que ver con la desertión de Un Ojo.

Siempre era posible que no supiera qué había sido del arco.

Recogí lanza y arco y tantos cacharros de barro como podía llevar. Podía enviar a Thai Dei a por más cerveza y...

No podía transportar el botín y también mi farol. Yo vivía aquí antes. Podría encontrar la salida sin farol. Además, todavía se colaba un destello de media luz a través de la puerta.

El alcohol estaba surtiendo efecto. Mientras me acercaba a él le dije a Humo:

—Yo no tendría tu suerte en una apuesta, jefe.

Humo abrió los ojos.

Pegué un brinco. Habían pasado cinco o seis años... y no parecía estarde un humor amistoso.

Descubrí que solo quería salir y saciar mi apetito de cerveza.

Thai Dei me ayudó con la carga. De algún modo, una botella de cerveza se le pegó a la mano. Me fijé en que sus custodiados todavía estaban en buenas condiciones, aunque Narayan Singh había adquirido una cosecha fresca de moratones.

—¿Dónde demonios está todo el mundo? —refunfuñé otra vez—. Tengo cosas que hacer. Pero no podemos marcharnos y dejar solos a estos personajes. Estoy seguro de que van a meterse en algún tipo de diablura. —Sombra Larga, Aullador y Singh no se ofrecieron voluntarios para volver a estar en cautividad.

Di otro largo trago.

La calma me molestaba de verdad. Podía indicar otro intento algo menos brillante de doblegar a Atrapa Almas. Ya tenía suficientes rencillas contra nosotros tal y como estaba.

Había visto el terreno que había sufrido el ataque de Dama. No conservaba ningún parecido con ese mismo sitio en primavera. Había rocas tan grandes como casas que tenían agujeros que las perforaban de lado a lado. Casi todos los árboles destrozados habían ardido. Había habido avalanchas de rocas y derrumbamientos. En algunos sitios la roca parecía haberse convertido en plástico. Se había derretido como la cera de una vela. No se podía encontrar la cueva de Almas.

Los únicos cuerpos que se habían encontrado hasta el momento eran los de los cuervos. No había pruebas de que Atrapa Almas o su prisionera hubieran sufrido ningún desconcierto.

Los cuervos vivos se reían entre las rocas torturadas.

Capítulo 91

Thai Dei gruñó. Estos días estaba verdaderamente charlatán, a veces hasta articulaba dos frases enteras en una hora. Pero esta vez no necesitó palabras. Solo se pasó la cerveza a la otra mano y señaló a la densa oscuridad.

Toda la gente que había desaparecido regresaba en multitud, desde donde había tenido lugar el desastre de Almas. ¿Por qué irían con tanta prisa a la falda de las montañas? ¿Porque el Viejo se dio cuenta de que mi ataque debía de estar causado por la hermana granuja de Dama?

No. Él no se molestaría por algo tan banal.

Pero sí se tomaría toda esa molestia por recoger a Dormilón.

—¿Dónde lo encontraste? —Pregunté a Destellos, que llevaba la mula que arrastraba la parihuela sobre la que estaba Dormilón atado con correas. Era evidente que el chaval lo había pasado mal. Había perdido peso. Su ropaje no estaba mucho más limpio que el de Narayan Singh, a quien mencioné al Viejo en cuanto lo encontré.

—Fue pura suerte que apareciéramos cuando lo hicimos. Los tenemos bajo control. Pero tienes que hacer algo, o si no un día nos darán un buen mordisco en el culo. ¿De dónde venía Dormilón?

—Una patrulla lo divisó en las colinas no muy lejos de la zona de destrozos de Dama. No sabía quién era.

Gruñí. Eché un corto vistazo al chaval mientras pasaba.

—¿Hizo falta toda esta multitud para traerlo?

—Hicieron falta todos ellos para buscarlo y atraparlo. ¿Ya estás bien? ¿Qué pasó?

—Tuve uno de mis ataques. Como los que tenía cuando volvía a Dejagore.

Arrugó la frente, rápidamente dio órdenes a derecha y a izquierda. Los soldados se desperdigaron para volver a las faenas que no deberían haber abandonado.

—¿Sabías que Un Ojo tenía tu arco?

—¿Mi arco? ¿Qué arco?

—El que te regaló Dama.

—No, no lo sabía. Aunque puede que una vez le dijera que me lo guardara, o algo así. Hace tanto tiempo que no veo ese arco que lo he olvidado. —Olfateó el aire—. ¿Qué más encontraste? —Aún olía a cerveza.

—Tesoros de todo tipo. Y pruebas circunstanciales de que Un Ojo no estaba planeando alejarse por mucho tiempo.

Matasanos gruñó. Estaba oscureciendo demasiado para poder leer bien sus expresiones. ¿Estaba irritado porque había averiguado algo? ¿O estaba considerando las posibilidades?

Dije:

—No me puedo creer que encontrar a Dormilón causara tanta agitación.

—Dama esperaba que también pudiéramos atrapar a Almas en plena metedura de pata.

—Pero ya sabíamos que estaba bien. Estaba enviándonos sombras. Estaba enredando conmigo. —Tal vez solo estaba haciéndome cosquillas porque yo estaba ahí cuando su hermana mayor le tiró de las coletas.

—No lo sabíamos. Lo sospechábamos. Si Dormilón había sido su prisionero y se había escapado, entonces tal vez ella no tenía el mando después de todo. No hay nadie por aquí a quien no le encantaría añadir a Almas a nuestro zoológico. Y también existía la posibilidad de que... la niña...

Claro. Existía la posibilidad de que pudieran agarrar a su hija y traerla de vuelta. Quizá cuando nadie mirara.

—¿Dónde está Dama?

—Todavía está ahí fuera. —Su tono me dijo que había gastado mi cupo de preguntas sobre ese tema.

—¿Dormilón dijo algo de interés? —pregunté.

—No ha dicho nada. Actúa como si estuviera un poco ido.

—Justo lo que necesita este equipo. Otro memo.

—El que encontraras el alijo de Un Ojo me recuerda algo. ¿Has tropezado con cualquiera de nuestros pródigos prestidigitadores últimamente?

—No sueño tanto, jefe. Y cuando lo hago siempre es en tiempo real. Lo que quiere decir que solamente después de oscurecer, cuando pueden esconderse mucho mejor. Y tienen que estar escondiéndose si aún están en esta parte del mundo. Ya ni siquiera encuentro restos de fogatas.

—Un Ojo sabría quién estaba mirando y cómo —musitó Matasanos—. A decir verdad, Murgen, hoy en día no los he hecho tanto de menos. Fue un golpe de genialidad separarlos, si se me permite. No podría haber sobrevivido el último par de años, trabajando veinticuatro horas al día, con ellos peleándose a mi alrededor continuamente.

—Pensarías que si hubieran unido fuerzas habría habido incendios forestales y avalanchas para celebrar la ocasión.

—Seguimos teniendo terremotos.

—Estoy preocupado por ellos, jefe. Por la lanza.

—¿La lanza? ¿Qué lanza?

—La lanza negra. Te dije que la había encontrado. La que hizo Un Ojo mientras estábamos en Dejagore. No se la llevó con él, pero no ha vuelto a cogerla.

—¿Y?

—Que él lo haría. Usando algún conjuro para escabullirse si tuviera que hacerlo. Era importante para él. No alardeaba, pero la consideraba su obra maestra. No la iba a

dejar tirada, por muchas veces que haya tenido que salir corriendo con la Compañía.

—¿Estás diciendo que va a volver?

—Estoy diciendo que pienso que planea hacerlo. Puede que no estuviera cien por cien seguro de darse a la fuga con su amante. No sería la primera vez que un hombre no es totalmente sincero con una mujer.

Matasanos me miró como si intentara imaginarse qué estaba pasando en realidad dentro de mi cabeza. Luego se encogió de hombros y dijo:

—Podría ser. Vosotros, llevad a Dormilón a mi refugio. Dejadlo sobre la mesa para examinarlo.

—Buena idea —dije—. Comprueba si lo han tratado muy mal.

Matasanos gruñó.

—Tú quédate aquí fuera —dijo a Thai Dei, que estaba vigilando a sus reclusos con la mano de beber cerveza a su espalda—. Tú ven conmigo, Murgén. —Como si Thai Dei necesitara que le recordaran que el Viejo no lo quería en su casa—. *Jamadar* Subadir, encárgate de que encierren a esos prisioneros como es debido. Y asegúrate de que el resto de nuestros invitados no se han propasado también.

Dije:

—El príncipe nunca intentó hacer nada. —El prahbrindrah Drah no tenía que sufrir la indignidad de los grilletes. Nuestros taglianos no lo habrían tolerado.

Espí a tío Doj mientras buscaba algunas sombras, con los brazos cruzados. Me pregunté por qué se quedaba con nosotros. ¿Por Narayan Singh? Difícilmente. Su persistencia daba un empujoncito a mi nivel de paranoia cada vez que pensaba en él.

La sospecha de Matasanos, por supuesto, era más duradera que la mía.

Bajamos a la cueva del Viejo.

Dijo a los hombres que llevaban a Dormilón:

—Está bien. El portaestandarte y yo cuidaremos ahora de él. Espera, Destellos, quiero que vuelvas a comprobar a esos hombres a los que mandé ocuparse de los prisioneros. No hemos considerado lo suficiente la posibilidad de traición entre nuestra propia gente.

Destellos preguntó:

—¿Quieres que busque algo en particular?

—Solo mantén los ojos abiertos. —Matasanos se dirigió a mí—: Estoy de acuerdo contigo. Tenemos que ahogar a toda la pandilla.

—Pero Dama tiene un uso que darles.

—El que guarda siempre tiene. Dice ella. No dejo de recordarme a mí mismo que se supone que es más lista y que tiene más experiencia que yo. Vamos a desvestirlo. Empieza por abajo.

Dormilón estaba despierto, pero no mostraba interés en la conversación, ni en ninguna otra cosa. Pregunté:

—¿Dónde está mi caballo, Dormilón?

Matasanos rio entre dientes.

—Buena pregunta, Murgén. Puede que quieras ir en su busca. A no ser que prefieras ir andando a Khatovar.

Hice varias preguntas a Dormilón. No respondió a ninguna. Me seguía con los ojos, y al Viejo, pero no se podía saber si entendía algo.

Matasanos dijo:

—Podríamos usar a Humo para rastrearlo hacia atrás en el tiempo y descubrir dónde ha estado y cómo perdió al animal.

Gruñí. Podíamos hacer que Dama diera un puñetazo al mierdecilla con un conjuro que lo dejara inconsciente y lo hiciera útil durante un rato. La parte difícil sería conseguir que ella estuviera de acuerdo en no acapararlo todo para ella.

—Hoy estaba totalmente despierto. Humo, quiero decir. Será mejor asegurarte de que ella lo sabe.

Matasanos empezó a pinchar y dar golpecitos a Dormilón.

—Muchos hematomas. Deben de haberlo aporreado bien. —Dormilón lo llevaba en silencio, sin sobresaltarse.

—Si estuvo en la cueva de Almas... vi cómo pasaba a quince kilómetros de distancia. Fue...

—Ya he visto suficiente. —Algo le estaba inquietando. Tenía ese aire que tiene la gente cuando tiene que decir algo difícil y no están convencidos moralmente de su derecho a decirlo. Eso me preocupaba. Matasanos no tenía problemas por gritar a nadie salvo a su vieja dama—. He estado poniéndome al día con tus Anales, Murgén.

Oh, oh.

—Y odio decir esto, pero no me gustan mucho.

—Si mal no recuerdo, no ibas a dictar lo que yo tenía que escribir.

—Exacto, y no voy a hacerlo ahora. Es tu trabajo. Hazlo tú. Estoy diciendo que no me gusta lo que he estado leyendo. Aunque has mejorado mucho en algunos aspectos. ¿Habías visto a este hombre desnudo antes?

—No, ¿por qué? ¿Debería? —Tenía la sensación de que estaba escondiendo una gran queja sobre mis Anales. Ya que era una de las probablemente no más de tres personas que los leerían en toda mi vida, supuse que podría entrar en contacto más directo con las necesidades de mi público. O al menos fingirlo. No podía despedirme. A no ser que quisiera recuperar el trabajo para él. El único candidato se encontraba ante nosotros, todavía sin preparación, sin pulir, sin ropa y, muy probablemente, sin cordura—. Entonces, ¿qué estoy haciendo mal?

—Podrías empezar por no ser tan educado. Mira a tu colega. ¿Qué le falta?

Dormilón no era un chico.

Me olvidé de los Anales.

—Que me aspen.

—¿No lo sabías?

—Nunca lo sospeché. Pensé que era un poco bajito y flacucho... Pero siempre lo fue. Apenas acababa de dejar los pañales cuando se nos pegó en Dejagore. Calculé que quizá tuviera unos trece años. No estaba tan sano como está ahora. Recuerdo que Cangilón lanzó a uno de sus tíos contra la pared por violarlo. —Seguí diciendo «lo» porque me costaba pensar en Dormilón como otra cosa, a pesar de la falta de pruebas que había ahí mismo delante de mí.

—¿Buen soldado?

Él lo sabía.

—El mejor. Siempre compensa su pequeñez y su falta de fuerza usando la cabeza. —Lo cual era algo que Matasanos valoraba especialmente.

—Entonces olvidemos que hemos visto nada aquí. Ni siquiera dejes que Dormilón sepa que lo sabes. —Empezó de nuevo con el reconocimiento.

No sería la primera vez que una mujer había estado con la Compañía disfrazada de hombre. Los Anales recordaban varios casos en que se habían hecho descubrimientos asombrosos sobre alguno de nuestros antepasados, generalmente después de que los mataran.

Aún así... Sería incómodo saberlo.

—Lo que no me gusta de tus Anales es que tratan más sobre ti que sobre la Compañía.

—¿Qué? —No lo entendí.

—Quiero decir que centras todo en ti mismo. Salvo por algunos capítulos que adaptaste de los partes de Dama, de Cangilón, de Un Ojo o de alguien, nunca informas de nada que no te implique a ti o que no hayas visto en persona. Eres demasiado egocéntrico. ¿Por qué nos iban a importar un cuerno tus pesadillas recurrentes? Y, excepto en Dejagore, tu sentido de la ubicación suele ser bastante flojo. Si no estuviera aquí yo mismo, me costaría mucho hacerme una imagen de este extremo del mundo.

Mi primera reacción, por supuesto, fue defender a mis niños del escarnio. Pero tuve la boca cerrada. No se gana nada discutiendo con tus críticos. Se consiguen resultados más satisfactorios enseñando a cantar a los cerdos. Y menos úlceras.

Tienes que confiar en tu propia musa. Aunque tenga una pata de palo y esté sujeta a ataques imprevisibles.

Creo que el Viejo dijo algo así una o dos veces en todos estos años.

No lo mencioné.

—También podrías procurar ser un poco más parco a la hora de escribir.

—¿Parco?

—Tiendes a explayarte mucho más de lo necesario. A veces.

—Intentaré tenerlo en cuenta. ¿Crees que deberíamos tapparla con algo?

Era evidente que tenía mucho más que decir sobre mis Anales, pero le incomodaba. Estaba dispuesto a aceptar un cambio de tema.

—Sí. No hay daño físico permanente. Dama tiene algunas cosas viejas guardadas en ese cofre negro. Es posible que sean un poco grandes, pero...

—Pensé que no íbamos a saber nada de que Dormilón era una chica.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Dama con vestido?

—Buena observación. —Abrí el cofre—. Aún así nunca hay ninguna duda.

Matasanos gruñó. Estaba examinando a Dormilón atentamente, frunciendo el ceño.

—¿Se está apagando la llama? —pregunté.

Sonrió débilmente.

—Más o menos. Algún día lo entenderás.

Escogí algunas cosas.

—Eso no es lo que quiero oír, jefe. —Siempre que miraba atrás, por mucho que amara a mi esposa, me inquietaba cuando recordaba que era la hija de Ky Gota.

Se rio entre dientes.

—Ponle unos pantalones antes de que entre mi queridísima amada.

Acabamos justo a tiempo. Dama llegó de un humor de perros.

—No encontré nada útil. Nada. ¿Él como está?

—Molido a golpes, hambriento y con síntomas de haber estado mucho tiempo a la intemperie. Por lo demás está bien, físicamente.

—¿Pero mentalmente ausente? —Dama miró fijamente al chaval. No había nada en los ojos de Dormilón.

Matasanos gruñó.

—Está en coma con los ojos abiertos.

—Hablando de durmientes —dije—, nuestro bombero favorito estaba totalmente despierto hoy. Y por la manera en que me miró, aquí se siente como en casa.

Juro que la mejilla de Dormilón se movió, pero a lo mejor no fue más que un engaño del farol.

—Eso no es bueno —dijo Dama—. Y yo esperaba tener una tarde tranquila en casa.

—¿Qué vamos a hacer con Dormilón?

El capitán tenía una respuesta preparada.

—Vas a llevártelo contigo. Y ponte a trabajar enseñándole tu oficio. —Por un instante una sombra cruzó su cara, como si todos los pensamientos del futuro trajeran desesperación.

—No puedo... —¿Llevar una chica a mi búnker?

—Sí que puedes. —Porque Dormilón simplemente era uno de los nuestros. ¿O

no?—. Y mantenme informado de sus progresos.

Dama viene a casa y él empieza a meterme prisa. ¿Qué te parece?

—Levanta el culo —le dije a Dormilón—. Nos vamos a mi casa. Vamos a averiguar lo que hiciste con mi caballo.

Dormilón no respondió.

Thai Dei y yo acabamos arrastrándolo sobre una camilla, junto con los tesoros que habíamos exhumado. Dormilón me gustaría mucho menos hasta que llegáramos al otro lado.

Al pasar por la perrera de la prisión, la cambiaformas empezó a rugir y a bramar. Rugió un desafío al estilo leopardo mientras pasamos en fila.

—¡Uh, que te jodan! —dije. Dormilón ya estaba empezando a pesar.

El gran gato aulló e intentó pasar las garras entre las crueles lanzas que la confinaban.

—Creo que tal vez podría tomarse algunas bebidas —le dije a Thai Dei.

—A lo mejor está en época de celo.

Capítulo 92

Habían salido las estrellas. La hoguera estaba consumida. Thai Dei y yo, y algunos de mis colegas, nos habíamos puesto contentillos con la cerveza de Un Ojo y llenos hasta las aletas de la nariz de cerdo asado. Tiré un hueso al fuego. Empezó a crepitar.

—Esto es vida —dijo Cangilón con voz cavernosa, acentuándolo con un eructo.

—Si te gusta acampar —dije—. Hace buen tiempo. Yo, si me das a elegir, viviría como lo hicimos en Taglios, pero sin todo el trabajo.

—¿Qué trabajo? Nunca te vi mover un dedo.

—Tenía que tener contenta a Sari.

—Restriégamelo por la cara, imbécil.

Rubro preguntó:

—¿Ese tipo siempre ronca así?

Se refería a Thai Dei, que estaba espatarrado contra la pared exterior de nuestro búnker, resoplando y rugiendo en el frío. Había comido mucho, para ser él. Los otros nyueng bao lo estaban rehuyendo.

—Solo cuando se lo ha pasado bien.

—La primera vez, ¿eh?

—Que yo sepa. Pero yo no estuve allí la noche que se casó.

Alguien dijo:

—El Viejo siempre escucha lo que tú le dices. ¿Por qué no le susurras unas palabras románticas diciéndole que sigamos montaña arriba?

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Porque cuando llegemos a Khatovar ya habrán acabado todos los viajes, todas las batallas y toda la mierda. —Pausa—. ¿No es así?

No lo sabía.

—No tengo ni idea. Tú sube seis metros más cuesta arriba y habrás llegado al límite de lo que yo conozco.

—Pensé que todo estaba en esos viejos libros.

Y estaba. Pero yo no tenía los libros correctos. Miré a Thai Dei. Empezaba a parecer que él había tenido la idea adecuada.

—He tenido toda la diversión que puedo soportar, chicos. —Desdoblé las rodillas doloridas, me levanté y me dirigí a la cama. Al pasar por encima de Thai Dei dije:

—No me despiertes por nada inferior a una fuga de sombras. Y asegúrate de dejar algo de cerdo para tío Doj.

Menos mal que el tejado del búnker era tan bajo que tenía que agacharme sobre las manos y las rodillas para entrar. Así no caía desde tanta altura.

Tropecé con Dormilón primero, luego con la lanza de Un Ojo, que no tenía ni idea de por qué la habíamos traído, pero lo habíamos hecho, y que había dejado tirada

en el medio del suelo de roca.

Caí sobre mi jergón sin lesionarme.

Sé que fui de paseo por los sueños, pero no recuerdo a dónde fui. Tengo vagos recuerdos de Sari y un encontronazo trivial con una Atrapa Almas tan deseosa de evitarme como yo de evitarla a ella. Me levanté con dolor de cabeza, mucha sed, una necesidad apremiante de dar con la letrina y muy malas pulgas.

—Oh, corta el rollo, viejo patrañero —le dije a tío Doj después de arrastrarme para salir de la chabola. Estaba echándole una bronca nyueng bao aun Thai Dei indiferente utilizando todos los clichés que se sacan a relucir cuando alguien se desata y se pone en ridículo—. Maldita sea, aquí fuera hay mucha luz. Thai Dei, levanta el culo. Bebe un poco de agua. Mierda. —Yo también embuché algo de agua. Tenía náuseas. Si no llovía pronto tendría que transportar un poco más de agua.

—Portaestandarte.

—¿Eh? —Me encontré rodeado de Isi y Ochiba—. ¿Es que salís de debajo de la tierra o algo así?

—Hemos estado esperando —dijo Isi.

—Tu gente es muy tenaz protegiendo tu descanso —añadió Ochiba.

En cierto modo, su actitud era inquietante.

—Bien hecho. ¿Qué pasa? —Obviamente no se habían pegado esa caminata por hacer ejercicio.

Isi conocía mejor el dialecto de las Ciudades Joya que Ochiba, pero ni siquiera él lo hablaba bien. No obstante, logró comunicar el mensaje.

—El capitán y la teniente quieren que sepas que el prisionero Humo ha perecido.

—¿Perecido? ¿Perecido como... muerto?

—Como una piedra, —consiguió decir Ochiba.

Recordé algunas piedras bastante activas que había conocido antes de que estos cuellostiosos se unieran a la banda. No se lo mencioné. A nadie le importa la Llanura del Miedo hoy en día.

—Asesinado —añadió Isi, porque pensó que no lo había pillado.

Me quedé sin habla. Finalmente dije:

—Venid aquí donde podamos hablar. —Agarré un matacuervos y los llevé hasta el otro lado de la ladera, lo bastante lejos, donde nadie pudiera escuchar—. Dadme algunos detalles. —El arma resultó ser innecesaria. Los pájaros negros no habían salido.

—Le cortaron la garganta —dijo Isi.

¿Cómo pudo suceder?

—¿Cómo pudo suceder? Alguien tendría que pasar por encima de Singh, Sombra Larga y Aullador... No estaba fuera de la caseta del perro, en alguna otra parte,

¿verdad? —Todavía habría estado más conmocionado si lo hubieran matado en la cueva de Matasanos.

—Estaba recluso.

—Supongo que no tenemos a quienquiera que lo hizo. —Mi primer sospechoso en cualquier asesinato furtivo sería Narayan Singh, o algún miembro que quedara de su hermandad. Pero los Impostores no derramaban sangre. Desde luego Narayan no lo haría, ni siquiera en defensa propia.

—No.

—¿Sabemos quién lo hizo?

—No.

—Voy a ir hasta allí. —Di la vuelta hacia el campamento—. ¡Pulidor! ¡Rubro! ¡Guaperas! ¡Kloo! ¡Cangilón! —Grité y mis oficiales y sargentos reaccionaron como si pensarán que estábamos a punto de sufrir una visita inesperada de Mogaba y todo el ejército tagliano. Fui muy estridente. Mi resaca esbozaba todo mi universo en inflexibles blancos y negros.

—Lo siento —dije, sin querer decirlo—. No es tan malo como suena. Hay una emergencia leve al otro lado. Voy a ir hasta allí. Ordena el estado de alerta de nivel uno. Diles que dejen de jugar al tonk hasta que tengan preparado el equipo. —Bebí otro vaso de agua, luego doné la misma cantidad a los espíritus de la tierra—. Ochiba, Isi. Vamos.

Thai Dei se libró del abrazo de la gravedad, agarró una vara de bambú y la usó como bastón. Me siguió dando traspiés, manteniendo el ritmo con tenacidad.

Thai Dei definió quién y qué era frente a una manada de estándares inflexibles que ignoraban sus propios deseos, lo que le gustaba y lo que no, y su dolor.

Tío Doj canceló el espectáculo de madre Gota, ordenó su ropa, tocó la empuñadura de Varita de Fresno para asegurarse de que la espada no lo había abandonado, y luego nos siguió, caminando con pesadez. Esa mañana parecía muy cansado y muy viejo.

—No hacía falta que vinieras —refunfuñó Matasanos. Él también parecía viejo y cansado esa mañana—. No hay nada que puedas hacer.

—Conocía a Humo mejor que nadie. Pensé que quizá...

—Una pérdida de tiempo. A no ser que fuerais tan íntimos que puedas avivar a sus fantasmas.

Me pregunté:

—Eso no tiene sentido.

—Claro que sí. Alguien no quiere que los espiemos.

Empecé a protestar que Humo era un gran secreto, considerado mejor que eso.

El Viejo no quería tener un debate. En vez de eso, pregunté:

—¿Qué dijeron los otros?

Les habrían hecho preguntas, quizá con gran ímpetu.

—Nadie vio nada. Nadie sabe nada. Pero creo que Aullador tiene algo de idea.

Y creo que tiene miedo de que alguien pueda descubrirlo y venga a por él.

—Entonces lo más inteligente sería que nos contara lo que sabe. —La tortura no se lo sacaría al mierdecilla. Era más viejo que Dama y había estado gritando de dolor antes de que ella lo conociera.

—Eso le dijo Dama. Está considerando las opciones.

—Esta podría ser una oportunidad para tenerlo de nuestro lado.

—Como dije, Murgén, no hacia falta que vinieras. Somos casi tan listos como tú. Solo nos lleva un poquito más de tiempo discurrir estas cosas.

—Sin duda. ¿Oíste a Bowalk quejarse anoche?

—¿La cambiadora? No. ¿De qué estás hablando?

—Se volvió majara cuando Thai Dei y yo pasamos por delante de la jaula ayer por la noche. —Le dije.

—A veces hace eso. Dama cree que puede ser su lado animal que se está haciendo más fuerte. Puede que esté intentando atraer a un novio.

Tío Doj, noté, había ido a la jaula poco después de que llegáramos, independientemente, después de intercambiar algunas palabras con Jojo. No entendía nada de lo que Matasanos y yo estábamos diciendo.

—Thai Dei dijo que eso era lo que parecía.

—Puede que el chaval no sea tan idiota como parece. —El Viejo se centró en tío Doj mientras hablaba. No estaba seguro de a qué se refería. Preguntó—: ¿Cómo está nuestro niño abandonado?

—¿Dormilón? Durmiendo.

—Por aquí a los cómicos los quemamos como leña.

—¿Qué? Solo hice una afirmación. El chaval duerme. Come, si le pones cosas en las manos y le enseñas lo que hay que hacer. Mira muy fijamente. Pero principalmente solo duerme.

—Está bien. Vuelve. Ve a trabajar. Empieza a pensar un poco más en lo alto de la colina. No sé si son nervios o premonición, o si simplemente me estoy volviendo impaciente, pero cada vez me encuentro con más ganas de seguir viajando, nos obligue alguien a hacerlo o no.

—La radisha estará encantada.

—Lo dudo. Toda esa paranoia sobre la Compañía salió de algún sitio. No se lo tragó tanto como Humo, pero se lo tragó, y todavía lo cree. No creo que la fuente que se lo vendió haya dejado de existir. Pienso que no cree realmente a Atrapa Almas cuando Almas le dice que puede escabullirse de su pacto infernal sin salir herida. —Matasanos estaba pensando en Kina. Estos días la sabiduría popular decía que Kina

había metido el miedo a la Compañía en las mentes de los taglianos y de sus gobernantes. Siempre sospechamos que no planeaban mantener su mitad del acuerdo y ayudarnos a llegar a Khatovar una vez que el Maestro de las Sombras hubiera sido vencido.

La hipótesis de Kina era tentadora, pero yo pude sacarle la puntilla. Si la Madre de los Engaños estaba decidida a provocar el Año de los Cráneos, ¿por qué iba a mantener alejada a la Compañía? ¿Veía a los Maestros de las Sombras como herramientas convenientes para lograr el nivel de destrucción necesario?

Me encogí de hombros, dije a Thai Dei:

—Supongo que no nos quieren aquí.

—¿Qué narices? —ladró Matasanos.

La cambiaformas había empezado a intentar alcanzar a tío Doj. Tío la empujó con la punta de su espada hasta que se tranquilizó.

—Sueña por mí, Murgén —dijo Matasanos cuando empecé a bajar la cuesta—. Ahora mismo me siento ciego y vulnerable. Necesito saber qué está pasando ahí fuera.

Capítulo 93

Algo estaba ocurriendo. Cada persona con la que nos encontrábamos al cruzar a nuestro campamento quería saber qué estaba pasando. No se trataba de un rumor incontrolado. Nadie había oído nada escandaloso. Pero todos los hombres habían desarrollado un estado de nervios inespecífico. Yo mismo lo sentía. Todo parecía ominoso, aunque nadie sabría decir por qué. Al entrar en el miserable poblado que había surgido debajo de la Puerta de las Sombras noté que la mayoría de mis hombres estaban arreglando sus armas y su equipo, por si acaso. Tomé nota mentalmente de que debía aprovecharme de sus nervios y empezar a azuzarlos para que tuvieran un aspecto más presentable.

Era hora de escoger a algunos voluntarios andrajosos y empezar a moldearlos para convertirlos en hermanos.

Contando a los soldados y oficiales, y a los seguidores de campo, por lo menos cien mil taglianos habían estado implicados en la última cruzada de Matasanos contra el Maestro de las Sombras. No había meditado mucho sobre ello, pero la muerte había reclamado a la mayoría de esos compañeros, algunos en la batalla, pero más por enfermedad, accidente y adversidad. Probablemente la enfermedad, la adversidad y los taglianos eran responsables de incluso más hombres de Lugar de las Sombras. El conflicto generó un desastre humano mucho mayor que el peor de los terremotos que sacudían la región.

La enfermedad sigue siendo un problema. Siempre.

El caso es que no ha habido mucha diversión y gloria por aquí abajo. Los pocos miles de hombres que siguen con nosotros, muchos de ellos lisiados permanentemente de alguna manera, son de una naturaleza realmente nerviosa. Encuentran señales y presagios por todas partes.

Como la mayoría de los que tropiezan con la vida de mercenario, eran hombres a quienes su sociedad no quería. Tal vez no tenían familias con las que reunirse. Tal vez tenían las cosas un poco revueltas dentro de sus cabezas. Tal vez eran criminales o fugitivos de enemigos, esposas o recaudadores. Cuesta muchísimo imponer orden y disciplina a hombres de este tipo. El concepto de la Compañía como un hogar y una familia había funcionado bastante bien las últimas generaciones, pero durante aquel tiempo el grupo nunca llegó a tener más de unos cientos de hombres. Nunca había sido tan grande como para que cada hombre no conociera a todos los demás.

Me di cuenta de que yo, para empezar, pese a todas las pretensiones de lo contrario, no había estado haciendo todo lo que podía por reunir a la familia. Había dejado que mucha presión externa me causara una falsa sensación de tranquilidad.

La paranoia es una condición necesaria. Aun más cuando los tiempos parecen prósperos y favorables.

Los tipos estaban nerviosos ahora. Era hora de hacerles trabajar un poco más.

—Una lectura del Primer Libro de Matasanos —le dije a la fuerza reunida. Estaban un poco perplejos. Debían de ser unos seiscientos. Hasta el más cojo y el más lisiado había venido—. En aquellos días la Compañía estaba al servicio de los Síndicos de Berilo... —Debería ser una buen lectura. Si Otto y Lamprea no se nos hubieran unido, aquellos tiempos estarían seguros en el pasado, aún así seguirían estando lo bastante cerca para que los hombres supieran que los veteranos de esos acontecimientos aún estaban entre ellos. Sabrían que había fuerzas alineadas contra nosotros con las que se encontraron primero sus predecesores de entonces. El mismo emblema de sus insignias había sido elegido por la Compañía en aquel tiempo. Era una conexión fácil con el pasado, comprensible, con relevancia actual. Era una puerta por la que se les podía llevar para aceptar la creencia de que eran parte de algo que ha sobrevivido a todo durante más de cuatrocientos años.

Nadie me ovacionó. Me volví lo bastante apasionado para hacer que hasta el miembro más cínico de mi público sospechara que podría haber algo importante en lo que dije.

Pronuncié mi discurso e hice mi lectura desde el tejado de mi búnker. Dormilón estaba sentado junto a la entrada, mostrando tanta energía como una gárgola protectora. Me pregunté si algún ejercicio forzado no ayudaría a traerlo de vuelta.

El jaleo de Cangilón discutiendo con Thai Dei me despertó.

—¿Qué narices está pasando? —grité.

—¡Trae tu culo aquí, Murgen!

Me deslicé por el suelo pedregoso hacia una noche brillante.

No hizo falta que me indicaran nada. Los fuegos artificiales se explicaban por sí mismos.

La factoría de armas de Dama estaba ardiendo. Las bolas de fuego empezaron a volar. Enseguida empeoró. Los incendios empezaron en el bosque, en las ruinas de Kiaulune y entre las chabolas de los campamentos del otro lado. Algunas bolas de fuego incluso alcanzaron mi vecindario, aunque mis hombres estaban lo bastante al tanto como para esquivarlas.

Dije:

—Ni de broma voy a ir allí.

—Alguno hay que no tiene miedo —dijo Cangilón. Un destello dejó ver a tío Doj escapando a grandes zancadas con Varita de Fresno en la mano. Los coloridos reflejos hacían que brillaran sus bordes.

—¡Thai Dei! —ladré—. ¿Qué narices está haciendo?

—No lo sé.

La agitación al otro lado se hizo tan estrepitosa que se podía distinguir un clamor general de gente gritando.

—Mierda y requetemierda —dijo alguien—. ¿Te lo puedes creer?

Reiteré:

—No voy a ir allí.

Los fuegos artificiales continuaron. Las bolas cruzaron la noche aleatoriamente formando arcos. A veces una vara descargaba rápidamente lanzando un chorro de ardientes salpicaduras en la oscuridad. La fábrica de Dama era principalmente subterránea, pero la tierra no pudo retener la devastación.

Durante unos minutos la noche se perdió en la luz deslumbrante.

A mi espalda la niebla de oscuridad que se agolpaba normalmente en la Puerta de las Sombras de la noche a la mañana, se fue ondeando ladera arriba, agarrándose a los escombros y barrancos más profundos. A las sombras no les gustaba lo que estaba pasando.

A mí tampoco. Comenté de nuevo:

—No voy a ir allí.

Algún sabidillo remarcó:

—¿Alguno de vosotros cree que Murgen tal vez no vaya a ir allí?

Imbécil.

Aguanté algunas horas. Incluso dormí un poco.

Capítulo 94

El suelo aún ardía.

La tierra se había derrumbado dentro de la fábrica de Dama, evidentemente mientras ardía tanto material de las bolas de fuego que la propia suciedad no pudo resistir la ignición. El suelo ardiente resplandecía con varios colores. Pequeñas llamas hacían cabriolas cerca del suelo, al azar, como las de la superficie del azufre candente. Un olor a azufre se sostenía en el aire, pero era un recuerdo del paso de las bolas de fuego.

Había la luz suficiente para poder moverse. Por consiguiente, las secuelas del desastre eran más impresionantes visualmente.

Cientos de soldados y montones de hombres de Lugar de las Sombras reclutados apresuradamente transportaban agua en cualquier recipiente disponible. El agua mataba estos incendios no sofocándolos, sino enfriándolos.

Una columna de vapor se encumbraba cientos de metros por encima de nosotros.

—Creo que estoy a punto de cabrearme.

Miré atrás. El Viejo se había puesto a mi lado.

—Esto no nos ha venido nada bien —dije, mostrándome de acuerdo.

—Tal vez no es tan malo como parece salvo por haber perdido a tantas de las personas que hacían las varas. Las piezas listas para la batalla estaban almacenadas en otro sitio. Dama no quería guardar todos sus guisantes en una vaina.

—Chica lista. ¿Fue un accidente?

—No. Los supervivientes dicen que los faroles que hay allí abajo empezaron a apagarse, después la gente empezó a chillar. Por como lo describen estoy seguro de que entraron sombras. Justo detrás de ellas entró algo o alguien que no pudieron ver muy bien. Se paseó entre la confusión desencadenando las reacciones que causaron la explosión.

—¿Atrapa Almas?

—Esa es mi apuesta. Está empezando a hincharme las narices de verdad.

Gruñí. *¿Empezando? ¿Ahora? Entonces era más paciente de lo que creía posible.*

Alguien gritó mi nombre. Distinguí una muchedumbre que se reunía al pie de la colina.

—Mi público me llama —me quejé—. Me pregunto qué horripilante sorpresa tienen para mí esta vez. —«Horripilante» era una palabra que se quedaba corta para describir lo que se encontraba desperdigado alrededor de la zona derrumbada. Los cadáveres destrozados, parciales, descuartizados y concienzudamente cocinados abundaban. Apenas había soldados. Los obreros de Dama habían salido corriendo a todo correr, pero para la mayoría eso no había bastado.

—¿Dónde está Dama? —pregunté mientras Matasanos me seguía.

—Intentando localizar a Almas. Esperando que podamos devolverle la bofetada mientras todavía esté cansada y sintiéndose orgullosa de sí misma.

—Es una pérdida de tiempo.

—Probablemente. ¿Soñaste algo anoche?

—No. Di vueltas y más vueltas e intenté disuadirme a mí mismo de venir aquí.

—Tarde o temprano mandaré a buscarte.

Vi por qué en un minuto.

Primero había señalado el cuerpo.

Tío Doj se encontraba despatarrado sobre su espalda entre la multitud. Un hombro había sido quemado por una bola de fuego. Una segunda bola de fuego le había arrancado la mitad del pelo. Gran parte de lo que quedaba había sido blanqueado. Su cara estaba desfigurada. Tenía el ojo derecho cerrado y enterrado bajo una costra de sangre seca. El ojo izquierdo estaba abierto. Miraba hacia el cielo. Varita de Fresno estaba posada sobre su pecho. Todavía la asía con ambas manos. Su cuchilla permanentemente afilada estaba descolorida, como si se hubiera usado para remover el fuego, como si el temple hubiera sido quemado. Las ropas de tío Doj daban la impresión de que alguien las hubiera rociado con pequeños carbones después de que cayera.

Una pequeña pluma blanca estaba pegada en la sangre de su mejilla.

Dio una sacudida. Un ruido como un pedo gigante salió de él. Thai Dei, que había estado de pie a mi lado, mirando estupefacto, se lanzó hacia delante.

Matasanos dijo bruscamente:

—Vosotros, apartaos. Dejados sitio. Murgen, trae mi equipo médico y haré lo que pueda.

Me fui. Para mi asombro Thai Dei dio un brinco y me siguió, pero al irnos ladró órdenes a otros nyueng bao. Tío estaría vigilado por los de su propia clase.

Me sumergí en el refugio de Matasanos, encontré su bolsa y volví a salir a la luz. Pregunté a Thai Dei:

—¿Podrías deducir algo solo con mirar al tío?

—Entró en el manglar solo. —Era una expresión propia del nyueng bao. Derivaba de la historia de un cazador incauto que persiguió a un jabalí hasta una zona de manglares y cuando llegó allí se encontró con un tigre.

Dejé la bolsa de Matasanos a su lado. Gruñó agradecimientos, luego rugió a los nyueng bao que nos rodeaban y nos estaban oprimiendo. No habían pasado diez minutos, pero parecía que todos los nyueng bao que seguían a la Vieja Guardia habían venido a ver lo que estaba pasando. Thai Dei susurró enfadado a varios de ellos.

El fondo de la cuestión parecía ser que se estaban escaqueando de sus deberes al apartarse de aquellos a los que se supone debían proteger. Tan fuerte era el concepto

nyueng bao de la deuda que todo el grupo se dispersó inmediatamente.

Los nyueng bao decían poco. Lo que decían lo entendía perfectamente. Pero no aprendí nada.

Thai Dei se arrodilló junto a tío, a su lado izquierdo. El Viejo se arrodilló frente a él. Matasanos dio a Thai Dei un paño húmedo.

—Aquí. Quítale el petróleo de la cara con la esponja para que pueda ver cuánto es el daño en realidad. —Ahora había la luz suficiente para ver la sangre seca y los exudados que habían formado costra en la cara del tío.

Mientras habíamos estado fuera Matasanos había juntado varios cubos de agua y había abierto las ropas de tío Doj. Se concentró en el hombro herido, que aún chorreaba sangre. La herida del cuero cabelludo de Doj se había cauterizado sola, obviamente.

Tío se encogió de hombros otra vez. Podía ver porque alzó la vista hacia Thai Dei, lo reconoció, intentó levantar el brazo, apenas sujetó el codo de Thai Dei. Susurró:

—La Mil Voces. Cuidado con las Mil Voces.

—Descansa, tío —respondió Thai Dei.

—Debes... Me queda poco tiempo. Las Mil Voces están entre nosotros. La derribé, pensando en recuperar la Llave, pero mi golpe no fue mortal. —Eso pareció asombrarlo.

Matasanos me miró, en silencio, deseando que escuchara con atención porque era obvio que tío estaba diciendo algo importante. Asentí, no solo escuchando y recordando, sino observando los labios de Doj para asegurarme de que estaba diciendo lo que yo pensaba que estaba oyendo.

La mayoría de los nyueng bao habían vuelto a sus tareas, pero Jojo ya no tenía a nadie a quien proteger. Su hombre se había ido. Se quedó. Dio un paso al frente.

—¡Tío! Tu lengua te delata.

Por lo menos eso es lo que quiso decir. En el instante en que se abrió su boca Matasanos hizo señas a Otto y Lamprea que planeaban como ángeles en busca de Je incrédulos a los que castigar. Envolvieron a Jojo, le sujetaron la boca fuertemente con las manos, se lo llevaron y lograron llevar a cabo todo el rapto con tanta destreza que nadie prestó ninguna atención.

Tío Doj pensaba que se estaba muriendo. Estaba intentando pasar alguna obligación a Thai Dei.

—Encuétrala antes de que se recupere. Mátala mientras sea vulnerable. Quema su carne. Esparce sus cenizas. Espárcelas a los vientos.

Thai Dei no quería tener esa obligación.

—Yo no soy el indicado, tío. Yo ya tengo una misión. Descansa. Controla tu lengua. —Sabía que yo estaba escuchando.

El ojo de tío se movió hacia mí. Ahora él también sabía que estaba escuchando. Pero estaba convencido de que había visto a la Muerte intentando mirar por encima de mi hombro. Siguió hablando.

Lo que decía tenía sentido. Si suponías que «las Mil Voces» era Atrapa Almas. Era un buen apodo para ella (particularmente en casos en que ella misma no se había molestado en presentarse).

Por desgracia, tío y Thai Dei no se daban discursos explicativos reveladores tipo «Como ya sabes...» el uno al otro, así que solo pude rellenar las simas con hipótesis. Me dio la impresión de que estas Mil Voces habían robado algo a los nyueng bao. Tío lo llamó «la Llave». La llave de qué no salió a colación. Thai Dei no necesitaba que se lo explicaran.

Una búsqueda para recuperar el objeto podría explicar por qué tío había estado eludiendo a la Compañía. Podría explicar las desapariciones, tanto las nocturnas como las que eran tan largas como la de después de Charandaprash. Sospeché que yo podía haber estado expuesto a otros indicios antes, pero había sido demasiado corto para pillarlos o recordarlos.

Tío Doj se estaba debilitando. Para un hombre tan fuerte física y mentalmente como era él, eso apuntaba a que podía tener razonen lo de que le quedaba muy poco tiempo. Cedí a la tentación y di rienda suelta a la mezquindad. Me puse en cuclillas, tan parecido al estilo nyueng bao como pude.

—¿Hay algo que quieras que le diga a Sahra cuando venga?

Su ojo me miró fijamente. Contrajo la cara mientras Thai Dei despegaba un gran trozo de postilla de su otro ojo, pero su mirada no vaciló.

—Lo he sabido durante mucho tiempo. También sé que tenemos un hijo.

Y no puedo encontrar perdón en mi corazón.

Matasanos dijo:

—Tiene más heridas de las que pensaba. Este brazo está roto. Puede que la pierna también.

Dije:

—Se encontró con Almas. Probablemente cuando ella estaba escapando. Puede que la haya cortado un poco.

—Eso explicaría lo de la espada. También lo de que todavía esté relativamente en buen estado. ¿De qué va la charla? —Por supuesto murmurábamos en el dialecto de las Ciudades Joya.

—Está seguro de que se está muriendo. Está intentando pasarle algún tipo de obligación a Thai Dei. Thai Dei no la quiere. Creo que Almas visitó el pantano entre el tiempo en que rompimos el asedio de Dejagore y cuando mis parientes se mudaron conmigo a Taglios. Les quitó algo realmente importante a los nyueng bao —algo aparentemente considerado un objeto de poder en su religión, como una reliquia

sagrada— y la cruzada de tío es volver a robarlo.

—Aún no está listo para irse de este mundo —me dijo Matasanos—. Parece peor de lo que es. La mitad de esta porquería no es sangre suya. Estará bien si podemos combatir la infección. Pero no tienes que darle pistas. Deja que hable.

Cambié al nyueng bao.

—Thai Dei, mi capitán expresa su pesar por que tu gente no nos haya tratado con franqueza. No obstante, en honor a Sahra y porque lo he pedido como familiar, hará todo lo que pueda por aliviar el pasaje de Doj de vuelta al *cao gnum*. —*Cao gnum* podía ser un lugar o un estado del ser que podía describirse como la central del universo depositaría de almas. No estaba seguro de qué porque los nyueng bao no discutían sus creencias religiosas. Sea lo que fuere, *cao gnum* era donde las almas esperaban a regresar al mundo si no habían acumulado suficiente buen karma para salir de la Rueda de la Vida. Los gunni llaman a su lugar similar *swegah*, que para ellos puede ser varios sitios a la vez, incluido el cielo y el infierno, donde dejan el alma a la espera recibiendo dosis de cada uno, según el recuento que se ha llevado de sus buenas y malas acciones.

Mis comentarios tensaron el honor y la lealtad de Thai Dei. Estaba enfadado conmigo.

—Demasiada falta de respeto, hermano.

Dije:

—Entonces explica por qué debería tratarlo mejor que a un primo segundo toca pelotas.

—La ignorancia es tu escudo —me advirtió Thai Dei—. Concédeme algún beneficio.

—Pídelo.

—No digas nada más.

Había empezado a sospechar que ya había abierto demasiado la boca, así que no tuve problemas para concederle su deseo.

—Lo tendrás.

Tío musitó a Thai Dei varias veces durante el siguiente cuarto de hora. Era puro delirio. Nada de lo que dijo aportaba ninguna luz a la situación. Luego pasó a la inconsciencia, porque Matasanos le había dado algo para el dolor. No tranquilicé a Thai Dei diciéndole que se despertaría. Dejé que se asombrara con la magia médica del Viejo. Dejé que se sintiera todavía más obligado de lo que ya se sentía.

En cuanto tío se durmió y no podía ya pelearse con nosotros, le colocamos los huesos y le limpiamos las heridas. No hubo que raspar mucha carne. Las bolas de fuego habían hecho un gran trabajo de cauterización.

Aunque tío iba a lucir algunas cicatrices importantes de ahora en adelante.

Puede que tampoco volviera a tener nunca el uso completo del lado derecho de su

cuerpo. El brazo derecho estaba roto por tres sitios. Una de las roturas era una fractura complicada. La tibia derecha también estaba rota, quince centímetros por debajo de la rodilla.

A Thai Dei nunca se le ocurrió preguntar por qué estaba ayudando a colocar los huesos de un hombre que estaba a punto de morir.

Estaba en otro mundo. Estaba en comunión con su alma, con lo que le hacía ser Thai Dei.

Después de un rato dijo:

—Me opuse cuando se llevaron a Sagra. Mi voz era demasiado pequeña para cargar ningún peso. —No me miraba cuando hablaba. Su lenguaje corporal me dijo que no era algo de lo que volvería a hablar otra vez, nunca.

Capítulo 95

A la mañana siguiente hablé con cautela con varios gunni sobre la mitología nyueng bao. No fueron de ninguna ayuda. Me topé con un atolladero de menosprecio. Si los gunni hubieran poseído algún conocimiento del concepto habrían etiquetado a los nyueng bao de herejes. No lo hicieron. La sociedad tagliana era demasiado pluralista en cuanto a religión. Ninguna de las personas con las que hablé tenía idea de lo que podría ser la Llave. Sospeché que podría no ser una reliquia religiosa pese a que había oído lo suficiente como para entender que había sido uno de los mayores tesoros que se mantenían escondidos en el templo en el que estaba recluida Sahra.

Me preguntaba cuál podría ser la conexión. Si había alguna.

—Me estoy cansando de verdad de esta caminata. —Le dije a Thai Dei mientras cruzábamos el valle en respuesta a un llamamiento de un comandante supremo. No muy lejos de nosotros los voluntarios de Lugar de las Sombras estaban ayudando a enterrar unos cereales de la familia de la cebada, trabajando por una parte de la cosecha. Matasanos tuvo la idea de que los nativos se sentirían menos resentidos con nosotros si les echábamos una mano. Yo tenía la sensación de que sus propios cultivos no eran tan malos y que deberíamos estar atesorando nuestros excedentes dentro de Atalaya. Estaba tan seguro como de que el invierno sigue al verano de que llegaría el día en que necesitaríamos cada grano de las reservas.

El Viejo insistía en que el pasado me había marcado demasiado hondo, que nunca superaría lo de Dejagore. Tal vez tuviera razón. Todos somos la suma total de nuestras partes, buenas y malas.

Thai Dei no dijo nada en ese momento. Esta mañana estaba más reticente que nunca. Cuando llevábamos más de un kilómetro de camino dijo:

—Tú sabías que tío no moriría.

—Sí.

—Quisiste manipularlo.

—Sí. Así que dime, ¿qué es la Llave?

—Algo que debería haber sido destruido hace mucho tiempo.

¿Dije que ya no hablaba más? Hice la prueba para asegurarme de que estaba con el compinche de tantos años.

—Un gran fetiche, ¿eh?

Entendió la palabra por el contexto.

—Un gran problema. Todas las profecías, todos los artículos y herramientas de profecía, no traen más que problemas.

—Esta Llave no estará relacionada con la profecía de Hong Tray, ¿verdad? —

Todavía no lo había identificado, a pesar de formar parte de ello y de estar casado con parte de ello. Sari siempre adujo que no lo sabía, solo era una mujer.

Thai Dei había encontrado su centro, su silencio, otra vez. Se negó a decir nada más.

—¿Estabais hablando de mí? —pregunté cuando entré en el refugio de Matasanos y me encontré con un silencio repentino y miradas fijas como único saludo.

—Quizá —dijo Dama. Me miró inquisitivamente. Era evidente que se preguntaba qué estaba pasando dentro de mí estos días.

Otto, Lamprea y otro par de tipos de la Vieja Guardia estaban allí. Isi y Sindawe estaban presentes. Numerosos taglianos de alto rango sobresalían por su ausencia, como era el caso de Hoja. No habíamos visto mucho a Hoja últimamente, aunque él y Dama habían trabajado juntos durante años. Parecía haber un cambio en las mareas de confianza.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo andas de disponibilidad? —preguntó Matasanos.

—No muy mal, en realidad. Una buena explosión como la de anoche hace que los chicos quieran vivir emociones.

—¿No hay rastro de Almas?

—No. Si me preguntas, tío la dejó muy perjudicada y está en algún sitio lamiéndose las heridas. —No había visto ni un solo cuervo desde antes de que Dormilón regresara. Eso era un buen augurio.

—¿Thai Dei ha dicho algo más?

—No. No has dicho...

—Voy a ir a hacer un reconocimiento de la llanura.

—Pensaba...

—Ahora es el momento. Almas está débil. Sé cómo se cura. Tendremos una semana hasta que tenga las fuerzas suficientes para causarnos más daño. Tenemos que zambullirnos por esa ventana de la oportunidad. Si juntamos una fuerza equilibrada y una recua, y nos esforzamos, deberíamos poder viajar ciento quince o ciento treinta kilómetros hasta tener que dar la vuelta. Eso debería darnos una buena noción de dónde nos encontramos.

No me gustaba la idea, pero no discutí. Dama era la teniente. Era su trabajo exponer los fallos del razonamiento del capitán. Ella no dijo nada, así que yo supuse que su discusión ya había acabado.

—Estoy pensando en unos cincuenta hombres para la primera expedición —dijo Matasanos—. Todos los veteranos que nos siguieron hasta aquí para llegar a Khatovar, más los mejores hombres nuevos. Todos los voluntarios.

No muchos de los reclutas recientes querían ir a Khatovar. El viejo terror todavía

conservaba algún poder, a pesar de que ellos ahora formaban parte de la Compañía.

—¿Qué está pasando en Taglios? —preguntó Matasanos.

Me encogí de hombros.

—Estos días solo estoy teniendo sueños normales. De hecho, apenas dormí las últimas dos noches. Dormilón masculla toda la noche. Intenté hacer que hablara, pero parecía que no me oía.

—Nos lo llevaremos con nosotros. Una buena caminata puede que lo saque de donde está.

Suspiré.

—¿Cuándo quieres hacer esto?

—En cuanto podamos organizarlo. Almas ya está mejorando.

Suspiré otra vez.

—Me estaba acostumbrando a no viajar. Estaba realmente encariñándome con la idea de quedarnos en un sitio. —Y esperar a mi esposa. O tal vez incluso volver a encontrarme con ella si pudiera hacer que Dormilón me contara lo que había hecho con mi caballo.

Matasanos carraspeó en señal de desaprobación. De verdad. El hijo de puta se estaba convirtiendo en mi abuelo. Dijo:

—¿Sabes lo que esto significa? ¿Portaestandarte?

—Tengo la mala sensación de que significa que un puto imbécil llamado Murgen va a tener que salir del frente otra vez.

—Sin ningún Goblin o Un Ojo que te cubra las espaldas.

—Mierda. Sí. —Pero mis espaldas estaban cubiertas, por ahora y para siempre—. Veo un problema, jefe. Los nyueng bao insistirán en seguir fieles a sus hombres de Dejagore.

—Cuento con ello. Cada uno de ellos que suba montaña arriba es un tagliano menos por el que me tengo que preocupar de que se ponga detrás de mí y tal vez envuelva uno de esos chismes alrededor de mi cuello.

—¿Qué? No hemos tenido ningún problema con esos personajes desde el invierno pasado. No queda ninguno.

—¿Estás dispuesto a apostar tu vida por ello? Tengo intención de llevarme al santo viviente y al resto de nuestros colegas con nosotros.

—¿Por qué quieres hacer eso?

—Para no tener ninguna sorpresa mientras nuestras espaldas estén vueltas.

¿Quieres que Aullador se suelte, o Sombra Larga, cuando ninguno de nosotros esté aquí para volver a encerrarlos? ¿Quieres que el prahbrindrah Drah vuelva a ponerse a la caza? ¿O esa puta pantera?

—No. Pero si yo estuviera dirigiendo las cosas los mataríamos y quemaríamos sus cuerpos. Luego mezclaríamos los restos y lo tiraríamos todo en unos seis ríos

distintos.

Dama me lanzó el tipo de mirada que me hubiera hecho cagarme en los calzones unos años atrás. Ya no me asustaba mucho.

Matasanos ignoró mi opinión.

—Una vez estemos allí arriba y veamos cómo es, puede que establezca campamentos divididos en etapas para poder desplazar todo la tropa gradualmente.

—Creo que no estoy listo para esto, jefe.

—¿No estás listo? Esto es a lo que nos hemos estado encaminando durante los últimos diez años.

—Hay una enorme diferencia entre estar de camino y llegar allí, jefe. Sal al campamento y pregunta, todos los tíos que hay ahí fuera te dirán que están encantados de estar de camino a Khatovar. Pero te apuesto lo que quieras a que no vas a recibir la misma respuesta con respecto a llegar allí. —No creo que Matasanos comprendiera nunca que nadie estaba tan entusiasmado con nuestra cruzada como lo estaba él.

—¿Qué tengo que hacer?, —pregunté.

—Recoge tus cosas y estáte preparado. Haz que tu protegido se reponga rápidamente porque espero que él se pegue la caminata con el resto de nosotros.

Ahí había algo... Algo que me dejaba fuera. Algo, tal vez, que tenía que ver con el silencio repentino que había surgido cuando entré.

—Entonces será mejor que me ponga a recoger mis cosas y esté preparado, ¿no?

El Viejo me gruñó al salir, pero no movió un dedo para pararme.

Algo estaba pasando.

—Otro puñetero viaje hecho a lo tonto —le dije a Thai Dei—. Solo que este es el peor hasta ahora. —Me estaba enfadando. Me estaban utilizando de alguna manera.

Capítulo 96

—No fue mi puta idea —le dije a Rubro, por tercera vez—. Si no te gusta vete a unirte a Goblin y a Un Ojo. Dondequiera que estén.

—Es que nunca pensé que lo haríamos de verdad.

—Nadie más que el Viejo lo pensaba. Incluido yo. Pero dice que vamos a ir, y vamos a ir. Así es como funciona.

—Nunca dije que no iría —masculló Rubro, más para sí que para mí. Se fue a gritar a sus sargentos. No haría falta que decidiera a quién dejar al mando mientras estuviéramos fuera.

Yo mismo estaba trabajando en ello. Había pedido recomendaciones en cuanto volví del refugio de Matasanos. Descubriríamos mucho de nuestros reclutas sureños. El Viejo no quería dejar atrás a ninguno de la Vieja Guardia ni a ningún nar.

Ochiba, Isi y Sindawe eran los únicos nar supervivientes.

Cangilón se pasó por donde yo estaba. A efectos prácticos él era mi asistente. Él hacía casi todo el trabajo. Yo no intervenía a no ser que se dirigiera en una dirección que yo sabía que iba a hacer que el capitán me persiguiera. Dijo:

—Le has retorcido las pelotas a Rubro pero bien.

—El tío me está volviendo majara. ¿Qué quieres? —Rubro no era el único que me estaba cargando. Dormilón estaba empeorando. Thai Dei estaba siendo un grano en el culo porque no me había molestado en visitar a tío Doj cuando estuvimos al otro lado del valle.

—Eh, Murgen, está bien tener miedo. Pero no hace falta que hagas desgraciados a todos los demás porque tú lo seas.

Empecé a ladrar pero me di cuenta de que eso no cambiaría el hecho de que tenía razón. Agarré una piedra y la lancé tan lejos como pude, como si el miedo se fuera a ir volando con ella. La roca traqueteó entre algunos pedruscos. Media docena de cuervos salieron aleteando, maldiciendo en su lengua materna.

—¡Mierda!

—No es buena señal —dijo Cangilón coincidiendo conmigo—. Hacía tiempo que no veíamos uno de esos. ¿Quieres que los eliminemos?

—No estaban lo bastante cerca para oír nada. Pero haz que alguien compruebe la zona. —Observé el sol. Quedaban algunas horas de luz. Tenía tiempo de empezar el reconocimiento que había que hacer antes de llevarnos una cuadrilla mayor montaña arriba.

Cangilón envió hombres al lugar donde estaban los cuervos. Uno levantó lo que podía haber sido una ardilla de tierra cuando estaba viva. Se agarró la nariz con la mano que le quedaba libre. Cangilón me dijo:

—A lo mejor no estaban espiando.

—Todas las cosas son posibles —dije—, pero algunas son más posibles que otras. Thai Dei, sé que tienes algunas ideas determinadas sobre lo que me debes, pero realmente no hace falta que corras riesgos solo porque yo lo haga.

El nyueng bao estaba agachado en cuclillas no muy lejos, con la espada envainada a la espalda, esperando, un hombrecillo harapiento que no parecía nada peligroso. Me miró a los ojos y gruñó su gruñido de «venga, explícalo».

—Voy a atravesar la Puerta de las Sombras. ¡Espera! Está bien. Tengo la llave. La Lanza. Mientras tenga eso todo debería irme bien. —Si era verdad que la suposición de Matasanos era correcta.

Me habría sentido más seguro si hubiera tenido la oportunidad de estudiar esos Anales más antiguos.

Thai Dei se puso de pie fatigadamente, como si le dolieran las rodillas. Suspiró e hizo un gesto de «vayamos».

—Mira —dije—, tú no tienes por qué ir.

Volvió a hacer el gesto.

Discutiendo no llegaría a ninguna parte. Thai Dei estaba dos pasos por delante de mí en tozudez. Todos los nyueng bao están por lo menos un paso por delante. Mi esposa...

Agarré el astil del estandarte y empecé a dar patadas para apartar las rocas de la base. Había permanecido imperturbable, justo ahí, durante medio año, convirtiéndose en un elemento integrante en el que ya nadie se fijaba mucho.

—Espera —dijo Cangilón—. Usa el coco, Murgén. No puedes simplemente apretar los dientes y correr ahí arriba. Llévate algo de bambú. Llévate una cantimplora. Llévate una hogaza de pan y algo de cecina. Y deja que reúna algunos tipos para que te cubran el culo.

—De acuerdo. Tienes razón. —Este asunto me tenía más ofuscado y asustado de lo que me daba cuenta.

Dejé que Cangilón tomara el mando. Él no tenía que atravesar la Puerta de las Sombras así que podía mantenerse calmado y racional.

El portaestandarte siempre es el primer tipo en cualquier apuro de la Compañía.

Subí más lejos de lo que había subido ninguno de nosotros. El estandarte temblaba en mis manos. Me apoyé en él y miré fijamente las ruinas, intentando escoger el sendero que quería seguir. Cangilón se encontraba unos pasos por detrás de mí, transmitiendo instrucciones a Rubro. Rubro estaba poniendo al corriente a los vigilantes. Yo no quería que me perdieran de vista ni un instante, nunca. Si me atrapaban las tinieblas, los demás tenían que saber cómo, cuándo y dónde.

—Cuando estés preparado —rugí. Tenía la sensación de que no iba a estar menos asustado durante un rato.

—Ya estás listo —gritó Cangilón—. Átate una cuerda al culo y vete a ser un héroe.

Ser un héroe. Nos es algo que haya querido ser nunca. Levanté los pulgares de ambas manos y agarré el estandarte antes de que pudiera caerse.

—Nos vemos en el infierno, cabrón. —Me encaminé ladera arriba.

Thai Dei se colgó un fajo de bambú al hombro y me siguió. Él hacía mejor el trabajo de ocultar su miedo, pero también dejó que le ataran una cuerda al cinturón. Por si tuvieran que tirar para sacarlo de la puerta.

El estandarte casi zumbaba en mis manos.

Supe cuándo fue el momento preciso en que crucé al otro lado. Parecía como si hubiera caído en un estanque frío que no era más que superficie. El frescor me recorrió el cuerpo, luego quedó detrás de mí, aunque me encontraba en un sitio en el que estaba frío continuamente.

Di solo algunos pasos. Me detuve. Esperé. Los minutos pasaron. El frío no se iba. Miré arriba a la ladera. Y, poco a poco, el camino se hizo más claro. Una delgada línea negra como el carbón pulido serpenteaba cuesta arriba como el rastro de una serpiente no lo bastante borracha como para andar errante por la inhabitada tierra remota. Nada saltó a la vista. Ninguna sombra vino a subir retorciéndose por mis piernas.

El estandarte parecía sentirse totalmente en casa. Parecía tirar de mí cuesta arriba.

—¿Me tenéis todos bien sujeto? —grité a Cangilón.

—Agárrate tú también a la cuerda, colega. —La respuesta y la risa de Cangilón sonaron como si me hubieran llegado a través de un largo túnel de metal.

—Tengo una cuerda para ti, Cangilón. —Di otros tres pasos. Thai Dei se arrastró detrás de mí. Al hombre le faltaba entusiasmo.

No ocurrió nada. Di algunos pasos más. El camino que subía ladera arriba centelleaba como la oscuridad brillante, llamándome hacia delante. El miedo empezó a desaparecer. Rápido.

Thai Dei dijo algo, pero no lo entendí.

La cuerda que se estaba tensando me detuvo.

Había avanzado bastante cuesta arriba sin darme cuenta. Había dado todo lo que había podido. Cangilón me dio un tirón.

—De momento ya es bastante lejos, Murgén.

Sí. Había superado bastante el punto hasta donde tenía intención de ir. Pero no había nada que temer. Cangilón me dio otro tirón, con más vigor.

Empecé a retroceder a regañadientes. Thai Dei dijo algo otra vez. Miré atrás. Entonces comprendí lo que quería.

Señaló hacia el norte.

El mundo parecía como trémulo, como si lo viéramos a través de una cortina de

calor.

—¡Vamos, Murgen! —gritó Cangilón—. Queremos que vuelvas y que se cierre la entrada antes de que oscurezca. —Dio otro tirón a mi atadura.

El hombre se estaba poniendo nervioso.

Todavía reacio, crucé el límite. Esta vez fue como salir del invierno para entrar en el verano.

Thai Dei suspiró. Se alegraba. La colina no tenía ninguna atracción para él.

Mi mundo había cambiado. Hasta lo más mínimo. Todavía podía ver el trazo de oscuridad brillante que bajaba serpenteando por lo que una vez había sido un camino. La suciedad y la piedra caída ocultaban su mayor parte, pero las pruebas adecuadas permanecían, si uno tenía ojo para verlas.

Sentí que era un hombre diferente después de haber cruzado esa línea.

—¿Estás bien? —preguntó Rubro—. Pareces extraño.

—Es extraño estar aquí arriba. Igual pero diferente.

—¿Eh?

—No puedo explicarlo. Es lo que se siente. Lo entenderás cuando vayas allí arriba.

Cangilón se nos unió, envolviendo la cuerda en un rollo.

—¿Estás bien? Parece que has visto un fantasma.

—Es solo que es raro estar allí.

—¿Raro? ¿Cómo? No hiciste nada tan extraño. Salvo más o menos olvidarte de ti mismo. Y tu compinche no lo hizo. Solo estaba allí y temblaba.

—Eso es parte de ello. Hace frío. Un frío no solamente físico. Es más como el frío que Hoja afirmaría que te encontrarías en el corazón de un sacerdote.

Debía de parecer perplejo. Cangilón dijo:

—Me estás diciendo que hay que estar ahí para entenderlo.

Le dije a Thai Dei:

—El tío parece tan idiota como sordo, pero a veces te está tomando el pelo. Lo has pillado perfectamente, Cangilón. Toma un poco más de polvo fresco aquí arriba. Y asegúrate de que esas cuerdas están tensas y de que están colocadas todas las trampas para sombras. Quiero aumentar el número de...

—Cálmate —me dijo Rubro—. Lo organizaste todo antes. ¿Recuerdas?

Los soldados ya estaban trabajando asegurándose de nuestra protección. Mi alboroto era un derroche de preocupación.

—Para decírtelo directamente, aquello era espeluznante. Va a llevarme un rato relajarme. ¿Tienes un mensajero listo para salir? Voy a anotar un informe para el Viejo. Luego voy a entrar arrastrándome a mi búnker y tratar íntimamente con mi última jarra de la medicina de Un Ojo. —Tenía una jarra del destilado más potente del pequeño mago reservada para usarlo en caso de emergencia médica.

Para mí, esto era como una emergencia.

Capítulo 97

El elixir de Un Ojo no mataba el miedo, solo lo forzaba a alejarse brevemente.

El miedo era asombroso. No era de los que paralizan, ni tampoco era lo bastante fuerte como para perjudicar mi razonamiento, pero estaba ahí todo el tiempo, distraído, no entumeciéndose como acabaría haciendo un miedo en el campo de batalla si nadie aparece para marcarte la piel con un trozo de hierro mellado. No me gustaba. Me irritaba el carácter.

Miré enfurecido a Dormilón.

—¿Vas a valer algún día para algo más que para convertir la comida en mierda?

Dormilón estaba allí sentado en la oscuridad, sobre lo que solía ser el jergón de madre Gota, con la mirada clavada en el infinito. No solo no estaba regresando del reino de hadas que hubiera capturado su mente, ya apenas podía moverse. No hacía mucho de nada. Cuando lo hacía parecía dolerle mucho. Si seguía sin hacer ejercicio iba a tener que desear gustar tanto a uno de sus hermanos de la Compañía como para que cargara con él.

A mí me gustaba más que a nadie excepto Cangilón, pero no me gustaba tanto. Nos veremos cuando volvamos, muchachito.

No somos un equipo de los de «marcha o muere». No mucho. Intentamos cuidar de los nuestros. Pero existe una suposición subyacente de que los nuestros intentarán encargarse de ellos mismos primero. Hay muchos precedentes de poner fin a la desgracia de un hermano que se convierte en una carga o un riesgo demasiado grande para el resto de la Compañía.

Dormilón no respondió. Nunca lo hacía. Me giré sobre mi jergón. Intenté no pensar en tener que subir la montaña otra vez mañana. El canguelo empeoraba si lo hacía.

Sentí a Atrapa Almas en algún sitio cercano. Aunque la oscuridad era total. No pude encontrarla. Tal vez fuera mi buena fortuna que no estuviera interesada en encontrarme. Aunque por el momento no parecía estar interesada en nada.

Estaba paseando por el mundo fantasma. Lo sabía. Pero en la oscuridad total no había puntos de referencia. No podía encontrar mi camino por ninguna parte.

Iba sin rumbo.

Poco a poco me fui dando cuenta de que no estaba solo. Alguien me estaba observando. O era algo.

El escrutinio de ese otro algo se intensificaba a medida que me hacía más consciente de ello. La oscuridad a mi alrededor seguía siendo total pero de alguna otra manera empecé a descifrarla.

Ojos rojos, colmillos amarillos, una piel mucho más negra que la oscuridad que parecía relucir negativamente... Kina. Destructor. Reina del Engaño. Madre... No exactamente la encarnación del mal —los hombres de Lugar de las Sombras insisten en que uno de sus avatares es inventivo—, pero con puñetera seguridad era un poder lo bastante grande para hacer que me cagara de miedo si se tomaba la molestia.

Lo había hecho. Sus ojos carmesíes tenían un agujero justo atravesando mi alma espectral. Su enorme y horrible cara se arrugaba sobre sí misma como una manzana pelada que se seca, luego sobre sí misma un poco más, hasta que no quedó nada más que un punto rubí. Ese punto empezó a moverse. Al mismo tiempo tuve una sensación cada vez mayor de que alguien estaba intentando advertirme de algo.

¿Kina? ¿Intentaba comunicarse? ¿Conmigo? Pero si tenía sus propios representantes en el mundo.

¿O sí lo hizo?

Narayan Singh estaba preso. La Hija de la Noche estaba presa, o tal vez muerta. No había habido señal de ella últimamente, y Dama había declarado su independencia hacía mucho tiempo. Ahora no era más que un parásito místico.

Puede que yo fuera el único ahí fuera en el mundo a quien la diosa podía tocar.

Seguí al punto rojo. Me llevó a la llanura de viejos huesos. Desplegué mis alas y reduje la marcha, me posé sobre una rama de un árbol deshojado. Esta vez yacían cadáveres incompletamente descompuestos esparcidos entre los huesos. Remonté el vuelo de nuevo y planeé por encima, cerca de ellos. Los escarabajos se dispersaron, asustados por mi sombra. Nunca antes había visto nada salvo algunos cuervos ahí fuera.

Una torre de oscuridad se avecinaba en el horizonte, una alta tormenta negra llena de relámpagos murmurantes color sangre. Batí las pesadas alas, me dirigí hacía allí. Parecía lo correcto.

Por un momento, la nube mostró una cara de vampiro maligno y montones de brazos. Estos se estiraron para darme la bienvenida.

Después de un momento de desorientación estaba planeando sobre una tierra donde únicamente algunas chispas de luz indicaban que había vida humana. Incliné la cabeza. Tenía muy buena vista, incluso en la oscuridad. Pero no reconocí dónde estaba hasta que bajé lo suficiente para distinguir las almenas de Atalaya que tapaban las estrellas al sur de donde yo me encontraba.

No podía estar a más de treinta metros lejos del terreno oculto cuando la tierra empezó a hervir y engendrar miles de pequeños pececillos de luz. El viento me golpeó y me arañó la espalda. Luego llegó el rugido.

Yo estaba allí de verdad. No era ningún cuervo imaginario. Yo era la propia bestia blanca.

Me enderecé justo a tiempo de ver un torbellino de bolas de fuego que se dirigían

hacia mí. Las esquivé.

Estaba de vuelta en mitad de la noche anterior.

Descendí hasta donde estaban las rocas para que me protegieran de la creciente tormenta de bolas de fuego. No olvidé lo que podían hacer a las piedras, si eran de la nueva variedad pretenciosa. Y tuve varias oportunidades de ver lo que podían hacer, de cerca, como si fuera un pobre idiota del lado equivocado de la Compañía. Cada vez que encontraba una buena percha, ¡bzz! Panceta crujiente.

Todas las personas que veía estaban corriendo con tremendo entusiasmo. La mayoría no eran lo bastante rápidas o habían empezado demasiado tarde. Algunas ni siquiera llegaron a salir de bajo tierra. La tierra asfixiante les cayó encima.

El movimiento del acero reluciente lleno de color atrajo mi atención.

Alguien se encaminaba hacia el lado equivocado.

Tío Doj había corrido hacia el desastre en cuanto empezó a suceder. El anciano había hecho un buen tiempo si lo que vi era él. A lo mejor era más ágil de lo que fingía ser. Agité las alas hacia arriba, planeé hacia el reflejo de Varita de Fresno.

Un cuervo es de lo más torpe la primera vez que intenta mantenerse en el aire. Era tío. Y no estaba ansioso por disfrutar de mi compañía. Varita de Fresno restalló como el golpe de un rayo. Doj tenía más radio de acción de lo que yo recordaba de nuestros entrenamientos. Casi me alcanza. Los reflejos del cuervo me salvaron. Lo esquivé antes de que se me ocurriera pensarlo.

Me puse detrás de él, dejé que el fuego le mostrara dónde estaba, me quedé fuera de su alcance. Cuando encontró un sitio desde el que vigilar y se arrodilló allí, yo encontré una piedra someramente prominente y me posé, maldiciendo la plaga humana que había devorado todos los árboles y otros sitios altos por los alrededores. Vigilé al vigilante.

Tío estuvo allí el tiempo suficiente para coger aire y demostrar sus propios reflejos fantásticos esquivando algunas bolas de fuego antes de que la tierra se abriera y emergiera una columna de luz verde oscuro. De ella salieron resbalando bolas de fuego. Su color era tan intenso que dudé que alguien pudiera verla desde mucho más lejos. Se movía directa hacia mí. Lo cual significaba que pasaría justo por donde estaba tío Doj.

Una vez salió del pozo, la coraza verde se derritió y surgió la criatura de dentro. Por suerte para mí, yo era un pájaro. Por suerte para tío, él era Viejo. Si no, los dos nos habríamos ahogado en nuestras propias babas. Era una mujer hermosa y no llevaba puesto ni un centímetro de tela.

Atrapa Almas.

Hasta en estado de pájaro me percataba del tiempo que hacía desde la última vez que vi a mi esposa.

Almas empezó a brillar, no para cubrirse con otra coraza, sino para tomar otra

cara. El esfuerzo la distrajo de lo que la rodeaba. No divisó a tío Doj, quien había pasado a formar parte de la noche tan hábilmente como un Impostor. Identifiqué forma y cara como las de tío que, detrás de Almas, bajó a Varita de Fresno silbando, en un golpe que debería haberla rebanado hasta el esternón.

Ella fue rápida. Intentó esquivarlo y crear rápidamente alguna clase de defensa mágica. El aire gimió. Ella gritó y se desplomó hacia delante, no muerta, pero sin duda gravemente herida. Tío intervino deprisa para acabar con ella. Varita de Fresno destelló. La sangre voló. Almas empezó a dar brincos. Tío también. La casualidad intercedió. Una vara de bambú del holocausto empezó a salir disparada. Dos bolas de fuego esquilaron a tío. Almas le hizo botar un poco mientras él estaba distraído, pero no tuvo fuerzas para acabar con él. De todos modos, la gente estaba respondiendo al ruido, aunque eso sería horas antes de que encontraran a Doj.

Almas se fue, arrastrándose; utilizó sus debilitados poderes para controlar su hemorragia y cambió de forma. Para cuando alcanzó su ropa escondida se había convertido en Dormilón. Eso explicaba por qué Dormilón estaba tan inútil. Mientras pasara por demente sería menos probable que tuviera que sufrir un escrutinio desde lo bastante cerca para revelar el hecho de que no era mi pródigo ayudante.

Estaba tremendamente enfadado. ¿Dónde estaba el auténtico chaval?

Bajé aleteando y aterricé sobre el pecho de tío. Estaba ahogándose en su propia sangre. Le picoteé, tire de él, y le obligué a girar la cabeza. Después fui tras Atrapa Almas.

Había desaparecido.

No encontré ni rastro, pero sabía a dónde se dirigía. Dormilón estaría dentro de mi búnker, sin haber desaparecido nunca, cuando me levantara por la mañana pensando que había pasado una noche en vela.

Ahora también sabía lo que le había pasado a Humo. Aquel tirón en la mejilla que había atisbado en Dormilón había sido Almas dándose cuenta de que podían descubrirla si alguien se llevaba a Humo de viaje a seguirle el rastro.

Pero ahora, de todos modos, conocía su secreto. Tal vez Kina fuese un enemigo más poderoso de lo que sospechaba Almas. La diosa incluso puede que tuviera sentido de la ironía al utilizar un cuervo para acechar a la señora de los cuervos.

Me posé sobre el tejado de mi búnker. Debajo de mí Thai Dei resoplaba y roncaba tanto como la noche en que diezmamos el tesoro de Un Ojo. Alguien más allí abajo también estaba haciendo ruido. Ya que Dormilón estaba fuera me imaginé que debía de ser yo, lo que quería decir que Sahra tenía razón cuando me acusaba de rugir como un oso hambriento.

Nunca la creí antes.

Era difícil creer que habíamos podido dormir después de ver toda esa agitación al otro lado. Almas debió de haber enviado un conjuro al futuro o haber lanzado atrás

algún truco espectacular.

Tuve la sensación de que no me sentiría cómodo mirándome a mí mismo desde fuera así que vencí la tentación de bajar aleteando y echar un vistazo a través de la puerta.

Dormilón salió de la oscuridad.

Para ser alguien que había sido magullado y rebanado, Atrapa Almas podía moverse como una gacela. Ningún humano normal sano podía correr tan bien. ¿Quizá un poco de brujería?

Me había preguntado cómo podría salir del cuervo blanco. El rápido acercamiento de Almas era la clave. El cuervo despegó. Yo me quedé atrás. Floté y observé. Y cuando Almas deceleró y tuvo que empezar a admitir sus heridas, yo me levanté flotando y me fui en una dirección que solamente podía describirse como el mañana. Almas no notó mi presencia pese a que era ella quien había hecho que me resultara fácil soltarme de los amarres de mi carne.

Entonces aparecí en la noche que había dejado. Y todo el mundo, incluido yo, estaba roncando dentro del búnker. Y yo todavía estaba libre para vagar por el mundo fantasma.

Capítulo 98

Sahra estaba durmiendo, pero sin descansar. Tobo estaba echado a su lado, con una manita sobre su pecho desnudo, mamando de su pezón de vez en cuando. Me quedé observando durante un rato. Mi tensión se esfumó al hacerlo.

¿Qué especie de lunático era yo? Esto era lo que quería y donde quería estar, pero en unas horas iba a levantar mi cansado cuerpo y escalar la montaña otra vez. E iba a seguir escalando la montaña aunque eso pudiera matarme.

¿Por qué?

Lo haría. Sabía que lo haría. Pero no sabía qué me forzaba a hacerlo. Extendí una mano espectral hacia Tobo. Por un momento me pareció sentir su calor de verdad. Se inquietó como si tuviera un mal sueño. Me retiré, en vez de eso intenté acariciar el pelo de Sari.

Ella sonrió.

—Mur. Me pareció sentirte. Hace tanto tiempo —parloteó suavemente. Eso me hizo gozar y desear poder hablar con ella yo también. Despegó a Tobo de su pecho y se levantó, desnuda hasta la cintura, haciendo un pequeño baile que me recordó cuánto tiempo hacía... Ya estaba recuperando la figura. Me mostró una sonrisa burlona, mirándome directamente. A lo mejor era una bruja—. Tobo es lo bastante fuerte para viajar. Pronto será el Festival del Dragón de Agua. Entonces me iré, en medio de la confusión. Tengo hechos todos los preparativos.

Mi esposa, la mujer inteligente, segura, competente. Me preguntaba qué había hecho yo para merecer tanto, aparte de haber llamado la atención de su abuela.

Sari bailó. Yo babeé. Tobo empezó a molestarse. Creo que notaba mi presencia con más facilidad que Sari. Lo asusté.

—Si estuvieras aquí... —Sari suspiró, me miró a los ojos invisibles ofreciéndome una mirada aun más lasciva—. Pero no estás. —Se encogió de hombros—. Pero no falta tanto. —Acunó a nuestro hijo en sus brazos. Él cogió un pezón inmediatamente, adoptando un aspecto de satisfacción orgullosa.

Sé a qué te refieres, hijo.

Los ojos de Tobo se abrieron de repente. El que pude ver miró directamente adonde yo observaba, por encima del hombro de Sari. Se soltó, respiró hondo y soltó un aullido colosal. El chaval tenía pulmones.

Un sacerdote entró casi al instante.

—¿Qué está pasando? —inquirió—. ¿Por qué está gritando el niño? ¿A quién estabas susurrando?

—Fuera —le dijo Sahra—. No tienes derecho a entrar aquí.

Al sacerdote le costaba apartar la mirada de sus pechos. Empezó a disculparse con una sinceridad no del todo creíble.

Sahra dijo bruscamente:

—El bebé tiene gases esta noche. Está teniendo problemas con la digestión. Hablo con él. Eso me da la oportunidad de tener una conversación sensata de vez en cuando.

Esa es mi chica. Dale al pobre niño una dosis de aceite de hígado de tiburón o algún polvo que sepa asqueroso, eso le enseñará a chillar cuando su viejo vuelva.

Me acerqué e hice todo lo que pude para plantar un beso en el pequeño cuello de Sari antes de irme. Me fui tan feliz como podría estar un hombre en mis circunstancias. Sabía que mi mujer y mi niño estaban bien y todavía me querían. Hay muchísimos hombres en la Compañía actual que no tienen ni un indicio de sus familias, aunque, la verdad, no a muchos les importa. Si fueran de los que les importa se habrían ido cuando se les permitió irse a casa a los fieles taglianos.

El resto del pantano era un lugar oscuro y silencioso. Lo que cabría esperar a esa hora de la noche. Encontré el camino hacia Taglios aunque no había luna y el cielo estaba nublado.

No tardaría mucho en llegar la temporada de lluvias.

Me pasé horas recorriendo el palacio y los templos más importantes, pero descubrí muy poco. Sin Humo estaba limitado al tiempo real y era demasiado tarde para que nadie, salvo los sacerdotes de los dioses de la Noche, anduviera moviéndose y trapicheando. Y esa gente no estaba confabulando, se estaba preparando para alguna noche de fiesta menor.

Tal vez, si planeaba dar un paseo que fuese muy provechoso por el mundo fantasma, tendría que acostarme temprano por la tarde, mientras el mundo todavía estuviera despierto y conspirando. No encontré noticias en ninguna parte a no ser que contara la abrumadora evidencia de que la persecución de amigos de la Compañía se había extendido por la mayor parte de los territorios en que nuestros esfuerzos habían sometido la soberanía feudal de los taglianos. No parecía una persecución tan despiadada como había sido la nuestra de los Estranguladores. Nuestros amigos estaban sobreviviendo a ella. Principalmente solo estaban perdiendo sus cargos. En algunos casos en que había conflictos personales, algunas personas acababan dentro de celdas. El asesinato no parecía ser una herramienta que la radisha se molestara en emplear.

Todas mis suposiciones estaban basadas en pruebas escasas de después de la media noche.

No pude encontrar a Mogaba. Tampoco pude encontrar a ninguno de nuestros pródigos magos. No era ninguna sorpresa. No invertí mucho esfuerzo en la búsqueda. Puse un poco en intentar localizar a la niña de Matasanos.

Donde quiera que estuviera estaría sola. Ahí podía haber alguna oportunidad.

Mientras buscaba también mantuve los ojos abiertos por si encontraba alguna

prueba de lo que había pasado con el verdadero Dormilón.

Tampoco tuve suerte con esas búsquedas, pero sí tropecé con pruebas de que mi ceguera podía no ser del todo accidental.

Estaba vagando sobre una ladera que sabía que se encontraba en las montañas a no muchos kilómetros de la antigua cueva de Almas. Estaba seguro de que Almas no habría ido muy lejos cuando se mudó, a pesar de tener la alfombra de Aullador a su disposición. Me adentré en una zona de cañones pequeños, profundos y oscuros. Revoleteé arriba y abajo por ellos, dejando que sus paredes me guiaran, imaginándome que la niña, o cualquier otro, sería detectable por el calor o la luz de una hoguera. Dudaba que pudiera pasar sin ella.

No encontré ningún fuego. Encontré mi caballo. Creo. Pasé rápidamente por delante del animal, alcanzando a ver solo un atisbo de pasada, una impresión de que estaba encerrado sin poder escaparse, otra de que notó que pasaba e intentó responder. Pero cuando me detuve y di la vuelta no pude encontrar nada. De hecho, parecía que en solo un instante todo aquel rincón del mundo se convertía en un desierto sensorial.

Ya había hecho este viaje una vez con Kina. Puede que ahora no estuviera solo, especialmente si estaba en algún sitio cerca de la Hija de la Noche.

Conocía la zona en general. Se lo diría a Matasanos. Él podía enviar soldados si quería.

Almas no podría meterse en nuestro camino.

Mi última acción fue ir ver a tío Doj donde los guardaespaldas nyueng bao velaban por él. Estaba inconsciente pero vivo. Deduje que lo estaban manteniendo drogado por su propio bien, dándole tiempo para curar. Cualquiera que fuese su misión, no necesitaba completarla de inmediato.

Volví a casa, a mi cómoda carne e incómoda cama.

Los chicos me dejaron dormir hasta tarde como si fuera un día de fiesta. El sol ya estaba alto cuando salí gateando de mi búnker, y pasé delante del doble fantasmal de Dormilón, de mirada ausente, que estaba despatarrado junto a la entrada.

Capítulo 99

Matasanos llegó poco después de que terminara mi desayuno de gachas. Él no había dormido hasta muy tarde.

—¿Entraste ayer? ¿Cómo fue?

—Solo algunos metros. Thai Dei también. Insistió. Llevábamos cuerdas atadas al trasero. Siéntate aquí y echa un vistazo a las vistas que hay al otro lado. —Yo estaba de espaldas a Dormilón. No quería que me leyera los labios. Hice gestos como si estuviera hablando de otra cosa mientras susurraba la noticia.

Matasanos rio entre dientes.

—Ahora eso no es tan interesante. De momento simplemente le seguiremos la corriente. Ni siquiera se lo contaré a Dama. Aunque tengo que decirte que lo sospechaba todo el mundo menos tú.

—¡Mierda! Por eso actuabais como un puñado de gilipollas. No os fiabais de que no lo revelara. ¿Qué planes hay para hoy?

—Intentar seguir todo el camino hasta la cima. Yo iré contigo. Guárdate la conversación hasta que lleguemos al otro lado.

—Buena idea. —Dejaré que todo espere hasta más tarde—. ¿Has comido? —Ojeó mi cuenco de lata abollado.

—Vivís como reyes aquí arriba, ¿no?

—Desde luego. Solo lo mejor para la crema de la legión.

—Pasaré. Esta vez. —Alzó la vista hacia la montaña y suspiró—. Un Ojo tenía razón. Soy demasiado viejo para esta mierda.

—No está tan mal. —No lo estaba. Cuando llamo a la ladera montaña lo digo metafóricamente. El camino podría hacerse utilizable para carruajes con muy poco trabajo y el borde de la meseta no podría estar a más de trescientos metros por encima de la Puerta de las Sombras. Y probablemente no tan lejos.

—Avísame cuando estés listo. —El Viejo se masajeó la rodilla derecha. Se dio cuenta de que me daba cuenta—. Un poco de reuma. Pero solo me duele cuando camino.

Cómprate un caballo, pensé, pero no lo dije.

—¿Cuántos años tienes en realidad?

—Uno es tan joven como cree que es —respondió. Su expresión tenía la marca de un montón de estiércol viejo—. Dama me conserva joven.

Me pregunté si no habría un toque de verdad en ello. Ella hacía un gran trabajo manteniéndose delgada, lustrosa y fresca.

—Agarra el estandarte y vámonos.

—¿Quieres que nos llevemos un par de hombres con nosotros? ¿Por si acaso?

—Tu hombre nos seguirá. Lo quieras o no. Coge otro par. Rubro y Cangilón

servirán.

—¿Vas a ir a caballo? —Había venido hasta aquí cabalgando sobre su gran garañón—. Siempre me imaginé que cuando subieras allí arriba lo harías a lo grande, con todo el atuendo de Creaviudas y todo eso.

—La próxima vez. Vamos. —Estaba nervioso.

Llamé a voces a Rubro y a Cangilón. Aparecieron rápidamente, como si tal vez hubieran estado merodeando por allí cerca, esperando una llamada. Sus sombras nyueng bao vagaban detrás de ellos. El grupo entero estaba preparado para viajar.

Dije:

—Parece que seré yo quien retrase el desfile. —Estaba encantado con que los chicos hubieran mostrado un poco de iniciativa.

Me metí gateando otra vez en mi búnker, notando al entrar que Thai Dei también estaba listo para escalar la montaña.

Solo necesité un momento para coger un poco de cecina, avena tostada y una cantimplora. Al salir le dije a Dormilón:

—No te marches, colega. Volveré a tiempo para la cena. —Si los dioses y los demonios de la tierra querían.

Agarré el estandarte. Cruzamos el límite de uno en uno. La vibración parecía menos espectacular esta vez. Thai Dei también parecía menos emocionado. Pero los otros se quedaron pálidos y se pusieron muy alterados. El frío no era menos intenso. Temblé.

En un momento el camino estaba despejado frente a mí, el hilo de azabache brillante deambulaba ladera arriba.

—¿Ves el camino? —Bajé la cabeza del estandarte hasta que la cabeza de hierro tocó aquel hilo. No sé por qué lo hice.

Me atravesó una vibración que fue una docena de veces más fuerte que la que cruzaba la Puerta de las Sombras. Me quedé boquiabierto. Me estremecí. Puede que echara saliva o espuma por la boca.

—¿Pero a ti qué te pasa? —preguntó Matasanos.

Le puse el estandarte en la mano.

—Tú haz lo que hice yo. —Me aparté. Mirando ladera arriba me di cuenta de que la estaba viendo de una forma diferente. Vi la misma ladera vieja, sucia y baldía con su hilo negro reluciente, pero también vi un fantasma de cómo debió de haber sido en una época muy lejana, cuando el camino era nuevo y la ladera, aunque casi igual de baldía, no había tenido un aspecto tan dejado de la mano de los dioses.

Los dioses humanos se movían por allí, también, aunque eran incluso más incorpóreos que el camino, la ladera y las fortificaciones a nuestro alrededor que aún estaban en pie.

Matasanos reaccionó igual que yo. Pero él debió de haber tenido una idea o dos

más. En cuanto recuperó el control le pasó el estandarte a Cangilón y le dijo que repitiera el proceso.

El estandarte pasó de Cangilón a Rubro y de Rubro a Thai Dei. Thai Dei se lo pensó durante más de un minuto antes de hacerlo. Lo hizo únicamente cuando el Viejo le dijo:

—Si no procedes, no subes la colina. —Thai Dei tampoco quería hacer eso, pero no tuvo elección. Estaba atrapado tanto por su propio carácter como por, sospecho, la tarea que tío Doj le había encomendado.

Una vez Thai Dei hizo su jugada los otros nyueng bao lo siguieron. Matasanos les dijo:

—No significa que estéis comprometidos con la Compañía, chicos.

Un instante después comenté:

—Ahora que hemos acabado con eso, ¿qué os parece si subimos la montaña? — Yo, el buen portaestandarte, tomé la Lanza y empecé a avanzar con pesadez.

Hacía sentirse bien el dirigirse a casa.

—¿Qué?

Miré a los demás. A nadie parecía costarle mantenerse en contacto con la realidad. Tal vez fuera otra faceta del soñar y caer en pesadillas.

Thai Dei estaba cerca de mi espalda. Esta mañana no se sentía nada cómodo. Tenía la espada fuera y preparada. El cordón negro se ensanchaba a medida que trepaba por la ladera. También parecía adquirir profundidad. Su superficie, aunque lisa, adoptaba una apariencia de concavidad. Si lo tocabas, se notaba duro y frío, aunque parecía casi blando bajo los pies.

La ladera se volvió un poco más empinada. Me quedé sin aliento. Después la subida se hizo más fácil y el camino menos deteriorado por el tiempo. La línea del horizonte dejó de echarse hacia atrás tan rápido como yo la perseguía.

—¡Para! —chilló Matasanos.

Me paré. Miré hacia atrás. El Viejo estaba a cien metros detrás de mí. Hasta a Thai Dei le estaba costando mantener mi ritmo.

Miré a través del valle. Ya estaba lo bastante alto para ver Atalaya desde arriba salvo el diente roto que solía ser la torre cubierta de cristal de Sombra Larga. Había hombres trabajando dentro de la fortaleza, pequeños puntos que se movían a toda prisa. Eran los hombres de Dama, muchos de los cuales habían estado con ella desde el gran desastre de la Compañía fuera de Dejagore.

Supongo que el capitán al final tendría algo pensado para la vieja chabola de piedra.

Matasanos estaba resoplando terriblemente cuando me alcanzó.

—Tío, de verdad que no estoy en forma.

—Tú eres el que quiere dar este paseo. Te ayudará a bajar esa panza.

—No estaba gordo. Todavía. Pero últimamente no se había estado perdiendo ni una comida.

—¿Ves el camino con claridad? —Solo para asegurarme de que no estaba sufriendo alguna visión con los ojos abiertos. Ya nunca estoy muy seguro de qué lugar ocupo en la realidad, nunca dejo de sospechar que podría no haber ninguna realidad objetiva. Todo podían ser sueños dentro de sueños, las ilusiones de almas rodando para siempre en un *swegah*, donde de vez en cuando unos pocos chocaban y se unían en una fantasía casi común.

¿No te has fijado en que nadie ve nunca las cosas exactamente iguales?

—¿El sendero negro? No recuerdo haber leído nada sobre él en los Anales.

—Nunca leímos nada de nadie que viera nada de esto en realidad. Nunca hemos leído nada de nadie que estuviera más cerca de dos generaciones de este sitio. Por entonces la Compañía tenía preocupaciones diferentes.

Matasanos gruñó.

Para asegurarme de que manteníamos esta ilusión en común sondeé a todo el mundo. Incluso los *nyueng bao* estaban de acuerdo en que estábamos siguiendo un cordón de negrura. Eso no les gustaba. Les asustaba, pero lo aceptaban. El mundo entero, fuera del dominio natural del pantano del Hombre, era un sitio espantoso.

—¿Todo el mundo ha recuperado el aliento? Entonces sigamos avanzando. — Realmente quería llegar a aquella llanura. Intenté recordar qué aspecto tenía de noche, desde arriba y desde lejos, pero la vista había sido muy oscura. Me pregunté por qué nunca intentaba ir a explorar. Me pregunté qué tenía que ver Kina con la llanura. ¿Podía ser esta la llanura donde ella luchó la gran batalla de su leyenda? Me pregunté si descubriríamos por qué ningún *tagliano* hablaba de ese lugar, por qué, cuando se mencionaba, la mayoría se iban, negando con la cabeza y murmurando «piedra reluciente». Me pregunté cómo podía haber entrado esa frase en un idioma como expresión que significa «locura». Especialmente, considerando que ahora estábamos seguros de que el terror que sentían los *taglianos* hacia la Compañía y el Año de los Cráneos había sido inducido artificialmente. No quedaba tanto de cuesta, pero me estaba quedando sin aliento, mirando hacia abajo a la guía oscura un paso delante de mí, y haciendo fuerza para dar ese único paso más, cuando el equilibrio de pronto dejó de insistir en que siguiera escalando. Tropecé, recuperé el equilibrio, vencí el impulso de salir corriendo, me paré mientras los demás me alcanzaban. Examiné la llanura mientras esperaba.

Lo de «piedra reluciente» era apropiado. El sendero de azabache se convertía aquí en un camino ancho y perfectamente conservado, y se torcía suavemente hacia una región de altos pilares cuadrados, cada uno de los cuales relucía como si estuviera salpicado de lustrosas monedas de oro. A cada lado del camino la llanura consistía en piedra basáltica gris oscuro con un corte liso, que solo mostraba la más mínima

evidencia de envejecimiento. Nada crecía allí. Nada. Ni siquiera un líquen. Ni una mosca ni una hormiga. El sitio estaba limpio de una forma poco natural. No había polvo, ni suciedad, ni hojas.

El sol de la mañana había hecho que los pilares brillaran, pero se acercaban nubes del oeste. Pronto tendríamos un cielo cubierto. Tal vez lluvia antes de la tarde.

—¡Espera, Murgén! —chilló Matasanos—. Maldita sea, si no dejas de ir tan deprisa voy a clavarte los pies al suelo.

Miré abajo. Mis pies se estaban moviendo otra vez. Me paré. Mire atrás. Los demás estaban a cien metros por detrás de mí otra vez, justo en el borde. Excepto Thai Dei. Mi cuñado era una isla en el medio, arrastrado por su compromiso hacia mí, pero reprimido por su reticencia a seguir el camino negro.

—¡Trae tu culo de vuelta aquí! —rugió Matasanos—. ¿Qué cojones crees que es esto? ¿Una especie de carrera hasta el borde del mundo?

Volví. Era como caminar contra el viento. La vibración del estandarte pareció cambiar, para pasar a ser casi lastimera. Cuando llegué allí le dije:

—Capitán, coge esta cosa un rato. Va a acabar arrastrándose.

Lo sintió enseguida. Pero él era más fuerte que yo, supongo. Plantó el maldito chisme y miró fijamente al frente.

—¿Has traído algo sobre lo que escribir?

—Sí.

—¿También algo con lo que escribir? —Me estaba recordando una ocasión en que lo había hecho todo bien, salvo recordar llevar una pluma.

—Lo tengo todo listo, jefe. Mientras este viento no me lleve volando.

—¿Todavía estás asustado?

—¿Uh?

—Dijiste que antes estabas asustado todo el tiempo después de volver.

Fruncí el ceño. No sentía ningún miedo, ahora.

—Ahí fuera, supongo, aquí estoy bien —Miré atrás hacia el mundo. Desde donde nos encontrábamos solo se podían ver las montañas más allá del extenso valle que contenía Atalaya y las ruinas de Kiaulune. No solo parecía haber un brillo de calor entre nosotros y ellos, también había una bruma. El mundo parecía muy remoto.

Se lo mencioné a Matasanos.

—Yo no lo veo —dijo—. Siempre hay una bruma sobre un bosque en verano. A no ser que acabe de llover.

Me encogí de hombros. Estos días no me sentía tan cómodo con el hecho de que yo era diferente. Había padecido varias encarnaciones de rarezas durante demasiado tiempo.

—¿Vas a seguir camino arriba? —Se extendía ante nosotros de una forma muy atrayente.

—Hoy no. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —Yo no veía nada más que los menhires. Parecían estar colocados sin un orden especial, bien separados unos de otros.

—Más allá de las piedras. —Señaló—. Sigue el camino con la vista. Cuando ya no puedas distinguirlo levanta los ojos hasta la parte superior de las piedras. Lo verás. Tus ojos son más jóvenes que los míos.

Vi algo. Solo algo amenazante.

—Parece una fortaleza —dijo Thai Dei. El Viejo y yo no habíamos estado usando una lengua secreta. Sus compañeros asintieron con un gruñido. Rubro y Cangilón simplemente parecían preocupados.

—Te tomo la palabra —dije. Recordé haber visto lo que podía haber sido una luz allí fuera durante uno de mis paseos fantasmales—. ¿Crees que eso es Khatovar?

—No podría decirlo desde aquí. Pero si es una fortaleza y eso es lo único que es, entonces tiene muchas probabilidades de ser una decepción de las gordas.

Sí. Si estuvieras considerando atravesar las puertas del paraíso cuando llegaras al final del camino. Yo no conocía a nadie que lo considerara. A menos que fuese él.

—¿A qué distancia calculas que está, Thai Dei? —preguntó Matasanos.

El nyueng bao se encogió de hombros.

—A muchos kilómetros. Quizá a días de distancia.

¡Uf! Eso me daba una ocasión de considerar lo que podía significar pasar la noche en la llanura, dentro de la Puerta de las Sombras, en la tierra de dónde habían salido las mascotas de los Maestros de las Sombras.

El Viejo dijo:

—Esto es suficiente por hoy. Volveremos y prepararemos todo para la exploración definitiva.

Pensar en las sombras, descubrí, me animaba a resistir la llamada del camino negro.

Me detuve al borde, di un último vistazo a las columnas relucientes antes de dejar la montaña.

En cierto modo es inmortalidad.

—¿Qué?

—¿Dijiste algo? —preguntó Matasanos. Ya estaba a cuatro metros por delante de mí.

—No. Solo pensaba en voz alta. Creo.

Capítulo 100

El Viejo madrugó bastante. Él y Dama, Otto y Lamprea, Swan, Mather y Hoja, los nar, Longo y Loftus y todo el resto de la Vieja Guardia y sus guardaespaldas, junto con algunos de los antiguos seguidores de Dama, estaban de camino hacia la Puerta de las Sombras cuando yo salí de mi agujero. Todavía estaba lo bastante oscuro como para que los escoltas de Matasanos llevaran antorchas.

—Ese hijo de puta sí que quiere empezar con ventaja.

Thai Dei ya estaba despierto. Estaba hirviendo agua para preparar gachas para desayunar. Miró cuesta abajo y gruñó.

Cangilón subía tropezando, bostezando, frotándose los ojos con el dorso de la mano para desperezarse.

—¿Ese ya es el Viejo?

—El hijoputa está ansioso, ¿verdad? ¿Está todo preparado?

—Completamente. Iré a sacar a Destellos y Resuello de la piltra.

—¿Resuello? ¿Qué demonios está haciendo aquí arriba?

—Subió por la noche. Salió de allí temprano porque se imaginó que no podría mantener el ritmo del Viejo esta mañana. No quería que lo dejaran atrás.

—El viejo tiene pelotas —dije. Una vez más había subestimado a ese hombre. Sin ninguna prueba directa había supuesto que había fallecido durante el verano. Debería haberlo imaginado. Había estado muriéndose cuando lo cogimos hacía varios años. Cada día parecía que debía de ser el día en que echara el último pulmón tosiendo, pero algo le hacía continuar.

—¿Dónde está Rubro?

—Lo envié a comprobar el perímetro.

—Otra vez, ¿eh? —Ese maldito perímetro se había comprobado y vuelto a comprobar quinientas veces desde que yo estaba al mando. Es un tipo de pensamiento militar, eso de nunca fiarse de nada más que de la situación en este mismo minuto. El tiempo es el consumidor implacable de todos los preparativos.

—¿Está listo todo el personal? —pregunté.

—Dije que estaba todo preparado. —Miró dentro del puchero de Thai Dei—. Tiene buena pinta, muchacho.

Thai Dei no tenía sentido del humor y poca habilidad para reconocer el sarcasmo. Asintió.

—Un poco de sal, un poco de azúcar... Un puñado de larvas de *tuloc* o cecina de mono desmenuzada mejoraría el sabor.

—¿Larvas de mi qué?

Yo no habría preguntado.

—Se encuentran en los troncos podridos. En el pantano tirábamos árboles para

que tuvieran un sitio donde criarse.

Pregunté:

—¿Estás nervioso?

Thai Dei me lanzó esa dura mirada suya, como diciéndome: «cómo narices podía pensar que algo le preocupaba».

—Estás parloteando como una bandada de cuervos.

Thai Dei gruñó, reconociendo la verdad. Volvió a ser él mismo.

—Larvas de escarabajo —refunfuñé—. Solo los nyueng bao podrían pensar en cultivarlas.

—¿Qué tienen de malo las larvas? —preguntó Cangilón—. Las fríes en mantequilla, las revuelves con un par de champiñones en rodajas... Es hora de jugar.

Matasanos y Dama estaban escalando la ladera en ese momento. Podía verlos con la suficiente claridad para decir que iban vestidos con sus disfraces de Creaviudas y Tomavidas con todos los ostentosos conjuros vivos y reptando. Iban montados en los garañones de los establos de la Torre de Hechizo. Las pezuñas de aquellos gigantes soltaban chispas cada vez que chocaban contra el suelo. Sus ojos tenían un brillo rojo. Los orificios de sus narices soplaban aire que parecía en cierto modo algo más que simple vapor en el frescor de la mañana. Las trompetas, los címbalos y los tambores parecían apropiados, pero Dama y el Viejo nunca fueron aficionados a ese tipo de cosas. Ellos dos, y cada hombre detrás de ellos salvo los prisioneros, llevaban un pequeño arsenal de bambú.

Aullador iba en una pequeña jaula de madera con ruedas arrastrada por un par de cabras negras. Él y Dama debían de haber llegado a un acuerdo porque no se había añadido ninguna medida de control evidente a los barrotes. Aunque estaba rodeado por media docena de soldados que podían bañarlo en bolas de fuego antes de que pudiera enviar ningún horrible hechizo.

Sombra Larga soportaba una reclusión similar, pero él y Dama no habían logrado ningún acuerdo. Le habían cosido la boca, para cerrársela. Le habían cosido los dedos juntos. Si quería lanzar algún hechizo tendría que hacerlo meneando las orejas. Pero los nerviosos soldados que estaban cerca de él lo asarían antes de que pudiera hacer algo más que un tironcillo.

Los chicos estaban muy inquietos porque él estaba en tales condiciones. No dejaba de rasgar los barrotes de su jaula mientras intentaba gritar incoherentemente a través de sus labios sellados.

Sombra Larga no quería subir la montaña.

Al prahbrindrah Drah lo estaban tratando bien. Sauce Swan y Fibroso Mather lo flanqueaban, cumpliendo su deber como guardias reales, mientras, Otto, Lamprea, los hermanos ingenieros y los guardaespaldas nyueng bao que los seguían detrás de todo el mundo, formaban un rombo más grande alrededor de esos tres. Longinus y Loftus

conversaban con el príncipe como si esta aventura no fuera nada extraordinario.

Yo admiraba al prahbrindrah Drah. Era un hombre bueno y sensato. Era una lástima que no pudiéramos dejar que se fuera a casa. Después de sus años en el campo de batalla tenía la confianza en sí mismo y la fuerza de voluntad de enfrentarse a su hermana y tomar las riendas del Estado. Había aprendido bastante y había desarrollado un carácter fuerte para resistir los esfuerzos de extorsión de los sacerdotes jefe.

La pantera que antes era una mujer estaba en una jaula, que se parecía más a un ataúd. No podía ponerse de pie. En ningún momento sería capaz de usar todo el efecto de palanca de sus poderosos músculos. Podía hacer poco más que estar allí tumbada y enfadada.

El capitán no confiaba en correr riesgos. Había visto lo que la forvalaka podía hacer hacía muchísimo tiempo.

Todos nuestros enemigos compartirían nuestra aventura. Y nuestro destino, a no ser que eligieran advertirnos de algo.

Rubro se deslizó pendiente abajo para encontrarse con el capitán, alertado por el comentario de Cangilón de que era la hora del juego. No miré atrás. Sé que quería decir que Dormilón había salido del búnker y estaba despatarrado contra la pared que está junto a la puerta otra vez. Justo como queríamos. Rubro le pediría al Viejo que su equipo hiciera jaleo al entrar en mi reino barraquero.

Uno de los tenientes taglianos favoritos de Cangilón, que se había quedado con el nombre de Lhopal Pete, para distinguirlo de un sargento al que todos llamaban Khusavir Pete —ambos «Petes» derivaban de la sílaba central del nombre de un dios gunni de once sílabas—, vino a decir a sus líderes que necesitaría subir mucha más agua si los hombres iban a encargarse de toda la limpieza que yo quería que hicieran mientras exploraba más allá de la Puerta de las Sombras. Cangilón le dijo:

—Espera hasta que ese puñado de gilipollas aristócratas lleguen ahí arriba. No queremos que pisoteen a nadie.

—Sí, señor. —Lhopal Pete cogió a su grupo de trabajo y los llevó por detrás de mi búnker donde se mantendrían apartados hasta que llegara Matasanos e hiciera el ruido suficiente para ocultar al montón que iba a caerle a Dormilón por sorpresa.

Empecé a meterme cucharadas de gachas en la boca.

—Tienes razón, Thai Dei. Ni siquiera las larvas y los bichos podrían hacer daño a este potingue. Dame un cuenco para Dormilón.

Me hice cargo yo mismo.

—Aquí tienes, chaval.

Dormilón solo se quedó mirando fijamente. Le puse el cuenco debajo de la nariz.

—Más vale que te pongas lo bastante bien para alimentarte tú mismo. A mí no me apetece seguir haciéndolo por ti. —Miré atrás para ver lo cerca que estaba Matasanos.

Ahora había luz suficiente, así que las antorchas empezaban a sobrar.

En cuestión de minutos estaba lo bastante cerca. El jaleo era lo bastante ruidoso. Dejé caer la cuchara de madera sobre el regazo de Dormilón, lo agarré por las muñecas, tomé medidas drásticas. Los chicos salieron de detrás del búnker. Uno agarró a Dormilón por el pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás. Otro empujó una bola de trapos sucios dentro de la boca del chaval.

Atrapa Almas peleó. Pero la sorpresa fue total. No llegó a tener ninguna posibilidad.

—Toda envuelta —le dije al Viejo cuando detuvo su montura a nuestro lado.

—¿Usaste todos los trozos de cuerda que tenías?

Almas parecía una víctima del entusiasmo excesivo.

—No quiero correr ningún riesgo, jefe. Ojalá hubieras traído otra de esas jaulas.

—Eso ahora habría sido un indicio de lo más delator, ¿no? Aunque hubiera sabido lo que planeabas.

Dama se paró justo al lado de Matasanos. Llevaba puesto el casco de Tomavidas. No había manera de saber lo que estaba pensando. Nunca dijo una palabra, solo miró fijamente a la hermana que le había causado tantos problemas durante tanto tiempo.

Almas no abandonó la forma de Dormilón. No era una cambiaformas natural así que tal vez cambiar fuese algo difícil de hacer. De todos modos no conté con ello. Tenía antecedentes de modificar su apariencia. Pregunté:

—¿Tiene que seguir así mientras la tengamos atada?

Dama no respondió. Solo miraba.

—Quiero decir, no querría que se convirtiera en gelatina y se fuera rezumando cuando yo no estuviera mirando. Supongo que podríamos embutirla en una tinaja grande. Si tuviera una tinaja. Y si tuviera una tapa que se pudiera precintar.

Matasanos dijo:

—No creo que pueda hacer nada mientras esté amordazada y tenga las manos atadas.

—¿Quieres que le cortemos los dedos?

—Creo que se comportará. De momento. ¿Verdad que sí?

Almas no respondió.

Se había recuperado de la sorpresa. Ya se podían sentir las maquinaciones y el principio de lo que podría ser diversión.

Cangilón preguntó:

—¿Alguno de vosotros, genios, ha decidido qué hacer con ella ahora que la habéis atrapado?

Yo dije algo realmente inteligente como:

—¿Ah?

—Como dijo Murgan, deberíais haber traído una jaula. ¿O es que ibais a dejarla

caminar?

El humor del Viejo se ennegreció.

—Haz una camilla. Siempre quiso ser tratada como una reina. Incluso puede tener sus propios guardias reales. ¡Sawn! ¡Mather! Vosotros podéis transportar a la dama.

—¡Ja!, que te den por el culo —dijo Swan.

Fibroso dijo:

—Tranquilo, Sauce.

—¿Qué cojones va a hacer, Fibroso? ¿Llevarme a rastras hasta Khatovar?

Dama tiró de sus riendas. Su montura se giró mientras ella miraba hacia Swan y Mather. Después de un momento Swan dijo:

—Está bien. Está bien. —Diez minutos después estaba llevando el extremo de una camilla cuesta abajo. Nunca dejó de quejarse, pero me quedaba lo bastante lejos a mi espalda como para que yo no tuviera que escucharlo. Lamprea dejó que Swan y Mather empezaran a turnarse con otros después de algunos kilómetros.

Yo atravesé la Puerta de las Sombras primero. Matasanos me siguió. Después de algunas docenas de metros, dijo:

—Para aquí. Quiero hacer un experimento. Baja la cabeza de la Lanza hasta el sendero negro. —Se desmontó mientras yo lo hacía. Se quitó la insignia de plata de la Compañía del sayo, la sujetó a la lanza durante un momento, luego se arrodilló y la apretó contra el cordón de negrura. Le crujieron las rodillas. Gruñó y se retorció.

Pregunté:

—¿De qué va todo eso?

—No estoy seguro. Dama pensó que no podría hacer daño.

¿Para que las sombras asesinas pudieran reconocernos entre la multitud? O a lo mejor era al revés. Los instintos de Dama eran sensatos. Ella ha estado rondando por el mundo desde antes de que la Compañía original bajara por esta montaña.

Matasanos me dijo:

—Quédate aquí hasta que pase todo el mundo. Haz que todos nuestros hombres bendigan sus insignias. Y no olvides hacerlo tú.

Dama desmontó y siguió el ejemplo del Viejo. Luego volvió a montar y siguió subiendo la ladera, detrás de Matasanos, en fila de uno.

De hombre en hombre y de animal en animal pasó la columna en fila. Recibí miradas de perplejidad de los tipos de la Compañía y miradas malévolas de todos los demás. Comprobé dónde estaba el Viejo. En nyueng bao le dije a Thai Dei:

—Si quieres puedes tocar la cabeza de la Lanza y luego ese punto en el suelo. Los demás también.

Se lo pensó.

—Ojalá tío estuviera aquí para tomar una decisión.

—¿Qué daño va a hacer? Y puede que sea alguna especie de protección. No

tienes que considerarlo como un supercompromiso con el destino de la Compañía.

Se lo pensó un poco más, probablemente preguntándose si no los estábamos absorbiendo poco a poco, después gritó a los otros nyueng bao. Los reunió en corro, les dijo que tenían esa opción y que tomar la bendición podría ser una medida de protección una vez que el sol se pusiera.

A muchos de los nyueng bao no les gustó la idea.

Destellos pasó dirigiendo una ristra de bueyes sobrecargados, pero infinitamente pacientes.

—¿Vas a bendecir también a los animales? —Estaba siendo sarcástico, pero me pregunté si no podría merecer la pena. Las sombras rara vez molestaban a los animales en el mundo exterior (si había presas humanas disponibles), pero ya no estábamos en ese mundo.

Los nyueng bao discutieron acaloradamente, mas tan bajito que no pude distinguir ni una palabra. Al final, Thai Dei acabó hartándose.

—Haced como queráis cada uno. —Se fue airado, dio con la palma de la mano en la cabeza de la Lanza, bajó y golpeó la senda negra, se levantó y ocupó su lugar a mi lado.

Esperaba que el Viejo empezara a gritar en cualquier segundo, sin embargo ni siquiera se molestó en mirar atrás.

Aullador pasó rodando. Cuando intentó alcanzar la Lanza la levanté.

—Sigue avanzando. Solo los amigos de la Compañía. —Toqué a cada una de sus cabras negras en el coco con la cabeza de la Lanza. Sombra Larga se acercó también. El Maestro de las Sombras parecía estar paralizado. Tenía los ojos clavados en el infinito. Había visto esa mirada antes, pero solo en tipos que habían sufrido demasiado terror en el campo de batalla.

Cincuenta personas puede que no parezca un gran grupo, pero, cuando les añades todos los animales y lo demás necesario para hacer un gran viaje, se convierte en un desfile bastante bueno. Dama y el Viejo casi estaban en la cima cuando Rubro y Cangilón subieron como retaguardia. Rubro preguntó:

—¿Quieres que bese esa cosa también?

—Si crees que va a ayudar.

—Le haré una paja si es lo que hace falta para pasar las próximas tres o cuatro noches.

—Ya te lo diré. Tengo que volver al frente. —En ese momento todos los nyueng bao habían tomado sus decisiones de un modo u otro y habían abordado el estandarte de acuerdo con sus elecciones.

Yo mismo seguí el proceso rápidamente, con la ayuda de Rubro.

Al acercarse a la cima, Matasanos se detuvo, pero no para darme la oportunidad de alcanzarlo. El bueno de Murgen llegaría hasta el frente, donde pudiera ser el

primero en recibir una patada en la cabeza, solo porque el capitán tenía que esperar a que las tropas adaptaran el camino para que los carros y las carretas pudieran subir.

—Perdonad. Perdonad —dije al pasar por delante de los hermanos ingenieros—. Haced un buen trabajo, para que no tengáis que hacerlo otra vez de vuelta.

Mucha gente estaba alrededor mirando. La construcción no era lo suyo. No tenían ninguna necesidad de aprender el oficio a estas alturas. Swan me dijo:

—Cargar con esta camilla no fue tan mala idea, después de todo. —Mather, sin embargo, estaba trabajando. Fibroso Mather era un buen hombre. Me pregunté cuánto lo echaría de menos la radisha. Me pregunté si ella se pasaría mucho tiempo intentando averiguar por qué no había vuelto.

No creo que fuera por el bien del prahbrindrah Drah.

Pero eso a nadie le importaba.

Almas estaba despierta y alerta. Me miró a los ojos. Creo que habría sonreído si hubiera tenido uso de la boca. Le dije:

—Quiero que vuelva Dormilón. —Ella no contestó. Solo se quedó allí tumbada y guiñó los ojos.

Cuando alcancé al Viejo y dejé de jadear, pregunté:

—¿Enviaste a alguien a mirar por donde creí ver a mi caballo?

—Envié a una compañía entera. Se fueron a la vez que nosotros. —Miró camino abajo—. ¿Qué les está llevando tanto tiempo?

—Son todos generales y ninguno soldado. —Dama, noté, había girado completamente su montura y estaba inspeccionando el mundo desde nuestra nueva posición de ventaja. Ya había hombres trabajando en Atalaya. El humo se elevaba de las hogueras que había desperdigadas por todas partes. La mayoría de las que estaban más al oeste pertenecían a gente de Lugar de las Sombras que iban arrastrándose poco a poco de vuelta a su tierra de labranza. El cielo estaba cubierto. Me pregunté si podríamos tener lluvia.

—¿Qué es eso? —preguntó Matasanos.

—¿Qué es qué?

—Ahí abajo. En el camino hacia tu campamento.

—Tus ojos son mejor... lo veo. Un poco de polvo. —Alguien, tal vez varias personas, se dirigían a mi campamento. Estaban demasiado lejos como para distinguirlos. Parecían tener prisa.

Los carros empezaron a rodar. Clete, Longo y Loftus empezaron a felicitarse a sí mismos a voces. Las cabras balaban. Los bueyes ofrecieron quejas bovinas. Los hombres maldijeron. La columna empezó a chirriar en su camino hacia delante.

—Ve delante, portaestandarte —dijo Matasanos—. Y no olvides que esas cabras no pueden correr tan deprisa como tú. —Se puso el casco. Los hechizos de su armadura cobraron vida.

Empecé a caminar, con el estandarte en alto. Sabía que se volvería de lo más pesado antes de que todo esto acabara.

Mi mochila ya era pesada. Contoneé los hombros, intentando que las tiras se colocaran más cómodamente.

Me acerqué a la llanura y puse el pie en el camino. Delante de mí los menhires destellaban hasta con el sol que había detrás de las nubes.

El suelo tembló justo cuando Matasanos y Dama se pusieron a mi lado. Caí sobre una rodilla, pero no era un temblor grande. De hecho, apenas era perceptible. Avergonzado, me levanté y empecé a caminar otra vez.

—El primero de esos en una temporada —le dije a Thai Dei—. Me cogió por sorpresa.

Dama y el Viejo no parecían preocupados, así que supuse que yo no necesitaba estarlo.

Capítulo 101

Se convirtió en un viaje tranquilo una vez que todo el mundo subió hasta la llanura. Todos estábamos demasiado nerviosos para hablar. Pero después de un kilómetro o así Dama dijo:

—Advierte a todos que no se salgan del camino. Mientras nos mantengamos sobre él nada puede tocarnos.

Matasanos alzó una mano para dar el alto. Bajé la culata de la Lanza hasta la superficie del camino. Caray, esa cosa se hacía más pesada con rapidez. El Viejo envió el aviso de Dama para que se transmitiera columna abajo. No la cuestionó. No la distrajo en ningún momento. Lo cual podría significar que estaba concentrándose totalmente.

Poco después de reanudar la marcha alcanzamos un sitio donde el camino se ensanchaba en un gran círculo. Un campamento, pensé. Dama, en una de sus escasas observaciones, confirmó mi suposición. Quien quiera que creara la llanura comprendía sus peligros.

Era mediodía cuando llegamos por fin hasta un menhir lo bastante cerca del camino como para poder examinarlo. Era del mismo tipo de roca que la superficie de la llanura fuera del camino. El destello venía de los caracteres de metal insertados en la piedra. Eran caracteres, eso estaba claro, pero no era ninguno que yo, ni nadie más, supiera leer.

En cierto modo es inmortalidad.

Salté.

Dama dijo:

—Hay un gran poder en este lugar.

—No jodas.

La tierra volvió a temblar, no con más fuerza que la última vez, pero la suficiente para poner a todos nerviosos. Esos temblores podían ser precursores de algo peor. No obstante, noté, ninguno de los pilares se había venido abajo por los atroces terremotos de los últimos años.

Matasanos prestó poca atención a las piedras. Seguía mirando al frente. Ahora estaba claro que había, en efecto, alguna estructura enorme más allá del bosque de piedras. Había empezado a parecer que podía tener la magnitud de Atalaya.

El Viejo hizo un gran esfuerzo todo el día, no se dio ni un respiro. A mí me relevó con el estandarte, poniendo la culata sobre su estribo. Finalmente se detuvo en uno de los círculos con que nos encontrábamos cada ocho kilómetros aproximadamente. Se detuvo solo porque Dama insistió en que era hora. Él quería seguir adelante. Pero ahora la columna se extendía a lo largo de kilómetros y los animales necesitaban más descanso y más agua de la que necesitaban los hombres.

Observé las nubes, me pregunté si habría lluvia y si podríamos recoger un poco. Habíamos traído mucha agua, pero los animales consumían enormes cantidades y yo tenía la impresión de que tendríamos sed mucho antes de empezar a tener hambre.

El capitán se despojó del casco y de las partes más voluminosas de su armadura. Estaba menos fascinado por su avatar de Creaviudas que Dama por el suyo. Aunque ella también dobló la rodilla para estar más cómoda, se deshizo de su casco y se sacudió el pelo. Matasanos tenía la mirada clavada en la distancia. Preguntó:

—¿Notas algo en ese sitio?

—Hay mucho poder allí.

—Hay mucho poder allí —masculló Matasanos—. Está empezando a repetirse.

—¿Es ese el escondite de Kina? —pregunté—. ¿O Khatovar? ¿O ambos? ¿O ninguno?

—Te lo diré cuando lleguemos allí.

—Deja que te lo sujete —me dijo Rubro, ofreciéndose a coger el estandarte. Plantó su base y se apoyó en él.

—¿Dónde demonios estuviste los últimos ochenta kilómetros?

—¿Ochenta? Te pesa tanto el culo que se te va la olla.

—Me parecían ochenta, cargando con esa cosa.

Rubro rio entre dientes.

—Te apuesto a que no hemos hecho ni veinticinco. —Se estaba divirtiendo. A mi costa—. Pensé que estarías en forma después de todas esas excursiones para hacerle la pelota al Viejo.

—Rubro, no estoy de humor. —Quería ver y oír lo que hacían Dama y al capitán, que se habían alejado cuando Rubro se entrometió.

—No te lo tomes a mal, hijo. Solo estoy pensando en lo maravillosa que va a ser esta noche. —A nuestra espalda los nyueng bao estaban compartiendo ideas contemplando esas posibilidades. Se veía mucho bambú. Destellos tenía un equipo levantando una hoguera comunitaria que se elevaría por encima de la superficie de la llanura. Dama tenía la impresión de que al camino no le gustaría que lo quemaran. Había sugerido, durante la caminata, que podría estar vivo a su manera.

Deseé que hubiera una forma de mirar dentro de su cabeza. Había estado completamente centrada desde que subimos a la llanura. Sus especulaciones serían interesantes. Y ahora las estaba compartiendo con el Viejo. Y Rubro me estaba manteniendo alejado.

—Espera ahí —dijo Matasanos a Destellos—. Continúa y levanta la hoguera. Pero no enciendas el fuego. Comeremos frío si podemos.

Mierda. No habíamos comido bien desde que dejamos Taglios, pero bueno, el agua y la cecina estaban un poco mejor que mal.

—Rubro. ¿Tienes trabajo que hacer?

—Si, capitán.

—Pues quiero verte hacerlo. —Matasanos se dio la vuelta, se apoyó cerca de Dama otra vez y miró a través de la disposición de pilares. Yo estaba dispuesto a apostar a que estaba intentando vencer sus dudas. Allí mismo podía estar la culminación de muchos años infernales que habían empezado por lo que, sospecho yo a veces, pudo haber sido el capricho momentáneo de un hombre que no tenía ni idea de qué hacer después y a quien le costaba mucho cambiar de idea en público.

Empecé a merodear por el perímetro del círculo del campamento. Mirara donde mirara las vistas eran las mismas. Con un cielo cubierto que desorientaba.

—Portaestandarte. ¿Estás bien?

—Sindawe. Lo siento. Supongo que estoy más distraído de lo que pensaba. Ni me di cuenta de que te acercabas.

—Este sitio tiene ese efecto, ¿verdad? —Me dio la impresión de que habría estado más pálido que un fantasma si hubiera podido—. Hay algo que pensé que deberías ver.

—De acuerdo. —Lo seguí a través de la aglomeración de animales y de todos los hombres que intentaban montar el campamento sin empujarse unos a otros fuera del círculo o sin dañar el camino.

—Allí —me dijo Sindawe, señalando el camino que salía del círculo por el lado sur, un hecho que determiné solo porque pude ver partes de la enorme estructura por ese lado.

—¿Un agujero? —Eso era todo lo que yo veía. Un agujero en el camino, de cinco centímetros de ancho y treinta centímetros de profundidad. Quizá más. La luz no era lo bastante buena para dejar ver el fondo.

—Sí. Un agujero. Puede que sea un enorme acto de fe, o simplemente mi imaginación, pero me parece que sería un sitio perfecto para colocar el estandarte.

—Seguro que sí. —¿Había pasado por este sitio antes? ¿Había habido un agujero? No podía recordarlo. Aunque la oportunidad de posar el maldito poste durante un rato desde luego era atractiva. Y se hacía más atractiva cuanto más lo miraba.

Dejé caer la culata del estandarte dentro del agujero. Entró hasta medio metro.

—Estupendo —murmuré—. Es el sitio perfecto para él. Suponiendo que el Viejo no tenga alguna idea propia. —Me estiré. No había cargado con el estandarte todo el día, pero lo había llevado más que nadie.

Sindawe gruñó. Parecía nervioso.

Yo también me sentía así. Otro temblor de tierra.

—Espero que no esté aumentando hasta uno grande.

Miré abajo a la base de la Lanza. El camino la sostenía sólidamente. Pero cuando la metí ahí, había habido un centímetro de holgura.

Intenté sacarla.

Imposible.

Ya no estaba vibrando.

—Mierda.

Sindawe intentó tirar de ella. Paró antes de que le saliera una hernia.

—No hay problema —gruñí—. Si hace falta, la corto. Mañana.

Eché un vistazo al Viejo y a su mujer. Todavía estaban hombro con hombro, mirando fijamente al sur, ahora intercambiando solo una o dos palabras escasas. Incluso sin los cascos parecían bastante aterradores.

Thai Dei apareció para decirme que había establecido nuestro campamento y tenía la comida preparada. Su expresión era tan insulsa que supe que tenía hambre. Aquí estaba yo correteando, pasándolo bien, mientras él se mataba a trabajar.

—Ojalá te crecieran tetas y se te cayera la salchicha. Me casaría contigo.

Otro temblor sutil agitó la piedra bajo nuestros pies. Murmuré:

—Y la tierra tiembla cuando caminan.

—¿Qué? —preguntó Thai Dei.

—Algo de una historia que oí cuando era niño. Sobre dioses antiguos llamados titanes. Estaba pensando en el tiempo que ha pasado desde entonces. —Y en que tal vez nosotros fuéramos gigantes.

Capítulo 102

Supe que estaba durmiendo porque había luna llena y ninguna nube en lo alto. Pero había una especie de bruma entre el mundo y yo porque la luna era justo el centro de una nube de luz que vagaba por el cielo, sin elevarse nunca directamente a lo alto como lo hacía en la tierra de mi niñez. La luz fantasmal, azulada, dejó ver las sombras impacientes que merodeaban los límites del círculo, fluyendo unas por encima y alrededor de otras en cientos. Desde mil kilómetros de distancia, parecía, oí a Sombra Larga gimotear sin respiro.

Una gran sombra presionó contra el borde del círculo no lejos de donde yo miraba. Algo la impidió entrar. Se dispersó sobre aquella superficie invisible. Recordé la vez que toqué la sombra mientras estaba paseando por el mundo fantasma.

Empecé a encontrar rastros del miedo que había desaparecido desde que subí hasta la llanura.

Aquella sombra parecía estar obsesionada conmigo. Me aparté e intenté olvidarla.

Miré hacia arriba. Siluetas con vaga forma de pescado se movían adelante y atrás contra la difusa luz de la luna. *Esta debe de ser la clase de vistas que tendría si fuera un cangrejo en el fondo del mar.*

No sé si fue un sueño real. Yo me sentí así. Si lo era, parecería que las sombras podían elevarse por encima de la superficie.

Las sombras instruidas, de pronto, se alejaron velozmente como si estuvieran impulsadas por una única voluntad.

La luna había pasado de su cénit. A lo mejor ese era el motivo.

O tal vez tuvieran miedo de las criaturas que aparecían sobre el camino negro, viniendo de la dirección a la que nos dirigíamos nosotros. Tenían forma de hombre de cintura para abajo y del lado derecho. Las cabezas y el lado izquierdo estaban tapados por unos mantones que parecían estar hechos de escamas de pez de latón reluciente. Eran tres. Se sentían como fantasmas poderosos.

Mi colega, la gran sombra, no escapó con las demás. Empecé a sentirla un poco, como había hecho con aquella otra. Estaba aterrorizada.

Tuve una visión fugaz de un instante en un lugar de tortura, de dolor más allá del dolor, mientras los sacerdotes coreaban sus cánticos.

Me levanté de mi jergón. Fui a ponerme al lado del estandarte, de cara a los fantasmas. Dejaron que los mantones cayeran de sus caras.

No sé por qué. Pensé: *mira que sois feos, hijos de puta. Id a tomar por el culo. Salid de mi camino. Y dejad de meteros en mis sueños.* Tuve la sensación de que si se ajustaban a la leyenda y todo eso, serían algo así como los Diez Que Fueron Tomados de Dama, demonios o reyes hechiceros que habían sido esclavizados por algún poder más grande y más malvado que ellos. *Marchaos. Fuera de aquí. Estáis muertos.*

Seguid así. Me estiré para coger la Lanza, note cómo cobraba vida en mi mano espectral. ¡*Marchaos!*

Tres máscaras de bestias horribles se inclinaron ligeramente hacia la superficie del camino. Por lo menos yo pensé que eran máscaras. Espero que lo fueran. A cualquiera que fuera así de feo de verdad no se le debería haber permitido salir de la cuna.

Doblaron las manos delante de ellos. Empezaron a retirarse. Lo hicieron sin mover los pies.

Extraño.

Parpadearon hacia la no existencia mientras se hacían cada vez más pequeños en la distancia.

Recorrí el perímetro del círculo. Las sombras empezaron a regresar. Mi mascota coincidía con mis movimientos, siempre empujando contra la barrera. Noté mucha hambre allí.

Me sorprendió descubrir caminos que salían del círculo, coincidiendo con las puntas principales de la rosa de los vientos.

¿Cómo es que las manillas del este y el oeste no eran visibles en el mundo de la vigilia?

El rugido de la Cambiaformas llegó hasta el mundo fantasma. Las cabras y los bueyes protestaron. Los hombres que vigilaban, ya acojonados por ver a las sombras buscar una grieta en la barrera, echaron pestes sobre todos los animales. Algunos fueron a sacudir a la pantera. Alguien gritó:

—¿Qué cojones es eso?, —y señaló al estandarte. La falta de luz lo hacía confuso. Me desplazé hacia allí rápidamente.

Un cuervo blanco se posó sobre el travesaño, aparentemente durmiendo. Lo cual me hizo plantearme cien dudas inmediatamente.

¿Había otro yo ahí arriba observando desde un tiempo que aún estaba por llegar? ¿Era el pájaro una criatura de Kina? ¿O de Atrapa Almas? ¿Cómo había llegado aquí, de noche, desde el mundo más allá de la Puerta de las Sombras? Había visto sombras enormes dando vueltas por arriba..., pero no vi tal cosa cuando miré ahora a la luna. De hecho, aquella luna inoportuna ya no estaba allí. Lo que vi fue un recorte de luna, como una uña de un dedo, que empezaba a subir.

Más dudas.

La pantera rugió otra vez, esta vez con un dolor sobresaltado. Estaban vengándose de ella por asustar a los animales.

Pasé lentamente por donde Matasanos y Dama habían hecho sus camas. Él estaba roncando. Ella estaba despierta. De algún modo notó que yo pasaba. Su mirada me siguió con bastante precisión. La perdí después de algunos metros. Serpenteé entre las jaulas. Sombra Larga también estaba despierto. Estaba sollozando en silencio y

temblando. No creo que quedara nada del que una vez fue un hechicero espantoso y demente.

Aullador también estaba despierto. Me di cuenta, con retraso, de que últimamente no había estado haciendo mucho ruido.

Mientras observaba, intentó librarse de uno de sus feroces alaridos, pero no salió nada.

¿Qué le había hecho Dama?

Atrapa Almas era a quien realmente quería examinar. Y ella también estaba despierta cuando la encontré. Todavía estaba atada y amordazada hasta un punto que a mí me habría vuelto majara, pero ella parecía tan locamente alegre como en sus mejores tiempos. Me sintió con tanta facilidad como lo había hecho su hermana. Sus ojos me siguieron el rastro. Parecían reírse, llenos de conocimientos secretos. De hecho, tuve la clara sensación de que, si lo deseara con la fuerza suficiente, podría deslizarse de su carne y seguirme. No. Pero quería que yo pensara que podía hacerlo. Estaba jugueteando conmigo hasta en sus circunstancias actuales.

Eso no me inquietó tanto como su confianza. No estaba asustada en absoluto o siquiera preocupada.

Tendría que transmitir eso al capitán y a la teniente.

Me acerqué al límite, preguntándome si debería ir a ver a Sari u ocuparme de una de las cien tareas que ejercía cuando paseaba por el mundo fantasma. En realidad no quería hacer otra cosa que dormir. Mi sombra personal se estrelló contra la barrera. Había algún movimiento allí. Pero no pude decir si la cosa quería hablar conmigo o comerme. Me hizo sentir como debería haberme sentido si hubiera estado enterado de la existencia de un mendigo que luego se negara a dejarme escapar.

Pasé por delante de un nyueng bao nervioso que patrullaba con pies gatunos, con la espada preparada. A los hombres del pantano les preocupaba más nuestra búsqueda que a los pocos taglianos que nos acompañaban, a pesar de su carga tradicional de miedo hacia Khatovar.

El insomnio era un problema común. Me detuve a escuchar los murmullos de Hoja, Mather y Sauce Swan. Pero allí no se alzaba ninguna sedición. Swan, siendo Sauce Swan, estaba contando historias de fantasmas. Ojalá pudiera hablar más de ese hombre. Era todo un personaje.

El prahbrindrah Drah estaba despierto también, entre ellos, pero evidentemente no con ellos. Él no contribuía a nada.

Me acerqué al cuervo. Me sintió. Graznó suavemente una vez, abrió momentáneamente un ojo rojizo, y continuó con su siesta. Pero graznó otra vez bruscamente cuando consideré comprobar la capacidad de la barrera para retenerme.

Sin saber cómo cogí el mensaje, entendí que insistía en que fuera a vagar solamente volando sobre la llanura.

Las alas estaban allí, disponibles, pero no elegí ponérmelas. Continué alrededor del campamento. No me vio ningún fantasma desde ninguno de los caminos. Las vías del este y el oeste se estaban volviendo tenues mientras que la ruta hacia el norte permanecía sólida, amigable, casi tentadora. Mi sombra acompañante tampoco pudo alcanzarme allí. Los caminos también estaban protegidos.

Me apresuré hacia el norte. No estoy seguro de qué pretendía hacer, aunque tuve alguna intención de visitar a Sari una vez más.

Mucho antes de conseguirlo, volví violentamente a mi carne.

Pero encontré algo más que me intrigó, justo delante de la Puerta de las Sombras, antes de ir.

Capítulo 103

Matasanos estaba odiosamente radiante y alegre la mañana siguiente. Dama lucía una sonrisa reservada. Debían de haber inventado alguna clase de privacidad durante algunos minutos.

—¿Por qué estás tan adusto? —preguntó Matasanos.

—No dormí una mierda.

—¿Nervioso? —La mitad de los chicos estaban quejándose de que no habían dormido nada.

—De paseo por el mundo fantasma.

—¡Ah! Y viste algo interesante, si no, no estarías ahora de un humor de perros.

Le hablé de todo salvo del cuervo blanco. Enfaticé mi creencia de que Almas estaba de demasiado buen humor para cualquiera en su situación.

—Trama algo.

—Ya nació confabulando —dijo Dama—. Manipulaba a la gente antes de saber hablar. No te preocupes por eso.

—¿Has comido? —preguntó Matasanos.

Asentí.

—Entonces vamos a despertarlos y nos vamos.

—Espera mientras te aporto un último gusto de buen humor de mi paseo de media noche. ¿Recuerdas a esas personas que vimos acercarse corriendo a mi campamento cuando estábamos escalando la colina ayer? Adivina quiénes eran. Si dices a cualquiera que no sea Goblin, Un Ojo y Gota te equivocas. No puedo ir hacia atrás en el tiempo para averiguarlo, pero creo que es una apuesta segura que querían cogernos antes de que subiéramos aquí.

Matasanos perdió la sonrisa.

—¿Oíste algo?

—Muchos ronquidos. Estaban dormidos. Goblin masculló algo, pero fue en un idioma que yo no entendí.

—El camino está abierto —observó Dama—. Podrías ir a recogerlos.

—Eso no es muy práctico —dijo Matasanos—. Aunque alguno de nosotros fuera de vuelta, el resto tendría que quedarse aquí esperando. Gastaríamos la mitad de las provisiones solo en estar sentados.

—Podríamos volver todos.

Ni el Viejo ni yo respondimos, pero no hizo falta decir nada. De todos modos ella no lo decía en serio. Solo estaba enumerando opciones.

Había la luz suficiente para ver los menhires que estaban más cerca de nosotros. Los caracteres que había sobre ellos empezaban a brillar. No habían brillado durante la noche. Me pregunté cómo podían hacerlo con tan poca luz.

—Estoy preocupado —le dije a Matasanos.

—Yo también. Pero tenemos que tomar decisiones. ¿Crees que deberíamos cancelar la expedición porque los pródigos han salido de sus madrigueras? —preguntó a Dama—. ¿Lo crees?

—No. Estarán allí cuando volvamos.

Esperé que su confianza estuviera justificada. Que nosotros no estuviéramos era una oportunidad para que sucedieran todo tipo de gamberradas allí atrás.

—Pongámoslos en marcha —dijo Matasanos—. Agarra tu poste y camina, portaestandarte.

Cuando fui e intenté levantar el estandarte salió como si nunca se hubiera quedado atascado.

Aquel lugar delante de nosotros nunca parecía estar más cerca. Odio el campo abierto por esa razón. Puedes viajar durante días sin que cambie nunca el paisaje.

El humor de Matasanos se oscureció con el tiempo. Se volvió más impaciente por seguir adelante. Por la tarde, cuando me relevó de llevar el estandarte, empezó a adelantarse. Después de un rato le pregunté a Dama:

—¿Crees que es mejor hacerle ir más despacio?

—¿Qué? —No se había dado cuenta, estaba inmersa en su propio mundo interior.

—A Él —señalé.

Apuré a su montura para que avanzara.

Yo seguí renqueando. Puede que hasta redujera un poco la marcha. No había ningún empuje para apresurarse ahora que el estandarte no estaba en mi mano. De hecho, el mundo detrás de mi se hacía cada vez más atractivo a medida que pasaba el tiempo, el cielo se oscurecía y la llanura no cambiaba en absoluto. El único color que había en cualquier parte estaba dentro de nuestro grupo, a no ser que se contaran los caracteres dorados que había sobre los pilares.

Dama alcanzó al Viejo. No oí su conversación. Sospecho que ella fue un poquito brusca. Él se volvió a mirarme, comprendiendo ahora cómo era posible que yo antes fuera a toda velocidad.

Se quedó observando hasta que lo alcancé.

—¿Quieres volver a coger esto ahora?

—Todavía no se me han pasado los calambres de llevarlo antes. Solo tienes que concentrarte.

Gruñó. Y el siguiente círculo con que nos topamos resultó ser nuestro campamento para pasar la noche. Poco después de asentarnos, los hombres empezaron a ir hacia el camino del sur a estudiar la fortaleza que teníamos delante. Estaba claro que era una fortaleza, parcialmente derrumbada. La especulación se centró en si la alcanzaríamos o no al día siguiente y si el Viejo daría la vuelta si no lo

hacíamos. No había ninguna razón para ser optimista sobre ello. Estando tan cerca de su meta el Viejo seguiría adelante y se preocuparía por el hambre cuando llegara el momento.

Esta vez encendimos las hogueras comunes y disfrutamos de una comida caliente. Todos necesitábamos levantar la moral.

Habría carne fresca de ahora en adelante porque no podíamos alimentar y dar de beber a los animales que no hacían ningún trabajo útil.

Es un mundo muy duro para el ganado.

Pregunté a Thai Dei:

—¿Hay algo en la mitología de algún sitio que pueda decirnos algo sobre ese sitio de ahí delante?

—No. Al menos no de ninguna forma que yo pueda reconocer.

—¿Estás seguro? Tus colegas parecen sentirse realmente incómodos con él.

—Se sienten incómodos con todo, esta llanura en particular. Puede ser que ese sea un sitio que no debería ser. Que no es natural.

—No jodas.

—Toda una nación tardaría mil años en construir algo tan inmenso. Ningún monumento tan enorme puede ser algo bueno.

—No lo entiendo.

—Solo un mal muy grande podría permanecer con un propósito tan único, tan desinteresado por el coste, como para crear algo tan inútil en última instancia. Fíjate en el mal del hechicero Sombra Larga. Invirtió una generación en su fortaleza. Eso no es nada comparado con esta llanura.

Tenía razón.

Pasé por encima de la barrera y miré a los innumerables menhires centelleantes.

Un enjambre de sombras repentinas pasó titilando por nuestro campamento. Salté. Lo mismo hicieron todos los demás. La bandada de cuervos revoloteó, cruzó el sol otra vez y siguió volando hacia el norte. Todos menos uno.

Los pájaros estaban extrañamente silenciosos. No quedó el rastro de un solo graznido tras ellos.

El rezagado se posó en lo alto de un pilar casi directamente alineado con la fortaleza. Acechó por allí. Desplegó sus alas y se puso a mirarnos.

¡Zas! Una bola de fuego chocó contra el cuervo. Desapareció. No había salido de un matacuervos especializado.

Di un brinco, agarré a Resuello por el hombro, casi lo tiro patas arriba. Pero no llegué a tiempo de evitar que soltara otra bola.

Esta cortó la parte alta de la columna en que estaba posado el cuervo. Rebotó ligeramente a la izquierda y hacia arriba después de llevarse un mordisco de piedra, luego dio de lleno al pájaro graznante y aleteante. Las plumas negras explotaron.

La tierra tembló.

Este fue uno fuerte. Caí al suelo. Casi todos los demás también lo hicieron. Los animales balaron y bramaron. Los nyueng bao se chillaron unos a otros. La llanura pareció rielar y tambalearse a nuestro alrededor.

Dama se acercó dando zancadas, con un equilibrio perfecto, según las apariencias completamente impasible. Pero le dio una patada tan fuerte a Resuello que dio una voltereta.

—¡Idiota! Podrías habernos matado a todos. —Golpeó las manos contra las caderas y analizó el pilar dañado. No parecía una mujer convencida de que estaba a punto de morir. De repente, se giró y gritó:

—¡Controlad esos animales! Hagáis lo que hagáis no dejéis que salgan del círculo.

Un buey se convirtió en la cena porque estaba decidido a salir corriendo. La gente siguió las órdenes de Dama literalmente.

La llanura subió y bajó una vez más, luego llegó la calma. Durante varios segundos no hubo ningún ruido y nada se movió.

—Mirad —dijo alguien, rompiendo el silencio.

Parte de la lejana fortaleza parecía estar deslizándose. Al tiempo nos alcanzó un estruendo remoto, mucho después de que una nube ocultara el lugar.

Resuello tosió.

—Mierda. ¿He hecho yo eso?

Capítulo 104

Dama estaba totalmente metida en su papel. Ella espetaba órdenes y los hombres corrían a toda prisa en busca de su lista de la compra de artículos aparentemente no relacionados.

Yo me di un paseo por el perímetro mientras esperaba enterarme de lo que estaba haciendo. Aparte del polvo que se estaba posando a lo lejos, este emplazamiento era idéntico al último. Cuando llegué al camino que iba al sur encontré un sitio donde colocar el estandarte a la espera. Lo aproveché.

Volví hacia donde estaba Dama y miré por encima de su hombro mientras ella preparaba un polvo de color oxidado que se arremolinaba en un pequeño torbellino y giraba lentamente delante de ella. Lo observó durante un momento, luego lo lanzó contra la barrera invisible que nos protegía de la llanura. Entonces se comportó como un líquido. Se escurrió por la barrera definiéndola con claridad.

También definió, tan claros como la muerte inminente, los agujeros que habían abierto las bolas de fuego de Resuello. Y el sol se estaba apresurando hacia el horizonte.

Resuello recibió algunas miradas malévolas. Su tos empeoró, pero nadie mostró ninguna compasión.

Dama mantenía a todo el mundo demasiado ocupado como para ponerse desagradable.

La bandada de cuervos regresó para pasar por segunda vez, esta vez riéndose todo el tiempo. Dieron una vuelta y después huyeron hacia el norte para siempre.

La manera que tuvo Dama de tratar con los agujeros mortíferos no fue muy espectacular. No empleó grandes conjuros ostentosos. Le quitó la harapienta chaqueta de piel a Resuello, la cortó en pedazos, hizo unas bolas con ellos y tapó los agujeros. Luego usó algunos hechizos menores para fijarlas allí.

Ni siquiera ella parecía segura de que su arreglo fuese una buena solución. Enganchó a Resuello por el hombro y lo arrastró hasta un punto específico frente a la barrera estropeada.

—Justo aquí. Y no te muevas. En toda la noche. Si algo logra pasar tus gritos nos avisarán al resto de nosotros. —¡Pum! Lo arrojó al suelo violentamente.

No era buena idea hacer que se enojara contigo.

Mientras volvía a donde Thai Dei se había establecido escuché oraciones murmuradas por hombres que rara vez se comportaban como si los dioses fueran algo más que incordios.

Eso es lo que pasa en la Compañía. Se ven pocas muestras de religiosidad. Para la mayoría de nosotros toda la espiritualidad reside en una cuchilla. Tío Doj tenía razón en eso. Pero su enfoque era demasiado místico.

Quizá la Lanza de la Pasión una vez fuera protectora, pero el tiempo se había llevado eso. Cualquier información estaría en los Anales escondidos en Taglios.

En realidad, no somos un grupo ateo. Solo somos de los que ignoran a los dioses, probablemente con la esperanza inconsciente de que los dioses no se fijarán en nosotros.

Obviamente, en el caso de Kina, eso no estaba funcionando. No había funcionado incluso antes de que supiéramos que existía. La mitad de los hombres no creían en Kina ni siquiera ahora. Que no lo hicieran no importaba, Kina creía en nosotros.

La carne fresca mejoró la moral de un modo considerable. Pero la llegada de la oscuridad la aplastó otra vez. Yo mismo no afronté la noche con ningún entusiasmo. Le dije a Thai Dei:

—Acabo de darme cuenta de algo, hermano.

Gruñó.

—Casi todos los acontecimientos importantes de mi vida suceden de noche. Hasta nací justo a medianoche.

Thai Dei volvió a gruñir, pero esta vez me miró con cierta curiosidad y tal vez algo de sorpresa.

—¿Qué? ¿Por esa parte de la profecía de Hong Tray o algo así?

—No. Pero puede que tenga algo que ver con tus estrellas regentes.

Jo, chico. ¿Es que también dejan que la astrología los guíe? ¿Cómo es que nunca oí esto antes?

—He tenido un mal día. Me voy a meter en el sobre. —Puede que tuviera la oportunidad de ver a Sari esta noche.

Capítulo 105

Estrellas. Vi algunas. Después de quedarme dormido y salir de mí y atravesar el mismo mundo tenebroso que la noche anterior, me encontré justo allí, en el círculo de la llanura, con mi sombra personal escurriéndose por la barrera protectora, mientras veintenas de colegas tuyas intentaban atravesar los agujeros que había hecho explotar Resuello. El viejo compañero estaba sentado donde Dama lo había aparcado, mirando fijamente y temblando.

Las estrellas que vi colgaban sobre la silueta de la fortaleza desmoronada. Formaban la constelación que había sido tema de discusión con madre Gota hacía un tiempo. La constelación completa. Me pregunté por qué no había reparado en ellas la noche anterior. Me pregunté por qué había reparado en ellas esta noche. Se suponía que el cielo estaba encapotado.

Últimamente parecía que lo de mirar y pensar mucho era muy selectivo. Puede que eso mismo mereciera un poco de reflexión.

Parecía que había un rayo de luz hacia el sur. O tal vez fuera solo una estrella atrapada entre barbacanas en una almena. Lo que fuera desapareció. Y cuando fui al camino del sur, pensando en echar a correr hacia allí, me encontré el camino bloqueado, no solo por los fantasmas que había visto anteriormente, sino por muchos más que se percibían vagamente colgando detrás de ellos. Esta vez eran mucho más fuertes. No se alejaron cuando se lo ordené. No inmediatamente. Hicieron gestos y probablemente intentaron pronunciar alguna palabra detrás de sus horribles máscaras. Estaba seguro de que estaban intentando comunicar algo. El qué no estaba claro.

Una advertencia, quizá.

No bajé por el camino del sur.

Di un paseo alrededor del perímetro. Los caminos del este y del oeste estaban abiertos. Me atreví y bajé corriendo un tramo corto por cada uno de ellos. Se mantenían bastante reales, pero no quería que se desvanecieran mientras yo estaba allí fuera. Volví con la cuadrilla y luego me dirigí al norte. Fui a ver lo que estaba pasando en el mundo.

Por Atalaya abundaba el sueño. Incluso bastantes centinelas estaban dormitando. Tomé nota mentalmente en los casos en que reconocí las caras.

Encontré a Goblin y a Un Ojo roncando en mi propio búnker debajo de la Puerta de las Sombras. Gota estaba despierta, pero tenía los ojos cerrados mientras murmuraba sobre un mantón de oración que se parecía vagamente a los que usaban algunos cultos gunni. Pero ella sujetaba el suyo doblado sobre su regazo y pasaba la punta de los dedos por encima de él ligeramente, como si leyera algo al tacto. Mascullaba continuamente en nyueng bao, pero no pude entenderlo ni siquiera cuando me acerqué.

Saltó, miró alrededor desatinadamente, al parecer notaba mi presencia. Hay elementos de cultos ancestrales conectados con las creencias nyueng bao. Los fantasmas son ciertamente muy reales para ellos. Gota empezó a hacer preguntas al aire.

Parecía que pensaba que yo era o el espíritu de su madre, Hong Tray, o de su abuelo, Cao Khi, de quien se hablaba como de un nigromante en las historias orales de la familia que Sari me había relatado. Cuando se le mencionaba, era con una ligera vergüenza. Todos tenemos esos miembros deshonestos en nuestro árbol genealógico. Un nigromante que pudiera crear su propia sombra formaría una rama especialmente enmarañada.

No presté mucha atención. Quería ver si habían hecho algo con tío Doj. Debían de haberlo recogido y habérselo llevado para curarlo.

No pude encontrar a tío. Lo que sí encontré fue una marca de crudo rayada sobre un trozo de pizarra desgastada, en carbón, con la letra burda de Un Ojo: Cachorro. Es una trampa.

¡Ay, Dios!

Quise sacudir al mierdecilla hasta despertarlo y preguntarle qué significaba eso. Lo intenté. Puede que le causara pesadillas. Rezongó y se revolvió. Pero no hizo nada más. Me enfurecí.

¿Qué pasaba si era cierto?

¿Cómo era posible? ¿Y quién?

¿Almas? ¿Era por eso por lo que parecía contenta? ¿O Kina? ¿Es que la diosa no quería que anduviéramos sueltos en el mundo, amenazando con traer el Año de los Cráneos? Pero ella había intercedido antes para asegurarse de que seguíamos en el juego.

¿Pero acaso no era Kina quien había llenado las mentes de una nación entera con un miedo irrefrenable e irracional hacia la Compañía?

Estaba desconcertado. Intenté sacudir a Un Ojo otra vez. Esta vez no tuve más suerte. Aún furioso, salí rápidamente y empecé a encaminarme al sur. Me topé con un muro de hedor a muerte tan potente que me fui bamboleándome.

Kina. Muy cerca.

Vislumbré una piel de ébano resbaladiza, un pecho con montones de senos y media docena de brazos remando en el aire como las patas de un bicho panza arriba. Tuve una vaga impresión de que estaba intentando atravesar el velo entre mi mundo fantasma y el suyo. Parecía dirigida a entregar un mensaje importante. O tal vez solo quería abalanzarse sobre mí y engullirme.

No descubrí cuál de las dos cosas. No podía quedarme allí. Traía demasiado miedo con ella. Huí. Sin ningún plan. Sin pensarlo siquiera. Solo me fui, rápido y frenético.

Me encontré en las montañas al norte de Kiaulune, escapando de la llanura, de espaldas a un destino oculto. Desde aquí fuera las estrellas del Lazo eran invisibles. No se podía ver ninguna estrella. Las nubes las ocultaban. Me giré para ver hacia dónde me dirigía. El centelleo de unas hogueras a lo lejos a mi izquierda me llamó la atención. Dirigí mi vuelo hacia allí. Quien estuviera allí sería humano. Necesitaba estar cerca de algo humano.

Era el grupo que había enviado Matasanos a buscar a mi caballo. Reconocí a muchos de aquellos hombres alterados. El miedo era una presencia animada en su campamento, y grande. Me metí entre ellos, intenté atraer el calor y el confort mientras me armaba de valor para intentar volver a mi carne. Nadie notó mi presencia.

En cuanto me sentí preparado, salí del círculo de luz y me dirigí hacia el sur lentamente, intentando con todas mis fuerzas percibir a Kina antes de que Kina me percibiera a mí. ¿Intentaría tenderme otra emboscada?

¿Quién sabe? Primero me topé con tío Doj.

En realidad, él se topó conmigo. No estaba haciendo más ruido que yo mientras exploraba el campamento. No estaba mal para un anciano que todavía debería estar en cama con sus heridas.

Decidí averiguar qué se traía entre manos. Era una buena excusa para no volar hacia los dientes del demonio inmediatamente.

A lo mejor sería más atractiva si se deshiciera de los collares de penes cercenados y calaveras de bebés.

Tío se movía por el borde del campamento, lo bastante cerca para ver cualquier cosa que pasara, lo bastante lejos para evitar que se dieran cuenta los centinelas, a no ser que armara un escándalo cayéndose en un agujero. En cuestión de minutos fue evidente que solo quería ver lo que estaba pasando, que el campamento no era su verdadero interés. Continuó adentrándose en la noche, reptando aún hacia el norte.

Lo seguí.

Sacó algo de su talega. Despedía una luz minúscula, menos que la de una luciérnaga. La consultaba con frecuencia. Intenté acercarme lo suficiente para ver qué era, pero él se mantenía de espaldas a mí, maniobrara como maniobrara. Parecía sentir un vigilante sin ser consciente del hecho.

La oscuridad se acercaba a medida que el campamento iba quedando atrás. Pero no estábamos solos ahí afuera. Una y otra vez sentía la presencia de Kina, aunque nunca muy cerca. Para ser una diosa no parecía especialmente omnisciente. O tal vez no estuviera buscándome a mí.

Si ella estaba en las montañas no podría bloquearme el paso de vuelta a mi cuerpo. Pero ahora no estaba asustado. Y tío había empezado a moverse más deprisa, decidido a llegar rápidamente a algún sitio. ¿Qué le haría salir hasta aquí en su

estado?

Enseguida se hizo evidente. Quería sacar provecho del hecho de que Atrapa Almas estaba distraída.

Él encontró lo que no habían encontrado los buscadores de Matasanos, probablemente gracias a lo que llevaba en la mano. El escondite no era muy evidente porque estaba rodeado de un velo de ilusiones ópticas.

La primera pista fue el soplido de un animal grande. Un momento después reconocí a mi caballo. Y él me reconoció a mí, aunque yo era invisible y no me había visto durante casi un año.

La bestia tenía más talento que tío Doj. Doj pensó que el animal estaba excitado por verlo a él.

No obstante, tío estaba más compenetrado con el mundo de la vigilia que yo. Varita de Fresno saltó a su mano cuando él reaccionó a algo más antes de que yo notara nada. No vi nada más que un parpadeo de oscuridad en las tinieblas. Pensé en una sombra, pero no sentí ese frío que indicaba su proximidad.

No éramos los únicos ahí fuera.

Revoloteé por allí intentado encontrar al merodeador.

En vez de eso encontré a Dormilón. Y a la Hija de la Noche. Estaban encadenados a un árbol, cada uno por un tobillo, con tres metros de holgura. No tenían fuego. Tenían una barrica de agua que estaba casi vacía y un montón de pan duro hecho migajas. Almas había planeado estar de vuelta más pronto: Dormilón estaba despierto, pero parecía drogado; la niña era demasiado pequeña para soltarse. Había muestras de que Dormilón no había sido capaz de aunar las fuerzas suficientes para intentarlo.

Oí un ruido de ahogamiento detrás de mí. El metal traqueteó sobre la piedra. Un objeto grande chocó contra la maleza.

Encontré a tío de rodillas y a Varita de Fresno a medio metro de sus dedos. Tenía la mano izquierda en la garganta, arañando un trozo de tela negra. Tuvo suerte. Pocos hombres sobrevivían a esos ataques.

Lo único que hacía falta era toda una vida de entrenamiento para perfeccionar los reflejos.

Había un Estrangulador en la oscuridad. Y yo no podía hacer nada para ayudar.

La mano izquierda de Doj estaba en su cuello. Con la derecha se estiró para alcanzar a Varita de Fresno. Sus heridas le obligaban a quedarse en el sitio, pero en cuanto volviera a tener su espada nadie podría poner fin a su historia antes de tiempo.

Fui a ver si podía evitar que la suerte de Dormilón empeorara más de lo que ya lo había hecho. Lo encontré alerta y aterrorizado, pero ileso. Estaba preparado para luchar. Estaba solo.

La Hija de la Noche se había ido.

Exploré alrededor. La niña y el Impostor se habían escapado. No sentí ninguna necesidad de ir en su busca. Ahora no. Pero la tarea pronto subiría a lo más alto de varias listas de cosas que hacer.

Tuve la impresión de que esto no era parte del plan de Atrapa Almas. A lo mejor habían engañado a la señora. Kina era lenta, pero seguía poniendo trabas.

Por lo poco que costaba decidí quedarme por allí hasta que tío Doj reuniera su buen juicio y Dormilón recuperara la serenidad. Dormilón se recuperó primero. En cuanto se sintió a salvo decidió ir a mear. No sabía que tío y yo estábamos cerca.

Bueno. Así que Almas sabía lo que hacía cuando representó a Dormilón como una chica delgada que fingía ser un tío. Interesante. Dormilón hizo un gran trabajo engañando a todo el mundo. Necesitaba tener una charla con Cangilón. Él tenía que saber algo, de alguna forma.

Me llegó un tufillo a Kina. Estaba cerca y acercándose más.

Dormilón dio un salto, se subió los pantalones de un tirón y miró alrededor sin tiento. Ella también sintió a la diosa. Se concentró visiblemente, se giró lentamente, intentó identificar lo que albergaba el origen de su malestar. Pero la presencia desapareció deprisa. Kina ya no tenía ningún interés aquí.

Dormilón dejó de girar cuando quedó frente a mí. Saltó. Su barbilla se elevó hacia delante como hace la gente a veces cuando ve algo inesperado. Entornó los ojos:

—¿Murgen? ¿Eres un fantasma o algo así? ¿Estás muerto?

Intenté decir que no, pero no podía oírme, así que negué con la cabeza.

—Así que los rumores eran ciertos. De verdad puedes abandonar tu cuerpo.

Asentí, demasiado asombrado para preguntarme cómo la chavala podía tomárselo con tanta calma. Algo que puede hacer siempre la gente es sorprenderte.

Si Dormilón podía verme, eso quería decir que podía comunicarme a distancia. Aunque no pudiera oírme. Mientras recordara las señas de los sordomudos que debía haber aprendido. Pero, por lo que recordaba, a él le había costado entender... A ella, Murgen, a ella.

No me había acostumbrado a la idea la primera vez que surgió.

Empecé a usar la lengua de señas sin la menor idea de lo que Dormilón podía distinguir. Puede que yo no fuera más que una mancha brillante de ectoplasma que olía como Murgen.

No tiene sentido. Cuando empecé, llegó tío Doj, atraído por la voz de Dormilón. Se movía arrastrando los pies dolorosamente.

—Cálmate, joven —dijo—. ¿Me recuerdas? Soy de la familia del portaestandarte. Te he estado buscando. —Doj estaba casi tan alerta como podía estar cualquier ser humano. Debería haber podido oírme respirar—. Llamaste al portaestandarte. ¿Por qué hiciste eso?

—No lo sé. Estoy atrapado. Vino un hombre. Se llevó a la niña que estaba aquí

conmigo. Estaba asustado. El portaestandarte es mi amigo y mi mentor.

Tenía mucha labia esta chavala. Y estaba bien pertrechada de una dosis sana de suspicacia propia de la Compañía.

Y yo estaba bien equipado con una carga sana de noticias que necesitaban en la llanura. Tenía que irme. Dormilón estaría bien con Doj. Hice el signo de caballo. Después de tres intentos Dormilón asintió. Esperé que eso fuera una respuesta.

Doj preguntó:

—¿Fuiste prisionero de Aquella que Hace Volar a los Cuervos? —Esa última parte la dijo en nyueng bao, como si fuera un nombre como las Mil Voces, pero Dormilón lo entendió igual. Chica lista. Debió haberlo aprendido al seguirme a mí.

—Sí.

—¿Se le olvidó algo? ¿Dónde se escondía cuando estaba aquí? —Doj desató a Dormilón, pero era obvio que la libertad de Dormilón no era su verdadera preocupación. Su comportamiento confirmaba mi idea de que había habido un conflicto entre Almas y los nyueng bao.

Empecé a alejarme. Dormilón dijo:

—Hay una cueva. Por allí. Pero no estuvimos aquí mucho tiempo. —Silbó una melodía peculiar de cuatro notas. Mi caballo resopló como respuesta. No podía venir, por supuesto, porque él también era un prisionero.

Me encaminé a la llanura.

Capítulo 106

Kina me estaba buscando a mí. O a algo. En cualquier dirección que fuera la sentía de lejos, aunque nunca se acercaba. Pero si yo no era su objetivo, ¿qué lo era?

Rechacé el impulso de correr hacia Sari, diciéndome a mí mismo que debía esperar a que saliera el demonio. Pero el lado lógico de mi mente, lógicamente, me dijo que Kina había estado esperando una eternidad. No se impacientaría en una noche.

¿Pero por qué querría encontrarme?

Necesitaba volver a mi carne, la diosa era menos terrorífica cuando no me encontraba entre los fantasmas.

Deseé que Thai Dei me despertara. Cuando alguien lo hacía, parecía que mi espíritu no tenía que atravesar la distancia entre los dos mundos.

Me escabullí por el campamento que estaba delante de la Puerta de las Sombras. ¡Dios, qué inmundicia! Los conquistadores de éxito deberían vivir mejor.

Un Ojo estaba removiendo algo. Gota también. Estaba a punto de cometerse otro terrible desayuno.

Había claridad ahí fuera. Yo todavía estaba de paseo por el mundo fantasma. No lo había hecho a la luz del día desde que perdimos a Humo. Había empezado a pensar que no podía hacerlo durante el día.

Tengo que volver, pensé. Tienen que saberlo. No se quedarían esperando por mí. Tampoco me llevarían a ningún sitio. Yo no era un prisionero.

Un Ojo pareció notar algo. Se puso nervioso, irritado. Lo que en realidad no era mucho cambio. Entonces Goblin se incorporó y amenazó con convertir a Un Ojo en lagartija si no dejaba de rezongar. Goblin no había envejecido bien durante la campaña y a Un Ojo no se le pasó mencionar ese hecho, probablemente por milésima vez. Empezó la riña. Madre Gota no se cortaba en ofrecer su propia opinión de vez en cuando. Un Ojo encontró tiempo entre su interminable disputa verbal para maldecirnos al resto de nosotros por no haber esperado a que apareciera otra vez para subir la montaña.

—Tenían que saber que volvería. Saben que no me alejaría. Fueron solo para fastidiarme. Es esa puta mujer. O la niña. Se creen que me están castigando. Pues a mí se me está ocurriendo otra cosa. Estoy tentado a dejarlos tirados. Así aprenderían. Me echarían de menos si me fuera.

Ese era Un Ojo, envuelto en su más típico rollo de chorradas contradictorias.

Se le habría roto el corazón de haber sabido lo poco que lo habíamos echado de menos la mayoría de nosotros. Por supuesto, no nos habíamos encontrado en muchas situaciones en que hubiera sido útil tenerlo cerca. Un Ojo (y su amigüete Goblin) no eran de mucha utilidad en tiempos de paz.

De repente, me di cuenta de que estábamos rodeados de un hedor a Kina. Había ido aumentando tan despacio que no se había entrometido en mi conciencia. Me lancé hacia la Puerta de las Sombras quejándome porque puede que me hubiera perdido algo interesante. Cuando Un Ojo empezaba a irse de boca rara vez cerraba el pico hasta que vaciaba toda la cabeza.

Bajé como un rayo por el camino que iba al sur tan rápido como pude, lo cual no parecía muy veloz a la luz del día. Tal vez era más lento cuando brillaba el sol. De hecho, a medida que el sol se elevaba más alto, yo me hacía más lento.

Y me distraía con más facilidad.

Me fijé en que todos los círculos mostraban evidencias de puertas a los caminos hacia el este y el oeste. Me enredé en el misterio de por qué deberían existir, de en qué tipo de maraña convertiría eso a la superficie de la llanura. Si solo había una puerta desde fuera y solo un destino que seguir... ¿Las piedras? Los pilares. Por supuesto.

Los caminos laterales podrían usarse para llegar a las piedras individuales. Aunque por qué querría nadie hacer eso seguía siendo un misterio.

Caí en la cuenta, de repente, de que llevaba mucho tiempo en el mismo sitio, vagando por el desierto de mis propios pensamientos.

Me incorporé. Miré por todas partes alrededor.

—¿Dónde está Narayan Singh? —pregunté. Estaba solo, salvo por Thai Dei. No había pruebas de que nadie más hubiera visitado el círculo. ¿Dónde estaba toda la basura?

—Te despertaste —dijo Thai Dei. La gente parece realmente estúpida cuando se la pilla desprevenida y dice alguna perogrullada.

—¿Dónde está todo el mundo?

—No te despertabas. Se fueron sin ti. —Lo cual significaba sin él—. El Libertador dijo que te recogería a la vuelta. Parecía preocupado.

—No lo culpo. Yo estoy preocupado. Ayúdame a levantarme.

Me temblaban las rodillas. Aunque no duró mucho.

—¿Comida? —dije con voz ronca. Pasear por el mundo fantasma yo solo era menos agotador que hacerlo con Humo, pero aun así me dejaba seco.

—Se llevaron todo. Casi. Puede robar una pequeña cantidad.

Su pequeña cantidad era en realidad una cantidad aceptable según los criterios nyueng bao. Esa gente subsistía con dos granos de arroz y una cabeza de pescado podrida al día. Dijo:

—Fueron generosos con el agua. —Levantó dos cantimploras y explicó—: Llovió mientras estabas durmiendo.

—¿Qué? —farfullé con la boca llena—. ¿Cuándo? —No había sido consciente del tiempo en que me encontraba.

—Llovió. Al parecer el agua corrió por el círculo y se acumuló aquí. Sin estropear las barreras protectoras. ¿Esperaremos aquí? —Sonaba optimista.

—No. Necesito ver al capitán de inmediato.

Thai Dei gruñó uno de sus gruñidos expresivos. Le pareció que carecía de prudencia.

Nosotros dos podíamos avanzar más rápido que la cuadrilla que iba delante. Después de un par de horas pudimos distinguir un pequeño grupo a lo lejos. Pregunté:

—¿Qué narices están haciendo? —La vista de Thai Dei era mejor que la mía.

—Parece que están pasándose cosas de un hombre a otro.

Lo hacían, de hecho. Lo vimos cuando nos acercamos. Un hombre estaba a horcajadas sobre algo. Recibió una cabra desgraciada de otro hombre que estaba más cerca de nosotros en el camino y se la pasó a un hombre que estaba más allá. Aquella cabra parecía ser la última cosa que hacía falta pasar. El hombre que estaba de nuestro lado cruzó de un salto mientras el compañero del lado más lejano ayudaba al hombre que estaba a horcajadas.

Grité y agité los brazos. Alguien nos devolvió el grito y el saludo, pero nadie esperó.

—Es grande la jodida —dije, refiriéndome a la fortaleza. Ahora que estábamos cerca parecía aumentar a cada paso. Estaba construida en piedra basáltica negruzca más oscura que la llanura que la rodeaba. Estaba en mal estado—. No fue inmune a los terremotos.

Thai Dei gruñó. Estaba nervioso otra vez.

—Ahí está lo que estaban cruzando. —Era una grieta en la llanura. Se extendía en ambas direcciones tan lejos como podía ver. En ningún punto parecía ser muy ancha aunque el sitio más estrecho era por donde habían cruzado nuestros hombres. Allí tenía como un metro de ancho. Incluso habían pasado los carros y los carruajes.

Más lejos parte del muro de la fortaleza se había derrumbado y vertido en el hueco. La piedra parecía caída recientemente, así que supuse que este era el desplome del que habíamos sido testigos. También eran evidentes un par de caídas más antiguas. Haciendo una suposición yo diría que el más antiguo ocurrió el día que sentimos el temblor desde Taglios.

Thai Dei y yo éramos demasiado mayores para correr, excepto cuando teníamos que hacerlo. Pero no perdimos tiempo. Saltamos la grieta antes de que los tipos que llevaban las cabras torcieran la curva del muro y los perdiéramos de vista. Uno era Destellos, otro Resuello. Resuello iba a estar cargando con tareas de mierda durante una temporada.

Resoplé, me quedé sin aire y avancé deprisa. Mi mochila parecía estar ganando peso. Dije jadeando:

—¿No te parece que hemos ganado algo de altitud desde que estamos aquí?

Thai Dei ofreció un gruñido afirmativo. No dijo nada más. Él también estaba sin aliento.

Miré atrás. Parecía que podía ver más llanura desde aquí de la que había visto desde lo alto del camino más atrás.

Thai Dei se preguntó:

—¿Han rotos los terremotos la protección de los caminos? —Debía de llevar un rato preocupado.

Pensé mientras caminábamos.

—No pueden haberla roto. Las sombras nos habrían atrapado. —Todavía quedaba superficie del camino bajo nuestros pies pero no estaba tan clara como aquí. Me pregunté si la fortaleza entera estaría revestida de protección y, si era así, cómo podría ser de elástica. Aún estaba vivo, pero parecía poco probable que la fortaleza pudiera volver a caer una y otra vez sin forzar demasiado la barrera por algún sitio.

Una vez al otro lado de la grieta, pronto estuvimos bajo la silueta de la muralla. Pasé los dedos por la piedra oscura.

—¿Eh? —se desmoronaba—. ¿A ti te parece piedra arenisca?

Thai Dei emitió un gruñido negativo, seguido de un sonido interrogativo.

—Parecen un montón de cristales diminutos. Como sal. Pero no es arenisca.

Le habían hecho algo. Algo que no era natural. Aquella especie de piedra resistía a todo eternamente, como el resto de la piedra de la llanura.

Thai Dei masculló:

—Huelo a hechicería.

—Tienes una nariz muy fina, hermano.

Los tipos a los que seguíamos también tenían prisa, también iban siguiendo la curva de la muralla y a quien estuviera delante de ellos. Se negaron a esperar, pero nosotros continuamos ganando terreno. Giramos por un recodo de la muralla y encontramos a muchos de los animales y gran parte del material apiñados dentro de una parcela sombría delante de lo que una vez debió de haber sido la puerta principal. Miré hacia arriba. Los inteligentes constructores pusieron el único acceso protegido donde pudiera ser bombardeado a voluntad a una gran distancia. Me pregunté si, si subiera allí arriba con una roca lo bastante grande, podría aplastar a la forvalaka. La panteranegra estaba de un humor de perros. Rugía, gruñía y mordía los barrotes de su jaula. Estaba siendo ignorada por su mal comportamiento.

Me pregunté si no deberíamos simplemente dejarla atrás cuando volviéramos. Las sombras encontrarían el modo de alcanzarla.

Los otros animales también habían sido abandonados para que se cuidaran solos.

Destellos y Resuello, que ahora solo estaban a veinte metros por delante, se estaban estrujando para pasar por la puerta de entrada. La propia puerta estaba rota y

torcida y colgaba de una sola bisagra enorme en la parte de abajo. Una gran grieta en la mampostería indicaba que este daño también lo habían causado los terremotos.

Había un gran espacio abierto inmediatamente detrás de la puerta. La mayoría de las fortificaciones lo tenían. Es donde se pone a la gente para cuya protección se construyó el sitio. Muchos de los chicos estaban allí. Se estaba creando un debate sobre si se debería o no echar abajo la puerta rota para que los animales y los carruajes pudieran entrar. Al mismo tiempo, se estaba creando una acalorada discusión entre los nyueng bao sobre si estaban obligados o no a seguir a la Compañía más allá, dentro de la fortaleza.

—¡Mierda! Pensé que habías muerto —dijo Sauce Swan cuando me vio—. Pensé que íbamos a recoger el fiambre a la vuelta. Si no empezabas a oler demasiado mal.

—Muy considerado por tu parte. ¿Dónde está el Viejo? —Mather y Hoja, noté, no estaban entre los del patio. Eché un vistazo alrededor.

Cada superficie vertical estaba compuesta del mismo basalto descompuesto. El interior de la fortaleza era tan enorme que su magnitud me hubiera dejado sin habla si no hubiera presenciado Atalaya y el palacio de Taglios. Aunque todavía en pie, se había resquebrajado por cien sitios. Miles de pedazos, grandes y pequeños, habían caído de su superficie y se hallaban en montones en la base de la muralla.

—Entraron. Hace diez minutos, tal vez. No deberías tardar en alcanzarlos. —Swan contrajo la cara y empezó a ir hacia los escalones que subían a la esmirriada puerta del interior de la fortaleza. Sospeché que, como tenía costumbre de hacer, se había escaqueado antes, y luego había cambiado de idea.

Thai Dei vino pisando fuerte detrás de mí, cada pisotón una crítica. Puesto que él se unió a mí, varios de los otros nyueng bao se apartaron del grupo de debate y nos siguieron.

La entrada parecía un velo de oscuridad, la sentí como un velo de oscuridad cuando la atravesé. Por lo menos, era como yo pensaba que se debería sentir un velo de oscuridad.

Dentro había poca luz. Esa poca parecía entrar a través de grietas invisibles encima y delante de nosotros y ya había chupado toda la vida antes de alcanzarme.

—¡Dejad de dar empujones ahí atrás! —dije bruscamente. Los primos de Thai Dei me estaban empujando hacia delante al entrar por la puerta—. Y callaos. Estoy intentando escuchar. —Venían ruidos de algún sitio. Estaban rebotando de un lado a otro dentro de un gran espacio vacío que hacía imposible adivinar de dónde se originaban.

Sauce Swan murmuró:

—Tenía razón la primera vez. Yo no pinto nada aquí. —Y tenía razón, seguro, como descubriríamos antes de que pasara mucho tiempo.

—Calla. —En un momento salí en la dirección aparente de las voces.

Capítulo 107

Oí a Dama y Matasanos, Cangilón, Lamprea, Otto, Loftus, Longo y Clete enredados alegremente en un vulgar debate. No había ningún intelectual entre ellos. Cuando los alcancé, encontré a la Vieja Guardia al completo formando un horrible montón. Hasta se habían traído a Aullador, a Sombra Larga y a Almas con ellos. Aullador y Sombra Larga estaban fuera de sus jaulas. Sombra Larga estaba dominado por Hoja y Fibroso Mather. Aullador estaba alerta, pero Sombra Larga era poco más que un vegetal babeante. El prahbrindrah Drah había tenido que cargar con vigilar y ayudar a Aullador.

No importaba. Me acerqué al Viejo; él y Dama estaban agachados intentando mirar por una grieta en la pared a algo que, supuse, nunca debía ser visto. Matasanos miró atrás para ver quién lo estaba empujando. Pregunté:

—¿Dónde está Narayan Singh?

—Está... —Una mirada desconcertada, sin expresión, llenó su cara. Aunque costaba distinguirlo. Toda su muchedumbre tenía solo una antorcha ardiendo para iluminarlos. Longinus la sostenía y estaba a unos seis metros. Aun así, pude ver a Matasanos lo bastante bien para notar que, de repente, parecía como si le hubieran golpeado la cabeza con el mango de un hacha.

Me giré hacia Dama.

—Dime. ¿Dónde está Narayan Singh? ¿No era uno de tus prisioneros favoritos? —¿No era alguien a quien habrían matado hacía mucho tiempo si un imbécil llamado Murgen estuviera al mando?

Dama simplemente se quedó mirándome. Tuve la sensación de que quería volver a ponerse el casco de Tomavidas y darme en la cabeza. Pero se mantuvo fuerte. Continuó evitando los viejos hábitos.

Matasanos dijo:

—Me olvidé hasta de que existía. ¿Cómo pudo suceder?

Dama siguió desde allí:

—¿Qué pasó? ¿Qué ha hecho Singh?

Chasquéé los dedos.

—Se escapó. Atacó a tío Doj. Usando un pañuelo negro. Encontró el escondite de Almas y liberó a la Hija de la Noche. Se han dado a la fuga, probablemente ya están tramando cómo volver a la carga.

Los dedos de Dama sondearon la línea de su cintura, luego buscaron a tientas por una manga izquierda que no existía. No tenía ningún sitio donde esconder un pañuelo estrangulador mientras llevaba la armadura. Su expresión de sorpresa hizo que pareciera totalmente boba. ¡Este tipo de cosas no le pasaban a ella!

Atrapa Almas, aunque estaba más lejos que Longo y su antorcha, me oyó

perfectamente. Hizo un ruido inarticulado que tenía que ser rabia, empezó a tambalearse sobre su camilla. Parecía estar en condiciones terriblemente buenas para ser alguien que llevaba tres días atado y amordazado.

Dije:

—Creo que la Madre de los Impostores nos ha engañado pero bien. —Pensé en cerrar la boca durante un rato. Matasanos estaba tan enfadado que hasta temblaba.

Dama lo llevaba mejor. Después de un largo y exasperado suspiro al aire, se agachó y volvió a mirar a través de la grieta. Me incliné. Había un asomo de luz rojiza detrás de ella. Dijo:

—Ahora está marcado. Se le puede encontrar. Me encargaré de ello cuando volvamos al campamento. Esta vez seguiré tu consejo. —Sacudió la cabeza de pronto, bruscamente, como si intentara despejarla—. Ella es insidiosa. No pensé que me hiciera eso. Vamos. —Se agachó a través del hueco de la pared.

—Toma. Coge esto. —Cangilón empujó el estandarte en mis manos. Había fingido más o menos no darme cuenta de que lo llevaba él—. ¿Dónde narices has estado?

—Me quedé dormido.

Matasanos entró detrás de Dama. Otro par de tipos estaba pensando en ir. Pero nadie tenía prisa, así que empujé la cabeza del estandarte por el agujero y empecé a seguirlo.

A Matasanos le costó un poco. Era un hombre grande. A mí me costó más que a él porque yo entré por la grieta con un gran poste.

Thai Dei agarró el estandarte desde atrás casi a la vez que Matasanos lo sujetó por el otro extremo. Uno tiró por un lado y el otro empujó por el otro y yo me quedé atrapado en el medio. Después de gritar un poco y arrastrar mi culo para salir y volver a tener el estandarte bajo control, aproveché la oportunidad para mirar alrededor.

Estaba muy oscuro allí dentro. Excepto por el resplandor de una grieta en el suelo a unos ochocientos metros de distancia...

La muerte es eternidad. La eternidad es piedra.

—La piedra es silencio —dijo Dama.

En cierto modo es inmortalidad.

La tierra dio una sacudida. Desde lejos llegó el grito de piedra moviéndose sobre piedra. Se levantó una oscuridad gigantesca sobre la fuga de luz rojiza.

Los hombres que estaban siguiéndonos por la grieta detrás de nosotros nos empujaron a nosotros tres hacia delante. Longo llegó finalmente con la antorcha. No hacía mucho por mitigar la oscuridad, pero nos mostró dónde estábamos poniendo los pies.

—Un Ojo dice que estamos cayendo en una trampa, jefe. —Empecé a contarle a él y a Dama lo de mi última noche de paseo por el mundo fantasma.

—¿Qué trampa es? —preguntó Matasanos después de un rato—. Eso podría ser crucial.

Dije:

—No tuve oportunidad de hablarlo con el mierdecilla.

Dama dijo:

—Es la trampa de mi hermana. Haz que los hombres la arrastren hasta aquí dentro. Dejaré de escucharme a mí misma y empezaré a seguir tus consejos. Puede quedarse aquí cuando volvamos.

Asentí como si ese plan me entusiasmara. No sería yo quien le recordara que había matado a Atrapa Almas antes.

Matasanos levantó una ceja mirándome pero, aparte de eso, no dijo nada. Tenía que mantener la calma.

—Metedlos a todos aquí —ordenó Dama. Había ocasiones en que era algo más que la teniente.

Machacaron a Almas a base de bien al arrastrarla por la grieta. Pero la muy zorra seguía sonriendo detrás de su mordaza. Era crispante. Por eso lo hacía, supongo. Lógicamente, tenía que estar muerta de hambre, de sed, con llagas de la camilla y muy deprimida. Pocos hombres eran lo bastante valientes para custodiarla mientras se le permitía comer u orinar. Normalmente el trabajo recaía en Swan, Mather o el Príncipe, si es que alguien se molestaba en acordarse de ella. Hoja, no obstante, no quería tener nada que ver con Almas. Creo que la odiaba porque Dama lo hacía y su consideración hacia Dama estaba bastante dentro del dominio de la obsesión.

Almas tenía una mirada realmente malvada y prometedora para el bueno de Murgen, estuviera contenta o no.

—Empezad a explorar —espetó Dama. Se arrodilló junto a Almas, pero miró hacia arriba a Matasanos—. Aquí estás. ¿Qué vas a hacer al respecto? —Era obvio que estaba sufriendo uno de sus cambios de humor.

Yo sabía que Matasanos quería decirle que esto no era Khatovar, insistir en que no habíamos recorrido medio mundo y que no nos habíamos partido el lomo para atravesar el infierno solo por encontrar una pila de roca abandonada que ya había quedado en ruinas. Pero no pudimos alegar eso porque ella no sabía la verdad.

No dijo nada.

Matasanos se estaba volviendo más taciturno con el tiempo.

Dama murmuró algo para sí, agarró la barbilla de Atrapa Almas y obligó a su hermana a que la mirara a los ojos.

—¿Hay algo que quieras compartir con nosotros, querida? ¿Hay algún pequeño secreto sobre este sitio con el que pudieras comerciar para que no te dejemos abandonada cuando nos vayamos?

Almas me guiñó un ojo. Dama no tenía ninguna esperanza.

Me dio la impresión de que estaba deseando salir arrastrándose de allí de inmediato y ¡al infierno con andar perdiendo el tiempo por el montón de roca intentando comprender los planes de todos los demás!

Almas estaba realmente de mal humor. Y Dama también. Por suerte para Kina, ella era divina.

Almas sonreía y sonreía, pero nunca ofrecía nada. No lo iba a hacer, no por salvar su propio culo. Que era lo que yo esperaba. Todos los Diez Que Fueron Tomados solo eran vulnerables a sus obsesiones.

—¡Mieeeeerda!, —hizo el eco a través de la oscuridad—. ¿Qué cojones es eso? Capitán. Murgen. Tenéis que ver esto.

Matasanos se encogió de hombros y asintió. No importaba lo que fuera. Era una excusa para alejarse de la vieja dama por un minuto.

Salí arrastrando los pies sobre un suelo que solamente podía notar porque lo sentía debajo de mí. Matasanos se arrastraba detrás de mí. Estaba farfullando como un viejo chiflado, meneando la cabeza, queriendo saber qué narices estaba haciendo aquí. Este no era el sitio que había estado buscando los últimos treinta años. Esto era la broma cruel de alguien. Era la pesadilla de alguien. Este no podía ser el lugar de nacimiento de las Compañías Libres de Khatovar. Aquí no había nada.

Noté cómo crecía su desesperación. Y supe que aumentaría hasta que se hiciera profunda y oscura. Y entonces, con toda probabilidad, tomaría un giro lateral cuando se convenciera de que todo había llegado a esto porque se había dejado distraer. No me costaba ver el futuro, no necesité las tripas de ninguna oveja. En algún momento, no mucho después de que regresáramos a Kiaulune, decidiría que nos salió mal porque nos pusimos en marcha antes de haber estudiado esos Anales más antiguos. Decidiría que teníamos que ir a cogerlos.

Y hacer eso generaría el derramamiento de sangre necesario para dar a Kina su Año de los Cráneos.

Ella es la oscuridad, de acuerdo.

Estaba rodeado de hembras, humanas, divinas y semidiosas, cada una de las cuales podría esconderse tras ese disfraz. Pero ahora mismo, la torpe, aburrida y vieja Kina parecía tener todos sus grupos de garras firmemente cerrados sobre el título.

—¡Dios! —el Viejo me agarró por el hombro, me detuvo solo a unos pasos de caer soñando despierto en un chapuzón no programado, a un abismo sin fondo. La débil luz escarlata salía de allí. Y también una estela de vapor. Pero aquel hueco solo recibió un vistazo antes de que nuestra atención se fijara en la causa del reciente arrebato.

Ahora podía tener una buena visión de lo que se había desplazado después de aquel último pequeño cosquilleo de temblor de tierra.

—¡Las antorchas! —grité—. Traed algo de luz aquí. Traed algunas antorchas

más, encendidas. —Tenían muchas más, los hermanos, pero estaban siendo comedidos—. Es un viejo trono de madera gigantesco. —Lo que no pude lograr añadir era que aquel viejo trono de madera gigantesco tenía un cuerpo humanoide gigantesco clavado a él con cuchillos de plata. Trono y cuerpo estaban suspendidos sobre el abismo, pintados cruelmente por la luz roja. Quería las antorchas para poder ver mejor el cuerpo. Pensé que tenía los ojos abiertos y no quería que eso fuera verdad.

—¿Qué cojones es eso? —preguntó alguien—. ¿Un gigante?

Thai Dei, escondido en mi sombra como siempre, ofreció una rápida frase en nyueng bao. No entendí nada más que la acusación «Guerrero de Hueso».

—¿Qué era eso?

—Puede que sea el golem Shivetya, soldado de piedra. —¿Por qué estaba sacando ese viejo rollo ahora?

—¿Shivetya? —Sabía lo que era un golem. Un hombre artificial, comúnmente creado de barro. En algunas mitologías todos nosotros descendemos de ese chisme divino.

—En el mito gunni, soldado de la oscuridad. Khadi, o Kina, cuando era joven, luchaba en contra de todos. Ella debilitó tanto a los Señores de la Luz que los Señores de la Oscuridad creyeron ver una oportunidad de conquistarlos y enviaron un ejército de demonios para atacarlos. La lucha le salió tan mal a los Señores de la Luz que el dios Fretinyahl, que a veces se dice que es el padre de Kina, rogó ayuda a Kina. Ella dijo que sí, pero por razones propias. En la batalla final sobre la llanura de piedra Khadi se hizo más grande y más fuerte cada vez que devoraba a uno de los demonios.

Toda esa parte de la mitología la conocía. Entre otras versiones. Algunos testigos afirmaban que Kina fue creada especialmente para la última gran batalla con la hueste de demonios enviada por los Señores de la Oscuridad. Según otros, ella fue engendrada por el diablo Ranashya, que se disfrazó con el aspecto de Fretinyahl, y consiguió lo que quería de Mata, una de las formas que adopta la madre diosa en el mito gunni. Aún hay otros que insisten en que Kina no es nativa del mito gunni, sino que es una intrusa extranjera poderosa cuya presencia era tan malvada que tuvo que ser aceptada incluso, aunque era generalmente ignorada.

La historia clave era bastante básica. Los dioses desesperados escogieron enfrentarse al mal con el mal y resultó que el arma se volvió contra ellos y les mordió los dedos. El creador de Kina, o padre, finalmente la engañó haciendo que cayera dormida, después de lo cual fue encarcelada hasta que sus adoradores pudieran hacerla retoñar con el Año de los Cráneos. El Año de los Cráneos era algo que iba a llegar. No había manera de impedirlo. Aunque Kina estaba dormida y encarcelada, una minúscula brizna de su esencia había escapado y permanecido en el mundo guiando a aquellos que provocarían el fin de la era. Pero pudo ser frustrado

indefinidamente por los esfuerzos de hombres buenos y rectos.

—En cuanto comprendieron cómo se habían condenado a sí mismos los otros Señores de la Luz se dirigieron a Fretinyahl para que hiciera un demonio de barro y le diera vida con un pedazo de su propia alma para que nunca perdiera el control. A este golem se le dio el nombre de Shivetya, que significa «inmortal». Se supone que Shivetya vigila la puerta del lugar de descanso de Khadi eternamente. Nunca oí nada sobre que Shivetya estuviera clavado en un sitio, pero hasta los dioses son crueles e inclementes, Guerrero de Hueso.

—No jodas. Y deja ya esa mierda. No me gustaba de Gota ni de Doj, y desde luego no me gusta de ti. —Miré a Matasanos—. ¿Lo has entendido? ¿Habías oído algo de eso antes?

—Algo. Un viejo y amable erudito de Taglios me contó que aunque el significado exacto de Khatovar se había perdido, las similitudes con el dialecto moderno sugerían algo como «sitio desde el que Khadi fue», o simplemente «la puerta de Khadi».

—¿Y quisiste ir allí de todos modos? —¿Es que estábamos adentrándonos en las realidades detrás del oscuro corazón del mito sureño? Yo no quería eso. Yo quería estar de camino al paraíso. Se suponía que estábamos de camino al paraíso.

Matasanos no me respondió.

—Cuéntame más —dije al aire. Un puñado de antorchas estaban ardiendo ahora. La mayoría de la cuadrilla estaba alineada detrás de mí y del Viejo. Más luz no hizo que dejara de ver lo que no quería ver. La cosa prendida al trono tenía los ojos abiertos.

Pero no me moví.

—Mierda —dijo Longinus—. Solo es como un puñetero ídolo. No nos espantemos todos.

Empecé a avanzar poco a poco, bajando el estandarte para poder usarlo como lanza. No tenía ni idea de por qué pensé que eso podría hacerme algún bien frente a algún revés divino.

Matasanos vino conmigo.

Hicimos la mitad de la distancia que había hasta el trono. Los hermanos ingenieros se pegaron cerca con antorchas. Todos los demás parecían estar menos dispuestos a mirar ninguna cosa de cerca. No vi muestras de que lo que había sobre el trono fuese algo más que una escultura. Vista más de cerca empezaba a parecer estar hecha de forma un poco tosca.

Volvimos a avanzar la mitad de la distancia. Ahora podía inhalar los débiles vapores de la grieta del suelo. Estaban muy fríos y olían ligeramente a muerte antigua.

Por un instante tuve la sensación de volver a casa.

En cierto modo es inmortalidad.

Salté, miré alrededor. Solo Dama parecía haber notado algo también.

Cuando volví a mirar al trono derrocado vi el vestíbulo como debía de haber sido miles de años atrás. O más. Cuando una banda de sacerdotes crueles estaban haciendo las sombras originales a partir de prisioneros de guerra. Estuvo allí solo un instante, pero ese momento fue lo bastante largo para decirme que este había sido un sitio horrible una vez, mucho antes de la llegada de las doce Compañías Libres.

—Párate aquí —susurró Matasanos.

Paré. Su tono era apremiante.

—¿Qué?

—Mira abajo.

Miré. Ante nosotros se encontraban los restos disecados de un cuervo. El terror me sobrevino bajándome hasta los huesos de los dedos de los pies.

—Lo cogió una sombra. No estamos a salvo aquí.

—Todavía tenemos el estandarte. —Pero él no parecía seguro del todo.

Usé la punta del pie para lanzar al pájaro muerto a la grieta del suelo que estaba solo a unos metros. El esfuerzo no tuvo sentido. Algunos de los hombres habían visto el pájaro muerto. Comprendían su significado.

Yo comprendí que significaba mucho más que simplemente que las sombras vagaban por esta parte de la fortaleza. Significaba que Atrapa Almas conocía bien el sitio. Significaba...

Una risa loca llegó desde el sitio por donde habíamos entrado. La risa de Atrapa Almas. Dama daba vueltas, los hechizos ya estaban tomando forma alrededor de ella.

Capítulo 108

La tierra tembló.

Este fue de los grandes. El peor desde que habíamos venido a la llanura. Posiblemente el peor desde aquel temblor terrible que destrozó ciudades enteras y mató a miles antes de que dejáramos Taglios. Choqué contra el suelo y empecé a resbalar hacia el abismo. Matasanos me agarró y Dama se sujetó a él. Todos los demás también cayeron. Almas dejó de reírse en mitad de una carcajada. Las antorchas se esparcieron por todas partes al caer. No había nada a lo que pudieran prender fuego.

Algo cayó desde arriba. Algo como pequeñas bolas de cristal o granizo claro. Algunas se hicieron añicos con el impacto, otras rebotaron. No se parecía a nada conocido. Al principio.

El trono con el golem a bordo se movió, se inclinó hacia delante hasta que estuvo casi patas arriba, a un soplido de ratón de sumirse en el rojo abismo.

Hubo un increíble destello de luz blanca. Me cegó momentáneamente. Mientras me abrazaba al suelo, Atrapa Almas maldijo a alguien en tres voces y otras tantas lenguas. Las rajadas, grietas y desconchones rasgaron el aire a medida que volaban los hechizos. Más mármoles golpetearon a mi alrededor. Empecé a sentirme débil y soñoliento. Se me ocurrió que los trocitos brillantes de cristal eran exactamente lo que a los cuervos les gustaba llevar consigo y tal vez atesorar en algún sitio para que su jefa pudiera hacer que llovieran cuando la poseyera la pasión.

Atrapa Almas había hecho saltar su trampa a pesar de todo.

Agarré el estandarte y me fui a dormir, sin miedo, felizmente seguro de que no había ninguna forma de que Almas saliera de la llanura. Las sombras la cogerían. Cogerían a cualquiera en cuanto se pusiera el sol.

No pude dormir sin pasear por el mundo fantasma. En el momento en que me solté de mi carne salí a intentar decir a Un Ojo, o a Dormilón, o a alguien lo que había pasado. Cuando llegué a la Puerta de las Sombras me encontré a todo el mundo agitado por el terremoto y a Un Ojo que ya había elaborado una idea bastante buena de lo que había pasado. Había mandado a las tropas que hicieran las maletas para dirigirse a Atalaya. De hecho, eso estaba pasando en todas partes, como si cada hombre ahí fuera hubiera tenido la misma idea a la vez. Nadie estaba en un buen estado de ánimo.

Me llevó horas encontrar a Dormilón, pese a que tío Doj se la había llevado directamente a la compañía que había estado rondando durante la noche. Estaba dormida cuando la encontré, todavía bien disfrazada. Pinché, piqué y di la lata tanto como puede hacer un fantasma, y al final saqué una respuesta.

Pasé gran parte del día comunicando lentamente un mensaje breve.

Era casi la puesta de sol cuando pasé por la Puerta de las Sombras en dirección al sur. Estaba luchando contra la tentación de correr hacia Sari. No quería estar cerca de ella cuando las sombras descubrieran mi carne.

No sé qué extraño razonamiento me movió. Estaba convencido de que necesitaba estar dentro de mi cuerpo cuando muriera. Puede que me convirtiera en un espectro que vagara eternamente si no lo hacía.

Me encontré a Atrapa Almas a mitad de camino. Se encaminaba al norte sobre el caballo de Dama, a galope. El corcel de Matasanos galopaba un tramo detrás, corriendo igual de rápido. Su jinete tenía la cara enterrada en las crines del semental, pero arrastraba un pelo dorado desmelenado tras él. Si no puedes tener a la mujer que quieres..., ¡ve a por su hermana! Sauce, Sauce, ¿te dejas condenar por un chochito?

Salté delante del caballo que llevaba ventaja, seguro de que me verían. Mi propio caballo había sido capaz de verme. Espantaría a esta gente también.

Me vio perfectamente. Y pasó corriendo justo a través de mí. Evidentemente los fantasmas no asustaban a las bestias. Me elevé de un salto e intenté aplastar a Sauce mientras pasaba a toda velocidad.

Traidor gilipollas.

Alguien tenía que haberla dejado suelta.

¿Cómo llegó hasta él?

Continué hacia el sur, desolado por mi fracaso. Toda la llanura parecía reverberar la risa de Atrapa Almas.

Ella había ganado. Después de tanto tiempo, ella había ganado. Había humillado a su hermana. El mundo era su juguete por fin.

La oscuridad se hizo más densa. Me apresuré. Pasé por delante de una morralla de hombres y animales que huían en vano hacia el norte. Sumaban menos de la mitad de nuestra compañía de reconocimiento. Sindawe y Cangilón eran los únicos nombres dignos de mención entre ellos. No vi a la pantera. Cuando alcancé esa grieta dentro de la sala más recóndita, la encontré bloqueada. Alguien la había rellenado de trapos, rocas y manipostería rota, supongo que para que las sombras no se pudieran soltar. Debió de ser Swan. Almas sabía que las sombras pueden deslizarse a través del agujerito más minúsculo. Ella era la nueva Maestra de las Sombras.

Por donde podía serpentear una sombra, yo también podía. Y Swan no había hecho tan buen trabajo.

El golem, o lo que quiera que fuese, todavía estaba suspendido sobre el abismo fulgurante. Lo ignoré. Tenía algo por lo que sentir pánico. Mi cuerpo no estaba donde yo lo había dejado. No había cuerpos alrededor. Tuve que cerrar mis ojos astrales y dejar que mi carne me atrajera hasta él.

Debería haberlo visto venir. Debería haberlo sabido. Había estado anclado solo débilmente al tiempo durante años. Y tantas de las caras habían parecido ser las de hombres que conocía.

Mi regreso a la consciencia, aunque no todavía en carne en realidad, tuvo lugar en las cavernas de los ancianos y los capullos de hielo. Y allí me encontraba, al final de la fila, sentado contra la pared de la caverna con el estandarte sobre mi regazo. La punta de la Lanza parecía susurrar y murmurar para sí. El resto eran todos los que habían atravesado aquella última grieta, los tipos de la Vieja Guardia, los nyueng bao, Fibroso Mather, Hoja, el prahbrindrah Drah, Isi y Ochiba. Hasta el último idiota, incluidos Dama y el Viejo. La hermana pequeña y mujer desdeñada había invertido los minutos extra para colocar a esos dos, cogiéndose las manos, con las cabezas apoyadas una en otra, con burla. Dama rebosaba rabia. Esta era la segunda vez que la enterraban viva, el segundo marido con quien había compartido una tumba.

El Viejo rebosaba desesperación.

Igual que los demás. Este era el fin del sueño. Insignificante, como había sido el resto.

Salí batiendo las alas por lo alto de la caverna, entre las estalactitas y estalagmitas, telarañas y diáfanas estructuras de hielo, hacia donde, mucho tiempo antes de la aparición de las Compañías Libres, los desesperados y perseguidos seguidores de Kina habían escondido sus sagrados Libros de los Muertos del asesino caudillo Rhaydreynak. Ni Rhaydreynak había encontrado los libros, ni la prole de Kina había sobrevivido para regresar a ellos.

Podía ser peor de lo que ya era. Atrapa Almas podía haber encontrado y cogido esos libros macabros.

No lo había hecho. Permanecían a salvo sobre sus atriles, abiertos por los primeros pasajes.

Volví a toda prisa con el grupo.

Algunos de ellos sintieron que me movía. Centraron su ira sobre mí. Lo cual puede que fuera bueno. *El agua duerme*, pensé al verlos. Estaban inmovilizados por algún encantamiento. Yo estaba atrapado solo en carne, supuestamente porque había estado fuera en el momento oportuno.

El agua duerme. Almas podría ser la oscuridad, pero ya lo descubriría. *El agua duerme, pero el enemigo nunca descansa*.

De noche, cuando el viento ya no silba a través de una fortaleza que estaba allí antes de la llanura que estaba allí antes de que se pusieran en marcha las primeras Compañías Libres, la piedra susurra. La piedra retoña. La piedra crece. La piedra

brota y la piedra florece. Mil pilares se elevan donde nunca antes ha habido ningún pilar. La luz de la luna recorre la llanura, haciendo brillar los caracteres que toman forma, recordando a algunos de los caídos.

En cierto modo es inmortalidad.